La predestinación

Loraine Boettner

La Predestinación

por

Loraine Boettner

Traducido por:

Manuel E. Gómez

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA

El original de esta obra fue publicado por Presbyterian and Reformed Publishing Company, Phillipsburg, New Jersey, EE. UU., bajo el título *The Reformed Doctrine of Predestination* 1(932). Esta versión fue traducida de la reimpresión decimocuarta (1968) y es publicado con el debido permiso.

Para las citas bíblicas hemos utilizado la versión Reina Valera, revisión 1960, de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Nota del autor: *Concedo a cualquiera la libertad de usar material de este libro con o sin reconocimiento. Al preparar este libro, el escritor ha recibido ayuda de muchas fuentes, muchas de las cuales están reconocidas y muchas no reconocidas. El cree que el material contenido en él es una afirmación verdadera de la enseñanza de las Escrituras, y su deseo es de fomentar su uso, no restringirlo.*

Distribuido por:
T.E.L.L.
Apartado 6219
Grand Rapids, MI, 49506, EE. UU.

Derechos reservados
©
Subcomisión Literatura Cristiana
2850 Kalamazoo Ave., S.E.
Grand Rapids, MI, 49560, EE. UU.

Contenido

1. Introducción 1

Sección I

2. Una exposición de la doctrina 11
3. Dios tiene un plan 17
4. La soberanía de Dios 26
5. La providencia de Dios 31
6. La presciencia de Dios 37
7. Bosquejo de sistemas 42
8. Las Escrituras son la autoridad final por la que han de ser juzgados los sistemas 46
9. Una advertencia contra la especulación indebida 49

Sección II
Los cinco puntos del Calvinismo

10. Inhabilidad total 55

1. Exposición de la doctrina. 2. El alcance y los efectos del pecado original. 3. Los defectos en las virtudes comunes de los hombres. 4. La caída del hombre. 5. El principio de representación. 6. La bondad y severidad de Dios. 7. Pruebas bíblicas.

11. Elección incondicional 74

1. Exposición de la doctrina, 2. Pruebas bíblicas. 3. Argumentos lógicos. 4. La fe y las buenas obras son los frutos y las evidencias, no la base de la elección. 5. La reprobación. 6. Infralapsarianismo y supralapsarianismo. 7. Muchos son escogidos. 8. Un mundo o raza redimida. 9. Los redimidos—una inmensa muchedumbre. 10. El mundo se está tornando mejor progresivamente. 11. Salvación de los niños pequeños. 12. Resumen de la doctrina reformada de la elección.

12. Expiación limitada 128

1. Exposición de la doctrina. 2. El valor infinito de la expiación de Cristo. 3. El propósito y la aplicación de la expiación son limitados. 4. La obra de Cristo como el perfecto cumplimiento de la ley. 5. Un rescate. 6. El propósito divino en el sacrificio de Cristo. 7. La exclusión de los no elegidos. 8. El argumento basado en la presciencia de Dios. 9. Ciertos beneficios que se extienden a la humanidad en general.

13. La gracia eficaz.....138

1. La enseñanza de la Confesión de Westminster respecto a la doctrina de la gracia eficaz. 2. La necesidad del cambio. 3. Un cambio interno efectuado por el poder sobrenatural de Dios. 4. El efecto producido en el alma. 5. La suficiencia de la obra de Cristo —el principio evangélico. 6. El concepto arminiano de la gracia universal. 7. El libre albedrío del hombre no es violado. 8. La gracia común.

14. La perseverancia de los creyentes.....156

1. Exposición de la doctrina. 2. La perseverancia no depende de nuestras buenas obras sino de la gracia de Dios. 3. Aunque es verdaderamente salvo, el creyente puede caer temporalmente y pecar. 4. Una profesión externa no es siempre prueba de que la persona es un creyente verdadero. 5. El sentido de inseguridad de los arminianos. 6. El propósito de las advertencias contra la apostasía en las Escrituras. 7. Pruebas bíblicas.

Sección III

Objeciones que comúnmente surgen contra la doctrina bíblica de la predestinación

15. Que la doctrina de la predestinación es fatalismo.....175

16. Que la doctrina de la predestinación es inconsistente con el libre albedrío y la responsabilidad moral del hombre.....178

1. El problema de la libertad del hombre. 2. Esta objeción pesa de igual manera contra la presciencia divina. 3. La certeza de los acontecimientos futuros es consistente con el libre albedrío. 4. La voluntad natural del hombre está esclavizada al mal. 5. Dios controla la mente de los hombres y da a los creyentes la disposición de venir a él. 6. La forma en que la voluntad está determinada. 7. Pruebas bíblicas.

17. Que la doctrina de la predestinación hace a Dios el autor del pecado.....195

1. El problema del mal. 2. Casos en los que el pecado ha sido controlado en favor del bien. 3. La caída de Adán es parte del plan divino. 4. El resultado de la caída de Adán. 5. Las fuerzas del mal están bajo el perfecto control de Dios. 6. Los actos pecaminosos ocurren sólo por el permiso divino. 7. Pruebas bíblicas. 8. Comentarios por Smith y Hodge. 9. La gracia de Dios se aprecia más profundamente después que la persona ha sido víctima del pecado. 10. El calvinismo ofrece una solución más satisfactoria al problema del mal que cualquier otro sistema.

18. Que la doctrina de la predestinación quita todos los motivos para el esfuerzo humano.....216

1. Tanto los medios como los fines están preordinados. 2. Resultados prácticos.

19. Que la doctrina de la predestinación presenta a Dios como uno que hace acepción de personas, o como injustamente parcial.....223

1. Todos los sistemas confrontan las mismas dificultades. 2. Dios no hace acepción de personas. 3. Dios evidentemente no trata a todos por igual; El da a unos lo que retiene de otros. 4. La parcialidad de Dios se eclipsa en parte por el hecho de que él es soberano y sus dones son dones de gracia.

20. Que la doctrina de la predestinación es desfavorable a la buena moralidad.....233

1. Los medios tanto como los fines están preordinados. 2. Amor y gratitud a Dios por lo que ha hecho a favor nuestro es la más fuerte y única base permanente para la moralidad. 3. Los frutos prácticos del calvinismo en la historia son su mejor vindicación.

21. Que la doctrina de la predestinación imposibilita la oferta sincera del evangelio a los no elegidos.....240

1. La misma objeción pesa contra la presciencia de Dios. 2. La oferta es hecha sinceramente.

22. Que la doctrina de la predestinación contradice los pasajes univeralistas de las Escrituras.....245

1. Los términos "querer" y "todos". 2. El evangelio es igualmente para judíos y gentiles. 3. El término "mundo" tiene varios significados. 4. Consideraciones generales.

Sección IV

23. Salvación por gracia.....257

1. El pecador es merecedor del castigo divino. 2. Dios puede conferir o retener su gracia según le place. 3. El hombre no puede ganar la salvación. 4. Enseñanza de las Escrituras. 5. Observaciones adicionales.

24. La seguridad personal de que uno se encuentra entre los elegidos..265

1. La base de esta seguridad. 2. La enseñanza de las Escrituras. 3. Conclusión.

25. La predestinación en el mundo físico.....270

1. La uniformidad de la ley natural. 2. Comentarios de distinguidos científicos y teólogos. 2. Sólo el sistema calvinista armoniza con la ciencia y la filosofía modernas.

26. Una comparación de la doctrina cristiana con la doctrina mahometana de la predestinación.....275

1. Elementos que ambas doctrinas tienen en común. 2. La tendencia mahometana hacia el fatalismo. 3. La doctrina cristiana de la predestinación no se derivó de la doctrina mahometana. 4. Las dos doctrinas contrastadas.

Sección V

27. La importancia práctica de la doctrina.....283

1. La influencia que ejerce la doctrina de la predestinación en la vida diaria del creyente. 2. Una fuente de seguridad y valor. 3. El énfasis calvinista en la obra divina en la salvación del hombre. 4. Sólo el calvinismo pasa por todas las pruebas. 5. Las doctrinas calvinistas no son irrazonables cuando son entendidas correctamente. 6. La Asamblea de Westminster y la Confesión de Fe. 7. Estas doctrinas deben ser enseñadas y predicadas públicamente. 8. Los votos de ordenación y la obligación del ministro. 9. La iglesia presbiteriana mantiene una posición abierta y tolerante. 10. Razones por las que el calvinismo se encuentra parcialmente eclipsado en el presente.

Sección VI

28. El calvinismo en la historia 315

1. Antes de la Reforma. 2. La Reforma. 3. El calvinismo en Inglaterra. 4. El calvinismo en Escocia. 5. El calvinismo en Francia. 6. El calvinismo en Holanda. 7. El calvinismo en América del Norte. 8. El calvinismo y el gobierno representativo. 9. El calvinismo y la educación. 10. Juan Calvino. 11. Conclusión.

Apéndice 370

Capítulo 1

Introducción

El propósito de este libro no es el de presentar un nuevo sistema de pensamiento teológico, sino el de reafirmar ese gran sistema conocido como la fe reformada o el calvinismo, y de demostrar que este sistema es sin lugar a duda bíblico y también razonable.

La doctrina de la predestinación recibe comparativamente poca atención en nuestros días y es poco comprendida aun por aquellos que se supone la apoyan con gran lealtad. Sin embargo, es una doctrina que se encuentra incorporada en los credos de la mayoría de las iglesias evangélicas y que ha tenido una influencia notable en la iglesia y en el estado. Las normas oficiales de las diversas ramas de la Iglesia Presbiteriana y de las Iglesias Reformadas en Europa y en los Estados Unidos de América son calvinistas. Las iglesias bautistas y congregacionales, aunque no poseen credos formales, han sido por lo general calvinistas, si nos es permitido juzgar por los escritos y enseñanzas de sus teólogos representativos. La gran iglesia libre de Holanda y casi todas las iglesias de Escocia son calvinistas. La Iglesia Establecida de Inglaterra y su hija, la Iglesia Episcopal de América, tienen un credo calvinista en sus Treinta y Nueve Artículos. Los metodistas de Whitefield en Gales hasta este día llevan el nombre de "metodistas calvinistas".

Entre los defensores de esta doctrina en el pasado así como en el presente han de encontrarse algunos de los hombres más eminentes y más sabios del mundo. No fue tan sólo Calvino quien la enseñó, sino también Lutero, Zwinglio, Melanchton (aunque Melanchton volvió más tarde hacia la posición semipelagiana), Bullinger, Bucer, y todos los líderes más influyentes de la Reforma. Aunque hubo diferencias en algunos otros puntos, todos estuvieron de acuerdo en esta doctrina y la enseñaron de manera enfática. La obra clásica de Lutero, *The Bondage of the Will* (La esclavitud de la voluntad), demuestra que él investigó la doctrina con el mismo fervor de Calvino. La sostuvo con más vehemencia y llegó a extremos mucho más severos en

defenderla que Calvino. La iglesia luterana hoy día, juzgando por la Fórmula de Concordia, mantiene la doctrina de la predestinación de una manera modificada. Los puritanos en Inglaterra y los que primeramente se establecieron en América del Norte, al igual que los "Covenanters" (Firmantes del pacto escosés de la reforma religiosa) en Escocia y los hugonotes en Francia eran calvinistas; y es de lamentar que los historiadores en general hayan pasado por alto este hecho tan significativo. Esta doctrina fue sostenida por algún tiempo por la Iglesia Católica Apostólica Romana y dicha iglesia nunca la ha repudiado abiertamente. La doctrina de la predestinación enseñada por Agustín levantó contra él todos los elementos indiferentes en la iglesia, y le colocó contra todo hombre que menospreciaba la soberanía de Dios. Con todo, él prevaleció sobre ellos y la doctrina de la predestinación llegó a ser parte del credo de la iglesia universal. La gran mayoría de los credos del cristianismo histórico han promulgado las doctrinas de la elección, la predestinación, y la perseverancia final de los creyentes, como lo podrá ver cualquiera que haga un estudio aun superficial sobre esta materia. En cambio, el arminianismo existió por siglos solamente como una herejía en los lindes de la verdadera religión y no fue apoyado por una iglesia cristiana organizada sino hasta el año 1784 cuando llegó a ser incorporado en el sistema doctrinal de la Iglesia Metodista en Inglaterra. Los grandes teólogos de la historia, Agustín, Wycliffe, Lutero, Calvino, Zwinglio, Zanchius, Owen, Whitefield, Toplady, y más recientemente Hodge, Dabney, Cunningham, Smith, Shedd, Warfield, y Kuyper sostuvieron esta doctrina y la enseñaron con firmeza. Que estos hombres han sido las lumbreras y ornamentos de más elevado tipo de cristianismo es admitido por prácticamente todos los evangélicos. Y cabe señalar que sus obras sobre este gran tema jamás han sido refutadas. Además, el hecho de que el mahometismo tiene millones de adeptos que creen en algún tipo de predestinación, que la doctrina del fatalismo ha sido sostenida de una u otra forma en varios países paganos, y que las filosofías mecanicistas y deterministas han ejercido gran influencia en Inglaterra, Alemania, y en los Estados Unidos de América, debiera ser causa suficiente para admitir que esta doctrina merece un estudio cuidadoso.

Desde los días de la Reforma hasta hace unos cien años atrás, estas doctrinas fueron expuestas con audacia por la gran mayoría de los ministros y maestros en las iglesias evangélicas; pero hoy nos encontramos con una mayoría aun más grande que sostiene y enseña otros sistemas. Es cosa rara encontrarse con personas hoy en día a los cuales se les pueden llamar "calvinistas sin reserva". De manera muy apropiada pudiéramos aplicar a nuestras propias iglesias las palabras que Toplady pronunciara con relación a la iglesia de Inglaterra: "Hubo un tiempo cuando las doctrinas calvinistas eran consideradas y defendidas como el paladión de nuestra Iglesia Establecida; por sus obispos y clero, por las universidades, y por todo el cuerpo laico. Durante el reinado de Eduardo VI, el de la Reina Isabel I, el de Jaime I, y durante la mayor parte de aquel de Carlos I, fue tan difícil encontrar un clérigo que no predicase las doctrinas de la Iglesia de Inglaterra, como así de difícil es encontrar hoy a uno que lo haga. Los principios de la Reforma han sido abandonados de manera general, e Icabod o 'traspasada es la gloria' ha sido escrito desde entonces en la mayoría de nuestros púlpitos y en las puertas de nuestras iglesias".[1]

En nuestra era de mayores conocimientos, la tendencia es la de considerar el calvinismo como un credo del pasado y ya obsoleto. Al comienzo de su brillante serie de artículos sobre *La fe reformada en el mundo moderno*, el Profesor F. E. Hamilton dice, "Parece que un gran número de personas en la Iglesia Presbiteriana de hoy ha dado por sentado que el calvinismo ha quedado relegado al pasado. Tanto el feligrés como el ministro del evangelio tienden a mirar con desdén a los que manifiestan creer en la predestinación. A los tales les parece increíble que exista (en una era tan ilustrada como la de hoy) un fenómeno intelectual como el de un verdadero calvinista. Sin embargo, nunca se les ocurre examinar seriamente los argumentos que presenta el calvinismo. Lo consideran tan anticuado como la Inquisición, o como la creencia en un mundo plano, y lo clasifican como una de aquellas ideas fantásticas que los hombres sostenían antes de la época científica moderna". Es por esta actitud hacia el calvinismo en el día de hoy, y por la falta general de información respecto a estas doctrinas, que consideramos el tema de este libro de suma importancia.

Fue Calvino quien elaboró este sistema teológico con claridad y con énfasis tal, que desde entonces ha llevado su nombre. El, por supuesto, no fue su originador, sino que expuso lo que le pareció brillar con claridad en las páginas de las Sagradas Escrituras. Agustín había enseñado los puntos esenciales de este sistema mil años antes de nacer Calvino, y todos los líderes de la Reforma también lo enseñaron. Pero no fue sino a Calvino, por su profundo conocimiento de las Escrituras y su agudo intelecto y genio sistematizador, que le fue dado el exponer y defender estas verdades de manera más clara y hábil de lo que se había hecho hasta entonces.

A este sistema de doctrina llamamos "calvinismo", y aceptamos el término "calvinista" como nuestro distintivo de honor; sin embargo, reconocemos que los nombres son meras conveniencias. "Pudiéramos", dice Warburton, "con toda propiedad y con igual razón, llamarle a la gravitación 'newtonismo', porque fue el gran filósofo Newton el que por primera vez demostró los principios de la gravitación. Los hombres habían estado enterados de los hechos de la gravitación por mucho tiempo antes del naci-

[1]Prefacio a *Predestinación* por Zanchius, p. 16.

miento de Newton; estos hechos habían sido visibles desde los primeros días de la creación, ya que ésta fue una de las leyes que Dios estableció para gobernar el universo. Pero los *principios* de la gravitación no fueron conocidos a cabalidad ni fueron entendidos los vastos efectos de su poder e influencia hasta que fueron descubiertos por Isaac Newton. Así también sucedió con lo que los hombres llaman calvinismo. Sus principios inherentes habían existido por largas edades antes de nacer Calvino; habían sido factores patentes en la historia del mundo desde la creación del hombre. Pero, puesto que fue Calvino quien por primera vez formuló dichos principios en un sistema más o menos completo, ese sistema, o credo, y de igual manera esos principios incorporados en él, llegaron a ser conocidos por su nombre".[2] Podemos añadir, además, que los nombres calvinista, luterano, puritano, peregrino, metodista, bautista, y aun el nombre cristiano, fueron originalmente apodos; pero por el uso se ha establecido su validez, y sus significados son ahora bien entendidos.

La cualidad que dio tal fuerza a las enseñanzas de Calvino fue su adherencia tenaz a la Biblia como libro inspirado y autoritativo. Se le ha reconocido como el teólogo bíblico por excelencia de su época. Donde la Biblia guiaba, por ahí él proseguía; donde no arrojaba luz, ahí se detenía. El rehusar ir más allá de lo que está escrito, unido a una espontánea aceptación de lo que la Biblia con claridad enseña, dieron a sus enseñanzas un aire de finalidad y positividad tal que eran ofensivas a sus oponentes. Por su perspicaz discernimiento intelectual y su poder de desarrollo lógico, se le ha considerado muchas veces meramente como un teólogo especulativo. Que poseía un genio especulativo de primer orden, es innegable; y en la persuasividad de su análisis lógico poseía un arma que lo hacía aterrador a sus enemigos. Pero no fue de estos dones que primariamente dependió cuando formaba y desarrollaba su sistema teológico.

Su activo y poderoso intelecto le impulsó a sondear las profundidades de todo tema que le vino a mano. En sus estudios acerca de Dios y del plan de la redención llegó muy lejos, penetrando en los misterios en que el hombre rara vez tan siquiera sueña. Calvino sacó a la luz un aspecto de la Escritura que había permanecido hasta entonces en la oscuridad y enfatizó aquellas profundas verdades que en las edades que precedieron a la Reforma habían escapado comparativamente el escrutinio de la iglesia. El sacó a la luz doctrinas del apóstol Pablo que habían sido olvidadas y, dándoles sus significados plenos y completos, las ató a una gran rama de la iglesia cristiana.

La doctrina de la predestinación ha sido falsificada y caricaturizada más que cualquier otra; además, ha sido quizás la que más oposición ha creado. "El solo mencionarla", dice Warburton, "es como mover la capa roja ante

[2]*Calvinism*, p. 23.

los ojos de un embravecido toro. Despierta las pasiones más feroces de la naturaleza humana, y produce un torrente de abusos y calumnias. Pero, porque los hombres la hayan combatido, o porque la odien, o tal vez porque no la entiendan, no es causa razonable ni lógica para que la echemos fuera. La pregunta no debe ser: ¿la aprueban los hombres?, sino, ¿es verdad?".[3]

Una razón por la que muchas personas, aun aquellas que se supone tienen cierta preparación académica, rechazan la doctrina de la predestinación es simplemente su ignorancia en cuanto a lo que es en sí la doctrina y lo que la Biblia enseña sobre la misma. Que exista tal ignorancia no debe sorprendernos cuando consideramos la inmensa falta de preparación bíblica en nuestros días. Un estudio cuidadoso de las Escrituras convencería a muchas personas que la Biblia es un libro muy diferente de lo que ellos habían supuesto. La formidable influencia que esta doctrina ha ejercido en la historia de Europa y América del Norte debiera al menos permitirle el derecho de ser escuchada con atención. Además, afirmamos que conforme a las leyes de la razón y de la lógica, una persona no tiene el derecho de negar la verdad de una doctrina sin antes haber estudiado de forma imparcial la evidencia *en pro y en contra*. Dicha doctrina toca algunas de las más profundas verdades reveladas en las Escrituras y un estudio minucioso de la misma sería ampliamente recompensado. Si algunos están en disposición de rechazarla sin antes hacer un estudio cuidadoso de la misma, no se olviden que esta doctrina ha cautivado la firme creencia de múltiples de los hombres más sabios y piadosos que han existido, y por tanto, deben haber poderosas razones en favor de su verdad.

Tal vez quepa señalar aquí que a pesar de que la doctrina de la predestinación es una grandiosa y bendita verdad bíblica y una doctrina fundamental de varias iglesias, no debe nunca considerársele como si fuese la doctrina reformada en su totalidad. El Dr. Kuyper ha dicho, "Es un error pretender hallar en la doctrina de la predestinación, o aun en la autoridad de las Escrituras, el carácter específico del calvinismo. Para el calvinismo estas doctrinas son consecuencias lógicas, no el punto de partida—la frondosidad dando evidencia de la profusión de su crecimiento, pero no la raíz de la cual ha brotado". Si la doctrina se separa de su asociación natural con otras verdades y se presenta por sí sola, el efecto es exagerado. El sistema entonces se distorsiona y es mal representado. La formulación de cualquier principio, para que sea verdadero, debe presentarse en armonía con todos los demás elementos del sistema del cual forma parte. La Confesión de Fe de Westminster es una afirmación equilibrada del sistema reformado en su totalidad y da la debida importancia a las demás doctrinas, tales como la de la Trinidad, la deidad de Cristo, la personalidad del Espíritu Santo, la inspiración de las Escrituras, los milagros, la expiación, la resurrección, el retorno personal de

[3]*Ibid.*, p. 23.

Cristo, etc. Además, no negamos que los arminianos apoyan muchas verdades importantes, pero sostenemos que una exposición *llena* y *completa* del sistema cristiano halla cabal expresión únicamente en el sistema calvinista.

La doctrina de la predestinación y el calvinismo son prácticamente términos sinónimos en la mente de muchas personas. Esto, sin embargo, no debería ser el caso, y el haber identificado estos dos términos tan estrechamente ha predispuesto a muchos en contra del calvinismo. También es un error, como se ha de señalar más adelante, el identificar de manera muy estrecha el calvinismo con los "cinco puntos". Aunque la predestinación y los "cinco puntos" son elementos esenciales del calvinismo, éstos de ninguna manera constituyen su totalidad.

La doctrina de la predestinacíon ha sido tema de interminables deliberaciones, muchas de las cuales, debe admitirse, tenían el propósito de suavizar sus rasgos distintivos, o de presentar argumentos para restarle fuerzas a sus implicaciones. "El examen serio de esta gran doctrina", dice Cunningham, "nos conducirá a los más profundos e inaccesibles temas que puedan ocupar la mente de los hombres—la naturaleza y los atributos, los propósitos y operaciones del infinito e incomprensible Jehová—vistos de manera especial en sus relaciones con el destino eterno de sus criaturas inteligentes. La naturaleza peculiar del tema demanda, y con razón, que siempre nos acerquemos y lo consideremos con la más profunda humildad, cautela y reverencia, ya que esto trata, por un lado, de un tema tan terrible y abrumador como lo es el de la miseria eterna de una multitud incalculable de nuestros semejantes. Muchos han discutido el tema en este espíritu, pero también ha habido otros que se han dado a la especulación presuntuosa e irreverente. No hay otro tema, quizá, que haya llamado más la atención de los hombres en todas las edades. Dicho tema ha sido discutido a cabalidad en todas sus relaciones, tanto filosóficas, teológicas, y prácticas; y si ha habido algún tema de especulación con relación al cual nos fuera lícito decir que ha sido agotado, es éste.

"Por lo menos algunos de los temas incluidos bajo este encabezamiento general han sido discutidos por casi todo filósofo de eminencia, tanto en tiempos pasados como en tiempos modernos....

"Todo lo que la más alta habilidad, ingenuidad, y agudeza ha podido lograr, ha sido ejercitado en la discusión de este tema; y las dificultades que lo envuelven jamás han sido resueltas completamente. Podemos garantizar que jamás lo serán, a menos que Dios nos dé una revelación más amplia, o que aumente en gran manera nuestro entendimiento—aunque, quizá, sería más correcto decir que, *por la misma naturaleza del caso*, un ser finito jamás podrá comprenderlo en su plenitud, ya que esto implicaría que pudiera también comprender a plenitud la mente infinita".[4]

[4]Cunningham, *Historical Theology*, II, pp. 418, 419.

En la preparación de este libro se ha utilizado mucho material de otros libros a fin de que éste pueda contener lo mejor sobre el tema. Por consiguiente, muchos de los argumentos que aquí se encuentran son de hombres que el autor considera muy superiores a él. De cierto, al mirar todo el contenido, él puede decir con un célebre escritor francés, "He entresacado de los jardines de los hombres un ramillete de variadas flores, y nada es mío sino el cordón que las une". Con todo, mucho *es* original, en especial lo que concierne a la organización y arreglo del material.

A través del libro los términos "predestinación" y "preordinación" se usan indistintamente, dependiendo en cada caso de la preferencia del autor. Si se quisiera hacer una distinción, entonces la palabra "preordinación" quizá pudiera usarse mejor cuando a lo que se está haciendo referencia es un evento en la historia o en la naturaleza, mientras que "predestinación" pudiera referirse más bien al destino final de las personas. (Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, 1960).

El autor desea en particular agradecer la cooperación del Dr. Samuel G. Craig, Editor de la revista *Christianity Today* (Cristianismo hoy), Dr. Frank H. Stevenson, Presidente de la Junta Directiva del Seminario Teológico Westminster, Dr. Cornelio Van Til, Profesor de Apologética en el seminario Teológico Westminster, Dr. C. W. Hodge, Profesor de Teología Sistemática en el Seminario Teológico Princeton, bajo cuya supervisión este material en forma más concisa fue originalmente preparado, y el Rev. Henry Atherton, Secretario General de Sovereign Grace Union, Londres, Inglaterra, por su valiosa ayuda.

Este libro, volvemos a repetir, tiene como propósito exponer y defender la fe reformada, conocida comúnmente como el calvinismo. El mismo no va dirigido en contra de ninguna denominación en particular, sino más bien en contra del arminianismo en general. El autor es presbiteriano,[5] pero está consciente del abandono radical del credo de su iglesia por parte de la gran mayoría de los mismos presbiterianos. El libro se ofrece al público con la esperanza de que aquellos que profesan apoyar la doctrina reformada lleguen a tener un mejor entendimiento de las grandes verdades que aquí se tratan y puedan llegar a tener en mayor estima su herencia; y que aquellos que no han conocido este sistema, o los que se han opuesto a él, lleguen a convencerse de su verdad y a amarlo.

La pregunta que debemos afrontar es, pues, ¿ha preordinado Dios desde la eternidad todo lo que acontece? Y si así es, ¿qué evidencia tenemos de ello? y, ¿cómo puede este hecho ser compatible con el libre albedrío de criaturas racionales y con las perfecciones divinas?

[5]El autor, un laico, es miembro de la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa. Esta es una de las denominaciones pequeñas que busca fielmente preservar la herencia reformada.

SECCION I

SEMINARIO BIBLICO "ALIANZA"
BIBLIOTECA

Capítulo 2

Una exposición de la doctrina

La Confesión de Fe de Westminster, en la cual se exponen las doctrinas de las iglesias presbiterianas y de las reformadas, y que es la más perfecta expresión de la fe reformada, dice: "Dios desde la eternidad, por el santo y sabio consejo de su voluntad, ordenó libre e inalterablemente todo lo que sucede. Sin embargo, lo hizo de tal manera que Dios no es ni el autor del pecado, ni hace violencia a la libertad de sus criaturas, ni quita la libertad ni contingencia de las causas secundarias, sino más bien las establece". Y más adelante dice, "Aunque Dios sabe todo lo que puede acontecer en toda clase de condición o contingencia que se pueda suponer, sin embargo, nada decretó porque lo proveía como por venir o como cosa que habría de suceder en condiciones dadas".

La doctrina de la predestinación presenta el propósito de Dios como absoluto e incondicional, independiente de toda la creación y originándose sólo en el eterno consejo de su voluntad. Presenta a Dios como el Rey exaltado y poderoso que ha determinado el curso de la naturaleza y que dirige el curso de la historia hasta en sus más mínimos detalles. El decreto divino es eterno, inmutable, santo, sabio, y soberano. Abarca no sólo el curso del mundo físico sino también todo evento de la historia humana desde la creación hasta el juicio, e incluye toda actividad de los santos y ángeles en el cielo y de los réprobos y demonios en el infierno. Abarca la extensión completa de la existencia de todas las criaturas a través del tiempo y la eternidad, e incluye a la vez todo lo que fue o será en sus causas, condiciones, sucesiones, y relaciones. Todo lo que existe fuera de Dios mismo es parte de este comprensivo decreto, ya que la existencia de todos los seres ha dependido y depende del poder creador y sustentador de Dios. Dicho decreto provee, además, la dirección providencial bajo la cual todas las cosas se apresuran hacia el fin determinado por Dios; siendo la meta, "Un evento divino lejano, hacia el cual toda la creación se mueve".

Dado que la creación finita en toda su extensión existe como un medio a través del cual Dios manifiesta su gloria, y ya que depende de El en lo absoluto, jamás pudiera originar en sí misma condición alguna que limitara o frustrara la manifestación de dicha gloria. Desde la eternidad Dios se propuso hacer precisamente lo que está haciendo. El es el Gobernador soberano del universo y "el que hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" (Dn. 4:35). El universo, por ser creación de Dios y por depender de Dios continuamente, está sujeto a su control en todas sus partes y en todo tiempo, y nada puede acontecer contrario a lo que Dios expresamente decreta o permite. Por consiguiente, el propósito eterno no es sino un acto de predestinación o preordinación soberana, no condicionado por ningún hecho o cambio en el tiempo; el propósito eterno es además la base de la presciencia divina de todos los eventos futuros, no condicionado por dicha presciencia o por cualquier cosa originada por los eventos mismos.

Los teólogos reformados aplicaron de manera lógica y consistente a las esferas de la creación y de la providencia los grandes principios que más tarde fueron expuestos en las normas de Westminster. Dichos teólogos vieron la mano de Dios en todo evento de la historia humana y en todas las operaciones de la naturaleza física, de modo que concibieron al mundo como la realización en el tiempo del ideal eterno. Para ellos el mundo en su totalidad así como en todas sus partes, movimientos, y cambios fue unido por la actividad gobernante, penetrante, y armoniosa de la voluntad divina, y el propósito era manifestar la gloria de Dios. Aunque su concepto fue el de un plan divino para el curso entero de la historia, su interés especial fue la relación entre este plan y la salvación del hombre. Calvino, el más brillante y sistemático teólogo de la Reforma, se expresó de esta manera: "Llamamos predestinación al eterno decreto de Dios, por el que ha determinado lo que quiere hacer de cada uno de los hombres. Porque El no los crea a todos con el mismo destino, sino que ordena a unos para la vida eterna, y a otros para la condenación perpetua. Por tanto, según el fin para el cual el hombre es creado, decimos que está predestinado a vida o a muerte".[1]

Que Lutero fue tan fervoroso como Calvino en lo concerniente a la absoluta predestinación se deja ver en su comentario del libro de Romanos donde escribe: "Todas las cosas, sean lo que fueren, proceden y dependen de la determinación divina; mediante la cual fue preordinado quién habría de recibir la palabra de vida, y quién habría de rechazarla; quién habría de ser libertado de sus pecados, y quién habría de ser endurecido en ellos; quién habría de ser justificado y quién habría de ser condenado". Melanchton, su amigo íntimo y colega, dice: "Todas las cosas acontecen conforme a

[1]*Institución*, Libro III, Cap. XXI, Sec. 5.

la predestinación divina; no sólo nuestras obras externas, sino aun nuestros pensamientos"; y añade, "No existe tal cosa como la suerte, ni la fortuna; y no hay manera más fácil de adquirir el temor de Dios, y llegar a depositar toda nuestra confianza en El, que llegando a conocer a fondo la doctrina de la predestinación".

"El orden es la primera ley celestial". Desde el punto de vista divino hay progreso y orden ininterrumpido desde el comienzo de la creación hasta el fin del mundo y la introducción del reino de los cielos en toda su gloria. El propósito y plan divino no es interrumpido ni frustrado en ninguna parte; aquello que en muchos casos nos parece ser una derrota, lo es sólo en apariencia, ya que nuestra naturaleza finita e imperfecta no nos permite ver todas las partes en el total ni el total en todas sus partes. Si de un solo vistazo pudiéramos vislumbrar "el gran espectáculo del mundo natural y el complejo drama de la historia humana", lograríamos ver al mundo como una armoniosa unidad manifestando las gloriosas perfecciones de Dios.

"Aunque el mundo parezca moverse al azar", dice Bishop, "y las circunstancias parezcan estar amontonadas de manera confusa y desordenada, no obstante, Dios ve y conoce las relaciones entre todas las causas y sus efectos, y las dirige de manera tal que hace de todas las aparentes inconsistencias e incompatibilidades una perfecta armonía. Es sumamente necesario que tengamos nuestro corazón bien fundamentado en la creencia firme y estable de esta verdad para que, suceda lo que suceda, sea bueno o malo, podamos alzar nuestros ojos al Dador de todo, a Dios. En lo que a Dios concierne, nada hay en el mundo que suceda por casualidad ni contingencia. Si un amo mandare a un siervo a cierto lugar y le ordenare permanecer allí hasta cierto tiempo, y poco tiempo después mandare a otro siervo al mismo lugar, el encuentro de éstos sería casual respecto a ellos mismos, pero ordenado y previsto por el amo que les envió. Para nosotros todas las circunstancias suceden inesperadamente, pero no así para con Dios. El prevee y establece todas las eventualidades".[2]

El salmista exclamó, "¡Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en *toda* la tierra!" Y el escritor del Eclesiastés dice, "*Todo* lo hizo hermoso en su tiempo". En la visión que tuvo el profeta Isaías, los serafines cantaban, "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; *toda* la tierra está llena de su gloria". Al ser contemplado desde el punto de vista divino, todo evento en el curso de los acontecimientos humanos, en todas las edades y en todas las naciones, tiene su lugar correspondiente en el desarrollo del plan eterno, no importa cuán insignificante parezca. Cada suceso está íntimamente relacionado con causas que le preceden y ejerce una influencia cada vez más amplia a través de sus efectos, relacionándose así con todo el sis-

[2]Citado por Toplady en Prefacio a *Predestinación* de Zanchius.

tema de cosas, y ocupando su parte correspondiente en el mantenimiento del equilibrio perfecto de este mundo. Muchos ejemplos pudieran traerse a colación para demostrar que eventos de gran importancia han dependido muchas veces de lo que en otro momento parecían ser los acontecimientos más fortuitos y triviales. La interrelación y conexión que existe entre todos los acontecimientos es tal que, si uno fuese omitido o modificado, todos los demás quedarían o modificados o anulados. De aquí la certeza de que el gobierno divino descansa en la preordinación de Dios y que abarca todos los eventos, grandes y pequeños; aunque en realidad ningún evento es pequeño. Cada evento tiene su lugar preciso en el plan divino, y algunos son mayores que otros sólo relativamente hablando. El curso de la historia, aunque muy complejo, es, sin embargo, una unidad a los ojos de Dios. Esta verdad, junto a su razón de ser, es resumida de manera muy bella en el Catecismo menor de Westminster: "Los decretos de Dios son su propósito eterno, según el consejo de su voluntad, en virtud del cual ha preordinado para su propia gloria todo lo que acontece".

El Dr. Abraham Kuyper, quien es reconocido como uno de los teólogos calvinistas holandeses más destacados, nos ha dejado un válido pensamiento en el siguiente párrafo: "La determinación de la existencia de todas las cosas, esto es, lo que había de ser camelia o margarita, ruiseñor o cuervo, oveja o cerdo, y de igual manera lo que a nosotros como seres humanos respecta, la determinación de nuestras personas, si habíamos de nacer varón o hembra, rico o pobre, torpe o inteligente, blanco o negro, o aun como Abel y Caín, es la más sorprendente predestinación que se pueda concebir en el cielo o en la tierra; y la vemos ocurriendo ante nuestros ojos cada día, ya que nuestra personalidad misma está sujeta a ella, nuestra existencia, nuestra misma naturaleza, nuestra posición en la vida, dependen por completo de ella. El calvinista atribuye esta predestinación abarcadora, no al hombre, y mucho menos a una ciega fuerza natural, sino al Dios todopoderoso, creador soberano y dueño del cielo y de la tierra; y es en la figura del alfarero y el barro que las Escrituras nos presentan desde el tiempo de los profetas esta elección total. Elección en la creación, elección en la providencia, y así elección para vida eterna; elección en la esfera de la *gracia*, así como en la esfera de la *naturaleza*".[3]

No podemos apreciar de manera adecuada este orden universal hasta que lo hayamos visto como un poderoso sistema mediante el cual Dios lleva a cabo sus planes. El teísmo claro y consistente de Calvino le proporcionó un sentido agudo de la infinita majestad del Todopoderoso en cuyas manos yacen todas las cosas, convirtiéndole así en firme defensor de la doctrina de la predestinación. En esta doctrina del propósito incondicional y eterno del

[3]*Lectures on Calvinism*, p. 272.

omnisciente y omnipotente Dios, halló el plan de la historia de la caída y de la redención de la raza humana. De manera intrépida, pero con reverencia, dio el paso que le colocó en el mismo borde del precipicio donde todo el conocimiento humano se pierde en misterio y adoración.

La doctrina reformada, pues, nos ofrece un Dios *glorioso* quien es el rey soberano del universo. "Su gran principio", dice Bayne, "es la contemplación del universo de Dios revelado en Cristo. En todo lugar, en todo tiempo, de eternidad a eternidad, el calvinismo ve a Dios". A nuestra era, con su énfasis en la democracia, no le agrada esta idea, y quizá a ninguna otra era le agradó menos. La tendencia hoy es exaltar al hombre y darle a Dios sólo una parte muy limitada en los asuntos del mundo. El Dr. A. A. Hodge ha dicho, "La nueva teología, considerando limitada a la antigua, desecha la preordinación de Jehová como mera invención escolástica y pasada de moda, desacreditada por la cultura avanzada de hoy. Esta no es la primera vez que los buhos, confundiendo la sombra de un eclipse pasajero con su noche natural, se han anticipado a gritar a las águilas, convencidos de que lo que es invisible para ellos, no puede existir".[4]

Este es, pues, en términos generales, el concepto de la predestinación como ha sido sostenido por los grandes teólogos de las Iglesias Presbiterianas y las Reformadas.

La preordinación es enseñada de manera explícita en las Escrituras:

Hechos 4:27, 28: Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.

Efesios 1:5: En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.

Efesios: 1:11: En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.

Romanos 8:29, 30: Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó a éstos también glorificó.

1 Corintios 2:7: Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.

[4]*Popular Lectures on Theological Themes*, p. 158.

rril o gobernar una nación, sin un plan. Se cuenta que antes de la invasión a Rusia, Napoleón había trazado un plan detallado, señalando el curso que cada división de su ejército había de seguir, donde había de estar en cierto día, qué provisiones había que tener, etc. Cualquier detalle que faltaba en dicho plan era debido a las limitaciones del poder y de la sabiduría humana. Si la previsión de Napoleón hubiera sido perfecta y su control de los eventos absoluto, su plan (podemos decir, su preordinación) hubiera abarcado cada acto de cada soldado que iba en dicha marcha.

Si ésta es la realidad respecto al hombre mismo, cuánto más no lo será respecto a Dios. "Un universo sin decretos", dice A. J. Gordon, "sería tan irracional y espantoso como una locomotora que avanza en la oscuridad sin su faro delantero o sin maquinista, sin saber si el próximo momento la ha de llevar al abismo". No podemos concebir que Dios haya creado el universo sin antes haber tenido un plan que incluyera todo lo que habría de acontecer en dicho universo. Las Escrituras, sin embargo, enseñan que la providencia de Dios se extiende a todos los eventos, aun los más pequeños, lo que significa que su plan abarca todos los eventos. El que El tenga el mejor de todos los planes posibles y el que dirija el curso de la historia hacia su señalado fin, es una de sus perfecciones. El admitir que El tiene un plan que está llevando a cabo es admitir la predestinación. Dice Dabney, "El plan de Dios demuestra en su realización que es una unidad; causa está unida a efecto, y lo que era efecto se convierte en causa; las influencias de unos eventos sobre otros se entrelazan, y descienden en una sucesión cada vez más amplia a eventos subsiguientes; de tal manera que todo el complejo está entrelazado a través de todas sus partes. Así como los astrónomos suponen que la remoción de un planeta de nuestro sistema solar modificaría más o menos el balance y las órbitas de todos los demás, de igual manera la omisión de un solo evento en este plan alteraría todo el conjunto, de forma directa o indirecta".[2]

Si Dios no hubiera preordinado el curso de los acontecimientos, sino que hubiera esperado a que una condición indeterminada se cumpliera o no, entonces sus decretos no podrían ser ni eternos ni inmutables. Pero sabemos que El no puede cometer errores, y que tampoco puede ser sorprendido por inconveniencia imprevista alguna. Su reino está en los cielos y El domina sobre todo. Por consiguiente, su plan debe incluir todos y cada uno de los eventos de todo el recorrido de la historia.

Que aun los eventos más pequeños tienen también su parte en este plan, y que son tales como deben ser, es cosa fácil de ver. Todos podemos recordar ciertos "acontecimientos fortuitos" que han cambiado el curso de nuestras vidas. Los efectos de éstos se extienden a lo largo de toda la historia subsiguiente, ampliándose sus influencias cada vez más hasta llegar a producir

[2]*Theology*, p. 214.

otros "acontecimientos fortuitos" similares. Se cuenta que los graznidos de unos gansos en cierta ocasión salvaron a Roma. Cuán verídica sea esta historia, no lo sabemos, pero, no obstante, sirve de ilustración. Pensemos, si esos gansos no hubiesen despertado a los guardas que dieron la voz de alarma, despertando éstos a su vez al ejército de defensa, Roma hubiese caído, y el curso de la historia desde ese momento en adelante hubiese sido otro. Si esos gansos hubieran permanecido silenciosos, ¿quién puede imaginar los imperios que hubiesen de estar en existencia hoy, o dónde hubieran de encontrarse los centros de cultura? De igual manera, durante una batalla una bala pasa en su trayectoria a pocos centímetros del general del ejército. Este continúa con vida, dirigiendo sus tropas, y gana una victoria decisiva, y es proclamado jefe de su nación por muchos años—así como sucedió con Jorge Washington. Sin embargo, ¡cuán diferente hubiese sido el curso de la historia si el soldado del ejército contrario hubiese apuntado su fusil sólo un poco más hacia arriba o hacia abajo! Pensemos también en el gran fuego de Chicago en el año 1871, que destruyó más de la mitad de la ciudad. Se dice que dicho fuego comenzó cuando una vaca tumbó una linterna, de una patada. ¡Cuán distinta hubiese sido la historia de Chicago si el movimiento de la vaca hubiese sido solamente un poco diferente! "El control de lo mayor debe incluir el control de lo menor, ya que las cosas grandes no sólo están integradas por cosas pequeñas, sino que la misma historia enseña cómo las circunstancias más insignificantes de continuo demuestran ser los ejes sobre los cuales giran eventos de gran consecuencia. La persistencia de una araña motivó a un hombre desesperado a ejercer nuevas fuerzas que determinaron el futuro de una nación. El Dios que predestinó el curso que había de seguir la historia de Escocia es el mismo que planeó y dirigió los movimientos de aquel pequeño insecto que salvó a Roberto Bruce de la desesperación".[3] Ejemplos de esta índole pudieran multiplicarse de manera indefinida.

El pelagiano niega que Dios tenga un plan; el arminiano dice que Dios tiene un plan general, pero no uno detallado; el calvinista, en cambio, afirma que Dios tiene un plan detallado que abarca todos los eventos a través de todas las edades. El que el calvinista reconozca que el Dios eterno tiene un plan eterno mediante el cual ha predeterminado todo lo que acontece, no es sino reconocer que Dios es Dios, y que, por tanto, está libre de toda limitación humana. Las Escrituras presentan a Dios como una persona, ya que sus actos, así como los nuestros, tienen propósito; pero a desemejanza de nosotros, Dios es infinitamente sabio en la formulación de sus planes y omnipotente en su ejecución. Además, las Escrituras presentan al universo como producto de su poder creador, y como el teatro en el cual se exhiben sus gloriosas perfecciones, y que en toda su forma y en toda su histori

[3]*The Creed of Presbyterians*, p. 160.

sus más pequeños detalles debe corresponder con su propósito al haberlo creado.

El Dr. Benjamín B. Warfield, quien, en la opinión del autor, es (después de Juan Calvino) el más sobresaliente teólogo, nos dice en un artículo iluminador sobre "La Predestinación", que los escritores de la Biblia contemplaron el plan divino como uno "suficientemente amplio como para abarcar todas las cosas del universo, y suficientemente pequeño como para incluir los más mínimos detalles, realizándose con inevitable certeza en cada evento que acontece.... En la infinita sabiduría del Señor de toda la tierra, cada evento acontece precisamente en el lugar que le corresponde en el desarrollo del plan eterno; ninguna cosa, no importa cuán pequeña, o cuán extraña sea, ocurre sin su orden, o sin su adaptación particular al lugar que le corresponde en el desenvolvimiento de sus propósitos; y el fin de todo será la manifestación de su gloria. Esta es la filosofía del universo que presenta no sólo el Antiguo sino también el Nuevo Testamento—una perspectiva universal que logra unidad concreta en un absoluto decreto, o propósito, o plan, del cual todo lo que acontece no es sino su desarrollo en el tiempo".[4]

La esencia misma de un teísmo consistente es que Dios tenga un plan preciso para el mundo, que conozca de antemano los actos de todas las criaturas que se propuso crear, y que a través de su providencia gobierne todo el sistema. Si Dios sólo hubiese preordinado algunos eventos aislados, entonces se introduciría confusión en el sistema, tanto en el mundo natural como en los asuntos humanos, y El se vería obligado a desarrollar constantemente nuevos planes para lograr sus propósitos. Su gobierno del mundo en tal caso sería sólo una caprichosa mezcolanza de nuevos expedientes; y a lo mejor, gobernaría muy superficialmente, e ignoraría gran parte del futuro. Pero nadie con una idea correcta de la persona de Dios creerá que El tenga que cambiar de opinión cada vez en cuando para acomodar acontecimientos inesperados que no estaban incluidos en su plan original. Si se niega la perfección del plan divino, no se podrá hallar una posición consistente fuera de un ateísmo craso.

Es menester entender que Dios no estaba obligado a crear. El actuó con perfecta libertad cuando creó al mundo. Cuando Dios decidió crear, había delante de El un número infinito de planes posibles. Sin embargo, vemos que escogió este plan en particular, del cual somos parte. Y como El conocía a perfección cada evento de este sistema en particular, es obvio entonces que predeterminó cada evento cuando eligió este plan. Su selección del plan, o más bien, la certidumbre de que la creación seguiría el orden de dicho plan, la llamamos su preordinación o su predestinación.

Aun las obras pecaminosas de los hombres son parte de este plan; son

[4]*Biblical Doctrines*, pp. 13, 22.

previstas, permitidas, y tienen su lugar preciso, y son controladas y dirigidas de modo que redunden en la gloria de Dios. La crucifixión de Cristo, que sin lugar a duda es el crimen más vil de toda la historia humana, tuvo, como declara la Biblia, su lugar preciso y necesario en el plan (Hch. 2:23; 4:28). Esta manera particular de redención no es un expediente al que Dios tuvo que recurrir al ser derrotado y frustrado por la caída del hombre, sino más bien "conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor" (Ef. 3:11). Pedro nos dice que Cristo fue "destinado desde antes de la fundación del mundo" como sacrificio por el pecado (1 P. 1:20). Los creyentes fueron "escogidos en él antes de la fundación del mundo" (o sea, desde la eternidad) (Ef. 1:4). Somos salvos no por nuestras propias obras, "sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos" (2 Ti. 1:9). Y si la crucifixión de Cristo, es decir, su ofrecimiento personal como sacrificio por el pecado, es parte del plan, entonces evidentemente la caída de Adán y todos los demás pecados que hicieron que dicho sacrificio fuese necesario también son parte del plan, no importa cuan indeseables sean.

La historia en todos sus detalles, aun los más pequeños, no es sino el despliegue de los propósitos eternos de Dios. Los decretos divinos no son concebidos de manera sucesiva según las emergencias van surgiendo, sino que todos son parte de un plan abarcador y jamás debiéramos pensar que Dios súbitamente desarrolla un plan o lleva a cabo algo que no había considerado de antemano.

El hecho de que las Escrituras a menudo hablen de algún propósito de Dios como dependiente del resultado de otro de los actos de los hombres, no es objeción válida contra esta doctrina. Las Escrituras están escritas en lenguaje común y corriente, y con frecuencia describen un hecho o alguna cosa como aparenta ser, y no como es en realidad. La Biblia habla de "los cuatro confines de la tierra" (Is. 11:12), y de los "cimientos de la tierra" (Sal. 104:5); pero nadie supone que esto signifique que la tierra es cuadrada o que descansa sobre algún cimiento. Cuando hablamos del sol y decimos que sale o se pone, sabemos que no es el movimiento del sol lo que causa dicho fenómeno, sino el movimiento de la tierra al girar sobre su eje. De la misma manera, cuando las Escrituras hablan de Dios como, por ejemplo, arrepintiéndose, nadie que tenga una idea correcta de Dios supondrá que esto significa que El se ha dado cuenta que ha seguido un curso equivocado y ha procedido a cambiarlo. Significa simplemente que desde el punto de vista humano su acción parece ser como la de un hombre que se arrepiente. También otros lugares de las Escrituras hablan de las manos, o brazos, u ojos de Dios. Estas figuras del lenguaje se conocen con el nombre de "antropomorfismos", casos en los que se hace referencia a Dios como si fuera humano. Cuando la palabra "arrepentirse" se usa en su sentido estricto, no puede

aplicarse a Dios ya que "Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta" (Nm. 23:19); y "Además, el que es la gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta" (1 S. 15:29).

La contemplación de este glorioso plan redundará en las alabanzas de la sabiduría inescrutable y del poder inmensurable de Aquel que lo diseñó y que lo lleva a cabo. Y ¿qué podrá traer mayor satisfacción y gozo al creyente que saber que todo el curso del mundo ha sido ordenado en torno al establecimiento del reino de los cielos y de la manifestación de la gloria divina, y que él mismo es uno de los objetos sobre los cuales la misericordia y el amor infinito han de derramarse en gran abundancia?

Pruebas bíblicas

1. *El plan de Dios es eterno:*

2 Timoteo 1:9: (Es Dios) quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.

Salmo 33:11: El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones.

Isaías 37:26: ¿No has oído decir que desde tiempos antiguos yo lo hice, que desde los días de la antigüedad lo tengo ideado?

Isaías 46:9, 10: Yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho.

2 Tesalonicenses 2:13: Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad.

Mateo 25:34: Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

1 Pedro 1:20: (Cristo) quien (como sacrificio por el pecado) ya estaba destinado desde antes de la fundación del mundo.

Jeremías 31:3: Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado.

Hechos 15:18: Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos.

Salmo 139:16: Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.

2. *El plan de Dios es inmutable:*

Santiago 1:17: Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.

Isaías 14:24: Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado.

Isaías 46:10, 11: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré.

Números 23:19: Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará?

Malaquías 3:6: Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.

3. *El plan de Dios incluye las obras futuras de los hombres:*

Daniel 2:28: Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días.

Juan 6:64: Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar.

Mateo 20:18, 19: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará.

(Todas las profecías que predicen eventos futuros corresponden a este encabezamiento. Véase especialmente: Miqueas 5:2; cf. con Mateo 2:5, 6 y Lucas 2:1-7; Salmo 22:18, cf. con Juan 19:24; Salmo 69:21, cf. con Juan 19:29; Zacarías 12:10, cf. Juan 19:37; Marcos 14:30; Zacarías 11:12, 13, cf. con Mateo 27:9, 10; Salmo 34:19, 20, cf. Juan 19:33, 36.)

4. *El plan de Dios incluye los eventos fortuitos o acontecimientos casuales:*

Proverbios 16:33: La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella.

Jonás 1:7: Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás.

Hechos 1:24, 26: Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido... Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías.

Job 36:32: Con las nubes encubre la luz, y le manda no brillar, interponiendo aquéllas.

1 Reyes 22:28, 34: Y dijo Micaías: Si llegas a volver en paz, Jehová no ha hablado por mí... Y un hombre disparó su arco a la ventura e hirió al rey de Israel por entre las coyunturas de la armadura.

Job 5:6: Porque la aflicción no sale del polvo, ni la molestia brota de la tierra.

Marcos 14:30: Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú (Pedro), hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. (Cf. Génesis 37:28 y 45:5; cf. 1 Samuel 9:15, 16 y 9:5-10.)

5. *Algunos eventos aparecen como fijos o inevitablemente seguros:*

Lucas 22:22: A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!

Juan 8:20: Estas palabras hablo Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.

Mateo 24:36: Pero del día y la hora (del fin del mundo) nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre.

Génesis 41:32: Y el suceder el sueño al Faraón dos veces, significa que la cosa es firme de parte de Dios, y que Dios se apresura a hacerla.

Habacuc 2:3: Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará.

Lucas 21:24: Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan.

Jeremías 15:2: Y si te preguntaren: ¿A dónde saldremos? les dirás: Así ha dicho Jehová: El que a muerte, a muerte; el que a espada, a espada; el que a hambre, a hambre; y el que a cautiverio, a cautiverio.

Job 14:5: Ciertamente sus días están determinados, y el número de sus meses está cerca de ti; le pusiste límites, de los cuales no pasará.

Jeremías 27:7: Y todas las naciones le servirán a él (Nabucodonosor), a su hijo, y al hijo de su hijo, hasta que venga también el tiempo de su misma tierra, y la reduzcan a servidumbre muchas naciones y grandes reyes.

6. *Aun las obras pecaminosas de los hombres están incluidas en el plan y son controladas de modo que redunden en bien:*

Génesis 50:20: Vosotros pensasteis mal contra mí (José), mas Dios lo encaminó en bien.

Isaías 45:7: Que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto.

Amós 3:6: ¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?

Hechos 3:18: Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer.

Mateo 21:42: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo.

Romanos 8:28: Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

Capítulo 4

La soberanía de Dios

Toda persona que piensa puede ver fácilmente que un poder soberano rige su vida. Jamás se le preguntó si deseaba nacer o no; o cuándo, o dónde, o qué había de nacer; si en el siglo veinte o antes del diluvio; si en la América o en la China; si blanco o negro. Los creyentes de todas las épocas han reconocido a Dios como el Creador y Soberano del universo, y por consiguiente, como la fuente de todo poder que se encuentra en las criaturas. Por lo tanto, nada puede acontecer aparte de su soberana voluntad. Cuanto más meditamos en esta verdad, tanto más descubrimos que conduce a razones que establecen la posición calvinista y refutan la arminiana.

Dios, por ser el creador de todo lo que existe, es también, por consiguiente, el dueño absoluto y el que dispone de todo lo que ha hecho. El ejerce no sólo una influencia general, sino que efectivamente *gobierna* al mundo que ha creado. Las naciones, insignificantes a los ojos de Dios, son como "el polvo de la balanza" comparadas con su grandeza; y más fácil fuese que el sol se detuviese en su curso que verse obstaculizada su labor o su voluntad. En medio de todas las aparentes derrotas e inconsistencias de la vida, Dios prosigue adelante en imperturbable majestad. Aun las obras pecaminosas de los hombres ocurren sólo porque él las permite. Y puesto que él permite, no involuntariamente, sino voluntariamente, todo lo que sucede—inclusive los hechos y el destino final de los hombres—por consiguiente, todo procede conforme a lo que él ha deseado y a lo que se ha propuesto. En la medida que se niegue esta realidad, quedará Dios despojado de su soberanía. Claro está, algunos problemas surgen aquí los cuales no podemos resolver debido a nuestro grado de conocimiento presente; pero eso no es causa suficiente para rechazar lo que las Escrituras y los dictados de la razón afirman ser cierto.

Si el poder de un rey terrenal es ley en su reino, ¡cuánto más la palabra de Dios en el suyo! El creyente sabe que el día se acerca cuando, de buena o

mala gana, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Cristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. Las Escrituras presentan a Dios como el Dios TODOPODEROSO, como el que tiene en su mano el dominio universal y el que conoce el fin desde el principio y los medios que han de usarse para lograr dicho fin. El puede hacer por nosotros mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos. Es decir, la categoría de lo imposible no existe, "para quien todas las cosas son posibles" (Mt. 19:26; Mr. 10:27). No obstante, esto no significa que El tenga poder para hacer aquello que es contrario a su naturaleza, o para obrar en forma contradictoria. Es imposible que Dios mienta o haga algo que sea moralmente indebido. Tampoco puede hacer que dos y dos sumen cinco, ni que una rueda gire y a la misma vez permanezca inmóvil. Su omnipotencia es garantía segura de que el curso del mundo será conforme a su plan, del mismo modo que su santidad es garantía de que todas sus obras serán hechas en rectitud.

La doctrina de la soberanía de Dios se encuentra desarrollada de manera consistente no sólo en el Nuevo sino también en el Antiguo Testamento. El Dr. Warfield, refiriéndose a la doctrina como aparece en el Antiguo Testamento, dice: "El hacedor omnipotente de todas las cosas es presentado de igual manera como el soberano irresistible de todo lo que ha hecho; se sienta Jehová como rey para siempre" (Sal. 29:10). Y continúa diciéndonos que los escritores de esta parte de la Biblia rara vez usan expresiones tales como "llueve"; de manera instintiva hablan de Dios como el que envía la lluvia, etc. La posibilidad de accidente y casualidad no existe y aun "echar la suerte era un medio aceptado de obtener la decisión de Dios (Jos. 7:16; 14:2; 18:6; 1 S. 10:19; Jon. 1:7). Todo, sin excepción, está bajo su control, y su voluntad es la razón fundamental de todo lo que acontece. El cielo y la tierra y todo lo que en ellos hay son los instrumentos a través de los cuales él lleva a cabo sus propósitos. La naturaleza, las naciones, y la fortuna de cada ser humano presentan en todos sus cambios la fiel expresión de su propósito. Los vientos son sus mensajeros, las llamas de fuego sus ministros: cada suceso natural es obra suya; la prosperidad es don suyo, y si la desgracia llega a la vida del hombre, es el Señor que lo ha hecho (Am. 3:5, 6; Lm. 3:33-38; Is. 47:7; Ec. 7:14; Is. 54:16). El dirige los pasos de los hombres, quiéranlo éstos o no; él enaltece y él abate; él ablanda el corazón o lo endurece; y él crea los mismos pensamientos e intenciones del alma".[1]

¿Y rehusaremos creer que Dios puede convertir a un pecador cuando le place? ¿Será que el todopoderoso, el omnipotente soberano del universo no puede cambiar el carácter de las criaturas que ha creado? El cambió el agua en vino en Caná, y convirtió a Saulo en el camino a Damasco. El leproso dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme", y a su palabra la lepra desapareció.

[1] *Biblical Doctrines*, artículo, Predestination, p. 9.

Ciertamente Dios puede limpiar el alma tan fácilmente como el cuerpo. Creemos que Dios, si quisiera, muy bien pudiera movilizar un ejército de ministros, misioneros, y obreros cristianos de distintas clases, de tal manera que el mundo entero quedaría convertido en muy poco tiempo. Si en realidad Dios querría salvar a todos los seres humanos, podría enviar al mundo huestes angelicales con el propósito de instruir a la humanidad y de ejecutar obras sobrenaturales. De hecho, él mismo podría obrar de forma maravillosa en el corazón de cada persona para que nadie se perdería. Y como el mal existe sólo porque él lo permite, si deseaba, podría hacerlo desaparecer del universo. Su poder para hacer todas estas cosas fue claramente visible en la obra que ejecutó el ángel de destrucción que en una noche mató a todos los primogénitos de los egipcios (Ex. 12:29), y en otra noche dio muerte a 185.000 del ejército asirio (2 R. 19:35). También fue demostrado cuando la tierra se abrió y se tragó a Coré y sus compañeros (Nm. 16:31-33); también cuando Ananías y Safira cayeron muertos repentinamente (Hch. 5:1-11); y cuando Herodes murió comido de gusanos (Hch. 12:23). Dios no ha perdido nada de su poder, y es deshonroso en gran manera suponer que él está luchando de continuo con la raza humana tratando de hacer lo más que puede sin poder lograr sus propósitos.

Aunque la soberanía de Dios es universal y absoluta, no es la soberanía de un poder ciego. Al contrario, dicha soberanía está unida a su infinita sabiduría, santidad, y amor. Y esta doctrina, cuando es bien comprendida, nos trae gran consuelo y seguridad. ¿Quién no preferiría que todos sus asuntos estuviesen en las manos de un Dios de infinito poder, sabiduría, santidad, y amor, y no que dependieran de la fortuna, o de la casualidad, o de irrevocables leyes de la naturaleza, o de nuestras mismas personas pervertidas y miopes? Los que rechazan la soberanía de Dios deben considerar qué otras alternativas les quedan.

¿De qué manera, pues, son controlados y dirigidos los acontecimientos del universo? "Conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad". La tendencia actual es la de dejar a un lado las doctrinas de la soberanía de Dios y de la predestinación a fin de dar lugar a la autocracia de la voluntad humana. El orgullo y la presunción del hombre, por un lado, y su ignorancia y depravación, por el otro, lo inducen a excluir a Dios y a exaltarse a sí mismo tanto como pueda; y ambas tendencias se combinan para alejar del calvinismo a la gran mayoría de la humnidad.

La idea que abrigan los arminianos de que los propósitos eternos de Dios pueden, en algunos casos al menos, ser derrotados, y que el hombre, que es no sólo una criatura sino una criatura pecadora, puede coartar los planes del Todopoderoso, se contrasta de manera impresionante con la idea bíblica de la inmensurable exaltación de Dios, la cual lo exime de toda debilidad humana. El que los hombres no puedan siempre llevar a cabo sus planes se

debe o a su falta de poder, o a su falta de sabiduría; pero puesto que Dios posee estos recursos y otros más de manera ilimitada, ninguna emergencia imprevista puede surgir, y, por lo tanto, para él no existen razones para cambio. El suponer que sus planes puedan fallar, y que sus esfuerzos se puedan malograr, es degradarlo al nivel de sus criaturas.

Pruebas bíblicas

Daniel 4:35: El hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?

Jeremías 32:17: ¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti.

Mateo 28:18: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

Efesios 1:22: Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia.

Efesios 1:11: En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad.

Isaías 14:24, 27: Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado.... Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extienda, ¿quién la hará retroceder?

Isaías 46:9, 10, 11: Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero.... Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré.

Génesis 18:14: ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?

Job 42:2: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti.

Salmo 115:3: Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho.

Salmo 135:6: Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos.

Isaías 55:11: Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.

Romanos 9:20, 21: Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

Capítulo 5

La providencia de Dios

"Las obras de la providencia de Dios son aquellas con que santa, sabia y poderosamente preserva y gobierna a todas sus criaturas y todas las acciones de éstas" (Catecismo Menor, respuesta a la pregunta 11). Las Escrituras enseñan de manera clara que todas las cosas fuera de Dios no sólo existen sino que continúan en existencia, con todas sus propiedades y poderes, debido a la voluntad divina. Dios sustenta todas las cosas con la palabra de su poder (Heb. 1:3). Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten (Col. 1:17). "Tú sólo eres Jehová, tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos, y tú vivificas todas estas cosas" (Neh. 9:6). "Porque en él vivimos, y nos movemos y somos" (Hch. 17:28). Y él es "sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 4:6).

Las leyes de la naturaleza, el curso de la historia, y la condición de cada individuo son atribuidos a través de toda la Biblia a la providencia de Dios. Todas las cosas, así en el cielo como en la tierra, desde el serafín hasta el diminuto átomo, son ordenadas mediante su providencia infalible. Y tan íntima es la relación entre Dios y toda la creación que un lector descuidado pudiera llegar a conclusiones panteístas. Sin embargo, la personalidad de cada individuo y las causas secundarias son reconocidas plenamente—no como independientes de Dios, sino más bien ocupando sus lugares correspondientes en su plan. Además, junto a la doctrina de su inmanencia los escritores de la Biblia nos presentan también la doctrina compañera de su trascendencia, es decir, la que ve a Dios como enteramente separado y por encima de toda la creación.

Sin embargo, en lo que a la providencia de Dios concierne, debemos entender que él está íntimamente interesado en cada detalle de los acontecimientos humanos y del curso de la naturaleza. El Dr. Carlos Hodge dice, "Suponer que alguna cosa es o demasiado grande como para estar incluida

bajo su control, o demasiado pequeña como para pasar inadvertida, o que el sinnúmero de particulares pueda desviar su atención, es olvidar que Dios es infinito. El sol difunde su luz a través de todo el espacio con la misma facilidad con que la difunde sobre cualquier punto específico. De la misma manera, Dios está tan presente en todas partes y con todas las cosas como si estuviera en un solo sitio y como si toda su atención convirgiera en un solo objeto". Y añade, "El está presente en cada hoja de la hierba, pero a la vez guía a las estrellas en sus cursos, ordenándolas como a un ejército, llamándolas por sus nombres; también está presente en cada alma humana, dándole entendimiento, dotándola de talentos, obrando en ella así el querer como el hacer. El corazón humano está en sus manos; y a todo lo que quiere lo inclina, así como a los repartimientos de las aguas".[1]

Es admitido casi sin excepción que Dios determina cuándo, dónde, y bajo qué circunstancias cada individuo de nuestra raza habrá de nacer, vivir, y morir; si será varón o hembra, blanco o negro, sabio o necio; y sin lugar a duda Dios no es menos soberano en la distribución de sus favores, ya que él hace lo que desea con lo suyo. A algunos da riquezas, a otros honor, a otros salud, a otros ciertos talentos como el de la música, o el de la oratoria, o el del arte, o el de las finanzas, o la habilidad de estadista, etc. Otros son pobres, desconocidos, nacidos en desdicha, víctimas de la enfermidad, y viven en infelicidad. Algunos son colocados en tierras donde reciben todos los beneficios del evangelio; otros, sin embargo, viven y mueren en las tinieblas del paganismo. Algunos son conducidos a la salvación por medio de la fe, mientras que a otros se les deja perecer en su incredulidad. Y en gran medida estas realidades externas, que en ninguna manera son el resultado de la elección del individuo mismo, determinan el curso que ha de seguir cada vida y su destino eterno. Las Escrituras y la experiencia cotidiana testifican que Dios da a algunos lo que rehusa dar a otros. Y si se preguntara *por qué* él actúa de dicha manera, o por qué no salva a todos, la única contestación válida se encuentra en las palabras del Señor Jesús, "Sí, Padre, porque así te agradó". Sólo la doctrina bíblica de la caída y de la redención arrojará luz sobre los acontecimientos que vemos a nuestro alrededor.

Recordemos, además, que aquellos que reciben estos dones, sean espirituales o temporales, los reciben por pura gracia, y en lo que a los demás concierne, Dios simplemente decide no conferírselos, ya que él no está obligado a conferirlos a nadie. Las naciones, al igual que los individuos, están en las manos de Dios, y él fija los límites de su habitación, y controla su destino; y su control de los hombres es tan absoluto como el control que tiene un hombre sobre una vara o un cayado. Estos están en sus manos, y los emplea para realizar sus propósitos. Los quebranta en pedazos como vasija de

[1]*Systematic Theology*, I, p. 583.

alfarero, o los exalta a grandeza, conforme a su buena voluntad. El da la paz y los tiempos fructíferos, las posesiones y la felicidad, o envía las desolaciones de la guerra, el hambre, la sequía y la pestilencia. Todas estas cosas él las ha dispuesto y las ha diseñado bajo su providencia universal con fines inteligentes. Dios no es un mero espectador del universo que ha creado, sino que está presente y activo en todas partes, como el fundamento que sostiene todo y el poder que gobierna todo lo que existe.

Aun cuando el precio de un pajarillo sea insignificante, y su vuelo parezca ser inestable y al azar, con todo, no cae a tierra ni se posa en lugar alguno sin vuestro Padre. "Su sabia providencia ha decretado en qué rama ha de posar; cuáles granos ha de recoger; en qué guarida ha de refugiarse y en qué lugar ha de construir su nido; de qué ha de vivir y dónde ha de morir".[2]

Cada gota de lluvia y cada copo de nieve que cae de la nube, cada insecto que se mueve, cada planta que crece, cada partícula de polvo que flota en el aire, ha tenido ciertas causas determinadas y tendrá al igual ciertos efectos determinados. Cada uno es un eslabón en la cadena de eventos y muchos de los grandes acontecimientos de la historia han sido determinados por estos sucesos que al parecer eran insignificantes.

A través de todo el curso de eventos hay un progreso hacia un fin predeterminado. El Dr. Warfield ha escrito: "No fue mero accidente el que Rebeca viniera al pozo a darle la bienvenida al siervo de Abraham (Gn. 24), ni el que José llegara a Egipto (Gn. 45:8; 50:20: 'Dios lo encaminó a bien'), ni el que la hija de Faraón descendiera a lavarse al río (Ex. 2), ni el que la rueda de molino rompiera el cráneo de Abimelec (Jue. 9:53), ni el que la flecha, tirada al azar, hiriera al rey de Israel por entre las junturas de la armadura (1 R. 22:34). Cada evento en la historia no es sino un detalle en la realización ordenada del propósito divino; y el historiador está consciente en todo momento de la presencia en la historia de Aquél que manda aun al relámpago a dar en el blanco (Job 36:32)".[3]

"En las grandes estaciones de trenes", dice el Dr. Clarence E. Macartney, "se puede observar muchas veces un lápiz metálico que escribe en grandes carácteres en una pizarra la hora de llegada y partida de los trenes. Dicho lápiz parece que escribe por sí solo, pero sabemos que en alguna oficina de la estación se encuentra el cerebro y la mano de la persona que lo está manejando. De la misma manera podemos observar en nuestra vida nuestras deliberaciones, alternativas y decisiones personales; sin embargo, en la textura de nuestro destino parecen haber otras hebras que nosotros no hemos entretejido. Eventos que aparentan ser triviales ocupan su lugar como parte de

[2]Toplady, Prefacio a la *Predestinación* de Zanchius, p. 14.
[3]*Biblical Doctrines*, p. 14.

los eventos que son de gran importancia".[4]

El sentido de responsabilidad moral y de dependencia que caracteriza al hombre, al igual que sus súplicas a Dios de manera instintiva en momentos de peligro, demuestran cuán universal e innata es la convicción de que Dios verdaderamente gobierna al mundo y todos los acontecimientos humanos. Pero aunque la Biblia enseña que dicha providencia es universal, poderosa, sabia, y santa, en ninguna parte nos trata de probar *cómo* este hecho ha de reconciliarse con el de la libertad moral del hombre. Todo lo que basta saber es que Dios sí gobierna a sus criaturas y que lo hace de tal manera que no viola la naturaleza de éstas. Quizá la mejor forma de resumir la relación que existe entre la soberanía de Dios y la libertad humana sea de la siguiente manera: *Dios presenta al hombre incentivos externos de forma tal que el hombre actúa en conformidad a su propia naturaleza; sin embargo, hace precisamente lo que Dios ha determinado que hiciese.*

Este tema, por estar relacionado con la responsabilidad humana, será tratado de manera más amplia en el capítulo sobre la libertad moral.

Pruebas bíblicas

Que ésta es la doctrina de la providencia contenida en las Escrituras es innegable, ya que es admitido aun por muchos cuyas posiciones filosóficas los conducen a rechazarla. A continuación presentaremos un resumen de pruebas bíblicas, que demuestran que todos los eventos tienen un lugar y un propósito señalado por Dios y que la providencia divina es universal, y por consiguiente, que la realización de sus planes se llevará a cabo con absoluta certeza. El control providencial de Dios abarca:

(a) *La naturaleza o el mundo físico:* "Jehová marcha en la tempestad y el torbellino, y las nubes son el polvo de sus pies" (Nah. 1:3). "Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo" (Ex. 9:26). "Que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" (Mt. 5:45). El hambre en Egipto les parecía a los hombres ser sólo el resultado de causas naturales; sin embargo José dijo, "La cosa es firme de parte de Dios, y él se apresura a hacerla" (Gn. 41:32). "También os detuve la lluvia tres meses antes de la siega; e hice llover sobre una ciudad, y sobre otra ciudad no hice llover" (Am. 4:7). "Dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones" (Hch. 14:17). "¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?" (Is. 40:12).

[4]Sermón del Moderador sobre la Predestinación predicado ante la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, E. U. A., 1924.

(b) *La creación animal:* "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre" (Mt. 10:29). "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta" (Mt. 6:26). "Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño" (Dn. 6:22). "Los leoncillos rugen tras la presa, y para buscar de Dios su comida" (Sal. 104:21). "Así quitó Dios el ganado de vuestro padre (Labán), y me lo dio a mí (Jacob)" (Gn. 31:9).

(c) *Las naciones:* (La humillación de Nabucodonosor fue) "para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres" (Dn. 4:17). "He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo" (Is. 40:15). "Digan en las naciones: Jehová reina" (1 Cr. 16:31). "Porque Dios es el Rey de toda la tierra" (Sal. 47:7). "El muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes" (Dn. 2:21). "Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos" (Sal. 33:10). Jehová les dio reposo alrededor... Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos (Jos. 21:44). "Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años" (Jue. 6:1). "¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?" (Am. 3:6). "Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas" (Hab. 1:6).

(d) *Cada individuo:* "Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina" (Pr. 21:1). "Por Jehová son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino" (Sal. 37:23). "El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos" (Pr. 16:9). "En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello" (Stg. 4:15). "Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas" (Ro. 11:36). "¿Quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido?" (1 Co. 4:7). "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34:7). "He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará" (Dn. 3:17). "Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre" (Sal. 118:6). "Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros" (Is. 64:8). "Y la mano de nuestro Dios estaba sobre nosotros, y nos libró de mano del enemigo y del asechador en el camino" (Esd. 8:31). "Dios había desbaratado el consejo de ellos" (Neh. 4:15). "Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá su lengua, para que sepáis que Jehová hace diferen-

cia entre los egipcios y los israelitas" (Ex. 11:7). "Entonces el Señor dijo a Pablo en visión de noche: No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal" (Hch. 18:9, 10).

(e) *Las obras libres de los hombres:* "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:13). "Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían" (Ex. 12:36). "Y le concedió el rey (Artajerjes, rey de Persia) todo lo que pidió, porque la mano de Jehová su Dios estaba sobre Esdras" (Esd. 7:6). "Por cuanto Jehová los había alegrado, y había vuelto el corazón del rey de Asiria hacia ellos, para fortalecer sus manos en la obra de la casa de Dios" (Esd. 6:22). "Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez. 36:27).

(f) *Las obras pecaminosas de los hombres:* "Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hch. 4:27, 28). "Respondió Jesús: (Pilato) ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba" (Jn. 19:11). (David reprendiendo a Abisai con respecto a Simei) "Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. . . Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho" (2 S. 16:10, 11). "Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras" (Sal. 76:10). "Y he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios para que los sigan (hasta el Mar Rojo) y yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería" (Ex. 14:17).

(g) *Los eventos fortuitos o las "casualidades":* Véanse *Pruebas bíblicas* del Cap. III, sección 4.

Capítulo 6

La presciencia de Dios

La objeción que presentan los arminianos contra la preordinación pesa de igual manera contra la presciencia de Dios. Lo que Dios prevee, por la misma naturaleza del caso, es tan inalterable y seguro como lo que él preordena; por tanto, si su preordinación es inconsistente con la libertad moral del hombre, su presciencia también lo es. La preordinación asegura todos los acontecimientos, mientras que la presciencia presupone su certeza.

Ahora bien, si los acontecimientos futuros son conocidos de antemano por Dios, jamás podrán ocurrir de manera contraria a como él había previsto que ocurrirían. Si el curso de los acontecimientos futuros es conocido de antemano, la historia seguirá dicho curso de manera tan cierta como una locomotora sigue las vías de un determinado punto a otro. La doctrina arminiana, al rechazar la preordinación, rechaza la base teísta de la presciencia. Sin embargo, aun el sentido común nos dice que ningún evento puede ser previsto a menos que haya sido predeterminado por algún medio, sea físico o mental. Nuestra opción respecto a lo que determina la certeza de los acontecimientos futuros queda reducida, por tanto a dos alternativas—o a la preordinación de nuestro sabio y misericordioso Padre celestial o a la acción del destino ciego y físico.

Los socinianos y los unitarios, aunque no tan evangélicos como los arminianos, son más consistentes en este punto, ya que después de rechazar la preordinación divina prosiguen a negar que Dios pueda conocer de antemano las obras de seres racionales libres. Sostienen que en la misma naturaleza del caso no puede saberse cómo una persona ha de actuar hasta que llegue el momento y se haga la decisión. Pero tal creencia reduce las profecías bíblicas a meras conjeturas astutas y además destruye la fe cristiana histórica en la inspiración de las Escrituras. Es por eso que esta posición nunca ha sido sostenida por ninguna iglesia cristiana reconocida. Sin embargo, algunos socinianos y unitarios han sido lo suficientemente francos y honestos como para admitir

que la razón que los condujo a negar la presciencia absoluta de Dios en relación a los actos futuros de los hombres fue que si ésta se admitía, entonces hubiera sido imposible refutar la doctrina calvinista de la predestinación.

Muchos arminianos han reconocido la fuerza de este argumento y, aun cuando no han negado la presciencia de Dios como lo han hecho los unitarios, no obstante han dado a entender que si pudieran o se atrevieran hacerlo, lo harían sin reparos. Algunos se han expresado en tono menospreciativo y han insinuado que, en su opinión, no es de mucha importancia el que se crea o no en la doctrina de la presciencia. Otros han llegado al extremo de decirnos francamente que es mejor rechazar la presciencia que admitir la predestinación. Aún otros han sugerido que Dios puede voluntariamente inhibirse del conocimiento de algunos de los actos de los seres humanos a fin de que éstos puedan mantener el libre albedrío; lo que, por supuesto, anula la omnisciencia de Dios. Otros han sugerido que el hecho de que Dios es omnisciente sólo implica que él *puede conocer* todas las cosas, *si así lo deseara*—como de la misma manera su omnipotencia implica que él *puede hacer* cualquier cosa, si así lo deseara. Pero esta comparación carece de fundamento, ya que no se trata de eventos posibles sino de eventos reales, aunque futuros; y atribuir a Dios falta de conocimiento de algunos eventos es negar su omnisciencia. Esta interpretación da lugar, como puede verse, al absurdo de una omnisciencia que en realidad no es omnisciente.

Cuando se confronta al arminiano con el argumento de la presciencia de Dios, éste tiene que admitir que los eventos futuros son seguros o ciertos; sin embargo, cuando discute el problema del libre albredrío, trata de mantener que las obras de seres libres son inciertas y que dependen en última instancia de la elección de la persona—lo cual evidentemente es una inconsistencia. Una posición que mantiene que las obras libres de los hombres son inciertas sacrifica la soberanía de Dios a fin de preservar el libre albedrío de los hombres.

Además, si las obras de seres libres fuesen inciertas, entonces Dios tendría que esperar hasta que el evento haya acontecido antes de poder hacer sus planes. En la conversión de un alma, por ejemplo, tendríamos que concebir a Dios como obrando de la misma forma que se dice que Napoleón obraba antes de ir al campo de batalla—es decir, desarrollaba tres o cuatro planes distintos y los llevaba en mente, para, si el primero fallaba, poder recurrir al segundo, y si éste fallaba, entonces recurrir al tercero, y así sucesivamente—una posición que es inconsistente con una visión correcta de la naturaleza divina. Además, si dicha posición fuese cierta, esto significaría que Dios desconoce gran parte del futuro y que cada día está adquiriendo gran cantidad de conocimiento. Su gobierno del mundo sería, en tal caso, muy incierto y cambiadizo, dependiendo todo el tiempo de la conducta imprevista de los hombres.

Negarle a Dios las perfecciones de la presciencia y la inmutabilidad es representarle como un ser frustrado e infeliz, a menudo obstaculizado y derrotado por sus criaturas. Pero, ¿quién, en toda honestidad, creerá que Jehová el Altísimo tenga que sentarse a esperar, preguntándose: "¿Qué hará el hombre?" Pero mientras el arminianismo insista en negar la presciencia de Dios, permanecerá sin defensa ante la consistencia lógica del calvinismo, ya que la presciencia implica certeza y la certeza implica preordinación.

Hablando por medio del profeta Isaías, el Señor dijo: "Porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, *que anuncio lo por venir desde el principio*, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:9-10). "Has entendido desde lejos mis pensamientos", dijo el Salmista (139:2). El "conoce los corazones" (Hch. 15:8). "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Heb. 4:13).

Mucha de la dificultad que experimentamos con relación a la doctrina de la predestinación se debe a que nuestra mente es finita y, por tanto, comprende muy pocos detalles a la vez, y entiende de manera muy parcial las relaciones que existen entre éstos. Por ser criaturas condicionadas por el tiempo, muchas veces no logramos comprender que Dios no está limitado como lo estamos nosotros. Aquello que a nosotros nos parece ser "pasado", "presente", y "futuro", en la mente de Dios es "presente", o más bien, un eterno "ahora". El es "el Alto y Sublime, que habita la eternidad" (Is. 57:15). "Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche" (Sal. 90:4). Los eventos que vemos desarrollarse en el tiempo son solamente aquellos que Dios decretó y estableció desde la eternidad. El tiempo, al igual que el espacio, es una propiedad de la creación finita y Dios los trasciende y los contempla de manera objetiva. Así como él ve de un solo vistazo todo el largo de una carretera, mientras que nosotros vemos sólo una pequeña porción de ella según la vamos recorriendo, de la misma manera él ve todos los eventos de la historia, los pasados, los presentes y los futuros de un solo vistazo. Cuando nos damos cuenta que todo el proceso de la historia está delante de Dios como un eterno "ahora" y que toda la creación es obra suya, la doctrina de la predestinación se hace un poco más fácil.

En la eternidad antes de la creación no hubiera existido certeza alguna en cuanto a los eventos futuros a menos que éstos hubiesen sido decretados por Dios. Los eventos pasan de la categoría de cosas que *pueden* o que *no pueden llegar a realizarse*, a la de cosas que *han de realizarse con absoluta certeza*, o sea, de meras *posibilidades* a *realizaciones*, sólo mediante el decreto divino. Esta certeza o seguridad de los acontecimientos jamás hubiera po-

dido tener fundamento que no fuese la mente divina, ya que en la eternidad nada existía aparte de Dios mismo. El Dr. R. L. Dabney dice: "La única manera en que algún objeto puede haber pasado en la mente de Dios de lo meramente posible a lo inevitablemente cierto, es si Dios mismo hubiese determinado llevarlo a cabo, o lo que hubiese permitido de manera intencional y deliberada por medio de otro agente que expresamente hubiese creado para dicho propósito. Un efecto concebido *potencialmente* sólo se actualiza mediante una o más causas eficientes. Al contemplar Dios todo su universo desde el punto de vista de su presciencia infinita, sólo había una causa, es decir, él mismo; por tanto, si alguna otra causa hubiera surgido, dicha causa subordinada hubiera tenido a Dios como causa fundamental. Si la presciencia infinita de Dios encierra en sí efectos que han de ser producidos por estas causas subordinadas, entonces al decretar dichas causas Dios, en su infinita presciencia, decretó o determinó al igual todos los demás efectos".[1]

El Dr. A. H. Strong, teólogo bautista, y quien por varios años fue Presidente y Profesor del Seminario Teológico de Rochester, escribe al mismo efecto: "En la eternidad no pudo haber habido causa alguna de la existencia futura del universo fuera de Dios mismo, ya que entonces sólo Dios existía. En la eternidad Dios previó que la creación del mundo y todas sus leyes haría segura la historia hasta en sus más insignificantes detalles. Pero Dios decretó la creación y la institución de estas leyes. Al crear y establecer dichas leyes Dios decretaba, por tanto, todo lo que habría de acontecer. Es decir, Dios previó los eventos futuros del universo como absolutamente ciertos porque él lo había decretado; y esta determinación incluía la determinación de todos los resultados de dicha creación: es decir, Dios decretó dichos resultados".[2]

No debe confundirse la presciencia con la preordinación. La presciencia presupone la preordinación, pero no es en sí misma la preordinación. Los actos de las criaturas libres no suceden porque son previstos, sino que son previstos porque han de acontecer con absoluta certeza. El Dr. Strong dice: "El decreto viene antes de la presciencia de manera lógica, aunque no de manera cronológica. Por ejemplo, cuando yo digo, 'Sé lo que haré', es evidente que ya he formado una determinación, y mi conocimiento no precede sino sigue y está basado en dicha determinación".[3]

Dios conoce el destino de cada persona, no meramente antes de que la persona escoja en esta vida, sino desde la eternidad, ya que su presciencia es perfecta. Y como él conoce el destino de cada persona antes de que éstas sean creadas, entonces es evidente que tanto el salvo como el no salvo cum-

[1] *Theology*, p. 212.
[2] *Systematic Theology*, p. 356.
[3] *Ibid.*, p. 357.

ple el propósito de Dios, porque si no estaba en el propósito divino el que algunos individuos se perdieran, Dios podría haber optado por no crearlos.

Concluimos, pues, que la doctrina cristiana de la presciencia de Dios prueba también su predestinación. Dado que los eventos son previstos, son fijos y seguros; y nada que no haya sido la buena voluntad de Dios—quien es la gran primera causa—pudo establecerlos y asegurarlos, preordinando todo lo que sucede de manera libre e inalterable. La dificultad está en que los actos de seres libres son seguros; sin embargo, tanto la presciencia como la preordinación requieren que dichos actos sean seguros. Si los argumentos de los arminianos fuesen válidos, entonces tanto la presciencia como la preordinación quedarían anuladas. Pero ya que no son válidos, concluimos que, en realidad, sus argumentos no prueban nada.

Capítulo 7

Bosquejo de sistemas

En realidad existen sólo tres sistemas que afirman enseñar un medio de salvación a través de Cristo. Estos son:

(1) El universalismo, el cual enseña que Cristo murió por todos los hombres y que con el tiempo todos serán salvos, sea en esta vida o durante un período de prueba futuro. Esta posición quizá sea la que más apele a nuestros sentimientos; sin embargo, no es bíblica, y nunca ha sido sostenida por ninguna iglesia cristiana organizada.

(2) El arminianismo, el cual enseña que Cristo murió por cada individuo de la humanidad por igual, o sea, tanto por aquellos que se pierden en sus pecados como por aquellos que son salvados; que la elección no es una obra eterna e incondicional de Dios; que la gracia salvadora es ofrecida a todos los hombres, la cual pueden aceptar o rechazar según les plazca; que el hombre puede resistir de manera eficaz el poder regenerador del Espíritu Santo; que la gracia salvadora no es necesariamente permanente, sino que aquellos amados por Dios, redimidos por Cristo, y nacidos del Espíritu Santo, pueden rechazarla y perderse por toda la eternidad, no importa cuánto Dios desee y se esfuerze por lograr lo contrario.

El arminianismo en su forma más desarrollada y radical es en esencia un recrudecimiento del pelagianismo, o sea, un tipo de autosalvación. Es tan fácil demostrar que el arminianismo tiene sus raíces en el pelagianismo, como es demostrar que el calvinismo tiene las suyas en el agustinianismo. Quizá por eso pudiera llamársele con más acierto al arminianismo "pelagianismo", en vista de que sus principios tuvieron su origen casi mil doscientos años antes de nacer Arminio. El pelagianismo negó la corrupción total del hombre y la necesidad de la gracia eficaz, y exaltó la voluntad humana por sobre la divina. "Sus doctrinas coincidieron con la inclinación natural de los hombres, quienes, sin excepción, odian la doctrina de la depravación universal. El decir que el hombre puede tornarse santo y puro, que puede al-

canzar la gracia de Dios y la salvación por un acto de su voluntad, era una enseñanza que atraía, y aún atrae, a miles de personas".[1]

El arminianismo, cuando mucho, no es sino un intento incierto e indefinido de conciliación, que oscila en una posición intermedia entre los sistemas diversos de Pelagio y Agustín, rozando los bordes de cada uno, e inclinándose unas veces hacia el uno y otras veces hacia el otro. El Dr. A. A. Hodge lo califica como un "sistema de convenio, múltiple y elástico". Su idea principal radica en que la gracia divina y la voluntad humana efectúan conjuntamente la obra de conversión y santificación, y que el hombre tiene el derecho soberano de aceptarla o rechazarla. Afirma además que el hombre ha quedado en un estado de debilidad espiritual como resultado de la caída, pero niega que haya perdido toda habilidad espiritual. El hombre sólo necesita que la gracia divina le asista en sus esfuerzos personales; o, poniéndolo de otra manera, el hombre está enfermo, pero no muerto; no puede librarse de su condición por sí mismo, pero sí puede solicitar ayuda de un médico, y puede aceptar o rechazar la ayuda cuando se le ofrezca; es decir, el hombre tiene poder para cooperar con la gracia de Dios en lo que a su salvación respecta. Pero esta posición exalta la libertad del hombre a expensas de la soberanía de Dios; y aunque parezca tener alguna base bíblica, en realidad no tiene ninguna y es, en efecto, refutada por otras porciones de las Escrituras.

La historia demuestra de manera clara que la tendencia del arminianismo es a comprometerse y desviarse poco a poco de una base evangélica. De ahí que hasta el día de hoy nunca se ha desarrollado una teología arminiana lógica y sistemática. La iglesia metodista, por ejemplo, tiene un credo muy breve e informal en unos veinticinco artículos, pero el contraste entre dicho credo y la Confesión de Westminster, tan meticulosamente elaborada, se deja ver al instante.

(3) El tercer sistema que enseña un medio de salvación a través de Cristo es el calvinismo. Este afirma que a consecuencia de la caída, todos los hombres son personalmente culpables, corruptos, y están perdidos sin esperanza alguna; que del conjunto de seres caídos Dios en su soberanía elige a algunos para salvación por medio de Cristo, mientras que a los demás pasa por alto; que Cristo es enviado a redimir a los elegidos en carácter de substituto, haciendo expiación por los pecados de éstos; que el Espíritu Santo aplica esta redención de manera eficaz a los elegidos; y que todos los elegidos son conducidos a la salvación de manera infalible. Sólo esta posición es consistente con las Escrituras y con lo que vemos a nuestro alrededor.

El calvinismo sostiene que a causa de la caída el hombre nada puede hacer que haya de redundar en su salvación, y que, por tanto, depende absoluta-

[1]Warburton, *Calvinism*, p. 11.

mente de la gracia divina para el nacimiento y desarrollo de la vida espiritual. La principal falta del arminianismo yace en que no reconoce suficientemente la parte que Dios tiene en la redención. El arminianismo se deleita en admirar la dignidad y el poder del hombre; el calvinismo, en cambio, se pierde a sí mismo en la adoración de la gracia y omnipotencia de Dios. El calvinismo primero arroja al hombre a las profundidades de la humillación y la desesperanza para luego levantarlo sobre las alas de la gracia a una fuerza sobrenatural. El uno halaga el orgullo natural; el otro es un evangelio para pecadores arrepentidos. Por tanto, es probable que el arminianismo resulte ser el más popular, ya que todo aquello que exalta al hombre a sus propios ojos y que lo adula es recibido con más agrado por el corazón natural que aquello que lo humilla. Sin embargo, el calvinismo está más cerca de la realidad, no importa cuán dura y repulsiva parezca ser dicha realidad. "No es siempre la medicina del sabor más agradable la que da los mejores resultados. La experiencia del apóstol Juan es una que se repite hoy, es decir, el librito dulce como la miel en la boca se torna amargo en el vientre. Cristo crucificado era tropezadero a unos, y locura a otros; sin embargo, él era, y es, el poder de Dios y la sabiduría de Dios para salvación a todo aquel que cree".[2]

Los hombres se engañan a sí mismos constantemente al postular como axiomas morales sus propios sentimientos y opiniones. A algunos es verdad evidente que un Dios santo no puede permitir el pecado; por tanto, concluyen que Dios no existe. A otros les es patente que un Dios misericordioso no puede permitir que una porción de sus criaturas racionales sea víctima del pecado y de la miseria eterna, y por consiguiente, niegan la doctrina del castigo eterno. Otros dan por sentado que es imposible, conforme a la justicia, que el inocente reciba el castigo que corresponde al culpable, y por tanto, niegan el sufrimiento y la muerte vicaria y sustitucionaria de Cristo. Aún otros consideran como axioma el que los hechos libres de seres racionales no pueden conocerse de antemano ni, por consiguiente, estar bajo el control absoluto de Dios, por lo que proceden a negar la preordinación, o aun la previsión, de dichos hechos.

La verdad del caso es, sin embargo, que no estamos en libertad de desarrollar un sistema de nuestra preferencia. "La respuesta a la pregunta, ¿cuál de estos sistemas es el verdadero?", dice el Dr. Carlos Hodge, un fervoroso e inflexible defensor del calvinismo, "no ha de decidirse inquiriendo cuál es el más compatible con nuestros sentimientos o el más razonable a nuestro entendimiento, sino, cuál es consistente con las doctrinas de la Biblia y con los hechos de la experiencia". "Es el deber de todo teólogo subordinar sus teorías a la Biblia y enseñar no lo que a él le parece verdadero o razonable, sino sólo lo que la Biblia enseña". Y dice además, "No habría fin a las controversias ni seguridad de establecer verdad alguna si se permite que las convicciones personales arraigadas en la mente de cada individuo determinen lo que es o lo que no es verdad, lo que a la Biblia se le puede y lo que no se le puede permitir enseñar".[3]

[2]McFetridge, *Calvinism in History*, p. 136.

Como sucede con las demás doctrinas comunes al cristianismo, en ninguna parte de la Biblia aparecen expuestas en forma completa y sistemática las doctrinas distintivas del calvinismo. La Biblia no es un libro de teología sistemática, sino sólo la cantera de la cual se obtiene la piedra que ha de usarse para formar dicha teología. La Biblia no presenta un sistema formal de teología, sino sólo la materia prima que ha de ser organizada y sistematizada de manera que pueda verse la relación orgánica que existe entre cada una de sus partes. En ninguna parte de la Biblia, por ejemplo, encontramos una declaración formal de la doctrina de la Trinidad, o de la persona de Cristo, o de la inspiración de las Escrituras. La Biblia, al relatar la historia del origen y desarrollo del pueblo hebreo y de la fundación del cristianismo, lo hace sin tomar en consideración las relaciones lógicas que existen entre las verdades doctrinales que estos hechos encierran; por tanto, es necesario clasificarlas, ordenarlas y transformarlas en un sistema teológico. El hecho de que estas verdades bíblicas no estén ordenadas en un sistema teológico concuerda con la manera en que Dios ha actuado en otras esferas. Por ejemplo, él no nos ha dado un sistema plenamente desarrollado de biología, o de astronomía, o de política. Simplemente encontramos en la naturaleza y en la experiencia las verdades inorganizadas de estas ciencias y es nuestro deber desarrollarlas en un sistema de la mejor manera que podamos. Y es precisamente por el hecho de no estar presentadas de manera sistemática y formal, que con tanta facilidad surgen falsas interpretaciones de estas doctrinas.

[3]*Systematic Theology*, II, pp., 356, 559, 531.

Capítulo 8

Las Escrituras son la autoridad final por la que han de ser juzgados los sistemas

En todos los asuntos controversiales entre creyentes, las Escrituras son aceptadas como la corte suprema de apelación y a través de la historia ellas han sido la autoridad común de la cristiandad. Creemos que ellas contienen un sistema doctrinal armonioso y completo; que todas sus partes son consistentes las unas con las otras; y que es nuestro deber delinear esta consistencia por medio de una investigación cuidadosa del significado de pasajes particulares.[1]

"La Palabra de Dios", dice Warburton, "es el tribunal supremo y decisivo ante el cual deben comparecer y por el cual deben ser juzgadas estas doctrinas. La verdad o falsedad de nuestra creencia debe determinarse en base a la correspondiente conformidad con, o divergencia de, esa forma de doctrina expuesta en la revelación infalible que Dios nos ha dado en su Palabra inspirada. Es sólo mediante este criterio que el calvinismo, al igual que el arminianismo o el pelagianismo, deben ser juzgados. Es mediante este criterio, y sólo mediante él, que toda creencia, sea religiosa o científica, debe ser juzgada; y si no hablan conforme a esta Palabra, es porque la luz no está en ellos.... Creemos en la inspiración plenaria y verbal de la Palabra de Dios, y mantenemos que ella es la única autoridad en todas las materias y que ninguna doctrina que no halle lugar en la Palabra puede ser cierta o esencial".[2]

[1]Para la más exhaustiva y erudita exposición de las doctrinas de la Inspiración y de la Revelación, véase Warfield, *"The Inspiration and Authority of the Bible"*, 1948, editor, Dr. Samuel G. Craig.
[2]*Calvinism*, p. 21.

Es obvio que la verdad o falsedad de esta profunda doctrina de la predestinación puede ser determinada sólo por revelación divina. Ninguna persona, dejándose llevar de sus propias observaciones y juicios únicamente, puede llegar a conocer cuáles son los principios básicos del plan que Dios está siguiendo. Las especulaciones filosóficas y todo razonamiento abstracto deben ser suspendidos hasta que primero hayamos oído el testimonio de las Escrituras, y una vez lo hayamos oído, debemos someternos a él con humildad. Ojalá tuviéramos más personas hoy día con aquel carácter noble que tenían los de Berea, quienes escudriñaban cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así.

Junto a cada una de las doctrinas discutidas en este libro, hemos presentado también abundantes pruebas bíblicas—pruebas tanto directas como ilativas—pruebas que no pueden ser refutadas ni rechazadas por medio de meras explicaciones—pruebas superiores en fuerza, extensión y claridad a las que pueden ser aducidas por parte de aquellos que no son calvinistas. El plan de redención que revela la Biblia es calvinista de principio a fin, y todas estas doctrinas son presentadas con tan ineludible claridad que no deben quedar dudas a aquellos que aceptan la Biblia como la Palabra de Dios. Las Escrituras presentan estas doctrinas de manera impresionante; y la naturalidad y simpleza espontáneas con que son presentadas las hacen más impresionantes aún. Si alguien nos preguntara, ¿Hay estrellas en los cielos?, tendríamos que contestar, "Los cielos están llenos de estrellas" (Sal. 8:3, 4). O, si se nos preguntara, ¿Hay peces en el mar?, nuestra contestación tendría que ser, "El mar está lleno de peces" (Sal. 104:25, 27). O, nuevamente si se nos preguntara, ¿Hay árboles en el bosque?, tendríamos que contestar de igual manera, "El bosque está lleno de árboles". Y si se nos preguntara, ¿Enseña la Biblia la doctrina de la predestinación?, nuestra contestación tendría que ser, "La Biblia ciertamente enseña esta doctrina desde Génesis hasta el Apocalipsis".

Que son parte de las Escrituras doctrinas tales como la de la Trinidad, la de la deidad de Cristo, la de la personalidad del Espíritu Santo, la de la pecaminosidad del hombre, y la de la realidad del castigo futuro, es algo a lo que testifican aun aquellos que rehusan aceptarlas como verdaderas. Los racionalistas y los así llamados altos críticos de la Biblia por lo general admiten que los apóstoles creyeron y enseñaron las doctrinas evangélicas y calvinistas, y nos dicen que dichas doctrinas y enseñanzas no pueden ser interpretadas de ninguna otra forma cuando se le aplican debidamente las leyes de la exégesis; sin embargo, claro está, ellos personalmente no piensan que tienen que someterse a la autoridad de los apóstoles, ya que atribuyen la creencia de los apóstoles sobre dichas doctrinas a "creencias erróneas de una época inculta e inadecuada". Esto, no obstante, no resta al valor de su testimonio de que estos pasajes, cuando se interpretan críticamente, no admiten

otra interpretación. Sería preferible, por tanto, afirmar con los racionalistas que las Escrituras enseñan estas doctrinas pero que las Escrituras no tienen autoridad para nosotros, que profesar aceptación de las mismas mientras buscamos maneras de evadir la fuerza de sus argumentos.

Hemos demostrado que no es difícil interpretar de manera consistente con nuestra doctrina los pasajes que presentan los arminianos—pero es imposible reconciliar la doctrina arminiana con nuestros pasajes a menos que se haga violencia a ellos. Además, nuestra doctrina no puede rechazarse aduciendo meramente otros pasajes que al parecer la contradicen, ya que esto sólo nos daría una Biblia que se contradice.

A la luz de la exégesis científica moderna, podemos ver que las objeciones en contra de la teología reformada son de tipo emocional o filosófico y no exegético. Si todos los creyentes optaran por interpretar el lenguaje de las Escrituras de acuerdo a los principios de interpretación aceptados, la fe cristiana hubiera sido mucho más armoniosa. "Nuestros opositores", dice Cunningham, "pueden argumentar con cierta plausibilidad sólo cuando interpretan pasajes aislados, o cuando tratan con ciertas clases de pasajes, pasando por alto o relegando a un lugar secundario la evidencia bíblica general relacionada con el tema. Cuando damos un vistazo general a aquellas enseñanzas de la Biblia, tanto literales como figurativas, cuyo propósito manifiesto es el de darnos a conocer la naturaleza, las causas, y las consecuencias de la muerte de Cristo—viéndolas en combinación unas con otras—y cuando logramos entender en menor o mayor grado lo que éstas enseñan, no queda lugar para dudas en cuanto a las conclusiones generales que debiéramos adoptar".[3]

Mientras sostengamos el principio reformado de que las Escrituras son la única autoridad en asuntos de doctrina, el sistema calvinista permanecerá como el único que de manera adecuada trata sobre los temas de Dios, el hombre y la redención.

[3]*Historical Theology*, II, p. 298.

Capítulo 9

Una advertencia contra la especulación indebida

En este punto haremos algunas advertencias en cuanto a la especulación y la curiosidad indebidas al tratar esta doctrina elevada de la predestinación. Quizá la mejor manera de hacerlo sea citando las palabras de Calvino que aparecen en la primera sección de su presentación de este tema: "La discusión de la predestinación—un tema algo intrincado en sí—es enmarañada de manera peligrosa por la curiosidad de los hombres. Y no hay barrera que logre que dicha curiosidad no se extravíe por laberintos prohibidos, o que se eleve más allá de su esfera propia, y es como si estuviera determinada a no dejar secreto de Dios sin explorar o escudriñar.... Lo primero que debemos recordar es que cuando se inquiere sobre la predestinación, se penetra en el santuario de la sabiduría divina, en el cual todo el que entre osadamente no logrará satisfacer su curiosidad.... Porque sabemos que cuando hayamos excedido los límites de la Palabra, estaremos entrando en camino tortuoso y tedioso, en el cual no podremos hacer otra cosa que errar, resbalar y tropezar a cada paso. Tengamos presente, pues, que no es menos locura desear tener mayor conocimiento de la predestinación que el que no es revelado en la Palabra de Dios, que el desear andar por caminos intransitables, o el querer ver en medio de las tinieblas. Y no nos avergoncemos de ignorar algo, si en ello hay una ignorancia docta".[1]

Cabe señalar que no estamos en la obligación de "explicar" estas verdades, sino sólo de declarar lo que Dios ha revelado en su Palabra, y de vindicar estas doctrinas de interpretaciones incorrectas y de objeciones hasta donde nos sea posible. En la misma naturaleza del caso, todo lo que podremos conocer de estas profundas verdades es lo que el Espíritu ha tenido a

[1]*Institución*, Libro III, Cap. XXI, secc. 1, 2.

bien revelarnos, sabiendo, sin embargo, que todo lo que Dios ha revelado es verdad y, por tanto, debe creerse, aunque no sea posible sondearlo en sus profundidades con nuestra razón limitada. Debido a nuestra falta de entendimiento en cuanto a los propósitos divinos, jamás podremos constituirnos en consejeros de Dios. El salmista dijo, "Tus juicios son grande abismo", con lo que da a entender que el intentar penetrar los juicios de Dios es así como el intentar cruzar el inmenso mar a nado. La verdad del caso es que el hombre no conoce lo suficiente como para justificársele en sus intentos de explicar los misterios del gobierno de Dios.

La importancia del tema discutido debiera inducirnos a proceder con la más profunda reverencia y precaución. Sin embargo, aunque es cierto que los misterios de Dios han de ser tratados con sumo cuidado, y que las especulaciones desautorizadas y presuntuosas, en cuanto a las cosas divinas, han de evitarse, no obstante, si hemos de presentar el evangelio en su pureza y plenitud debemos también tener cuidado de no privar a los creyentes de todo lo que las Escrituras enseñan sobre la predestinación. No debe extrañarnos, sin embargo, si algunas de estas verdades son pervertidas y tergiversadas por los impíos. No importa cuán claramente las Escrituras presenten algún tema como, por ejemplo, el que un Dios exista en tres Personas, o el que Dios conozca de antemano todo el curso de los acontecimientos mundiales, o el que su plan incluya el destino de cada persona, la mente entenebrecida siempre considerará absurdas dichas verdades. Sin embargo, aunque no podremos conocer más de lo que a Dios le ha placido revelarnos acerca de la predestinación, es importante que lleguemos a conocer lo que nos ha sido revelado, ya que si no hubiese sido la voluntad de Dios el que llegásemos a conocer dichas verdades, él hubiese podido optar por no revelárnoslas. Por tanto, donde las Escrituras nos guíen podemos proseguir con confianza.

SECCION II

LOS CINCO PUNTOS DEL CALVINISMO

El sistema calvinista enfatiza de manera especial cinco doctrinas distintivas. Dichas doctrinas son conocidas técnicamente como "Los cinco puntos del calvinismo", y son las principales columnas sobre las cuales descansa la sobreestructura. En la presente sección, examinaremos cada una de estas doctrinas presentando pruebas bíblicas y argumentos lógicos que demuestran su veracidad. Después procederemos a considerar las objeciones que comúnmente se presentan en su contra.

Como ha de demostrarse, la Biblia contiene abundante material para el desarrollo de cada una de estas doctrinas. Además, éstas no son doctrinas aisladas e independientes las unas de las otras sino que están interrelacionadas de manera tal que forman un sistema simple, armonioso y consistente; y la manera de acoplarse unas a otras como partes integrantes de un conjunto bien ordenado ha producido la admiración de hombres brillantes de todos los credos. Prúebese la veracidad de una de éstas y todas las demás se desprenderán como partes lógicas y necesarias del sistema. Pruébese que una de éstas es falsa y habrá que desechar todo el sistema. Cada una de estas doctrinas armoniza a perfección con las demás. Estas cinco doctrinas son, por así decirlo, tantos eslabones en la gran cadena de causas, de manera que ni una sola de ellas puede ser separada de las demás sin que se desfigure y subvierta todo el plan de salvación a través de Cristo. No podemos concebir que dicha armonía haya surgido meramente por accidente, ni siquiera que fuese posible a menos que estas doctrinas fuesen ciertas.

Téngase presente que en este libro no nos proponemos discutir en detalle las demás doctrinas de las Escrituras aceptadas por la cristiandad evangélica, sino exponer y defender aquellas que son características del sistema calvinista. De no tenerse esto en mente mucha de la verdadera fuerza y belleza del calvinismo genérico se desvanecerá y

los llamados "cinco puntos del calvinismo"—los cuales históricamente son la contraparte de lo que pudieran llamarse los "cinco puntos del arminianismo"—cobrarían una prominencia excesiva en el sistema. Tenga, pues, el lector en cuenta que no se debe identificar de manera demasiado estrecha los cinco puntos y el sistema calvinista. Aunque los cinco puntos son elementos esenciales, el sistema en realidad incluye mucho más. Como se dijo en la Introducción, la Confesión de Westminster es una declaración proporcionada de la fe reformada o el calvinismo, y da la importancia debida a las demás doctrinas cristianas.

Capítulo 10

Inhabilidad total

1. Exposición de la doctrina. 2. El alcance y los efectos del pecado original. 3. Los defectos en las virtudes comunes de los hombres. 4. La caída del hombre. 5. El principio de representación. 6. La bondad y severidad de Dios. 7. Pruebas bíblicas.

1. Exposición de la doctrina

La doctrina de la inhabilidad total aparece en la Confesión de Westminster de la manera siguiente: "El hombre, debido a su caída a un estado de pecado, ha perdido completamente toda capacidad para querer algún bien espiritual que acompañe a la salvación; así es que como hombre natural que está enteramente opuesto al bien y muerto en el pecado, no puede, por su propia fuerza, convertirse, o prepararse para ello".[1]

Pablo, Agustín, y Calvino toman como punto de partida el hecho de que toda la humanidad pecó en Adán y que todos los hombres son "inexcusables" (Ro. 2:1). Pablo recalca una y otra vez que estamos *muertos* en delitos y pecados, alejados de Dios, y sin esperanza. A los creyentes en Efeso les recuerda que antes de recibir el evangelio se hallaban "sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Ef. 2:12). Podemos notar en este versículo el énfasis quíntuple que hace el apóstol colocando frase sobre frase para acentuar dicha verdad.

2. El alcance y los efectos del pecado original

La doctrina de la inhabilidad total, que declara que el hombre está muerto en pecado, no significa que todos los hombres sean igual de malos, ni que

[1]Cap. IX, Sec. III.

algún hombre sea tan malo como pudiera ser, ni que exista alguna persona destituida por completo de virtud, ni que la naturaleza humana sea mala en sí misma, ni que el espíritu del hombre esté inactivo, ni mucho menos que el cuerpo esté muerto. Lo que en realidad significa es que el hombre desde la caída se encuentra bajo la maldición del pecado, que es movido por principios pecaminosos, y que es incapaz de amar a Dios o de hacer algo que haya de ameritar la salvación. Su corrupción es extensiva pero no necesariamente intensiva.

Es en este sentido que el hombre desde la caída "se encuentra completamente desinclinado, incapacitado, y opuesto a todo bien e inclinado a todo mal". Su voluntad está inclinada contra Dios de forma permanente, y de manera instintiva y voluntaria se torna hacia el mal. Nace enajenado de Dios, y peca por elección. Su inhabilidad no consiste en la inhabilidad de ejercer su voluntad libremente sino en la inhabilidad de *querer* ejercer voliciones santas. Fue este hecho que llevó a Lutero a afirmar que "el libre albedrío es un término hueco, cuya realidad se ha perdido. Y una libertad perdida, de acuerdo a mi gramática, no es libertad".[2] En lo que a su salvación respecta, el hombre no regenerado no posee la libertad de escoger entre el bien y el mal, sino sólo entre un mal mayor y uno menor, lo que en realidad no es libre albedrío. El hecho de que el hombre caído aún tenga habilidad para hacer algunas obras moralmente buenas en sí mismas no prueba que pueda hacer obras que ameriten la salvación.

El hombre tiene libre albedrío pero no puede generar el amor de Dios en su corazón. La voluntad del hombre es libre en el sentido de que no está controlada por fuerza alguna fuera de sí mismo. Así como un ave con un ala quebrada es "libre" para volar pero incapaz de hacerlo, de la misma manera el hombre natural es libre para venir a Dios pero es incapaz de hacerlo. ¿Cómo se arrepentirá de su pecado cuando lo ama? ¿Cómo se tornará a Dios si le odia? Tal es la inhabilidad de la voluntad que caracteriza al hombre natural. Jesús dijo, "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres *amaron más las tinieblas* que la luz, porque sus obras eran malas" (Jn. 3:19); y en otro lugar dijo, "Y no *queréis* venir a mí para que tengáis vida" (Jn. 5:40). La ruina del hombre se debe principalmente a su propia voluntad perversa. No *puede venir* a Dios porque *no quiere*. Suficiente ayuda le es provista si tan sólo la aceptara. Pablo nos dice, "Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Ro. 8:7).

El suponer que porque el hombre tiene la habilidad para amar, tiene por tanto la habilidad para amar a Dios, es igual de absurdo que el suponer que

[2]*Bondage of the Will*, p. 125.

porque el agua tiene la habilidad de fluir, tiene por tanto la habilidad para fluir hacia arriba; o razonar que porque un hombre tiene poder para lanzarse de la cima de un precipicio, tiene por tanto igual poder para transportarse de la profundidad a la cima.

El hombre caído no ve nada deseable en "El que es todo codiciable, señalado entre diez mil". Podrá quizá admirar a Jesús como un hombre, pero jamás le reconocerá como Dios, y resistirá con todas sus fuerzas las santas influencias externas del Espíritu. El pecado, y no la justicia, se ha convertido en su medio natural de modo que no existe en él deseo alguno por la salvación.

La naturaleza caída del hombre da lugar a la más obstinada ceguera, insensibilidad y oposición a las cosas de Dios. Su voluntad está bajo el control de un entendimiento entenebrecido, que confunde lo dulce con lo amargo, y lo amargo con lo dulce, el bien con el mal, y el mal con el bien. En cuanto a sus relaciones con Dios concierne, desea solamente lo malo, aunque lo desea libremente. La espontaneidad y la esclavitud en efecto existen juntas.

En otras palabras, el hombre caído está tan moralmente ciego que de manera uniforme prefiere y escoge el mal en vez del bien, tal como lo hacen los ángeles caídos o demonios. Cuando el creyente, sin embargo, llegue a un estado de completa santificación, preferirá y escogerá el bien de manera uniforme, tal como lo hacen los santos ángeles. Ambos estados son consistentes con la libertad y la responsabilidad de seres morales.

El hombre caído, sin embargo, a pesar de que actúa de manera uniforme jamás es obligado a pecar, sino que peca libremente y se complace en ello. Su disposición y sus deseos están inclinados hacia el mal, y peca a sabiendas, de manera voluntaria, siendo movido espontáneamente por su corazón. Esta inclinación natural o propensión hacia el mal es tan característica de la naturaleza caída y corrupta del hombre que, como dice Job, el tal "bebe la iniquidad como agua" (Job 15:16).

Leemos que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14). Nos es imposible comprender como una persona que, usando su sentido común y leyendo las simples palabras de este pasaje de las Escrituras, puede abogar por la doctrina de la habilidad humana. El hombre en su estado natural no puede ni aun *ver* el reino de Dios, mucho menos entrar en él. Una persona inculta puede ver una bella obra de arte como mero objeto de la vista, pero no puede apreciar la excelencia de dicha obra. Igualmente puede ver los números de una compleja ecuación matemática, pero carecen de significado para él. Los caballos y el ganado pueden ver la misma puesta del sol o cualquier otro fenómeno de la naturaleza que los hombres ven, pero están ciegos a la belleza artística de dichos fenómenos. Así sucede con el hombre no regenerado al pre-

sentársele el evangelio de la cruz. Quizá obtenga un conocimiento intelectual de los hechos y doctrinas de la Biblia, pero no tiene discernimiento espiritual de su excelencia, y jamás se deleitará en ellos. Un mismo Cristo es para unos sin atractivo ni hermosura para que le desee, sin embargo, para otros es el Príncipe de la vida y el Salvador del mundo, Dios manifestado en carne, al cual es imposible no adorar, amar, y obedecer.

La inhabilidad total surge no meramente de una naturaleza moral pervertida, sino también a causa de la ignorancia. Pablo escribió que los gentiles "andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios, por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón" (Ef. 4:17, 18). Y nuevamente, "Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden, pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios" (1 Co. 1:18). Al escribir que las "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman", Pablo hacía referencia, no a las glorias del estado celestial como comúnmente se supone, sino a las realidades espirituales en esta vida que no pueden ser vistas por la mente no regenerada, como se demuestra claramente por las palabras del versículo siguiente: "Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu" (1 Co. 2:9, 10). En una ocasión Jesús dijo, "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mt. 11:27). Se nos dice claramente que el hombre en su naturaleza no regenerada y entenebrecida no conoce a Dios como tal, y que el Hijo es soberano al escoger los que han de alcanzar este conocimiento salvador de Dios.

El hombre caído no puede discernir las cosas espirituales. Su razón o entendimiento está cegado, y sus deseos y sentimientos pervertidos. Y dado que este estado mental es innato, como una condición de su naturaleza, está fuera del poder de su voluntad el cambiarlo. Más bien, dicho estado controla sus afectos y su voluntad. El efecto de la regeneración se puede ver con claridad en la comisión divina que Pablo recibió al ser convertido cuando se le dijo que había de ser enviado a los gentiles "para abrir sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios" (Hch. 26:18).

Jesús enseñó esta misma verdad pero usando una figura distinta cuando dijo a los fariseos, "¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque *no podéis escuchar* mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Jn. 8:43, 44). Los fariseos no podían entender, ni aun *oír* Sus palabras de manera inteligible. Para ellos Sus palabras eran sólo necedad, locura; y le acusaron de estar poseído de demonios (vv. 48, 52). Sólo Sus discípulos podían conocer la verdad (vv. 31, 32); los fariseos eran hijos del diablo (vv. 42, 44), y esclavos del pecado (v. 34), aunque se creían ser libres (v. 33).

En otra ocasión Jesús enseñó que un árbol bueno no puede producir fruto malo, ni un árbol malo producir fruto bueno. Dado que el árbol bueno representa hombres buenos y el malo hombres malos, esto significa que unos hombres son gobernados por unos principios mientras que otros son gobernados por principios distintos. El fruto de los dos árboles es obras, palabras, y pensamientos, los cuales, si son buenos, proceden de una naturaleza buena, y si malos, proceden de una naturaleza mala. Es imposible que una misma raíz produzca fruto de distintas clases. Negamos, por tanto, que exista en el hombre un poder que le permita actuar de ambas maneras por la sencilla razón de que la virtud y el vicio no pueden surgir de una misma condición moral. Afirmamos que las obras humanas relacionadas con Dios proceden o de una condición moral que necesariamente produce buenas obras o de una condición moral que necesariamente produce malas obras.

"En la epístola a los efesios Pablo afirma que cada alma humana antes de ser vivificada por el Espíritu de Dios se encuentra muerta en delitos y pecados. Ahora bien, ciertamente se concederá que el ser muerto, muerto en pecado, es evidencia clara y positiva de que no hay ni habilidad ni poder para realizar alguna obra espiritual. En la esfera natural y física, un hombre muerto es uno en el cual no existe posibilidad alguna de realizar obras físicas. Un cadáver no puede actuar de manera alguna, y el sostener lo contrario es locura. De la misma manera, el estar muerto en pecado es evidencia clara y positiva de que no existe aptitud o poder alguno para realizar obras espirituales. Por tanto, la doctrina de la inhabilidad moral del hombre descansa sobre evidencia bíblica sólida". [3]

"En base al principio de que ninguna cosa limpia puede salir de cosa inmunda (Job 14:4), todos los nacidos de mujer son considerados 'abominables y viles', a quienes sólo les atrae la iniquidad (Job 15:14-16). Por consiguiente, los hombres no tienen que esperar a llegar a la edad de responsabilidad moral para constituirse pecadores, sino que son apóstatas desde el vientre de su madre, y tan pronto que nacen se descarrían, hablando mentiras (Sal. 58:3); además, son formados en maldad y concebidos en pecado (Sal. 51:5). La inclinación de su corazón es malo desde su juventud (Gn. 8:21), y es del corazón que mana la vida (Pr. 4:23; 20:11). Las obras pecaminosas son, por tanto, la expresión del corazón natural, el cual es engañoso más que todas las cosas y perverso (Jer. 17:9)".[4]

Ezequiel nos presenta esta misma verdad en lenguaje gráfico al darnos el cuadro del recién nacido abandonado en sus sangres y dejado para morir, pero al cual el Señor misericordiosamente encontró y cuidó (Cap. 16).

La doctrina del pecado original presupone que los hombres caídos tienen

[3]Warburton, *Calvinism*, p. 48.
[4]Warfield, *Biblical Doctrines*, p. 440.

la misma clase y el mismo grado de libertad para pecar bajo la influencia de una naturaleza corrupta que la que tienen el diablo y sus demonios, o la que tienen los santos en gloria y los santos ángeles para actuar rectamente bajo la influencia de una naturaleza santa. Es decir, los hombres y los ángeles actúan conforme a su naturaleza. Así como los santos y los ángeles están confirmados en santidad—es decir, controlados por una naturaleza totalmente inclinada a la rectitud y opuesta al pecado—de la misma manera la naturaleza de los hombres caídos y de los demonios es tal que no pueden realizar ni siquiera una sola obra que proceda de motivos rectos hacia Dios. De ahí, la necesidad de que Dios soberanamente tenga que cambiar el carácter de la persona mediante la regeneración.

Las ceremonias de la circuncisión de los niños y la purificación de la madre en el Antiguo Testamento tenían como propósito enseñar que el hombre viene al mundo en pecado, y que desde la caída la naturaleza humana está corrompida desde su misma raíz.

Pablo enseñó esta verdad de manera aun más enfática en 2 Corintios 4:3, 4: "Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo (es decir, el diablo) cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios". Es decir, los hombres caídos, estando ajenos a las operaciones del Espíritu de Dios, se encuentran bajo el gobierno de Satanás. Están cautivos a voluntad de él (2 Ti. 2:26). Mientras el "hombre fuerte armado" no sea molestado por el "más fuerte que él", logra mantener su reino en paz y sus cautivos cumplen su voluntad. Pero el que es "más fuerte que él" le ha vencido, le ha despojado de todas sus armas, y ha libertado una parte de sus cautivos (Lc. 11:21, 22). Dios ahora ejerce el derecho de dejar en libertad a los que El quiere; y el que ha nacido de nuevo es uno de esos pecadores rescatados del reino de Satanás.

Las Escrituras enseñan que el hombre caído es cautivo y esclavo voluntario del pecado y totalmente incapaz de escapar de su esclavitud y corrupción. No puede entender, y mucho menos hacer, las obras de Dios. Está bajo lo que podríamos denominar "la libertad de la esclavitud"—un estado en el cual el individuo es libre, pero sólo para hacer la voluntad de su amo, que en este caso es el pecado. Fue a esto que Jesús se refirió cuando dijo, "Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Jn. 8:34).

Por ser tan profunda la corrupción del hombre, está más allá de su poder el purificarse a sí mismo. Su única esperanza de restauración yace, por tanto, en un cambio de corazón, el cual sólo puede efectuar el poder soberano y recreador del Espíritu Santo, obrando cuándo y dónde y cómo le place. Tan absurdo fuese tratar de sacar el agua de un barco agrietado sin antes reparar sus grietas que reformar al hombre no regenerado sin antes cambiar su corazón, o, esperar que el etíope mudare su piel y el leopardo sus manchas que

esperar que aquel habituado a hacer el mal enderezare su camino. Este cambio de muerte espiritual a vida espiritual llamamos "regeneración". Las Escrituras usan varios términos al referirse a dicho cambio como, por ejemplo, "regeneración", "dar vida", "llamado de las tinieblas a la luz", "vivificar", "renovación", "quitar el corazón de piedra y dar un corazón de carne", etc., y lo presentan como obra exclusiva del Espíritu Santo. Como resultado de dicho cambio el hombre ve la verdad y la acepta gozosamente. Sus instintos e impulsos más íntimos se transfieren a la obediencia a la ley, la obediencia que es la espontánea expresión de su nueva naturaleza. La Biblia nos dice que la regeneración es efectuada por el mismo poder sobrenatural que Dios operó en Cristo cuando le levantó de los muertos (Ef. 1:18-20). El hombre no posee el poder para regenerarse a sí mismo, y hasta que dicho cambio interno acontezca, no podrá convencérsele de la verdad del evangelio pese a todos los testimonios externos que se le presenten. "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos".

3. Los defectos en las virtudes comunes de los hombres

El hombre no regenerado puede, debido a la gracia común, amar a sus familiares y ser buen ciudadano. Es capaz también de donar un millón de dólares para la construcción de un hospital, pero no puede dar ni un simple vaso de agua fría a un discípulo *en el nombre de Jesús.* Si dicho hombre fuere un borracho, puede que lograre abstenerse de la bebida por razones utilitarias; sin embargo, jamás podrá hacerlo por amor a Dios. Todas sus virtudes comunes o buenas obras tienen un defecto fatal, y es que los motivos que las generan no tienen como fin el glorificar a Dios—un defecto tan fatal que totalmente oscurece todo elemento de bien en el hombre. No importa cuan buenas sean las obras en sí mismas, si el que las hace no está en armonía con Dios, ninguna de dichas obras será espiritualmente aceptable. Además, las buenas obras del no regenerado carecen de un fundamento estable, debido a que su naturaleza no ha sido cambiada; así de natural e irremediable como el puerco lavado vuelve a revolcarse en el cieno, de la misma manera tarde o temprano el no regenerado vuelve a sus malos caminos.

En la esfera moral es una ley el que la moralidad del individuo preceda la moralidad de la acción. Puede que uno hable en lenguas humanas y angélicas, pero si carece del principio interno del amor a Dios, vendrá a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si repartiese todos sus bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase a su cuerpo para ser quemado, de nada le vale. Como seres humanos sabemos que un servicio que se nos rinda, por cualquier motivo utilitario que sea, por alguien que en su corazón es

nuestro enemigo, no merece nuestro amor y aprobación. La afirmación de las Escrituras de que "sin fe es imposible agradar a Dios", encuentra su explicación en el hecho de que la fe es el fundamento de todas las demás virtudes, y nada es aceptable a Dios que no fluya de sentimientos rectos.

Una acción moral ha de ser juzgada por la norma de amor a Dios, siendo dicho amor, por decirlo así, el alma misma de toda otra virtud, y el cual Dios nos confiere sólo por gracia. Agustín no negaba la existencia de virtudes naturales, tales como la moderación, la honestidad, la generosidad, las cuales tienen cierto mérito entre los hombres; pero trazó una clara línea de distinción entre estas virtudes y las gracias cristianas específicas (la fe, el amor, la gratitud a Dios, etc.), los cuales son en realidad los únicos frutos buenos y que tienen valor ante Dios.

Esta distinción es ilustrada con claridad en un ejemplo dado por W. D. Smith. Dice él: "En una banda de piratas pueden encontrase muchas cosas que son buenas en sí mismas. A pesar de estar en abierta rebelión contra las leyes del gobierno, los piratas tienen sus propias leyes y reglamentos, los cuales obedecen estrictamente. Entre ellos se hallan valor y fidelidad, además de muchas otras cosas que les acreditan como piratas. Puede que también hagan muchas otras cosas que las leyes del gobierno requieran, aunque, sin embargo, no las hacen porque el gobierno las requiera, sino en obediencia a sus propios reglamentos. Por ejemplo, el gobierno requiere honestidad y puede que ellos sean muy honestos unos con otros en sus transacciones y en el reparto del botín. Sin embargo, en lo que al gobierno y al principio general respecta, su vida entera no es sino una de la más vil deshonestidad. Ahora bien, es evidente que mientras continúen en su rebelión el gobierno no podrá aceptarles como ciudadanos. Su primer paso debe ser el abandonar su rebelión, reconocer su lealtad al gobierno, y pedir misericordia. De igual manera todos los hombres en su estado natural son rebeldes contra Dios; y aunque hagan muchas de las cosas que la ley de Dios demanda, las cuales reciben el encomio de los hombres, con todo, nada es hecho tomando en consideración a Dios y a Su ley. Al contrario, los reglamentos de la sociedad, el respeto a la opinión pública, los intereses egoístas, su propio carácter ante los ojos del mundo, o algún motivo mundano o vil, reina supremo; y Dios, a quien deben rendir su corazón y su vida, es rechazado por completo y Sus demandas y consejos son menospreciados vilmente, manifestándose así la obstinada rebelión y desobediencia de su corazón. Es obvio que mientras el corazón permanezca en dicho estado el hombre seguirá siendo un rebelde contra Dios, y no podrá hacer nada que sea aceptable a Dios. El primer paso debe ser el dejar la rebelión, arrepentirse de sus pecados, tornarse a Dios, y pedir el perdón y la reconciliación por medio del Salvador. Esto, sin embargo, no quiere hacer hasta que su voluntad sea cambiada. Vive enamorado de sus pecados, y continuará amándolos hasta que su corazón sea cambiado".

Las buenas obras de hombres no regenerados, continúa diciendo Smith, "no son pecaminosas en sí mismas, sino pecaminosas por defecto. Dichas obras carecen del principio que solo puede hacerlas justas a los ojos de Dios. En el caso de los piratas es fácil ver como todas sus obras son pecado contra el gobierno. Mientras continúen como piratas, la navegación, la reparación o el aparejo de su buque, y aun su comer y su beber son pecados a los ojos del gobierno, ya que dichas obras son hechas sólo con el propósito de continuar su carrera pirática, y son parte de su vida rebelde. Igualmente sucede con el pecador. Mientras el corazón de éste continúe siendo malo, todas sus obras estarán contaminadas a los ojos de Dios, aun sus más ordinarias ocupaciones. El simple e inequívoco lenguaje de Dios es, 'Aun los pensamientos de los impíos son pecado' (Pr. 21:4)".[5]

Es a dicha inhabilidad que las Escrituras se refieren cuando afirman que "los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Ro. 8:8); "y todo lo que no proviene de fe es pecado" (Ro. 14:23); y "sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb. 11:6). Aun las "virtudes" mismas del hombre no regenerado son como flores desarraigadas y marchitas. Jesús dijo a sus discípulos, "Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Y dado que dichas virtudes son de tal naturaleza, son sólo temporeras. Aquel que las posee es semejante a la semilla que cae en pedregales, la cual quizá brote prometiendo dar fruto, pero al poco tiempo se marchita en el sol porque no tiene raiz en sí.

De lo que se ha dicho se desprende también el hecho de que la salvación es ABSOLUTA Y UNICAMENTE POR GRACIA—Dios es libre, conforme a las infinitas perfecciones de su naturaleza, para no salvar a ninguno, o para salvar a unos pocos, o a muchos, o a todos, según el soberano placer de su voluntad. Igualmente se desprende el hecho de que la salvación no está basada en algún mérito en la criatura y que, por tanto, depende de Dios, y no de los hombres, quienes han y quienes no han de ser hechos partícipes de la vida eterna. Dios obra soberanamente al salvar a algunos y dejar a otros sufrir la justa recompensa de sus pecados. Los pecadores, debido a su completa inhabilidad, son comparados a muertos y a huesos secos. En esto son todos iguales. La elección de algunos a vida eterna es tan de soberana como si Cristo pasase por un cementerio y ordenase a uno aquí y otro allá a salir de sus sepulcros; la razón de restaurar a vida a uno y dejar a otro en su tumba se halla sólo en su buena voluntad, y no en los muertos. De ahí la afirmación de que estamos predestinados según el puro afecto de su voluntad, y no conforme a nuestras buenas inclinaciones; y para que fuésemos santos, no

[5] *What is Calvinism*. pp. 125-127.

por ser nosotros santos (Ef. 1:4, 5). "Puesto que todos los hombres al igual merecían sólo la ira y la maldición de Dios, el don de su Hijo unigénito quien murió en lugar de los malhechores, como único método posible de expiar la culpa de éstos, es la más estupenda exhibición de favor inmerecido y amor personal que el universo jamás haya presenciado".[6]

4. La caída del hombre

La caída de la raza humana a un estado de pecado y miseria es la base y fundamento del sistema de redención presentado en las Escrituras así como del sistema que enseñamos. Sólo los calvinistas parecen tomar en serio la doctrina de la caída. Sin embargo, la Biblia declara de principio a fin que el hombre está perdido—totalmente perdido—y que se encuentra en un estado de culpa y depravación del cual es totalmente incapaz de librarse por sí mismo, en el cual Dios en toda justicia hubiere podido dejarle perecer. En el Antiguo Testamento el relato concerniente a la caída se encuentra en el tercer capítulo del Génesis; y en el Nuevo Testamento se pueden hallar referencias directas a este hecho en Romanos 5:12-21; 1 Corintios 15:22; 2 Corintios 11:3; 1 Timoteo 2:13, etc., aunque el Nuevo Testamento enfatiza no el hecho histórico de que el hombre cayó sino más bien el hecho ético de que el hombre es un ser caído. Los escritores del Nuevo Testamento interpretaron este hecho literalmente y basaron su teología en él. Para Pablo Adán fue tan real como lo fue Cristo, y la caída tan real como la redención. Puede que algunos sostengan que los apóstoles estaban equivocados en creer tal cosa pero no puede negarse que eso fue lo que creyeron.

El Dr. A. A. Hodge, a quien tomaremos el privilegio de citar, ha presentado muy bien la doctrina de la caída en el siguiente párrafo:

"Dado que, en la naturaleza misma del caso, una prueba justa no podría ser dada a cada nuevo miembro de la raza humana personalmente, ya que al nacer cada miembro es una criatura no desarrollada, Dios, como guardián y para los mejores intereses de la raza, probó bajo las más favorables circunstancias a todos sus miembros en la persona de Adán, constituyendo a éste en representante y sustituto personal de cada uno de sus descendientes naturales. Dios estableció con él un pacto de obras y de vida; i.e., le dio una *promesa* de vida eterna para él, y para aquellos a quienes él representaba, a *condición* de obediencia perfecta—es decir, por obras. La obediencia exigida era una prueba específica durante un período de tiempo, la cual habría de concluir necesariamente o con la recompensa a causa de la obediencia o con la muerte a causa de la desobediencia. La 'recompensa' prometida era la vida eterna, una gracia que habría de incluir mucho más de lo que originalmente le había sido conferido a Adán en su creación, la dádiva de la cual hubiese elevado a la raza a una condición de irrevocable santidad y felicidad para siempre. El 'castigo' con que se le amenazó y al que luego se le sometió fue la muerte: "El día que de él comieres, ciertamente morirás". La naturaleza de dicha muerte puede determinarse sólo considerando todo lo que quedaba envuelto en la maldición a que se le sometió. Sabemos que esta maldición incluyó el retiro inmediato del favor divino y de la comunión espiritual con Dios de la cual la vida del hombre dependía, es decir, la enajenación y maldición de Dios, el sentido de culpa, la corrupción de la naturaleza, las consecuentes transgresiones actuales, los sufrimientos de la vida, la disolución del cuerpo, los dolores del infierno".[7]

El término *muerte*, en su sentido más amplio, abarca todas las consecuencias del pecado de Adán. Pablo de manera resumida declara que: "La paga del pecado es muerte". El significado pleno de la muerte con que se amenazó a Adán puede apreciarse considerando todas las consecuencias malas que desde entonces le han sobrevenido al hombre. La muerte con que se le amenazó fue, en primera instancia, la muerte espiritual, o la separación eterna de Dios; y la muerte física, o muerte del cuerpo, no es sino sólo uno de los primeros frutos y de las consecuencias menos importantes, relativamente hablando, de ese castigo mayor. Adán no murió físicamente hasta 930 años después de la caída, pero sí murió espiritualmente en el mismo momento que cayó en pecado. Murió tan realmente como muere el pez cuando es sacado del agua, o como la planta cuando es desarraigada de la tierra.

"Por lo general abrigamos una idea equivocada en cuanto a la caída de Adán.... El no fue tentado por Satanás de manera directa.... Eva fue tentada y cayó, siendo engañada. Pero tenemos evidencia inspirada para probar que Adán no fue engañado (1 Ti. 2:14). Adán no fue atrapado en los engaños de Satanás. Lo que Adán hizo, lo hizo de manera voluntaria y deliberada, escogiendo seguir a su esposa en su acto de pecaminosa desobediencia, en plena conciencia de lo que estaba haciendo, y con perfecta realización de las serias consecuencias envueltas. Fue dicha voluntariedad lo que dio tan nefando carácter al pecado del hombre. De haber sido Adán atacado por Satanás y forzado a sucumbir mediante un poder irresistible, hubiésemos, quizá, tratado de buscar excusas por su caída. Pero cuando, con ojos bien abiertos y con mente perfectamente consciente y completamente percatada de la horrible naturaleza de su acto, usó su libre albedrío para responder a las demandas de la criatura en desafío al Creador, entonces no hay excusa para su caída. Su acto fue rebelión voluntaria y desafiante mediante la cual abiertamente transfirió su lealtad de Dios a Satanás".[8]

[6]A. A. Hodge, panfleto, *Presbyterian Doctrine*, p. 23.

[7]*Ibid*, pp. 19, 20.

[8]Warburton, *Calvinism*, p. 34.

Y, ¿será en realidad lógico pensar que quizá no haya ocurrido una caída, una terrible caída? Mientras más observamos la naturaleza humana según se manifiesta a nuestro alrededor, más fácil se nos hace creer en esta gran doctrina del pecado original. Considérese al mundo en su totalidad, llenos como lo es de asesinatos, robos, borracheras, guerras, hogares destruidos, y crímenes de todas clases. Las miles de ingeniosas formas que el crímen y el vicio han asumido en manos de sus perpetradores son todas vivos relatos de esta horrenda realidad. Una gran porción de la raza humana hoy, así como en todas las edades pasadas, vive y muere en las tinieblas del paganismo, alejada de Dios y sin esperanza. El modernismo y la negación de toda índole permean la iglesia misma. Aun "la prensa religiosa" manifiesta marcadas trazas de incredulidad. Obsérvese el desinterés general hacia la oración, o el estudio de la Biblia, o hacia las cosas espirituales. ¿No está el hombre ahora, como su progenitor Adán, huyendo de la presencia de Dios, evitando la comunión con Dios, con enemistad en su corazón para con su Creador? Sin lugar a duda la naturaleza del hombre es radicalmente malo. Los relatos de los acontecimientos diarios en los periódicos, aun en tierras así llamadas cultas, demuestran que el hombre es pecador, que está enajenado de Dios, y que es guiado por principios viles. La única explicación adecuada para todo esto es que la maldición con que se amenazó al hombre antes de la caída reposa ahora sobre la raza humana.

Vivimos en un mundo perdido, un mundo que de permitírsele desenvolverse por sí mismo se pudriría en su corrupción de eternidad a eternidad —un mundo en que abundan la iniquidad y la blasfemia. Los efectos de la caída son tales que la voluntad del hombre tiende sólo hacia abajo, hacia actos de pecado y estupidez. Dios, sin embargo, no permite a la raza volverse tan corrupta como naturalmente se volvería si se le permitiera tomar su curso natural. El ejerce influencias restrictivas, incitando a los hombres a amarse los unos a los otros, a ser honestos, filantrópicos, y considerados del bienestar de los demás. Si Dios no ejerciera dichas influencias, hombres impíos se tornarían cada vez más malos, cambiando las costumbres establecidas y derribando las barreras sociales hasta llegar al mismo zenit de la anarquía, convirtiéndose la tierra en un lugar de tanta corrupción que los elegidos no podrían vivir en ella.

5. El principio de representación

Es fácil para los ciudadanos de naciones en donde se actúa en y a través de representantes en la legislatura entender como una persona puede actuar a través de un representante. Si un país tiene un buen presidente o rey, todas las personas de dicho país se benefician de los buenos resultados; en cambio, si el presidente o rey es malo, todos sufren las consecuencias. Los padres son, en un sentido muy real, los representantes de sus hijos y en gran medida determinan el destino de éstos. Si los padres son sabios, virtuosos, hacendosos, los hijos cosechan las bendiciones; pero si son indolentes e inmorales, los hijos sufren. De innumerables maneras el bienestar de individuos está determinado por los hechos de otros, lo que demuestra cuan entretejido está este principio de representación en nuestra vida. La doctrina bíblica que enseña que Adán fue cabeza oficial y representativa de sus descendientes no es sino la aplicación de un principio que vemos a todo nuestro derredor.

El Dr. Carlos Hodge ha tratado este tema muy hábilmente en el siguiente párrafo:

"El principio de representación es evidente a través de toda la Escritura. La imputación del pecado de Adán a su posteridad no es un hecho aislado, sino sólo un ejemplo de un principio general que caracteriza las dispensaciones de Dios desde el principio del mundo. Dios se reveló a Moisés como uno que visita la maldad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación (Ex. 34:6, 7). . . . La maldición pronunciada contra Canaán cayó sobre su posteridad. Al vender Esaú su primogenitura, quedaron excluidos del pacto de la promesa sus descendientes. Los hijos de Moab y Amón fueron excluidos de la congregación del Señor para siempre, por haberse opuesto sus antepasados a los israelitas cuando éstos salían de Egipto. En el caso de Datán y Abiram, como en el de Acán, 'sus esposas, y sus hijos, y sus pequeñuelos' perecieron a causa de los pecados de sus padres. Dios le dijo a Elí que la iniquidad de su casa jamás podría ser borrada con sacrificio y ofrenda. A David le fue dicho, 'No se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer'. Al desobediente Giezi se le dijo: 'La lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre'. El pecado de Jeroboam y de los hombres de su época determinó por siempre el destino de las diez tribus. La imprecación de los judíos, 'su sangre sea sobre nosotros y nuestros hijos', cuando pedían que se crucificase a Cristo, todavía pesa sobre los errabundos israelitas. . . . Este principio se deja ver a través de toda la Escritura. Cuando Dios estableció el pacto con Abraham, no fue con él solo sino también con su posteridad, quedando así ligada su posteridad a todas las estipulaciones del pacto. Todos los israelitas compartieron las promesas y las amenazas del pacto, y en centenares de casos el castigo por la desobediencia vino sobre aquellos que no habían incurrido en las transgresiones de manera personal. Los niños sufrieron los juicios de igualforma que los adultos, es decir, el hambre, la pestilencia, y la guerra. . . . Y los judíos hasta este día sufren el castigo por los pecados de sus padres al haber ellos rechazado a aquél de quien Moisés y los profetas hablaron. Todo el plan de la redención descansa sobre este principio. Cristo es el representante

de su pueblo y en base a este hecho los pecados de los escogidos le son imputados a él y la justicia de él les es imputada a ellos.... Ninguna persona que cree en la Biblia puede pasar por alto el hecho de que en todas partes se reconoce el carácter representativo de los padres, y que las dispensaciones de Dios han estado basadas desde el comienzo en el principio de que los niños llevan las iniquidades de los padres. Esta es, precisamente, una de las razones por las que los impíos se niegan a creer en el origen divino de las Escrituras. Pero la incredulidad no resuelve nada. La historia contiene tantos ejemplos de esta doctrina como la Biblia. El castigo del criminal envuelve a su familia en su desgracia y miseria. El hombre derrochador y el borracho traen pobreza y miseria a todos los relacionados con él. No hay nación sobre la faz de la tierra cuya prosperidad o adversidad no ha estado en gran medida determinada por el carácter y la conducta de sus antepasados.... Las ofrendas expiatorias en el Antiguo Testamento y el gran sacrificio de la nueva dispensación descansan sobre la idea de la transferencia de la culpa o el castigo vicario. Llevar el pecado es, en lenguaje bíblico, llevar la pena por el pecado. La víctima llevaba el pecado del que la ofrecía. Las manos eran puestas sobre la cabeza del animal que iba a ser sacrificado para expresar la transferencia de la culpa. Dicho animal tenía que estar libre de todo defecto o imperfección para que fuese aun más aparente que su sangre era derramada no por sus propio defectos sino por el pecado de otro. Todo esto era simbólico y típico.... Y esto es lo que las Escrituras enseñan acerca de la expiación de Cristo. El llevó nuestros pecados; el fue hecho maldición por nosotros; él sufrió la pena de la ley en nuestro lugar. Todo esto procede en base al hecho de que los pecados de un hombre pueden justamente ser imputados a otro siempre y cuando el motivo sea adecuado".[9]

Las Escrituras afirman que, "por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (Ro. 5:19). "El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12). "Por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres" (Ro. 5:18). Es como si Dios hubiera dicho: Si el pecado ha de entrar, que entre por un hombre, para que la justicia entre también por un hombre.

Adán no sólo fue constituido padre sino también representante de la raza humana entera. Si entendiéramos a cabalidad cuan estrecha es la relación entre Adán y la raza humana, comprenderíamos plenamente la justicia de la transmisión de su pecado a sus descendientes. El pecado de Adán es imputado a sus descendientes de la misma manera que la justicia de Cristo es imputada a aquellos que creen en él. Los descendientes de Adán, por supuesto, no son personalmente más culpables del pecado de éste que los redimidos

[9]*Systematic Theology*, II, pp. 198, 199, 201.

son personalmente merecedores de la justicia de Cristo.

El sufrimiento y la muerte son el resultado del pecado; y la razón por la que todos mueren es porque "todos pecaron". Sabemos que muchos sufren y mueren en la infancia, antes de haber cometido algún pecado ellos mismos. Por tanto, tenemos que concluir o que Dios es injusto al castigar al inocente, o que aquellos niños son de alguna manera culpables. Y si culpables, ¿cómo han pecado? Es imposible dar otra explicación que no sea que pecaron en Adán (1 Co. 15:22; Ro. 5:12, 18); y la única manera en que han podido pecar en Adán es por representación.

Aunque no somos personalmente culpables del pecado de Adán, estamos, no obstante, sujetos al castigo por dicho pecado. "La culpa por el pecado público de Adán", dice el Dr. A. A. Hodge, "se carga, por un acto judicial de Dios, a la cuenta de cada uno de sus descendientes desde el momento que comienzan su existencia, y esto precede a cualquier acto personal. Por tanto, los hombres nacen carentes de todas las influencias del Espíritu Santo de las cuales depende su vida moral y espiritual... y con una prevaleciente tendencia en su naturaleza hacia el pecado; dicha tendencia en ellos es pecado y, por ende, digna de castigo. La naturaleza humana desde la caída retiene las facultades constitucionales de la razón, la conciencia, y el libre albedrío y, por consiguiente, el hombre continúa siendo un ser moral responsable. Con todo, el hombre está espiritualmente muerto, y es totalmente incapaz de cumplir con los deberes que surgen de su relación con Dios, y es absolutamente incapaz de cambiar sus propias inclinaciones malas y tendencias morales innatas, o decidirse a tal cambio, o cooperar con el Espíritu Santo para efectuar tal cambio".[10]

Al mismo efecto, el Dr. R. L. Dabney, el destacado teólogo de la Iglesia Presbiteriana del Sur de los Estados Unidos de América, dice: "Todos, con la excepción de los pelagianos y los socinianos, sostienen la doctrina de la imputación. La raza humana está espiritualmente muerta y bajo condenación. Véase Ef. 2:1-5, *et pássim*. Es obvio que el hombre se encuentra bajo maldición desde el comienzo de su vida. Sólo hay que observar la depravación natural de los niños, y la desgracia y muerte de la que son herederos. Ahora bien, o el hombre fue probado y cayó en Adán, o ha sido condenado sin prueba. El hombre o está bajo maldición (la cual descansa sobre él desde el mismo comienzo de su existencia) por la culpa de Adán, o lo está sin ser culpable. Juzgue usted cual da más honor a Dios: una doctrina que, aunque es un profundo misterio, presenta a Dios como sometiendo al hombre a una prueba justa y sumamente favorable mediante su cabeza federal, o aquella que presenta a Dios condenando al hombre sin haberle sometido a una prueba, y aun antes de que existiese".[11]

[10]*Presbyterian Doctrine*, p. 21.
[11]*Theology*, p. 330.

6. La bondad y la severidad de Dios

Un estudio de la caída y su alcance es algo humillante, ya que prueba al hombre que sus pretensiones a una bondad personal no tienen fundamento, y le demuestra que su única esperanza está en la gracia soberana del Dios Todopoderoso. La "habilidad restaurada por gracia" de la que habla el arminiano no es consistente con los hechos. Las Escrituras, la historia, y la experiencia cristiana no nos permiten tener una opinión tan favorable de la condición moral del hombre como la que enseña el sistema arminiano. Al contrario, nos presentan un cuadro muy tenebroso de la espantosa corrupción e inclinación universal hacia el mal, la cual puede ser vencida sólo por la intervención de la gracia divina. El sistema calvinista enseña una caída en el pecado mucho más profunda, y también una manifestación mucho más gloriosa de la gracia redentora. De hecho, es la misma profundidad del pecado lo que mueve al creyente a desesperanzarse de sí mismo, a arrojarse incondicionalmente a los brazos de Dios, y a echar mano de la gracia inmerecida, la cual solo puede salvarle.

Debemos ver la misericordia y también la severidad de Dios tanto en el reino espiritual como en el físico. La vida está llena de *duras realidades*, que, aunque desagradables, deben ser confrontadas y admitidas. A través de las Escrituras y especialmente en las palabras de Cristo mismo, el tormento final de los impíos es descrito de manera tal como para que no quede duda de su horrenda realidad. Sólo en el Evangelio según Mateo véase 5:29, 30; 7:19; 10:28; 11:21-24; 13:30, 41, 42, 49, 50; 18:8, 9, 34; 21:41; 22:14; 24:51; 25:12, 30, 41; y 26:24. Seguramente, no debe hacerse caso omiso de una doctrina tan enfatizada por Cristo, no importa cuan desagradable sea dicha doctrina. En el mundo venidero los impíos, libres de toda restricción, se precipitarán al pecado, blasfemando y maldiciendo a Dios, envileciéndose más y más mientras se hunden en el profundo abismo. Castigo sin fin es la pena al pecado SIN FIN. El castigar al impío es tanto a la gloria de Dios como el recompensar al justo. Mucha de la indiferencia hacia al cristianismo en nuestros días se debe a que ministros cristianos no enfatizan estas doctrinas que tan repetidas veces enseñó Cristo.

En el reino físico podemos ver la severidad de Dios en las guerras, el hambre, las inundaciones, los desastres, las enfermedades, los sufrimientos, las muertes, y los crímenes de toda clase que le sobrevienen tanto al justo como al impío. Todas estas cosas existen en un mundo que está bajo el completo control de un Dios infinito en sus perfecciones.

"Mirad, pues, la bondad y la severidad de Dios" (Ro. 11:22). El naturalismo no hace justicia ni a la bondad ni a la severidad de Dios. El arminianismo engrandece la bondad pero hace caso omiso a la severidad de Dios. El calvinismo es el único sistema que hace justicia tanto a la bondad como a la severidad de Dios. Sólo el calvinismo presenta adecuadamente *los hechos* en cuanto al amor eterno e infinito de Dios que le movió a proveer redención para su pueblo, aun al gran costo de mandar a su Hijo unigénito a morir en la cruz; también el terrible abismo que existe entre el hombre pecador y el Dios santo. Es cierto que "Dios es amor", pero no debemos olvidar la otra declaración de que "Dios es fuego consumidor" (Heb. 12:29). Cualquier sistema que omita o no le dé el énfasis adecuado a estas verdades es un sistema imperfecto, no importa cuan razonable parezca a los hombres.

La doctrina de la inhabilidad total del hombre es, sin lugar a duda, terriblemente dura, severa y repulsiva. Pero debe recordarse que no estamos en libertad de desarrollar un nuevo sistema que sea de nuestro agrado. Debemos tomar los hechos según los encontramos. Las descripciones del estado verdadero en que se encuentra la humanidad son, por supuesto, ofensivas a hombres no regenerados; y muchos han tratado de encontrar un sistema de doctrinas más aceptables a la mente popular. El estado del hombre caído es tal que instantáneamente escucha cualquier teoría que le haga independiente de Dios, aunque sea parcialmente. El hombre caído desea ser el dueño de su destino y el capitán de su alma. Debemos, por tanto, presentarle de continuo al pecador la realidad de su perdición, ruina e impotencia, porque hasta que no sienta dicha realidad jamás buscará ayuda donde sólo puede encontrarla. ¡Cuán miserable la condición del pecador!, verdaderamente carnal y vendido al pecado, no sólo sin fuerzas sino sin deseo alguno de tornarse a Dios; y aun más, un rebelde, presuntuoso, y blasfemo rival de Jehová, el Todopoderoso.

Esta doctrina de la inhabilidad total, o el pecado original, ha sido tratada con considerable detalle a fin de presentar la base fundamental sobre la cual descansa la doctrina de la predestinación. Este lado del cuadro es oscuro, muy oscuro por cierto; pero el otro lado es la gloria de Dios en la redención. Cada una de estas verdades debe verse en su luz verdadera antes de que la otra pueda ser adecuadamente apreciada.

7. *Pruebas bíblicas*

1 Corintios 2:14: Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.

Génesis 2:17: Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.

Romanos 5:12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hom-

bre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

2 Corintios 1:9: Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos.

Efesios 2:1-3: Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

Efesios 2:12: En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

Jeremías 13:23: ¿Mudará el etíope la piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?

Salmo 51:5: He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.

Juan 3:3: Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Romanos 3:10-12: Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

Job 14:4: ¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie.

1 Corintios 1:18: Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.

Hechos 13:41: Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced; Porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare.

Proverbios 30:12: Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia.

Juan 5:21: Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida.

Juan 6:53: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

Juan 8:19: Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre: si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais.

Mateo 11:25: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.

2 Corintios 5:17: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es.

Juan 14:16, 17: Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros.

Juan 3:19: Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

Capítulo 11

Eleccion incondicional

1. Exposición de la doctrina. 2. Pruebas bíblicas. 3. Argumentos lógicos. 4. La fe y las buenas obras son los frutos y las evidencias, no la base, de la elección. 5. La reprobación. 6. Infralapsarianismo y supralapsarianismo. 7. Muchos son escogidos. 8. Un mundo o raza redimida. 9. Los redimidos—una inmensa muchedumbre. 10. El mundo se está tornando mejor progresivamente. 11. Salvación de los niños pequeños. 12. Resumen de la doctrina reformada de la elección.

1. Exposicion de la doctrina

La doctrina de la elección ha de considerarse sólo como una aplicación particular de la doctrina general de la predestinación o preordinación en tanto se relaciona con la salvación de los pecadores; y como las Escrituras tratan principalmente de la redención de los pecadores, esta parte de la doctrina general de la predestinación ocupa un lugar prominente. La doctrina de la elección comparte todos los elementos de la doctrina general; y por ser la obra de una Persona moral e infinita, es presentada como la determinación eterna, absoluta, inmutable, y efectiva de su voluntad respecto a los objetos de sus operaciones salvíficas. Y ningún aspecto de dicha determinación electiva es enfatizado más que el de la *soberanía* absoluta.

La fe reformada ha enseñado la existencia de un decreto divino, eterno, el cual, e independiente de cualquier diferencia entre los hombres o merecimiento personal de éstos, separa la raza humana en dos grupos ordenando a uno a vida eterna y al otro a muerte eterna. En lo que a los hombres en general respecta, dicho decreto no es sino el consejo de Dios respecto a aquellos que tuvieron una oportunidad supremamente favorable en Adán para alcanzar la salvación, pero que la perdieron. Debido a su caída, son culpables y están corrompidos; sus motivos son malos y no pueden alcanzar por sí

mismos la salvación. Han perdido todo derecho a la misericordia de Dios, y él habría podido en toda justicia dejarles sufrir la pena por su desobediencia, como se hizo con los ángeles caídos. Sin embargo, los elegidos son rescatados de este estado de culpa y pecado y son traídos a un estado de bienaventuranza y santidad. Los no elegidos son meramente dejados en su estado de ruina y son condenados por sus pecados. Este castigo no es inmerecido, ya que Dios les está tratando no meramente como hombres, sino como hombres pecadores.

La Confesión de Westminster presenta la doctrina de la siguiente manera: "Por el decreto de Dios y para la manifestación de su propia gloria, algunos hombres y ángeles son predestinados a vida eterna, y otros son preordinados a muerte eterna.

"Estos hombres y ángeles, así predestinados y preordinados, son designados particular e inalterablemente; y su número es tan cierto y definido que ni se puede aumentar ni disminuir.

"A aquellos de la raza humana que son predestinados a vida, Dios, antes de la fundación del mundo, conforme a su propósito eterno e inmutable y al consejo secreto y beneplácito de su voluntad, los ha escogido en Cristo, para la gloria eterna; y esto por su libre gracia y puro amor, sin la previsión de la fe o buenas obras, o la perseverancia en dichas obras, ni ninguna otra cosa en la criatura, como condición o causa que le muera a ello; y lo ha hecho todo para alabanza de su gloriosa gracia.

"Asi como Dios ha designado a los elegidos para la gloria, también, por el eterno y libre propósito de su voluntad, ha preordinado todos los medios que han de conducir a éstos a dicha gloria. Por lo tanto, los elegidos, habiendo caído en Adán, son redimidos por Cristo, y a su debido tiempo, llamados eficazmente a la fe en Cristo por el Espíritu Santo, justificados, adoptados, santificados y guardados por su poder mediante la fe para salvación. Ningunos son redimidos por Cristo, eficazmente llamados, justificados, adoptados, santificados y salvados, sino únicamente los elegidos.

"En lo que al resto del género humano concierne, le ha placido a Dios, según el consejo inescrutable de su voluntad, por el cual otorga su misericordia o deja de hacerlo como le place, para la gloria de su poder soberano sobre todas las criaturas, pasarles por alto y ordenarles a deshonra y a ira a causa de su pecado, para alabanza de su gloriosa justicia".[1]

Es de suma importancia que entendamos con claridad esta doctrina de la elección divina, ya que nuestro concepto de dicha doctrina determinará nuestro concepto de Dios, del hombre, del mundo, y de la redención. Calvino dice con acierto "Jamás nos convenceremos como debiéramos de que nuestra salvación procede y mana de la fuente de la misericordia gratuita de

[1]Cap. III. Secciones III-VI.

Dios, mientras no hayamos comprendido su elección eterna, pues ella, por comparación, nos ilustra la gracia de Dios, en cuanto que no adopta indiferentemente a todos a la esperanza de la salvación, sino que da a unos lo que dar a otros niega. El ignorar dicho principio detrae de la gloria divina, y sirve además como obstáculo a la humildad genuina".[2] Calvino admite que la doctrina suscita preguntas muy intrincadas en la mente de ciertas personas, ya que dice, "no hay nada que algunos consideren más irrazonable que esto, que de toda la humanidad algunos sean predestinados a la salvación y otras a la perdición".

Los teólogos reformados aplicaron este principio de manera consistente a la experiencia de fenómenos espirituales que ellos percibieron en sí mismos y vieron en otras personas. Para dichos teólogos sólo el propósito divino, o la predestinación, podía explicar la distinción entre el bien y el mal, entre el creyente y el pecador.

2. *Pruebas bíblicas*

La primera pregunta que debemos formularnos es, ¿Hallamos esta doctrina en las Escrituras? Consultemos la epístola de Pablo a los efesios. Allí leemos: "nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin manchas delante de él, en amor habiendonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro efecto de su voluntad" (1:4, 5). En Romanos 8:29, 30 leemos sobre la cadena dorada de redención que se extiende desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó". Conocidos de antemano, predestinados, llamados, justificados, glorificados, siempre las mismas personas incluidas en cada grupo; y donde uno de dichos factores está presente, todos los demás también están presentes en principio. Pablo ha usado el verbo en tiempo pasado porque para Dios el propósito es realizado en principio en el momento que es concebido, lo que indica la absoluta certeza de su cumplimiento. "Estos cinco eslabones dorados", dice el Dr. Warfield, "están unidos en una cadena inquebrantable, de tal manera que todos aquellos a quienes Dios separa en su amor son conducidos por su gracia, paso a paso, hacia la gran consumación de esa glorificación que culmina en la prometida conformidad a la imágen del Hijo de Dios. Es la 'elección', como podemos ver, que hace todo, 'porque a los que antes conoció. . . a éstos también glorificó' ".[3]

[2]*Institución*, libro III, Cap. XXI, Secc. I.
[3]Panfleto, *Election*, p. 10.

Las Escrituras presentan la elección como algo que ocurre en el pasado, sin consideración a méritos personales, y totalmente soberano—. . . "pues *no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama,* se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí" (Ro. 9:11, 12). Ahora bien, si la doctrina de la elección no es verdad, instamos entonces a que se nos diga qué significan estas palabras del apóstol. "Este pasaje nos enseña de modo ilustrativo la soberana aceptación de Isaac y el rechazo de Ismael, así como la elección de Jacob y no de Esaú antes de su nacimiento y, por tanto, antes de que hubieran hecho bien o mal; nos enseña explícitamente que el asunto de la salvación no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, y la tiene de quien quiere, y al que quiere endurecer, endurece; de manera directa se nos presenta a Dios como el alfarero que hace los vasos que proceden de su mano, cada uno para el fin designado, de modo que con cada uno hace según su voluntad. La realidad es que difícilmente encontraremos palabras más explícitas que enseñen la predestinación".[4]

Aun si no existiesen otras palabras inspiradas que las que hemos citado del apóstol Pablo, tan claras e inequívocas son esas que debiéramos sentirnos constreñidos a admitir que la doctrina de la elección es parte de las Escrituras. Al examinar las referencias bíblicas que aparecen en la Confesión de Fe, vemos que la doctrina está sostenida abundantemente en la Biblia. Si aceptamos la inspiración de las Escrituras, y si aceptamos que los escritos de los profetas y de los apóstoles fueron inspirados por el Espíritu de Dios y, por tanto, son infalibles, entonces dichas palabras concernientes a la doctrina debieran ser suficientes. Por lo tanto, en base al irrefutable testimonio de las Escrituras, debemos admitir que la elección o la predestinación es una verdad establecida, una que debe ser aceptada si es que hemos de conocer todo el consejo de Dios. Todo creyente debe creer en algún tipo de elección, ya que, aunque las Escrituras dejan sin explicar muchas cosas sobre la doctrina, ellas recalcan de manera clara el HECHO de que ha habido una elección.

Cristo dijo explícitamente a sus discípulos, "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto" (Jn. 15:16), enseñando de ese modo que la elección de Dios es primaria y la del hombre secundaria y dependiente de la primera. El arminiano, sin embargo, al hacer que la salvación dependa del buen uso o del abuso de la gracia ofrecida por Dios, reversa el orden y hace que la elección del individuo sea la primaria y decisiva. Pero no hay lugar en las Escrituras para una elección que dependa de obras previstas de la criatura. La voluntad di-

[4]Warfield, *Biblical Doctrines*, p. 50.

vina nunca depende de la voluntad de la criatura para llegar a su determinaciones.

De nuevo, la soberanía de esta elección divina es también enseñada por Pablo cuando nos dice que Dios mostró su amor para con nosotros, en que *siendo aún pecadores*, Cristo murió por nosotros (Ro. 5:8), y cuando afirma que Cristo murió por los *impíos* (Ro. 5:6). Podemos ver que Dios nos brinda su amor no porque éramos buenos sino a pesar de ser malos. Es Dios quien escoge y atrae al pecador a sí (Sal. 65:4). El arminianismo quita de las manos de Dios esta elección y la coloca en las manos del hombre. Cualquier sistema que sustituye la elección del hombre por la elección divina queda muy por debajo de lo que las Escrituras enseñan sobre este tema.

En los días más oscuros de la apostasía de Israel, como en toda otra época, fue el principio de la elección el que estableció una diferencia entre la humanidad y permitió la preservación de un remanente. "Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron" (1 R. 19:18). Estos siete mil no se sostuvieron por su propia fuerza; se nos dice explícitamente que Dios los reservó para sí mismo, a fin de que llegasen a ser un remanente.

Es por amor a los elegidos que Dios gobierna el curso de toda la historia (Mr. 13:20). Ellos son "la sal de la tierra" y "la luz del mundo"; y ellos son a través de toda la historia los pocos a través de los cuales los muchos son bendecidos—Dios bendijo la casa de Potifar a causa de José, y diez justos hubieran salvado la ciudad de Sodoma. Su elección, por supuesto, envuelve la oportunidad de oír el evangelio y recibir los dones de la gracia, ya que sin estos medios el gran fin de la elección no podría lograrse. De hecho, ellos son elegidos a todo lo que la idea de la vida eterna incluye.

Además de esta elección de individuos a vida, ha habido lo que podríamos llamar una elección *nacional*, o una predestinación divina de naciones y comunidades al conocimiento de la verdadera religión y al disfrute de los privilegios externos del evangelio. Es obvio que Dios escoge a algunas naciones para que reciban mayores bendiciones espirituales y temporales que otras. Esta forma de elección ha sido bien ilustrada en la nación judía, en ciertas naciones y comunidades europeas, y en ciertas naciones de América. El contraste es bien marcado cuando comparamos a estas naciones con otras, tales como la China, el Japón, la India, etc.

A través del Antiguo Testamento se afirma repetidas veces que los judíos eran un pueblo escogido. "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2). "No ha hecho así con ninguna otra de las naciones" (Sal. 147:20). "Porque tu eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra" (Dt. 7:6). Se nos dice además que dicha elección no fue por mérito o dignidad del pueblo judío a diferencia de

las demás naciones. "No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos: sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto" (Dt. 7:7, 8). Y nuevamente, "Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día" (Dt. 10:15). Aquí se nos dice que Dios honró a Israel, eligiéndole a diferencia de como obró con los demás pueblos de la tierra, que dicha elección se basó únicamente en el amor inmerecido de Dios, y que no se debió a nada que hubiera en Israel.

Cuando el Espíritu Santo le prohibió a Pablo predicar el evangelio en la provincia de Asia, presentándosele la visión de un hombre en Europa que le rogaba diciendo: "Pasa a Macedonia y ayúdanos", una parte del mundo quedó excluida soberanamente de los privilegios del evangelio, mientras que otra parte recibió dichos privilegios. Si este llamado divino hubiese venido de las costas de la India, Europa, y América pudieran haber sido hoy menos civilizadas que los nativos de Tibet. Fue la elección soberana de Dios la que llevó el evangelio a los pueblos de Europa y más tarde a América, mientras que muchos del este, y del norte, y del sur fueron dejados en tinieblas. No podemos señalar la razón, por ejemplo, porqué fue la simiente de Abraham, y no la de los egipcios o asirios, la que Dios escogió; o porqué Gran Bretaña o América del Norte, que en el tiempo cuando Cristo apareció en la tierra se encontraban en un estado de tan completa ignorancia, posean hoy en tan alto grado grandes privilegios espirituales y los diseminan por tantos lugares a otros. Las diversidades que existen en cuanto a privilegios espirituales en las diferentes naciones han de atribuirse única y absolutamente a la buena voluntad de Dios.

Una tercera forma de elección que enseñan las Escrituras es la de individuos a los medios externos de gracia, como lo son el escuchar y leer el evangelio, la asociación con el pueblo de Dios, y el compartir los beneficios de la civilización que ha surgido donde el evangelio ha penetrado. No hay persona que haya tenido la oportunidad de decidir en qué época particular de la historia del mundo, o en qué país, o de qué raza, había de nacer. Un niño nace con salud, riquezas, y honor, en una tierra favorecida, en un hogar cristiano, y se cría en medio de todas las bendiciones que acompañan la plena luz del evangelio. Otro, en cambio, nace en pobreza y deshonra, de padres malos y disipados, y destituido de influencias cristianas. Todas estas cosas son determinadas por Dios de manera soberana. Ciertamente nadie insistiría en que el niño favorecido tiene mérito personal que podría ser la causa de esta diferencia. Además, ¿no fue Dios mismo quien determinó crearnos seres humanos, a su imágen, cuando muy bien hubiera podido

crearnos o bueyes o caballos o perros? ¿Quién aceptaría de los animales irracionales que profirieran injurias contra Dios por considerar su condición en la vida como algo injusto? Todas estas distinciones se deben a la soberana providencia de Dios y no a la elección humana. "Los arminianos han tratado de reconciliar todo esto con sus nociones defectuosas y equivocadas de la soberanía divina y con sus doctrinas no bíblicas de la gracia universal y de la redención universal; pero ellos mismos no han estado satisfechos con sus intentos de explicar estas cosas, y comunmente han procedido a admitir que hay misterios en estos asuntos que no pueden explicarse y que, por tanto, deben atribuirse a la soberanía de Dios y a sus consejeros inescrutables".[5]

Podemos quizá también mencionar una cuarta clase de elección—la de individuos a ciertas vocaciones, como lo son los talentos especiales que capacitan a uno para ser estadista, a otro para ser médico, o abogado, o agricultor, o músico, o artesano, y los dones de belleza personal, inteligencia, disposición, etc. Estas cuatro clases de elección son en esencia iguales. Los arminianos, por tanto, nada resuelven aceptando la segunda, tercera, y cuarta clase pero rechazando la primera. En cada caso Dios da a unos lo que rehusa dar a otros. Las condiciones que observamos a nuestro alrededor y nuestras propias experiencias en la vida diaria nos demuestran que las bendiciones otorgadas son soberanas e incondicionales, e independientes de méritos o acciones previas de los que las reciben. Si somos en gran manera favorecidos, sólo podremos agradecer a Dios por sus bendiciones; si no lo somos, no tenemos motivo para quejarnos. El porqué unos son colocados en circunstancias que les conducen a la fe salvadora, mientras que otros nunca son colocados en tales circunstancias, es un misterio. No podemos explicar las operaciones de la providencia divina; pero sí sabemos que el Juez de toda la tierra obrará justamente, y cuando alcancemos el perfecto conocimiento veremos que Dios tiene suficientes razones para todo lo que ha hecho.

Además, se puede decir que en general las condiciones externas que rodean al individuo sí determinan su destino—al menos hasta este punto que aquellos que no oyen el evangelio no tienen oportunidad de salvarse. Cunningham ha escrito al respecto: "Hay una relación invariable establecida en el gobierno de Dios en el mundo entre el disfrute de privilegios externos, o los medios de gracia, por un lado, y la fe y la salvación por el otro; de modo que la negación de lo primero implica la negación de lo segundo. Las Escrituras confirman esta verdad, ya que donde Dios, en su soberanía, no concede a los hombres los medios de gracia—o sea, la oportunidad de conocer la única manera de salvación—al mismo tiempo, no les concede la oportunidad y el poder para creer y ser salvos".[6]

[5]Cunningham, *Historical Theology*, II, p. 398.

Los calvinistas sostienen que Dios trata no sólo con la humanidad en su totalidad sino con los individuos que en efecto son salvados, y que El ha elegido a personas particulares a vida eterna y a todos los medios necesarios para alcanzar dicha vida. Admiten que algunos pasajes que mencionan la elección se refieren solamente a la elección de naciones o a la elección de privilegios externos; pero sostienen que muchos otros pasajes enseñan claramente una elección de individuos a vida eterna.

Hay algunos, sin embargo, que niegan por completo que haya habido tal cosa como una elección. La palabra misma les asusta como si fuera un fantasma salido de las sombras y al que jamás antes habían visto. Sin embargo, solamente en el Nuevo Testamento las palabras *eklektos, ekloga* y *eklego (elegido, elección, escoger)* aparecen unas cuarenta y ocho veces (consúltese una buena concordancia para la lista completa). Otros aceptan el término pero lo tratan de explicar a su propia manera. Profesan creer en una "elección incondicional", basada, como suponen, en fe y obediencia previstas de antemano por Dios. Dicha explicación, como podrá notarse, anula el verdadero sentido del término y, además, reduce la elección a un mero reconocimiento o profecía de que en un tiempo futuro ciertos individuos han de poseer dichas cualidades. Si en realidad la elección estuviera basada en la fe y la obediencia, entonces, como cínicamente se ha dicho, Dios es prudente en elegir sólo a aquellos que él de antemano ve que se eligirán a sí mismos. En el sistema arminiano la elección queda reducida a un mero término o nombre, cuyo uso sólo sirve para oscurecer y complicar el tema. El reconocer de antemano que dichas cualidades existirán en algún individuo en un tiempo futuro no puede justamente llamársele elección. Algunos arminianos, al enseñar que la persona puede o no aceptar y que después de haber aceptado puede apartarse otra vez, identifican el tiempo del decreto de elección con la muerte del creyente, como si sólo entonces estuviera asegurada su salvación.

La elección incluye no sólo a los hombres sino también a los ángeles, ya que éstos también son parte de la creación de Dios y están bajo su gobierno. Algunos de éstos son santos y felices, otros son pecaminosos y miserables. Creemos en la predestinación de ángeles por las mismas razones que creemos en la predestinación de seres humanos. Las Escrituras hacen referencia a "ángeles escogidos" (1 Ti. 5:21), y "santos ángeles" (Mr. 8:38) en contraste con ángeles malos o demonios. Dicen las Escrituras que "Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad para ser reservados al juicio" (2 P. 2:4); la Biblia habla también del "fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mt. 25:41); y que "ángeles que no guardaron su dignidad, sino que

[6]*Ibid.*, II, p. 467.

abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día" (Jud. 6); y "Miguel y sus ángeles que luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles" (Ap. 12:7). Estos pasajes, dice Dabney, nos enseñan que "hay dos clases de espíritus, ángeles santos y ángeles pecadores, siervos de Cristo y siervos de Satanás; todos los ángeles fueron creados en un estado de santidad y felicidad, y habitaron en la región llamada el cielo (la santidad y bondad de Dios son prueba suficiente de que nunca los hubiese creado de otra manera); los ángeles malos voluntariamente cayeron de su estado original al pecar, y fueron excluidos por siempre del cielo y de la santidad; aquellos que mantuvieron su estado original fueron elegidos por Dios a ese estado de santidad y bienaventuranza en el cual han sido confirmados por siempre".[7]

Pablo no trata de explicarnos *como* Dios puede ser justo al mostrar su misericordia al que quiere y al pasar por alto al que quiere. En respuesta a la objeción, "¿Por qué, pues, inculpa?" (a aquellos a quienes no le ha extendido su misericordia), él (Pablo) sencillamente lo resuelve todo en la soberanía de Dios, contestando, "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? (Ro. 9:20, 21). (Nótese que Pablo no dice que es de diferentes clases de barro, sino "de una misma masa", que Dios, como alfarero, hace un vaso para honra y otro para deshonra). Pablo no intenta sacar a Dios de su trono para traerle ante nuestra razón humana para ser cuestionado y examinado. Los consejos secretos de Dios, los cuales aun los ángeles adoran con temblor y anhelan mirar en ellos, no son explicados en detalle, sino que se nos dice que son conformes a su buena voluntad. Y tras declararnos estas cosas, es como si Pablo extendiese su mano para impedirnos que tratemos de ir más adelante. De haber sido cierta la suposición arminiana de que a todos los hombres les es dada suficiente gracia y que a cada uno se le recompensa o se le castiga conforme al uso o al abuso de dicha gracia, entonces no hubiera habido ninguna dificultad para resolver.

Pruebas bíblicas

2 Tesalonicenses 2:13: Dios os ha escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad.

Mateo 24:24: Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos.

[7] *Theology*, p. 230.

Mateo 24:31: Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

Marcos 13:20: Y si el Señor no hubiese acortado aquellos días (de la destrucción de Jerusalén), nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acortó aquellos días.

1 Tesalonicenses 1:4: Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección.

Romanos 11:7: Pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos.

1 Timoteo 5:21: Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles escogidos.

Romanos 8:33: ¿Quién acusará a los escogidos de Dios?

Romanos 11:5: (Como en los días de Elías) Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.

2 Timoteo 2:10: Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos.

Tito 1:1: Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios.

1 Pedro 1:2: Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu.

1 Pedro 2:9: Mas vosotros sois linaje escogido.

1 Pedro 5:13: La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros.

1 Tesalonicenses 5:9: Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Hechos 13:48: Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.

Juan 17:9: Yo (Jesús) ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son.

Juan 6:37: Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.

Juan 6:65: Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.

Juan 13:18: No hablo de todos vosotros; yo sé a quienes he elegido.

Juan 15:16: No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.

Salmo 105:6: Hijos de Jacob, sus escogidos.

Romanos 9:23: Vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria.

(Véase además las referencias ya citadas en este capítulo; Ef. 1:4, 5, 11; Ro. 9:11-13; 8:29, 30; etc.)

3. Argumentos lógicos

Si la doctrina de la inhabilidad total o del pecado original es aceptada, la doctrina de la elección incondicional tendrá que aceptarse si se ha de ser consistente. Si, como las Escrituras y la experiencia testifican, todos los hombres se encuentran por naturaleza en un estado de culpa y depravación del cual son completamente incapaces de librarse por sí mismos, y si, además, no tienen derecho alguno de demandar que Dios les salve, entonces lógicamente si alguno se salva es sólo porque Dios en su gracia le ha escogido para salvación. El amor de Dios para con los hombres caídos se manifestó en su elección de una innumerable multitud para la salvación y en la provisión de un redentor quien, actuando como cabeza federal y representativa, asumió la culpa, pagó la pena, y compró la salvación de los elegidos. Las Escrituras atribuyen siempre el decreto de elección al amor de Dios y nunca se cansan de levantar nuestra vista del decreto mismo al motivo detrás del decreto. La doctrina que sostiene que los hombres son salvos sólo mediante el amor y la gracia inmerecida de Dios halla su completa y honesta expresión únicamente en las doctrinas del calvinismo.

En la elección de seres humanos se deja ver claramente el carácter puramente gratuito de la salvación. Aquellos que sostienen que la salvación es enteramente por la gracia de Dios, pero niegan la doctrina de la elección, sostienen una posición inconsistente. Los escritores inspirados buscan por todos los medios demostrar el hecho de que la elección divina es absolutamente soberana y que está basada únicamente en el amor inmerecido de Dios y diseñada para exhibir ante hombres y ángeles su gracia y misericordia salvadora.

Como Gobernador y Juez, Dios es libre para tratar con un mundo de pecadores conforme a su buena voluntad. El tiene el derecho de perdonar a algunos y condenar a otros, de conferir su gracia salvadora a uno y rehusarla a otro. Como todos son pecadores y están destituidos de su gloria, él es libre para mostrar misericordia al que quiere. No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia; y la razón por la que algunos son salvados y otros no, ha de encontrarse únicamente en el beneplácito de Aquel que ordena todas las cosas conforme al designio de su voluntad. Dios, antes de crear el mundo, escogió a todos aquellos a quienes daría gratuitamente la herencia de la bienaventuranza eterna, y los escritores bíblicos se esfuerzan por inculcar en la mente de cada creyente la realidad de que desde la eternidad él ha sido el objeto particular de la elección divina, y que está cumpliendo el elevado destino preparado para él desde la fundación del mundo.

La doctrina de la elección eterna e incondicional ha sido mada el "corazón" de la fe reformada. Dicha doctrina enfati. y la gracia de Dios en la salvación, mientras que la doctrina arminiana enfatiza la obra de fe y la obediencia en la persona que decide aceptar la gracia que Dios le ofrece. En el sistema calvinista es sólo Dios quien escoge a aquellos que han de ser herederos de las riquezas celestiales, mientras que en el sistema arminiano, es, en último análisis, el hombre quien determina esto—un principio que, pudiéramos decir, demuestra cierta falta de humildad.

Puede que alguno pregunte, ¿Por qué salva Dios a unos, y a otros no? Esto es algo que pertenece a los consejos secretos de Dios. Precisamente porque un hombre recibe y otro no, cuando ninguno merece recibir, no se nos ha revelado. Que a Dios le haya placido otorgarnos su gracia electiva seguirá siendo una adorable maravilla. Ciertamente nada había en nosotros, ni de cualidad ni de obra que pudiera haber atraído la atención de Dios o haberle movido a obrar a favor nuestro o a tener predilección por nosotros; porque todos estábamos muertos en delitos y pecados y éramos hijos de ira igual que los demás (Ef. 2:1-3). Sólo podremos admirar, y maravillarnos, y exclamar con Pablo "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" La maravilla de maravillas no es que Dios, en su infinito amor y justicia, no haya elegido a toda la raza caída, sino que haya elegido a alguno. Cuando consideramos, por un lado, cuan nefando es el pecado y cuán merecido su castigo, y por otro, la realidad de la santidad divina y el odio absoluto que Dios siente hacia el pecado, la maravilla es que Dios haya podido obtener el consentimiento de su naturaleza santa para salvar a un solo pecador. Además, la razón por la que Dios no escogió a todos a vida eterna no fue porque no quiso salvarlos a todos, sino que, por razones que no podemos explicar a cabalidad, una elección universal hubiera sido inconsistente con su perfecta justicia.

Tampoco puede objetarse que esta posición representa a Dios como uno que actúa arbitraria e irrazonablemente. Afirmar tal cosa sería afirmar más de lo que hombre alguno conoce. Las razones por las que Dios salva a algunos mientras que a otros pasa por alto no nos han sido reveladas. "El hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra" (Dn. 4:35). El que algunos sean "predestinados para ser adoptados hijos suyos según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:5), no significa, sin embargo, que no tenga razones para escoger a uno y dejar a otro. Cuando a un regimiento se le castiga por insubordinación, el hecho de que de cada diez hombres uno sea seleccionado para morir tiene sus razones, pero las razones no están en los hombres mismos. Sin lugar a duda, Dios tiene las mejores razones para escoger a uno y rechazar a otro, aunque no se nos ha dicho cuáles son dichas razones.

"¿No puede el Señor soberano
dispensar sus favores según su voluntad,
escogiendo a unos a vida, y dejando a los demás,
y con todo ser justo y santo?
¿Replicará el hombre al Señor,
atribuyendo injusticia a su Hacedor?
Aquel cuya voz tronante
puede triturar mil mundos en un instante.
Pero, oh alma mía, aunque verdades tan refulgentes
enceguezcan y nublen tu visión
Aun así obedece tú su voluntad escrita
y espera al gran y decisivo día".[8]

4. La fe y las buenas obras son los frutos y las evidencias, no la base de la elección

Ni la predestinación en general ni la elección de los que han de ser salvos está basada en la previsión divina de obra alguna en la criatura. Esta doctrina de la fe reformada ha sido muy bien expuesta en la Confesión de Westminster donde leemos: "Aunque Dios sabe todo lo que puede suceder en toda clase de condición o contingencia que se puede suponer, sin embargo, nada decretó porque lo preveía como por venir o como cosa que sucedería en ciertas condiciones dadas". Y nuevamente, "Las buenas obras, hechas en obediencia a los mandamientos de Dios, son los frutos y las evidencias de una fe viva y verdadera; por ellas los creyentes manifiestan su gratitud, fortalecen su seguridad, edifican a sus hermanos, adornan la profesión del evangelio, tapan la boca de los adversarios, y glorifican a Dios, pues son la obra de él, creados en Cristo Jesús para buenas obras; y teniendo por fruto la santidad, tengan por fin la vida eterna.

"La aptitud que tienen los creyentes para hacer buenas obras no proviene de ellos de ninguna manera, sino enteramente del Espíritu de Cristo; y para que ellos puedan tener esta aptitud, además de las gracias ya recibidas, necesitan el influjo eficaz del Espíritu Santo quien obra en ellos así el querer como el hacer por su buena voluntad. Sin embargo, ellos no deben mostrarse negligentes, como si no estuviesen obligados a cumplir con deber alguno hasta que el Espíritu les mueva a ello, sino que deben ser diligentes en despertar la gracia de Dios que está en ellos".[9]

La fe y las buenas obras vistas de antemano por Dios no son, por tanto, la causa de la elección divina sino, más bien, los frutos y las evidencias de dicha elección. Demuestran que el que las posee ha sido escogido y regenerado. Convertir dichas obras en la base de la elección nos coloca nuevamente en un pacto de obras, y coloca además los propósitos de Dios en el *tiempo*, y no en la *eternidad*. Esto no sería *pre*-destinación sino *pos*-destinación—una tergiversación de las Escrituras que enseñan que la fe y la santidad son los *resultados* y no las *condiciones* de la elección (Ef. 1:4; Jn. 15:16; Tit. 3:5). La afirmación de que fuimos escogidos en Cristo "antes de la fundación del mundo", excluye mérito personal alguno en nosotros; ya que la frase hebrea "antes de la fundación del mundo" significa que la elección se llevó a cabo en la eternidad. Y cuando a la afirmación de Pablo de que "no es por las obras, sino por el que llama" el arminiano responde que es por las obras *futuras*, está simplemente contradiciendo las claras palabras del apóstol.

[8]Citado por Ness, *Antidote Against Arminianism*, p. 34.
[9]Cap. III: 2; XVI: 2, 3.

Que el decreto de elección estuvo basado de manera alguna en la previsión de Dios es refutado por Pablo cuando dice que el propósito de dicho decreto fue *"para que fuésemos santos"* (Ef. 1:4). Además, el apóstol insiste en que la salvación *"no es por obras,* para que nadie se glorie". En 2 Timoteo 1:9 leemos que es Dios "quien nos salvó, y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos". Por esto, los calvinistas sostienen que la elección precede a toda obra y que, por tanto, no está basada en alguna obra buena hecha por el individuo. La esencia de la doctrina es que en la redención Dios no está impulsada por consideraciones de mérito o bondad en los objetos de su misericordia salvadora. "Que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, que el pecador obtiene salvación, es el firme testimonio de toda la Escritura, y es enseñado en repetidas ocasiones y en tan variadas conexiones, que excluye completamente la posibilidad de que pueda haber detrás del acto de elección alguna consideración al carácter u obras o circunstancias vistas de antemano por Dios, las cuales siempre aparecen como los resultados de la elección".[10]

La preordinación en general no puede estar basada en la presciencia; ya que sólo aquello que es seguro puede ser conocido de antemano, y sólo aquello que ha sido predeterminado puede ser seguro. El todopoderoso y soberano Gobernador del universo no se gobierna a sí mismo en base a una presciencia de eventos que pueden acontecer *accidentalmente*. A través de las Escrituras la presciencia divina es presentada como dependiente del propósito divino, y Dios conoce todo de antemano sólo porque lo ha predeterminado. Su presciencia no es sino una copia de su voluntad en cuanto a lo que ha de acontecer en el futuro, y el curso que toma el mundo bajo su control providencial no es sino la ejecución de su plan universal. Su presciencia de lo que aún resta por acontecer, ya sea en relación al mundo en su totali-

[10]Warfield, *Biblical Doctrines*, art. *Predestination*, p. 63.

dad o a la vida de cada individuo en todos sus detalles, descansa sobre su preordinación (Jer. 1:5; Sal. 139:14-16; Job 23:13, 14; 28:26, 27; Am. 3:7).

Hay, sin embargo, un pasaje en las Escrituras que frecuentemente es citado como prueba de que la elección o aun la preordinación en general está basada en la presciencia. Romanos 8:29, 30 dice: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también glorificó". Cabe señalar, sin embargo, que la palabra "conocer" es a menudo usada en las Escrituras en un sentido distinto al de un mero conocimiento intelectual de la cosa mencionada. A veces significa que aquellos que son "conocidos" son los objetos especiales y particulares del favor de Dios. Un ejemplo de esto es cuando Dios dice a los judíos, "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2). Pablo escribió: "Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él" (1 Co. 8:3). Se nos dice que Jesús "conoce" sus ovejas (Jn. 10:14, 27); y a los impíos dirá, "Nunca os conocí" (Mt. 7:23). En el primer salmo leemos, "Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá".

Todos estos pasajes hacen alusión a algo más que un mero conocimiento mental, porque, por supuesto, Dios posee dicho conocimiento tanto de los malos como de los justos. El conocimiento en estos pasajes es uno que tiene como sus objetos los elegidos únicamente, y viene a ser sinónimo de amor, favor, y aprobación. Aquellos en Romanos 8:29 que son conocidos de antemano, lo son en el sentido de haber sido predesignados a ser los objetos especiales del favor divino. Esto lo podemos ver aun más claramente en Romanos 11:2-5, donde leemos, "No ha desechado Dios a su pueblo, al cual *desde antes conoció*". El apóstol hace una comparación con el tiempo de Elías cuando Dios "se reservó" siete mil que no doblaron la rodilla delante de Baal. Y en el versículo cinco añade, "Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente *escogido por gracia*". Los que fueron conocidos de antemano en el versículo dos y los escogidos por gracia son las mismas personas; por tanto, fueron conocidos de antemano en el sentido de haber sido predesignados a ser los objetos de sus propósitos de gracia. Nótese en especial que Romanos 8:29 *no dice* que éstos fueron conocidos de antemano como *hacedores* de buenas obras, sino que fueron conocidos de antemano como individuos a quienes Dios les habría de extender la gracia de la elección. Además, nótese que si Pablo hubiese usado aquí el término "conocer de antemano", para dar a entender que la elección está basada en una mera previsión, hubiese estado contradiciendo sus enseñanzas en otros lugares donde dice que es *según el beneplácito de Dios*.

La posición arminiana quita la elección de las manos de Dios y la coloca en las manos del hombre. Esto hace que los propósitos del Dios Todopoderoso dependan de la precaria voluntad de hombres apóstatas y hace que los acontecimientos temporales sean la causa de sus obras eternas. Implica además que Dios ha creado un conjunto de seres soberanos de los cuales, hasta cierto grado, dependen su voluntad y sus obras. Esta posición presenta a Dios como un padre benévolo que se esfuerza por hacer que sus hijos hagan lo recto pero que, por lo general, es derrotado en su intento por sus perversas voluntades; además, lo presenta como habiendo desarrollado un plan que a través de los siglos ha sido frustrado en tantas ocasiones que como consecuencia muchas más personas han ido al infierno que al cielo. Una doctrina que conduce a tales absurdos no sólo es antibíblica sino irrazonable y deshonrosa a Dios. El calvinismo, en cambio, nos presenta a un gran Dios que es infinito en sus perfecciones, y que hace misericordia y justicia según cree más conveniente y que en realidad gobierna en los asuntos de los hombres.

Las Escrituras y la experiencia cristiana nos enseñan que aun la fe y el arrepentimiento, mediante los cuales somos salvos, son dones de Dios. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8). Los creyentes en Acaya "por la gracia habían creído" (Hch. 18:27). Un hombre no es salvo porque cree en Cristo; sino que cree en Cristo porque es salvo. Aun el comienzo mismo de la fe, la disposición de buscar la salvación, es en sí una obra de gracia y don de Dios. Pablo afirma muchas veces que somos salvos "mediante" la fe (es decir, la fe como causa instrumental) pero ni una sola vez dice que somos salvos "a causa de" la fe (es decir, la fe como causa meritoria). Al mismo efecto podemos decir que los redimidos serán recompensados en *proporción* a sus buenas obras, pero no *a causa* de ellas. En consonancia con esto, Agustín dice que "los elegidos de Dios son escogidos por él para ser sus hijos, a fin de hacerles creyentes, y no porque vio de antemano que ellos iban a creer".

El arrepentimiento es, igualmente, don de Dios. "De manera que también a los gentiles *ha dado Dios arrepentimiento* para vida" (Hch. 11:18). "A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, *para dar* a Israel *arrepentimiento* y perdón de pecados" (Hch. 5:31). Pablo reprendió a aquellos que no entendían que fue la bondad de Dios lo que les condujo al arrepentimiento (Ro. 2:4). Jeremías clamó, "Conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios. Porque después que me aparté tuve arrepentimiento, y después que reconocí mi falta, herí mi muslo" (Jer. 31:18, 19). ¿Fue, acaso, por haber arrepentimiento en Juan el bautista que fue "lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre"? (Lc. 1:15). Jesús les dijo a sus discípulos que a ellos les era *dado* conocer los misterios del reino de los cielos, pero a otros no les era dado (Mt. 13:11). Basar la elección en una fe prevista es decir que somos ordenados a vida eterna porque creemos; las Escrituras, sin embargo, declaran lo contrario: "Y creyeron todos los que es-

taban ordenados para vida eterna" (Hch. 13:48).

Nuestra salvación "no es por obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tit. 3:5). Se nos exhorta a que nos ocupemos en nuestra salvación con temor y temblor, pues es Dios quien obra en nosotros *así el querer como el hacer* por su buena voluntad. Nos esforzamos por cultivar nuestra salvación y nos ocupamos en ella precisamente porque Dios ya está obrando en nosotros (Fil. 2:12, 13). El salmista nos dice que el pueblo del Señor se ofrece voluntariamente en el día de su poder (110:3). La conversión es un don particular y soberano de Dios. El pecador no tiene poder alguno para tornarse por sí mismo a Dios, sino que es movido o renovado por la gracia divina antes de que pueda hacer algún bien espiritual.

Pablo enseña en consonancia con esto que el amor, el gozo, la paz, la bondad, la fe, el dominio propio, etc., son, no la base meritoria de la salvación, sino más bien, "el *fruto* del Espíritu" (Gá. 5:22, 23). Pablo mismo fue escogido para que llegase a conocer y a hacer la voluntad divina, no porque Dios previó que así procedería (Hch. 22:14, 15). Agustín nos dice que "la gracia de Dios no encuentra a los hombres capacitados para ser elegidos, sino que los capacita", y añade, "La naturaleza de la bondad divina no sólo es abrir a aquellos que llaman, mas también *moverlos* a llamar y a pedir". Lutero expresó la misma verdad cuando dijo, "Sólo Dios por su Espíritu obra en nosotros el mérito y la recompensa". El apóstol Juan dice que "Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero" (1 Jn. 4:19). Estos pasajes enseñan inequívocamente que la fe y las buenas obras son el fruto de la obra de Dios en nosotros. Nosotros no fuimos escogidos por ser buenos sino a fin de que fuésemos buenos.

Aunque las buenas obras no son la base de la salvación, no obstante, son absolutamente esenciales a la salvación como sus frutos y evidencias. Dichos frutos son producidos por la fe tan naturalmente como las uvas son producidas por la vid. Y aunque dichos frutos no nos hacen justos ante Dios, no obstante, su relación con la fe es tan íntima que no puede haber fe verdadera aparte de ellos. Ni tampoco pueden haber buenas obras, en el sentido estricto de la palabra, aparte de la fe. Nuestra salvación no es "por obras" sino "para buenas obras" (Ef. 2:9, 10); y el creyente genuino se sentirá en su elemento natural sólo cuando produce dichas obras. Santiago señala que la fe es espúrea y falsa si no produce buenas obras. Jesús enseñó este mismo principio cuando dijo que el carácter de un árbol se conoce por sus frutos y que un árbol bueno no puede dar frutos malos. Las buenas obras son tan naturales a un creyente como el mismo respirar; el creyente, no respira para obtener vida sino porque tiene vida y, por consiguiente, no puede evitar el respirar. Las buenas obras son su gloria. Jesús dice: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas

obras y glorifiquen (no a vosotros, sino) a vuestro Padre que está en los cielos", a quien verdaderamente pertenece la gloria.

La posición calvinista es la única posición lógica si aceptamos la enseñanza de las Escrituras de que la salvación es únicamente por gracia. Cualquier otra posición nos envuelve en un caos de conceptos contradictorios a las Escrituras. Hay, por supuesto, misterios envueltos en nuestra posición; y, sin lugar a duda, este esquema no se le hubiese ocurrido al hombre natural si se le hubiese pedido que desarrollara un plan. Pero descartar la doctrina bíblica de la predestinación simplemente porque no encaja con nuestros prejuicios y nociones preconcebidas es pura necedad. Proceder de tal manera es hacer al Creador comparecer ante el tribunal de la razón humana, negar la sabiduría y la justicia de sus actos porque nos son insondables, y luego declarar que su revelación es falsa y engañosa.

"Es una peligrosa presunción de los hombres el querer, con manos inmundas, resolver los profundos misterios de Dios con su mente carnal, cuando el gran apóstol se detuvo ante los mismos misterios y exclamó: '¡Oh la profundidad, cuan insondable!' y '¿quién conoció la mente del Señor?' Si Pablo hubiera sido de la persuación arminiana no se hubiera expresado de esa manera, sino que sencillamente hubiera dicho: '¡Los elegidos son aquellos que Dios prevee han de creer y perseverar!' "[11] No hubiera habido misterio alguno si la salvación hubiera estado basada en las buenas obras de los hombres.

Tenemos aquí, pues, un sistema del cual queda excluida toda jactancia, y en el cual la salvación en todas sus partes es producto de la pura gracia divina, una salvación no fundamentada en buenas obras, aunque sí produce buenas obras.

5. La reprobación

Exposición—Comentarios de Calvino, Lutero, y Warfield—Pruebas bíblicas—Basada en la doctrina del pecado original—Ninguna injusticia hecha a los no elegidos—La condición en que se encuentran los paganos—Propósitos del decreto de la reprobación—Los arminianos concentran sus ataques en esta doctrina—No estamos obligados a explicar todas estas cosas.

Exposición

La doctrina de la predestinación absoluta afirma lógicamente que así como unos son preordinados a vida otros lo son a muerte. Los términos "escogido" y "elección" implican que hay unos "no escogidos" o sea, "reprobados". El escoger a algunos naturalmente implica que otros son deja-

[11]Ness, *Antidote Against Arminianism*, p. 31.

dos fuera. Los grandes privilegios y el glorioso destino de los primeros no son compartidos por los segundos. Y esto procede de Dios. Creemos que desde toda la eternidad Dios se propuso dejar a algunos de la posteridad de Adán en sus pecados, y que el factor decisivo en la vida de cada uno se encuentra sólo en la voluntad de Dios. Mozley ha dicho que toda la raza tras la caída es "una masa de perdición", y que "le ha placido a Dios en su soberana misericordia rescatar a algunos y dejar a otros en su estado de pecado, levantar a unos a gloria impartiéndoles la gracia necesaria para alcanzarla, y rehusar dicha gracia al resto dejándoles sufrir el castigo eterno".[12]

La dificultad principal con la doctrina de la elección surge en relación a los no salvos; y las Escrituras no nos han dado una explicación cabal de la condición de éstos. Puesto que la misión de Jesús era salvar al mundo y no la de juzgarlo, lo referente a los no salvos es discutido con menor frecuencia.

En todos los credos reformados en los cuales se trata la doctrina de la reprobación, dicha doctrina se trata como parte esencial de la doctrina de la predestinación. La Confesión de Westminster, después de exponer la doctrina de la elección, añade: "Al resto de la humanidad, le ha placido a Dios, según el consejo inescrutable de su voluntad, mediante el cual otorga su misericordia o deja de hacerlo como le place, para la gloria de su poder soberano sobre sus criaturas, pasarle por alto y ordenarle a deshonra y a ira a causa de su pecado, para alabanza de su gloriosa justicia".[13]

Aquellos que sostienen la doctrina de la elección pero niegan la de la reprobación son inconsistentes. Sostener la primera y negar la segunda convierte el decreto de la predestinación en un decreto ilógico y desproporcionado. El credo que sostiene la primera pero niega la segunda lo podemos comparar a un águila herida tratando de volar con una sola ala. En los intereses de un "calvinismo moderado" algunos se han inclinado a descartar la doctrina de la reprobación, y dicho término (completamente inofensivo en sí) se ha convertido en uno que ha dado lugar a prejuiciados ataques contra el verdadero calvinismo. Un "calvinismo moderado" es sinónimo de un calvinismo enfermizo, y una enfermedad, si no se cura, es el comienzo del fin.

Comentarios de Calvino, Lutero, y Warfield

Calvino no vaciló en basar tanto la reprobación de los perdidos así como la elección de los salvos en el propósito eterno de Dios. Ya anteriormente lo hemos citado al efecto de que "no todos los hombres son creados con un mismo destino, sino que unos son ordenados a vida eterna y otros a condenación perpetua. Es decir, según el fin para el cual el hombre es creado, decimos que está o predestinado a vida o a muerte". Y nuevamente dice, "No puede haber la elección sin su opuesto, la reprobación".[14] Que la doctrina de la reprobación suscita problemas difíciles de resolver, él mismo lo admite, pero enseña dicha doctrina porque la considera la única explicación inteligente y bíblica de los hechos.

[12]*The Augustinian Doctrine of Predestination*, p. 297.
[13]Cap. III: Sec. 7.

Lutero, al igual que Calvino, atribuye la perdición eterna de los impíos, así como la salvación eterna de los justos, al plan de Dios. Dice él: "Que Dios de su voluntad haya endurecido y condenado a algunos y les haya permitido continuar en sus caminos perversos es algo que ofende profundamente nuestra naturaleza racional; pero son abundantes las pruebas de que tal es verdaderamente el caso; es decir, la única razón por la que algunos son salvados y otros perecen procede de la determinación divina de salvar a unos y dejar a otros perecer, conforme a las palabras de San Pablo: 'De quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece' ". Y nuevamente, "Puede parecer absurdo a la sabiduría humana el que Dios endurezca, enceguezca y entregue a algunos a un estado de reprobación; que primeramente los entregue al mal, y que luego los condene por dicho mal; pero el creyente espiritual no ve nada absurdo en esto, sabiendo que Dios no sería de ninguna manera menos bueno aunque procediera a destruir a todos los hombres". Lutero añade que esto no significa que Dios encuentra a los hombres buenos, prudentes y obedientes y los convierte en malos, necios, y obstinados, sino que los encuentra en una condición depravada y caída, y que los no regenerados, en vez de tornarse hacia el bien obedeciendo los mandamientos e influencias divinas, reaccionan contra dichos mandamientos e influencias y se tornan peores aun. Respecto a Romanos 9, 10, 11, Lutero dice que "todas las cosas se originan y dependen del designio divino, por el cual fue preordinado quién habría de recibir la palabra de vida y quién habría de rechazarla, quién habría de ser librado de sus pecados y quién habría de ser endurecido en ellos, quién habría de ser justificado y quién habría de ser condenado".[15]

"Los escritores de la Biblia", dice el Dr. Warfield, "jamás oscurecen la doctrina de la elección debido a algunos aparentemente desagradables corolarios que se desprenden de ella. Al contrario, expresamente deducen estos corolarios y los hacen parte de su enseñanza explícita. Nos dicen, por ejemplo, que la doctrina de la elección ciertamente incluye la doctrina correspondiente de la *preterición*. El término mismo usado en el Nuevo Testamento para expresarlo—*eklegomai*, el cual, como dice Meyer (Ef. 1:4) 'implica *siempre, por necesidad lógica*, que hay *otro* grupo al cual los escogidos, sin la *ekloga*, aún pertenecerían—incorpora la declaración del hecho de que en

[14]*Institución*, Libro III, Cap. XXIII.
[15]En el prefacio a la epístola a los romanos, citado por Zanchius, *Predestination*, p. 92.

la elección de ellos otros son pasados por alto y dejados sin el don de la salvación; la presentación de la doctrina es tal que o implica o afirma explícitamente la remoción de los elegidos por la pura gracia de Dios no meramente de un estado de condenación, sino del grupo de los condenados—un grupo sobre el cual la gracia de Dios no tiene efecto salvador, y quienes son dejados en sus pecados sin esperanza; y la positiva reprobación justa de los impenitentes por sus pecados es enseñada explícitamente una y otra vez en marcado contraste con la salvación gratuita de los elegidos a pesar de sus pecados".[16]

Y añade el Dr. Warfield: "Sospechamos que la dificultad que experimentan algunos en relación al argumento del apóstol aquí (Ro. 11 y sig.) se debe en parte a lo que les parece ser una designación arbitraria de hombres a destinos distintos sin tomar en consideración lo merecido de cada cual. San Pablo recalca la soberanía de la reprobación tan explícitamente como la de la elección (aunque ambas ideas son una unidad que ni aun en el pensamiento pueden separarse); si presenta a Dios como el que soberanamente ama a Jacob, de igual manera lo presenta como el que soberanamente aborrece a Esaú; si declara que Dios tiene misericordia del que quiere, de igual manera declara que Dios endurece a quien quiere. Sin lugar a duda, la dificultad que muchos experimentan aquí se debe en parte a una comprensión insuficiente del concepto básico de Pablo de que todos los hombres se encuentran bajo la condenación de un Dios airado. San Pablo presenta a Dios como tratando con un mundo de pecadores perdidos; y de las ruinas de ese mundo edificando un reino de gracia. Aun si no todos los hombres fuesen pecadores, muy bien hubiere podido haber una elección, tan soberana como ahora; y habiendo una elección, habría también un rechazo igual de soberano; pero el rechazo no sería un rechazo al castigo, a la destrucción, a la muerte eterna, sino a algún otro destino consonante con el estado en que aquellos pasados por alto deberían ser dejados. No es, por tanto, debido a que los hombres son pecadores que algunos no son elegidos; la elección es libre y su complemento, la reprobación, es igualmente libre; pero es sólo porque los hombres son pecadores que son dejados para la destrucción. Es en este universalismo de destrucción más bien que un universalismo de salvación que San Pablo realmente fundamenta su teodicea. Cuando todos merecen la muerte, es una verdadera maravilla de pura gracia que alguno reciba vida; y ¿quién negará el derecho de Aquel que exhibe esta maravillosa misericordia de tener misericordia del que quiere, y de endurecer al que quiere?"[17]

[16]*Biblical Doctrines*, art. *Predestination*, p. 64.
[17]*Ibid.*, p. 54.

Pruebas bíblicas

Esta doctrina es, sin lugar a duda, desagradable. La enseñamos no para ganar el favor de los hombres sino sólo porque las Escrituras la enseñan claramente y porque es el complemento lógico de la doctrina de la elección. Algunos pasajes de las Escrituras la enseñan con inequívoca claridad. Los siguientes pasajes debieran ser suficientes para convencer a todo el que acepta la Biblia como la Palabra de Dios. "Todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo" (Prov. 16:4). Las Escrituras afirman que Cristo es para los impíos, "Piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; *a lo cual fueron también destinados*" (1 P. 2:8). "Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (Jud. 4). "Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, *nacidos para presa y destrucción*, perecerán en su propia destrucción" (2 P. 2:12). "Porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios" (Ap. 17:7). Respecto a la bestia que vio Juan en visión, el libro de Apocalipsis dice: "Y la adoraron todos los moradores de la tierra *cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida* del Cordero que fue inmolado *desde el principio del mundo*" (Ap. 13:8); con dichos adoradores se contrastan los discípulos a quienes Jesús dijo que se regocijaran porque sus nombres estaban escritos en los cielos (Lc. 10:20), y los colaboradores de Pablo, "cuyos nombres están en el libro de la vida" (Fil. 4:3).

Pablo dice que los "vasos de ira" que por Dios fueron "preparados para destrucción", fueron "soportados con mucha paciencia" a fin de que el Señor pudiera "mostrar su ira y hacer notorio su poder"; con éstos se contrastan los "vasos de misericordia, que él perparó de antemano para gloria" a fin de "hacer notorias las riquezas de su gloria" en ellos (Ro. 9:22, 23). Respecto a los paganos se dice que "Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen" (Ro. 1:28); y el impío, "por su dureza y por su corazón no arrepentido, atesora para sí mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Ro. 2:5).

Pablo dice respecto a los que perecen que "Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira" (2 Ts. 2:11). A pesar de que contemplan las maravillas de Dios externamente, continúan pereciendo en sus pecados. Las palabras de Pablo en la sinagoga en Antioquía de Pisidia fueron: "Mirad, oh menospreciadores, y asombraos, y desapareced; porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis si alguien os la contare" (Hch. 13:41).

El apóstol Juan, después de narrar como la gente no creía a pesar de que Jesús había hecho tantas señales delante de ellos, añade, "Por esto *no podían creer*, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane" (Jn. 12:39, 40).

Las palabras de Cristo a los impíos en el juicio final, "Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mt. 25:41), expresan el más firme decreto de reprobación; y es lo mismo, en principio, sea emitido en el tiempo o en la eternidad. Lo que es justo que Dios haga en el tiempo, no es injusto incluir en su plan eterno.

En cierta ocasión Jesús mismo declaró: "Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados" (Jn. 9:39). En otra ocasión dijo, "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños" (Mt. 11:25). No es difícil comprender que el adorable Salvador de los hombres pueda ser para algunos piedra de tropiezo y roca que hace caer; sin embargo, eso es lo que las Escrituras dicen de él. Aun antes de su nacimiento se dijo que estaba puesto (es decir, designado) para *caida* y para levantamiento de muchos en Israel (Lc. 2:34). Y cuando en su oración intercesoria en el huerto de Getsemaní, dijo: "Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me diste", los no elegidos fueron excluidos sin ambages.

Jesús dijo que una de las razones por las que él hablaba en parábolas era para encubrir la verdad de aquellos para quienes no era destinada. Dejaremos que sea el relato sagrado mismo que testifique: "Entonces, acercándose los discípulos; le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane" (Mt. 13:10-15; Is. 6:9, 10).

El pasaje anterior es una aplicación de las palabras de Jesús cuando dijo: "No déis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos" (Mt. 7:6). El que sostenga que Jesús tenía la intención de conceder su verdad salvadora a todos contradice a Cristo mismo. La Biblia es un libro sellado para los no elegidos; sólo al creyente le es "dado" ver y entender estas cosas. De tanta importancia es esta verdad que el Espíritu Santo ha repetido *seis veces* en el Nuevo Testamento este pasaje de Isaías (Mt. 13:14, 15; Mr. 4:12; Lc. 8:10; Jn. 12:40; Hch. 28:27; Ro. 11:9, 10). Pablo dice que "los escogidos" alcanzaron la salvación mediante la gracia y los demás fueron *endurecidos*; y luego añade, "*Dios* les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan". Y más adelante cita a David al mismo efecto: "Sea vuelto su convite en trampa y en red, en tropezadero y en retribución; sean oscurecidos sus ojos para que no vean, y agóbiales la espalda para siempre" (Ro. 11:8-10). Estos pasajes dejan establecido claramente el hecho de que la proclamación del evangelio tenía el propósito de endurecer a algunos y no de sanarles.

Esta misma doctrina encuentra expresión en numerosas otras partes de las Escrituras. Moisés dijo a los hijos de Israel, "Mas Sehón rey de Hesbón no quiso que pasásemos por el territorio suyo; porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón para entregarlo en tu mano, como hasta hoy' (Dt. 2:30). Respecto a las tribus cananeas que subieron contra Josué está escrito, "Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés" (Jos. 11:20). Ofni y Finees, hijos de Elí, al ser reprendidos por su maldad, "no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir" (1 S. 2:25). Aunque Faraón actuó de manera arrogante y perversa con los israelitas, Pablo lo atribuye sencillamente a que el rey era uno de los réprobos cuyos actos malvados habían de ser controlados soberanamente a fin de que redundasen para bien: "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra" (Ro. 9:17; véase también Ex. 9:16). La ceguera y la dureza del corazón es la característica de todos los réprobos; y cuando se dice que alguno, como Faraón, ha sido endurecido por Dios, podemos estar seguros de que en sí mismo el tal ya era digno de ser entregado a Satanás. El corazón de los impíos, cabe señalar, nunca es endurecido por influencia directa de Dios—Dios sólo *permite* a algunos hombres seguir las malas inclinaciones que ya existen en su corazón, y como resultado de su propia decisión se tornan cada vez más insensibles y obstinados. Aunque se dice que Dios endureció el corazón de Faraón, también se afirma que Faraón endureció su propio corazón (Ex. 9:15: 8:32; 8:34). La primera es una descripción dada del punto de vista divino, la otra es dada del punto de vista humano. Dios es, en última instancia, responsable por el endurecimiento del corazón ya que él permite que suceda, y, por consiguiente, el escritor inspirado, en lenguaje gráfico, simplemente dice que Dios es quien lo hace; pero jamás debe entenderse que Dios es la causa inmediata y eficiente.

Aunque esta doctrina es dura, sin embargo es bíblica. Dado que las Escri-

turas la enseñan tan claramente, no podemos hallar otra razón para la oposición que encuentra, que la pura ignorancia y el prejuicio irrazonable que llenan las mentes de algunos al estudiarla. Muy apropiadas son las palabras de Rice cuando escribió: "Qué bien sería para la iglesia de Cristo y para el mundo si ministros cristianos y gente cristiana estarían contentos con ser *discípulos*—APRENDICES; si, conscientes de sus limitadas facultades, de su ignorancia de las cosas divinas, y de su propensión a errar por su depravación y prejuicio, se les pudiese inducir a sentarse a los pies de Jesús y aprender de él. La iglesia ha sufrido corrupción y maldición en casi toda época a causa de la indebida confianza de los hombres en sus poderes de raciocinio. Muchos se han dado a hacer pronunciamientos de lo razonable o irrazonable de doctrinas que están infinitamente más allá del alcance de su razón, que son asuntos únicamente de la revelación. En su presunción muchos han tratado de comprender 'las cosas profundas de Dios', y han interpretado las Escrituras, no conforme al significado obvio de éstas, sino conforme a las decisiones de la razón finita". Y luego dice, "Nadie ha estudiado las obras de la naturaleza o el libro de la revelación divina sin encontrarse rodeado por todos lados con dificultades imposibles de resolver. El filósofo tiene que conformarse con *hechos*; y el teólogo debe contentarse con las declaraciones de Dios".[18]

Es curioso notar que muchos de los que insisten en que cuando se estudie la doctrina de la trinidad se dejen a un lado todas las ideas preconcebidas y que no se dependa meramente de la razón humana para decidir lo que es o no la verdad de Dios, y que insisten en que se acepten únicamente las Escrituras como la guía incuestionable y autoritativa, son los mismos que no están dispuestos a seguir dichas reglas en el estudio de la doctrina de la predestinación.

La doctrina de la reprobación está basada en la del pecado original; Ninguna injusticia es hecha a los elegidos

Es obvio que esta parte de la doctrina de la predestinación, que afirma que Dios ha escogido mediante un decreto soberano y eterno a una porción de la humanidad para salvación mientras que al resto ha abandonado a la destrucción, parece de primera instancia estar opuesta a nuestras ideas sobre la justicia, y por eso requiere una defensa. La defensa de la doctrina de la reprobación descansa sobre la doctrina del pecado original o la inhabilidad total (que hemos discutido anteriormente). El decreto de reprobación encuentra caída a toda la raza. Ninguno tiene derecho a la gracia divina. Sin embargo, en vez de dejar a todos sufrir el justo castigo, Dios gratuitamente confiere felicidad inmerecida a una porción de la humanidad—un acto de

[18]Rice, *God Sovereign and Man Free*, pp. 3, 4.

pura misericordia y gracia al que nadie puede objetar—y simplemente pasa por alto a los demás. Ningún castigo inmerecido es infligido a estos últimos. Por tanto, ninguno tiene el derecho a objetar contra esta parte del decreto. Si el decreto tratara con hombres inocentes, entonces sería injusto asignar a una porción a la condenación; pero puesto que trata con hombres en una condición particular, es decir, en un estado de culpa y pecado, no es injusto. "El concepto de que el mundo yace en el maligno y que, por esto, ya ha sido juzgado (Jn. 3:18), de modo que la ira de Dios no se vierte sobre aquellos que no son rescatados de la iniquidad del mundo sino que simplemente permanece sobre ellos (Jn. 3:36, cf. 1 Jn. 3:14), es fundamental a la presentación total de esta doctrina. Jesús se presenta a sí mismo como habiendo venido no a condenar al mundo, sino a salvarlo (Jn. 3:17; 8:12; 9:5; 2:43; cf. 4:42), y todo lo que hace es con el fin de introducir vida al mundo (Jn. 6:33, 51); el mundo ya es condenado y no necesita mayor condenación, sino salvación".[19]

El hombre culpable ha perdido sus derechos y se encuentra bajo la voluntad de Dios. Por tanto no podemos objetar cuando Dios en su soberanía manifiesta su misericordia a algunos y a otros su justicia, a menos que tengamos la osadía de cuestionar su gobierno del universo. Visto de esta manera, el decreto de la predestinación encuentra a la humanidad en una masa de perdición y deja sólo a una porción de ella permanecer en dicha condición. Cuando todos merecían el castigo, el haber consignado a algunos a dicho castigo no es injusto; de otro modo, la ejecución de una sentencia *justa* sería *injusto*.

"Cuando el arminiano dice que la fe y las obras constituyen la base de la elección, disentimos", dice Clark. "Pero si dice que la *incredulidad* y la *desobediencia previstas* constituyen la base de la reprobación, estamos de acuerdo. Un hombre no es salvado en base a sus virtudes pero sí es condenado en base a su pecado. Como calvinistas firmes insistimos que mientras *algunos* hombres son salvados *de* su incredulidad y desobediencia, en lo cual están envueltos todos los hombres, y otros no lo son, la pecaminosidad del pecador continúa siendo la base de su reprobación. La elección y la reprobación están basadas en principios distintos; la elección, en la gracia de Dios, la reprobación, en el pecado del hombre. Es una parodia del calvinismo decir que porque Dios elige salvar a una persona sin tomar en cuenta su carácter o su merecido, que, de igual modo, elige condenar un hombre sin tomar en cuenta su carácter o su merecido".[20]

La reprobación o el pasar por alto al no elegido no está basada meramente en un conocimiento previo de que los pecadores han de continuar en

[19]Warfield, *Biblical Doctrines*, p. 35.
[20]*A Syllabus of Systematic Theology*, pp. 219, 220.

su pecado; porque si esta fuese la causa, la reprobación hubiese sido el destino de todos los hombres, ya que todos fueron vistos de antemano como pecadores. Ni tampoco puede decirse que los que fueron pasados por alto eran en todos los casos peores pecadores que los que recibieron vida eterna. Las Escrituras siempre atribuyen la fe y el arrepentimiento a la buena voluntad de Dios y a la misericordiosa operación especial de su Espíritu. Los que conciben a la humanidad como inocente y merecedora de la salvación naturalmente se escandalizan cuando una porción de la raza es consignada de antemano al castigo. Pero cuando la doctrina del pecado original, que es enseñada de manera tan clara y tan repetidamente en las Escrituras, es entendida correctamente, las objeciones a la predestinación desaparecen y la condenación de los impíos es vista como justa y natural. La salvación es únicamente del Señor y la condenación nuestra justa recompensa. Los hombres perecen porque no quieren venir a Cristo, pero si existe en ellos la disposición para venir, es porque Dios ha obrado dicha disposición en sus corazones. La gracia electiva inclina y hace que la voluntad del hombre persevere en dicha condición; y a la gracia sea toda la gloria.

Además, de un mundo de pecadores y rebeldes indignos de ser salvos, Dios ha escogido por su gracia a algunos, cuando muy bien hubiera podido pasar por alto a todos como hizo con los ángeles caídos (2 P. 2:4; Jud. 6). Dios se encargó de proveer la redención mediante la cual los escogidos son salvados. La redención, por tanto, es su derecho y él puede hacer y, de hecho, hará según su voluntad con lo suyo. El confiere su gracia a uno y a otro no según lo cree más conveniente. Cabe señalar también que el no conferir su gracia a los no elegidos no es sino la causa negativa de la destrucción de éstos, así como la ausencia de un médico es la ocasión, no la causa eficiente, de la muerte de uno que está enfermo. "A los ojos de un Dios de infinita bondad y misericordia", dice el Dr. Carlos Hodge, "fue necesario que algunos de entre la raza rebelde de hombres sufrieran la pena de la ley que todos han transgredido. Es la prerrogativa de Dios determinar quienes serán vasos de misericordia y quienes serán dejados a sufrir la justa recompensa de sus pecados".[21]

Puesto que el hombre ha caído en este estado de pecado por su propia voluntad, su condenación es justa, y todas las demandas de la justicia quedarán cumplidas en su castigo. La consciencia misma nos dice que el hombre perece justamente, ya que escoge seguir a Satanás antes que a Dios. "Y *no queréis* venir a mí para que tengáis vida", dijo Jesús (Jn. 5:40). Dice el profesor F. E. Hamilton: "Lo único que Dios hace es dejar (al no regenerado) seguir su propio camino. Es su naturaleza ser malvado y Dios simplemente ha preordinado dejarle tal como es. El cuadro que a menudo pintan los opo-

[21]*Systematic Theology*, II, p. 652.

sitores del calvinismo de un Dios cruel que rehusa salvar a aquellos que desean ardientemente ser salvos es una crasa caricatura. Dios salva a todos los que desean ser salvos, pero ninguno cuya naturaleza no haya sido cambiada desea ser salvo". Los que se pierden, se pierden porque deliberadamente escogen los caminos del pecado; y éste será el *infierno de los infiernos*, el que los hombres han sido sus propios destructores.

Muchos hablan como si la salvación fuese asunto de derecho de nacimiento. Y olvidándose del hecho de que el hombre tuvo y perdió su oportunidad supremamente favorable en Adán, nos dicen que Dios sería injusto si no diese a todas las criaturas culpables una oportunidad de ser salvas. Respecto a la idea de que la salvación es conferida en recompensa por alguna cosa hecha por la persona, Lutero dice, "Pero supongamos que Dios estuviese obligado a tomar en consideración el *mérito* de aquellos que son *condenados*. ¿No debiéramos, de igual manera, afirmar también que debiera tomar en consideración el mérito de los que han de ser *salvos*? Porque si hemos de seguir la razón, es tan injusto que los indignos hayan de ser coronados como que los justos hayan de ser condenados".[22]

Nadie con ideas correctas respecto a Dios supondrá que Dios de repente hace algo que no había pensado hacer antes. Puesto que su propósito es eterno, lo que él hace en el tiempo es lo que desde la eternidad se propuso hacer. Aquellos a quienes salva son los que se propuso salvar desde la eternidad y aquellos a quienes deja perecer son los que se propuso dejar perecer desde la eternidad. Si lo que Dios hace en el tiempo es justo, entonces lo que determinó y decretó desde la eternidad es también justo, ya que el principio envuelto es el mismo en ambos casos. Y si estamos en lo correcto al decir que desde toda la eternidad Dios se propuso exhibir su misericordia perdonando a una gran multitud de pecadores, ¿por qué, entonces, algunos se oponen con tanta tenacidad cuando decimos que desde toda la eternidad Dios se propuso exhibir su justicia castigando a otros pecadores?

Es decir, si es justo el que Dios se abstenga de salvar a algunos después de haber nacido, también es justo que se haya formado ese propósito antes de haber nacido, o sea, desde la eternidad. Y puesto que la voluntad determinante de Dios es omnipotente, ella no puede ser obstaculizada ni frustrada. Siendo esto la verdad, tenemos que concluir que Dios jamás quiso, ni quiere ahora, salvar a cada individuo de la humanidad. Si hubiese querido hacer tal cosa, ni una sola alma se hubiese perdido, "porque ¿quién ha resistido a su voluntad?" Si Dios hubiese determinado salvar a todos los hombres, hubiese concedido a todos los hombres los medios efectivos para lograr la salvación. Ahora bien, Dios podría dar tan facilmente dichos medios a toda la humanidad como a sólo algunos; sin embargo, la experiencia prueba que no

[22]*Bondage of the Will*, p. 252.

lo hace. Concluimos, por tanto, que no es su propósito secreto o voluntad decretiva que todos sean salvos. De hecho, ambas verdades, es decir, la verdad que lo que Dios hace lo hace desde la eternidad y la verdad que sólo una porción de la raza humana es salva, son suficientes para completar las doctrinas de la elección y de la reprobación.

La condición de los paganos

El hecho que, en la providencia de Dios, algunos sean dejados sin el evangelio y los otros medios de gracia, virtualmente envuelve el principio presentado en la doctrina calvinista de la predestinación. Vemos que en todas las épocas la mayor parte de la humanidad ha quedado desprovista aun de los medios externos de la gracia. Por siglos los judíos, que eran muy pocos, fueron los únicos a quienes Dios dio una revelación especial de sí mismo. Jesús limitó su ministerio público casi exclusivamente a ellos y prohibió a sus discípulos ir a otras naciones antes del día de Pentecostés (Mt. 10:5, 6; 28:19; Mr. 16:15; Hch. 1:4). Multitudes quedaron sin la oportunidad de oír el evangelio y, por consiguiente, murieron en sus pecados. Si hubiese sido la intención de Dios salvarles, sin lugar a duda les hubiera enviado los medios de la salvación. Si Dios se hubiese propuesto a cristianizar a la India y a la China hace mil años, ciertamente hubiera podido lograr su propósito. Sin embargo, fueron dejados en tinieblas y en incredulidad. El estado del mundo con todo su pecado, miseria, y muerte, tanto pasado como presente, no puede tener otra explicación que la que es dada en las Escrituras—es decir, que la raza cayó en Adán y que Dios en su misericordia ha decidido soberanamente salvar a una innumerable multitud mediante una redención que él mismo ha provisto. Es un concepto perverso y deshonroso a Dios suponer que él se esfuerza continuamente con los hombres desobedientes, haciendo lo máximo por convertirles, pero incapaz de lograr sus propósitos.

Si la teoría arminiana fuese cierta, es decir, que Cristo murió por todos los hombres y que los beneficios de su muerte son aplicados a todos los hombres, habría de esperarse que Dios hubiese hecho alguna provisión para comunicarles el evangelio a todos los hombres. El problema de los paganos, quienes viven y mueren sin el evangelio, siempre ha sido un asunto molesto para los arminianos que insisten en que todos los hombres tienen suficiente gracia si sólo deciden hacer uso de ella. Muy pocos negarán que la salvación depende de que la persona oiga y acepte el evangelio. La iglesia cristiana ha estado de acuerdo en declarar que los paganos como un grupo están perdidos. Que ésta es la enseñanza de la Biblia es fácil de demostrar:

"Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch. 4:12). "Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los

que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados" (Ro. 2:12). "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto el cual es Jesucristo" (1 Co. 3:11). "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos, separados de mí nada podéis hacer" (Jn. 15:5). "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Jn. 14:6). "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:36). "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Jn. 5:12). "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn. 17:3). "Sin fe es imposible agradar a Dios" (Heb. 11:6). "Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?" (Ro. 10:13, 14) (o, en otras palabras, ¿cómo podrán salvarse los paganos si nunca han oído de Cristo quien es el único medio de salvación?). "Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Jn. 6:53). Cuando el atalaya ve venir la espada y no da aviso al pueblo, el pueblo perece en su iniquidad (Ex. 33:8)—cierto, el atalaya es responsable por su acción, pero esto no altera las consecuencias que sufre el pueblo. Jesús declaró que aun los samaritanos, quienes tenían privilegios mucho mayores que las naciones fuera de Palestina, adoraban lo que no sabían y que la salvación era de los judíos. Véase también el primer y segundo capítulo de Romanos. Las Escrituras, entonces, declaran claramente que bajo condiciones ordinarias aquellos que no tienen a Cristo y el evangelio se pierden.

En consonancia con estos hechos la Confesión de Westminster, después de declarar que aquellos que rechazan a Cristo no pueden salvarse, añade: "Mucho menos pueden salvarse los que no confiesan la religión cristiana, no importa cuan diligentes sean en tratar de ajustar sus vidas a la revelación natural y a la ley de la religión que confiesan. . ." (X:4).

De hecho, la creencia de que los paganos están perdidos sin el evangelio ha sido uno de los más poderosos argumentos a favor de las misiones al extranjero. Si creemos que las religiones paganas tienen suficiente luz y verdad como para salvarles, la urgencia de llevarles el evangelio disminuye grandemente. Nuestra actitud hacia las misiones al extranjero está determinada en gran medida por la contestación que demos a esta pregunta.

No negamos que Dios pueda salvar a algunos aun entre los paganos adultos si deseara, ya que su Espíritu obra cuándo y dónde y cómo le place, con medios o sin medios. Sin embargo, si tales son salvos es por un milagro de pura gracia. El método ordinario que Dios usa es el de reunir a sus elegidos de entre la porción evangelizada de la humanidad, aunque debemos admitir la posibilidad de que por un método *extraordinario* algunos de sus elegidos

sean reunidos de la porción no evangelizada. (El destino de aquellos que mueren en la infancia en tierras paganas será discutido bajo el tema, "La salvación de los niños pequeños".)

Es ilógico suponer que alguna persona pueda apropiarse de lo que no conoce. Podemos ver facilmente que los paganos han sido pasados por alto en gran parte en lo que a los deleites y goces y oportunidades de este mundo respecta; y en base al mismo principio, lo mismo les acontecerá en lo que al mundo venidero respecta. Para aquellos que nacen y viven providencialmente en las tinieblas del paganismo, les es tan imposible aceptar a Cristo como Salvador como aceptar algunos de los inventos modernos o el sistema copernicano de astronomía, cosas que desconocen por completo. Cuando Dios coloca a personas en tales circunstancias, podemos estar seguros de que no tiene mayor intención de salvarles que de que el terreno del norte de Siberia, que se encuentra bajo hielo todo el año, produzca cosechas de trigo. Si Dios se hubiese propuesto hacer lo contrario, hubiera suplido los medios que conducen al fin deseado. Hay también multitudes en las tierras nominalmente cristianas a quienes nunca se les ha presentado el evangelio de manera adecuada, y quienes carecen aún de los medios externos de salvación, por no mencionar la desesperada condición de su corazón.

Por supuesto, esto no significa que todos los que se pierden sufrirán el mismo grado de castigo. Creemos que comenzando desde un punto cero habrá todos grados de recompensa y todos grados de castigo, y que la recompensa o el castigo de cada persona estará basado, hasta cierto punto, en la oportunidad que cada uno haya tenido en este mundo. Jesús mismo enseñó que en el día del juicio sería más tolerable el castigo para la ciudad pagana de Sodoma que para aquellas ciudades de Palestina que habían escuchado y rechazado su mensaje (Lc. 10:12-14); y concluyó la parábola del siervo infiel con las palabras: "Aquél siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá *muchos* azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado *poco*; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá" (Lc. 12:47, 48). De este modo, aunque los paganos se pierden, sufrirán relativamente menos que aquellos que han escuchado y rechazado el evangelio.

Con respecto al problema de los paganos, los arminianos están desde el comienzo envueltos en dificultades que trastornan todo su sistema, dificultades de las cuales nunca han logrado librarse. Admiten que sólo en Cristo hay salvación; sin embargo, ven que multitudes mueren sin jamás haber oído de Cristo o del evangelio. Debido a la insistencia de que suficiente gracia u oportunidad debe ser otorgada a cada persona antes de que se le pueda condenar, muchos han llegado al extremo de afirmar que habrá una prueba futura—lo que no sólo carece de base bíblica sino que es contrario a las Escrituras. Cunningham dice, "Ha sido siempre un fuerte argumento a favor de las doctrinas calvinistas de los propósitos soberanos de Dios, y en contra de las doctrinas arminianas de la gracia y la redención universal, el que de hecho una porción tan grande de la raza humana siempre ha sido dejada en completa ignorancia de la misericordia de Dios y del camino de salvación revelado en el evangelio; y lo que es más, son puestos en circunstancias tales que a todas luces arrojan obstáculos insuperables en el camino por el cual sólo pueden lograr el conocimiento de Dios y de Jesucristo, que es vida eterna".[23]

Sólo el calvinismo, con su doctrina de la culpa y corrupción de la humanidad a causa de la caída, y su doctrina de la gracia mediante la cual algunos son soberanamente rescatados y conducidos a la salvación, mientras otros son pasados por alto, ofrece una explicación adecuada del fenómeno del mundo pagano.

Propósitos del decreto de reprobación

La condenación de los no elegidos está diseñada principalmente para proporcionar una exhibición eterna, a los ojos de hombres y ángeles, del odio que Dios siente hacia el pecado, o, en otras palabras, para servir como una manifestación eterna de la justicia de Dios. (Debe recordarse que la justicia de Dios demanda tanto el castigo del pecado como la recompensa de la rectitud. El decreto de reprobación exhibe uno de los atributos divinos que jamás se hubiera podido apreciar de manera adecuada aparte de dicho decreto. La salvación de algunos mediante un redentor está diseñada para exhibir los atributos del amor, la misericordia y la santidad. Los atributos divinos de la sabiduría, el poder y la soberanía se pueden ver tanto en los tratos de Dios con los réprobos como con los salvos. Las Escrituras confirman esta verdad cuando declaran que "todas las cosas ha hecho Jehová para sí mismo, y aun al impío para el día malo" (Pr. 16:4); e igualmente cuando por boca de Pablo afirman que este arreglo fue, por un lado, para "hacer notorias las riquezas para con los vasos de misericordia que preparó de antemano para gloria", y por otro lado, para "mostrar su ira y hacer notorio su poder" sobre "los vasos de ira preparados para destrucción" (Ro. 9:22, 23).

El decreto de reprobación tiene además otros propósitos subordinados respecto a los escogidos; éstos, al contemplar el rechazo y el estado final de los impíos, (1) aprenden lo que ellos mismos hubieran tenido que sufrir de no haber sido por la gracia que intervino a su favor, y así *aprecian de manera más profunda* las riquezas del amor divino que los rescató del pecado y los condujo a la vida eterna mientras que otros no más culpables e indignos que ellos fueron dejados a la destrucción eterna. (2) Proporciona un motivo

[23] *Historical Theology*, II, p. 397.

poderoso para *la gratitud* por las grandes bendiciones recibidas. (3) Son movidos a *confiar* de manera más profunda en su Padre celestial quien suple todas sus necesidades en esta vida y en la venidera. (4) El conocimiento de lo que han recibido les proporciona el más fuerte incentivo para amar a su Padre celestial, y *vivir* vidas puras. (5) Les conduce a un odio por el pecado cada vez mayor. (6) Son movidos a caminar más cerca de Dios y unos con otros como herederos escogidos del reino de los cielos. (7) En cuanto al rechazo soberano de los judíos, Pablo refuta la acusación de que éstos fueron rechazados sin motivo. "¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celo" (Ro. 11:11). Vemos que el rechazo de los judíos fue para un propósito sabio y definido; a saber, que la salvación alcanzara a los gentiles, y que esto a su vez moviera nuevamente a los judíos a buscar la salvación. Históricamente vemos que la iglesia cristiana ha sido casi exclusivamente una iglesia gentil. Pero en todas las épocas algunos judíos se han convertido al cristianismo, y creemos que con el paso del tiempo muchos más serán "provocados a celos" y se tornarán a Dios. Varios versículos en el capítulo once de Romanos indican que un número considerable de éstos se convertirá y será muy celoso por la justicia.

Los arminianos concentran sus ataques sobre esta doctrina

La doctrina de la reprobación es una que a los arminianos les gusta discutir. Con frecuencia la seleccionan y la enfatizan como si fuese lo único que el calvinismo enseña, mientras que otras doctrinas, como las de la soberanía de Dios, del carácter puramente gratuito de la elección, de la perseverancia de los creyentes etc., que tanta gloria traen a Dios, son pasadas por alto con muy poco comentario o sin comentario alguno. En el sínodo de Dort los arminianos insistieron en discutir primero el tema de la reprobación, levantando su voz de protesta cuando el sínodo rehusó conceder su petición. Hasta el presente, por lo general, han continuado la misma táctica, ya que saben que es muy fácil tergiversar esta doctrina y presentarla de manera que suscite prejuicios en su contra. Con frecuencia distorcionan las doctrinas calvinistas, y habiendo alegado todo lo que pueden en contra de las mismas, proceden a razonar que como no puede haber reprobación tampoco puede haber elección. El injusto y desproporcionado énfasis que hacen en esta doctrina demuestra algo menos que una búsqueda sin prejuicio y sincera de la verdad. ¿Por qué no comenzar, más bien, por el lado positivo del sistema? o, ¿por qué no responder primero de manera convincente a la gran cantidad de evidencia bíblica presentada a favor del sistema calvinista?

Los calvinistas, en cambio, usualmente producen primero la evidencia a

favor de la doctrina de la elección y luego, habiendo establecido dicha doctrina, proceden a demostrar que lo que sostienen respecto a la de la reprobación se desprende de manera lógica. Cabe señalar, sin embargo, que esto no significa que la doctrina de la reprobación dependa enteramente de la doctrina de la elección para poder probarse. Creen que la doctrina de la reprobación puede probarse directamente de las Escrituras; no obstante, afirman que si lo que mantienen en cuanto a la elección es correcto, entonces lo que sostienen en cuanto a la reprobación seguirá necesariamente por la lógica. Como las Escrituras nos proveen mucha más información sobre lo que Dios hace al obrar la fe y el arrepentimiento en aquellos que él salva que lo que nos proveen sobre su proceder en cuanto a los que continúan impenitentes e incrédulos, lo más razonable es que se proceda a investigar la doctrina de la elección primero y que luego se considere la de la reprobación. No es así, sin embargo, como proceden los arminianos, lo que demuestra la absoluta injusticia de los arminianos al dar tanta prominencia a la doctrina de la reprobación. Como se dijo antes, esta doctrina es desagradable. Pero los calvinistas no rehuyen discutirla, aunque, debido a su carácter desagradable, no encuentran satisfacción explayándose en la misma. Los calvinistas también entienden que en cuanto a estos asuntos los hombres deben tener mucho cuidado de no tratar de ser más sabios que lo que está escrito, como sucede a muchos cuando se permiten entrar en especulaciones presuntuosas sobre temas demasiado sublimes para ellos.

No estamos obligados a explicar todos los detalles de estas doctrinas

No debe olvidarse que no estamos bajo obligación de explicar todos los misterios relacionados con estas doctrinas. Estamos sólo bajo obligación de presentar lo que las Escrituras enseñan en relación a éstas, y de defenderlas de las objeciones en su contra tanto como nos sea posible. La frase, "sí, Padre, porque así te agradó" (Mt. 11:26; Lc. 10:21), fue, para nuestro Señor, una defensa suficientemente válida de los misteriosos tratos de Dios con los hombres. La única y suficiente contestación que Pablo dio a los vanos disputadores que intentaban penetrar demasiado profundamente en estos misterios fue simplemente que dichos misterios han de ser resueltos en la sabiduría y soberanía divinas. Las palabras de Toplady son apropiadas aquí: "Nadie diga, por tanto, como los opositores de estas doctrinas dijeron en los días de San Pablo: '¿Por qué inculpa Dios a los impíos?, porque, ¿quién ha resistido a su voluntad? Si aquel que sólo puede convertirlos no lo hace, ¿cómo se inculpará a los que perecen, ya que es imposible resistir la voluntad del Todopoderoso?' Conformémonos con la respuesta que da San Pablo, 'Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú para que alterques con Dios?' El apóstol fundamenta todo el asunto en la absoluta soberanía de Dios. Ahí

él lo deja, y ahí debiéramos nosotros también dejarlo''.[24]

El hombre no puede medir la justicia de Dios mediante su propio entendimiento, y debiéramos ser lo suficientemente humildes como para confesar que Dios es completamente justo aunque los propósitos de sus obras estén velados a nuestros ojos. Si alguno cree que esta doctrina presenta a Dios como injusto, es porque el tal no comprende la doctrina bíblica del pecado original, ni las terribles consecuencias en las que le envuelve. Una vez desaparecidas las dudas en cuanto a la realidad del pecado original como antecedente a todo pecado actual, la condenación se verá como justa y natural. Si la primera lección es bien comprendida, la segunda no presentará dificultades.

Es difícil comprender que muchos de aquellos alrededor nuestro (en algunos casos nuestros amigos cercanos y familiares) estén quizá preordinados al castigo eterno; y en la medida que nos demos cuenta de este hecho estemos inclinados a sentir cierta compasión hacia ellos. Sin embargo, a la luz de la eternidad, dicha compasión por los perdidos aparecerá como equivocada e inmerecida. Aquellos que se pierden finalmente serán vistos como lo que en realidad son, enemigos de Dios y de toda justicia, y amantes del pecado, sin deseo alguno por la salvación o la presencia del Señor. Podemos añadir, además, que puesto que Dios es perfectamente justo, ninguno será condenado al infierno excepto aquellos que los merezcan; y cuando veamos el verdadero carácter de éstos, nos sentiremos completamente satisfechos con la manera en que Dios ha procedido.

Cabe señalar que los arminianos no están libres de dificultades en este punto. Puesto que admiten que Dios conoce de antemano todas las cosas, deben explicar por qué entonces crea a aquellos que él conoce de antemano vivirán vidas pecaminosas, rechazarán el evangelio, morirán impenitentes, y sufrirán eternamente en el infierno. La verdad del caso es que los arminianos tienen aquí un problema mucho más difícil que los calvinistas; los calvinistas sostienen que aquellos a quienes Dios crea, sabiendo que se perderán, son los no elegidos, los cuales de su propia voluntad escogen el pecado y en cuyo merecido castigo Dios manifiesta su justicia, mientras que los arminianos se ven obligados a decir que Dios de forma deliberada crea a aquellos que ve de antemano serán criaturas tan pobres y miserables que, sin servir propósito alguno, traerían sobre sí mismos destrucción y pasarán la eternidad en el infierno a pesar de que Dios intensamente desea conducirles al cielo, quedando Dios en un estado de angustia por siempre al verles donde él desearía no verles. ¿No presenta tal esquema a Dios como uno que actúa neciamente al traer sobre sí tal insatisfacción y someter a algunas de sus criaturas a tanta miseria cuando por lo menos hubiera podido abstenerse de crear a aquellos que vio de antemano se habrían de perder?

[24]Zanchius, *Predestination*, Introduction, p. 19.

Quizá haya algunos que, al oír de esta doctrina de la predestinación, piensen que son réprobos y se sientan inclinados a entrar en más pecado presentando el argumento de que de todos modos serán condenados. Proceder de esa manera es chupar veneno de una flor dulce, o lanzarse contra la Roca de la eternidad. Nadie tiene el derecho de considerarse réprobo en esta vida y, por tanto, de desesperanzarse; la desobediencia final (la única señal infalible de la reprobación) no puede conocerse sino hasta el momento de la muerte. Ninguna persona no convertida sabe con absoluta certeza que Dios no le ha de convertir y salvar aunque esté consciente de que tal cambio aún no ha acontecido. Por tanto, nadie tiene el derecho de considerarse definitivamente entre los no elegidos. Dios no nos ha revelado quién de entre los no creyentes él aún se propone regenerar y salvar. Si alguno siente que su conciencia le acusa, eso puede ser el mismo medio que Dios esté usando para atraerle a él.

Hemos dedicado bastante espacio a la discusión de la doctrina de la reprobación porque ésta ha sido la principal piedra de tropiezo para la mayoría de aquellos que han rechazado el sistema calvinista. Creemos que una vez quede demostrado que la doctrina es bíblica y razonable, las demás partes del sistema serán aceptadas sin dificultad.

6. Infralapsarianismo y supralapsarianismo

Entre los calvinistas ha habido alguna diferencia de opinión en cuanto al orden de los eventos en el plan divino. La pregunta que ha surgido aquí es, cuando los decretos de la elección y de la reprobación surgieron, ¿se consideraba a los hombres como ya caídos o no? ¿Fueron contemplados los objetos de estos decretos como miembros de una masa pecadora y corrupta, o fueron contemplados meramente como hombres a quienes Dios había de crear? De acuerdo a la posición infralapsaria, el orden de los eventos es como sigue: Dios se propuso (1) crear; (2) permitir la caída; (3) escoger una gran multitud de entre esta masa de hombres caídos a vida y felicidad eterna, y dejar a los demás sufrir el justo castigo por sus pecados, así como dejó al diablo y a los ángeles caídos; (4) dar a su Hijo, Jesucristo, para la redención de los escogidos; y (5) enviar al Espíritu Santo a aplicar a los escogidos la redención comprada por Cristo. De acuerdo a la posición supralapsaria, el orden de los eventos es: (1) elegir a vida algunos hombres que habían de ser creados y condenar al resto a destrucción; (2) crear; (3) permitir la caída; (4) enviar a Cristo a redimir a los elegidos; y (5) enviar al Espíritu Santo a aplicar la redención de Cristo a los elegidos. La pregunta es, pues ¿Surge el decreto de elección antes o después que el decreto de la caída?

Uno de los motivos principales del esquema supralapsario es el de enfatizar la idea de que Dios procede en base a unas distinciones y el de aplicar dicha idea a todos los tratos de Dios con los hombres. Creemos, sin embargo,

que el supralapsarianismo exagera la importancia de dicha idea. Además es de notarse que dicha idea no siempre puede aplicarse consistentemente, por ejemplo, en la creación y especialmente en la caída. Los objetos del decreto de crear no eran meramente algunos miembros de la raza humana, sino toda la humanidad, la que además poseía una misma naturaleza. Y no fue meramente a algunos hombres, sino a toda la raza que se le permitió caer. El supralapsarianismo se coloca en una posición tan extrema por un lado como el universalismo lo hace por el otro. Sólo el esquema infralapsario es consistente consigo mismo y con otros hechos.

En relación a esta diferencia, el Dr. Warfield escribe: "El mero hecho de hacer la pregunta parece llevar en sí la contestación. El trato con los hombres, con ambos grupos, los elegidos y los no elegidos, es basado en el pecado; no se puede hablar de salvación como tampoco de reprobación sin antes tomar en cuenta el pecado. El pecado precede necesariamente en el pensamiento, no a la idea abstracta de una diferencia entre los hombres, sino al hecho concreto de la diferencia en cuestión, una diferencia que envuelve el destino de unos a la salvación y otros al castigo. No puede hablarse de un decreto que discrimina entre los hombres con referencia a la salvación y el castigo, por tanto, sin antes postular un decreto que contempla a dichos hombres como pecadores".[25]

Y al mismo efecto, el Dr. Carlos Hodge dice: "Es un principio bíblico claramente revelado que donde no hay pecado no puede haber condenación .... Dios tiene misericordia de uno y de otro no, según su buena voluntad, ya que todos son igualmente inmerecedores y culpables.... En todas partes, (p.ej. Ro. 1:24, 26, 28) se señala que la reprobación es un acto judicial, basado en la pecaminosidad de su objeto. De otro modo no podría ser una manifestación de la justicia de Dios".[26]

El que hombres inocentes, que no son contemplados como pecadores, sean preordinados a miseria y muerte eterna, no está en armonía con las ideas de Dios presentadas en las Escrituras. Los decretos concernientes a los salvos y a los perdidos no deben ser vistos como basados meramente en una soberanía abstracta. Aunque es cierto que Dios se soberano, su soberanía no es ejercida de forma arbitraria, sino en armonía con sus otros atributos, especialmente con los de su justicia, santidad, y sabiduría. Dios no puede cometer pecado; y en este sentido está limitado, aunque sería más preciso hablar de su incapacidad de cometer pecado como una de sus perfecciones. Hay, desde luego, misterio en ambos sistemas; pero el sistema supralapsario parece pasar más allá del misterio y entrar en contradicción.

Las Escrituras son *practicamente* infralapsarias—éstas afirman que los

[25] *El plan de la salvación*, p. 19 (Confraternidad Calvinista Americana, México, 1966).
[26] *Systematic Theology*, II, p. 318.

creyentes han sido elegidos "del" mundo (Jn.15:19); el alfarero tiene potestad sobre el barro, "para hacer *de la misma masa* un vaso para honra y otro para deshonra" (Ro. 9:21); y tanto los elegidos como los no elegidos son contemplados originalmente en el mismo estado de miseria. Además, el sufrimiento y la muerte son presentados como la paga del pecado. El esquema infralapsario armoniza con nuestras ideas de justicia y misericordia; al menos, está exento de la objeción arminiana de que Dios simplemente crea a algunos hombres para condenarlos. Agustín y la gran mayoría de aquellos que desde su época han sostenido la doctrina de la elección han sido y son infralapsarios—es decir, creen que fue de la masa de hombres caídos que algunos fueron elegidos a vida eterna mientras que otros fueron condenados a muerte eterna por sus pecados. Ninguna de las confesiones reformadas enseña la posición supralapsaria; en cambio, muchas sostienen explícitamente la posición infralapsaria, la cual, por tanto, surge como la forma típica del calvinismo. Al presente podemos decir que no más de un calvinista en cien sostiene la posición supralapsaria. Aunque somos calvinistas bien tenaces, no somos "altos calvinistas", o sea, los que sostienen la posición supralapsaria.

Ambos sistemas, por supuesto, hacen hincapié en la soberanía de Dios en la elección, y en ambos la salvación en todo su curso es la obra de Dios. Los oponentes, sin embargo, usualmente acentúan el sistema supralapsario, ya que es el que, sin explicación adecuada, con más probabilidad esté en pugna con los sentimientos e impresiones naturales del hombre. Es preciso señalar también que hay cosas que no pueden ponerse en el molde del tiempo—los eventos relacionados con los decretos no están en la mente divina como lo están en las nuestras, es decir, como una sucesión de actos uno tras otro, sino que mediante un solo acto divino Dios ha ordenado todas estas cosas. En la mente divina el plan es una unidad, y cada parte está diseñada en relación a una serie de hechos que Dios se propuso resultaran de las otras partes. Todos los decretos son eternos. Todos están relacionados de manera lógica aunque no cronológica. Para poder hablar inteligentemente de ellos, sin embargo, es necesaria cierta sucesión en nuestro pensamiento. Cuando hablamos o pensamos, por ejemplo, del don de la santificación o del de la glorificación, los vemos naturalmente como decretos posteriores a los de la creación y de la caída.

Respecto a la enseñanza de la Confesión de Westminster sobre este punto, el Dr. Carlos Hodge hace el siguiente comentario: "Twiss, el presidente de ese venerable cuerpo (la asamblea de Westminster), era un inflexible supralapsario; la gran mayoría de los miembros de la asamblea, sin embargo, era del otro bando. Los símbolos de dicha asamblea, aunque claramente implican la posición infralapsaria, fueron redactados de tal manera que no ofendiesen a aquellos que adoptaban la teoría supralapsaria. La Confesión

de Westminster dice que 'Dios ordenó a los elegidos a vida eterna, y al resto de la humanidad le plació, según el consejo inescrutable de su voluntad, por la cual extiende su misericordia o deja de hacerlo como le place, para gloria de su poder soberano sobre sus criaturas, pasarles por alto, ordenándoles a deshonra y a ira a causa de su pecado, para alabanza de su gloriosa justicia'. Lo que aquí se enseña es que aquellos a quienes Dios pasa por alto son el 'resto de la humanidad'; no el resto de hombres ideales o posibles, sino el resto de aquellos seres humanos que constituyen la raza humana. En segundo lugar, el pasaje citado enseña que los no elegidos son pasados por alto y ordenados a ira 'a causa de su pecado'. Esto implica que eran contemplados como pecadores antes de esta preordinación a juicio. La posición infralapsaria se puede ver de manera aun más clara en la contestación a las preguntas 19 y 20 del Catecismo Menor. Ahí se enseña que toda la humanidad perdió la comunión con Dios por la caída y se encuentra bajo su ira y maldición, y que Dios de su buena voluntad eligió a algunos (*algunos* de los que se encontraban bajo su ira y maldición) a vida eterna. Esta ha sido la doctrina de la mayoría de los agustinianos desde la época de Agustín hasta el presente''.[27]

7. Muchos son escogidos

Cuando se hace mención de la doctrina de la elección, muchas personas inmediatamente suponen que dicha doctrina enseña que la gran mayoría de la humanidad se perderá. Dicha noción, sin embargo, es muy equivocada. Dios es libre en la elección para escoger a tantos como desee, y creemos que Aquél que es infinitamente misericordioso, benévolo y santo escogerá a vida a la gran mayoría de los seres humanos. No hay ni una sola buena razón para que tenga que limitarse a escoger sólo a unos pocos. Las Escrituras enseñan que Cristo tendrá la preeminencia en todo, y no creemos que al diablo se le permitirá salir triunfante ni aun en cuanto a números.

Nuestra posición al respecto ha sido hábilmente presentada por el Dr. W. G. T. Shedd en el siguiente párrafo: ''Nótese que la pregunta, cuántos son elegidos y cuántos son reprobados, nada tiene que ver con la pregunta si Dios puede o no elegir o reprobar a pecadores. Si es intrínsecamente correcto el que Dios elija o no, salve o no a seres morales libres, quienes por su propia culpa se han hundido en el pecado y en la ruina, los números no son de importancia para determinar lo correcto. Y si es intrínsecamente incorrecto, los números de nada sirven para probar que es incorrecto. Ni tampoco hay necesidad alguna de que el número de los elegidos sea pequeño, y el de los no elegidos grande, o vice versa. La elección y la reprobación, así como el número de los elegidos y de los réprobos, son igualmente asuntos de

[27]*Ibid.*, II, p. 317.

la soberanía divina y de su libre voluntad. Al mismo tiempo, cuando recordamos que las Escrituras enseñan que el número de los elegidos es mucho mayor que el de los no elegidos, se alivia mucha de la solemnidad y temor que causa el decreto de la reprobación. El reino del Redentor en este mundo caído siempre se presenta como uno mucho más extenso y poderoso que el de Satanás. La operación de la gracia en el mundo es presentada como mucho más poderosa que la del pecado. 'Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia'. Se dice que el número final de los redimidos es uno 'que nadie puede contar', mientras que el número de los perdidos no se le da importancia ni es enfatizado''.[28]

Es, sin embargo, práctica común entre escritores arminianos presentar a los calvinistas como los que se inclinan a consignar a una gran porción de la humanidad a la miseria eterna, muchos de los cuales ellos admitirían al gozo celestial. Es una caricatura presentar al calvinismo como basado en el principio de que los salvos serán pocos, sólo unos cuantos tizones arrebatados del fuego. Cuando el calvinista insiste en la doctrina de la elección, su énfasis es sobre el hecho de que Dios trata *personalmente* con cada alma individual en vez de tratar con la humanidad en masa; y esto nada tiene que ver con la proporción numérica relativa entre los salvos y los perdidos. En respuesta a aquellos que razonan de la siguiente manera, ''De acuerdo a esta doctrina sólo Dios puede salvar el alma; por tanto, pocos serán salvados'', respondemos que lo mismo sería decir: ''Ya que sólo Dios puede crear estrellas, entonces debe haber pocas estrellas''. La objeción no es válida. La doctrina de la elección en sí misma no nos dice nada acerca de cual será la proporción numérica final. La única limitación que existe es que no todos serán salvos.

Por lo que al principio de la soberanía y de la elección personal respecta, no hay razón alguna que impida a un calvinista sostener que todos los hombres serán salvos; y, de hecho, ha habido algunos calvinistas que han sostenido dicha posición. ''El calvinismo'', escribió W. P. Patterson, de la Universidad de Edinburgo, ''es el único sistema que contiene principios—en sus doctrinas de la elección y de la gracia irresistible—que pudieran darle credibilidad a la teoría de la salvación universal''. Y el Dr. S. G. Craig, editor de la revista *Christianity Today*, y uno de los hombres más destacados de la iglesia presbiteriana al presente, dice, ''Sin duda, muchos calvinistas, así como muchos que no lo son, en obediencia a las supuestas enseñanzas de las Escrituras, han sostenido que pocos serán salvos, pero no existe ninguna buena razón que impida a los calvinistas creer que al final la inmensa mayoría de la raza humana será salva. Por lo menos, ésta ha sido la posición sostenida por nuestros principales teólogos, como lo son Carlos Hodge, Roberto

[28]*Calvinism, Pure and Mixed*, p. 84.

L. Dabney, W. G. T. Shedd, y B. B. Warfield".

El Calvinismo, como afirma Paterson, con su énfasis en la relación íntima y personal entre Dios y cada alma individual, es el único sistema que pudiera ofrecer una base lógica para el universalismo, si dicha posición no fuera refutada por las Escrituras. Y, en contraste con esto, ¿no es más bien el arminiano quien debiera admitir, en base a sus principios, que sólo comparativamente pocos serán salvos? El arminiano tiene que admitir que hasta el presente en la historia humana la gran mayoría de los adultos, aun en tierras nominalmente cristianas, ejerciendo su "libre albedrío" con la "habilidad restaurada por gracia", han muerto sin aceptar a Cristo. A no ser que Dios esté dirigiendo el mundo hacia una meta señalada, ¿qué fundamento hay para suponer que, en tanto la naturaleza humana continúe siendo lo que es, la situación cambiaría aun si el mundo continuara un billón de años?

8. Un mundo o raza redimida

Ya que fue el mundo, o la raza, que cayó en Adán, es el mundo, o la raza, lo que es redimido por Cristo. Esto no significa, sin embargo, que cada individuo será salvo, sino que la raza como raza será salva. Jehová no es una mera deidad tribal, sino "el Dios de toda la tierra"; y la salvación que él tuvo en mente no puede ser limitada a un pequeño grupo selecto o a unos pocos favorecidos. El evangelio no fue meramente una noticia local para unos cuantos pueblos en Palestina, sino un mensaje al mundo entero; y el abundante y continuo testimonio de las Escrituras es que el reino de Dios ha de *llenar* la tierra, "de mar a mar y desde el río hasta los fines de la tierra" (Zac. 9:10).

En uno de los primeros libros del Antiguo Testamento aparece la promesa de que la gloria de Jehová llenará toda la tierra (Nm. 14:21); e Isaías repite la promesa de que toda carne verá la gloria de Jehová (40:5). Israel fue puesto "por luz de los gentiles", y "a fin de que seas salvación hasta lo último de la tierra" (Is. 49:6; Hch. 13:47). Joel declaró que en los días venideros de bendición, el Espíritu, que hasta entonces había sido dado sólo a Israel, sería derramado sobre toda la tierra. "Y después de esto", dijo el Señor por boca de Joel, "derramaré mi Espíritu sobre toda carne" (2:28); Pedro aplicó esta profecía al derramamiento que comenzó en Pentecostés (Hch. 2:16).

Ezequiel nos presenta el cuadro de las crecientes aguas salutíferas que emanan de debajo del umbral del templo; aguas que llegaban primero sólo hasta los tobillos, luego hasta las rodillas, luego hasta los lomos, y al fin un gran río que no podía cruzarse (47:1-5). La interpretación del sueño del rey Nabucodonosor por Daniel enseña esta misma verdad. El rey vio una gran imagen compuesta de oro, plata, bronce, hierro, y barro. Luego vio una

piedra cortada no con mano, la cual hirió a la imagen y desmenuzó el oro, la plata, el bronce, el hierro, y el barro y se los llevó el viento como tamo de las eras del verano. Dichos materiales representaban grandes imperios mundiales que habrían de ser desmenuzados y completamente removidos, mientras que la piedra cortada no con manos representaba un reino espiritual que Dios mismo establecería y que habría de convertirse en un gran monte que *llenaría toda la tierra*. "Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre" (Dn. 2:44). A la luz del Nuevo Testamento vemos que dicho reino fue el que Cristo estableció. En la visión de Daniel, la bestia hizo guerra contra los santos y prevaleció contra ellos por un tiempo—pero, "llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino" (7:22).

Jeremías proclama la promesa de que vienen los días cuando ya no será necesario al hombre decir a su hermano o a su prójimo, "Conoce a Jehová, porque todos le conocerán, desde el más pequeño de ellos, hasta el más grande" (31:34). "Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra", dijo el salmista (Sal. 2:8). El último libro del Antiguo Testamento contiene la promesa de que "desde donde el sol nace hasta donde se pone será engrandecido mi nombre entre las naciones, dice Jehová de los ejércitos" (Mal. 1:11).

En el Nuevo Testamento encontramos la misma enseñanza. Cuando el Señor finalmente derrama bendiciones espirituales sobre su pueblo, "el resto de los hombres" y "todos los gentiles" buscarán al Señor (Hch. 15:17). "Y él (Cristo) es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2:2). "Porque de tal manera amó Dios al *mundo*, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Jn. 3:16, 17). "El padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo" (1 Jn. 4:14). "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn. 1:29). "Nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo" (Jn. 4:42). "Yo soy la luz del mundo" (Jn. 8:12). "Porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo" (Jn. 12:47). "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Co. 5:19). El reino de los cielos es "semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, *hasta que todo fue leudado*" (Mt. 13:33).

El capítulo once de Romanos dice que la aceptación del evangelio por parte de los judíos será como "vida de entre los muertos", debido a las grandes bendiciones espirituales que dicho acontecimiento traerá al mundo.

A causa de la caída de los judíos el evangelio fue dado a los gentiles—"si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección las riquezas de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?... Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo ¿qué será su admisión sino vida de entre los muertos?" (vv. 12, 15). El dominio absoluto y universal de Cristo se enseña también cuando se dice que éste se sentará a la diestra del Padre hasta que todos sus enemigos sean puestos bajo sus pies.

En todas las citas anteriores podemos notar el marcado énfasis en la universalidad de la obra redentora de Cristo: de lo que se desprende que nuestros ojos habrán de ver un mundo cristianizado; y como en ninguna parte se nos dice cuanto tiempo la tierra continuará en existencia después de haber alcanzado dicha meta, posiblemente podamos esperar una gran "época dorada" de prosperidad espiritual, que continúe por siglos, o aun milenios, durante la cual el cristianismo triunfará sobre toda la tierra y durante la cual aun la gran mayoría de los adultos serán salvos. Es de esperarse, por tanto, que el número de los redimidos continuará en aumento hasta que sobrepase en gran medida el número de los no salvos.

No podemos, por supuesto, ni fijar una fecha aproximada para el fin del mundo. En varias partes de las Escrituras se nos dice que Cristo ha de regresar al fin de la presente era; que su venida será personal, visible, y con gran poder y gloria; que la resurrección general y el juicio general tendrán lugar entonces; y que el cielo y el infierno serán introducidos entonces en su plenitud. Pero se nos ha dicho explícitamente que el tiempo de la venida del Señor "es una de las cosas secretas que pertenecen al Señor nuestro Dios". "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino solo mi Padre", dijo Jesús antes de su crucifixión; y después de su resurrección añadió, "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad" (Hch. 1:7). Por tanto, aquellos que pretenden decirnos cuando será el fin del mundo simplemente hablan sin conocimiento. En vista del hecho que ya han pasado casi 2.000 años desde que Cristo vino por primera vez, quien sabe si otros 2.000 años han de pasar antes de que él regrese—o quizá un tiempo mucho más largo, o uno más corto, nadie sabe.

El Dr. S. G. Craig ha dicho sobre este tema: "Se nos dice que ciertos eventos, tales como la predicación del evangelio a todas las naciones (Mt. 24:14), la conversión de los judíos (Ro. 11:25-27), la supresión de 'todo dominio, toda autoridad y potencia' opuesta a Cristo (1 Co. 15:24), han de acontecer antes de la venida del Señor. Es obvio, pues, que aunque el tiempo de la venida del Señor se desconoce, es aún en el futuro distante. Precisamente cuan lejos en el futuro yace dicho acontecimiento no podemos saberlo. Ahora bien, si los eventos se mueven tan lentamente en el futuro como se han movido en el pasado, la venida del Señor yace en el futuro lejano. Sin embargo, en vista del hecho de que los eventos se mueven mucho más rápidamente

que en el pasado, de manera que lo que antes se lograba en siglos ahora se logra en pocos años, es posible que la venida de Cristo acontezca en un futuro comparativamente cercano. Sea como fuere, en lo que a Dios (para quien mil años son como un día) concierne, dicho acontecimiento yace en el futuro cercano. En vista a las condiciones presentes, sin embargo, hay poco o nada en las Escrituras que justifique la noción de que Jesús regresará durante la presente generación".[29]

El mundo es quizá aún joven. Ciertamente Dios todavía no ha dado una exhibición adecuada de lo que puede hacer con un mundo verdaderamente convertido a la justicia. Lo que hemos visto hasta el presente parece ser sólo la etapa preliminar, un triunfo temporario del diablo, cuya obra ha de ser completamente destruida. La obra de Dios abarca los siglos. Aun los milenios son insignificantes a Aquél que habita la eternidad. Cuando establecemos una relación entre la teología y la astronomía podemos ver que Dios obra en una escala de increíble magnitud. El ha puesto millones, quizá billones, de ardientes soles a través del universo—unos diez millones ya han sido clasificados. Los astrónomos nos dicen que la tierra se encuentra a 149.500.000 kilómetros del sol y que la luz que viaja a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo tarda sólo ocho minutos en recorrer esa distancia. También nos dicen que la estrella más cercana está tan lejos que su luz tarda cuatro años en llegar a la tierra; que la luz que ahora vemos brillar en la estrella polar ha tardado 450 años en llegar a nosotros; y que la luz de algunas de las estrellas más distantes ha estado en trayectoria por millones de años. En vista de lo que la ciencia moderna revela, nos damos cuenta que el tiempo durante el cual el hombre ha vivido en la tierra es comparativamente insignificante. Dios puede tener sorpresas reservadas para la raza con las cuales jamás hemos soñado.

9. Los redimidos—una inmensa muchedumbre

El decreto de elección, aunque discriminatoria y particular, es, no obstante, muy amplio. "Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero" (Ap. 7:9, 10). Dios el Padre ha elegido a salvación y felicidad eterna a millones de la raza humana. Exactamente a cuantos ha elegido en su misericordia no se nos ha dicho; pero, en vista de los días futuros de prosperidad que están prometidos a la iglesia, puede inferirse que la gran mayoría eventualmente se encontrará entre el número de los elegidos.

[29] *Jesus as He Was and Is*, p. 276.

En el capítulo diez y nueve del Apocalipsis se relata una visión que presenta en términos figurativos la lucha en el mundo entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Sobre este pasaje comenta el Dr. Warfield: "La sección comienza con una visión de la victoria del Verbo de Dios, el Rey de Reyes y Señor de Señores, sobre todos sus enemigos. Lo vemos viniendo del cielo ceñido para la batalla, y seguido por los ejércitos celestiales; a las aves del cielo se les llama a participar del gran banquete de cuerpos preparado para ellas; los ejércitos del enemigo—las bestias y los reyes de la tierra—están reunidos contra él, y son completamente destruidos; 'y todas las aves se sacian de las carnes de ellos' (19:11-21). Dicha descripción es un cuadro vivo de una victoria total, de una conquista absoluta; y todo el lenguaje figurado de la guerra se emplea para darle vida a la descripción. Lo que todo esto simboliza es obviamente la completa victoria del Hijo de Dios sobre las huestes del mal. Aunque sólo tenemos una leve indicación del significado, es suficiente. En dos ocasiones se nos dice cuidadosamente que la espada mediante la cual es ganada la victoria procede *de la boca* del conquistador (vv. 15, 21). Por tanto, no debemos pensar que se trata de una guerra literal o de una lucha mano a mano; la conquista se logra por la palabra hablada—es decir, por la predicación del evangelio. En fin, tenemos aquí un cuadro del avance victorioso del evangelio de Cristo en el mundo. Todo el lenguaje figurado de la espantosa batalla y sus horrendos detalles sorr sólo para darnos una idea de lo total de la victoria. El evangelio de Cristo conquistará la tierra; él vencerá a todos sus enemigos".[30]

Nosotros que vivimos en la época entre la primera y segunda venida de Cristo podemos ver la conquista ocurriendo. Cuanto tiempo habrá de continuar dicha conquista antes de ser coronada con victoria, o cuanto tiempo el mundo convertido tendrá que esperar a que su Señor regrese, no se nos ha revelado. Hoy día vivimos en un período que es relativamente dorado en comparación con el primer siglo de la era cristiana, y este progreso continuará hasta que los habitantes de este mundo vean el cumplimiento de la petición "Venga tu reino, sea hecha tu voluntad en la tierra como en el cielo". A medida que tengamos una visión más amplia de los tratos misericordiosos de Dios con el mundo pecador, nos damos cuenta de que El no ha distribuido su gracia electiva con mano mezquina, sino que en realidad su propósito ha sido el de restaurar para Sí mismo al mundo entero.

A Abraham le fue prometido que su descendencia sería una gran multitud —"De cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar" (Gn. 22:17); "Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada" (Gn. 13:16). En el

[30]*Biblical Doctrines*, art. *The Millenium and the Apocalypse*, p. 647.

Nuevo Testamento encontramos que esta promesa se refiere no meramente a los judíos como nación sino a todos los creyentes, quienes son, en el sentido más alto, los verdaderos "hijos de Abraham". "Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham"; y nuevamente, "Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa" (Gá. 3:7, 29).

Isaías declaró que la voluntad de Jehová sería prosperada en manos del Mesías, y que éste vería el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho. En vista de lo intenso de su sufrimiento en el Calvario sabemos que no quedará satisfecho fácilmente.

La idea de que los salvos serán más numerosos que los no salvos se deja entrever también en los contrastes que presenta el lenguaje bíblico. El cielo es presentado como el *mundo* venidero, como un gran reino, un país, una ciudad; mientras que el infierno es presentado como un lugar comparativamente pequeño, una prisión, un lago (de fuego y azufre), un pozo (quizá profundo, pero estrecho), (Lc. 20:35; 1 Ti. 6:17; Ap. 21:1; Mt. 5:3; Heb. 11:16; 1 P. 3:19; Ap. 19:20; 20:10, 14, 15; 21:8-27). Cuando se mencionan los ángeles y los santos en las Escrituras, se dice que son ejércitos, miríadas, una innumerable multitud, millones de millones; sin embargo, en relación a los no salvos no se usa tal lenguaje, y su número parece ser relativamente insignificante (Lc. 2:13; Is. 6:3; Ap. 5:11). "El círculo de la elección divina", dice Shedd, "es el gran círculo de los cielos y no el de una rueda de molino. El reino de Satanás es insignificante en comparación al reino de Cristo. En la inmensa esfera del dominio de Dios el bien es la regla y el mal la excepción. El pecado es una minúscula mancha sobre el azul celeste de la eternidad; un diminuto punto sobre el sol. El infierno es sólo un rincón del universo".

Basándonos en estas consideraciones, podríamos decir que el número de los salvos en relación al de los no salvos puede compararse a la relación que existe entre el número de ciudadanos libres de nuestro país y el número de los que están en prisiones y penitenciarías; o podríamos decir que la compañía de los salvos es semejante al tronco del árbol que crece y florece, mientras que a los no salvos podemos comparar a las pequeñas ramas que son cortadas y quemadas en el fuego. ¿Quien, aunque no sea calvinista, no preferirá que tal sea verdaderamente el caso?

Pero, puede que surja la pregunta, ¿no enseñan versículos tales como, "Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan", y "Porque muchos son llamados, y pocos escogidos" (Mt. 7:14; 22:14), que los que se pierden son muchos más que los que se salvan? Creemos que estos versículos deben interpretarse en un sentido temporal, y que describen las condiciones que Jesús y sus discípulos vieron en Palestina en su día. La gran mayoría de las personas en aquellos días no estaba caminando en los caminos de justicia, y las palabras son habladas

desde el punto de vista de aquel momento presente y no desde el punto de vista del futuro día de juicio. Estos versículos presentan, más bien, un cuadro de lo que Jesús y sus discípulos vieron a su alrededor, y, desde esa perspectiva, pudiera que también describan al mundo como ha sido hasta el presente. Pero, pregunta el Dr. Warfield, "Según avanzan los años y los siglos y las edades, ¿no podrá ser—o, más bien, no será—que la proporción de los que siguen estos 'dos caminos' quede invertida?"

Estos versículos tienen también el propósito de enseñarnos que el camino de la salvación es uno de dificultades y sacrificios, y que es nuestro deber ocuparnos en nuestra salvación con diligencia y persistencia. Nadie debe presumir que su salvación es algo que puede darse por sentado. Los que entran al reino de los cielos entran a través de muchas tribulaciones; de ahí el mandato, "*Esforzaos* a entrar por la puerta angosta" (Lc. 13:24). La decisión de la vida es como la decisión entre dos caminos—uno es ancho, cómodo, y fácil de transitar, pero lleva a la destrucción. El otro es angosto y difícil, y lleva a la vida. "No hay más razon para suponer que este símil enseña que los salvos serán menos que los no salvos que suponer que la parábola de las diez vírgenes (Mt. 25:1ss) enseña que serán precisamente igual en número; y hay mucho menos razón para suponer que este símil enseña que los salvos serán menos que los no salvos que suponer que la parábola de la cizaña entre el trigo (Mt. 13:24ss) enseña que los no salvos serán pocos numéricamente en comparación con los salvos—aunque, por cierto, esa es una parte importante de la enseñanza de esta parábola".[31] Y podemos añadir que no hay más razon para suponer que la referencia a los dos caminos enseña que el número de los salvos serán menos que el de los no salvos que suponer que la parábola de la oveja perdida enseña que solo uno entre cien se pierde y que, con todo, ese uno será eventualmente rescatado, lo que sería nada menos que un absoluto restauracionismo.

10. El mundo se está tornando mejor progresivamente

La redención del mundo es un proceso largo y lento que se extiende a través de los siglos pero que, sin lugar a duda, alcanzará su meta señalada. Vivimos en una época de victoria progresiva en la cual podemos ver la conquista llevándose a cabo.

Hay períodos de prosperidad espiritual y períodos de depresión; no obstante, en general puede notarse el progreso. Mirando retrospectivamente a los dos mil años desde que Cristo vino por primera vez, podemos ver que ha habido maravilloso progreso, el cual alcanzará su culminación, y antes de que Cristo vuelva por segunda vez veremos un mundo cristianizado. Esto, cabe señalar, no significa que todo pecado será totalmente erradicado—

[31]Warfield articulo *"Are They Few that be Saved?"*

siempre habrá cizañas entre el trigo hasta el tiempo de la cosecha; y los justos, mientras permanezcan en este mundo, no estarán exentos de pecado y tentación. Lo que sí significa es que como hoy vemos ciertos grupos y comunidades cristianizados, así eventualmente veremos un mundo cristianizado.

"La manera correcta de juzgar al mundo es comparar su condición presente con la pasada, y notar en qué dirección está moviéndose. ¿Está retrocediendo o marcha adelante; se está tornando peor o mejor? Puede que se halle envuelto en sombras crepusculares, pero, ¿son sombras de la noche o de la mañana? ¿Se están intensificando estas sombras hacia una noche sin estrellas, o están desapareciendo ante el sol saliente?... Un vistazo al mundo como es hoy comparado a lo que era diez o veinte siglos atrás nos demuestra que el mundo ha recorrido por un gran arco y continúa moviéndose hacia la mañana".[32]

Hoy día hay muchas más riquezas consagradas al servicio de la iglesia que jamás antes; y, a pesar de la triste defección al modernismo en muchos lugares, creemos que hay mucha más actividad evangelística y misionera genuina que antes ha habido. El número de institutos bíblicos, colegios cristianos, y seminarios en los cuales se estudia la Biblia de forma sistemática está creciendo mucho más rápido que la población. El año pasado más de 11.000.000 de copias o porciones de la Biblia en varios idiomas fueron distribuidas en muchos países por la Sociedad Bíblica Americana solamente—lo que demuestra que la Biblia está siendo diseminada por toda la tierra como nunca antes.

La iglesia cristiana ha progresado en muchas partes del mundo, y durante los últimos dos o tres siglos ha establecido miles y miles de congregaciones individuales y ha sido una poderosa influencia benéfica en la vida de millones de personas. Además, ha establecido innumerables escuelas y hospitales, y bajo su benéfica influencia la cultura ética y el servicio social han progresado grandemente en el mundo, y las normas de moralidad de las naciones son mucho más altas hoy que cuando la iglesia fue establecida por primera vez aquí.

"La iglesia ha penetrado cada continente y se ha establecido en cada isla y ha levantado su bandera alrededor del ecuador y de polo a polo. La iglesia es hoy la más grande organización en la tierra, la única empresa verdaderamente mundial. Los resultados que ha obtenido son verdaderamente prometedores. En nuestro país el cristianismo ha crecido por lo menos cinco veces más rápido que la población. Cien años atrás una de cada quince personas era creyente; hoy una de cada tres, y si se excluyen los niños, una de cada dos. En el mundo en general los resultados son asombrosos. En el año 1500 d.C. había 100.000.000 de cristianos nominales en el mundo; en el año

[32]Snowden, *The Coming of the Lord*, p. 250.

1800 había 200.000.000, y las últimas estadísticas (1930) demuestran que, de una población mundial de 1.646.491.000 hay ahora 546.510.000 cristianos nominales, o sea, como una tercera parte de la población mundial. El cristianismo ha crecido mas en los últimos cien años que en los primeros diez y ocho siglos de su historia''.[33]

La aseveración de que el cristianismo ha crecido más en los últimos cien años que en los diez y ocho siglos anteriores parece ser más o menos correcta. De acuerdo a estadísticas recientes, 1950, el cristianismo tiene un mayor número de adherentes nominales que el total combinado de cualquiera otras dos religiones mundiales. Estas cifras demuestran que hay aproximadamente 640.000.000 cristianos, 300.000.000 confucianos (incluyendo taoístas), 230.000.000 hindúes, 220.000.000 mahometanos, 150.000.000 budistas, 125.000.000 animistas, 20.000.000 shintoístas, y 15.000.000 judíos. (Y aunque muchos de los que se consideran cristianos lo son sólo ''nominalmente'', la proporción de verdaderos creyentes es probablemente tan grande o más grande que la proporción en cualquiera de las religiones paganas). Y cabe señalar que todas las otras religiones, con excepción del mahometismo, son mucho más antiguas que el cristianismo. Además, sólo el cristianismo es capaz de crecer y florecer bajo la civilización moderna, mientras que todas las demás religiones se desintegran cuando vienen en contacto con la deslumbrante luz de la civilización moderna.

Ha sido sólo en los últimos cien años que las misiones al extranjero han adquirido su merecido lugar. Según dichas misiones vayan desarrollándose con la ayuda de grandes organizaciones eclesiásticas, están en condiciones de llevar a cabo una obra de evangelismo en tierras paganas como el mundo jamás ha visto. Podemos decir sin temor a equivocarnos que la presente generación en India, China, Corea, y Japón ha visto mayores cambios en la religión, la sociedad y el gobierno que los que han acontecido en los dos mil años anteriores. Cuando contrastamos la rápida expansión del cristianismo en años recientes con la rápida desintegración que está tomando lugar en todas las demás religiones del mundo, parece claro que el cristianismo es la religión mundial del futuro. A la luz de estos hechos miramos hacia el futuro confiados de que lo mejor está aún por venir.

11. La salvación de los niños pequeños

La mayoría de los teólogos calvinistas ha sostenido que aquellos que mueren en la infancia son salvos. Las Escrituras parecen enseñar claramente que los hijos de padres creyentes son salvos; pero nada o casi nada dicen en cuanto a los hijos de los paganos. La Confesión de Westminster no pasa juicio sobre los hijos de los paganos que mueren antes de llegar a la edad de

[33]Snowden, *Ibid.*, p. 265.

responsabilidad moral. En aquellas cosas sobre las cuales las Escrituras guardan silencio, la Confesión también guarda silencio. Nuestros principales teólogos, sin embargo, conscientes del hecho de que la misericordia de Dios es sobre todas sus obras, han abrigado la caritativa esperanza de que, como estos niños nunca han cometido pecado actual, su pecado heredado será perdonado y ellos serán salvos en base a principios puramente evangélicos.

Esta fue la posición sostenida por los teólogos Carlos Hodge, W. G. T. Shedd, y B. B. Warfield. Concerniente a aquellos que mueren en la infancia, dice el Dr. Warfield: ''El destino de éstos es determinado por el decreto incondicional de Dios, cual decreto no depende para su ejecución de una obra de ellos; Dios imparte la salvación a estas criaturas aplicando incondicionalmente a sus almas la gracia de Cristo, mediante la operación inmediata e irresistible del Espíritu Santo antes y aparte de obra alguna. . .y si la muerte en la infancia depende de la providencia de Dios, entonces ciertamente es Dios en su providencia quien escoge a esta vasta multitud para que sean partícipes de su salvación incondicional. . .Esto no es sino decir que están incondicionalmente predestinados a salvación desde la fundación del mundo. Si sólo una de estas criaturas que mueren en la infancia es salva, todo el principio arminiano queda trastornado. Si todos los niños pequeños que mueren son salvos, entonces no sólo la mayoría de los salvos, sino la mayoría de la raza humana, ha entrado a la vida por un camino no arminiano''.[34]

Ciertamente, nada hay en el sistema calvinista que nos impida creer esto; y hasta que se pruebe que Dios no pudo predestinar a vida eterna a todos aquellos a quienes le place llamar en la infancia, se nos debe permitir sostener esta posición.

Los calvinistas, por supuesto, sostienen que la doctrina del pecado original se aplica tanto a niños como a adultos. Los niños, por ser hijos de Adán, son también culpables del pecado de la raza y podrían justamente ser castigados. Su ''salvación'' es *real* y es posible sólo mediante la gracia de Cristo, y es tan inmerecida como la de los adultos. Pero el calvinismo, en vez de minimizar la culpa y el castigo que merecen los niños a causa del pecado original, alaba la misericordia de Dios en la salvación de éstos. La salvación de los niños es algo significante, ya que es la liberación de almas culpables de la miseria eterna. Y es costosa, ya que fue comprada a precio del sufrimiento de Cristo en la cruz. Los que sostienen la otra posición en caunto al pecado original, es decir, que dicho pecado no es propiamente pecado y que, por tanto, no merece el castigo eterno, ven la maldad de la cual son ''salvados'' los niños como algo insignificante y, por consiguiente, el amor y la gratitud que deben a Dios son también pequeños.

[34]*Two Studies in the History of Doctrine*, p. 230.

La doctrina de la salvación de los niños pequeños encuentra un lugar lógico en el sistema calvinista; en dicho sistema la redención del alma es algo determinado infaliblemente aparte de la fe, el arrepentimiento, o las buenas obras, sean actuales o previstos. Esta doctrina, sin embargo, no encuentra un lugar lógico ni en el sistema arminiano ni en ningún otro. Además, en un sistema como el arminiano, que hace que la salvación dependa de un acto personal de decisión inteligente, lógicamente demandaría que aquellos que mueren en la infancia, o tengan otro período de prueba después de la muerte a fin de determinar cual será su destino o sean aniquilados.

El Dr. S. G. Craig ha escrito lo siguiente en relación a esta cuestión: "Sostenemos que ninguna doctrina de la salvación de niños pequeños es *cristiana* a menos que enseñe que los infantes son miembros perdidos de una raza perdida, para los cuales no hay salvación aparte de Cristo. Debe ser obvio, por tanto, que la doctrina que sostiene que todos los que mueren en la infancia son salvos no armoniza con el sistema católicorromano ni con el anglo católico, con su enseñanza en la regeneración bautismal, ya que es claro que la mayor parte de los que han muerto en la infancia no han sido bautizados. El sistema luterano tampoco tiene lugar para la idea de que todos los que mueren en la infancia son salvos debido a sus enseñanzas sobre la necesidad de los medios de gracia, especialmente la Palabra y los sacramentos. Si la gracia está sólo en los medios de gracia—en el caso de los niños sería el bautismo—entonces, es obvio que la mayor parte de aquellos que mueren en la infancia mueren sin recibir la gracia divina. Los arminianos, el igual, no tienen derecho a creer en la salvación de todos los que mueren en la infancia; de hecho, no tienen derecho alguno de creer en la salvación de ninguno que muere en la infancia, ya que, según ellos, aun los arminianos evangélicos, Dios en su gracia ha provisto meramente a los hombres una oportunidad para salvación. Sin embargo, no parece que una mera oportunidad para salvación pueda ser de beneficio alguno para criaturas que mueren en la infancia".[35]

Aunque el calvinismo rechaza la doctrina de la regeneración bautismal y considera el bautismo de los no elegidos una ceremonia hueca, con todo, extiende la gracia salvadora mucho más allá de los límites de la iglesia visible. Si es cierto que todos aquellos que mueren en la infancia, en tierras paganas al igual que en tierras cristianas, son salvos, entonces más de la mitad de la raza humana hasta el presente ha estado entre los elegidos. Además, los calvinistas sostienen que la fe salvadora en Cristo es el único requisito para salvación para los adultos y, por consiguiente, ellos no consideran la membresía en la igelsia externa un requisito o garantía de salvación. Los calvinistas creen que muchos adultos que no están vinculados de forma

[35]*Cristianity Today*, Enero 1931, p. 14.

alguna con la iglesia externa son salvos. Todo creyente consecuente, por supuesto, se someterá al bautismo conforme al explícito mandamiento de las Escrituras y se unirá a la iglesia externa como miembro; sin embargo, hay muchos que, ya sea por una fe débil o por falta de oportunidad, no cumplen con dicho mandamiento.

Muchas veces se ha alegado que la Confesión de Westminster al declarar que "Los niños elegidos que mueren en la infancia son regenerados y salvados por Cristo" (Cap. X, Secc. 3), implica que hay niños no elegidos que, muriendo en la infancia, se pierden y que la iglesia presbiteriana enseña que algunos de los que mueren en la infancia se pierden. Respecto a esto dice el Dr. Craig: "La historia de la frase 'niños elegidos que mueren en la infancia', deja ver con claridad que el contraste no es entre 'niños elegidos que mueren en la infancia' y 'niños no elegidos que mueren en la infancia', sino más bien entre 'niños elegidos que mueren en la infancia' y 'niños elegidos que viven hasta la edad adulta' ". Sin embargo, para evitar malos entendidos, de los cuales se aprovechan controversialistas poco amistosos, la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América adoptó en 1903 una afirmación aclaratoria que dice como sigue: "En cuanto al capítulo X, sección 3 de la Confesión de Fe, no ha de entenderse como si enseñase que algunos de los que mueren en la infancia se pierden. Creemos que todos los que mueren en la infancia están incluidos en la elección de gracia, y son regenerados y salvados por Cristo mediante el Espíritu, quien obra cuando y donde y como le place".

Respecto a esta afirmación aclaratoria dice el Dr. Craig: "Es obvio que la afirmación aclaratoria va más allá de lo que enseña el capítulo X, sección 3 de la Confesión de Fe, ya que declara positivamente que todos los que mueren en la infancia son salvos. Algunos sostienen que la afirmación aclaratoria va más allá de las Escrituras al enseñar que todos los que mueren en la infancia son salvos; pero, sea como fuere, es imposible afirmar que los presbiterianos enseñan que hay niños no elegidos que mueren en la infancia. Sin duda ha habido algunos presbiterianos que han sostenido que algunos de los que mueren en la infancia se pierden; pero ésta nunca ha sido la posición oficial de la iglesia presbiteriana, y, hoy por hoy, dicha posición se contradice por el credo de la iglesia".[36]

En ocasiones se ha dicho que Calvino enseñó la condenación de algunos de los que mueren en la infancia. Un examen cuidadoso de sus escritos, sin embargo, no sostiene esta alegación. Calvino enseñó explícitamente que algunos de los elegidos mueren en la infancia y son salvos como niños. También enseñó que había niños réprobos; Calvino sostenía que la reprobación, al igual que la elección, era eterna y que, por tanto, los no elegidos nacen ré-

[36]*Ibid.*, Enero 1931, p. 14.

probos. Pero en ninguna parte enseñó que los réprobos mueren y se pierden *como niños*. Calvino, por supuesto, rechazó la posición pelagiana que negaba el pecado original y basaba la salvación de los que mueren en la infancia en la supuesta inocencia e impecabilidad de éstos. La posición de Calvino sobre este tema ha sido minuciosamente examinada por el Dr. R. A. Webb y sus conclusiones han sido resumidas en el siguiente párrafo: "Calvino enseña que todos los réprobos 'procuran'—(esa es la palabra que él usa) —'procuran' su propia destrucción; y la procuran mediante sus propios actos personales y conscientes de 'impiedad', 'maldad', y 'rebelión'. Ahora bien, los niños réprobos, aunque culpables del pecado original y bajo condenación, no pueden 'procurar', mientras son pequeños, su propia destrucción mediante actos personales de impiedad, maldad, y rebelión. Es menester, por tanto, que vivan hasta la edad de responsabilidad moral de modo que puedan perpetrar dichos actos los cuales, dice Calvino, son el *modo* por lo cual los tales procuran su propia destrucción. Así que, aunque Calvino enseña que hay niños réprobos y que éstos finalmente se perderán, en ninguna parte enseña que se perderán *como niños*, es decir, *en su infancia*; sino, al contrario, sostiene que todos los réprobos 'procuran' su propia destrucción mediante actos personales de impiedad, maldad, y rebelión. Por consiguiente, su propio razonamiento le obliga a sostener (para ser consecuente consigo mismo) que ningún niño réprobo puede morir en la infancia; sino que los tales deben vivir hasta la edad de responsabilidad moral y cambiar el pecado original en pecado actual".[37]

En ninguno de sus escritos Calvino sostiene, sea directamente o por justificada o necesaria inferencia, que algunos de los que mueren en la infancia se pierden. La mayor parte de los pasajes aducidos por los oponentes para probar este punto son meramente pasajes donde Calvino discute la doctrina del pecado original, y enseña la realidad de la culpa y depravación de toda la raza. La mayoría de estos pasajes son tomados de secciones sumamente controversiales donde él discute otras doctrinas y donde se expresa incautamente; si se leyesen en su contexto, el significado de dichos pasajes se vería claramente. Calvino sólo dice de todos los niños lo que David dijo específicamente de sí mismo: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre", (Sal. 51:5); y lo que Pablo repitió más tarde, "En Adán todos mueren", (1 Co. 15:22), y todos son "por naturaleza hijos de ira", (Ef. 2:3).

Creemos haber demostrado que la doctrina de la elección es bíblica en todas sus partes y que además es un claro dictado de la razón común. Aquellos que se oponen a esta doctrina lo hacen o porque no la entienden o porque no consideran la majestad y santidad de Dios, ni la corrupción y culpa

[37]*Calvin Memorial Addresses*, p. 112.

de su naturaleza. Los tales olvidan que están ante su Hacedor no como quienes tienen derecho a la misericordia divina, sino como criminales bajo condena que sólo merecen el castigo. Tales personas quieren la libertad de desarrollar su propio esquema de salvación y rehusan aceptar el plan de Dios que es por *gracia*. La doctrina de la elección no armonizará con ningún pacto de obras, ni con un pacto híbrido de obras y gracia. La doctrina de la elección armoniza únicamente con un pacto de pura gracia.

12. Resumen de la doctrina reformada de la elección

1. La elección es un acto libre y soberano de Dios, mediante el cual Dios determina quienes habrán de ser los herederos de las riquezas celestiales.
2. El decreto de elección fue hecho en la eternidad.
3. El decreto de elección contempla a la raza como ya caída.
4. Los elegidos son traídos de un estado de pecado y miseria a uno de bienaventuranza y felicidad.
5. La elección es personal y determina cuáles individuos en particular serán salvos.
6. La elección incluye los medios así como los fines—la elección a vida eterna incluye la elección a una vida de santidad aquí en el mundo.
7. El decreto de elección es hecho eficaz mediante la obra eficiente del Espíritu Santo, quien obra cuándo, y dónde, y cómo le place.
8. La gracia común de Dios inclinaría a todos los hombres al bien si éstos no la resistiesen.
9. El decreto de elección pasa por alto a los no elegidos—los no elegidos sufren las justas consecuencias de su pecado.
10. A algunos hombres se les permite continuar en el mal, que de su propia voluntad escogen, para su propia destrucción.
11. Dios, en su soberanía, *podría* regenerar a todos los hombres si así lo deseara.
12. El Juez de toda la tierra hará lo que es justo, y extenderá su gracia salvadora a multitudes que no la merecen.
13. La elección no está basada en fe o en buenas obras vistas de antemano, sino sólo en la soberana y buena voluntad de Dios.
14. La mayor parte de la raza humana ha sido elegida a vida.
15. Todos los que mueren en la infancia pertenecen a los elegidos.
16. Ha habido también una elección de individuos y de naciones a favores y privilegios externos y temporales—una elección que no llega a la salvación.
17. La doctrina de la elección es enseñada y enfatizada repetidas veces a través de las Escrituras.

Capítulo 12

Expiación limitada*

1. Exposición de la doctrina. 2. El valor infinito de la expiación de Cristo. 3. El propósito y la aplicación de la expiación son limitados. 4. La obra de Cristo como el perfecto cumplimiento de la ley. 5. Un rescate. 6. El propósito divino en el sacrificio de Cristo. 7. La exclusión de los no elegidos. 8. El argumento basado en la presciencia de Dios. 9. Ciertos beneficios que se extienden a la humanidad en general.

1. Exposicion de la doctrina

La pregunta que hemos de discutir bajo el tema de la "expiación limitada" es, ¿Ofreció Cristo su vida como sacrificio por toda la humanidad, por cada individuo sin distinción o excepción; o la ofreció por los elegidos únicamente? En otras palabras, ¿tuvo el sacrificio de Cristo el propósito meramente de brindar a todos los hombres la posibilidad de ser salvos o fue su propósito el de asegurar la salvación de aquellos que le habían sido dados por el Padre? Los arminianos sostienen que Cristo murió por todos por igual, mientras que los calvinistas sostienen que según la intención y el plan de Dios Cristo murió por *los elegidos únicamente*, y que su muerte tuvo sólo una relación incidental con el resto de los hombres en la medida en que estos participan de la gracia común. Quizá pudiésemos ver el significado más claramente si usásemos la frase "redención limitada" en vez de "expiación limitada". La expiación es, por supuesto, estrictamente una transacción infinita; la limitación surge, teológicamente, en la aplicación de los beneficios de la expiación, es decir, en la redención. Pero dado que el uso teológico de

*En muchos círculos calvinistas se prefiere hablar de "expiación definida" o "expiación particular" en lugar de "expiación limitada". (N. de la Red.)

la frase "expiación limitada" está bien establecido y su significado es bien conocido, continuaremos usándola.

La Confesión de Westminster dice concerniente a esta doctrina: "...Por lo cual, aquellos que son elegidos, estando caídos en Adán, son redimidos por Cristo, llamados eficazmente a la fe en Cristo por su Espíritu, quien obra a su debido tiempo, justificados, adoptados, santificados y guardados por su poder mediante la fe para salvación. Ningunos otros son redimidos por Cristo, llamados eficazmente, justificados, adoptados, santificados y salvados, sino únicamente los elegidos".[1]

Como podrá notarse, esta doctrina se desprende necesariamente de la doctrina de la elección. Si desde la eternidad Dios se propuso salvar a una porción de la humanidad y al resto no, sería contradictorio afirmar que su obra tiene referencia igual a ambas porciones, o que envió a su Hijo a morir por aquellos que él había predeterminado no salvar en el mismo sentido en que lo envió a morir por aquellos que había escogido para salvación. Estas dos doctrinas se mantienen o se caen juntas. Sería ilógico aceptar una y rechazar la otra. Si Dios ha elegido a algunos a vida eterna y a otros no, entonces es obvio que el propósito primordial de la obra de Cristo fue redimir a los elegidos.

2. El valor infinito de la expiación de Cristo

Esta doctrina no significa que se puede limitar el valor o el poder de la expiación que Cristo hizo. El valor de la expiación depende de y es medido por la dignidad de la persona que la hizo; y dado que Cristo sufrió como una persona divina—humana, el valor de su sufrimiento es infinito. Los escritores de la Biblia afirman que "el Señor de gloria" fue crucificado (1 Co. 2:8); que hombres impíos mataron al "Autor de la vida" (Hch. 3:5); y que Dios "compró" la iglesia "con su propia sangre" (Hch. 20:28). La expiación, por tanto, es infinitamente meritoria y hubiera podido salvar a cada miembro de la raza humana si esa hubiera sido la voluntad de Dios. La expiación es limitada sólo en el sentido de que era destinada para salvar a ciertos individuos en particular y, por consiguiente, es aplicada únicamente a dichos individuos; es decir, a los salvos.

A veces surgen malos entendidos sobre este punto debido a la suposición equivocada de que los calvinistas enseñan que Cristo sufrió un tanto por un alma y otro tanto por otra, y que hubiese sufrido más si más individuos hubiesen de ser salvos. Creemos que aun si muchísimos menos hubiesen de ser perdonados y salvados, una expiación de valor infinito hubiese sido necesaria a fin de haberles asegurado estas bendiciones; y aunque muchos más o aun todos los hombres hubiesen de ser perdonados y salvados, el sacrificio

[1]Cap. III, Secc. 6.

de Cristo hubiese sido ampliamente suficiente como la base de la salvación de éstos. Así como es necesario que el sol dé tanto calor para que una sola planta pueda crecer sobre la tierra como para que toda la tierra se cubierta de vegetación, de igual manera era necesario que Cristo sufriera tanto si una sola alma fuera salva como que muchas almas o aun toda la humanidad fueron salvas. Puesto que el pecador cometió una ofensa contra una Persona de infinita dignidad, por lo cual fue condenado al sufrimiento eterno, nada que no fuera un sacrificio de infinito valor podría expiar su culpa. Nadie supone que como el pecado de Adán era la base de la condenación de la raza, esto, por tanto, signifique que Adán pecó un tanto por una persona y otro tanto por otra y que hubiese pecado más si hubiera de haber más pecadores. ¿Porqué, entonces, suponer que éste es el caso con relación al sufrimiento de Cristo?

3. El propósito y la aplicación de la expiación son limitados

Aunque el valor de la expiación es *suficiente* para salvar a toda la humanidad, es *eficiente* para salvar sólo a los elegidos. La expiación puede salvar tan fácilmente a una como a cualquier otra persona, y en este sentido la salvación de toda persona es objetivamente posible; sin embargo, debido a dificultades subjetivas que surgen a causa de la inhabilidad del pecador de ver o de apreciar las cosas de Dios, sólo son salvados aquellos que son regenerados y santificados por el Espíritu Santo. La razón por qué Dios no aplica esta gracia a todos los hombres no ha sido completamente revelada.

Cuando se sostiene que la expiación es universal, se destruye su valor inherente. Si la expiación se aplica a todos los hombres, y algunos se pierden, entonces la conclusión es que la expiación sólo hace objetivamente posible la salvación de todos los hombres, pero *en realidad no salva a nadie*. De acuerdo a la teoría arminiana, la expiación sólo brinda a los hombres la posibilidad de cooperar con la gracia divina y de salvarse a sí mismos—si así lo desean. Pero muéstrenos primero a uno curado del cáncer que aún continúa muriendo de cáncer, y entonces aceptaremos el cuadro de uno lavado del pecado que aún continúa pereciendo en su incredulidad. La naturaleza de la expiación determina su extensión. Si la expiación meramente hizo posible la salvación, entonces se aplica a todos sin excepción. Pero si efectivamente aseguró la salvación, entonces se aplica sólo a los elegidos. El Dr. Warfield dice, "Las dos alternativas que tenemos son una expiación de supremo valor, o una expiación de ilimitada extensión. Las dos no pueden ir juntas". La única manera de universalizar la obra de Cristo sería evaporando su esencia.

Es importante que no haya malos entendidos sobre este punto. El arminiano limita la expiación tan ciertamente como el calvinista. El calvinista limita *la extensión* de la expiación al decir que ésta no es aplicada a todas las

personas (aunque como se ha demostrado anteriormente, creemos que es eficaz para la salvación de la mayor parte de la humanidad); y el arminiano limita el *poder* de la expiación, ya que dice que en sí misma dicha expiación no salva a nadie. El calvinista la limita cuantitativamente, pero no cualitativamente; el arminiano la limita cualitativamente, pero no cuantitativamente. Para el calvinista la expiación es como un puente estrecho que cruza de un lado a otro del río; para el arminiano es como un puente muy ancho que sólo llega a la mitad del río. De hecho, el arminiano pone limitaciones más severas a la obra de Cristo que el calvinista.

4. La obra de Cristo como el perfecto cumplimiento de la ley

Si los beneficios de la expiación son universales e ilimitados, entonces la expiación debe haber sido como los arminianos dicen que fue—meramente un sacrificio que quitó la maldición que pesaba sobre la raza debido a la caída en Adán, un mero sustituto de las exigencias de la ley que Dios en su soberanía estaba dispuesto a aceptar en lugar de la obediencia que el pecador estaba obligado a rendir, y no una satisfacción perfecta que cumplió las demandas de la justicia. Esto significaría que Dios ya no demanda perfecta obediencia como lo demandó de Adán, sino que ha rebajado las condiciones de la salvación y ha quitado los obstáculos legales, aceptando la fe y la obediencia evangélica que el pecador con habilidad restaurada por gracia pueda ejercer si desea, el Espíritu Santo ayudando de manera general, por supuesto. Dios manifiesta su gracia al ofrecer una manera más fácil de salvación—él ahora acepta cincuenta centavos del dólar, por así decirlo, ya que el pecador incapacitado no puede pagar más.

Los calvinistas, en cambio, sostienen que la ley de la obediencia perfecta originalmente dada a Adán es permanente, y que Dios jamás ha hecho nada que daría la impresión que la ley es o demasido estricta en sus exigencias o demasiado severa en su castigo, o que necesita ser abrogada o derogada. La justicia divina demanda que el pecador sea castigado, ya sea personalmente o mediante un sustituto. Sostenemos que Cristo actuó como sustituto de los elegidos, que hizo plena satisfacción por los pecados de éstos, y así quitó la maldición que pesaba sobre ellos a causa del pecado de Adán y de todos los pecados temporales; y que mediante su vida impecable guardó perfectamente para ellos la ley que Adán había transgredido, ganando así para los escogidos la recompensa de la vida eterna. Creemos que el requisito para la salvación ahora como originalmente es *la obediencia perfecta*, que los méritos de Cristo son imputados a los escogidos como la única base de la salvación de éstos, y que éstos entran al cielo vestidos sólo con la túnica de la perfecta justicia de Cristo, sin mérito personal alguno. De este modo la gracia, la *pura gracia*, se extiende no al rebajar los requisitos para la salva-

ción sino mediante la obra de Cristo, quien sufrió como sustituto por los escogidos. Cristo tomó el lugar de los escogidos ante la ley e hizo por ellos lo que ellos no podían hacer por sí mismos. Este principio calvinista hace hincapié en la absoluta perfección e inalterable obligación a la ley que originalmente fue dada a Adán. La ley no es relajada ni echada a un lado sino apropiadamente honrada de tal modo que demuestra su excelencia. La ley continúa ejerciendo su absoluta autoridad tanto sobre los salvos, a favor de quienes Cristo obró, como sobre los que han de ser sometidos al castigo eterno.

Si la teoría arminiana fuese cierta, entonces millones por quienes Cristo murió y para quienes compró la salvación perecen sin recibir los beneficios de dicha salvación. ¿A qué beneficios pudiéramos señalar en las vidas de los paganos, por ejemplo, y decir que los han recibido como frutos de la expiación? Además si dicha teoría fuese cierta entonces tendríamos que concluir que los planes de Dios muchas veces han sido obstaculizados y frustrados por sus criaturas y que aunque él hace según su voluntad en los ejércitos de los cielos, no lo hace entre los habitantes de la tierra.

"El pecado de Adán", dice Carlos Hodge, "no hizo meramente posible la condenación de todos los hombres; fue la base de su condenación. Del mismo modo la justicia de Cristo no hizo meramente posible la salvación de los hombres, sino que aseguró la salvación de aquellos a favor de quienes él la ganó".

El gran predicador bautista Carlos H. Spurgeon dijo: "Si Cristo ha muerto por ti, nunca te perderás. Dios no castigará dos veces por la misma ofensa. Si Dios castigó a Cristo por tus pecados, no te castigará a ti también. 'La justicia de Dios no puede demandar el pago dos veces; primero, de la mano herida del Salvador, y luego de la mía'. ¿Cómo podría ser justo Dios si castigara a Cristo, el sustituto, y luego también al pecador?"

5. Un rescate

Las Escrituras afirman que Cristo fue un *rescate* por sus escogidos—"El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28). Nótese que este versículo no dice que él dio su vida en rescate por *todos*, sino por *muchos*. La naturaleza de un rescate es tal que cuando es pagado y aceptado automáticamente deja en libertad a la persona a favor de la cual se paga. De otro modo no podría llamársele rescate. La justicia demanda que aquellos a favor de los cuales se paga el rescate sean eximidos de cualquier otra obligación adicional. Por tanto, si el sufrimiento y la muerte de Cristo fueron un rescate a favor de todos los hombres y no únicamente a favor de los elegidos, entonces los méritos de su obra debieran comunicarse a todos por igual y la pena del castigo

eterno no pudiera infligírsele a ninguna persona. Dios sería injusto si infligiese el terrible castigo dos veces, primero al sustituto y luego a los hombres mismos. Concluimos, por tanto, que la expiación de Cristo no se extiende a todos los hombres sino que está limitada a aquellos a favor de los cuales él actuó como fiador; es decir, a los que componen su iglesia verdadera.

6. El propósito divino en el sacrificio de Cristo

Si la muerte de Cristo tuvo el propósito de salvar a todos los hombres, entonces tendríamos que concluir o que Dios no pudo o que no quiso llevar a cabo sus planes. Pero como la obra de Dios es siempre eficiente, aquellos a favor de los cuales se hizo la expiación y aquellos que son actualmente salvados son las mismas personas. Los arminianos suponen que los propósitos de Dios son mutables, y que se pueden malograr. Afirmar que Dios envió a su Hijo a redimir a todos los hombres, pero que al ver que su plan no se podría lograr, prosiguió a "elegir" a aquellos que vio de antemano ejercerían fe y arrepentimiento, es presentar a Dios como a uno que desea lo que no puede acontecer—haciendo depender sus propósitos y planes de la voluntad y de las obras de criaturas que dependen totalmente de él. Ningún ser racional que posea la sabiduría y el poder para llevar a cabo sus planes intenta algo que sabe nunca logrará o adopta planes para lograr un fin que sabe nunca alcanzará. Mucho menos Dios, cuya sabiduría y poder son infinitos, obrará de esta manera. Podemos estar seguros de que si algunos hombres se pierden, es porque Dios nunca se propuso salvarlos, y nunca planeó ni puso en operación medios diseñados para lograr dicho fin.

Jesús mismo limitó el propósito de su muerte cuando dijo: "Yo pongo mi vida por las ovejas". Si fue por las ovejas que él puso su vida, entonces el carácter expiatorio de su obra no era universal. En otra ocasión dijo a los fariseos, "Vosotros no sois de mis ovejas"; y nuevamente, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo". ¿Sostendrá alguno que puso su vida por éstos, ya que los excluye tan directamente? El ángel que apareció a José le dijo que el hijo de María habría de llamarse JESUS, porque su misión en el mundo era la de salvar a su pueblo de sus pecados. Es decir, él vino no meramente a hacer posible la salvación sino a salvar realmente a su pueblo; y podemos tener la completa confianza de que logró lo que vino a hacer.

Puesto que la obra de Dios nunca es en vano, aquellos escogidos por el Padre, redimidos por el Hijo, y santificados por el Espíritu Santo—o, en otras palabras, la elección, la redención, y la santificación—incluyen siempre a las mismas personas. La doctrina arminiana de la expiación universal da lugar a una desigualdad en estas tres partes de la salvación y, por consiguiente, destruye la perfecta armonía que existe en la Trinidad. Expiación universal significa salvación universal.

Cristo enseñó que los elegidos y los redimidos eran las mismas personas cuando en la oración intercesoria dijo: "Tuyos eran, y me los diste", y "Yo ruego *por ellos*; no ruego *por el mundo*, sino *por los que me diste*; porque tuyos son, y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos" (Jn. 17:6, 9, 10). Y, nuevamente, "Yo soy el buen pastor; y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas" (Jn. 10:14, 15). Encontramos la misma enseñanza en el versículo que nos exhorta a apacentar "la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre" (Hch. 20:28). Se nos dice, además, que "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Ef. 5:25); y que puso su vida por sus amigos (Jn. 15:13). Cristo murió por hombres como Pablo y Juan, no por hombres como Faraón y Judas, quienes eran cabros y no ovejas. No podemos afirmar que su muerte tuvo como propósito el salvar a todos a menos que estemos dispuestos a afirmar también que Faraón, Judas, etc., eran de las ovejas, los amigos y la iglesia de Cristo.

Además, cuando se dice que Cristo dio su vida por su iglesia, o por su pueblo, es imposible sostener que esto significa que dio su vida tanto por réprobos como por aquellos a quienes se propuso salvar. La humanidad está dividida en dos clases y lo que explícitamente se afirma de una queda implícitamente negado de la otra. En cada caso algo es afirmado de aquellos que pertenecen a un grupo que no es cierto de aquellos que pertenecen al otro. Cuando, por ejemplo, se dice que un hombre lucha y sacrifica su salud y sus fuerzas por sus hijos, se está negando implícitamente que el motivo que lo gobierna sea mera filantropía, o que su intención sea la de lograr el bien de la sociedad. De igual manera, cuando se dice que Cristo murió por su pueblo se está negando que haya muerto igualmente por todos los hombres.

7. La exclusión de los no elegidos

No fue, por tanto, un amor general e indiscriminado del cual eran objetos todos los hombres, lo que movió a Dios a enviar a su Hijo al mundo a sufrir y a morir, sino que fue un amor especial, misterioso e infinito por sus elegidos. Cualquier teoría que niegue esta maravillosa y preciosa verdad, y que trate de presentar este amor como una mera indiscriminada benevolencia o filantropía que tuvo como objeto a todos los hombres, muchos de los cuales perecen, no puede ser bíblica. Cristo no murió por un grupo indiscriminado de personas, sino por su pueblo, su novia, su iglesia.

El agricultor valora su campo. Pero nadie supone que este se preocupe igualmente por cada planta que crece allí, por "la cizaña" al igual que por "el trigo". El campo de Dios es el mundo (Mt. 13:38), y Dios lo ama a causa de "la buena semilla", los hijos del reino, y no a causa de los hijos del

malo. No es a la humanidad en su totalidad a la que Dios ama y a la cual indiscriminadamente redime por Cristo. Dios no comunica su bondad de la misma manera que el sol su luz, o el árbol su placentera sombra, los cuales no escogen sus objetos sino que brindan sus beneficios a todos indiscriminadamente. Afirmar tal cosa equivaldría a decir que Dios no tiene mayor entendimiento que el sol, el cual brilla no donde le place, sino donde debe brillar. Dios es una Persona con entendimiento, y posee el derecho soberano de escoger a sus propios objetos.

En Génesis leemos que Dios "puso enemistad" entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente. Ahora bien ¿quiénes son la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente? De primera instancia pudiera suponerse que la simiente de la mujer es la entera raza humana que descendió de Eva. Pero en Gálatas 3:16 Pablo usa este término "simiente", y lo aplica a Cristo como un individuo. "No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos; sino como a uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo". De igual manera puede notarse que la simiente de la serpiente no son los descendientes literales del diablo, sino aquellos miembros no elegidos de la raza humana, quienes comparten la naturaleza pecaminosa del diablo. Jesús dijo de sus enemigos, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer" (Jn. 8:44). Pablo reprendió a Elimas el mago llamándole hijo del diablo y enemigo de toda justicia. Y a Judas se le llama diablo (Jn. 6:70). La simiente de la mujer y la simiente de la serpiente son, por tanto, dos porciones distintas de la raza humana. En otras partes de las Escrituras se nos dice que Cristo y su pueblo son "uno", que él habita en ellos y está unido a ellos como la vid a los pámpanos. Y puesto que desde el mismo principio Dios "puso enemistad" entre estos dos grupos, es obvio que él nunca los amó a ambos de la misma manera, ni se propuso redimir a todos por igual. La expiación universal y la maldición que Dios pronunció sobre la serpiente nunca pueden ir juntos.

Existe también un paralelo digno de notarse entre el sumo sacerdote del antiguo Israel y Cristo quien es nuestro Sumo Sacerdote; el primero, se nos dice, fue un tipo del segundo. En el gran día de la expiación el sumo sacerdote ofrecía sacrificios por los pecados de las doce tribus de Israel. Intercedía sólo por ellas. Cristo, de igual manera, oró no por el mundo sino por los suyos. La intercesión del sumo sacerdote conseguía para los israelitas bendiciones de las cuales quedaban excluidos todos los demás pueblos; y la intercesión de Cristo, la cual es también particular pero de un orden mucho más alto, ciertamente será eficaz en el más alto grado, ya que a él siempre le oye el Padre.

Cabe señalar, además, que no es necesario que la misericordia de Dios sea impartida a todos los hombres sin excepción antes de que dicha misericordia pueda considerarse realmente infinita; ya que los hombres en su totalidad

no constituyen una multitud estricta y propiamente infinita. Las Escrituras enseñan claramente que el diablo y los ángeles caídos están excluidos de los propósitos benévolos de Dios. Sin embargo, su misericordia es infinita ya que rescata la gran multitud de sus elegidos del pecado y de la miseria indescriptible y eterna y la conduce a una bienaventuranza indescriptible y eterna.

Aunque los arminianos sostienen que Cristo murió por todos los hombres por igual y que obtuvo suficiente gracia como para hacer posible que todos los hombres puedan arrepentirse, creer y perseverar, si sólo quieren cooperar con esta gracia, también sostienen que aquellos que rehusan cooperar serán castigados por toda la eternidad *en base al rechazo de la gracia ofrecida* mucho más severamente que lo que hubiesen sido si Cristo nunca hubiera muerto por ellos. Podemos ver que hasta el presente en la historia de la humanidad la gran mayoría de los adultos no ha cooperado con dicha gracia y, por tanto, ha atraído sobre sí mayor miseria que la que hubiese experimentado si Cristo jamás hubiese venido. Ciertamente, una creencia que permite que la obra redentora de Dios fracase de tal manera, y que arroja tan poca gloria sobre la expiación de Cristo, no puede ser verdadera. Es, sin lugar a duda, en las doctrinas calvinistas de la elección incondicional y de la expiación limitada, que se manifiestan mucho más ampliamente el amor y la misericordia de Dios que en las doctrinas arminianas de la elección condicional y la expiación ilimitada.

8. El argumento basado en la presciencia de Dios

El argumento basado en la presciencia de Dios es en sí suficiente para probar esta doctrina. ¿No es la mente de Dios infinita? ¿No son sus percepciones perfectas? ¿Quién puede pensar que Dios, como endeble mortal, "dispararía a la bandada sin percatarse de las aves individuales"? Puesto que él conocía de antemano quienes eran los que habían de ser salvos—y los arminianos más evangélicos admiten que Dios sí tiene presciencia exacta de todos los eventos—él no hubiera enviado a Cristo a salvar a aquellos que él conocía de antemano se iban a perder. Como dice Calvino: "¿Dónde estaría la consistencia de Dios al llamar a sí a aquellos que él sabe jamás vendrán?" Si un hombre sabe que en una habitación contigua hay diez naranjas, siete de ellas buenas y tres de ellas podridas, no irá a la habitación esperando encontrar diez naranjas buenas. O si se conoce de antemano que de cincuenta hombres a los cuales se enviarán invitaciones para un banquete, diez no vendrán, no enviará las invitaciones esperando que también esos diez vendrán junto con los demás. Los que dicen creer en la presciencia de Dios y sin embargo dicen que Cristo murió por todos los hombres, se engañan a sí mismos; porque, ¿no es esto atribuirle necedad a Aquél cuyos caminos son perfectos? Representar a Dios como esforzándose sinceramente por lograr lo que él sabe jamás hará es representarle como uno que actúa neciamente.

9. Ciertos beneficios que se extienden a la humanidad en general

En conclusión diremos que los calvinistas no niegan que la humanidad en general recibe algunos beneficios importantes de la expiación de Cristo. Los calvinistas admiten que la expiación detiene el castigo inmediato que se le hubiese infligido a toda la raza a causa del pecado de Adán; que sirve como base para la predicación del evangelio y que, por consiguiente, da lugar a muchas influencias morales positivas en el mundo y restringe muchas malas influencias. Pablo pudo decir a los paganos de Listra que Dios "no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones" (Hch. 14:7). Dios hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. Muchas bendiciones temporales son derramadas sobre todos los hombres, aunque dichas bendiciones resultan ser insuficientes para la salvación.

Cunningham ha presentado de manera clara la posición calvinista sobre este punto en el siguiente párrafo: "Los que sostienen la doctrina de la redención particular, o expiación limitada, no niegan que la humanidad en general, aun aquellos de la raza humana que finalmente perecen, deriva ciertas ventajas o beneficios de la muerte de Cristo y ninguna de sus creencias requiere que se niegue este hecho. Los calvinistas creen que importantes beneficios a favor de la raza humana han surgido a consecuencia de la muerte de Cristo, y que de estos beneficios participan aun aquellos que perseveran hasta el fin en su impenitencia e incredulidad. Lo que sí niegan es que Cristo se haya propuesto procurar, o que haya procurado, para todos los hombres las bendiciones que surgen como fruto particular de su muerte en su carácter específicamente expiatorio—que haya procurado o comprado la redención—es decir, el perdón y la reconciliación—para todos los hombres. Muchas bendiciones fluyen a la humanidad en general de la muerte de Cristo, colateral e incidentalmente, a consecuencia de la relación en la que los hombres, contemplados colectivamente, se encuentran unos con otros. Todos estos beneficios fueron, por supuesto, vistos de antemano por Dios, cuando él se propuso enviar a su Hijo al mundo; fueron contemplados o diseñados por él como beneficios que los hombres habrían de recibir y de disfrutar. Estos beneficios, por tanto, deben ser vistos y recibidos como dones suyos, los cuales revelan su gloria, manifiestan su carácter, y cumplen sus propósitos; y han de ser vistos como viniendo a los hombres a través del canal de la mediación de Cristo—de su sufrimiento y muerte".[2]

En cierto sentido, pues, Cristo murió por todos los hombres, y no respondemos a la doctrina arminiana con una negativa absoluta. Sostenemos, sin embargo, que la de Cristo tiene referencia especial a los elegidos, puesto que fue eficaz para la salvación de éstos, mientras que los efectos que produce en otros son sólo incidentales al gran propósito de la salvación de los elegidos.

[2]*Historical Theology*, II, p. 333.

Capítulo 13

La gracia eficaz

1. La enseñanza de la Confesión de Westminster respecto a la doctrina de la gracia eficaz. 2. La necesidad del cambio. 3. Un cambio interno efectuado por el poder sobrenatural de Dios. 4. El efecto producido en el alma. 5. La suficiencia de la obra de Cristo—el principio evangélico. 6. El concepto arminiano de la gracia universal. 7. El libre albedrío del hombre no es violado. 8. La gracia común.

1. La enseñanza de la Confesión de Westminster respecto a la doctrina de la gracia eficaz

La Confesión de Westminster presenta la doctrina de la gracia eficaz de la siguiente manera: "A todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, y a ellos solamente, tiene a bien llamar eficazmente en su tiempo señalado y oportuno, por su Palabra y Espíritu, de aquel estado de pecado y muerte en que se encuentran por naturaleza, a la gracia y salvación en Jesucristo; alumbrando sus mentes de una manera espiritual y salvadora, para que entiendan las cosas de Dios; quitando de ellos el corazón de piedra, y dándoles uno de carne; renovando sus voluntades, e inclinándoles al bien por su infinito poder; y atrayéndoles eficazmente a Jesucristo de modo que acudan a él libremente, siendo hechos voluntarios por su gracia.

"Este llamamiento eficaz se debe únicamente a la gracia libre y especial de Dios, y no a ninguna cosa prevista en el hombre, quien se encuentra completamente pasivo, hasta que, siendo vivificado y renovado por el Espíritu Santo, es hecho capaz de responder a este llamamiento y de abrazar la gracia ofrecida e impartida por dicho llamamiento".[1]

[1]Cap. X, Secc. 1 y 2

Y el Catecismo Menor, en respuesta a la pregunta, "¿Qué es el llamamiento eficaz?" responde, "El llamamiento eficaz es la obra del Espíritu de Dios, mediante la cual, convenciéndonos de nuestro pecado y miseria, alumbrando nuestras mentes con el conocimiento de Cristo, y renovando nuestras voluntades, nos persuade y capacita a abrazar a Jesucristo, quien nos es ofrecido gratuitamente en el evangelio".[2]

2. La necesidad del cambio

Los méritos de la obediencia y del sufrimiento de Cristo son suficientes, adecuados y ofrecidos gratuitamente a todos los hombres. Pero surge la pregunta, ¿Por qué uno se salva y otro se pierde? ¿Por qué razón unos se arrepienten y creen, mientras que otros, con los mismos privilegios externos, rechazan el evangelio y continúan impenitentes y en incredulidad? El calvinista sostiene que es Dios quien causa la diferencia entre el uno y el otro; Dios persuade eficazmente a unos a venir a él; el arminiano, en cambio, atribuye la diferencia a los hombres mismos.

Los calvinistas sostenemos que la condición de los hombres desde la caída es tal que de ser dejados por sí solos continuarían en su estado de rebeldía, rechazando toda oferta de salvación. En tal caso Cristo hubiera muerto en vano. Pero como le fue prometido que vería el fruto de la aflicción de su alma y quedaría satisfecho, los resultados de su sacrificio no pueden depender del capricho de la voluntad cambiadiza y pecaminosa del hombre; más bien, la obra de Dios en la redención se ha hecho eficaz mediante el Espíritu Santo, quien opera en los elegidos de tal modo que son conducidos a la fe y al arrepentimiento y así son hechos herederos de la vida eterna.

Las Escrituras enseñan que el hombre en su estado natural está totalmente corrompido y que nunca puede alcanzar la santidad y la felicidad por sus propias fuerzas. El hombre está muerto espiritualmente, y si ha de ser salvo tendrá que serlo a través de Cristo. La razón común misma nos dice que si un hombre está tan caído que está en enemistad con Dios, como lo está el hombre en su estado natural, necesita ser librado de tal condición antes de que pueda tener deseo alguno de hacer la voluntad de Dios. Si el pecador ha de desear la salvación a través de Cristo, tiene que recibir primero una nueva disposición; tiene que nacer de nuevo y de lo alto (Jn. 3:3). En el caso del diablo y los demonios, por ejemplo, es fácil ver como sus naturalezas tendrían que ser cambiadas soberanamente si fuesen de ser salvos; los principios pecaminosos innatos que mueven al hombre caído son de la misma naturaleza, aunque no tan intensos todavía como los que mueven a los ángeles caídos. Si el hombre está muerto en pecado, entonces nada menos que el poder sobrenatural y vivificador del Espíritu Santo podía mo-

[2]Pregunta 31

verle a hacer aquello que es espiritualmente bueno. Si el hombre pudiese entrar al cielo con su vieja naturaleza, el cielo sería para él como el infierno, ya que estaría en desarmonía con su medio ambiente. El hombre en su estado natural detestaría intensamente el ambiente celestial y se sentiría miserable en la presencia de Dios. Por consiguiente, la obra interna del Espíritu Santo es una necesidad absoluta.

El primer movimiento hacia la salvación por parte del hombre no regenerado tendría la misma probabilidad de surgir como tendría un cuerpo muerto de volver a la vida por esfuerzos propios. La regeneración es un don soberano de Dios, concedido gratuitamente a los escogidos; y sólo Dios posee el poder para llevar a cabo esta gran obra de recreación. El don de la regeneración no puede ser concedido a los hombres por haberse previsto en ellos alguna cosa buena, ya que en su naturaleza no regenerada los hombres son incapaces de actuar con motivos rectos hacia Dios; por tanto, ningunas buenas obras son previstas en ellos. El hombre no regenerado nunca se da cuenta adecuadamente de su condición de impotencia total; sino que se imagina que puede reformarse a sí mismo y tornarse a Dios si desea. Además, se imagina que puede frustrar los propósitos de la Sabiduría infinita, y derrotar la fuerza de la Omnipotencia misma. Dice el Dr. Warfield, "El pecador necesita no de incentivos ni de ayudas para salvarse a sí mismo sino precisamente de salvación; y Jesucristo ha venido no a aconsejar, ni a estimular, ni a solicitar, ni a ayudar al hombre a salvarse a sí mismo, sino a salvarle".

3. Un cambio interno efectuado por el poder sobrenatural de Dios

Las Escrituras llaman a este cambio *regeneración* (Tit. 3:5), *una resurrección espiritual* efectuada por el mismo poder que Dios obró en Cristo cuando le levantó de los muertos (Ef. 1:19, 20), un llamamiento de las tinieblas a la luz admirable de Dios (1 P. 2:9), un pasar de muerte a vida (Jn. 5:24), un nuevo nacimiento (Jn. 3:3), dar vida (Col. 2:13), un quitar el corazón de piedra y dar uno de carne (Ez. 11:19), y el que experimenta dicho cambio es llamado *una nueva criatura* (2 Co. 5:17). Tales descripciones refutan por completo la noción arminiana de que la regeneración es primordialmente obra del hombre quien, según ellos, es inducido por una persuasión moral o por la mera influencia de la verdad presentada de manera general por el Espíritu Santo. Además, como este cambio es producido por un poder de lo alto, el cual es la fuente de la nueva vida, dicho cambio es irresistible y permanente.

La regeneración del alma es algo efectuado en nosotros y no una obra realizada por nosotros. Es un cambio instantáneo de muerte espiritual a vida espiritual y ni aun estamos conscientes de él en el momento en que ocurre, ya que ocurre a un nivel más allá del estado consciente. En el momento en que ocurre, el alma está tan pasiva como estaba Lázaro al ser llamado nuevamente a la vida por Jesús. Respecto al estado del alma en el momento de la regeneración, dice Carlos Hodge, "El alma es el sujeto, y no el agente del cambio. El alma coopera, o está activa en lo que ocurre antes y después del cambio, pero el cambio mismo es algo que se experimenta, y no algo que se hace. Los ciegos y cojos que vinieron a Cristo, puede que hayan ejercido grandes esfuerzos para llegar a él, y luego gozosamente ejercieron el nuevo poder que les fue impartido; sin embargo, estuvieron completamente pasivos en el momento de la curación; en ninguna manera cooperaron en la producción de dicho efecto. Igualmente sucede en la regeneración".[3] Y añade "Las Escrituras enseñan esta misma verdad en otras palabras cuando nos dicen que la regeneración es un nuevo nacimiento. El niño al nacer entra a un nuevo estado de existencia. El nacimiento no es obra suya. El niño simplemente nace. Sale de un estado de oscuridad, en el cual los objetos adaptados a su naturaleza no son percibidos por él ni pueden despertar a sus facultades. Pero en cuanto ocurre su nacimiento, todas sus facultades despiertan; comienza a ver, a sentir, a oír, y gradualmente comienzan a desarrollarse todas sus facultades como un ser racional y moral así como un ser físico. Las Escrituras enseñan que así también sucede en la regeneración. El alma entra a un nuevo estado; es introducida a un mundo nuevo. Una nueva clase de objetos antes desconocidos o desapercibidos le son revelados, los cuales ejercen sobre ella sus influencias apropiadas".[4]

La regeneración envuelve un cambio radical de carácter; es el hacer al árbol bueno a fin de que su fruto sea bueno. Como resultado de dicho cambio, la persona pasa de un estado de incredulidad a uno de fe salvadora, no por algún proceso de investigación o de argumentación, sino por una experiencia interna. Y como nada aportamos a nuestro nacimiento físico, sino que lo recibimos como un don soberano de Dios, de la misma manera nada aportamos a nuestro nacimiento espiritual, sino que lo recibimos como un don soberano. Ambos nacimientos ocurrieron independientemente de nuestras propias fuerzas y aun sin nuestro consentimiento. No resistimos más al segundo que al primero. Y así como continuamos viviendo nuestra vida natural después de haber nacido, de la misma manera continuamos y nos ocupamos en nuestra salvación después de haber sido regenerados.

Las Escrituras enseñan que el requisito para entrar al reino de Dios es una transformación radical obrada por el mismo Espíritu de Dios. Como esta obra en el alma es soberana y sobrenatural, Dios la efectúa o deja de hacerlo conforme a su buena voluntad. Es decir, la salvación de los elegidos es total-

[3] *Systematic Theology*, II, p. 688.
[4] *Ibid.*, II, p. 35.

mente por gracia. El creyente que ha nacido de nuevo logra ver que Dios es en realidad "el autor y consumador" de su fe (Heb. 12:2), y que ha hecho en él una obra que no ha hecho en los no convertidos. En respuesta a la pregunta, "Porque, ¿quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido?" (1 Co. 4:7), el creyente responde que es Dios quien ha establecido la diferencia entre los hombres, especialmente entre los redimidos y los que se pierden. Si alguna persona cree, es porque Dios le ha vivificado; y si alguna persona no cree, es porque Dios no le ha conferido dicha gracia, la cual no está obligado a conferir a nadie. La realidad es que no hay tal cosa como un hombre "hecho por esfuerzo propio"; el tipo de hombre más alto es el que puede decir con Pablo, "Por la gracia de Dios soy lo que soy".

Cuando Jesús exclamó, "¡Lázaro, ven afuera!", un gran poder acompañó el mandato y le dio efectividad. Lázaro, por supuesto, no estaba consciente de otro poder que no fuese el suyo propio; pero cuando más tarde entendió la situación, pudo ver que había sido restaurado a vida únicamente por el poder de Dios. El poder divino fue primario, el suyo secundario, y jamás hubiese podido ejercer el suyo excepto como respuesta al poder de Dios. Es de esta manera que cada alma redimida es conducida de la muerte espiritual a la vida espiritual. Así como Lázaro primero fue llamado a la vida y luego respiró y comió, de la misma manera el alma muerta en pecado primero recibe la vida espiritual y luego ejerce fe y arrepentimiento y hace buenas obras.

Pablo enfatizó este mismo punto cuando dijo que aunque él plantaba y Apolos regaba, era Dios quien daba el crecimiento. Esfuerzos meramente humanos de nada sirven. En la producción de una cosecha de trigo, por ejemplo, el hombre sólo puede hacer lo más externo y mecánico para lograr ese fin. Es Dios quien da el crecimiento mediante el control soberano de fuerzas que están totalmente fuera de la esfera de la influencia del hombre. Así también sucede en lo que al alma humana respecta; no importa cuan elocuente sea un predicador, si Dios no abre el corazón no se producirá la conversión. El predicador sólo hace las cosas externas y mecánicas, y es el Espíritu Santo quien imparte el nuevo principio de vida espiritual al alma.

La doctrina bíblica de la caída presenta al hombre como un ser arruinado moralmente, por naturaleza incapacitado para hacer alguna cosa buena. El creyente genuinamente convertido llega a ver su incapacidad y reconoce que sus buenas obras y méritos no pueden conducirle al cielo. Reconoce que no puede moverse espiritualmente a menos que Dios le mueva; se da cuenta de que su caso es semejante al de las ramas de un árbol, que no pueden producir retoños, ni hojas, ni fruto, excepto según reciben la savia de la raíz. O, como dice Calvino, "Ningún hombre puede hacerse a sí mismo oveja, sino que es creado tal por la gracia divina únicamente". Los elegidos oyen el evangelio y creen—no siempre de primera instancia, sino al tiempo señalado por Dios—

los no elegidos oyen pero no creen, no por carecer de suficiente evidencia, sino porque su naturaleza interior es contraria a la santidad. Ambas clases de respuestas al evangelio tienen su causa en una fuente externa. "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ez. 36:26). En la Biblia el término "corazón" es sinónimo del hombre interior.

Bajo los términos del pacto eterno entre el Padre y el Hijo, Cristo fue exaltado a la posición de gobernador y mediador de toda la tierra a fin de que dirigiera el reino en su desarrollo. Esta es una de las recompensas por su obediencia y sufrimiento. Su poder como gobernador es ejercido mediante el Espíritu Santo, quien aplica los frutos de la redención a aquellos para los cuales fue comprado, bajo las condiciones del tiempo y las circunstancias predeterminadas en el pacto. Se nos informa que no es debido a alguna providencia ordinaria que un hombre cree, sino debido al mismo poder que obró cuando Cristo fue levantado de entre los muertos (Ef. 1:19, 20). Y dicho poder es tan eficaz en una resurrección física o en una espiritual como lo fue en la resurrección de Cristo.

Tanto el mundo físico como el espiritual son la creación de Dios. En el mundo físico Dios convirtió soberanamente el agua en vino, y el simple toque de la mano del Señor sanó al leproso. El arminiano acepta este poder milagroso de Dios en el mundo físico; ¿por qué, entonces, lo niega en el mundo espiritual, como si los espíritus de los hombres estuviesen más allá del control divino? Creemos que Dios puede cambiar a un hombre malo y hacerlo bueno cuando le plazca. Esta es una forma de autoridad que es el derecho del Creador de ejercer sobre la criatura. Es una de las maneras mediante la cual él gobierna al mundo. Cuando Dios ve que el obrar de dicha manera es lo que más conviene para el individuo y para los intereses de su reino, no sólo le es permisible obrar de esa manera sino que es justo que lo hace. El efecto surge inmediatamente a la volición, como cuando fue dicho, "Sea la luz". "El acto divino de salvación", dice Mozley, "es el conferir esta gracia irresistible. El sujeto de la predeterminación divina es rescatado, por un acto de absoluto poder, del dominio del pecado, arrebatado del dominio del pecado casi por la fuerza, por así decirlo, convertido, llenado de amor a Dios y a su prójimo, y hecho idóneo infaliblemente para un estado de recompensa final".[5]

Así como al ojo físico que ha quedado ciego no se le puede restaurar la vista no importa la cantidad o intensidad de luz que se arroje sobre él, del mismo modo el alma muerta en pecado no puede obtener visión espiritual no importa la cantidad del evangelio que se le presente. A menos que el bisturí del cirujano o un milagro restaure el ojo a su condición normal, jamás

[5]*The Augustinian Doctrine of Predestination*, p. 8.

podrá ver; y a menos que el alma quede restaurada mediante la regeneración jamás comprenderá y aceptará la verdad del evangelio. Dios, en la regeneración, ordena al pecador que viva; éste es inmediatamente lleno de nueva vida espiritual. Lidia, la vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, prestó atención a las cosas que Pablo hablaba porque primero el Señor había abierto su corazón (Hch. 16:14). Cristo enseñó esta misma verdad cuando en su oración intercesoria dijo que Dios le "había dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste" (Jn. 17:2); y nuevamente, "Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida" (Jn. 5:21).

En el pacto concertado con Adán el destino del hombre dependía de sus propias obras. Sabemos cuales fueron los resultados de dicha prueba. Si el hombre no pudo obrar su salvación en un estado de justicia, ¿qué posibilidad tiene de lograr su salvación por sus propias obras ahora que es un ser caído? Afortunadamente para nosotros, Dios ha tomado este asunto en sus propias manos. Si Dios nuevamente decidiese dar al hombre libre albedrío mediante el cual éste pudiese obrar su propia salvación, ¿no estaría Dios estableciendo nuevamente una dispensación que ya fue probada y que culminó en fracaso? Supongamos que un hombre es arrastrado por un torrente mucho más poderoso que él, ¿sería razonable o sabio sacarle del torrente sólo para que recobrara sus fuerzas para nuevamente someterle a una segunda prueba? ¿No sería el proceder de tal manera una mera burla a dicha persona? Sabemos, sin embargo, que Dios no repite sus dispensaciones, y la segunda vez utilizará un plan distinto. Y si de algún modo se fuesen a tomar en cuenta las obras en dicho plan, entonces Dios, y no el hombre, habría de ser el autor de las mismas; la nueva dispensación, como la antigua, se ajustará al estado en que encuentra al hombre.

Sabemos que ninguna propiedad existe o puede surgir en la voluntad del hombre, sea caído o no, que le coloque fuera del alcance del control soberano de Dios. Saulo fue llamado cuando ardía intensamente su celo perseguidor, y fue transformado a un Pablo santo. El ladrón en la cruz fue llamado en los últimos momentos de su vida terrenal. Cuando Pablo predicó en Antioquía, "creyeron todos los que estaban ordenados (y sólo ellos) para vida eterna" (Hch. 13:48). Ciertamente, si Dios hubiese querido salvar a todos los hombres, los hubiese traído a todos a la salvación. Pero por razones que han sido sólo parcialmente reveladas, él deja a muchos en su estado de impenitencia. Sin embargo, mediante todas sus obras, Dios no hace nada que sea inconsistente con la naturaleza del hombre como ser racional y responsable.

Una de las grandes fallas del arminianismo ha sido que ha dejado de reconocer la necesidad de la obra sobrenatural del Espíritu Santo en el corazón. El arminianismo ha convertido la regeneración en un cambio más o menos

gradual efectuado por la persona misma, en un mero cambio de propósito en la mente del pecador, que surge debido a la persuasión moral y al poder general de la verdad. Además, ha insistido en el "libre albedrío", en "el poder de determinación contraria", etc., y ha enseñado que, en última instancia, es el pecador quien determina su propio destino. Es decir, ha convertido al hombre en un cosalvador con Cristo, como si la gloria de la redención ha de dividirse entre la gracia de Cristo y la voluntad del hombre, el hombre repartiendo los despojos con Cristo.

Si, como dicen los arminianos, Dios está sinceramente tratando de convertir a cada ser humano, entonces está fracasando gravemente en sus intentos; ya que de entre la población adulta del mundo hasta el presente, donde ha logrado salvar a uno solo, ha permitido a veinticinco quizá caer al infierno. Tal creencia da muy poca gloria a la majestad divina. Dice Toplady respecto a la doctrina arminiana de la gracia resistible, que "es una doctrina que presenta a la Omnipotencia misma como deseando y tratando y esforzándose inútilmente. De acuerdo a esta doctrina, Dios, al intentar (ya que parece ser sólo un intento) convertir a los pecadores, puede ser frustrado, derrotado, e impedido por éstos; Dios puede, por así decirlo, sitiar con gran persistencia el alma del pecador, pero dicha alma puede, desde la ciudadela del inconquistable libre albedrío, desplegar la bandera de desafío a Dios, y mediante una continua y obstinada resistencia, junto a vigorosos embates del libre albedrío, forzar a Dios a levantar el sitio. En otras palabras, el Espíritu Santo, tras largos años quizá de deferencias y atenciones al libre albedrío, puede, finalmente, como un general vencido o un político derrotado, ser puesto en ignominiosa fuga, o despedido desdeñosamente, sin lograr el fin para lo cual fue enviado".

Es absurdo suponer que el pecador pueda derrotar el poder creador del Dios todopoderoso. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", dijo el Señor resucitado. Estas palabras enseñan inequívocamente la autoridad ilimitada del Señor. "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?" "El hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?". En vista a pasajes como éstos y a muchos otros al mismo efecto, no debemos imaginarnos a Dios luchando con sus criaturas, persuadiéndoles, exhortándoles, suplicándoles, pero incapaz de lograr su propósito, debido a la obstinada oposición de sus criaturas. Si en realidad el llamado de Dios no es *eficaz*, pudiéramos imaginarnos a Dios diciendo, "Quiero que todos los hombres sean salvos, mas en última instancia, debe ser no como yo quiero sino como ellos quieran". En tal caso el Señor quedaría en el mismo dilema de Darío quien gozosamente hubiera salvado a Daniel, pero no podía (Dn. 6:14). Ningún creyente familiarizado con lo que las Escrituras enseñan sobre la soberanía de Dios creerá que Dios pueda ser derrotado en tan nefanda manera por sus

criaturas. Y no es cierto que una criatura deba tener el poder para desafiar y coartar los propósitos del Todopoderoso antes de que sus obras puedan ser recompensadas o castigadas. Además, si Dios careciese de poder ante la majestad despótica de la voluntad humana, sería inútil pedirle que convirtiera a alguna persona; lo más razonable en tal caso sería dirigir nuestra petición directamente a la persona cuya conversión anhelamos.

4. El efecto producido en el alma

El efecto inmediato e importante de este cambio interno y purificador de nuestra naturaleza es que la persona ama la justicia y confía en Cristo para la salvación. En tanto que el elemento natural de la persona era el pecado, ahora lo es la santidad; el individuo ahora aborrece el pecado, y ama el bien. Esta gracia eficaz e irresistible convierte la voluntad misma y produce en el individuo, mediante un acto creador, un carácter santo. Además, quita de la persona el apetito por cosas pecaminosas de modo que se abstiene de pecar, no como el dispéptico que rehusa comer las golosinas que apetece ansiosamente, no sea que al satisfacer su apetito sea castigado con los dolores de la enfermedad, sino más bien porque aborrece el pecado en sí. Ahora ama y aprueba y se somete voluntariamente a la santa y plena voluntad de Dios, la que antes aborrecía y resistía. La obediencia se ha convertido no sólo en un bien obligatorio sino en el bien preferible.

Cabe señalar, sin embargo, que mientras la persona permanezca en este mundo estará expuesta a tentaciones, ya que aún habrá en ella vestigios de la vieja naturaleza. Por consiguiente, a menudo será engañada y pecará; pero dichos pecados son sólo las convulsiones de la vieja naturaleza que agonizante se estremece por haber recibido ya el golpe mortal. Los regenerados también padecen dolor, enfermedad, desaliento y aun la muerte misma, aunque continúan avanzando hacia la salvación plena.

En este punto muchas personas confunden la regeneración con la santificación. La regeneración es exclusivamente la obra de la libre gracia de Dios, mediante la cual es implantado un nuevo principio de vida espiritual en el alma. La regeneración es efectuada por el poder sobrenatural y se completa en un instante. La santificación, en cambio, es un proceso a través del cual los restos del pecado en la vida del creyente son gradualmente erradicados de modo que, como dice el Catecismo Menor, somos puestos en capacidad de morir más y más y de vivir píamente. La santificación es una obra conjunta de Dios y el hombre. Consiste en el triunfo gradual de la nueva naturaleza implantada en la regeneración sobre el pecado que aún existe en el corazón después de ser regenerado. En otras palabras, la completa santificación se demora después que la vida ha sido en principio ganada para Dios. La justicia perfecta es la meta que tenemos delante en esta vida y todo creyente debe mantener un constante progreso hacia dicha meta. La santificación, no obstante, no se logra completamente hasta la muerte, cuando el Espíritu Santo limpia el alma de todo vestigio de pecado, la santifica totalmente y la coloca más allá de toda posibilidad de pecado.

Estrictamente hablando, podemos decir que la redención no se logra totalmente hasta que los salvos hayan recibido sus cuerpos glorificados en la resurrección. En cierto sentido la redención fue completa cuando Cristo murió en el Calvario; sin embargo, es aplicada sólo gradualmente por el Espíritu Santo. Y como el Espíritu Santo aplica eficazmente a los elegidos los méritos del sacrificio de Cristo, la salvación de éstos es infaliblemente segura y, la voluntad de Dios en cuanto a la salvación de su pueblo no puede ser jamás frustrada ni anulada por la criatura.

5. La suficiencia de la obra de Cristo— el principio evangélico

Pasamos ahora a discutir la suficiencia de la obra de Cristo en la redención. Creemos que mediante su sufrimiento y muerte vicaria Cristo pagó totalmente la deuda que los elegidos tenían para con la justicia divina, librándoles de este modo de las consecuencias del pecado. Creemos, además que Cristo cumplió la ley de la obediencia perfecta y vivió una vida libre de pecado, ganando vicariamente para su pueblo la recompensa de la vida eterna. Su obra proveyó completamente para su rescate del pecado y garantizó su participación en las glorias celestiales. Estas dos fases de su obra son a menudo denominadas su obediencia activa y su obediencia pasiva. Esta doctrina de la suficiencia de la obra de Cristo es presentada en la Confesión de Westminster cuando dice que por su obediencia perfecta y sacrificio perfecto Cristo "satisfizo plenamente la justicia del Padre; y consiguió no solamente la reconciliación, sino también una herencia eterna en el reino de los cielos, para todos aquellos que el Padre le había dado".[6] Si Cristo sólo hubiese pagado la pena por el pecado y no hubiese conseguido la recompensa de la vida eterna también, entonces los escogidos hubiesen quedado en lo que podríamos llamar el punto cero; esto es, en el mismo estado en que se encontraba Adán antes de la caída, cuando tenía la responsabilidad de obtener la vida eterna por sí mismo. A la afirmación de Pablo de que Cristo es *todo* y en *todos* en lo que a la salvación respecta (Col. 3:11), añadimos que el hombre no es nada en cuanto a esta obra, y no hay en él nada que amerite la salvación. Debemos recordar que el evangelio no es *buenos consejos*, sino *buenas nuevas*. El evangelio no es una serie de especificaciones indicándonos lo que debemos hacer nosotros para ganar la salvación, sino que nos proclama lo que Cristo ha hecho para salvarnos.

[6]Cap. VIII, Secc. 5.

Dudar que alguien por quien Cristo murió será salvo, o dudar que la justicia eventualmente vencerá, es dudar la suficiencia de Jesucristo en la obra que emprendió a favor nuestro. En la cruz Cristo declaró que él había *consumado* la obra de redención que el Padre le había dado que hiciese. Sin embargo, como dice Toplady, "la persona que cree que tiene el poder para aceptar o rechazar según le plazca debe decir 'No, tú no *consumaste* la obra de redención que el Padre te dio que hicieses; tú sólo hiciste parte de ella, y yo personalmente debo añadirle algo a ella o tu obra de nada servirá' ".

Sólo las posiciones que atribuyen a Dios *todo* el poder en la salvación de pecadores son consistentemente evangélicas, ya que las palabras "evangélico" o "evangélica" significan que es Dios solo quien salva. Si se añaden fe y obediencia, que dependan de la decisión independiente del hombre, ya no tenemos una posición evangélica. Asumir una posición evangélica con una expiación universal conduce necesariamente a una salvación universal; por consiguiente, al arminianismo, por su insistencia en que Cristo murió por todos los hobmres y que el Espíritu se empeña a aplicar esta redención a todos los hombres, aunque sólo algunos son salvos, no puede considerársele evangélico.

Podemos ilustrar este principio al imaginarnos a un grupo de personas afectadas por una enfermedad mortal. Si a éstas un médico les administra una medicina que es una cura segura, entonces todos los que reciben la medicina se sanarán. De la misma manera, si la obra de Cristo es eficaz, y si es aplicada a todos los hombres por el Espíritu, entonces todos serán salvos. Por consiguiente, si el arminiano quiere considerarse evangélico tiene que ser universalista. Sólo el calvinismo, que sostiene una posición evangélica con una expiación limitada, y que afirma que la obra de Cristo logró lo que se había propuesto lograr, es consistente con los hechos de las Escrituras y de la experiencia.

6. El concepto arminiano de la gracia universal

El matiz universalista es siempre prominente en el sistema arminiano. Tenemos un ejemplo claro de esta aseveración en las siguientes palabras del profesor Enrique C. Sheldon, quien por varios años estuvo relacionado con la Universidad de Boston. Dice él: "Nuestro punto de vista es a favor de la universalidad de la oportunidad de salvación en contraposición a una elección exclusiva e incondicional de individuos a vida eterna".[7] Podemos notar en esta aseveración no sólo (1) el énfasis universalista característico del arminianismo, sino también (2) la admisión de que todo lo que Dios hace para la salvación de los hombres realmente *no salva a nadie* sino que *sólo abre un camino de salvación que permite a los hombres salvarse a sí mismos*—¡lo

[7] *System of Christian Doctrine*, p. 417.

que nos vuelve prácticamente a una posición puramente naturalista!

Quizá la declaración más enfática de la posición arminiana sobre este respecto se encuentra en el credo de la Unión Evangélica, o los llamados morisonianos, cuyo propósito era protestar contra la elección incondicional. Un resumen de sus "Tres universalidades" aparece de la siguiente manera en el credo: "El amor de Dios el Padre, en el don y sacrificio de Jesús para todos los hombres en todas partes sin distinción, excepción, o acepción de personas; el amor de Dios el Hijo, en el don y sacrificio de sí mismo como la verdadera propiciación por los pecados de todo el mundo; el amor de Dios el Espíritu Santo, en su obra personal y continua de aplicar a las almas de todos los hombres las provisiones de la gracia divina".[8]

Ciertamente, si Dios ama a todos los hombres por igual, y si Cristo murió por todos los hombres por igual, y si el Espíritu Santo aplica los beneficios de la redención a todos los hombres por igual, entonces una de dos cosas sigue: o que (1) todos los hombres son salvos por igual (lo que es refutado por las Escrituras), o que (2) todo lo que hace Dios a favor del hombre no le salva sino le deja salvarse a sí mismo. Y si es así, entonces nos preguntamos, ¿y qué de nuestra posición evangélica, que significa que solo Dios salva a los pecadores? Si afirmamos que después que Dios ha hecho toda su obra, aún dependa de la decisión del hombre de "aceptarla" o de "no resistirla", estamos atribuyendo al hombre el poder del veto sobre la obra del Dios todopoderoso y la salvación, en última instancia, dependerá del hombre mismo. En este sistema, no importa cuan grande sea la parte que Dios tenga en la obra de salvación, el hombre es en última instancia el factor decisivo. El hombre que decide aceptar la salvación tiene algún mérito propio; tiene por que jactarse ante aquellos que se pierden. Puede desdeñosamente decirles a los que perecen, "Ustedes tuvieron la misma oportunidad que yo; yo acepté y ustedes rechazaron la oferta. Por tanto, ustedes merecen el castigo". Cuan distintas las palabras de Pablo cuando dijo: "no por obras, para que nadie se glorie", y que "el que se gloría, gloríese en el Señor" (Ef. 2:9 1 Co. 1:31).

La tendencia en todos estos sistemas universalistas en los cuales el hombre presuntuosamente toma el timón y se proclama dueño de su destino es la de reducir el cristianismo a una religión de obras. Lutero tenía este mismo punto en mente cuando en alusión a los moralistas de su día dijo cínicamente: "Siempre queremos invertir las posiciones y hacerle bien de nosotros mismos a aquel pobre hombre, nuestro Señor Dios, de quien más bien debemos recibir el bien".

Zanchi dice que el arminianismo susurra suavemente en el oído del hombre caído que es prerrogativa suya "tanto el *querer* como el *hacer* aquello que es bueno y aceptable a Dios: que la muerte de Cristo es aceptada por Dios como una expiación universal por todos los hombres; a fin de que cada uno

[8] *The Religious Controversies of Scotland*, p. 187.

pueda, si *quiere*, salvarse a sí mismo por su propia voluntad y por sus buenas obras: que mediante el ejercicio de nuestros poderes naturales podemos alcanzar la perfección aun en la vida presente". El Dr. Warfield dice, "El problema es indudablemente fundamental y está bien delineado. ¿Es Dios el Señor o meramente abre el camino de la salvación, y nos deja, de acuerdo a nuestra elección caminar en él o no? La bifurcación de los caminos es la vieja bifurcación de los caminos entre el cristianismo y el autosoterismo. Ciertamente sólo él puede sostener ser evangélico quien en plena consciencia descansa entera y directamente en Dios y en Dios solamente para su salvación".[9]

"Aunque sea siempre fiel,
Aunque llore sin cesar,
Del pecado no podré
Justificación lograr;
Sólo en ti teniendo fe
Deuda tal podré pagar".

7. El libre albedrío del hombre no es violado

Los opositores de esta doctrina comúnmente la presentan como una en la que los hombres son forzados a creer y a venir a Dios en contra de sus voluntades, como una doctrina que reduce a los hombres al nivel de máquinas en lo que a la salvación respecta. Esto es una mera tergiversación de la doctrina, por supuesto. Esto no es lo que los calvinistas sostienen y, de hecho, una exposición completa de la doctrina contradice tal tergiversación. La Confesión de Westminster tras declarar que la gracia eficaz que resulta en la conversión es una obra de omnipotencia y que no puede ser frustrada, añade, "Sin embargo ocurre de tal manera, que el creyente acude a Dios libremente, inclinando Dios su voluntad por su gracia". El poder mediante el cual la obra de regeneración es llevada a cabo no es de una naturaleza externa o compulsiva. La regeneración no viola la libertad del individuo más de lo que la demostración viola el intelecto, o la persuasión el corazón. Dios no trata al hombre como si fuese una piedra o un pedazo de palo. Ni tampoco le trata como un esclavo, forzándole a buscar la salvación en contra de su voluntad. Dios ilumina la mente y cambia todos los conceptos erróneos que el pecador abriga sobre Dios, sobre sí mismo, y sobre el pecado. Dios envía su Espíritu y, de una manera que redunda eternamente para la enseñanza de su misericordia y gracia, constriñe dulcemente al pecador a rendirse a él. La persona regenerada comienza a ser guiada por nuevos motivos y deseos, y cosas que antes odiaba ahora ama y desea. Este cambio no acontece debido a ninguna compulsión externa sino debido a un nuevo principio de vida

[9]El plan de la salvación p. 74; edición de la Confraternidad Calvinista Americana, 1966.

creado en el alma y que ahora busca el alimento que solo puede satisfacerla.

La ley espiritual, como la civil, no infunde "temor al que hace el bien, sino al malo"; por cierto, tenemos en los asuntos humanos una excelente analogía de esta verdad. Comparemos al ciudadano que obedece las leyes con el criminal. El ciudadano que obedece las leyes atiende a sus asuntos cotidianos sin estar consciente de la mayoría de las leyes de la nación en que vive. Considera a los oficiales del gobierno y a la policía sus amigos. Dichos oficiales representan la autoridad constituida que él respeta y en la cual se deleita. Este ciudadano es un hombre libre. Para él la ley es la protectora de su vida, de sus seres queridos y de su propiedad. En el caso del criminal, el cuadro cambia. Probablemente éste conozca mejor las leyes que lo que las conoce el ciudadano obediente. Quizá hasta las estudia, pero lo hace sólo con el propósito de evadirlas y frustrar su propósito. Este ciudadano vive en temor. Fortifica su casa con puertas a prueba de balas, y lleva consigo un revólver por miedo a lo que la policía y otras personas puedan hacerle. Su vida es una de continua esclavitud. Su idea de la libertad consiste en eliminar a la policía, corromper las cortes, y desprestigiar las leyes y costumbres de la sociedad que continuamente busca despojar.

Todos hemos tenido experiencias en nuestra vida cotidiana en las que hemos rehusado hacer ciertas cosas; pero tras surgir nuevos factores, hemos decidido hacer libre y gozosamente lo que antes rehusábamos. Ciertamente nada hay en nuestra doctrina que justifique la aseveración de que, en base a principios calvinistas, los hombres son forzados a arrepentirse y a creer quiéranlo éstos o no.

Pero puede que surja la pregunta ¿No implican frases en la Biblia tales como, "Si obedeciereis", "Si os volviereis a Jehová", "Si hacéis lo malo", etc., que el hombre tiene libre albedrío y habilidad? Creemos que es una deducción equivocada pensar que, porque Dios mande hacer algo, esto signifique que el hombre sea capaz de obedecerle. A menudo los padres juegan con sus hijos diciéndoles que hagan esto o aquello cuando su verdadero propósito es demostrarles su inhabilidad y de ese modo moverles a pedir ayuda. Muchas personas, al oír frases como las anteriores, inmediatamente piensan que tienen suficiente poder en sí mismas, y como el presuntuoso intérprete de la ley a quien Jesús dijo, "Haz esto, y vivirás", se marchan creyendo que pueden alcanzar la salvación por buenas obras. Pero cuando el hombre verdaderamente espiritual oye frases como las anteriores, se da cuenta de que no puede cumplir el mandamiento, y clama al Padre que haga lo que él no puede hacer. Pasajes en los que aparecen frases como las que hemos mencionado simplemente enseñan al hombre no lo que éste *puede* hacer, sino lo que *debe* hacer; y ¡ay! de aquél que está tan ciego que no puede ver esta verdad, ya que hasta que la vea jamás podrá apreciar adecuadamente la obra de Cristo. En respuesta al clamor del desesperante pecador las Escrituras re-

velan una salvación absolutamente por gracia, el don gratuito del amor y la misericordia de Dios en Cristo. Y aquel que ve que así ha sido salvado por gracia instintivamente clama con David, "Señor Jehová, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído hasta aquí?"

La gracia especial que denominamos *eficaz* es a menudo llamada gracia *irresistible*. Este último es un término algo impreciso ya que da impresión de que un poder irresistible es ejercido sobre la persona, y que, en consecuencia ésta es compelida a actuar contra sus deseos. El significado verdadero es, como dijimos anteriormente, que la gracia eficaz opera en los elegidos de manera tal que éstos responden a ella en un acto de decisión voluntaria.

8. La gracia común

Además de la gracia especial que redunda en la salvación de los escogidos, hay lo que podríamos llamar una "gracia común", o las influencias generales del Espíritu Santo, en las cuales participan, a mayor o a menor grado, todos los hombres. Dios hace salir su sol sobre buenos y malos, y envía la lluvia sobre justos e injustos. También envía tiempos fructíferos y da muchas otras cosas que redundan en la felicidad general de la humanidad. Entre las bendiciones más comunes que proceden de esta fuente podríamos mencionar la salud, la prosperidad material, la inteligencia, los talentos para el arte, la música, la oratoria, la literatura, la arquitectura, el comercio, las invenciones, etc. Muchas veces los no elegidos reciben estas bendiciones en mayor abundancia que los elegidos, ya que vemos muchas veces que los hijos de este siglo son para su propia generación más sabios que los hijos de luz. La gracia común es la fuente de todo orden, refinamiento, cultura, virtud común etc., que vemos en el mundo, y a través de ella se intensifica el poder moral de la verdad en el corazón y en la conciencia de los hombres y las pasiones viles son refrenadas. La gracia común no redunda en la salvación, pero impide que este mundo sea un infierno. Impide la efectuación completa del pecado así como la intuición humana impide la furia de las bestias salvajes. Impide la manifestación del pecado en toda su vileza, y de este modo impide que las llamas vivas broten del fuego humeante. La gracia común, al igual que la presión atmosférica, es universal y poderosa aunque no se siente.

La gracia común, sin embargo, no extirpa la raíz del pecado en el individuo y, por tanto, no puede producir una conversión genuina. Dicha gracia trae al conocimiento del hombre, mediante la luz de la naturaleza, las operaciones de la conciencia, y especialmente mediante la presentación externa del evangelio, lo que éste debe hacer, pero no le imparte el poder que necesita para hacerlo. Además, dichas influencias generales del Espíritu Santo pueden ser resistidas. Las Escrituras enseñan que el evangelio es eficaz sólo

cuando es acompañado por el poder iluminador y especial del Espíritu, y aparte de dicho poder es piedra de tropiezo para los judíos y locura para los gentiles. Es decir, el hombre no regenerado jamás podrá conocer a Dios salvo en una forma externa; por esta razón las Escrituras dicen que la justicia externa de los escribas y fariseos no es justicia ninguna. Jesús dijo a sus discípulos que el mundo no podía recibir al Espíritu de verdad, "porque no le ve, ni le conoce", pero inmediatamente añadió, "Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:17). La doctrina arminiana destruye la distinción entre la gracia eficaz y la gracia común, y cuando mucho hace a la gracia eficaz una ayuda sin la cual la salvación es imposible, mientras que la doctrina calvinista considera a la gracia eficaz la asistencia mediante la cual la salvación es asegurada.

Respecto a las reformas personales producidas por la gracia común dice el Dr. Carlos Hodge: "A menudo pasa que hombres que han sido inmorales cambian toda su manera de vida. Asumen una conducta externamente correcta, y actúan con moderación, pureza, honestidad, y benevolencia. Dicho cambio es excelente y encomiable y beneficioso en gran medida a la persona misma y a los a su alrededor. Algunas de las causas que producen dicho cambio son el poder de la conciencia, una consideración a la autoridad de Dios y un temor a su desaprobación, una consideración a la buena opinión de los hombres, o una consideración a intereses personales. Pero sea cual fuere la causa inmediata de tales reformas, ellas están muy lejos de la santificación. Las dos cosas difieren en su naturaleza tanto como un corazón limpio difiere de ropas limpias. Dichas reformas externas no cambian el carácter interno del hombre a los ojos de Dios. La persona permanece sin amor a Dios, y sin fe en Cristo, y carente de toda buena obra y de afectos santos".[10] Y dice el Dr. Hewlitt: "¿Podrá despertarse en la tumba un cadáver con la más dulce música o aun con los más estrepitosos truenos? Claro que no. Y tampoco puede despertarse el pecador, quien está muerto en delitos y pecados, ni por el trueno de la ley ni por la dulce melodía del evangelio; '¿mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?' (Jer. 13:23)".[11]

El siguiente párrafo del Dr. S. G. Craig expone de manera clara las limitaciones de la gracia común: "El cristianismo sostiene que toda educación y cultura, que deja a Jesucristo fuera de consideración, aunque haga a los hombres astutos, cultos y brillantes, carece del poder necesario para cambiar el carácter. Dichas influencias podrán a lo sumo sólo limpiar la parte exterior del vaso; pero no afectarán la naturaleza de su contenido. Aquellos que confían únicamente en la educación, en la cultura y en cosas semejantes, creen que todo lo que se necesita para cambiar al olivo silvestre en uno

[10] *Systematic Theology*, III, p. 214.
[11] *Sound Doctrine*, p. 21.

bueno es podarlo, rociarlo, cultivarlo o cosas semejantes, cuando lo que en realidad necesita es que se le injerte un vástago del buen olivo. Y hasta que esto se haga, todo lo demás será en vano. No desestimamos el valor de la educación y de la cultura, pero lo mismo fuese suponer que uno puede purificar las aguas de un río al mejorar el paisaje en la ribera que suponer que la educación y la cultura puedan en sí mismas transformar el corazón de los hijos de los hombres. . . Un antiguo proverbio judío dice: 'Tómese el árbol amargo y plántelo en el jardín del Edén y rocíelo con las aguas del jardín; y que el ángel Gabriel sea el hortelano y aun así el árbol continuará dando fruto amargo' ".[12]

[12] *Jesus as He Was and Is*, pp. 191, 199.

Capítulo 14

La perseverancia de los creyentes

1. Exposición de la doctrina. 2. La perseverancia no depende de nuestras buenas obras sino de la gracia de Dios. 3. Aunque es verdaderamente salvo, el creyente puede caer temporalmente y pecar. 4. Una profesión externa no es siempre prueba de que la persona es un creyente verdadero. 5. El sentido de inseguridad de los arminianos. 6. El propósito de las advertencias contra la apostasía en las Escrituras. 7. Pruebas bíblicas.

1. Exposicion de la doctrina

La doctrina de la perseverancia de los creyentes aparece en la Confesión de Westminster de la manera siguiente: "Aquellos a quienes Dios ha hecho aceptos en el Amado y ha llamado eficazmente y santificado por su Espíritu, no pueden caerse total ni finalmente del estado de gracia; sino que ciertamente perseverarán hasta el fin y serán salvos eternamente".[1] Es decir, todos aquellos que son verdaderos creyentes no pueden caerse totalmente y perderse—aunque puede que caigan en pecado temporalmente, eventualmente retornarán y serán salvos.

Esta no es una doctrina aislada sino una parte necesaria del sistema de teología calvinista. Las doctrinas de la elección y de la gracia eficaz implican lógicamente la salvación segura de aquellos que reciben estas bendiciones. Si Dios ha escogido absoluta e incondicionalmente a ciertas personas para vida eterna, y si su Espíritu aplica eficazmente a éstas los beneficios de la redención, entonces la conclusión ineludible es que estas personas serán eternamente salvas. Históricamente, esta doctrina ha sido sostenida por todos los calvinistas, y negada por prácticamente todos los arminianos.

[1] Cap. XVII, Secc. 1.

Los que se han refugiado en Jesús tienen un firme fundamento sobre el cual edificar. Aunque torrentes de error inunden la tierra y Satanás levante contra ellos todos los poderes del mundo y toda las iniquidades del corazón aun así jamás fracasarán; sino que perseverando hasta el fin, heredarán las mansiones preparadas para ellos desde la fundación del mundo. Los santos en el cielo son más felices que los creyentes aquí en la tierra, pero su salvación no es más segura que la de éstos últimos. Puesto que la fe y el arrepentimiento son *dones* de Dios, la concesión de estos dones es prueba de que el propósito de Dios es salvar a aquellos a quienes les son conferidos. La concesión de estos dones es evidencia de que Dios ha predestinado a los que reciben dichos dones a ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, i.e., ser como Cristo en carácter, destino, y gloria, y de que Dios infaliblemente efectuará su propósito. Nadie los puede arrebatar de sus manos. Los verdaderos creyentes tienen dentro de sí mismos el principio de vida eterna, es decir, el Espíritu Santo; y puesto que el Espíritu Santo vive dentro de ellos, ya son potencialmente santos. Y aunque es cierto que son sometidos a diversas pruebas y aún no ven lo que habrán de ser, deben saber que lo que ha sido comenzado en ellos será perfeccionado hasta el fin, y que la misma lucha que hay en ellos es señal de vida y promesa de victoria.

Respecto a los que son verdaderos creyentes pero que, según los arminianos, caen de la gracia, nos preguntamos, ¿por qué no los quita Dios del mundo mientras aún están en un estado salvo? Ciertamente nadie osará decir que es porque Dios no puede, o porque no prevee su futura apostasía. Entonces, ¿por qué permite que estos objetos de su amor vuelvan al pecado y perezcan? Si en realidad, tal fuese el caso, entonces su don de vida continua a dichas personas no sería sino una maldición infinita. Pero ¿quién puede creer que el Padre celestial no cuida mejor que esto de sus hijos? Esta doctrina equivocada de los arminianos enseña que una persona puede ser hijo de Dios hoy e hijo del diablo mañana, que puede cambiar de un estado a otro tan rápidamente como cambia su mente. Dicha doctrina enseña que la persona puede haber nacido del Espíritu, haber sido justificado, santificado, todo menos glorificado, y aun así ser reprobada y perderse eternamente, siendo su voluntad y conducta el factor determinante. Ciertamente un Dios amante y soberano no permitiría que sus hijos redimidos caerían de gracia y perecerían.

Nos preguntamos, además, si Dios sabe que cierto creyente va a rebelarse y perecer, ¿puede Dios amarle con profundo afecto aun antes de su apostasía? Si nosotros supiésemos que alguien que hoy es nuestro amigo habrá de convertirse en nuestro enemigo y traicionarnos mañana, ¿podríamos recibirle con la intimidad y confianza con que naturalmente le recibimos? Nuestro conocimiento de sus hechos futuros destruiría en gran medida nuestro amor hacia esa persona.

Nadie negará que los redimidos en el cielo serán preservados en santidad. Pero, si Dios preserva a los santos en el cielo sin violar el libre albedrío de éstos, ¿no puede de igual manera preservar en santidad a los creyentes en la tierra sin violar su libre albedrío?

La naturaleza del cambio efectuado en la regeneración es suficiente garantía de que la vida impartida habrá de ser permanente. La regeneración es un cambio radical y sobrenatural de la naturaleza interna, mediante el cual el alma es vivificada espiritualmente, y la nueva vida implantada es inmortal. Puesto que este cambio ocurre en la naturaleza interna, ello ocurre en una esfera sobre la cual el hombre no tiene control. Ninguna criatura tiene la libertad de cambiar los principios fundamentales de su naturaleza, ya que eso es prerrogativa sólo de Dios como creador. De ahí, nada que no fuese otra obra sobrenatural de Dios podría revocar dicho cambio y causar que la nueva vida desapareciese. El creyente nacido de nuevo no puede dejar de ser hijo de su Padre celestial, como tampoco un hijo aquí en la tierra puede dejar de ser hijo de su padre terrenal. La creencia arminiana de que un creyente puede caer y perecer surge de un concepto erróneo de lo que es en sí el principio de la vida espiritual impartido al alma en la regeneración.

2. La perseverancia no depende de nuestras buenas obras sino de la gracia de Dios

Pablo enseña que los creyentes no están bajo la *ley* sino bajo la *gracia* y que, ya que no están bajo la ley, no pueden ser condenados por haber violado la ley. "No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Ro. 6:14). El pecado ya no puede ser causa de la perdición de los creyentes dado que éstos están bajo la gracia y no son tratados conforme a sus obras. "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Ro. 11:6). "Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Ro. 4:15). "Sin la ley el pecado está muerto" (Ro. 7:8), es decir, donde la ley ha sido abolida la persona no puede ser sometida al castigo a causa del pecado. "Habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo" (Ro. 7:4). El que trate de ganar por sí mismo aunque sea la más mínima parte de su salvación "está obligado a guardar toda la ley" (Gá. 5:3), es decir, a rendir perfecta obediencia a la ley por sus propias fuerzas. Como se puede ver, se trata de dos sistemas de salvación radicalmente distintos, diametralmente opuestos el uno al otro.

El amor infinito, misterioso y eterno de Dios para con los creyentes es una garantía de que jamás se perderán. Este amor divino no está sujeto a fluctuaciones sino que es tan inmutable como el mismo ser de Dios. Además es gratuito, y nos tiene asidos más fuertemente a nosotros que lo que nosotros a él. No está basado en lo atractivo de sus objetos. "En esto consiste el

amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Jn. 4:10). "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados seremos salvos por su vida" (Ro. 5:8-10). Estos versículos enfatizan el hecho de que nuestra posición para con Dios *no está basada en nuestros méritos*. "Siendo enemigos", Dios nos dio vida espiritual por su gracia soberana; por consiguiente, si he hecho lo sumo, ¿no hará también lo mínimo por nosotros? El escritor del libro a los hebreos, cuando dice que Cristo es "el autor y consumador de la fe", nos enseña que es imposible que uno de los escogidos de Dios se pierda. Este pasaje enseña que todo el curso de nuestra salvación está planeado y dirigido por Dios mismo. Ni la gracia de Dios ni la continua operación de dicha gracia en el creyente se debe a méritos personales. Por tanto, si algún creyente fuese a caer de la gracia sería porque Dios le retiró su gracia, lo que significaría que Dios ha cambiado su método de proceder, es decir, que ha colocado nuevamente a la persona bajo un sistema de ley.

Roberto L. Dabney ha expresado esta verdad muy hábilmente en el siguiente párrafo: "El amor soberano e inmerecido es la causa del llamamiento eficaz del creyente. Jer. 31:3; Ro. 8:30. Y como la causa es inmutable, el efecto también lo es. El efecto es la continua comunicación de la gracia al creyente en quien Dios ha comenzado una buena obra. Dios no fue inducido a dar su gracia al pecador en primera instancia por haber visto algo meritorio o atractivo en el pecador que se arrepiente; por tanto, la subsiguiente ausencia de todo bien en el pecador no puede ser un motivo nuevo para que Dios le retire su gracia. Cuando Dios confirió su gracia al pecador, él sabía perfectamente que el pecador era totalmente depravado y aborrecible; por tanto, ni la ingratitud ni la infidelidad por parte del pecador convertido puede ser motivo que induzca a Dios a cambiar de parecer o para retirarle su gracia. Dios conocía toda esta ingratitud antes de conferirle la gracia. Dios castigará dicha ingratitud e infidelidad retirando temporalmente su Espíritu Santo o sus misericordias providenciales; pero si su propósito desde el principio no hubiera sido soportar dichos pecados y perdonarlos en Cristo, él no hubiera llamado al pecador por su gracia en primera instancia. En otras palabras, las causas por las cuales Dios determinó conferir su amor electivo al pecador se encuentran totalmente en Dios, y no en el creyente; por consiguiente, nada en el corazón o en la conducta del creyente puede finalmente alterar ese propósito del amor divino. Is. 54:10; Ro. 11:29; compárese cuidadosamente Ro. 5:8-10; 8:32 con todo el pasaje de Ro. 8:28-39. Este glorioso pasaje no es sino un argumento que corrobora nuestra aseveración;

'¿Quién nos separará del amor de Cristo?' ".[2]

El Dr. Carlos Hodge dice, "Podemos comparar el amor de Dios en este respecto con el amor maternal. Una madre no ama a su niño porque es hermoso. Su amor más bien la conduce a hacer todo lo posible para que su niño sea atractivo y se mantenga atractivo. Así también el amor de Dios, igual de misterioso e inexplicable en su naturaleza, embellece a sus hijos con las virtudes de su Espíritu, y les atavía con las hermosas vestiduras de la santidad. Es sólo la idea equivocada de que Dios nos ama por nuestra propia bondad que puede conducir a algunos a suponer que el amor divino depende de algún atractivo personal inherente en nosotros mismos".[3]

Lutero dice respecto a la salvación de los elegidos, "El decreto divino de la predestinación es inmutable y seguro; y su ejecución es igualmente inalterable, y ha de llevarse a cabo con absoluta certeza. Si dependiese de nosotros mismos, que somos tan débiles, muy pocos, o más bien ninguno se salvaría; Satanás nos vencería a todos".

Mientras más meditamos sobre estas verdades, más agradecidos nos sentimos de que nuestra perseverancia en santidad y nuestra seguridad de salvación no dependen de nuestra débil naturaleza sino del continuo poder sustentador de Dios. Con Isaías podemos decir, "Si Jehová de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra". El arminianismo niega la doctrina de la perseverancia porque es un sistema no de pura gracia, sino de gracia y obras; y en un sistema tal la persona debe probar que es al menos parcialmente merecedora de la gracia.

3. Aunque es verdaderamente salvo, el creyente puede caer temporalmente y pecar

La doctrina de la perseverancia, cabe señalar, no significa que el creyente no pueda caer víctima del pecado temporalmente, ya que esto es ocurrencia demasiado común. Aun los mejores creyentes pecan, aunque jamás son derrotados completamente por el pecado, porque Dios mediante la operación de la gracia en sus corazones impide infaliblemente que aun el más endeble de ellos finalmente apostate. Aún tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder (o la gloria) sea de Dios, y no de nosotros (2 Co. 4:7).

Con respecto a su propia experiencia personal el gran apóstol Pablo pudo escribir: "Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en

[2] *Theology*, p. 690.
[3] *Systematic Theology*, III, p. 112.

mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado" (Ro. 7:19-25). En estos versículos todo verdadero creyente puede ver reflejada su propia experiencia.

Es, por supuesto, inconsistente que un creyente peque, y el escritor del libro a los hebreos afirma que los que pecan "crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, exponiéndole a vituperio" (Heb. 6:6). Después que David pecó y se arrepintió, el profeta Natán le dijo que su pecado había sido perdonado pero que, no obstante, había dado gran ocasión de "blasfemar a los enemigos de Jehová" (2 S. 12:14). David y Pedro cayeron temporalmente en pecado pero fueron llamados de vuelta por los principios básicos de su naturaleza. Judas apostató permanentemente porque carecía de esos principios básicos.

Mientras el creyente permanezca en este mundo su estado es uno de continua lucha. Sufre derrotas temporales y en ocasiones puede que parezca haber perdido toda la fe; sin embargo, si ha sido verdaderamente salvo, no puede caer completamente de la gracia. Si una vez ha experimentado el cambio interno mediante la regeneración, tarde o temprano volverá al redil y será salvo; al volver en sí confesará sus pecados e implorará el perdón sin dudar en su salvación. Puede que su caída en pecado le haya perjudicado severamente y haya traído destrucción a otros; pero en lo que a él personalmente respecta, la caída sólo ha sido temporal. Pablo afirmó que la obra de muchos se habría de quemar por estar construida con materiales inapropiados pero que ellos mismos serían salvos "aunque así como por su fuego" (1 Co. 3:12-15); Jesús enseñó esto mismo en la parábola de la oveja perdida la cual el pastor buscó y trajo nuevamente al redil.

Si en realidad los verdaderos creyentes pudieran caer de la gracia, entonces sus cuerpos, que son "templos del Espíritu Santo", se convertirían en morada del diablo, lo que, por supuesto, haría al diablo muy feliz y le daría oportunidad de blasfemar a Dios (1 Co. 6:19). "El creyente es como un hombre que va subiendo una cuesta, y ocasionalmente resbala y cae, pero, no obstante, mantiene su rostro firme hacia la cima. El no regenerado, en cambio, va con su rostro inclinado y está resbalando cuesta abajo todo el tiempo"—A. H. Strong. "El creyente, como un hombre sobre la cubierta de un barco, puede caer una y otra vez, pero jamás caerá por la borda"—C. H. Spurgeon.

Cada uno de los elegidos es como el hijo pródigo en este respecto, que por algún tiempo es engañado por el mundo y extraviado por su propio apetito carnal. Estando en esta condición, busca alimentarse con las algarrobas,

pero éstas no le satisfacen y tarde o temprano, como el pródigo, se ve constreñido a decir, "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti". El padre, siempre cariñoso, le recibe con inalterable amor y su dulce voz de bienvenida resuena en el alma de éste—"Este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado". Nótese que ésta es una parábola totalmente calvinista ya que el pródigo era un *hijo* y, por tanto, no podía perder esa relación. Los que no son hijos jamás sienten el deseo de levantarse e ir al Padre.

Puede que nos equivoquemos en ciertas ocasiones, como sucedió a los gálatas hechizados (3:1); y aun puede que nuestros afectos se enfríen como sucedió en la iglesia de Efeso (Ap. 2:4). La iglesia se puede adormecer pero su corazón vela (Cnt. 5:2). A veces parece que la gracia ha desaparecido de un hijo de Dios cuando en realidad no es así. El sol es eclipsado, pero recobra su esplendor. Los árboles pierden sus hojas y su fruto en el invierno, pero en la primavera vuelven a brotar. Israel huye una y aun dos veces de delante de sus enemigos, pero al fin conquista la tierra prometida. El creyente, de igual manera, cae muchas veces, pero finalmente será salvo. Es inconcebible que los elegidos de Dios dejen de alcanzar la salvación. "No hay posibilidad de que frustren el poder omnipotente de Dios. Como Jonás, quien huyó de la voluntad de Dios y rehusó llevar el mensaje a Nínive, y que fue perseguido hasta la barriga del pez por el poder de Dios hasta que voluntariamene obedeció el mandato divino, así también el creyente eventualmente retornará al Salvador, y habiendo confesado sus faltas recibirá el perdón por sus pecados y será salvo".[4]

4. Una profesión externa no es siempre prueba de que la persona es un creyente verdadero

No tenemos dificultad alguna en explicar aquellos casos en donde creyentes aparentemente verdaderos han apostatado. Tanto las Escrituras como la experiencia nos enseñan que con frecuencia nos equivocamos en nuestro juicio respecto a otra personas; a veces es prácticamente imposible conocer a ciencia cierta si éstos son verdaderos creyentes o no. La cizaña nunca fue trigo, y los malos peces nunca fueron buenos, a pesar del hecho de que su verdadera naturaleza (tanto de la cizaña como de los peces) no haya sido reconocida. Dado que Satanás se disfraza de ángel de luz (2 Co. 11:14), no debe extrañarnos que sus ministros algunas veces se disfracen como hacedores de justicia, con las más deceptivas apariencias de santidad, devoción, piedad, y celo. Ciertamente una profesión externa no es siempre garantía de que una persona es salva. Algunas personas, como los fariseos de antaño, aparentan lo que no son y engañan a muchos. Jesús advirtió a sus discípu-

[4]F. E. Hamilton, art., "The Reformed Faith in the Modern World".

los, "se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuese posible, aun a los escogidos" (Mt. 24:24); y citó las palabras del profeta Isaías quien dijo: "Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Mr. 7:6, 7). Pablo puso sobre aviso a la iglesia respecto a aquellos que eran "falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo" (2 Co. 11:13). Y a los romanos escribió, "Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos" (Ro. 9:6, 7). Juan menciona a los que "se dicen ser apóstoles, y no lo son" (Ap. 2:2); y más adelante añade, "Yo conozco tus obras que tienes nombre de que vives, y estás muerto" (Ap. 3:1).

Sin embargo, no importa cuan efectivamente estas personas logren engañar a los hombres, Dios siempre conoce "la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás" (Ap. 2:9). Vivimos en una época en que multitudes dicen ser "cristianos", pero carecen totalmente del conocimiento, experiencia y carácter cristianos—en una época en que, en muchos lugares, la distinción entre la iglesia y el mundo ha desaparecido. Como Samuel, a menudo somos engañados por las apariencias externas, y exclamamos, "De cierto delante de nosotros está el ungido de Jehová", cuando si en realidad conociésemos los motivos tras las obras de dichas personas, no nos expresaríamos de esa manera. Con frecuencia nos equivocamos al juzgar a otras personas, y esto a pesar de todas las precauciones que podamos tomar. Juan dio la verdadera solución a estos casos cuando escribió, "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (1 Jn. 2:19). Todos aquellos que caen permanentemente pertenecen a este grupo.

Algunas personas hacen gran profesión de su religión aunque no conocen al Señor Jesús en espíritu y en verdad. Estas personas puede que sobrepasen a muchos humildes discípulos en conocimiento intelectual, y por algún tiempo pueden hasta engañar a los mismos elegidos; sin embargo, sus corazones jamás han sido renovados. En el día del juicio muchos de los que alguna vez en su vida estuvieron vinculados externamente con la iglesia dirán: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces el Señor les responderá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:22, 23); lo que, por supuesto, no sería cierto si alguna vez los hubiese conocido como verdaderos creyentes. Cuando llegue el día en que el verdadero carácter de todo hombre se conozca y los secretos de todos los corazones se manifiesten, se verá que muchos de los que una vez aparentaron ser verdaderos creyentes jamás han sido parte del pueblo de Dios. Algunos se apartan de una profesión de fe, pero ninguno cae de la gracia salvadora de Dios. Los que apostatan nunca han conocido la gracia salvadora de Dios. Son como los que fueron sembrados en pedregales, que no tienen raíz en sí, y son de corta duración; y al venir la aflicción o la persecución, luego tropiezan. Es precisamente a esta clase de personas que las Escrituras se refieren al mencionar a algunos que han abandonado la fe, o que han naufragado en cuanto a una fe que nunca poseyeron sino sólo en apariencia. Hay otros que reciben suficiente iluminación en cuanto a las doctrinas del evangelio como para predicarlas o enseñarlas a otros, pero sin embargo, ellos mismos carecen por completo de la verdadera gracia salvadora. El que personas como éstas apostaten no es prueba ni ejemplo de la apostasía de verdaderos creyentes.

La mera membresía en la iglesia tampoco es garantía de que las personas sean verdaderos creyentes. No todos los miembros de la iglesia militante serán miembros de la iglesia triunfante. Con el fin de cumplir ciertos propósitos algunas personas hacen profesión externa del evangelio, lo que les obliga por un tiempo a ser morales exteriormente y a relacionarse con el pueblo de Dios. Aparentan tener fe verdadera y continúan así por algún tiempo. Entonces o el disfraz de oveja se les cae o ellos mismos se lo quitan y vuelven nuevamente al mundo. Si pudiéramos ver los verdaderos motivos de sus corazones, descubriríamos que en ningún momento fueron movidos por un genuino amor a Dios, sino que eran cabras, y no ovejas, lobos rapaces, y no mansos corderos. Pedro dice respecto a estas personas, "Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno" (2 P. 2:22); lo que demuestra que jamás pertenecieron al número de los elegidos.

Muchos de los no convertidos escuchan la predicación del evangelio como Herodes escuchaba a Juan el Bautista. Se dice que "Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba *de buena gana* (Mr. 6:20). Sin embargo, nadie que recuerde el decreto de Herodes mediante el cual ordenó la muerte de Juan el Bautista, y que recuerde además su vida en general, dirá que éste fue creyente alguna vez.

En adición a todo lo dicho anteriormente cabe señalar que muchas veces las operaciones comunes del Espíritu en la conciencia iluminada conducen a una reforma y a una vida extremadamente religiosa. Aquellos que experimentan dichas operaciones son muchas veces muy estrictos en su conducta y muy diligentes en sus deberes religiosos. A éstos las promesas del evangelio y la exhibición del plan de salvación contenidas en las Escrituras les parecen no sólo verdaderas sino apropiadas a su condición, y las reciben con gozo, y las creen con una fe fundamentada en la fuerza moral de la verdad. Esta fe continúa mientras el estado mental que la produce continúa, pero cuando

ese estado mental cambia la persona vuelve a su estado usual de insensibilidad y la fe desaparece. Es a esta clase de personas que Cristo se refería cuando habló de aquellos que reciben la Palabra en pedregales o entre espinos. Numerosos ejemplos de esta fe temporal aparecen en las Escrituras y pueden ser vistos frecuentemente en la vida diaria. Estas experiencias a menudo preceden o acompañan la conversión genuina; pero en muchos casos no sucede un cambio verdadero de corazón. Estas experiencias pueden ocurrir repetidas veces, pero aquellos que las experimentan vuelven a su estado normal de indiferencia y mundanalidad. Muchas veces le es imposible a un observador o aun a la persona misma distinguir estas experiencias de las experiencias genuinas. "Por sus frutos los conoceréis", es la prueba que el Señor nos dio. Sólo cuando estas experiencias resultan en una vida consistentemente santa se reconocerá su carácter distintivo.

5. El sentido de inseguridad de los arminianos

Un arminiano consecuente, con sus doctrinas del libre albedrío y de la posibilidad de caer de la gracia, jamás puede en esta vida tener seguridad de su salvación eterna. Puede quizá tener seguridad de su salvación *presente*, pero sólo puede tener una *esperanza* de su salvación final. Puede que considere su salvación final como muy probable, pero no podrá estar completamente seguro de la misma. El arminiano ha visto a muchos de sus amigos "creyentes" caer y perecer a pesar de que han tenido un buen comienzo. Y ¿no será posible que le pueda suceder lo mismo a él? Mientras los hombres permanezcan en el mundo, tendrán los vestigios de la vieja naturaleza pecaminosa en ellos; estarán rodeados de los más atractivos y deceptivos placeres del mundo y de las más sutiles tentaciones del diablo. Además, en muchas de las iglesias supuestamente cristianas oyen las falsas enseñanzas de ministros modernistas e incrédulos. Si el arminianismo fuese cierto, entonces los creyentes todavía estarían en posiciones muy peligrosas ya que su destino eterno dependería de la probabilidad de que sus débiles voluntades continuaran escogiendo el bien. La posición arminiana conduce lógicamente a la creencia errónea de que no es posible ser confirmado en la santidad, ni aun en el cielo mismo; ya que aun allí la persona retendría su libre albedrío y podría pecar cuando le placería.

Podemos comparar el arminiano con un individuo que ha heredado una fortuna de $100.000. Este sabe que muchos otros han heredado grandes fortunas, pero que las han perdido debido a un criterio pobre, o algún fraude, o a alguna calamidad, etc. Pero él, no obstante, tiene suficiente confianza en su propia habilidad para administrar su dinero sabiamente que está convencido de que no lo perderá. Su seguridad está basada en la confianza que tiene en sí mismo. Otros han fracasado pero él tiene confianza de que no

fracasará. Cuando aplicamos esta ilustración al reino espiritual ¡cuán grande es el engaño! ¡Qué lamentable es que persona alguna que conozca su propia tendencia hacia el pecado basara su seguridad de salvación sobre este fundamento! Un sistema como éste deposita la causa de la perseverancia no en las manos de un Dios todopoderoso e inmutable, sino en las manos de un endeble pecador.

Además, ¿no nos dice la lógica del sistema arminiano que lo más conveniente para el creyente sería morir lo antes posible para así asegurarse de la herencia que para él es de tan infinito valor? En vista del hecho de que tantos han caído, ¿vale la pena permanecer aquí y arriesgar la salvación eterna por el mero disfrute de un poco más de vida en este mundo? ¿Qué diríamos de un comerciante que, a fin de ganar unos pocos dólares más, arriesgara toda su fortuna en una empresa admitidamente dudosa? ¿No implica todo esto que el Señor se ha equivocado un sinnúmero de veces al no tomar a estas personas del mundo cuando aún eran verdaderos creyentes? El autor de este libro, al menos, está convencido de que si él sostuviese la posición arminiana y se reconociese como cristiano salvo, desearía morir lo antes posible para asegurar su salvación.

En lo que las cosas espirituales respecta, un estado de duda es un estado de miseria. La seguridad de que nada ni nadie puede separar al creyente del amor de Dios es uno de los consuelos más grandes en la vida cristiana. Negar esta doctrina es destruir el fundamento de todo gozo entre los creyentes aquí en la tierra; porque, ¿qué gozo podrán tener aquellos que creen que cualquier momento pueden ser engañados y desviados de su camino? Si nuestra seguridad estuviera basada únicamente en nuestra naturaleza cambiadiza e indecisa, nunca experimentaríamos la serenidad y la paz interna que deben caracterizar al creyente. McFetridge en su librito iluminador titulado *Calvinism in History* (*El calvinismo en la historia*), dice "Puedo imaginarme claramente el terror que debe infundir a un alma sensitiva el sentir la inseguridad de su salvación y el estar constantemente consciente de la terrible posibilidad de caer de la gracia tras quizá una larga y penosa vida cristiana, como lo enseña el arminianismo. Personalmente, jamás pudiera abrazar tan aterradora doctrina que llena el alma de constantes e inexpresables dudas. Sentir que cruzo el tempestuoso y peligroso mar de la vida dependiendo para mi seguridad final de mi traicionera naturaleza, produciría en mí una perpetua consternación. No, yo más bien desearía saber que la embarcación a la que he confiado mi vida es apropiada para la navegación y que, al embarcar en ella, habré de arribar seguramente a mi destino" (p. 112).

Hasta que apreciamos adecuadamente la maravillosa verdad de que nuestra salvación no depende de nuestro débil y vacilante amor a Dios, sino del eterno e inmutable amor de Dios para con nosotros, no podremos tener paz y seguridad en la vida cristiana. Y sólo el calvinista, quien se reconoce abso-

lutamente seguro en las manos de Dios, puede tener ese sentido interno de paz y seguridad, sabiendo que en los consejos eternos de Dios fue escogido para ser santificado y glorificado y que nada puede frustrar ese propósito. El calvinista sabe que el poder que le guarda es tan inagotable e invariable como la fuerza de la gravedad, y que es tan necesario para el desarrollo de su espíritu como el sol y las vitaminas lo son para el desarrollo del cuerpo.

6. El propósito de las advertencias contra la apostasía en las Escrituras

A veces los arminianos traen a colación las advertencias en las Escrituras contra la apostasía o el caer de la gracia dirigidas a los creyentes, y las cuales, insisten ellos, implican la posibilidad de que los creyentes pueden caer de la gracia. En un sentido, por supuesto, puede decirse que los creyentes pueden caer—es decir, cuando son contemplados en sí mismos, con referencia a sus propios poderes y capacidades, e independientes del propósito o diseño de Dios para con ellos. Y todos reconocen que los creyentes pueden caer en pecado temporalmente. El propósito principal de estos pasajes, sin embargo, es el inducir a los hombres a cooperar voluntariamente con Dios para el logro de sus propósitos. Estos pasajes sirven de estímulo y producen constante humildad, vigilancia y diligencia. Un padre, a fin de lograr la cooperación voluntaria de un hijo, puede decirle que tenga cuidado de un automóvil que se acerca, a pesar de que el padre no tiene la menor intención de dejar que su hijo se encuentre en una posición donde pudiera recibir algún daño. Cuando Dios permite a un alma sentir temor de caer no es prueba de que en su propósito secreto se propuso permitirle caer. Ese temor más bien puede ser el medio que Dios ha diseñado para impedir que esa alma caiga. En segundo lugar, las exhortaciones de Dios al deber son perfectamente consistentes con su propósito de dar suficiente gracia para el cumplimiento de los deberes. En una parte se nos manda a amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón; en otra Dios dice, "y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos". Ahora bien, o estas dos aseveraciones son consistentes la una con la otra, o el Espíritu Santo se contradice a sí mismo. El Espíritu, por supuesto, no se contradice. En tercer lugar, estas advertencias son, aun para los creyentes, estímulos a una mayor fe y oración. En cuarto lugar, dichas advertencias tienen el propósito de demostrar al hombre su deber y no su habilidad, su debilidad y no su fortaleza. En quinto lugar, convencen a los hombres de su falta de santidad y de su dependencia de Dios. Y, en sexto lugar, sirven para refrenar a los incrédulos y dejarles sin excusa.

Tampoco prueban nada pasajes tales como, "No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió" (Ro. 14:15); "Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió" (1 Co. 8:11). De la misma manera, se puede decir que la influencia de una persona en particular, al ser contemplada aisladamente, puede estar destruyendo nuestra civilización; pero sabemos que nuestra civilización continúa en su marcha adelante y en su progreso, ya que hay otras influencias que contrarrestan la influencia adversa. Estos pasajes enseñan sencillamente lo siguiente: No importa la seguridad divina, el que pone tropiezos en el camino de su hermano es responsable por lo que hace; y cualquiera que pone tropiezos en el camino de su hermano está haciendo todo lo que *él* puede para destruir a su hermano.

7. Pruebas bíblicas

Las pruebas bíblicas referentes a esta doctrina son abundantes y claras. "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:35-39).

"Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Ro. 6:14). "El que cree en mí, tiene vida eterna" (Jn. 6:47). "El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Jn. 5:24). En el instante en que uno cree, la vida eterna es una realidad, una posesión presente, y no meramente en un don futuro y condicional. "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre" (Jn. 6:51). No dice que tenemos que comer muchas veces, sino que si comeremos, viviremos eternamente. "Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Jn. 4:14).

"Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). "Jehová cumplirá su propósito en mí" (Sal. 138:8). "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Ro. 11:29). "Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo" (1 Jn. 5:11). "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (1 Jn. 5:13). "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Heb. 10:14). "Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial" (2 Ti. 4:18). "Porque a los que antes conoció también los predestinó. . . Y a los

que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Ro. 8:29, 30). "En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:5).

Jesús dijo, "Y yo les doy (a los verdaderos seguidores, a las 'ovejas') vida eterna; y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:28, 29). Podemos notar aquí que nuestra seguridad y la omnipotencia de Dios son iguales, ya que la primera descansa en la segunda. Dios es más poderoso que el mundo entero, y ni hombres ni diablos pueden robarle una de sus joyas preciosas. Más fácil fuese arrancar una estrella de los cielos que arrebatar a un creyente de la mano del Padre. La salvación de los creyentes descansa en el poder invencible de Dios, y por tanto, el creyente está fuera de todo peligro de destrucción. Tenemos la promesa de Cristo de que las puertas del infierno no prevalecerán contra su iglesia; si el diablo pudiera arrebatar a uno aquí y a otro allá y a muchos de algunas congregaciones, entonces la promesa de Cristo no sería cierta. En otras palabras, si un solo creyente pudiere perderse, entonces sería posible, al menos en principio, que todos los creyentes pudieren perderse, lo que convertiría en huecas las palabras de Cristo.

Se nos dice que "se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán *si fuere posible*, aun a los escogidos" (Mt. 24:24). Creemos que toda persona sin prejuicios entenderá que ésta es una afirmación innegable de que es imposible engañar a los elegidos.

La unión mística entre Cristo y los creyentes es una garantía de que éstos perseverarán. "Porque yo vivo, vosotros también viviréis" (Jn. 14:19). Mediante dicha unión los creyentes participan de la vida de Cristo. Cristo está en nosotros (Ro. 8:10). No somos nosotros los que vivimos, sino Cristo quien vive en nosotros (Gá. 2:20). Cristo y los creyentes poseen una vida en común, como la que existe entre la vid y los pámpanos. El Espíritu Santo mora en los redimidos de tal manera que cada creyente posee una reserva inagotable de fortaleza.

A los efesios les fue dicho, "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención" (Ef. 4:30). Pablo no tenía miedo de la apostasía ya que pudo decir con absoluta confianza, "Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús" (2 Co. 2:14). El Señor, hablando a través del profeta Jeremías dijo, "Con amor eterno te he amado" (Jer. 31:3)—lo cual es una de las mejores pruebas de que el amor de Dios no tendrá fin, ya que tampoco tiene comienzo, sino que es eterno. En la parábola de los dos cimientos se enfatiza el punto de que la casa que fue edificada sobre la roca (Cristo) no cayó cuando las tormentas de la vida

le azotaron. El arminianismo, no obstante, elabora otro sistema en el cual algunos de los que edifican sobre la roca sí caen. En el Salmo 23 leemos, "Y en la casa de Jehová moraré *por largos* días". El verdadero creyente no es un visitante temporal, sino un habitante permanente en la casa de Jehová. ¡Cómo despojan a este salmo de su más profundo y rico significado aquellos que enseñan que la gracia de Dios es cosa temporal!

Cristo intercede por los escogidos (Ro. 8:34; Heb. 7:25), y a él el Padre siempre le oye (Jn. 11:42). Por tanto, el arminiano, que sostiene que los creyentes pueden caer de la gracia, se ve obligado o a negar a los pasajes que enseñan que Cristo intercede por los escogidos, o a negar los pasajes que enseñan que sus oraciones son siempre oídas. La realidad, sin embargo, es que todo creyente posee una doble seguridad: Cristo está a la diestra de Dios interceciendo por nosotros y, además, el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos indecibles (Ro. 8:26).

En la maravillosa promesa de Jer. 32:40, Dios ha dicho que preservará a los creyentes de apostasía: "Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí". Y en Ez. 11:19, 20, promete quitarles el "corazón de piedra" y darles un "corazón de carne", para que anden en sus ordenanzas y guarden sus decretos, y para que sean su pueblo y él sea el Dios de ellos. Pedro dice que los creyentes no pueden apostatar, ya que son "guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (1 P. 1:5). Pablo dice, "Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra" (2 Co. 9:8), y en Romanos afirma que el siervo del Señor "estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme" (Ro. 14:4).

Además de todas estas promesas, los creyentes tienen la promesa adicional de que "No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no les dejará ser tentados más de lo que pueden resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que puedan soportar" (1 Co. 10:13). El ser librados de ciertas tentaciones que les serían demasiado fuertes es un don absoluto y libre de Dios a los creyentes, ya que depende de su providencia cuales tentaciones habrán de encontrar en el curso de sus vidas, y de cuales han de ser librados. "Pero fiel es el Señor que os afirmará y guardará del mal" (2 Ts. 3:3). Y, "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende" (Sal. 34:7). En medio de todas sus pruebas y luchas Pablo pudo decir, "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos;. . . sabiendo

que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús" (2 Co. 4:8, 9, 14).

Los creyentes en este mundo son comparados al árbol que no se marchita (Sal. 1:3); a los cedros que crecen en el Líbano (Sal. 92:12); al monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre (Sal. 125:1); y a una casa edificada sobre una roca (Mt. 7:24). El Señor está con ellos en su vejez (Is. 46:4), y aun en la muerte les guía (Sal. 48:14), de modo que no pueden perderse total y finalmente.

Otro argumento importante en cuanto a la seguridad del creyente es el relacionado con el libro de la vida del Cordero. A los discípulos se les dijo que se regocijaran, no tanto en el hecho de que los demonios les eran sujetos, sino porque sus nombres estaban escritos en el libro de la vida del Cordero. Este libro es el registro de los elegidos, determinado por el inalterable consejo de Dios, y al cual no se le puede ni añadir ni quitar. Los nombres de los justos están escritos en él desde la fundación del mundo pero los nombres de los que se pierden nunca han sido escritos en él. Dios no comete el error de escribir en el libro de la vida un nombre que más tarde tendrá que borrar. Esto implica que ninguno de los elegidos jamás se perderá. Jesús dijo a sus discípulos que se regocijaran porque sus nombres estaban escritos en los cielos (Lc. 10:20). Estas palabras carecerían de fundamento si fuese posible que los nombres escritos en los cielos un día pudieran ser borrados el día siguiente. Pablo escribió a los filipenses, "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Fil. 3:20); y a Timoteo escribió, "Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Ti. 2:19). En cuanto a la enseñanza bíblica sobre el libro de la vida, véase Lc. 10:20; Fil. 4:3; Ap. 3:5; 13:18; 17:8; 20:12-15; 21:27.

Tenemos aquí, pues, unas simples y claras aseveraciones de que el creyente continuará en la gracia, debido a que el Señor se ha propuesto en sí mismo preservarle en ese estado. En todas las promesas citadas anteriormente los elegidos tienen una doble seguridad. Por un lado tienen la seguridad de que Dios jamás se apartará de ellos, y por el otro la seguridad de que Dios pondrá su temor en sus corazones a fin de que jamás se apartarán de él. Ciertamente, ningún creyente iluminado por el Espíritu podrá dudar que esta doctrina es bíblica. Habríamos de pensar que lo natural fuese que el hombre, en el estado presente de pobreza, miseria e impotencia espiritual gozosamente abrazara una doctrina que le asegura la posesión de una vida de eterna felicidad, a pesar de todos los ataques de afuera y todas las malas tendencias desde adentro. Pero no es así. En cambio, la rechaza y protesta en su contra. Las razones no son difíciles de encontrar. En primer lugar tiene más confianza en sí mismo que lo que debiera tener. Segundo, este esquema es tan contrario a lo que está habituado a ver en el mundo natural que trata de convencerse a sí mismo de que no puede ser cierto. Tercero, se da cuenta de que si acepta esta doctrina, tendrá que aceptar las demás doc-

trinas de la gracia libre. Por eso trata de tergiversar y de explicar a su manera los pasajes bíblicos que la enseñan, y se aferra a otros pasajes que superficialmente aparentan favorecer sus ideas preconcebidas. Un sistema de salvación por *gracia* es tan contrario a lo que él ve en la vida diaria, donde ve que todos son tratados conforme a sus *obras* y a sus *méritos*, que se le hace muy difícil creer que pueda ser la verdad. Anhela ganar su salvación por esfuerzos propios, aunque ciertamente espera una paga muy alta por un trabajo muy deficiente.

SECCION III

Objeciones que comúnmente surgen contra la doctrina bíblica de la predestinación

Capítulo 15

Que la doctrina de la predestinación es fatalismo

Muchos malos entendidos surgen al confundir la doctrina cristiana de la predestinación con la doctrina pagana del fatalismo. En realidad hay sólo un punto de acuerdo entre estas dos doctrinas y es que ambas sostienen la absoluta certeza de todos los eventos futuros. La diferencia esencial es que el fatalismo no tiene lugar para un Dios personal. La doctrina de la predestinación sostiene que los eventos acontecen debido a que un Dios infinitamente sabio, poderoso, y santo así los ha ordenado. El fatalismo, en cambio, sostiene que todos los eventos acontecen mediante la operación de una fuerza ciega, irracional, impersonal, no moral, que no difiere en nada de una mera necesidad física y que arrastra todas las cosas del mismo modo que un poderoso río arrastra un pedazo de madera.

La doctrina de la predestinación enseña que desde la eternidad Dios ha tenido un plan o propósito unificado, el cual está llevando a cabo mediante el presente orden mundial de eventos. Sostiene, además, que todos los decretos divinos son determinaciones racionales fundamentadas en razones suficientes y que Dios ha establecido una gran meta "hacia la cual toda la creación se mueve". La doctrina cristiana de la predestinación sostiene que los fines de dicho plan son, en primer lugar, la gloria de Dios; y, en segundo lugar, el bien de su pueblo. El fatalismo, en cambio, excluye la idea de causas finales. Arrebata las riendas del dominio universal de las manos de la sabiduría y del amor infinitos, y las coloca en manos de una necesidad ciega. Atribuye el curso de la naturaleza y la experiencia de la humanidad a una fuerza desconocida e irresistible contra la cual es inútil y pueril protestar.

En la doctrina de la predestinación, la libertad y la responsabilidad del hombre son completamente preservadas. En medio de la certeza Dios ha ordenado la libertad humana. El fatalismo, en cambio, niega que el hombre

tenga poder para escoger, es decir, autodeterminación. Sostiene que los actos humanos están tan fuera del control de los hombres como lo están las leyes de la naturaleza misma. El fatalismo, con su idea de un poder irresistible, impersonal y abstracto, no tiene lugar para las ideas morales; en la predestinación, en cambio, éstas son las normas de acción para Dios y para el hombre. El fatalismo tampoco tiene lugar ni ofrece incentivos para la religión, el amor, la misericordia, la santidad, la justicia, o la sabiduría, mientras que la predestinación brinda a estas virtudes el más sólido fundamento. Finalmente, el fatalismo conduce al escepticismo y a la desesperanza, mientras que la predestinación exhibe la gloria de Dios y de su reino en todo su esplendor y propicia una seguridad inconmovible.

La predestinación, por tanto, difiere del fatalismo tanto como los actos de un hombre difieren de los de una máquina, o tanto como el inagotable amor del Padre celestial difiere de la fuerza impersonal de la gravedad. Smith dice que la predestinación, "nos revela la gloriosa verdad de que nuestras vidas y nuestros sensitivos corazones son mantenidos, no en los férreos engranajes de un vasto e inmisericorde Destino, ni en las vagas sombras de un absurdo Azar, sino en las poderosísimas manos de un Dios infinitamente bueno y sabio".[1]

Calvino repudió enfáticamente la acusación de que su doctrina era fatalismo. *"El destino"*, dijo él, "es un término dado por los estoicos a su doctrina de la necesidad, la cual ellos habían confeccionado de un laberinto de razonamientos contradictorios; dicha doctrina pretende someter a Dios mismo a un orden establecido e imponerle leyes por las que tiene que regirse. La *predestinación*, sin embargo, es, de acuerdo a las Escrituras, el libre *consejo de Dios* mediante el cual él gobierna a toda la humanidad, y a todos los hombres y cosas, y también a cada parte y partícula del mundo, por su infinita sabiduría e inescrutable justicia". Y añade, "...si solo hubieran leído mis escritos, muy pronto se hubieran convencido de cuan ofensivo considero el término profano *destino*; y, además, hubieran descubierto que este mismo término aborrecible fue lanzado a Agustín de parte de sus opositores".[2]

Lutero dice que la doctrina del fatalismo entre los paganos es prueba de que "el conocimiento de la predestinación y de la presciencia de Dios ha prevalecido entre algunos sectores de la humanidad tanto como la idea de la divinidad misma".[3] Además, la historia de la filosofía demuestra que el materialismo ha sido esencialmente fatalista, y el panteísmo ha mostrado igualmente marcados rasgos de fatalismo.

[1] *The Creed of Presbyterians*, p. 167.
[2] *The Secret Providence of God*, reimpreso en *Calvin's Calvinism*, pp. 261, 262.
[3] *Bondage of The Will*, p. 31.

Ninguna persona puede ser un fatalista consecuente. Para serlo tendría que razonar más o menos de la siguiente manera: "Si he de morir hoy, de nada me sirve comer, ya que de todos modos moriré. Ni tampoco necesito comer si he de vivir muchos años más, ya que de todos modos viviré. Por tanto, no comeré". Está demás decir que si Dios ha preordinado que una persona ha de vivir, también ha preordinado que dicha persona no cometerá la suicida necedad de rehusar comer.

"Esta doctrina", dice Hamilton, "se asemeja sólo superficialmente a la doctrina del 'fatalismo' pagano. El creyente está en las manos, no de un determinismo frío e inmutable, sino en las de un tierno y amoroso Padre celestial, quien nos amó y dio a su hijo para que muriese por nosotros en el Calvario. El creyente sabe que 'a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados'. El creyente, por consiguiente, puede confiar en Dios porque sabe que Dios es totalmente sabio, amoroso, justo, y santo. Dios anuncia lo porvenir desde el principio y no hay razón para sentir temor cuando las cosas parezcan tornarse en contra nuestra".

Sólo una persona que no haya examinado la doctrina cristiana de la predestinación, o una que esté prejuiciada maliciosamente en su contra, acusará precipitadamente que la predestinación es fatalismo. Ninguna persona que conozca la diferencia entre estas dos doctrinas cometerá este error.

Dado que el universo es una unidad sistematizada, tenemos que escoger entre el fatalismo, el cual, en última instancia, niega que haya tal cosa como una mente y un propósito, y la doctrina bíblica de la predestinación, que sostiene que Dios creó todas las cosas, que su providencia se extiende a todas sus obras, y que aunque Dios es libre, también nos ha creado a nosotros que seamos libres dentro de los límites de nuestra naturaleza. Nuestra doctrina de la predestinación, en vez de ser lo mismo que la doctrina pagana del fatalismo, es todo lo opuesto y su única alternativa.

Capítulo 16

Que la doctrina de la predestinación es inconsistente con el libre albedrío y la responsabilidad moral del hombre

1. El problema de la libertad del hombre. 2. Esta objeción pesa de igual manera contra la presciencia divina. 3. La certeza de los acontecimientos futuros es consistente con el libre albedrío. 4. La voluntad natural del hombre está esclavizada al mal. 5. Dios controla la mente de los hombres y da a los creyentes la disposición de venir a él. 6. La forma en que la voluntad está determinada. 7. Pruebas bíblicas.

1. El problema de la libertad del hombre

El problema que confrontamos aquí es el siguiente: ¿Cómo puede una persona ser moralmente libre y responsable si sus actos han sido preordinados desde la eternidad? Al hablar de libertad y responsabilidad moral nos referimos a la capacidad que tiene cada individuo para actuar con autodeterminación racional; y por preordinación nos referimos al hecho de que desde la eternidad Dios ha establecido con absoluta certeza los sucesos que han de acontecer en la vida de cada persona y en la naturaleza. Todos, por supuesto, estamos de acuerdo en que los actos de una persona deben ser sin compulsión externa y conforme a sus propios deseos e inclinaciones, o no podríamos considerar a la persona responsable de los mismos. Si los actos

de un ser moralmente libre fuesen contingentes e inciertos entonces es obvio que la preordinación y la libertad moral son inconsistentes.

Todo filósofo que está convencido de la existencia de un Poder mediante el cual todas las cosas existen y son controladas, se ve forzado a inquirir como la voluntad finita puede hallar expresión bajo el reino de lo infinito. La solución a esta difícil pregunta sobre la soberanía de Dios y la libertad moral del hombre no consiste en negar la una y la otra sino más bien en una reconciliación que reconozca la realidad de ambas, pero que dé la preeminencia a la soberanía divina conforme a la infinita exaltación del Creador sobre la criatura pecadora. El mismo Dios que ha decretado todos los eventos ha decretado la libertad humana en medio de estos eventos, y esta libertad está tan ciertamente establecida como todo lo demás. El hombre no es un autómata o una máquina. En el plan divino, que es infinito en variedad y complejidad y que se extiende de eternidad a eternidad e incluye a millones de seres libres que actúan e interactúan y reaccionan unos con otros, Dios ha decretado que los seres humanos retendrán su libertad moral bajo Su soberanía. Sin embargo, Dios no nos ha dado una explicación formal de estas cosas, y nuestro entendimiento humano limitado no es capaz de resolver completamente el problema. Dado que los escritores bíblicos no vacilaban en afirmar el control absoluto de Dios sobre los pensamientos y las intenciones el corazón, tampoco se avergonzaban al incluir los actos de seres libres dentro del plan divino. Que los redactores de la Confesión de Westminster también reconocieron la libertad del hombre es fácil de corroborar, ya que tras declarar que "Dios desde la eternidad ordenó libre e inalterablemente todo lo que acontece" la Confesión añade, "Sin embargo, lo hizo de tal manera, que Dios no es ni el autor del pecado, ni hace ninguna violencia a la voluntad de sus criaturas ni quita la libertad ni contingencia de los medios o causas secundarias, sino más bien las establece".

Aunque los actos de seres racionales son actos personales, no obstante se deben en menos o mayor grado a la agencia y eficacia del poder divino, ejercidas de maneras legítimas. El siguiente ejemplo ilustra más o menos este punto. Un hombre decide construir un edificio y procede a elaborar su plan. Luego contrata a los carpinteros, albañiles, plomeros, etc., que habrán de llevar a cabo la obra. Estos no son forzados a trabajar. No se les coerce de ninguna manera. El dueño simplemente ofrece los incentivos necesarios por medio de sueldos, condiciones de trabajo, etc., de modo que los hombres trabajan libre y gustosamente. Cada uno hace precisamente lo que se ha planeado que haga. La voluntad del dueño es la causa primaria y la de ellos secundaria. Frecuentemente nosotros dirigimos las acciones de nuestros semejantes sin infringir en su libertad o su responsabilidad. De manera similar y en un grado infinitamente mayor, Dios dirige nuestros actos. Su voluntad para el curso de los acontecimientos es la causa primaria y la voluntad del

hombre la causa secundaria; y ambas trabajan en perfecta armonía.

En cierto sentido podemos decir que el reino de los cielos es un reino democrático, aunque esto parezca paradójico. El principio esencial de una democracia radica "en el consentimiento de los gobernados". El cielo será un reino con Dios como el Rey soberano; pero será con el consentimiento de los gobernados. No se violará la voluntad de los creyentes. Dios ejerce su influencia de modo tal que los creyentes consienten y aceptan el evangelio, y encuentran su deleite en hacer la voluntad del Rey.

2. Esta objeción pesa de igual manera contra la presciencia divina

Cabe señalar que la objeción de que la preordinación es inconsistente con la libertad moral pesa de igual manera contra la doctrina de la presciencia de Dios. Si Dios conoce de antemano un evento futuro, entonces dicho evento ha de ser tan inevitablemente seguro como si estuviese preordinado; y si el uno es inconsistente con la libertad moral, el otro también lo es. Este hecho es admitido aun por muchos que no son calvinistas; y los unitarios, aunque no son evangélicos, son más consistentes en este punto que los arminianos. Ellos dicen que Dios conoce todo lo que pueda conocerse, pero que los actos libres son inciertos y decir que Dios no los conoce de antemano no deshonra a Dios.

Las Escrituras, sin embargo, contienen predicciones de muchos eventos, grandes y pequeños, que fueron cumplidos perfectamente por actos de seres libres. Por lo general, estas personas ni estaban conscientes de que estaban cumpliendo profecías divinas, sino que actuaron libremente, a pesar de que actuaron precisamente como se había predicho que habrían de actuar. Algunos ejemplos de esto son: el rechazo de Jesús por los judíos, el repartimiento de los vestidos de Jesús y el uso de las suertes por los soldados romanos, la negación de Pedro y el canto del gallo, la herida en el costado del Señor por una lanza, la captura de Jerusalén y la subsiguiente cautividad de los judíos, la destrucción de Babilonia, etc. Los escritores bíblicos creyeron que estos actos libres eran conocidos de antemano por la mente divina y, por consiguiente, que era absolutamente seguro que se cumplirían. La presciencia de Dios no destruyó la libertad de Judas y de Pedro—al menos ellos mismos no creyeron que fue así, ya que Judas más tarde regresó y dijo: "Yo he pecado entregando sangre inocente", y cuando Pedro oyó al gallo cantar y recordó las palabras de Jesús, salió y lloró amargamente.

Respecto a los eventos relacionados con la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén se dice: "Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio; pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho" (Jn. 12:16). El que conozcamos de antemano que un juez justo rehusará ser sobornado o

que un pordiosero asirá fuertemente a una barra de oro, no altera la naturaleza o prejuicia la libertad de dichos actos. Y si nosotros, con un conocimiento tan limitado de la naturaleza de otras personas y de las influencias que se ejercen sobre ellas, podemos predecir sus acciones con relativa certeza, ¿no podrá Dios, quien entiende a perfección la naturaleza de todas sus criaturas y las influencias que operan sobre éstas, saber exactamente como obrarán?

Concluimos, por tanto, que la certeza de un acto es consistente con la libertad de la persona que lo lleva a cabo; de otro modo Dios no podría conocer de antemano con absoluta certeza los actos de seres libres. La presciencia no establece la certeza de los actos futuros sino sólo presupone que son ciertos; y es contradictorio afirmar que Dios conoce como cierto algún evento que en su misma naturaleza es incierto. Tenemos que decir por tanto, o que los eventos futuros son seguros y que Dios conoce el futuro, o que son inciertos y que Dios desconoce el futuro. Las doctrinas de la presciencia y de la preordinación de Dios no pueden desvincularse la una de la otra.

3. La certeza de los acontecimientos futuros es consistente con el libre albedrío

Tampoco se desprende de la absoluta certeza de los actos de una persona que ésta no pueda haber actuado de otra manera. La persona pudo haber actuado de otra manera si lo hubiera deseado. Muchas veces la persona tiene el poder y la oportunidad de hacer aquello que con absoluta certeza no hará, y de no hacer aquello que con absoluta certeza hará. Es decir, ninguna influencia externa determina sus acciones. Nuestras acciones están de acuerdo con los decretos, pero *no de necesidad—podemos* actuar de otra manera y muchas veces *debiéramos* actuar de otra manera. A Judas y a sus cómplices se les permitió cumplir sus intenciones y ellos procedieron conforme les impulsaron sus malas inclinaciones. Pedro, por consiguiente, les acusó del crimen, aunque al mismo tiempo afirma que habían actuado conforme al propósito de Dios—"A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole" (Hch. 2:23).

Podemos demostrar de otras maneras también que la certeza es consistente con el libre albedrío. Muchas veces sabemos con absoluta certeza como vamos a actuar bajo ciertas condiciones, siempre y cuando tengamos la libertad para hacerlo. Un padre sabe con certeza que rescatará al hijo que se encuentre en peligro, y que al hacerlo estará actuando libremente. Dios es un Ser libre, pero es cierto que siempre hará lo recto. Los santos ángeles y los redimidos en gloria son seres libres; sin embargo, sabemos que nunca pecarán; de otro modo no habría seguridad de que permaneciesen en el cielo.

Por otro lado, es también cierto que el diablo, los demonios y los hombres caídos pecarán, a pesar de que son seres libres. Un padre muchas veces sabe cómo su hijo va a reaccionar bajo ciertas circunstancias y al controlar dichas circunstancias determina de antemano el curso de acción que el hijo seguirá; sin embargo, el hijo actúa libremente. Si un padre desea que su hijo sea médico, le presenta ciertos estímulos, le persuade a leer ciertos libros, a asistir a ciertas escuelas, y le presenta dichos estímulos externos de manera tal que su plan se logra. De la misma manera y a un grado infinitamente mayor Dios controla nuestras vidas de tal manera que nuestros actos son llevados a cabo con absoluta certeza, aunque nosotros actuamos libremente. El decreto divino no produce el evento, sino que sólo establece su absoluta certeza; y el mismo decreto que establece la certeza del acto, al mismo tiempo establece la libertad de la persona en el acto.

4. La voluntad natural del hombre está esclavizada al mal

Estrictamente hablando, podemos decir que el hombre tiene libre albedrío, pero sólo en el sentido de que no está bajo una compulsión externa que interfiera con su libertad de decisión o con su responsabilidad. En su estado caído el hombre sólo posee lo que podríamos llamar "la libertad de la esclavitud". El hombre está esclavizado al pecado y espontáneamente sigue a Satanás. El hombre no posee habilidad o incentivo alguno para seguir a Dios. Por tanto, nos preguntamos, ¿merece llamársele a esto "libre" albedrío? Obviamente, no. *Voluntad propia*, en vez de voluntad *libre*, sería el término más apropiado para describir la condición del hombre desde la caída. Recuérdese que el hombre no fue creado cautivo al pecado sino que por culpa propia ha caído en esa condición; y una pérdida que voluntariamente ha traído sobre sí mismo no le exime de la responsabilidad. Cuando su redención quede completada, el hombre seguirá a Dios espontáneamente como lo hacen los santos ángeles; pero nunca será dueño de sí mismo absolutamente.

Que Lutero sostuvo esta doctrina, es un hecho irrefutable. En su libro, *The Bondage of the Will*, cuyo propósito principal era el de demostrar que la voluntad del hombre está por naturaleza esclavizada al mal solamente, y que porque le gusta esta esclavitud el hombre se cree ser libre, afirmó, "Todas las obras de los hombres proceden necesariamente, aunque sin alguna compulsión externa y son el cumplimiento de lo que Dios desde la eternidad ordenó y conoció de antemano, ya que la voluntad de Dios es eficaz y su presciencia absoluta. . . . Ni la voluntad divina ni la humana hacen nada por coacción, y lo que el hombre hace, sea bueno o malo, lo hace con tanto gusto y buena gana como si su voluntad fuese realmente libre. Pero la voluntad de Dios, después de todo, es eficaz e inalterable, y controla nuestra voluntad".[1] En otra parte dice, "Cuando queda demostrado que el libre albedrío, una vez habiendo perdido su libertad, es esclavo del pecado y no puede hacer nada bueno, el término libre albedrío es un término hueco, cuya realidad se ha perdido; y una libertad perdida, de acuerdo a mi gramática, no es libertad".[2] Lutero llama al libre albedrío "un simple engaño",[3] y en otra parte dice, "Es esencial y necesario y provechoso que el creyente entienda esto: *que Dios no conoce nada de antemano por contingencia, sino que prevee, dispone y hace todas las cosas conforme a su voluntad inmutable, eterna e infalible.* Y esta verdad, como por la descarga de un rayo, derriba y hace trizas al libre albedrío. . . . De lo que se desprende que todas las cosas que hacemos, aunque nos parezca que las hacemos mutable y contingentemente, o aunque sean hechas de manera contingente por nosotros, son, en realidad, hechas necesaria e inmutablemente en cuanto a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es eficaz y no puede ser frustrada; y el poder de Dios es natural a él, y su sabiduría es tal que él no puede ser engañado".[4]

A veces se oye la objeción que a menos que la voluntad del hombre sea completamente libre, Dios le manda a hacer lo que él no puede hacer. Cabe señalar, sin embargo, que en muchas partes de las Escrituras se ordena a los hombres a hacer cosas que de ninguna manera pueden hacer por sus propias fuerzas. Al hombre con la mano seca, por ejemplo, se le ordenó que la extendiera. Al paralítico se le ordenó levantarse y caminar; al enfermo se le ordenó a levantarse, tomar su lecho y andar. A Lázaro, muerto, se le ordenó salir fuera. A los pecadores se les manda creer; sin embargo, la fe es "don de Dios". "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Ef. 5:14). "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:48). La incapacidad del hombre en la esfera moral, por ser autoimpuesta, no le exime de obligación.

5. Dios controla la mente de los hombres y da a los creyentes la disposición de venir a él

Dios controla los sentimientos internos, el medio ambiente externo, los hábitos, deseos y motivos de los hombres de tal manera que éstos libremente hacen lo que Dios se ha propuesto que hagan. Esta operación, aunque inescrutable, es real; y el que nuestro conocimiento al presente no nos permita explicar perfectamente *cómo* Dios ejerce esta influencia sin destruir la libertad del hombre, ciertamente no prueba que Dios no pueda ejercerla. Sabemos que la soberanía de Dios y la libertad del hombre son realidades, y que obran juntas en perfecta armonía. Pablo siembra, y Apolos riega, pero es Dios quien da el crecimiento. Pablo dice a los filipenses, "Ocupáos en vues-

[1]Citado por Lanchius, p. 56.

[2]*Bondage of the Will*, p. 125.
[3]*Ibid.*, p. 5.
[4]*Ibid.* pp. 26, 27.

tra salvación con temor y temblor"; y en el versículo siguiente añade, "Porque *Dios* es el que en vosotros produce *así el querer como el hacer*, por su buena voluntad" (2:12, 13). Y el salmista dijo, "Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder" (110:3).

Cabe señalar además que los actos de las criaturas están en gran medida predeterminados cuando Dios les imprime con una "naturaleza" particular en su creación. Cuando Dios da a una criatura la naturaleza humana, los actos de dicha criatura serán los actos comunes a los hombres; cuando da la naturaleza del caballo, los actos serán conforme a dicha naturaleza; e igualmente cuando crea las plantas, éstas obedecen las leyes comunes al mundo vegetal; de lo que se desprende que las criaturas a quienes Dios da la naturaleza humana, no han sido preordinadas para caminar en cuatro patas, ni a relinchar como caballos. Un acto no es libre si está determinado desde afuera; pero sí es libre si está determinado racionalmente desde adentro, y esto es precisamente lo que la preordinación de Dios establece. El decreto divino establece que cada hombre ha de ser moralmente libre, poseído de un carácter particular rodeado por un medio ambiente particular, sujeto a ciertas influencias externas, movido internamente por ciertos afectos, deseos, hábitos, etc., y que en base a todo esto tomará libre y racionalmente una decisión. Que la decisión que tomará será una y no otra, es cosa cierta; y Dios, quien conoce y controla las causas precisas de cada influencia, sabe cual habrá de ser la decisión, y en un sentido real la determina. Zanchius expresó esta misma idea muy claramente cuando declaró que el hombre es un ser moral libre, y luego añade: "pero actúa, desde el primer instante de su vida hasta el último, en absoluta subordinación a los propósitos y decretos de Dios (aunque quizá no lo sepa, ni sea esa su intención); sin embargo, no siente compulsión alguna, sino que actúa libre y voluntariamente como si no estuviese sujeto a control alguno y como si fuese el dueño absoluto de sí mismo". Y Lutero dice, "Aunque tanto los hombres buenos como los malos cumplen los decretos y designios de Dios mediante sus actos, no obstante, no son constreñidos por fuerza a actuar como actúan, sino que lo hacen voluntariamente".

Creemos que Dios puede, sin destruir o hacer violencia a la libertad moral de los hombres, ejercer sobre ellos una providencia particular y obrar en ellos mediante su Espíritu Santo de tal modo que vengan a Cristo y perseveren en su servicio. Sostenemos además que ninguno tiene este poder ni este deseo de venir a Cristo excepto aquellos a quienes Dios previamente ha hecho dispuestos y deseosos; y que él da el poder y el deseo sólo a los elegidos. Y aunque Dios ejerce dicha influencia sobre los elegidos, no obstante, éstos son tan libres como el que persuadimos a ir de paseo con nosotros o a invertir en bonos del gobierno.

H. Johnson ilustra la relación que Dios guarda tanto con los salvos como

con los perdidos en el siguiente párrafo—"Doscientos hombres han violado la ley y se encuentran en prisión. Si logro el perdón de cada uno de ellos de modo que la justicia quede satisfecha y la ley vindicada, todos pueden ahora salir libres. Las puertas de la prisión son abiertas de par en par y se les garantiza el perdón absoluto a cada uno y se les asegura que pueden salir. Pero ninguno da un paso. Supóngase ahora que, para que el perdón que he logrado a favor de ellos no sea en vano, me voy personalmente a ciento cincuenta de ellos y con afectuosa y amorosa persuasión les presuado que salgan. Esto es elección. ¿Pero he mantenido a los otros cincuenta dentro? El perdón sigue siendo suficiente para todos, las puertas de la prisión permanecen abiertas, y se le promete la libertad a todo el que salga y se apropie de ella; y *cada uno de ellos sabe que puede salir y ser libre si quiere*. ¿He forzado a los otro cincuenta a permanecer dentro?"[5]

La antigua doctrina pelagiana, que a veces ha sido adoptada por los arminianos, de que la virtud y el vicio derivan su mérito o demérito del poder que la persona posee para escoger de antemano lo uno a lo otro, lógicamente conduce a uno a negar la bondad de los ángeles en el cielo, o de los santos en gloria, o aun de Dios mismo, ya que es imposible para los ángeles, los santos, o Dios pecar. En este caso la virtud en el estado celestial dejaría de ser meritoria ya que no requiere un esfuerzo volitivo. La idea de que el poder para escoger entre el bien y el mal es lo que da nobleza y dignidad a la voluntad es una idea falsa. El poder para escoger ciertamente eleva al hombre muy por encima de la creación bruta, pero no es la perfección de su voluntad. Dice Mozley: "El estado más alto y perfecto de la voluntad es un estado de necesidad; y el poder para escoger, lejos de ser esencial a una voluntad verdadera y genuina, es, más bien, su debilidad y defecto. ¿Qué mejor prueba de la imperfección e inmadurez de la voluntad que el hecho de que con el bien y el mal delante, la voluntad no sepa cuál escoger?"[6] En esta vida la gracia mediante la cual nacen las buenas obras no es dada de manera uniforme y, por consiguiente, aun los regenerados pecan ocasionalmente; pero en la vida venidera la gracia será o impartida continuamente o retirada por completo, por lo cual los actos de la voluntad serán o siempre buenos o siempre malos.

Quizá pueda entenderse mejor cómo la voluntad divina y la humana armonizan en la ejecución de una obra si consideramos la manera en que las Escrituras fueron escritas. Las Escrituras son, en el sentido más alto y al mismo tiempo, las palabras de Dios y las palabras de hombres. No meramente ciertas partes o elementos de la Escrituras han de asignarse a Dios o a los hombres; sino que toda la Escritura en todas sus partes, tanto en su manera de expresión como en sus enseñanzas, es de Dios y también de los hom-

[5]Panfleto—*The Love of God for Every Man.*
[6]*The Augustinian Doctrine of Predestination*, p. 73.

bres. "Inspiración", dice Hamilton, "no significa que Dios usó a los escritores individuales como autómatas, o que les dictó lo que debían decir, sino que su Espíritu Santo guió y controló a los escritores de tal modo que lo que escribieron fue *verdadero*, y fue la verdad *particular* que Dios quiso dar por escrito a su pueblo. Dios permitió a los escritores usar sus propios intelectos, sus propios idiomas y estilos, pero al escribir, el Espíritu Santo sobrenaturalmente mantuvo sus escritos libres de error y les dio la verdad exacta que Dios quiso comunicar a su pueblo a través de los siglos. La Biblia es, por tanto, una unidad y sus partes no pueden separarse sin causar daño irreparable a la totalidad".[7]

Sin duda, el suponer que "acontecimientos fortuitos" o eventos producidos por seres de libre albedrío pueden ser conocidos de antemano o que acontecen conforme a un arreglo previo, es contradictorio. En la naturalza del caso ambos deben ser radical y eventualmente inciertos, "de modo que", como dice Toplady, "el que aboga por el libre albedrío, sea deliberadamente o no, es de hecho un adorador de la diosa Fortuna y, por consiguiente, enemigo de la Providencia".

A menos que Dios verdaderamente gobierne las mentes de los hombres, constantemente tendría que estar buscando nuevos expedientes para contrarrestar los efectos de las influencias introducidas por sus criaturas. Si en realidad los hombres tuviesen libre albedrío, entonces al tratar de gobernar o convertir a una persona, Dios tendría que actuar como los hombres con sus semejantes, es decir, con varios planes en mente para que si el primero no funciona entonces puede tratar el segundo, y si ese tampoco funciona, tratar el tercero, y así sucesivamente. Si los actos de seres libres son inciertos, entonces Dios desconoce el futuro, excepto en forma muy general. Entonces Dios es tomado por sorpresa muchas veces y además está obteniendo grandes cantidades de conocimiento a cada instante. Este punto de vista es deshonroso a Dios, y tan irrazonable como antibíblico. A menos que se niegue la omnisciencia de Dios, debemos sostener que él conoce toda verdad, pasada, presente y futura; y que aunque los eventos parezcan inciertos desde el punto de vista humano, desde el punto de vista divino son fijos y seguros. Este argumento es tan conclusivo que su fuerza es generalmente admitida. El débil argumento que a veces escuchamos de que Dios voluntariamente no desea conocer algunos actos futuros de los hombres a fin de que estos mantengan su libertad, no tiene base ni en las Escrituras ni en la razón. Además, este argumento presenta a Dios como el padre de una pandilla de niños traviesos que se esconde por temor a ver a sus niños hacer algo que no es de su agrado. Si Dios está limitado, sea por una fuerza externa o por sus propios actos, entonces tenemos sólo un Dios finito.

[7] *The Basis of Christian Faith*, p. 162.

La idea arminiana de que Dios busca ansiosamente convertir a pecadores pero que no puede ejercer sino un poder persuasivo sin hacer violencia a la naturaleza humana, es en realidad muy similar a la antigua creencia persa que postula dos principios eternos del bien y del mal, en pugna el uno con el otro, sin ninguno de los dos poder vencer al otro. El libre albedrío arrebata las riendas del gobierno de las manos de Dios y le despoja de su poder. La teoría arminiana del libre albedrío coloca a las criaturas más allá del control absoluto de Dios y en ciertos sentidos les da poder para frustrar su voluntad y propósito eternos. Además, da cabida a la posibilidad de que ángeles y santos en el cielo pequen produciéndose nuevamente una rebelión como la que se supone ocurrió cuando Satanás y los ángeles caídos fueron echados fuera, lo que además implica la posibilidad de que el mal se convierta en fuerza dominante o universal.

6. La forma en que la voluntad está determinada

Dado que el hombre es un ser racional, siempre debe haber una causa suficiente para que actúe de una manera particular. Si la voluntad pudiese decidir a favor de un motivo más débil contra uno más fuerte, o sin motivo alguno, entonces tendríamos un efecto sin una causa suficiente. Sin embargo, la conciencia misma nos enseña que siempre tenemos razones para lo que hacemos, y que después de haber actuado estamos conscientes de que hubiéramos podido actuar de manera distinta, siempre y cuando otras opiniones o sentimientos hubieran estado presentes. El motivo de un acto particular puede no ser fuerte y hasta puede que esté fundamentado en un razonamiento falso, pero en cada caso en particular es lo suficientemente fuerte como para ejercer el control. Las balanzas se mueven en dirección opuesta sólo cuando existe una causa adecuada al efecto. Puede que una persona opte por algo que le es desagradable; pero en cada caso algún otro motivo está presente que le influya a optar por aquello que de otro modo no hubiese optado. Por ejemplo, una persona puede voluntariamente querer que le extraigan una muela; pero no lo desearía a menos que haya algún motivo en ese momento que hiciese que su decisión de extraerse la muela fuese más fuerte que la decisión de no hacerlo. Alguien bien ha dicho: "un hombre no puede preferir en contra de su preferencia ni decidir en contra de su decisión". Una persona que prefiere vivir en California no puede, por un mero acto de la voluntad, preferir vivir en Nueva York.

Las voliciones de los hombres son gobernadas por sus naturalezas, y surgen conforme a sus deseos, disposiciones, inclinaciones, conocimiento y carácter. Los hombres no son independientes de Dios, ni de las leyes mentales y físicas; éstas siempre ejercen su influencia particular en cada decisión. Los hombres siempre actúan de la manera en que sus inclinaciones o motivos

más fuertes les mueven; y la conciencia misma nos dice que las cosas que más nos atraen en un momento determinado son las que determinan nuestras voliciones. Dice el Dr. Hodge, "La voluntad no está determinada por una ley de necesidad; no es independiente, ni indiferente, ni está autodeterminada, sino que siempre está determinada por el estado mental que lo precede; de modo que el hombre es libre en tanto sus voliciones sean la expresión consciente de su mente; o en tanto su actividad sea determinada y controlada por su razón y sus sentimientos".[8]

Las voliciones de una persona no pueden considerarse como las suyas propias ni tampoco puede responsabilizarse a la persona por las mismas, a menos que estén fundadas en y determinadas por su carácter. En nuestras relaciones con nuestros semejantes instintivamente suponemos que las buenas o malas obras de éstos están determinadas por un carácter bueno o malo, y les juzgamos conforme a dicho criterio. "Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.... Así que, por sus frutos los conoceréis" (Mt. 7:16-20). Y nuevamente, "Porque de la abundancia del corazón habla la boca". El árbol no puede producir fruto bueno o malo al azar, sino estrictamente conforme a su naturaleza particular. El árbol no es bueno porque su fruto es bueno, sino al contrario, el fruto es bueno porque el árbol es bueno. Este es precisamente también el caso en lo que a los seres humanos respecta según nos lo enseñó Jesús en la parábola. Además, a menos que la conducta realmente revele el carácter, ¿de qué otra forma pudiéramos juzgar si la persona que hace buenas obras es verdaderamente buena, o si la que hace malas obras es verdaderamente mala? Aunque en el plano teórico algunos insistan que la voluntad es libre, no obstante, en la vida diaria todos dan por sentado que la voluntad es tanto el producto como la revelación de la naturaleza del individuo. Cuando una persona ejerce una volición que resulta en robo o asesinato, instintivamente concluimos que esa volición es un verdadero indicador del carácter y juzgamos a la persona conforme a la misma.

La esencia misma de la racionalidad consiste en que las voliciones deben estar basadas en el entendimiento, en los principios, en los sentimientos, etc., y la persona cuyas voliciones no están basadas en estos factores es considerada necia. Si tras cada decisión la voluntad retornase a un estado de indecisión y oscilación entre el bien y el mal, no podríamos confiar en nuestros semejantes. La persona cuya voluntad fuese verdaderamente "libre" sería un peligroso socio; ya que sus actos serían irracionales y nunca podríamos saber qué haría bajo condición alguna.

[8]*Systematic Theology*, II, p. 288.

Es este hecho (el que las voliciones son la expresión verdadera de la naturaleza de la persona) el que nos garantiza que el estado tanto de los salvos como de los perdidos permanecerá en el mundo venidero. Si el mero libre albedrío expusiese necesariamente a la persona al pecado, entonces no habría ni la certeza de que los redimidos en el cielo se mantendrían libres de pecado y no serían arrojados al infierno como sucedió a los ángeles caídos. Los creyentes, sin embargo, poseen una inclinación permanente hacia el bien y son, por consiguiente, libres en el sentido más alto. Existe en ellos una ausencia de lucha, y sus voluntades, confirmadas en santidad continuarán produciendo buenas obras con la facilidad y uniformidad de la ley física. Por otro lado, el estado de los impíos también es permanente. Una vez retiradas las influencias restrictivas del Espíritu Santo, se tornan temerarios, desafiantes, blasfemos y con irremediable obstinación continúan sumiéndose en el pecado. Su inclinación hacia la maldad, la iniquidad y el odio es permanente. Ya no son invitados y extranjeros en la tierra del pecado, sino ciudadanos habitantes. Además, si la teoría del libre albedrío fuese cierta, entonces existiría la posibilidad de arrepentimiento después de la muerte, ya que es razonable pensar que al menos algunos de los perdidos, al experimentar los tormentos del infierno, reconocieran sus errores y se tornaran a Dios. Frecuentemente en este mundo castigos leves son efectivos para hacer que los hombres abandonen sus vidas de pecado; ¿no serían castigos más severos en el mundo venidero más efectivos aún? Sólo el principio calvinista de que la voluntad está determinada por la naturaleza de la persona y por los incentivos presentados, llega a una conclusión en armonía con las Escrituras, las cuales afirman que hay "una gran sima" que no permite que una persona pase de un lado al otro—que los estados tanto de los salvos como de los perdidos son igualmente permanentes.

La persona que no ha dado atención especial a este asunto da por sentado que tiene gran libertad. Pero cuando procede a examinar esta supuesta libertad más detenidamente, se da cuenta de que está mucho más limitado de lo que parecía al principio. Está limitado por las leyes del mundo físico, por su medio ambiente particular, por sus hábitos, por su preparación pasada, por sus costumbres sociales, por su temor al castigo o a la desaprobación, por sus deseos presentes, ambiciones, etc., de modo que está muy lejos de ser el dueño absoluto de sus actos. En todo momento es en gran medida lo que su pasado le ha hecho. Pero en tanto actúe bajo el control de su propia naturaleza y determine sus actos desde adentro, posee toda la libertad de la cual es capaz una criatura. Cualquier otra clase de libertad es anarquía.

Una persona puede cargar una pescera con peces a donde desee; sin embargo, los peces se sienten totalmente libres, y se mueven sin restricciones dentro de la pescera. La física nos habla del movimiento molecular en medio de la calma de una masa sólida—cuando observamos una piedra, o un

pedazo de madera, o un metal, lo vemos como si estuviese en perfecta quietud; sin embargo, si tuviésemos un microscopio suficientemente potente para ver las moléculas individuales y los átomos y electrones particulares, veríamos que se mueven en sus órbitas a increíbles velocidades.

La predestinación y la libertad moral son las columnas gemelas de un gran templo, y se unen más allá de las nubes donde la visión humana no puede penetrar. O, pudiéramos decir que la predestinación y la libertad moral son líneas paralelas; y aunque el calvinista no puede unirlas, el arminiano no puede hacerlas cruzar.

Además, si admitimos el libre albedrío en el sentido de que la determinación absoluta de los eventos está en manos del hombre, sería mejor deletrear el término libre albedrío con L mayúscula y A mayúscula ya que en este caso el hombre ha llegado a ser como Dios—una causa primaria, una fuente original de acción—y tendríamos tantos semidioses como libres albedríos. A menos que optemos por rechazar la soberanía de Dios, no podemos atribuir esta independencia al hombre. Es digno notar—y en un sentido es alentador observar el hecho—que los filósofos materialistas y metafísicos niegan tan completamente como los calvinistas esta cosa llamada *libre albedrío*. Estos filósofos sostienen que cada efecto tiene una causa suficiente; y para cada acto de la voluntad existe un motivo que al menos por el momento es lo suficientemente fuerte para controlarla.

7. *Pruebas bíblicas*

Las Escrituras enseñan que la soberanía divina y la libertad humana cooperan en perfecta armonía; que aunque Dios es el gobernador soberano y la causa primaria, el hombre es libre dentro de los límites de su naturaleza y es la causa secundaria; y que Dios controla los pensamientos y las voluntades de los hombres de tal modo que éstos libre y voluntariamente hacen que Dios ha planeado que hagan.

Tenemos un ejemplo clásico de la cooperación entre la soberanía divina y la libertad humana en la historia de José. José fue vendido a Egipto, donde logró asumir autoridad y rindió un gran servicio al suplir alimentos durante un periodo de gran hambre. Por supuesto, el vender como esclavo a su hermano menor fue un acto muy pecaminoso por parte de los hijos de Jacob; ellos actuaron libremente al hacerlo, ya que años más tarde confesaron su culpa (Gn. 42:21; 45:3). Con todo, José pudo decirles, "No os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. . . . Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios"; y nuevamente, "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo" (Gn. 45:5, 8; 50:20). Los hermanos de José fueron movidos

por sus malas inclinaciones; sin embargo, su acto fue un eslabón en la cadena de eventos mediante la cual Dios cumplió su propósito. Cabe señalar, sin embargo, que a pesar de que su maldad fue invalidada a favor del bien, esto no les exoneró de culpabilidad.

Faraón actuó injustamente hacia sus súbditos, los hijos de Israel; sin embargo, cumplió el propósito de Dios, ya que Pablo escribe, "Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra" (Ro. 9:17; Ex. 9:16; 10:1, 2). Dios lleva a cabo algunos de sus planes al refrenar los actos pecaminosos de los hombres. Cuando los israelitas subían a Jerusalén tres veces al año a celebrar sus fiestas, Dios refrenaba la avaricia de las naciones vecinas a fin de que la tierra permaneciese sin ser molestada (Ex. 34:24). Dios puso en el corazón de Ciro, rey de Persia, reconstruir el templo en Jerusalén (Esd. 1:1-3). El libro de Proverbios dice, "Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina" (Pr. 21:1). Y si Dios inclina el corazón del rey con tanta facilidad, ciertamente puede inclinar de igual manera el corazón de los demás hombres.

Tenemos una extraordinaria ilustración de la manera en que la soberanía divina y la libertad humana operan juntas en perfecta armonía en Isaías 10:5-15: "Oh Asiria, vara y báculo de mi furor, en su mano he puesto mi ira. Le mandaré contra una nación pérfida, y sobre el pueblo de mi ira le enviaré, para que quite despojos, y arrebate presa, y lo ponga para ser hollado como lodo de las calles. Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera, sino que su pensamiento será desarraigar y cortar naciones no pocas. Porque él dice: Mis príncipes, ¿no son todos reyes? ¿No es Calno como Carquemis, Hamat como Arfad, y Samaria como Damasco? Como halló mi mano los reinos de los ídolos, siendo sus imágenes más que las de Jerusalén y de Samaria; como hice a Samaria y a sus ídolos, ¿no haré también así a Jerusalén y a sus ídolos? Pero acontecerá que después que el Señor haya acabado toda su obra en el monte de Sion y de Jerusalén, castigará el fruto de la soberbia del corazón del rey de Asiria, y la gloria de la altivez de sus ojos. Porque dijo: Con el poder de mi mano lo he hecho, y con mi sabiduría, porque he sido prudente; quité los territorios de los pueblos, y saqueé sus tesoros, y derribé como valientes a los que estaban sentados; y halló mi mano como nido las riquezas de los pueblos; y como se recogen los huevos abandonados, así me apoderé yo de toda la tierra; y no hubo quien moviese ala, ni abriese boca y graznase. ¿Se gloriará el hacha contra el que con ella corta? ¿Se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? ¡Como si el báculo levantase al que lo levanta; como si levantase la vara al que no es leño!"

Rice dice respecto a esta porción bíblica: "¿Cuál es el significado obvio

de este pasaje? En primer lugar, que el rey de Asiria, aunque arrogante e impío, era solamente un instrumento en las manos de Dios para efectuar sus propósitos para con los judíos, así como el hacha, la sierra, o el báculo lo son en manos del hombre, y que Dios tenía perfecto control del rey de Asiria. En segundo lugar, que la libertad moral del rey no fue destruida o impedida por este control, sino que el rey tenía la perfecta libertad para formar sus propios planes y ser gobernado por sus propios deseos; se nos dice que no era su intención cumplir los propósitos de Dios, sino llevar a cabo sus ambiciosos proyectos personales. 'Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera, sino que su pensamiento será desarraigar y cortar naciones no pocas'. En tercer lugar, enseña que el rey fue considerado responsable de su arrogancia y maldad, aunque Dios le controló a fin de que cumpliera sus sabios propósitos. Dios decretó castigar a los judíos por su pecado. Para ejecutar su propósito, Dios escogió al rey de Asiria y le envió contra los judíos. El rey, sin embargo, habría de ser castigado más tarde por sus malignos planes. ¿No es evidente, pues, que las Escrituras enseñan que Dios puede y de hecho controla aun a hombres impíos de modo que sus propósitos se cumplan, sin violar la libertad de éstos?"[9]

Para el que acepta la Biblia como la Palabra de Dios no debe haber duda de que la crucifixión de Cristo—el evento más pecaminoso de toda la historia—fue preordinada: "Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hch. 4:27, 28). "A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole" (Hch. 2:23); y "Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer" (Hch. 3:18). "Porque todos los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle. Y sin hallar en él causa digna de muerte, pidieron a Pilato que se le matase. Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro" (Hch. 13:27-29).

Además, muchos otros eventos relacionados a la crucifixión fueron preordinados: el repartimiento de los vestidos de Cristo y las suertes que echaron sobre sus ropas (Sal. 22:18; Jn. 19:24); el vinagre mezclado con hiel que le dieron a beber (Sal. 69:21; Mt. 27:34; Jn. 19:29); las injurias por parte de las gentes (Sal. 22:6-8; Mt. 27:39); el hecho de ser crucificado junto a dos ladrones (Is. 53:12; Mt. 27:38); el hecho de que ninguno de sus huesos fue quebrado (Sal. 34:20; Jn. 19:36); el costado abierto por una lanza (Zac. 12:10;

[9]*God Sovereign and Man Free*, pp. 70, 71.

Jn. 19:34-37); etc. ¡Juzgue usted si las infernales blasfemias por parte de algunos de los que presenciaban la crucifixión son o no prueba de que los que las proferían eran seres libres! Por otro lado, lea todas las predicciones y profecías y relatos de la tragedia y díganos si cada incidente estuvo ordenado por Dios o no. Además, estos eventos no podrían haber sido predichos en detalle por los profetas del Antiguo Testamento siglos antes de que aconteciesen a menos que hubiesen sido absolutamente seguros en el plan preordinado por Dios. Sin embargo, aunque preordinados, fueron llevados a cabo por personas que desconocían quien verdaderamente era Cristo y que también desconocían el hecho de que estaban cumpliendo los decretos divinos (Hch. 13:27, 29; 3:17). Si tragamos el camello al creer que el evento más pecaminoso de la historia fue preordinado en el plan de Dios y que fue dirigido de modo que redundara en la redención del mundo, ¿colaremos el mosquito al rehusar creer que los eventos insignificantes de nuestras vidas diarias también son parte de ese plan, y que han sido diseñados con buenos propósitos?

Pruebas bíblicas adicionales

Proverbios 16:9: El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos.

Jeremías 10:23: Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos.

Exodo 12:36: Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios.

Esdras 6:22: Y celebraron con regocijo la fiesta solemne de los panes sin levadura siete días, por cuanto Jehová los había alegrado, y habían vuelto el corazón del rey de Asiria hacia ellos, para fortalecer sus manos en la obra de la casa de Dios, (reconstruyendo el templo).

Esdras 7:6: y le concedió el rey (Artajerjes) todo lo que pidió (Esdras), porque la mano de Jehová su Dios estaba sobre Esdras.

Isaías 44:28: (Jehová) que dice de Ciro (el rey pagano de Persia): Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada; y al templo: Serás fundado.

Apocalipsis 17:17: (Respecto a los impíos se dice que) Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar lo que él quiso: ponerse de acuerdo, y dar su reino a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.

1 Samuel 2:25: Pero ellos (los hijos de Elí) no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir.

1 Reyes 12:11, 15: Ahora, pues, mi padre (Salomón) os cargó de pesado yugo, mas yo (Roboam) añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones. . . Y no oyó el rey al pueblo; porque era designio de Jehová.

2 Samuel 17:14: Entonces Absalón y todos los de Israel dijeron: El consejo de Husai arquita es mejor que el consejo de Ahitofel. Porque Jehová había ordenado que el acertado consejo de Ahitofel se frustrara, para que Jehová hiciese venir el mal sobre Absalón.

Capítulo 17

Que la doctrina de la predestinación hace a Dios el autor del pecado

1. El problema del mal. 2. Casos en los que el pecado ha sido controlado a favor del bien. 3. La caída de Adán es parte del plan divino. 4. El resultado de la caída de Adán. 5. Las fuerzas del mal están bajo el perfecto control de Dios. 6. Los actos pecaminosos ocurren sólo por el permiso divino. 7. Pruebas bíblicas. 8. Comentarios por Smith y Hodge. 9. La gracia de Dios se aprecia más profundamente después que la persona ha sido víctima del pecado. 10. El calvinismo ofrece una solución más satisfactoria al problema del mal que cualquier otro sistema.

1. El problema del mal

Puede que surja la objeción de que si Dios ha preordinado todos los eventos de este mundo, entonces él debe ser, por consiguiente, el autor del pecado. Para comenzar, admitimos que la existencia del pecado en un universo bajo el control de un Dios infinito en sabiduría, poder, santidad y justicia es un misterio inescrutable que no podemos explicar completamente en nuestro estado presente de conocimiento. Ahora vemos sólo por espejo, oscuramente. El pecado nunca puede ser explicado en términos de la lógica o de la razón porque es esencialmente ilógico e irrazonable. El mero hecho de que el pecado existe ha sido utilizado por ateos y escépticos en innumerables ocasiones como argumento no sólo en contra del calvinismo sino en contra del teísmo en general.

Las normas de Westminster, al tratar el profundo misterio del mal, proceden con sumo cuidado a fin de guardar el carácter de Dios aun de la más leve insinuación del mal. El pecado es atribuido a la libertad dada al hombre. Respecto a todos los actos pecaminosos, las normas afirman enfáticamente que "la pecaminosidad de éstos procede únicamente de la criatura, y no de Dios, quien por ser absolutamente santo y justo no es, ni puede ser, el autor del pecado ni se complace en el mismo" (V:4).

Aunque no nos toca explicar *cómo* Dios en su consejo secreto gobierna y controla los actos pecaminosos de los hombres, si debemos saber que en todo lo que hace, Dios jamás se desvía de su perfecta justicia. En todas las manifestaciones de su carácter Dios se manifiesta preeminentemente como el Santo. Las profundas operaciones de Dios son misterios; han de adorarse pero no debemos intentar inquirir en ellas; y de no ser que algunas personas persisten en afirmar que la doctrina de la predestinación hace a Dios el autor del pecado, pudiéramos dejar el asunto aquí.

Una explicación parcial del pecado se encuentra en el hecho de que aunque el hombre es ordenado continuamente en las Escrituras a no pecar, no obstante se le permite pecar si desea. Ninguna compulsión es ejercida sobre la persona; la persona simplemente es dejada al ejercicio libre de su propia naturaleza, y solamente la persona es responsable. No debemos pensar, sin embargo, que esto es mero permiso, ya que con pleno conocimiento de la naturaleza de la persona y su tendencia a pecar, Dios le coloca o le permite estar en un medio ambiente particular, conociendo perfectamente que el pecado particular será cometido. Pero aunque Dios permite el pecado, su relación con el mismo es puramente negativa y ello es una abominación que él odia con perfecto odio. El *motivo* de Dios al permitir el pecado y el motivo del hombre al cometerlo son radicalmente distintos. Muchos se confunden en este punto debido a que no entienden que Dios ordena en su justicia estas cosas que los hombres hacen impíamente. Además, la conciencia de cada persona le dice después de cometer algún pecado, que sólo él es responsable y que no necesitaba cometerlo si voluntariamente hubiera escogido abstenerse.

Los reformadores reconocieron el hecho de que el pecado, tanto en su entrada al mundo como en sus manifestaciones subsiguientes, es parte del plan divino; que la explicación de su existencia, en la medida en que alguna explicación pueda darse, ha de encontrarse en el hecho de que el pecado está completamente bajo el control de Dios; y que ha de ser controlado de tal manera que finalmente redunde en la manifestación de la gloria divina. Podemos estar seguros que Dios jamás hubiera permitido la entrada del pecado a menos que, mediante su providencia secreta y controladora, fuese capaz de ejercer una influencia sobre las mentes de los impíos de modo que el mal obrado por éstos redundase finalmente en el bien. Dios no sólo obra todos los afectos buenos y santos en el corazón de sus hijos sino que también controla perfectamente todos los afectos depravados y malignos de los impíos y los dirige conforme a su voluntad de modo que éstos sienten el deseo de hacer lo que Dios ha planeado hacer por medio de ellos. Los impíos muchas veces se glorían en el éxito de sus propósitos; pero, como dice Calvino, "en última instancia sus obras prueban que solamente estaban cumpliendo lo que había sido ordenado por Dios, y esto aun contra sus propias voluntades, mientras que lo ignoraba por completo". Pero a pesar de que Dios controla los afectos depravados de los hombres a fin de que sus propósitos se cumplan, él, no obstante, les castiga por sus pecados y les hace sentirse condenados en sus propias conciencias.

"Un monarca puede prohibir la traición; pero su prohibición no le obliga hacer todo lo que esté en su poder para impedir la desobediencia a su prohibición. Puede que el no impedir la traición y el no castigar al traidor, promueva el bien de su reino. Que en vista del bien que ha de resultar él decide no impedir la traición no implica ninguna contradicción u oposición por parte del monarca".[1]

Respecto al problema del mal, el Dr. A. H. Strong hace las siguientes observaciones: "(1) Que la libertad de la voluntad es necesaria para la virtud; (2) que Dios sufre a causa del pecado más que el pecador; (3) que Dios no sólo ha permitido el pecado, sino que también ha provisto la redención, y (4) que Dios eventualmente vencerá todo mal para siempre". Y añade, "Es posible que los ángeles elegidos pertenezcan a un sistema moral en el cual el pecado es impedido mediante motivos constrictivos. No podemos negar que Dios podría impedir el pecado en un sistema moral. Sin embargo, es dudable que Dios puede impedir el pecado en el *mejor* de los sistemas morales. La libertad más perfecta es indispensable para el logro de la más alta virtud".[2] Fairbairn nos ha dado un excelente pensamiento en el siguiente párrafo: "Pero, ¿por qué creó Dios un ser capaz de pecar? Porque solamente así podía crear un ser capaz de obedecer. La habilidad de hacer el bien implica la capacidad de hacer el mal. La máquina no puede ni obedecer ni desobedecer, y la criatura que no tiene esta doble capacidad pudiera muy bien considerársele una máquina, pero jamás un hijo. La perfección moral puede lograrse, pero no puede ser creada; Dios puede crear un ser capaz de actos morales, pero no un ser con todos los frutos de la moralidad almacenados dentro".

2. Casos en los que el pecado ha sido controlado en favor del bien

A través de las Escrituras encontramos numerosos ejemplos de actos pe-

[1]Tyler, *Memoir and Lectures*, pp. 250-252.
[2]Strong, *Systematic Theology*, p. 357.

caminosos que fueron permitidos y luego controlados de modo que redundaron en bien. Consideremos algunos ejemplos del Antiguo Testamento. El engaño de Jacob a su padre anciano y ciego, aunque fue un acto pecaminoso en sí, fue, no obstante, permitido y usado como un eslabón en la cadena de eventos mediante los cuales el plan revelado de Dios de que el mayor serviría al menor fue cumplido. A Faraón y a los egipcios se les permitió afligir a los israelitas, para que mediante la liberación de éstos se multiplicasen las maravillas de Dios en la tierra de Egipto (Ex. 11:9), para que todas estas cosas fuesen contadas a generaciones futuras (Ex. 10:1, 2), y para que la gloria divina fuese manifestada en toda la tierra (Ex. 9:16). La maldición que Balaam quiso pronunciar sobre los israelitas fue convertida en bendición (Nm. 24:10; Neh. 13:2). El soberbio rey pagano de Asiria inconscientemente llegó a ser el siervo de Jehová para ejecutar venganza sobre un pueblo apóstata: "Aunque él no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera" (Is. 10:5-15). Las calamidades que le sobrevinieron a Job, desde el punto de vista humano, parecen ser meras desgracias, accidentes, acontecimientos fortuitos. Pero al estudiar el relato más cuidadosamente vemos a Dios detrás de todo, ejerciendo completo control, permitiendo al diablo afligir, aunque sólo hasta cierto punto, ordenando todos los sucesos a fin de lograr el desarrollo de la paciencia y del carácter de Job, y usando aun la tormenta, aparentemente sin sentido, para llevar a cabo sus propósitos sublimes y amorosos.

En el Nuevo Testamento encontramos la misma enseñanza. La muerte de Lázaro, vista desde el punto de vista humano de María y Marta y de aquellos que vinieron a hacer duelo por él, fue una gran desgracia; pero desde el punto de vista divino la enfermedad "no fue para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella" (Jn. 11:4). La muerte de Pedro (aparentemente por crucifixión) fue con el fin de que glorificase a Dios (Jn. 21:19). Jesús, al cruzar el mar de Galilea con sus discípulos, hubiera podido impedir la tormenta y permitir una travesía placentera, pero eso no hubiera redundado para su gloria ni para la confirmación de la fe de los discípulos tanto como fue su rescate. Las severas reprensiones de Pablo hicieron que los corintios fuesen "contristados para arrepentimiento", "constreñidos según Dios", "porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte" (2 Co. 7:9, 10). El Señor a veces entrega a alguna persona a Satanás por un tiempo, a fin de que sus sufrimientos corporales y mentales le conduzcan a la salvación (1 Co. 5:5). Pablo, hablando de las adversidades que había sufrido, dijo, "Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio" (Fil. 1:12); y cuando vio que su "aguijón en la carne", venía de Dios, y que era "un mensajero de Satanás para abofetearle", a fin de

que "no se enalteciese sobremanera", lo aceptó con las palabras, "de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo" (2 Co. 12:7-10). Este pasaje demuestra como Dios convirtió el veneno del monstruo más cruel y más pecador de todos los tiempos en antídoto para curar el orgullo del apóstol.

Pudiera decirse hasta cierto punto que la razón por la cual se permite el pecado es para que "donde el pecado abunda, sobreabunde la gracia". Gracia tan profunda e insondable jamás hubiese podido manifestarse si el pecado fuera excluido.

De hecho, ganamos mucho más mediante la salvación en Cristo que lo que perdimos por la caída de Adán. Cuando Cristo se encarnó, la naturaleza humana quedó incorporada en el seno mismo de la deidad, y los redimidos ahora alcanzan una posición mucho más exaltada mediante la unión con Cristo que lo que Adán hubiese podido alcanzar de no haber caído y de haber perseverado y haber sido admitido al cielo.

Calvino expresó esta verdad en las siguientes palabras: "Pero Dios, quien una vez ordenó a la luz brillar de las tinieblas, puede, si quiere, hacer surgir maravillosamente la salvación del infierno mismo y así convertir las tinieblas mismas en luz. Pero ¿qué hace Satanás? En cierto sentido, ¡la obra de Dios! Es decir, Dios, subyugando a Satanás en obediencia a su providencia, le controla conforme a su voluntad y usa las artimañas y los intentos del gran enemigo para llevar a cabo sus propios principios eternos".[3]

Aun las mismas persecuciones que padecen los justos son diseñadas para buenos propósitos. Pablo enseña que la "*leve tribulación momentánea* produce en nosotros un cada vez más excelente y *eterno peso de gloria*" (2 Co. 4:17). Sufrir con Cristo es estar unido más estrechamente a él, y una gran recompensa en el cielo está prometida a los que sufren por él (Mt. 5:10-12). A los filipenses se les escribió, "Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él" (Fil. 1:29); y se nos informa que los apóstoles, tras ser abusados públicamente, "salieron de la presencia del concilio gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hch. 5:41). El escritor del libro a los hebreos afirmó esta misma verdad al escribir, "Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (Heb. 12:11).

"Los actos de los impíos al perseguir la iglesia primitiva", dice el Dr. Carlos Hodge, "fueron ordenados por Dios con el fin de una más amplia y rápida proclamación del evangelio. El sufrimiento de los mártires fue el medio para no sólo esparcir sino para purificar la iglesia. La apostasía del

[3] *The Secret Providence of God*, reimpreso en *Calvin's Calvinism*, p. 240.

hombre de pecado, por haber sido predicha, estaba predeterminada. La destrucción de los hugonotes en Francia, la persecución de los puritanos en Inglaterra, sirvieron como fundamento para el desarrollo de Norteamérica con una raza de piadosos y vigorosos hombres que hicieron de esa tierra un lugar de refugio para las naciones, el hogar de la libertad civil y religiosa. Creer que Dios no preordena todo lo que acontece ciertamente destruiría la confianza de sus hijos en él. Y es precisamente debido al hecho de que Dios reina y que hace su voluntad en el cielo y en la tierra, que su pueblo puede reposar en perfecta seguridad bajo su guianza y protección".[4]

Aunque muchos de los atributos divinos fueron manifestados en la creación y en el gobierno del mundo, otros, como el de la justicia o el de la misericordia o la gracia, no fueron manifestados ni estuvieron en operación, hasta donde sepamos, hasta la caída y la subsiguiente redención del hombre. Dichos atributos no fueron conocidos sino sólo por Dios mismo desde la eternidad. Si no se hubiese permitido al pecado entrar en la creación, estos atributos hubiesen permanecido sepultados en una noche eterna. Y el universo, sin el conocimiento de estos atributos, sería como la tierra sin la luz del sol. El pecado, por tanto, fue permitido a fin de que la misericordia de Dios fuese manifestada mediante el perdón, y su justicia manifestada mediante el castigo. La entrada del pecado no es sino el resultado de un propósito firme que Dios estableció en la eternidad, y mediante el cual propuso revelarse a sus criaturas racionales tan completa y cabalmente como fuese posible en todas las perfecciones concebibles.

3. La caída de Adán es parte del plan divino

La caída de Adán y a través de él la caída de la raza no fue fortuita ni accidental, sino que fue decretada en los consejos secretos de Dios. Se nos dice que Cristo fue "destinado (como sacrificio por el pecado) desde antes de la fundación del mundo" (1 P. 1:20). Pablo habló del "propósito eterno", que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor (Ef. 3:11). El escritor de Hebreos hace referencia a "la sangre del pacto eterno" (13:20). Y dado que el plan de redención originó en la eternidad, el plan de permitir que el hombre cayera en pecado, del cual habría de ser redimido, también remonta hasta la eternidad; de otro modo no hubiera habido ocasión para la redención. De hecho, el plan para todo el curso de los acontecimientos del mundo, incluyendo la caída, la redención y todos los demás eventos, estaba ante Dios en su totalidad antes de que el universo fuese creado, y Dios deliberadamente ordenó que esta serie de eventos, y no otra, se actualizara.

Y a menos que la caída estaba en el plan de Dios, ¿qué pasa con nuestra redención en Cristo? ¿Acaso fue sólo un expediente temporal al cual Dios

[4]*Systematic Theology*, I, p. 545.

recurrió a fin de contrarrestar la rebelión del hombre? Hacer la pregunta es contestarla. A través de las Escrituras la redención es presentada como el libre y gratuito propósito de Dios desde la eternidad. En la hora misma en que el hombre cometió el primer pecado, Dios intervino soberanamente con una promesa de liberación. Aunque la gloria de Dios es desplegada en toda la creación, es en la obra de redención que es especialmente manifestada. La caída del hombre, por tanto, fue sólo una parte y una parte necesaria del plan; y aun Watson, aunque arminiano decidido, dice "La redención del hombre a través de Cristo no fue una idea tardía que se le ocurrió a Dios después de la apostasía del hombre; fue más bien una disposición, y cuando el hombre había caído, halló la justicia mano a mano con la misericordia".[5] De las ruinas de la caída de Dios ha edificado una nueva creación espiritual mucho más gloriosa que la primera.

El arminianismo consecuente, sin embargo, presenta a Dios como un espectador desinteresado e inactivo, desconcertado por la caída de Adán y muy sorprendido y frustrado por la criatura de sus manos. Nosotros, en cambio, sostenemos que Dios planeó de antemano y previó la caída; que la caída en ninguna manera le tomó por sorpresa; y que después de ocurrir, Dios no sintió que había cometido un error al crear al hombre. Si Dios hubiese querido, hubiese podido impedir la entrada de Satanás al jardín y preservar a Adán en un estado de santidad como hizo con los santos ángeles. El mero hecho de que Dios previó la caída es prueba suficiente de que él no esperaba que el hombre le glorificara manteniéndose en un estado de santidad.

Cabe señalar, sin embargo, que Dios no forzó al hombre a caer. El simplemente retuvo de Adán la gracia restrictiva y no merecida mediante la cual Adán infaliblemente no hubiera caído, cual gracia no estaba obligado a conferirle. Con respecto a sí mismo, Adán hubiera podido mantenerse libre de pecado si hubiera querido; pero con respecto a Dios era absolutamente cierto que habría de caer. Adán actuó tan libremente como si no hubiese habido un decreto, y tan infaliblemente como si no hubiese habido libertad. Los judíos, en lo que a su libertad concierne, hubieran podido quebrar los huesos de Cristo; pero en realidad no era posible que sucediese, ya que estaba escrito, "No será quebrado hueso suyo" (Sal. 34:20; Jn. 19:36). El decreto de Dios no le quita la libertad al hombre; y en la caída, Adán ejerció libremente las emociones naturales de su voluntad.

La razón de la caída se encuentra en el hecho de que "Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Ro. 11:32); y nuevamente, "Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos" (2 Co. 1:9); y sería difícil hallar lenguaje que afirmara más explícitamente el

[5]*Theological Institutes*, II, cap. 18.

control divino y la iniciativa divina que éste. Por razones sabias, a Dios le plació *permitir* a nuestros primeros padres ser tentados y caer, y luego vencer el pecado de ellos para su propia gloria. El permitir y controlar el pecado, sin embargo, no hace a Dios el autor del mismo. Parece que Dios ha permitido la caída a fin de demostrar lo que el *libre albedrío* habría de hacer; y luego, ejerciendo su control sobre el pecado demostró lo que las bendiciones de su *gracia* y los juicios de su *justicia* pueden hacer.

Queremos añadir en este punto algo más sobre la naturaleza de la caída. A Adán le fue dada la más favorable oportunidad para lograr la vida eterna y la bendición para él y para su posteridad. Fue creado santo y colocado en un mundo libre de pecado. Estuvo rodeado de toda la belleza del paraíso y le fue dado permiso para comer de todas las frutas excepto una, lo que ciertamente no era una prohibición gravosa. Dios mismo vino al jardín y fue compañero de Adán. En lenguaje claro e inequívoco se le advirtió que de comer de la fruta ciertamente moriría. Adán fue puesto bajo una prueba de obediencia pura ya que al comer de la fruta no hubiera sido en sí moralmente bueno o malo. La obediencia es la virtud que en la criatura racional es, pudiéramos decir, madre y guarda de todas las demás.

4. El resultado de la caída de Adán

A pesar de todas sus ventajas Adán desobedeció deliberadamente, y la sentencia de muerte con que se le había amenazado cayó sobre él. Dicha sentencia incluye obviamente algo más que la disolución del cuerpo. La palabra "muerte", como se usa en las Escrituras en referencia a los efectos del pecado, incluye cada una de las formas de mal infligido como castigo por el pecado. Esencialmente significa muerte espiritual o la separación de Dios, la cual es tanto temporal como eterna—la pérdida del favor divino en todas formas. Significa lo opuesto a la recompensa prometida, que fue la bendita y eterna vida en el cielo. Significa, por tanto, las miserias eternas del infierno, juntas con las miserias que se experimentan en esta vida, que no son sino anticipaciones de las miserias del infierno. La naturaleza de dicha muerte puede verse en parte en los efectos del pecado que han sobrevenido actualmente a la humanidad, y también mediante el contraste con la vida que los redimidos experimentan en Cristo. Era una muerte que hizo que el pecado, en vez de la santidad, se convirtiese en el elemento natural del hombre, de manera que ahora en su naturaleza no regenerada el hombre siente revulsión hacia el evangelio y todas las cosas santas. Debido a dicha condición el hombre es tan totalmente incapaz de apreciar la redención mediante la fe en Cristo como un muerto es de escuchar los sonidos de este mundo. Que la muerte con que se le amenazó no era primariamente la muerte física se demuestra por el hecho de que Adán vivió muchos años después de la

caída, mientras que espiritualmente quedó enajenado de Dios en el momento en que pecó y fue echado fuera del paraíso. Por tal razón en su estado actual, cualquier aparición de lo sobrenatural le espanta al hombre. Aun la muerte física le sobrevino en cierto sentido inmediatamente; ya que, aunque nuestros primeros padres vivieron muchos años, no obstante comenzaron a envejecer inmediatamente. Desde la caída, la vida ha sido una incesante marcha hacia la tumba. Carlos Hodge dice, "El día en que Adán comió la fruta prohibida, murió. El castigo con que se le amenazó no fue un castigo momentáneo sino la sujeción permanente a todos los males que fluyen de la justa desaprobación de Dios".[6]

El mundo cristiano ha creído, además, que en la caída Adán, como la cabeza natural y federal de la raza, trajo el mal no sólo sobre sí mismo sino también sobre toda su posteridad de modo que, como dice el Dr. Hodge, "en virtud de la unión federal y natural entre Adán y su posteridad, su pecado, aunque no fue un acto personal de su posteridad, es imputado a sus descendientes de tal modo que es la base judicial no sólo del castigo personal de Adán sino también del castigo de sus descendientes... Imputar el pecado, en lenguaje bíblico y teológico, significa imputar la culpa del pecado. Y culpa significa, no criminalidad o la justa retribución moral o demérito, mucho menos contaminación moral, sino la obligación judicial de satisfacer la justicia".[7] El pecado de Adán, por tanto, se carga a la cuenta de su posteridad. Aun los niños pequeños, los cuales no han cometido pecados actuales, sufren el dolor y la muerte. Ahora bien, las Escrituras enseñan de manera uniforme que el sufrimiento y la muerte son la paga del pecado. Sería injusto, sin embargo, que Dios sometiese al castigo a aquellos que no son culpables. Por tanto, dado que el castigo cae sobre los niños pequeños, concluimos que éstos son culpables; pero como no han pecado personalmente, entonces deben ser culpables del pecado de Adán. Todos los que han heredado la naturaleza humana de Adán estaban en él como semilla en la fruta y han crecido, por así decirlo, como una sola persona con él. Adán fue arruinado completa y absolutamente por la caída. Cayó del estado de justicia o santidad original en que fue creado a un estado abrumador de pecado, el cual surgió tan efectivamente como la perforación de un ojo trae a la persona perpetua oscuridad. La ira y maldición de Dios reposó sobre él y se apoderó de él un sentido de culpabilidad, vergüenza, contaminación, degradación, temor al castigo, y el deseo de escapar de la presencia de Dios.

Hay un perfecto paralelo entre la manera en que la culpa de Adán nos es imputada y la manera en que nos es imputada la justicia de Cristo, de modo que la una ilustra la otra. Fuimos malditos a través de Adán, y redimidos a

[6] *Systematic Theology*, II, p. 120.
[7] *Ibid.*, p. 194.

través de Cristo aunque, por supuesto no somos personalmente más culpables del pecado de Adán de lo que somos personalmente merecedores de la justicia de Cristo. Es totalmente absurdo sostener la salvación mediante Cristo a menos que también sostengamos la maldición mediante Adán, ya que el cristianismo está basado en este principio de representación. A menos que la raza hubiese sido maldita en Adán, no hubiese existido la necesidad de ser redimida por Cristo. La historia de la caída, presentada de una manera a la vez profunda y sencilla en el capítulo tres de Génesis, es, por tanto, de significancia universal. Y únicamente el calvinismo hace justicia a la idea de la unidad orgánica de la raza humana y al profundo paralelo que Pablo traza entre el primer y el segundo Adán.

5. Las fuerzas del mal están bajo el perfecto control de Dios

Creemos que Dios gobierna en los asuntos de los hombres, que sus decretos son absolutos e incluyen todos los eventos. Por consiguiente, creemos que las naciones y los individuos están predestinados al bien o al mal que les sobreviene. Cuando vemos el panorama más amplio nos damos cuenta que aun los actos pecaminosos de los hombres tienen su lugar en el plan divino, y que es debido a nuestra naturaleza finita e imperfecta, la cual no comprende todas las relaciones y conexiones, que estos actos parecen ser contrarios a este plan. Tomemos como ilustración la hoja que se utiliza para producir música en la pianola. Cuando vemos la hoja deslizarse a través de la pianola, entendemos cómo funciona; sin embargo, si fuésemos a hallarla en otro lugar y si nunca antes la hubiéramos visto funcionar, concluiríamos que se trata simplemente de un papel de pobre calidad, lleno de agujeros. Cuando la utilizamos debidamente en su propio lugar, sin embargo, produce la más bella música. A menos que creamos que Dios ha ordenado todos los eventos y que el curso de cada uno de los eventos en nuestra vida personal es bueno, ciertamente nos sentiríamos muy desalentados en tiempos de adversidad. Como Jacob, confrontado con lo que parecía ser una gran desventura, y poco antes de reunirse con José, su hijo favorito, concluyó, "Contra mí son todas estas cosas", así puede que también nos suceda a nosotros en momentos cuando, quizá, el Señor en realidad esté preparando grandes cosas para nosotros.

La doctrina bíblica, como la hemos presentado anteriormente, es que Dios refrena el pecado dentro de ciertos límites, que produce bien del mal y que controla el mal para su gloria. Como Dios es infinito en poder y sabiduría, el pecado no podría existir excepto mediante su permiso. Dios tenía la libertad de crear o no crear; de crear este mundo actual u otro enteramente distinto. Todas las fuerzas del mal están bajo su absoluto control y Dios muy bien hubiera podido aniquilarlas en un instante si esa hubiera sido su

voluntad. El asesino es mantenido con vida y le debe a Dios la fuerza que utiliza para matar a su víctima. Cuando Jesús dijo, 'Apártate de mí, Satanás'', Satanás se apartó inmediatamente; y cuando ordenó a los espíritus inmundos a callar y a salir de las personas poseídas, inmediatamente obedecieron. El salmista expresó su confianza en el poder de Dios para controlar a los pecadores cuando al contemplar las obras de éstos, escribió, "El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos" (Sal. 2:4). Job dijo, "Suyo es el que yerra, y el que hace errar" (Job 12:16); lo que significa que tanto los hombre buenos como los malos están bajo el control providencial de Dios.

A menos que el pecado ocurra conforme al propósito y el permiso de Dios, ello ocurre al azar. En tal caso el mal sería un principio independiente e incontrolable, y tendríamos entonces que adoptar la idea pagana del dualismo. Cabe señalar, sin embargo, que la doctrina que sostiene que hay fuerzas de pecado, rebelión, y tinieblas en la naturaleza misma de la libertad moral, fuerzas que pueden ser más fuertes que la omnipotencia divina, pone en peligro aun la seguridad y felicidad eterna de los santos en gloria.

Lutero expresó su posición sobre este punto en las siguientes palabras: "Lo que sostengo y defiendo es lo siguiente: que Dios, donde obra sin la gracia de su Espíritu, obra todo y en todos, aun en los impíos; y él solo mueve, obra, y dirige mediante su omnipotencia todas las cosas que él solo ha creado, y dicha omnipotencia no puede ser ni eludida ni cambiada por ninguna cosa, sino que todas las cosas por necesidad siguen y obedecen dicha omnipotencia, cada una conforme a la medida del poder dado por Dios: por consiguiente, todas las cosas, inclusive los impíos, cooperan con Dios".[8] Y Zanchius escribió, "Debemos, por tanto, tener cuidado de no abandonar la omnipotencia de Dios bajo el pretexto de que intentamos exaltar su santidad; Dios es infinito en ambos atributos y, por tanto, ninguno debe ser menospreciado u obscurecido. Decir que Dios anula absolutamente el pecado y su comisión, mientras que la experiencia nos dice que el pecado es una realidad diaria, es representar a la Deidad como un ser débil e impotente que desea que las cosas acontezcan de diferente manera pero que no puede lograr su deseo".[9]

Uno de los mejores comentarios más recientes al respecto es el de E. W. Smith, en su pequeño pero admirable libro, *The Creed of the Presbyterians*. "Si fuéramos a creer que una cosa tan potente y temible como el pecado ha irrumpido en el orden original del universo en desafío al propósito de Dios, y que se encuentra actualmente en sedicioso desafío a la omnipotencia divina, bien podríamos sucumbir al terror y a la desesperanza. Pero inexpre-

[8] *Bondage of the Will*, p. 301.
[9] *Predestination*, p. 55.

sablemente reconfortante y fortalecedora es la seguridad bíblica de nuestras normas doctrinales (V:4), que expresan que detrás del violento acoso y fustigamiento de los propósitos y agencias malignos yace, en omnipotente y firme abrazo, un propósito divino que gobierna a todo. Dios reina supremo sobre el pecado y sobre todo lo demás. Su soberana providencia 'abarca no sólo la primera caída sino todos los demás pecados, tanto de los ángeles como de los hombres', de modo que éstos son parte y desarrollo de su providencia tanto como lo son los movimientos de las estrellas o las actividades de espíritus no caídos en el cielo mismo. Habiendo decidido, por razones sabias y santas, aunque no reveladas a nosotros, permitir el pecado, también ha procedido 'a restringir sabia y poderosamente' todo pecado de modo que ningún pecado jamás puede pasarse más allá del límite que él le ha prescrito; y ha procedido a 'ordenarlo y gobernarlo' de modo que 'sus santos propósitos' se cumplan, y se manifiesten en la consumación de todas las cosas no sólo su 'infinito poder', sino su 'inescrutable sabiduría', y su 'infinita bondad' " (p. 177).

Floyd E. Hamilton ha escrito: "Dios creó al ser humano con la posibilidad de pecar, y Dios tiene el poder para interferir en cualquier momento para impedir el acto pecaminoso. Sin embargo, aun cuando no tiene un propósito que llevar a cabo al permitir el acto, el mismo permitirlo cuando tiene el poder para interferir hace que la responsabilidad final del acto descanse sobre Dios. Además, si Dios no tiene un propósito que quiere alcanzar, ¡entonces ciertamente es reprensible al no impedir el acto! Algunos tratan de evitar esta conclusión diciendo que Dios no interfiere porque al hacerlo destruiría la libertad del hombre. ¡En este caso la libertad del hombre sería de mayor valor que su salvación eterna! Pero aun esto no quita de Dios la responsabilidad final de permitir el acto pecaminoso; Dios tiene el poder para impedir el acto pecaminoso, no tiene un propósito que llevar a cabo al permitir el acto pero, no obstante, a fin de proteger la libertad del hombre, permite al hombre traer sobre sí mismo el castigo eterno. ¡Un dios como este sería ciertamente un dios muy pobre!"[10]

Dios es, por tanto, finalmente responsable del pecado ya que tiene el poder para impedirlo pero no lo hace, aunque la responsabilidad inmediata descansa sobre el hombre únicamente. Dios, por supuesto, nunca es la causa eficiente del pecado. Agustín, Lutero y Calvino muchas veces hicieron hincapié en la verdad del control absoluto y soberano de Dios al probar que el curso presente del mundo es el que desde la eternidad Dios se propuso que siguiera.

[10]Articulo, *The Reformed Faith in the Modern World.*

6. Los actos pecaminosos ocurren sólo por el permiso divino

Las buenas obras de los hombres son, por tanto, aseguradas por el decreto positivo de Dios, mientras que las obras pecaminosas ocurren sólo por el permiso divino. Las obras pecaminosas, sin embargo, ocurren debido a algo más que un mero permiso, ya que de otro modo no habría seguridad de que ocurriesen. Respecto a este tema, David S. Clark dice: "La explicación más razonable es que la naturaleza pecaminosa irá hasta el límite fijado por Dios; por consiguiente, la limitación del pecado por parte de Dios asegura qué y cuánto acontecerá. Satanás no pudo ir más allá con Job de lo que Dios le permitió; aunque sin lugar a duda hizo todo lo que Dios le permitió".[11] Y, en consonancia con estas palabras W. D. Smith dice: "Cuando se sabe con absoluta certeza que se hará a menos que sea prevenido, y existe la determinación de no prevenirlo, queda establecido tan ciertamente como si hubiese sido decretado que se haría por medio de alguien. En un caso, la absoluta certeza del evento surge mediante una agencia puesta; en el otro surge igualmente cierto pero mediante la agencia retenida. En ambos casos es un decreto inmutable. Los pecados de Judas y la crucifixión del Salvador fueron decretados tan inmutablemente por el permiso divino como la venida del Salvador al mundo lo fue positivamente. Podemos notar de lo dicho anteriormente la armonía entre la Confesión de Fe y el sentido común, cuando dice, que 'Dios, desde la eternidad ordenó libre e inalterablemente, por el sabio y santo consejo de su voluntad, todo lo que acontece', etc.... Además, podemos notar la perfecta armonía de la Confesión con la afirmación de que Dios, 'no es el autor del pecado', etc.".[12]

Agustín expresó un pensamiento similar cuando dijo: "Por lo cual aquellas poderosas obras de Dios, exquisitamente perfectas, hechas en absoluta conformidad al designio de su voluntad, son tales que, de manera maravillosa e inefable, aun cosas contrarias a su voluntad no son hechas sin su voluntad, ya que nada acontece a menos que él lo permita; sin embargo, él las permite no contra su voluntad sino conforme a su voluntad. Y como él es un Dios de bondad, tampoco permitiría que algo malo aconteciese a menos que, como Dios omnipotente, pudiese hacer surigr el bien del mal".[13]

Aun las obras de Satanás son controladas y limitadas de modo que cumplen los propósitos de Dios. Aunque Satanás busca determinadamente la destrucción de los impíos y trabaja diligentemente por lograrla, aun la destrucción procede de Dios. En primer lugar, es Dios quien decreta que los impíos han de sufrir, y a Satanás meramente se le permite infligirles el castigo. Los motivos detrás de los propósitos de Dios y aquellos detrás de los propó-

[11]*A Syllabus of Systematic Theology*, p. 113.
[12]*What is Calvinism?*, p. 32.
[13]Citado en *Calvin's Calvinism*, p. 290.

sitos de Satanás son, por supuesto, infinitamente distintos. Dios decretó la destrucción de Jerusalén; Satanás también deseaba lo mismo, pero por razones distintas. Dice Agustín que Dios desea con buena voluntad lo que Satanás desea con mala voluntad—como sucedió en la crucifixión de Cristo, la cual fue guiada a fin de que redundase en la redención del mundo. A veces Dios usa las voluntades y las pasiones malignas de los hombres en vez de las buenas voluntades de sus siervos para lograr sus propósitos. Esta verdad ha sido expresada en palabras claras por el Dr. Warfield: "Todas las cosas hallan su unidad en su plan eterno; y no meramente su unidad, sino también su justificación de ser; aun el mal, a pesar de retener su calidad de mal y odioso al Dios santo, y algo que se tratará con absoluto aborrecimiento, no ocurre independientemente de su provisión o en contra de su voluntad, sino que aparece en el mundo que él ha hecho como el instrumento mediante el cual él obra el sumo bien".[14]

7. *Pruebas bíblicas*

Que esta es la doctrina de la Escritura es irrefutable. La venta de José a Egipto por sus hermanos fue un acto muy pecaminoso; sin embargo, vemos que fue controlado de modo que redundó no sólo a favor de José sino de los hermanos mismos. Cuando trazamos este evento a su fuente podemos ver que Dios fue su autor y que ocupó su lugar preciso en el plan divino. José dijo a sus hermanos más tarde, "Ahora, pues, no os entristezcáis, no os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros... Así, pues, no me enviásteis acá vosotros, sino Dios... Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien" (Gn. 45:5, 8; 50:20). La Biblia dice que Dios endureció el corazón de Faraón (Ex. 4:21; 9:12); y las palabras de Dios a Faraón fueron, "y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra" (Ex. 9:16). Y a Moisés Dios dijo: "Y he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios para que los sigan (al Mar Rojo); y yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería" (Ex. 14:17).

Simei maldijo a David, porque Jehová había dicho, "Maldice a David"; y cuando David se percató de esto dijo "Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho" (2 S. 16:10, 11). En otra ocasión, al sufrir la injusta violencia de parte de sus enemigos David reconoció que "fue Dios el que lo hizo". Referente a los cananeos fue dicho, "Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel, para destruirlos, y que no les fuese hecha misericordia, sino que fuesen desarraigados, como Jehová lo había mandado a Moisés" (Jos. 11:20). Ofni y Finees,

[14]Biblical Doctrines, artículo, *Predestination*, p. 21.

los hijos impíos de Elí, "no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir' (1 S. 2:25).

Aun Satanás y los espíritus malignos son utilizados para cumplir el propósito divino. Se le ordenó a un espíritu maligno ir y engañar a los profetas del rey Acab a fin de que sirviese como instrumento de venganza divina sobre los impíos; "Y Jehová dijo: ¿Quién inducirá a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? y uno decía de una manera, y otro decía de otra. Y salió un espíritu y se puso delante de Jehová, y dijo: Yo le induciré. Y Jehová le dijo: ¿De qué manera? El dijo: Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y él dijo: Le inducirás, y aun lo conseguirás; vé, pues, y hazlo así. Y ahora, he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas, y Jehová ha decretado el mal acerca de ti" (1 R. 22:20-23). De Saúl se dice que "le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová (1 S. 16:14). "Envió Dios un mal espíritu entre Abimelec y los hombres de Siquem; y los de Siquem se levantaron contra Abimelec" (Jue. 9:23). Es decir, los espíritus malignos que atormentan a los pecadores proceden de Jehová. Y es de parte de Jehová que los malos impulsos que surgen de los corazones de los pecadores toman una u otra forma específica (2 S. 24:1).

En una parte se nos dice que Dios, a fin de castigar a un pueblo rebelde, incitó a David a hacer un censo (2 S. 24:1, 10); pero en otra parte que hace alusión a este mismo hecho se nos dice que fue Satanás quien instigó el orgullo de David y le incitó a que hiciese el censo en Israel (1 Cr. 21:1). Aquí podemos ver que Satanás fue hecho la vara de la ira de Dios, y que Dios mueve los corazones de pecadores y de demonios a donde quiere. A pesar de que toda relación adúltera e incestuosa es abominación a Dios, él a veces usa estos mismos pecados para castigar otros pecados, como sucedió en el caso de Absalom para castigar el adulterio de David. Antes de que Absalom llevara a cabo su pecado le fue comunicado a David que ésta habría de ser la forma que su castigo habría de tomar: "Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol" (2 S. 12:11). Estos hechos, como podemos ver, no fueron en todos sentidos contrarios a la voluntad de Dios.

En 1 Crónicas 10:4 leemos que "Saúl tomó la espada, y se echó sobre ella". Este fue su propio acto deliberado y pecaminoso. Dicho acto, sin embargo, cumplió a su vez la justicia divina y un propósito divino que había sido revelado años antes concerniente a David; ya que un poco más adelante leemos, "Así murió Saúl por su rebelión con que prevaricó contra Jehová... y no consultó a Jehová; por esta causa lo mató, y traspasó el reino a David hijo de Isaí" (1 Cr. 10:14). En un sentido se dice que Dios hace lo que él permite o impele a sus criaturas a hacer.

El mal con que se amenazó a Jerusalén a causa de su apostasía es descrito como venido directamente de Dios (2 R. 22:20). El salmista reconoció que aun el odio de sus enemigos había sido incitado por Jehová para castigar a un pueblo rebelde (Sal. 105:25). Isaías reconoció que aun la apostasía y desobediencia de Israel estaban en el plan divino: "¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor? (Is. 63:17). En 1 Crónicas 5:22 leemos, "Y cayeron muchos muertos, porque la guerra era de Dios". El necio proceder de Roboam que resultó en la ruptura del reino fue "designio de Jehová" (1 R. 12:15). Todo esto queda resumido en el pasaje de Isaías que dice, "Yo formo la luz y creo las tinieblas, hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto" (Is. 45:7); y en el libro de Amós donde dice: "¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?" (Am. 3:6).

Un análisis del Nuevo Testamento revela la misma doctrina. Ya hemos demostrado que la crucifixión de Cristo fue parte del plan divino. Aunque su muerte fue llevada a cabo por manos de impíos que ignoraban la importancia del evento que estaban realizando, no obstante, "Dios cumplió así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer" (Hch. 3:18). La crucifixión fue la *copa* que el *Padre* le dio a beber (Jn. 18:11). Estaba escrito, "Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas" (Mt. 26:31). Cuando Moisés y Elías aparecieron a Jesús en el monte de la transfiguración "hablaban de su *partida*, que iba Jesús a *cumplir* en Jerusalén" (Lc. 9:31). Respecto a su propia muerte Jesús dijo, "A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!" (Lc. 22:22); y nuevamente, "¿Nunca leísteis en las Escrituras, la piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo; *el Señor ha hecho esto*, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?" (Mt. 21:42); y en ninguna otra ocasión enseñó más claramente el Señor que la cruz era parte del plan divino que cuando en el jardín de Getsemaní dijo: "no sea como yo quiero, sino como tú" (Mt. 26:39). Jesús se entregó deliberadamente para ser crucificado cuando muy bien hubiera podido llamar a "más de doce legiones de ángeles", si hubiese querido (Mt. 26:53). Pilato creyó que tenía poder para crucificarle o para soltarle; pero Jesús le respondió que a no ser que le fuera dado de arriba, no tendría poder alguno (Jn. 19:10, 11).

Era parte del plan de Dios que Cristo viniese al mundo, y sufriese, y muriese una muerte violenta, a fin de expiar los pecados de Su pueblo. Por consiguiente, Dios simplemente permitió a hombres pecadores poner esa vil carga sobre él, y guió los actos de éstos para Su propia gloria en la redención del mundo. Los que crucificaron a Cristo obraron en perfecta armonía con la libertad de sus naturalezas pecaminosas, y sólo ellos fueron responsables de su pecado. En esta ocasión, como en muchas otras, Dios hizo que la ira

del hombre redundase en Su alabanza. Sería difícil expresar en lenguaje más explícito la idea de que el plan de Dios se extiende a todas las cosas que el utilizado aquí por los escritores bíblicos. La crucifixión en el Calvario, por tanto, no fue una derrota, sino una victoria; y el grito, "Consumado es", manifiesta el logro exitoso de la obra de redención que le había sido encomendada al Hijo. Lo que "está escrito de Jesús en las Escrituras del Antiguo Testamento tiene su cumplimiento seguro en él; y lo suficiente está escrito de él allí para asegurar a sus seguidores que en el curso de su vida y aun en el aparentemente extraño e inesperado fin él no fue víctima de la casualidad o del odio de los hombres, a consecuencia de lo cual su obra fue malograda o quizá aun su misión quedó frustrada, sino que seguía paso a paso hacia la meta el camino marcado en los consejos de la eternidad, y el cual ha sido suficientemente revelado desde tiempos antiguos en las Escrituras como para permitir que todos los que no son 'insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho' perciban que el Cristo tuvo que vivir precisamente la vida que vivió y cumplir precisamente el destino que cumplió".[15]

Otros sucesos registrados en el Nuevo Testamento también enseñan la misma lección. Cuando Dios desechó a los judíos como pueblo, no fue sin propósito ni meramente a fin de que "cayesen"; sino para que por su transgresión viniera la salvación a los gentiles, para provocarles a celo, a fin de que ellos también abrazasen el cristianismo (Ro. 11:11). La ceguera de un hombre se dice que fue, no a causa de su pecado o el de sus padres, sino a fin de dar a Jesús la oportunidad de manifestar su poder y gloria al restaurarle la vista, o, como lo expresa el escritor bíblico, "sino para que las obras de Dios se manifiesten en él" (Jn. 9:3). La afirmación del Antiguo Testamento de que el propósito que Dios tuvo en levantar a Faraón fue el de demostrar su poder y proclamar su nombre es repetida en Romanos 9:17. Esta enseñanza general llega a su punto culminante en la afirmación de Pablo que *"a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien*, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Ro. 8:28).

Si, como las Escrituras afirman, Dios preordinó la crucifixión de Cristo y los otros eventos que hemos mencionado, entonces nadie puede negar que Dios preordinó el pecado. Que las obras pecaminosas tienen su lugar en el plan divino es enseñado repetidas veces. Y si esto ofende a algunas personas, entonces les instamos una vez más a que consideren cuantas veces las Escrituras declaran que los juicios de Dios son "insondables". De ahí, los que afirman que nuestra doctrina hace a Dios el autor del pecado levantan esta objeción no sólo contra nosotros, sino contra Dios mismo; ya que nuestra doctrina es la que las Escrituras claramente enseñan.

[15]Warfield, Biblical Doctrines, artículo, *The Foresight of Jesus*, p. 73.

8. Comentarios por Smith y Hodge

La relación que Dios guarda con el pecado está admirablemente ilustrada en el siguiente párrafo del pequeño libro *What is Calvinism?*, de W. D. Smith, el cual tomaremos la libertad de citar, "Imagínese a un vecino que tiene una destilería o una cantina que es un estorbo a todos alrededor—vecinos cobrando, bebiendo, y aun peleando en el día del Señor, con la consiguiente miseria y angustia que todo esto produce a algunas familias, etc. Imagínese, además, que yo poseo cierta previsión, y puedo ver, con absoluta seguridad, una cadena de eventos en conexión con un plan de operaciones que tengo en mente para el bien de dicho vecindario. Veo que predicando allí seré el instrumento en la conversión y reforma del dueño de la destilería y, por tanto, decido ir. Al obrar de dicha manera estoy decretando positivamente la reforma del hombre; es decir, determino hacer aquello que redundará en la reforma segura del hombre y cumplo mi decreto mediante una agencia positiva. Pero, mirando un poco más adelante en la cadena de eventos descubro, con la misma absoluta certeza, que sus embriagados clientes se llenarán de ira y que cometerán muchos pecados al derramar su maldad sobre él y sobre mí. No sólo blasfemarán a Dios y a la religión, sino que aun quemarán su hogar y tratarán de quemar el mío. Ahora podemos percatarnos que este mal, que entra en mi plan, de ningún modo se me puede atruibuir a mí, a pesar de que yo soy el autor del plan que, en sus operaciones lo producirá. Podemos ver, por tanto, que cualquier ser inteligente puede poner en vigor un plan y llevarlo a cabo en el cual sabe, con absoluta certeza, que entrará el mal y, sin embargo, él no es el autor del mal ni el responsable del mismo. . . Mirando un poco más allá en la cadena de eventos, descubro que de permitírsele, los iracundos vecinos le quitarán la vida; y veo, además, que de concedérsele la vida, vendrá a ser tan notorio por el bien que hará que por el mal que antes hacía, y que será de gran bendición al vecindario y a la sociedad. . . Por tanto, determino actuar en base al plan entero; y al hacerlo decreto positivamente la reforma del hombre y el bien que surgirá; y decreto permisivamente las obras impías de los demás; es obvio, sin embargo, que yo de ninguna manera soy el culpable de los pecados de éstos últimos. De igual modo Dios, 'ha preordinado todo lo que acontece' de una u otra de estas maneras" (pp. 33-35).

Carlos Hodge dice al respecto, "Un juez justo, al pronunciar sentencia sobre un criminal, puede que sepa que esto causará sentimientos malvados y amargos en el criminal o en los corazones de sus amigos; no obstante, el juez está libre de toda culpa. Un padre, al desheredar a un hijo réprobo, puede que sepa que las consecuencias inevitables de su proceder serán una mayor maldad por parte del hijo; con todo, el padre está haciendo el bien. La segura consecuencia al abandonar Dios a los ángeles caídos y a los finalmente impenitentes es que habrán de continuar en el pecado; sin embargo, la santidad de Dios permanece intachable. La Biblia enseña que Dios judicialmente abandona a los hombres a sus pecados, entregándoles a una mente reprobada, y en esto él es muy justo y santo. No es cierto, por tanto, que una persona sea responsable por todas las consecuencias seguras de sus actos. Puede ser y sin duda es infinitamente sabio y justo que Dios permita el pecado, y que adopte un plan del cual el pecado es una consecuencia o un elemento seguro; sin embargo, como él ni es la causa del pecado, ni tienta a los hombres a cometerlo, afirmamos que él no es ni el autor del pecado ni se complace en ello".[16]

9. La gracia de Dios se aprecia más profundamente después que la persona ha sido víctima del pecado

En ocasiones se nos permite caer en pecado para que, una vez librados del mismo, apreciemos nuestra salvación más profundamente. En la parábola de los dos deudores, el uno debiá quinientos denarios y el otro cincuenta. No teniendo ellos con que pagar, el acreedor perdonó a ambos. ¿Cuál de ellos le amará más al acreedor? Naturalmente, el que más se le perdonó. Cenando en casa de Simón el fariseo, Cristo pronunció esta parábola y la aplicó a Simón mismo y a la mujer penitente que había ungido sus pies. Esta última había sido grandemente perdonada y estaba profundamente agradecida, pero Simón no había recibido dicho favor y, por tanto, no sentía gratitud. "Aquel a quien se le perdona poco, poco ama" (Lc. 7:41-50).

A veces la persona, como el hijo pródigo, no aprecia el hogar del Padre ni respeta su autoridad hasta que haya experimentado los devastadores efectos del pecado y los agudos dolores del hambre, de la tristeza y de la desgracia. Parece que el hombre libre tiene, hasta cierto grado, que aprender por experiencia antes de que pueda apreciar a cabalidad los caminos de justicia y rendir obediencia incondicional y honor a Dios. Hemos citado a Pablo al efecto de que "Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Ro. 11:32), y, "tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios" (2 Co. 1:9). La criatura no puede apreciar adecuadamente la misericordia de Dios hasta que ha sido rescatada de un estado de miseria. Después que el cojo que mendigaba a la puerta del templo fue sanado por Pedro y Juan, él apreció su salud como nunca antes, y "entró con ellos en el templo, andando, y alabando a Dios". Y después que somos librados del poder y de la culpa del pecado, nosotros apreciamos la gracia de Dios como jamás la hubiéramos podido apreciar. Se nos dice que aun nuestro Señor Jesucristo en su naturaleza humana fue perfeccionado por aflicciones, aunque en él, por supuesto, no había pecado alguno.

[16]*Systematic Theology*, I, p. 547.

10. El calvinismo ofrece una solución más satisfactoria al problema del mal que cualquier otro sistema

La verdadera dificultad que afrontamos aquí es la de explicar por qué un Dios infinito en santidad, poder y sabiduría haya creado un universo en el cual el mal moral habría de prevalecer tan extensamente; y especialmente la de explicar porqué se permitió que el mal resultara en la miseria eterna de tantas de sus criaturas. Esta dificultad, sin embargo, no es exclusiva al calvinismo, sino una que confronta al teísmo en general; y mientras otros sistemas son totalmente inadecuados en sus explicaciones del pecado, el calvinismo da una explicación bastante satisfactoria al reconocer que Dios es últimamente responsable, ya que lo pudo haber impedido; el calvinismo afirma, además, que Dios tiene un propósito definido al permitir cada pecado individual, habiéndolo ordenado "para su propia gloria". Dice Hamilton, "Si hemos de aceptar el teísmo, entonces el único teísmo respetable es el calvinismo". "El calvinismo enseña que Dios no sólo sabía lo que hacía cuando creó al hombre, sino que también tenía un propósito al permitir el pecado". Y ¿qué mejor explicación que ésta puede ofrecer alguna persona que crea que Dios es el Creador y Gobernador de este universo?

Respecto a la primera caída del hombre afirmamos que la causa *próxima* fue la instigación del diablo y el impulso de su propio corazón; establecido esto, hemos exonerado a Dios de toda *culpa*. Pablo dice que Dios "habita en luz inaccesible". Nuestra visión mental no puede comprender los profundos misterios divinos más de lo que nuestros ojos físicos pueden resistir la luz del sol. Cuando el apóstol contempló estas cosas no pudo sino exclamar, "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" Y dado que nuestro intelecto humano no puede elevarse a tan inaccesibles alturas, nos toca adorar con reverencia, temor y temblor, y abstenernos de explicar misterios tan altos y profundos, los cuales ni aun los mismos ángeles pueden penetrar. Recordemos además que junto con este pecado Dios ha provisto una redención efectuada gratuitamente por sí mismo; y es, sin duda, debido a nuestras limitaciones que no logramos ver que esta es la todo suficiente explicación. El decreto de redención es tan antiguo como el decreto de apostasía; y Aquel que ha ordenado el pecado también ha ordenado la manera de escapar del mismo.

Ya que las Escrituras enseñan que Dios es perfectamente justo, y que en todos aquellos actos suyos sobre los cuales somos capaces de pasar juicio hallamos que él es perfectamente justo, confiamos que en aquellas áreas sobre las cuales aún no se nos ha revelado, él también es justo y que tiene soluciones para aquellos problemas que nosotros no podemos resolver. Podemos confiar que el Juez de toda la tierra obrará justamente, y a medida que

se nos revela su plan aprenderemos a darle gracias por las cosas pasadas y a confiar en él por las cosas futuras.

De nada vale decir, por supuesto, que Dios previó el mal pero que no lo incluyó en su plan—ya que si lo previó y si a pesar de haberlo previsto creó al mundo, entonces los actos pecamiosos fueron parte del plan, aunque una parte indeseable. Negar a Dios esta previsión es considerarle ciego; y entonces sería como el niño escolar que mezcla los químicos en el laboratorio sin saber qué va a ocurrir. De hecho, ni siquiera podríamos respetar a un Dios que obrase en dicha manera. Además, dicha creencia le deja a Dios la responsabilidad final por el pecado, ya que Dios hubiera podido al menos abstenerse de crear.

Que los actos pecaminosos de los hombres tienen su lugar, y un lugar necesario en el plan, queda claramente demostrado en el curso de la historia. El asesinato del Presidente McKinley, por ejemplo, fue un acto pecaminoso; sin embargo, de ese acto dependía el papel que Teodoro Roosevelt había de jugar como presidente de los Estados Unidos; y si ese eslabón en la cadena de eventos hubiese sido distinto, todo el curso de la historia desde ese momento hasta el final del mundo hubiese sido radicalmente distinto. Lo mismo es cierto en el caso de Lincoln. Si Dios se propuso que el mundo llegara al estado presente en que nos encontramos hoy, entonces esos acontecimientos fueron indispensables. Aun una breve consideración por parte nuestra nos convencería que todos los acontecimientos, inclusive aquellos que son aparentemente insignificantes, ocupan su lugar preciso, y que dan lugar a influencias cada vez más amplias que en poco tiempo se extienden hasta los mismos fines de la tierra, y que si sólo uno de ellos había sido omitido, digamos cincuenta años atrás, el mundo hoy hubiera sido muy distinto.

Una prueba adicional importante de que Pablo enseñó la doctrina que los calvinistas sostienen que enseñó, la encontramos en las objeciones que él mismo puso en boca de sus opositores—que dicha doctrina presenta a Dios como injusto: "¿Hay injusticia en Dios?" (Ro. 9:14); y, que destruye la responsabilidad de las personas: "Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?" (Ro. 9:19). Estas son las mismas objeciones que hoy continúan surgiendo en la mente de los hombres en contra de la doctrina calvinista de la predestinación; pero dichas objeciones no tienen ni la más mínima admisibilidad cuando van dirigidas contra la doctrina arminiana. Una doctrina que no proporciona la más mímina razón para estas objeciones no puede haber sido la que el apóstol enseñó.

Capítulo 18

Que la doctrina de la predestinación quita todos los motivos para el esfuerzo humano

1. Tanto los medios como los fines están preordinados. 2. Resultados prácticos.

1. Tanto los medios como los fines están preordinados.

La objeción que la doctrina de la predestinación quita todos los motivos para el esfuerzo humano está basada en la falacia que los fines están determinados sin referencia a los medios. Cabe señalar, sin embargo, que no han sido preordinados meramente algunos eventos aislados aquí y allá, sino toda la cadena de eventos, con todas sus interrelaciones y conexiones. En el plan divino todas las partes forman una unidad. De fallar los medios, también los fines habrían de fallar. Si Dios ha establecido que un hombre coseche, también ha establecido que primero siembre. Si Dios ha ordenado que un hombre se salve, también ha ordenado que oiga el evangelio y que crea y se arrepienta. Lo mismo fuese que un agricultor rehusara labrar la tierra conforme a las leyes reveladas por la luz de la naturaleza y la experiencia hasta primero cerciorarse del propósito secreto de Dios respecto a la fruición de la próxima cosecha, que alguna persona rehusar trabajar en las esferas morales o espirituales por desconocer el fruto que Dios pudiera producir por su labor. La realidad es, sin embargo, que comúnmente el fruto surge donde la labor preliminar ha sido fielmente realizada. Si laboramos al servicio del Señor y hacemos uso diligente de los medios que él ha prescrito, tenemos el gran estímulo de saber que es precisamente por estos mismos medios que él ha determinado realizar su gran obra.

Aun aquellos que aceptan las afirmaciones de las Escrituras de que Dios "hace todas las cosas según el designio de su voluntad", y afirmaciones similares en el sentido de que el control providencial de Dios abarca todos los eventos de sus vidas, saben que esto no interfiere en lo más mínimo con su libertad personal. ¿Acaso los que presentan esta objeción permiten que su creencia en la soberanía divina determine su conducta en los asuntos temporales? ¿Rehusan, acaso, alimento cuando sienten hambre, o medicinas cuando se enferman, porque Dios ha determinado la hora y manera en que han de morir? ¿Acaso hacen caso omiso de los medios usuales de adquirir riquezas o distinción porque Dios da riquezas y honor a quien le place? Cuando en asuntos fuera de la esfera de la religión uno reconoce la soberanía de Dios pero, no obstante, obra en plena conciencia de su libertad, ¿no es, en realidad, pecaminoso y necio presentar como excusa por haber hecho caso omiso de su bienestar espiritual y eterno la contención de que no es libre y responsable? ¿No testifica, más bien, su conciencia que la única razón por la cual no es un seguidor de Jesucristo es porque nunca ha estado dispuesto a seguirle? Supongamos que cuando el hombre paralítico fue traído a Jesús y escuchó las palabras, "Levántate y anda", hubiera respondido, "¡No puedo; soy paralítico!" De haber hecho esto, hubiera muerto paralítico. Pero, reconociendo su incapacidad y depositando su confianza en él que le ordenó levantarse, obedeció y fue sanado. Es el mismo Salvador omnipotente que llama a pecadores muertos en pecado a venir a él, y podemos estar seguros de que el que viene hallará que sus esfuerzos no eran en vano. La realidad es que a menos que reconozcamos a Dios como Aquel que soberanamente dispone todos los eventos, y quien en medio de la certeza ha ordenado la libertad humana, no tenemos sino muy poco estímulo para trabajar. Si fuéramos a creer que nuestro éxito y nuestro destino dependieran primariamente de la voluntad de criaturas débiles y pecadoras, tendríamos muy poco incentivo al esfuerzo personal.

"Estando de rodillas, el arminiano olvida todas aquellas enigmas de la lógica que han distorcionado la predestinación a su mente, y de forma espontánea reconoce con agradecimiento que su conversión es obra de la gracia preveniente de Dios, sin la cual ni su mera voluntad ni la obra de su parte jamás lo hubiesen podido transformar en una nueva criatura. El ora además por ese derrame del Espíritu de Dios que refrena, convence, renueva y santifica a los hombres; ora por la dirección divina de los eventos humanos, y por el trastorno de los consejos y la frustración de los planes de hombres impíos; da al Señor gloria y honra por lo que hace en este sentido, lo que implica que Dios reina, que Dios es el que soberanamente dispone de todos los acontecimientos, y que todo bien y toda frustración del mal se deben a él,

mientras que todo mal se debe a la criatura misma. Reconoce que la presciencia divina está vinculada inseparablemente a la sabiduría de su propósito eterno. Sus oraciones por la seguridad de su esperanza, o por la fruición presente de la misma, presuponen la convicción que Dios puede y efectivamente librará sus pies de caída y el cielo de rebelión, y que el propósito divino forma un nexo tan infalible entre la gracia presente y la gloria eterna, que nada podrá separarle del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro".[1]

Dado que los eventos futuros están velados y son desconocidos por nosotros, debiéramos ser tan diligentes en nuestras labores y tan asiduos en el cumplimiento de nuestro deber como si nada hubiese sido decretado al respecto. Muchas veces se ha dicho que debiéramos orar como si todo dependiera de Dios, y trabajar como si todo dependiera de nosotros mismos. El comentario de Lutero al respecto fue: "Se nos ordena trabajar con más ahinco precisamente porque todas las cosas futuras son inciertas para nosotros; como dice Eclesiastés, 'Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque no sabes cuál es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno' (Ec. 11:6). Todas las cosas futuras están fuera del alcance de nuestro conocimiento, aunque el cumplimiento de todas las cosas es absolutamente seguro. La absoluta certeza de los eventos futuros infunde en nosotros temor a Dios para que no presumamos, o vayamos a sentirnos demasiado confiados, mientras que la incertidumbre produce en nosotros una confianza para que no nos hundamos en la desesperanza".[2]

"El campesino, que habiendo escuchado un sermón sobre los decretos de Dios, tomó el camino peligroso a su casa y no el camino más seguro, y rompió su carreta a consecuencia, concluyó antes de terminada su travesía que él de todos modos había sido predestinado a ser un tonto y que, por tanto, hizo firme su vocación y elección".[3]

En cierta ocasión, después de terminada una conferencia teológica, una dama se acercó al Dr. Carlos Hodge y le preguntó, "¿Así que usted cree, Dr. Hodge, que lo que ha de ser, será?" El Dr. Hodge respondió, "Pues, sí, señora. ¿Quisiera usted que yo crea que lo que ha de ser no será?".

Recordamos también en este punto el caso de uno en Escocia acusado y convicto de asesinato, que dijo al juez, "Yo estaba predestinado desde la eternidad a cometer este crimen". A lo que respondió el juez, "Pues así sea, entonces yo estaba predestinado desde toda la eternidad a sentenciarlo a la horca, lo que ahora procedo a hacer".

Puede que algunos se inclinen a pensar, si nada excepto el poder creador

[1]Atwater, articulo, *Calvinism in Doctrine and Life*; The Presbyterian Quarterly and Princeton Review, 1875, p. 84.
[2]*Bondage of the Will*, p. 87.
[3]Strong, *Systematic Theology*, p. 361.

de Dios puede hacer posible que nos arrepintamos y creamos, entonces todo lo que podremos hacer es esperar pasivamente hasta que dicho poder sea ejercido. O puede que alguien pregunte, si nosotros no podemos efectuar nuestra salvación, ¿porqué trabajar por ella? Cabe señalar, que en toda área de esfuerzo humano, el resultado depende de la cooperación de causas sobre las cuales nosotros no tenemos control. Nosotros simplemente debemos hacer uso de los medios apropiados y confiar en la cooperación de las otras agencias. Tenemos, sin embargo, la promesa expresa de Dios que los que buscan hallarán, los que piden recibirán, y a los que tocan se les abrirá. Esto es más que les es dado a los hombres del mundo a fin de estimularles en su búsqueda de riquezas, conocimiento, o posición; y racionalmente no podemos demandar más que eso. El que lee y medita sobre la Palabra de Dios ordinariamente es regenerado por el Espíritu Santo, quizá en el mismo acto de leer. "Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso" (Hch. 10:44). Shakespeare pone en boca de uno de sus personajes: "No es culpa de nuestras estrellas, querido Bruto, sino nuestra, que somos subalternos" (Julio César, 1:2).

La inhabilidad del pecador para salvarse a sí mismo, por tanto, no debe hacerle menos diligente en buscar su salvación de la manera que Dios ha establecido. Algún leproso, cuando Cristo estaba en la tierra, hubiera podido razonar que como no podía curarse a sí mismo, simplemente debía esperar a que Cristo viniese y le sanase. Sin embargo, el efecto natural de la convicción de la total inhabilidad es el de impeler a la persona a buscar ayuda de la fuente de donde únicamente puede venir la ayuda. El hombre es una criatura caída, arruinada e impotente, y hasta que lo sepa seguirá viviendo sin esperanza y sin Dios en el mundo.

2. Resultados prácticos

La tendencia genuina de estas verdades no es la de hacer a los hombres indolentes y descuidados, sino la de impartir energía y estímulo a sus esfuerzos. Frecuentemente héroes y conquistadores, como César y Napoleón, se han sentido poseídos de un sentido de destino. Este sentido imparte aplomo, infunde nuevos bríos, e imprime la determinación invencible de llevar a cabo la labor hasta un fin exitoso. Metas grandes y difíciles pueden ser alcanzadas sólo por hombres que tienen confianza en sí mismos, y que no permiten que los obstáculos que encuentran los desanimen. "Una vez abrazada esta idea de destino", dice Mozley, "por ser el efecto natural de un sentido de poder, sirve para aumentar grandemente dicho sentido. Tan pronto la persona se considera haber sido predestinada para lograr algún gran fin, actúa con mucha más fuerza y constancia para lograrlo; no se siente dividida por dudas o debilitada por escrúpulos o temores; cree plenamente que sal-

drá triunfante, y esta convicción es la mayor ayuda al éxito. La idea de un destino en gran medida se realiza a sí misma... Cabe señalar que esto es cierto del hombre moral y espiritual tanto como del hombre natural, y se aplica a metas y propósitos religiosos tanto como a metas y propósitos que tienen que ver con la gloria humana".[4]

E. W. Smith en su pequeño pero valioso libro, *The Creed of the Presbyterians*, escribe: "El más confortante y ennoblecedor es también el más vigorizante de los credos. Que su sombría caricatura, la doctrina fatalista, haya inspirado en los corazones humanos una energía a la vez sublime y espantosa es un acontecimiento común de la historia. El empuje avasallador del mahometismo durante sus comienzos, mediante el cual logró establecerse en el oriente y mediante el cual casi conquistó el occidente, se debió a la convicción de sus seguidores que en sus conquistas no estaban sino cumpliendo los decretos de Alá. Lo que sostuvo a Atila el huno en su terrible y destructiva marcha fue su convicción de que él había sido destinado a ser el "Azote de Dios". La energía y audacia que permitió a Napoleón intentar y lograr aparentes imposibilidades fue alentada por la convicción secreta de que él era 'el hombre del destino'. El fatalismo ha dado origen a una raza de titanes, quienes han manifestado una energía sobrehumana, por considerarse a sí mismos instrumentos de un poder sobrehumano.

"Si la sombría caricatura de esta doctrina ha alentado tal energía, la doctrina misma debe inspirar una energía aun más sublime, ya que todo lo verdaderamente inspirador en ella se manifiesta con aún mayor fuerza cuando, en vez de un destino ciego o de una deidad fatalista, sustituimos un Dios sabio que ha decretado todas las cosas. Déjeme sentir que en todo deber a cumplir, que en toda reforma necesaria, no estoy sino cumpliendo el propósito eterno de Jehová; déjeme oír a mis espaldas, en toda batalla a favor del bien, el sonido de las Reservas Infinitas en marcha; y seré levantado más allá de todo temor al hombre o de la posibilidad del fracaso final" (pp. 180, 181).

En un periódico británico, "The Daily Express", del 18 de abril de 1929, aparece un artículo sobre Earl Haig, quien era Comandante en Jefe de los ejércitos británicos durante la Primera Guerra Mundial, y quien era además escocés presbiteriano calvinista. "El aspecto más extraordinario de la personalidad de Haig es que el reservado, frío y formal militar tenía una profunda fe, y en las más severas crisis de la guerra implícitamente creyó que su ayuda vendría de lo alto, y se consideró a sí mismo el escogido del Señor, el Cromwell que solo podría vencer al enemigo. El Sr. Haig estaba genuinamente convencido que la posición a la que había sido llamado era una que sólo él podía ocupar en el ejército británico. Y no era orgullo. No había nadie menos inclinado a sobreestimar su propio valor o capacidad; era la opi-

[4]*The Augustinian Doctrine of Predestination*, p. 41.

nión basada en el discernimiento de todos los factores. *Llegó a considerarse a sí mismo, con una fe casi calvinista, como el instrumento predestinado de la providencia para el logro de la victoria a favor de los ejércitos británicos. Su abundante confianza en sí mismo fue reforzada por esta concepción que tenía de sí como el hijo del destino*".

La tendencia genuina de estas verdades es, como hemos dicho anteriormente, no la de hacer a los hombres en indolentes y descuidados, ni el de adormecerlos en las faldas de la presunción y de la seguridad carnal, sino la de infundirles vigor e inspirar en ellos confianza. Tanto la razón como la experiencia nos enseñan que mientras mayor es la esperanza de éxito, más fuerte es el motivo para el esfuerzo. La persona que se siente segura en el uso de medios apropiados posee el mayor de los incentivos al esfuerzo; en cambio, donde hay poca esperanza habrá poca disposición para el esfuerzo; y donde no hay esperanza, no habrá esfuerzo alguno. Por tanto, el creyente, que posee los mandamientos de Dios y la promesa que la labor de los que obediente y reverentemente hacen uso de los medios apropiados serán bendecidos, tiene el mayor de los incentivos al esfuerzo. Además, el creyente es elevado e inspirado por la firme convicción de que él mismo está destinado a una corona celestial.

¿Quién enseñó la doctrina de la elección más claramente o en lenguaje más convincente que el apóstol Pablo? Y, sin embargo, ¿quién más celoso y más incansable en sus labores que Pablo? Su teoría le convirtió en misionero y le impulsó a proclamar el cristianismo como el credo final y triunfante. Cuán alentador debió haber sido para él en Corintio escuchar las palabras, "No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad" (Hch. 18:9, 10). ¿Y qué mayor incentivo al esfuerzo le hubiera podido ser dado éste, que su predicación habría de ser el medio divinamente establecido para la conversión de muchas de estas personas? Nótese que Dios no le dijo cuantas personas tenía en esa ciudad, ni quienes eran. El ministro del evangelio puede proseguir confiando del éxito, sabiendo que mediante este medio establecido Dios ha determinado salvar a un gran número de personas en toda época. De hecho, uno de los más grandes incentivos a las misiones es que el evangelismo es *la voluntad de Dios* para el mundo entero; y es sólo cuando se reconoce la soberanía de Dios en todas las esferas de la vida que se siente la más profunda pasión por la gloria divina.

La experiencia de la iglesia en todas las épocas ha sido que esta doctrina ha conducido a los hombres, no a la negligencia ni a una insensible indiferencia ni a una rebelde oposición a Dios, sino a la sumisión y a una firme confianza en el poder divino. La promesa hecha a Jacob que su posteridad habría de ser una gran nación en ninguna manera le impidió hacer uso de to-

dos los medios disponibles para su protección cuando parecía que Esaú habría de matarle a él y a su familia. Cuando Daniel entendió de las profecías de Jeremías que el tiempo para la restauración de Israel estaba por cumplirse, se dedicó a orar intensamente por ello (Dn. 9:3). Inmediatamente después que se le reveló a David que Dios establecería su casa, él oró intensamente por eso mismo (2 S. 7:27-29). Aunque Cristo sabía lo que había sido establecido para su pueblo, él oró intensamente por la preservación de éstos (Jn. cap. 17). Y aunque a Pablo se le reveló que habría de ir a Roma y allí dar testimonio, esto en ninguna manera sirvió para hacerle descuidado de su vida. Al contrario, tomó toda precaución para protejerse a sí mismo de un juicio injusto por parte de la turba de Jerusalén y contra un viaje importuno (Hch. 23:11; 25:10, 11; 27:9, 10). El decreto de Dios fue que todos los tripulantes del barco habían de salvarse, pero dicho decreto incluía la libre y valiente y capaz actividad por parte de los marineros. La libertad y la responsabilidad de los marineros no fueron aminoradas en lo más mínimo. El efecto práctico de esta doctrina ha sido, pues, el conducir a los hombres a frecuente y ferviente oración, sabiendo que sus tiempos están en las manos de Dios y que cada evento de sus vidas es ordenado por Dios.

Cabe señalar, además, que mientras el pecador permanezca ignorante de su condición perdida y sin esperanza, seguirá siendo negligente. Probablemente no haya un pecador descuidado en el mundo que no crea en su perfecta habilidad para tornarse a Dios cuando le plazca; y por razón de esta creencia aplaza su arrepentimiento hasta un tiempo más conveniente. Justamente en proporción a como aumente su creencia en su propia habilidad, así aumentará su negligencia, y quedando adormecido en el mismo precipicio de la destrucción eterna. Es sólo cuando el pecador siente su total incapacidad y dependencia de la gracia soberana que busca ayuda donde únicamente puede encontrarla.

Capítulo 19

Que la doctrina de la predestinación presenta a Dios como uno que hace acepción de personas, o como injustamente parcial

1. Todos los sistemas confrontan las mismas dificultades. 2. Dios no hace acepción de personas. 3. Dios evidentemente no trata a todos por igual; El da a unos lo que retiene de otros. 4. La parcialidad de Dios se explica en parte por el hecho de que él es soberano y sus dones son dones de gracia.

1. Todos los sistemas confrontan las mismas dificultades

Si todos los hombres están muertos en pecado y carecen del poder para restaurarse a sí mismos a vida espiritual, entonces surge la pregunta, ¿porqué ejerce Dios su poder para regenerar a unos mientras que a otros deja perecer? La justicia, se alega, demanda que todos tengan igual oportunidad; que todos tengan, sea por naturaleza o por gracia, poder para alcanzar su propia salvación. Cabe señalar, sin embargo, que objeciones como éstas no van dirigidas exclusivamente en contra del sistema calvinista. Los ateos las presentan contra el teísmo en general. Las preguntas que por lo general formulan son: Si Dios es infinito en poder y santidad, ¿porqué permite tanto pecado y miseria en el mundo? y ¿porqué se les permite a los impíos prosperar por tanto tiempo, mientras que los justos frecuentemente padecen pobreza y sufrimientos?

Los sistemas anticalvinistas, sin embargo, no pueden ofrecer soluciones verdaderas a estas dificultades. Si admitimos que la regeneración es obra del pecador mismo, y que cada persona posee suficiente habilidad y conocimiento para lograr su propia salvación, sigue siendo cierto que en el estado presente del mundo sólo comparativamente pocos son salvados, y que interviene a fin de impedir que la mayoría de las personas adultas perezcan en sus pecados. Los calvinistas no niegan estas dificultades; pero sostienen que dichos problemas no son problemas exclusivos de su sistema, y quedan satisfechos con la solución parcial que las Escrituras presentan. La Biblia enseña que el hombre fue creado santo; que deliberadamente desobedeció la ley divina y cayó en pecado; que como resultado de dicha caída los descendientes de Adán entran al mundo en un estado de muerte espiritual; que Dios jamás les obliga a pecar sino que, al contrario, ejerce influencias que debieran inducir a criaturas racionales a arrepentirse y a buscar su gracia santificadora; que todos los que sinceramente se arrepienten y buscan esta gracia son salvos; y que por el ejercicio de su infinito poder, vastas multitudes que de otro modo hubiesen continuado en su pecado son conducidos a la salvación.

2. Dios no hace acepción de personas

Uno que "hace acepción de personas", es uno que, actuando como juez, no trata a aquellos que vienen ante él conforme a su carácter, sino que niega a unos lo que justamente les pertenece y da a otros lo que no es justamente de ellos—es decir, es uno gobernado por el prejuicio y por motivos siniestros, y no por la justicia y la ley. Las Escrituras niegan que Dios haga acepción de personas en este sentido; y si la doctrina de la predestinación presenta a Dios actuando de ese modo, tendremos que admitir que Dios es injusto.

Las Escrituras enseñan que Dios no hace acepción de personas, porque él no escoje a uno y rechaza a otro en base a circunstancias externas como raza, nacionalidad, riquezas, poder, nobleza, etc. Pedro dice que Dios no hace acepción de personas ya que él no hace distinción entre judíos y gentiles. Su conclusión tras ser divinamente enviado a predicar al centurión romano, Cornelio, fue, "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia" (Hch. 10:34, 35). A través de toda su historia los judíos creyeron que como pueblo eran objetos exclusivos del favor de Dios. Una lectura cuidadosa de Hechos 10:1 a 11:18 revelará cuán revolucionaria era la idea de que el evangelio habría de ser predicado a los gentiles también.

Pablo, igualmente, dice, "Pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios" (Ro. 2:10, 11). Y, nuevamente, "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús". Luego añade que no son los que son judíos externamente, sino que los que son de Cristo son los que en el sentido más profundo son "linaje de Abraham", y "herederos según la promesa" (Gá. 3:28, 29). En Efesios 6:5-9 se ordena a los esclavos y amos a tratarse con justicia; porque Dios, quien es Amo de ambos, no hace acepción de personas; y Colosenses 3:25 incluye igualmente las relaciones entre padres e hijos y entre esposas y esposos. Santiago dice que Dios no hace acepción de personas porque no hace distinción entre rico y pobre, ni entre aquellos que usan vestiduras finas y los que se visten sencillamente (2:1-9). El término "persona" en estos versículos significa, no el hombre interior, o el alma, sino la apariencia externa, que tan frecuentemente influye tanto en nosotros. Por tanto, cuando las Escrituras afirman que Dios no hace acepción de personas, esto no significa que Dios trata a todos por igual, sino que la razón por la que él salva a uno y rechaza a otro no es porque uno sea judío y el otro gentil, o porque uno sea rico y el otro pobre, etc.

3. Dios evidentemente no trata a todos por igual; El da a unos lo que retiene de otros

Es un hecho obvio que en su gobierno providencial del mundo Dios no confiere los mismos o iguales favores a todas las personas. La disparidad es demasiado evidente para ser negada. Las Escrituras nos dicen, las experiencias de la vida cotidiana nos demuestran, que existe una gran variedad en la distribución de los favores divinos—y, justamente, ya que estos favores son por *gracia*, y no por deuda. En este punto el calvinista se basa en la realidad de los hechos que experimenta. El que los hombres en este mundo se encuentren desigualmente favorecidos, tanto en sus disposiciones internas como en sus circunstancias externas, es una realidad que ningún argumento puede refutar. Un niño nace con salud, honor, riqueza, de padres eminentemente buenos y sabios, que desde la infancia le crían en el conocimiento y temor del Señor, y le brindan toda oportunidad de conocer la verdad conforme a las Escrituras. Otro nace enfermizo, en deshonra, en pobreza, de padres disipados y depravados que rechazan y ridiculizan y menosprecian el cristianismo, y que toman medidas de que su hijo no vaya a venir bajo la influencia del evangelio. Unos nacen con corazones y conciencias sensitivas, que les permiten vivir vidas de inocencia y pureza; otros nacen con pasiones violentas, y aun con marcadas tendencias hacia el mal, aparentemente heredadas e incorregibles. Unos son felices, otros miserables. Unos nacen en tierras cristianas y civilizadas donde son educados y cuidados con esmero; otros nacen en las completas tinieblas del paganismo. Por lo general el niño rodeado de influencias cristianas llega a ser un cristiano piadoso y vive una

vida de gran servicio, mientras que el otro cuyo carácter el moldeado bajo la influencia de enseñanzas y ejemplos corruptos vive en impiedad y muere impenitente. Uno es salvado, otro perece. ¿Y osará alguien negar que las influencias conducivas a la salvación bajo las cuales viven algunos individuos son mucho más favorables que las que influyen sobre otros? ¿No debe admitir toda persona sincera que si los individuos habían cambiado de lugar, probablemente su carácter también hubiera cambiado?—que si el hijo de padres piadosos hubiera sido el hijo de impíos y hubiera vivido bajo las mismas influencias corruptas hubiera, con toda probabilidad, perecido en sus pecados? En su misteriosa providencia Dios ha colocado a personas bajo influencias muy distintas, debido a lo cual los resultados son muy distintos. El, por supuesto, vio de antemano los distintos resultados que surgirían antes de que las personas naciesen. Estos son hechos que nadie puede negar o explicar a su manera. Y si hemos de creer que el mundo es gobernado por un Ser personal e inteligente, debemos también creer que estas desigualdades no han surgido por casualidad o accidente, sino a propósito y con diseño, y que todo lo que acontece en la vida de cada individuo ha sido determinado por la soberana buena voluntad de Dios. "Aun los arminianos", dice N. L. Rice, "se ven obligados a reconocer que Dios hace grandes diferencias en sus tratos con la familia humana, no sólo en la distribución de bendiciones temporales, sino en la de dones espirituales también—una diferencia que les obliga, si han de ser consistentes, a sostener la doctrina de la elección. . . Si el concederle el evangelio y la influencia divina a unas personas no equivale a *una elección personal*, el no concederlo a unas personas ciertamente equivale por lo general a la reprobación".[1]

Los calvinistas presumen meramente que en la dispensación de su gracia Dios obra precisamente como obra al conferir otros favores. Si fuese injusto en principio el que Dios fuese parcial en la distribución de bienes espirituales, sería no menos injusto el que fuese parcial en su distribución de bienes temporales. La realidad es, sin embargo, que en el ejercicio de su soberanía absoluta él hace las más grandes distinciones entre los hombres desde el comienzo mismo de sus vidas, y que lo hace irrespectivamente de todo mérito personal tanto en la distribución de bienes temporales como en la de los medios esenciales a la salvación. De ahí que las Escrituras afirman que el Espíritu Santo reparte "a cada uno en particular como él quiere" (1 Co. 12:11); y en ninguna parte de las Escrituras se dice que Dios es imparcial en la comunicación de su gracia. Respecto a sus tratos con las naciones vemos que Dios ha favorecido a unas mucho más que a otras—por ejemplo, a Israel en tiempos pasados, y a Europa y las Américas en tiempos presentes, mientras que Africa y el Oriente han estado bajo las tinieblas y maldición de religio-

[1]*God Sovereign and Man Free*, pp. 136, 139.

nes falsas—un hecho que todos deben admitir.

Aunque los judíos eran un pueblo pequeño y desobediente, Dios les confirió favores que no confirió a las demás naciones del mundo. "A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra" (Am. 3:2). Y nuevamente, "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío. ¿O de qué aprovecha la circuncisión? *Mucho, en todas maneras*. Primero, ciertamente, que les ha sido confiada la palabra de Dios" (Ro. 3:1, 2). Estos favores no fueron conferidos por haber algo meritorio en los judíos mismos, ya que una y otra vez fueron reprendidos por ser "pueblo rebelde y duro de cerviz". Mateo 11:25 registra una oración donde el Señor dijo: "Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó". En estas palabras Cristo dio gracias al Padre por hacer aquello que los arminianos protestan como injusto y censuran como parcial.

Si se preguntase, ¿porque no otorga Dios las mismas o iguales bendiciones sobre todas las personas? sólo podemos contestar, que no nos ha sido completamente revelado. En la vida diaria vemos que él no trata a todos de igual manera. Por razones sabias conocidas únicamente por él, él ha dado a unos bendiciones que no merecían—constituyéndoles en deudores de su gracia—y ha retenido dones a otros, dones que no estaba en la obligación de conferir.

No hay, sin embargo, ni un solo miembro de esta raza caída que no sea tratado por su Hacedor *mejor de lo que merece*. Y como la gracia es favor mostrado al que no la merece, Dios tiene el derecho soberano de conferir más gracia a una persona que a otra. "La concesión de la gracia común a los no elegidos", dice W. G. T. Shedd, "demuestra que la no elección no excluye a los no elegidos del reino de los cielos por eficiencia divina, ya que la gracia común no es sólo *una invitación* a creer y a arrepentirse, sino *una ayuda* real a ello, una ayuda que es anulada únicamente por la obstinada resistencia del no elegido, y no por algo en la naturaleza de la gracia común, o por algún acto preventivo por parte de Dios. La falta o el fallo de la gracia común para salvar al pecador se debe al pecador únicamente; y él no tiene derecho alguno de utilizar una falta propia como razón por la cual tiene derecho a la gracia especial de Dios".[2]

Si se objetara que Dios debe dar a cada hombre una oportunidad de ser salvo, respondemos que el llamamiento externo da a cada persona que lo escucha una oportunidad de ser salva. El mensaje es: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". Estas palabras brindan a cada persona la oportunidad de ser salvas; y nada fuera de la propia naturaleza de la persona le impide creer. Shedd ha expresado esta idea muy bien en las siguientes palabras: "El

[2]*Calvinism, Pure and Mixed*, p. 59.

mendigo que desdeñosamente rechaza cinco dólares que le ofrece un hombre benevolente, no puede acusar a dicho hombre de ser tacaño por no darle diez dólares después de haber rechazado los cinco. El pecador que protesta que Dios le ha pasado por alto en la concesión de gracia regeneradora tras haber abusado de la gracia común, virtualmente está diciendo al Alto y Sublime que habita la eternidad, 'Has tratado de convertirme del pecado una vez; trata nuevamente, pero con mayor tenacidad' ".[3]

Un argumento fuerte contra la objeción arminiana de que esta doctrina hace a Dios injustamente parcial radica en el hecho de que aunque Dios ha manifestado su gracia salvadora a hombres caídos, no ha provisto para la redención del diablo y los ángeles caídos. Si es consistente con la infinita bondad y justicia de Dios haber pasado por alto a todos los ángeles caídos, dejándoles sufrir las consecuencias de su pecado, entonces ciertamente es consistente con su bondad y justicia haber pasado por alto a algunos de la raza caída de los hombres dejándoles en su pecado. Cuando el arminiano admite que Cristo no murió por los ángeles caídos o demonios sino únicamente por hombres caídos, está admitiendo la expiación limitada y en principio está haciendo la misma clase de distinción que hace el calvinista quien dice que Cristo murió únicamente por los elegidos.

Los hombres, con su conocimiento limitado y a menudo equivocado, no tienen el derecho de censurar a Dios por la distribución que hace de su gracia. Tan irrazonable sería acusar a Dios de injusticia por no haber creado a todas sus criaturas con naturaleza angélica, y por no haberles preservado en santidad como hizo con los ángeles en el cielo (como muy bien hubiera podido hacer), como acusarle de injusticia por no haber redimido a toda la humanidad. Tan difícil es entender por qué Dios deja a algunos perecer eternamente, como entender porqué salva a unos y a otros no. Obviamente él no impide la perdición de aquellos que, sin lugar a duda, tiene el poder de salvar. Y si los que creen en la providencia de Dios dicen que él tiene razones sabias al permitir que tantos de nuestra raza perezcan, los que abogan por su soberanía puede decir que él tiene razones sabias al salvar a unos y a otros no. Y tan razonable sería argüir que como Dios castiga a unos, debiera, por tanto castigarlos a todos; pero nadie llega a ese extremo.

Admitimos que desde nuestro punto de vista humano parecería más razonable y más consistente con el carácter de Dios que al pecado y a la miseria nunca se les hubiera permitido entrar al universo; o, una vez entrados, que se hubiera provisto para su erradicación total del universo, a fin de que todas las criaturas racionales fuesen perfectamente santas y felices por la eternidad. Pero la verdad es que no habría fin a tales planes si cada persona tuviera la libertad de formar un plan de operaciones divinas conforme a sus

[3] *Ibid.*, p. 51.

propias ideas de lo que sería mejor y más sabio. Estamos confinados a los hechos según aparecen en la Biblia, en las operaciones providenciales a nuestro alrededor, y en nuestras propias experiencias religiosas; y únicamente el sistema calvinista queda satisfecho con estas realidades.

4. La parcialidad de Dios se explica en parte por el hecho de que él es soberano y sus dones son dones de gracia

No se puede decir que Dios actúa injustamente con aquellos que no están incluidos en este plan de salvación. Los que presentan esta objeción no toman en consideración el hecho que Dios está tratando no meramente con criaturas sino con criaturas pecadoras que han perdido todo derecho a la misericordia divina. Agustín dijo: "La condenación del impío es asunto de deuda, justicia, y justo merecido mientras que la gracia conferida a los que son salvados es gratuita e inmerecida, de modo que el pecador condenado no puede alegar que no es merecedor de su castigo ni el creyente jactarse ni vanagloriarse como si fuese merecedor de su recompensa. Por tanto, en el curso de este procedimiento, no hay acepción de personas. Los condenados y los elegidos constituyeron originalmente una misma masa, todos igualmente infectados por el pecado y merecedores de la retribución divina. Los elegidos, por consiguiente, pueden aprender de la condenación de los demás que ese hubiera sido su propio castigo de no haber obrado la gracia de Dios a su favor". Y Calvino dice al mismo efecto, "El Señor puede otorgar su gracia a quien quiera, porque él es misericordioso y, sin embargo, puede no darla a todos porque él es juez justo; puede manifestar su gracia dando a unos lo que nunca merecen o manifestar el demérito de todos no extendiendo su gracia a todos".

"Parcialidad", en el sentido en que los objetores comúnmente usan la palabra, es imposible en la esfera de la gracia. La parcialidad puede existir solamente en la esfera de la justicia, donde las personas concernidas poseen ciertos *derechos*. Podemos dar a un mendigo y a otro no, ya que no *debemos* nada a ninguno. La parábola de los talentos fue pronunciada por nuestro Señor para ilustrar la doctrina de la soberanía divina en la concesión de dones *inmerecidos*; y la regeneración del alma es uno de los más grandes de esos dones.

La enseñanza principal de la parábola de los obreros en la viña es que Dios es soberano en la dispensación de sus dones. Tanto al salvo como al no salvo, él puede decir, "Amigo, no te hago agravio. . . ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?" (Mt. 20:13-15). A Moisés le fue dicho, "Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca"; y Pablo añade, "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios

que tiene misericordia... De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece" (Ro. 9:15-18). A unos extiende su misericordia, a otros inflige su justicia, y será glorificado por todos. Así como un hombre puede dar limosna a unos y a otros no, de igual manera Dios puede dar su gracia, que es limosna celestial, a quien desee. La gracia, por su misma naturaleza, es gratuita; y la misma desigualdad en su distribución demuestra que es verdaderamente gratuita. Si alguien tuviera el derecho a reclamarla, cesaría de ser gracia y sería deuda. Si se despoja a Dios de su soberanía en este respecto, entonces la salvación viene a ser asunto de deuda para cada persona.

Si diez hombres deben cada uno mil dólares a un acreedor y el acreedor por razones personales perdona la deuda a siete pero no a los otros tres, estos últimos no tienen base para quejarse. Si tres criminales son sentenciados a la horca por haber cometido un asesinato y luego dos de ellos son perdonados—quizá por haberse hallado que rindieron un distinguido servicio a su país en tiempo de guerra—¿acaso hace esto injusta la ejecución del tercero? Por supuesto que no; ya que en su caso no hay causa que intervenga para librarle del castigo por su crímen. Y si a un príncipe terrenal le es permitido proceder de dicha manera, ¿no podrá el Señor soberano actuar de la misma manera con sus rebeldes súbditos? Cuando toda la humanidad era merecedora del castigo, ¿cómo vamos a acusar a Dios de injusticia por haber castigado a sólo parte de ella?—y, cabe señalar, a una parte comparativamente pequeña.

Warburton presenta una excelente ilustración aquí. El supone un caso en el que una dama va a un hogar de niños huérfanos y de entre los cientos de niños allí, escoge a uno, lo adopta como suyo propio y deja a los demás. "Había podido escoger también a otros, ya que poseía los medios; pero escogió a uno solo. ¿Dirá usted que la mujer es injusta, o parcial, o mala quizá, por haber escogido en el ejercicio de su indiscutible derecho y privilegio a ese niño únicamente, para que disfrutase de las comodidades de su hogar y para que fuese el heredero de sus posesiones, dejando a todos los demás, posiblemente a perecer en necesidad, o a hundirse en la miserable condición de niño de la calle?... ¿Ha oído usted alguna vez a alguien acusar de injusticia o de maldad a alguna persona que ha procedido de esta manera? ¿No se consideran, más bien, encomiables dichas acciones, y al hablar de ellas hablan en los más altos términos del amor, la piedad y la compasión de las personas que así proceden? Ahora, ¿porqué lo hacen? ¿Porqué no objetan que fue injusto escoger a uno en particular, y no a otros, o a todos?... La razón es ésta—porque los hombres saben—como nosotros también sabemos—*que todos esos niños estaban en exactamente la misma condición y que ni uno de ellos tenía el más mínimo derecho, o el más mínimo vestigio de derecho sobre la persona cuya voluntad y placer fue*

adoptar a uno como suyo propio... ¿Ve usted, o puede usted ver alguna diferencia entre este acto de Dios y el de mi vecina? Los niños en el hogar de huérfanos no tenían derecho alguno sobre mi vecina. Ni tampoco tenían derecho alguno sobre Dios los hombres caídos, y la elección de Dios, justamente por ser libre e inmerecida, fue justa y correcta. Y esta libre e inmerecida elección de antemano por parte de Dios a la luz de la ruina que el hombre trajo sobre sí mismo, es todo lo que la doctrina calvinista de la predestinación significa".

Dado que los méritos del sacrificio de Cristo fueron de infinito valor, el plan que primeramente surge en nuestra mente es que Dios debiera haber salvado a todos. Dios, sin embargo, escogió manifestar eternamente su justicia así como su misericordia. Si todos hubieran sido salvos no se hubiera visto lo que el pecado merecía; y si ninguna persona hubiera sido salva, no se hubiera mostrado lo que la gracia podía conferir. Además, el hecho que la salvación fue provista, no para todos, sino sólo para algunos, hace que sea más apreciada por aquellos a quienes es dada. Con todo, fue mejor para el universo en general que a unos se les permitiera seguir sus propios caminos y así demostrar cuán horrenda es la oposición a Dios.

Pero alguien puede preguntar, ¿Y qué del hombre no regenerado, el que no ha sido escogido, que ha sido dejado en pecado, sujeto al castigo eterno, incapaz aun de ver el reino de Dios? Respondemos, volvamos a la doctrina del pecado original—en Adán, quien fue designado la cabeza federal y el representante de todos sus descendientes de lograr la salvación, pero la perdió. La justificación de la elección de unos y el pasar por alto a otros se halla en el hecho de que "todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". Sin lugar a duda existen las mejores razones para escoger a unos y pasar por alto a otros, pero esas razones no nos han sido reveladas. Sabemos, sin embargo, que ninguno de los perdidos sufre ningún castigo inmerecido. Los perdidos disfrutan en este mundo de las cosas buenas de la providencia al igual que los hijos de Dios, y a menudo a mayor grado aún que éstos. La conciencia y la experiencia testifican que somos miembros de una raza apóstata, y cada hombre que no alcanza la vida eterna sabe que la responsabilidad descansa primordialmente sobre él mismo. Además, si todos los hombres se encuentran en su actual condición de perdición y ruina debido a la operación de principios justos por parte de Dios (¿y quién dirá que no lo son?), entonces pueden justamente ser dejados para sufrir el castigo merecido. Es absurdo decir por un lado que los pecadores merecen la miseria eterna pero por otro que sería injusto que sufrieran; ya que esto equivaldría a decir que la inflicción de un castigo merecido es injusta. Podríamos añadir además que el hombre en su condición caída siente deseo alguno por la salvación, y que de la masa corrupta de hombres Dios "de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece". Esta es la enseñanza

uniforme de las Escrituras. El que niega esto niega el cristianismo y pone en tela de juicio el gobierno del mundo por parte de Dios.

Cabe señalar que todos somos parciales. Tratamos a los miembros de nuestra propia familia o a nuestros amigos con gran parcialidad, aunque sepamos que no merecen más, o quizá que merecen menos que lo que merecen muchos otros de nuestros conocidos. No sigue que si concedemos favores a unos, estamos obligados a conceder los mismos o iguales favores a todos. El arminiano, sin embargo, prescribe como regla para el Altísimo que su gracia se debe extender a todos por igual, como si se tratase del tesoro público. "Si un amigo terrenal", dice Toplady, "me regalara diez mil dólares, ¿no sería irrazonable, ingrato y presuntuoso de mi parte, rehusar el regalo, regañar al dador, por no haber conferido el mismo regalo a mi vecino?"

Por tanto, a la objeción de que la doctrina de la predestinación presenta a Dios como "parcial", contestamos, Es cierto. Pero afirmamos que no lo presenta como *injustamente* parcial.

Capítulo 20

Que la doctrina de la predestinación es desfavorable a la buena moralidad

1. Los medios tanto como los fines están preordinados.
2. Amor y gratitud a Dios por lo que ha hecho a favor nuestro es la más fuerte y única base permanente para la moralidad.
3. Los frutos prácticos del calvinismo en la historia son su mejor vindicación.

1. Los medios tanto como los fines están preordinados

A menudo se oye la objeción que este sistema estimula a los hombres a ser descuidados e indiferentes en su conducta moral y en su crecimiento en la gracia, debido a que su bienaventuranza eterna ya está asegurada. Esta objeción va dirigida principalmente en contra de las doctrinas de la elección y de la perseverancia de los creyentes.

Esta objeción, sin embargo, al igual que la que dice que este sistema sirve de obstáculo al esfuerzo humano, queda completamete refutada por el gran principio que sostenemos y enseñamos, es decir, que tanto los medios como los fines están preordinados. El decreto de Dios de que la tierra sea fructífera no excluye sino que incluye la luz del sol, las lluvias, el cultivo por parte del labrador, etc. Si Dios ha preordinado que un hombre coseche maíz también ha preordinado que primero labre, siembre, cultive y haga todo lo necesario a fin de lograr la cosecha. Así como el propósito de construir incluye la labranza de la piedra, el cortar la madera, y la preparación de todos los materiales que serán usados en la construcción de la estructura; y así como la declaración de guerra implica armas, municiones, navíos, y otro equipo

necesario; así la elección de algunos al disfrute eterno del cielo incluye su *elección a santidad aquí en la tierra.* No es el individuo *como tal*, quien es predestinado a vida eterna, sino el individuo *santo y virtuoso.*

Pablo enseñó en los más claros términos que el propósito mismo de la elección fue a fin de que "fuésemos santos y sin mancha delante de él" (Ef. 1:4); que somos predestinados para que seamos "hechos conformes a la imágen de su Hijo" (Ro. 8:29); y que Dios nos escogió "desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad" (2 Ts. 2:13). "Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna" (Hch. 13:48). Los predestinados, los llamados, los justificados, los glorificados son siempre las mismas personas (Ro. 8:29, 30). Por tanto, el propósito de Dios conforme a la elección permanecerá (Ro. 9:11).

La posición calvinista sobre este tema aparece muy bien presentada en la Confesión de Westminster, donde leemos: "Así como Dios ha ordenado a los elegidos a gloria, también ha preordinado todos los medios que han de conducir a éstos a dicha gloria por el eterno y libre propósito de su voluntad. Por lo cual, los elegidos, habiendo caído en Adán, son redimidos por Cristo, llamados eficazmente a la fe en Cristo por su Espíritu, quien obra a su debido tiempo; justificados, adoptados, santificados y guardados por su poder mediante la fe para salvación" (III:6).

"Dios decretó que quince años fuesen añadidos a la vida de Ezequías; esto no hizo a Ezequías ni descuidado de su salud ni negligente de su alimentación; él no dijo, 'Aunque me lance al fuego, o a las aguas, o tome veneno, de todos modos viviré quince años más'; sino que la providencia natural en el uso debido de medios obró conjuntamente a fin de llevarle al período de tiempo preordinado por Dios".[1] Como todos los eventos están más o menos íntimamente relacionados, y como Dios obra usando medios, si Dios no determinase los medios al igual que los eventos, no habría certeza respecto a los eventos mismos. En la redención del hombre Dios decretó no sólo la obra de Cristo y del Espíritu Santo, sino también la fe, el arrepentimiento y la perseverancia de sus escogidos.

Cuando esta misma doctrina fue predicada por Pablo en otra ocasión y esta misma objeción fue aducida en su contra—es decir, que "la fe invalidó la ley", o, en otras palabras, ya que como somos salvos por fe, no necesitamos guardar la ley moral—su enfática respuesta fue, "En ninguna manera, sino que confirmamos la ley" (Ro. 3:31). Como podemos ver hay una invariable conexión establecida entre la salvación eterna como fin y la fe y santidad como medios que conducen a dicho fin.

El creyente ideal, por supuesto, no cometería pecado alguno. El creyente aunque salvo, lo es para que haga buenas obras, y es ordenado a no dar "a

[1]Ness, *Antidote Against Arminianism*, p. 41.

nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado" (2 Co. 6:3). Las Escrituras no conocen ninguna perseverancia que no sea una perseverancia en santidad, ni ofrecen un sentido de seguridad que no esté unido a una presente y creciente santidad. La virtud y la piedad son, por tanto, los efectos y no las causas de la elección, a la cual no se le puede asignar ninguna causa excepto la voluntad buena y soberana de Dios. Es cierto que algunos avanzan mucho más en santidad que otros y continúan en ese estado por un período mucho más largo que otros; sin embargo, uno que no participa de cierto grado de santidad en este mundo en vano espera disfrutar de felicidad en el mundo venidero. A todos aquellos a quienes Dios ha escogido para ser perfectamente felices en la eternidad, también ha escogido para ser en parte felices en este mundo; y como la santidad es esencial a la felicidad de una criatura inteligente, por tanto, en este mundo comienza en ellas aquella santidad sin la cual nadie verá al Señor.

2. Amor y gratitud a Dios por lo que ha hecho a favor nuestro es la más fuerte y única base permanente para la moralidad

Aquellos que presentan la objeción que estamos considerando ahora dan por sentado que los creyentes—aquellos que mediante el poder omnipotente de Dios han sido conducidos de muerte a vida, de pecado a santidad; quienes han contemplado parcialmente el amor y la gloria de Dios revelado en Cristo—son incapaces de ser influidos por motivos que no sean aquellos que surgen a consecuencia de un interés egoísta por su propia seguridad y felicidad. Y efectivamente, como dice Cunningham, ellos hacen la confesión, "primero, que toda decencia externa que su conducta exhiba al presente se debe exclusivamente al temor al castigo; y, segundo, que si sólo estuviesen exentos del castigo, encontrarían mucha mayor satisfacción sirviendo al diablo que a Dios; y que jamás se les ocurriría demostrar gratitud alguna a Aquél que les confirió la seguridad y liberación sobre la cual tanta confianza depositan".[2]

El contraste entre la base de moralidad calvinista y la base de moralidad arminiana es presentado claramente en el siguiente párrafo de McFetridge: "Las dos grandes fuentes que mueven a los hombres son, por un lado, la *convicción* y la *idea*, por el otro, la *emoción* y el *sentimiento*; y el carácter moral de cada persona será moldeado a medida que éstos controlen. El hombre guiado por convicción e ideas es el hombre de estabilidad; él no puede ser cambiado a menos que su conciencia sea cambiada primero; el hombre guiado por emoción y sentimiento, en cambio, es un hombre inestable. El arminianismo apela principalmente a los sentimientos; sostiene que el hombre posee absoluto control moral de sí mismo, y que es capaz en todo

[2]*Historical Theology*, II, p. 279.

momento de determinar su estado eterno, por lo que naturalmente busca sobre todas las cosas incitar las emociones. Todo lo que lícitamente despierta los sentidos lo considera útil. El arminiano es, pues, hablando religiosamente, un hombre de los sentidos, del sentimiento, y por eso se inclina hacia todas aquellas cosas que apelan al ojo y satisfacen al oído. Su moralidad, por tanto, como depende principalmente de las emociones, es, por consiguiente, propensa a frecuentes fluctuaciones, subiendo o bajando con la ola de sensación sobre la cual anda. El calvinismo, en cambio, es un sistema que apela a la idea más que al sentimiento, a la conciencia más que a la emoción. Para el calvinista todas las cosas se encuentran bajo un perfecto y gran sistema de leyes divinas, que operan en desafío de los sentimientos, y que deben obedecerse a costo del alma misma.... Su pensamiento no es *sentimiento*, sino *convicción*...El calvinismo hace que la voz de Dios, hablando al alma, sea la guía de la conducta. Busca *convencer* a los hombres y no llenarlos con una sensación pasajera. Por tanto, para el calvinista *un profundo sentido del deber* es la cosa más grande en su vida moral. Su primera y última pregunta es, *¿Es correcto?* Y de eso tiene que convencerse primero. Por ende, para él la *conciencia* tiene el primer lugar en todo asunto práctico... En la concepción calvinista Dios ha trazado el camino en que el hombre ha de caminar—un camino que El no cambiará; y se requiere del hombre que camine en él, gozosa o afligidamente, con el sentimiento que deseé, sea mucho o poco. El calvinista no es, por tanto, desde el punto de vista religioso, un hombre de expresión, sino más bien un hombre de reflexión; de modo que su moralidad, sea lo que fuere en otros aspectos, se caracteriza por estabilidad y fortaleza, la cual puede a veces convertirse en testarudez y severidad".[3]

Nuestro amor a Dios sería cuando mucho sólo un amor tibio, si creyésemos que su amor y favor hacia nosotros dependiera solamente de nuestra buena conducta. Su amor hacia nosotros es como un inmenso *sol*, que ha brillado sin principio y continuará brillando sin fin, mientras que nuestro amor hacia él es cuando mucho sólo como una pequeña llama. Por consiguiente, tenemos la certeza de que Dios jamás permitirá que los objetos de su amor se pierdan. El amor basado en intereses personales no es moral en el más alto sentido; el calvinismo, sin embargo, es el único sistema de fe que presenta un motivo puramente desinteresado, es decir, el reconocimiento de que es sólo la libre gracia y el inmerecido amor de Dios, aparte de todo mérito humano, lo que salva a los hombres. Cuando el creyente recuerda que fue salvado sólo mediante el sufrimiento y muerte de Cristo su substituto, el amor y la gratitud llenan su corazón; y, como Pablo, considera que lo menos que puede ofrecer a Cristo en cambio es su vida entera en amoroso servicio. Contemplándose salvo únicamente por gracia, el creyente aprende a amar a Dios por lo que Dios es, y el servirle con todo el corazón se torna en el gozo de su vida. La obediencia viene a ser no sólo el bien obligatorio sino el bien preferido.

[3]*Calvinism in History*, pp. 107, 108.

El motivo que mueve a los santos en la tierra es el mismo en principio, aunque no tan intenso, que el que mueve a los santos en la gloria, cuya constante delicia es llevar a cabo las más nobles de las acciones y servicios, a saber, alabar a Dios y cumplir su voluntad esmeradamente sin interrupciones ni derrotas. "Teniendo siempre un intenso sentido extático de su bondad para con ellos, los santos en gloria ejercitan sus mentes perfectamente puras en adscripciones de alabanza y gloria a él por haberles librado de la ruina merecida, y haberles conducido a las benditas mansiones donde se encuentran colmados de reposo, felicidad, complacencia y gloria completamente inmerecidos".[4]

Amor puro y gratitud pura a Dios, y no temor egoísta, son el incentivo de obediencia aceptable, y es de estos elementos únicamente que procederá la elevada y pura moralidad. Jesús no temía que un sentido de seguridad eterna condujera a sus discípulos al libertinaje, ya que les dijo, "regocijáos de que vuestros nombres están escritos en los cielos". Los elegidos, por tanto, poseen la mayor de las razones para amar y glorificar a Dios, y es pura calumnia decir que la doctrina de la predestinación es propicia al libertinaje y que es desfavorable a la moralidad.

3. Los frutos prácticos del calvinismo en la historia son su mejor vindicación

El calvinismo responde a la acusación de que es desfavorable a la moralidad, no meramente confrontando la razón con la razón, sino presentando hechos bien conocidos que desmienten las falsas acusaciones. El calvinismo sencillamente pregunta, ¿Qué frutos rivales pueden otros sistemas presentar en oposición a aquellos exhibidos por los líderes protestantes del período de la Reforma y a la elevada moralidad de los puritanos? Lutero, Calvino, Zwinglio y sus ayudantes inmediatos eran todos "calvinistas" cabales, y el más grande avivamiento espiritual de todos los tiempos surgió bajo su influencia. Aquellos en Inglaterra que sostuvieron este sistema de fe fueron tan estrictos en lo concerniente a la pureza de doctrina, la pureza en la adoración, y la pureza en la vida diaria, que sus mismos enemigos quienes, por consiguiente, eran sus mejores testigos, les denominaron "puritanos". Los puritanos en Inglaterra, los "covenanters" en Escocia, y los hugonotes en Francia eran hombres de la misma fe religiosa y de las mismas cualidades morales. Que el sistema de Calvino haya producido precisamente el mismo

[4]Walmsley, S. G. U. pamfleto Num. 173, p. 67.

tipo de hombres en cada uno de estos países es prueba de su poder en la formación del carácter.

Respecto a los puritanos en este país dice McFetridge: "De entre toda la gente en las colonias americanas, ellos (los puritanos, calvinistas de Nueva Inglaterra) eran moralmente sin par. Fueron hombres y mujeres de *conciencia*, de *convicciones inquebrantables*. Ciertamente no fueron personas dadas al sentimentalismo. Con observancias religiosas meramente espectaculares no simpatizaron. Para ellos la vida era una experiencia demasiado noble y seria y solemne como para malgastarse en manifestaciones piadosas y en rapsodias emocionales. Creían con toda el alma en un Dios justo, un cielo y un infierno. Sentían, en lo más profundo de su corazón, que la vida era corta y sus responsabilidades grandes. Su religión fue, por consiguiente, su vida misma. Y todos sus pensamientos y relaciones estuvieron saturados de ella. No sólo los hombres, sino también las bestias sintieron sus favorables influencias. Crueldad a los animales era una ofensa civil. En este respecto estaban dos siglos adelantados a la mayor parte de la humanidad. Por ser tan industriosos, frugales y emprendedores, la afluencia siguió en su camino y descendió a sus hijos y a los hijos de sus hijos. La embriaguez, la profanidad y mendicidad fueron poco conocidos entre ellos. No necesitaron candados ni protección contra ladrones para guardar las posesiones que habían adquirido honestamente. Donde la honestidad era la regla de vida, la simple cerradura de madera fue suficiente protección. Como resultado, sus vidas fueron saludables y vigorosas. Vivían vidas largas y felices, criaban familias grandes y devotas, y descendían a sus sepulturas 'como la gavilla de trigo que se recoge a su tiempo', en paz con Dios y sus semejantes, regocijándose en la esperanza de una bendita resurrección".[5]

Debemos recordar, además, como diadema sobre la frente de la moralidad calvinista, que en toda la historia de los puritanos se dice que no hubo *ni un caso de divorcio*. ¡Cuán grande la necesidad de una influencia como ésta hoy día! La desobediencia a la ley en general fue un fenómeno casi desconocido entre los puritanos, si es que en realidad hubo alguna. Si entonces el calvinismo fue desfavorable a la moralidad, como se alega, sería verdaderamente una extraña coincidencia que donde ha existido más calvinismo haya habido la más baja incidencia de crímen. "Este es el problema", dice Froude, "Las uvas no crecen en zarzas. Naturalezas ilustres no se forman sobre teorías intolerantes y crueles. La vida espiritual está llena de aparentes paradojas. . . . El efecto práctico de una creencia es la verdadera prueba de su solidez. Donde encontramos la vida heróica como fruto uniforme de una opinión particular, es pueril alegar contra los hechos que el resultado debiera haber sido distinto".[6]

[5]*Calvinism in History*, p. 128.
[6]*Calvinism*, p. 8.

"No hay sistema", dice Enrique Ward Beecher, "que iguale al calvinismo en intensificar hasta lo sumo ideas de excelencia moral y pureza de carácter. Nunca hubo sistema desde que el mundo existe que presenta al hombre tales motivos a la santidad, o que produce tan inmensos recursos para hacerle frente a las fuerzas del pecado. Se nos dice que el calvinismo moldea a los hombres con martillo y cincel. Y *así es*; y el resultado es mármol monumental. Otros sistemas dejan a los hombres blandos y sucios; el calvinismo los hace de mármol blanco, a fin de que permanezcan para siempre".[7]

En vez de ser un sistema que conduce a la inmoralidad y a la desesperanza, el calvinismo ha resultado ser todo lo opuesto en la vida diaria. No hay otro sistema que ha despertado en las gentes ideales de libertad religiosa y civil, no que ha conducido a tan elevados ideales de moralidad y esfuerzo en todas las fases de la vida humana. Donde la fe reformada se ha establecido, ha hecho al país retoñar como la rosa, aun a países pobres como Holanda, o Escocia, o Nueva Inglaterra. Esto ha sido admitido por Macauley y muchos otros, y ciertamente es un pensamiento muy reconfortante.

[7]Citado por McFetridge, *Calvinism in History*, p. 121.

Capítulo 21

Que la doctrina de la predestinación imposibilita la oferta sincera del evangelio a los no elegidos

1. La misma objeción pesa contra la presciencia de Dios. 2. La oferta es hecha sinceramente.

1. La misma objeción pesa contra la presciencia de Dios

Aunque el evangelio es ofrecido a muchos que no lo aceptarán y que por razones subjetivas no pueden aceptarlo, ello es, no obstante, ofrecido sinceramente a todos. La objeción que a veces presentan los arminianos en el sentido de que si la doctrina de la predestinación es cierta el evangelio no puede ser ofrecido sinceramente a los no elegidos, queda suficientemente refutada por el hecho de que esta objeción pesa de igual manera contra la doctrina de la presciencia de Dios. Podríamos preguntar, ¿Cómo puede la oferta de salvación ser hecha sinceramente a aquellos que Dios conoce de antemano que la menospreciarán y rechazarán, especialmente cuando su culpa y condenación sólo aumentarán al proceder de esta manera? Los arminianos admiten que Dios conoce de antemano quien aceptará y quien rechazará el mensaje; sin embargo, saben que están bajo mandato divino de predicar a todos los hombres, y no sienten por eso que estén actuando con insinceridad al hacerlo.

La dificultad en ambos casos es, sin embargo, puramente subjetiva y surge debido a nuestro conocimiento limitado y a nuestra incapacidad en comprender los caminos de Dios que son inescrutables. Sabemos que el Juez

de toda la tierra hará lo que es justo y confiamos en él aun cuando nuestra débil razón no logra entender sus caminos. Sabemos que Dios ha provisto abundantemente para todo el que venga, y que todo el que sinceramente acepta será salvo. De labios de Cristo mismo tenemos una parábola que ilustra el amor de Dios para con sus hijos. El padre vio al pródigo cuando aún estaba muy lejos, y corrió, y le abrazó y le besó. La bienvenida dada a este pródigo, Dios está dispuesto a dar a cualquier pródigo.

2. La oferta es hecha sinceramente

Dios mandó a Moisés reunir a los ancianos de Israel, ir a Faraón y demandar que se les permitiese ir camino de tres días hacia el desierto para celebrar una fiesta y ofrecer sacrificios. En el versículo que sigue inmediatamente, sin embargo, Dios mismo dice, "Mas yo sé que el rey de Egipto no os dejará ir sino por mano fuerte" (Ex. 3:18, 19). Si no es inconsistente con la sinceridad de Dios ordenar a todos los hombres a amarle o a ser perfectos (Lc. 10:27; Mt. 5:48), tampoco es inconsistente con su sinceridad ordenarles que se arrepienten y crean el evangelio. Un hombre puede ser totalmente sincero al extender una invitación que sabe no será aceptada. Un padre que sabe que sus hijos van a obrar indebidamente se siente constreñido a enseñarles lo que es correcto. Sus advertencias y ruegos son sinceros; el problema está en los hijos.

¿Sostendrá alguien que Dios no puede ofrecer la salvación sinceramente a una persona moralmente libre a menos que en adición a la invitación ejerza una influencia especial que induciere a la persona a aceptarla? Después de una guerra civil en un país, a menudo sucede que el general del ejército vencedor extiende el perdón a sus opositores, siempre y cuando éstos últimos estén dispuestos a abandonar sus armas, retornar a sus hogares, y vivir pacíficamente, aunque sabe que por orgullo o por mala voluntad muchos rehusarán. El general hace la oferta de buena fe, aunque por razones sabias determina no forzar el asentimiento de los opositores, suponiendo que posea dicho poder.

Imaginémonos el caso de un barco con muchos pasajeros a bordo que se hunde a cierta distancia de la costa. Un hombre alquila una lancha de un puerto cercano y sale a rescatar a sus familiares. Sucede que la lancha que utiliza es lo suficientemente grande como para acomodar a todos los pasajeros; así que invita a todos los de la embarcación accidentada a entrar en su lancha. El sabe, sin embargo, que muchos, ya sea porque no se han percatado del peligro que corren, o por mala voluntad hacia él, o por otras razones, no aceptarán. ¿Hace eso, acaso, su oferta menos sincera? "Si los familiares de cierto hombre y otras personas más se encontrasen presos, y por amor a sus familiares y con el propósito de redimirles, el hombre ofreciera

un rescate suficiente para lograr la liberación de todos los cautivos, es claro que todos podrían salir en base al rescate, aunque sabemos que el rescate fue ofrecido especialmente para sólo parte del grupo. O puede que un hombre haga una fiesta para sus propios amigos y resulte que las provisiones sean tan abundantes que decida abrir sus puertas a todos los que deseen venir. Esto es precisamente lo que Dios, conforme a la doctrina calvinista, ha hecho. Debido a un amor especial para con sus escogidos, y con el fin de asegurar la salvación de éstos, él ha enviado a su Hijo para hacer lo que justifica la oferta de salvación a todos los que deciden aceptarla".[1]

Cuando el evangelio es presentado a la humanidad en general, nada excepto una pecaminosa renuencia por parte de algunos impide que sea aceptado y disfrutado. No hay obstáculo alguno en el camino. Todo lo que el llamado contiene es verdadero; se adapta a las condiciones de todos los hombres y es ofrecido gratuitamente si se arrepienten y creen. Ninguna influencia externa les constriñe a rechazarlo. Los elegidos aceptan; los no elegidos pueden aceptar si desean, y nada fuera de su propia naturaleza les hace actuar de manera distinta. "De acuerdo al esquema calvinista", dice el Dr. Hodge, "los no elegidos poseen todas las ventajas y oportunidades de lograr su salvación, que, conforme a cualquier otro esquema, son concedidas a la humanidad indiscriminadamente. El calvinismo enseña que un plan de salvación adaptado a todos los hombres y adecuado para la salvación de todos, es gratuitamente ofrecido a todos, aunque el propósito secreto de Dios fue que tuviera precisamente el efecto que en la experiencia vemos que tiene. Su propósito al adoptar este plan fue salvar a sus escogidos, pero consistentemente ofrece los beneficios a todos los que están dispuestos a recibirlos. Ningún anticalvinista puede demandar más que esto".[2]

Los arminianos objetan que Dios no puede ofrecer el evangelio a aquellos que en su consejo secreto no fueron destinados para aceptarlo; sin embargo, encontramos que las Escrituras enseñan que Dios hace esto mismo. Ya hemos aludido a sus órdenes a Faraón. Isaías fue llamado a predicar a los judíos, y en 1:18, 19 vemos que extendió la oferta gratuita de perdón y limpieza. Pero en 6:9-13, inmediatamente después de su gloriosa visión y llamamiento oficial como profeta, se le informa que esta predicación está destinada a endurecer a sus conciudadanos hasta ser destruidos casi totalmente. Ezequiel fue enviado a predicar a la casa de Israel, pero le fue dicho de antemano que no le escucharían (Ez. 3:4-11). Mateo 23:33-37 presenta la misma enseñanza. Estos pasajes enseñan que Dios hace aquello que los arminianos dicen que no debe hacer. Por tanto, la objeción ahora bajo consideración ha surgido no debido a una enseñanza calvinista errónea del plan

[1]Hodge, *Systematic Theology*, II, p. 556.
[2]*Ibid.*, II, p. 644.

divino, sino debido a premisas equivocadas de los mismos arminianos.

El decreto de elección es un decreto secreto. Y como al predicador no se le ha revelado quienes de entre sus oyentes son elegidos y quienes no lo son, no le es posible presentar el evangelio a los elegidos únicamente. Es su deber mirar con esperanza a aquellos a quienes predica y orar por ellos con la esperanza de que cada uno sea elegido. A fin de ofrecer su mensaje a los elegidos, tiene que ofrecerlo a todos; y el mandamiento de la Escritura es claro al efecto de que debe ser ofrecido a todos. Aun los elegidos tienen que escuchar antes de que puedan creer y aceptar (Ro. 10:13-17). El lector atento, sin embargo, podrá percibir que las invitaciones no son generales, sino que van dirigidas a los "fatigados", a los "sedientos", a "los que tienen hambre", a los que "quieran", a los que están "trabajados y cargados", y no a los que están inconscientes de toda necesidad y que están renuentes a ser reformados. Aunque el mensaje es predicado a todos, es Dios quien escoge de entre los oyentes aquellos a quienes está hablando, y les hace conocer esta elección mediante el testimonio interno del Espíritu Santo. Los elegidos, por tanto, reciben el mensaje como la promesa de salvación, pero a los no elegidos les parece necedad, o si su consciencia es despertada, como un juicio a condenación. Por lo general, a los no elegidos no les preocupa la salvación ni envidian la esperanza de salvación de los elegidos, sino más bien se burlan y sienten desdén hacia éstos. Y dado que es un secreto quienes de entre el auditorio son escogidos, el predicador no sabe quién recibió el mensaje para salvación y quién para condenación. Dado que entre los elegidos mismos existen tantas debilidades, y que el maligno es tan diestro en disfrazarse como ángel de luz y presentar una exhibición externa de buenas obras y palabras, el predicador no puede estar seguro del resultado. El resultado de la predicación, sin embargo, no está en manos del predicador, sino en manos de Dios; y frecuentemente sucede que los sermones que parecieron infructuosos fueron fortalecidos y hechos eficaces por el Espíritu Santo.

Aunque es cierto que los no elegidos no se tornarán a Dios ni se arrepentirán de sus pecados ni vivirán vidas morales, no obstante es su deber hacerlo. Aunque miembros de una raza caída, los no elegidos son seres morales libres, responsables de su carácter y conducta. Dios es, por tanto, perfectamente consecuente al mandarles que se arrepientan. Para Dios el no proceder de dicha manera equivaldría a un repudio de las demandas de su ley. Comunmente escuchamos la idea de que el hombre no está en la obligación de hacer nada para lo cual no tiene completa y perfecta habilidad en sí mismo. Este razonamiento, sin embargo, es falso; ya que la incapacidad del hombre es una adquirida por sí mismo. El hombre fue creado justo y se hundió voluntariamente en el pecado. Por tanto, él es tan responsable como el que a fin de evadir el servicio militar se mutila deliberadamente una mano o un ojo. Si la incapacidad cancelaría la obligación, entonces Satanás con su

depravación inherente no tendría obligación alguna de hacer el bien, y su perversa enemistad con Dios y los hombres no sería pecado. En tal caso los pecadores en general estarían por encima de la ley moral.

En conclusión podemos decir además que aun en relación a los no elegidos la predicación no es enteramente en vano; ya que así éstos son hechos los objetos de influencias restrictivas y reguladoras que les impiden pecar tanto como lo harían de no haber escuchado el mensaje predicado.

Capítulo 22

Que la doctrina de la predestinación contradice los pasajes universalistas de las Escrituras

1. Los términos "querer" y "todos". 2. El evangelio es igualmente para judíos y gentiles. 3. El término "mundo" tiene varios significados. 4. Consideraciones generales.

1. Los terminos "desear", "querer", y "todos"

Puede surgir la pregunta, ¿No queda refutada totalmente la doctrina de la predestinación por aquellos pasajes de las Escrituras que enseñan que Cristo murió por "todos los hombres", o por "todo el mundo", y que Dios quiere que todos sean salvos? En 1 Timoteo 2:3, 4, Pablo se refiere a "Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad". (Y la palabra "todos", nos informan dogmáticamente nuestros opositores, significa todo ser humano). En Ezequiel 33:11 leemos, "Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva"; y en 2 Pedro 3:9 leemos "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento".

Estos versículos enseñan simplemente que Dios es benevolente, y que no se deleita en los sufrimientos de sus criaturas más de lo que un padre humano se deleita en el castigo que a veces tiene que infligir a su hijo. Dios no ordena decretivamente la salvación de todos los hombres, no importa cuanto la desee; y si algún versículo enseñara que él ha decretado o se ha propuesto

salvar a todos los hombres, estaría contradiciendo las otras partes de las Escrituras que enseñan que Dios gobierna soberanamente y que es su propósito dejar a algunos para ser castigados.

La palabra "querer" es usada de distintas maneras en las Escrituras y aun en nuestra conversación diaria. A veces se usa en el sentido de "decreto", o "propósito", y a veces en el sentido de "deseo", o "anhelo". Un juez justo no quiere (desea) que ninguna persona sea condenada a la horca o sentenciada a prisión, sin embargo a la misma vez quiere (pronuncia sentencia, o decreta) que la persona culpable sea así castigada. Del mismo modo y debido a razones suficientes una persona puede querer o decidir que se le remueva uno de sus brazos, o que se le saque uno de sus ojos, aun cuando ciertamente no lo desea. Las palabras griegas *thelo* y *boulomai*, las cuales algunas veces son traducidas por el verbo "querer" son también usadas en el sentido de "desear", o "anhelar"; p.ej., Jesús dijo a la madre de Santiago y Juan "¿Qué *quieres*" (Mt. 20:21); de los escribas se dice que "*gustan* de andar con ropas largas" (Lc. 20:46); unos escribas y fariseos dijeron a Jesús, "Maestro, *deseamos* ver de ti señal" (Mt. 12:38); Pablo dijo, "*prefiero* hablar cinco palabras con entendimiento para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua desconocida" (1 Co. 14:19).

También la palabra "todos" es usada de diversas maneras en las Escrituras. En algunos casos obviamente no significa cada individuo; p.ej., de Juan el Bautista se dice, "y salían de él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados" (Mr. 1:5). Después que Pedro y Juan habían sanado al paralítico a la puerta del templo, leemos que "Todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho" (Hch. 4:21). Jesús dijo a sus discípulos que serían "aborrecidos de todos" por causa de su nombre (Lc. 21:17). Pablo fue acusado "de enseñar por todas partes a todos contra el pueblo, la ley y este lugar" (el templo) (Hch. 21:28). Cuando Jesús dijo, "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32), obviamente no se refería a cada individuo de la humanidad, ya que la historia demuestra que no todas las personas han sido atraídas a él. Ciertamente él no atrae a los millones de paganos que mueren en completa ignorancia del Dios verdadero. Lo que él quiso decir fue que un gran número de todas las naciones y clases serían salvos; y esto es precisamente lo que vemos suceder. En Hebreos 2:9, leemos que Jesús gustó la muerte "por todos". El original griego no usa la palabra "hombre", sino que sencillamente dice, "por todos". Así que en principio, si no hemos de limitar el significado a los que son actualmente salvos, ¿por qué limitarlo a los hombres? ¿Por qué no incluir a los ángeles caídos, o aun al diablo mismo, y a los animales irracionales?

1 Corintios 15:22 es quizá el versículo más utilizado por los arminianos para refutar el calvinismo. El versículo dice, "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados". Este versículo, cabe señalar, es totalmente inaplicable. El versículo es parte del famoso capítulo de Pablo sobre la resurrección, y el contexto deja claro que él no está hablando de la vida en este mundo, sea física o espiritual, sino de la vida de la resurrección. Los versículos 20 y 21 dicen: "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre también por un hombre la resurrección de los muertos". Y sigue el versículo 22, "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados"; y que se refiere no a una regeneración o a una vivificación en este mundo presente sino a la nueva vida impartida en la resurrección es claro por lo que sigue inmediatamente en los versículos 23 y 24: "Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre", etc. Cristo es el primero en entrar a la vida de resurrección, y, *luego en su venida*, sus escogidos la experimentarán. Luego el fin, esto es, el fin del mundo, y la venida del reino celestial en su plenitud; y lo que Pablo enseña es que en ese tiempo la gloriosa vida de resurrección será una realidad *para todos los que están en Cristo*. Esto es posible porque Cristo es la cabeza federal y representativa de los escogidos. Mediante su poder todos que pertenecen a Cristo serán levantados a la nueva vida con él. Y este punto queda ilustrado por el hecho claro de que la raza cayó en Adán, quien era cabeza federal y representativa de la raza. Lo que Pablo en efecto dice es: "Porque así como todos los nacidos en Adán mueren, también todos los nacidos en Cristo serán vivificados". El versículo 22, por tanto, se refiere no a algo pasado, ni algo presente, sino a algo futuro; y es totalmente inaplicable a la controversia entre arminianos y calvinistas.

No fue la humanidad en su totalidad la que fue amada de Dios y redimida por Cristo. El himno de alabanza de Juan, "Al que *nos* amó, y *nos* lavó de nuestros pecados con su sangre, y *nos* hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre" (Ap. 1:5), procede evidentemente sobre la hipótesis de una elección definida y una expiación limitada a favor de unos escogidos ya que el amor de Dios fue la causa y la sangre de Cristo el medio eficaz de la redención de éstos. La afirmación de que Cristo murió por "todos" se clarifica aún más en el cántico que los redimidos ahora cantan ante el trono del Cordero: "Porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de *todo linaje y lengua y pueblo y nación*" (Ap. 5:9). Es fácil ver que la palabra "todos" aquí significa todos los elegidos, toda su iglesia, todos los que el Padre ha dado al Hijo, etc., y no todos los hombres universalmente y cada hombre individualmente. Las huestes de los redimidos estarán compuestas de personas de todas las clases y condiciones de vida, de príncipes y campesinos, de ricos y pobres, de esclavos y libres, de varones y hembras,

de jóvenes y ancianos, de judíos y gentiles, hombres de todas las naciones, y razas, de norte a sur, y de este a oeste.

2. El evangelio es igualmente para judíos y gentiles

En algunos casos la palabra "todos" se usa a fin de enseñar que el evangelio es tanto para los gentiles como para los judíos. A través de los siglos de su historia los judíos habían sido, con pocas excepciones, los recipientes exclusivos de la gracia salvadora de Dios. Como pueblo escogido habían abusado grandemente de sus privilegios. Suponían que la misma distinción sería mantenida en la era mesiánica, y siempre estaban inclinados a apropiarse al Mesías exclusivamente para ellos. Tan rígido era el exclusivismo farisaico que los gentiles eran llamados extranjeros, perros, comunes, inmundos; y no le era permitido a un judío tener comunión y tener tratos con un gentil (Jn. 4:9; Hch. 10:28; 11:3).

La salvación de los gentiles fue un misterio que no había sido dado a conocer en épocas pasadas (Ef. 3:4-6; Col. 1:27). Fue por esta razón que Pedro fue censurado por la iglesia en Jerusalén después de predicar el evangelio a Cornelio, y es como si casi pudiéramos escuchar el suspiro de sorpresa en la exclamación de los líderes cuando, tras la defensa de Pedro, dijeron: "De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida" (Hch. 11:18). Para entender cuán revolucionaria era esta idea, léase Hechos 10:1—11:18. Por consiguiente, esta era una verdad que entonces era particularmente necesaria enfatizarse, y que fue enseñada en los más claros y firmes términos. Pablo había de ser testigo "a *todos* los hombres", es decir, a judíos y a gentiles, de lo que había visto y oído (Hch. 22:15). Usada en este sentido la palabra "todos" no se refiere a individuos, sino a la humanidad en general.

3. El término "mundo" tiene varios significados

Cuando se nos dice que Cristo murió "no solamente por nuestros pecados, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn. 2:2), o que vino a "salvar al mundo" (Jn. 12:47), el significado es que no meramente judíos sino que también gentiles están incluidos en su obra salvadora; el mundo como mundo o la raza como raza ha de ser redimida. Cuando Juan el Bautista dijo: "¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!", no estaba pronunciando un discurso teológico a los creyentes, sino predicando a pecadores; y no hubiera sido natural en aquel momento discutir la expiación limitada o cualquier otra doctrina que hubiera sido entendida solo por creyentes. Se nos dice que Juan el Bautista "vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él" (Jn. 1:7). Pero decir que el ministerio de Juan daba una oportunidad *a cada ser humano* para ejercer fe en Cristo sería irrazonable. Juan nunca predicó a los gentiles. Su misión fue a fin de que Cristo "fuese manifestado a Israel" (Jn. 1:31); y en la naturaleza del caso sólo un número limitado de judíos podía venir a oírle.

Algunas veces el término "mundo" (a veces "tierra") es usado cuando se hace alusión a una gran parte del mundo, como cuando se dice que el diablo es "el engañador de toda la tierra" o que "toda la tierra" se maravilló en pos de la bestia (Ap. 13:3). Si en 1 Juan 5:19, "Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno", el autor estuviera refiriéndose a cada individuo de la humanidad, entonces él mismo y aquellos a quienes escribía también estaban bajo el maligno, y se hubiera contradicho al decir que ellos eran de Dios. Algunas veces este término significa sólo una parte relativamente pequeña del mundo, como cuando Pablo escribió a la nueva iglesia cristiana en Roma que la fe de ellos "se divulgaba por todo el mundo" (Ro. 1:8). Nadie que no hubiese sido creyente hubiera alabado a los romanos por su fe en Cristo, y de hecho el mundo en general ni siquiera sabía que dicha iglesia existía en Roma. Por tanto, Pablo sólo se refería al mundo creyente o a la iglesia cristiana, que no era sino una parte comparativamente insignificante del mundo real. Poco antes del nacimiento de Jesús, "se promulgó un edicto de parte de Augusto César, *que todo el mundo* fuese empadronado"... "e iban todos para ser empadronados" (Lc. 2:1, 3); sin embargo, sabemos que el escritor tenía en mente sólo aquella parte del mundo comparativamente pequeña controlada por Roma. Cuando se nos dice que en el día de Pentecostés, "moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo" (Hch. 2:5), se alude sólo a aquellas naciones inmediatamente conocidas a los judíos, ya que los versículos 9-11 enumeran aquellos representados. Pablo dice que el evangelio "se predica en toda la creación que está debajo del cielo" (Col. 1:23). La diosa Diana de los efesios se dice haber sido venerada "por toda Asia, y el mundo entero" (Hch. 19:27). Se nos dice que el hambre que vino sobre Egipto en tiempos de José vino "sobre toda la tierra", y que "de toda la tierra venían a Egipto para comprar de José" (Gn. 41:57).

En nuestra conversación diaria a menudo hablamos del mundo de los negocios, del mundo educacional, del mundo de la política, etc., pero no queremos decir que cada persona del mundo es un negociante, o que es educada, o que es un político. Cuando decimos que cierta compañía de automóviles vende automóviles a todo el mundo, no queremos decir que actualmente vende a cada individuo, sino que vende a cualquiera que esté dispuesto a pagar el precio del automóvil. Podemos decir de un maestro de literatura en una ciudad que enseña a todo el mundo—no que todo el mundo estudia con él, sino que todos los que estudian estudian bajo él. La Biblia está escrita en el lenguaje corriente de las personas y debe entenderse de esa manera.

Versículos como Juan 3:16, "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", dan prueba abundante de que la redención que los judíos pensaban monopolizar es universal en cuanto a espacio. De tal manera amó Dios al *mundo*, no a una pequeña porción del mundo, sino al mundo en su totalidad, que dio a su Hijo unigénito para su redención. No sólo la extensión, sino la intensidad del amor de Dios es claramente presentada mediante el pequeño adverbio "tal"—de *tal* manera amó Dios al mundo, a pesar de su iniquidad, que dio a su Hijo unigénito a morir por él. Pero, ¿donde está la prueba tan alardeada de su universalidad en cuanto a individuos? Este versículo es a veces forzado a tal extremo que Dios es presentado como demasiado amoroso como para castigar a alguna persona, y tan lleno de misericordia que no puede tratar a los hombres conforme a normas de justicia fijas a pesar de lo que los hombres merecen. El lector cuidadoso, al comparar este versículo con otras partes de las Escrituras, se percatará de que hay que poner alguna restricción a la palabra "mundo". Un escritor se ha preguntado, "¿Amó Dios a Faraón? (Ro. 9:17). ¿Amó a los amalecitas? (Ex. 17:14). ¿Amó a los cananeos, quienes debían ser exterminados sin misericordia? (Dt. 20:16). ¿Amó a los amonitas y moabitas quienes no debían ser recibidos en la congregación? (Dt. 23:3). ¿Ama a los hacedores de iniquidad? (Sal. 5:5). ¿Ama a los vasos de ira preparados para destrucción, a quienes soporta con mucha paciencia? (Ro. 9:22). ¿Amó a Esaú? (Ro. 9:13)"

4. Consideraciones generales

Ni la invitación profética, "A todos los sedientos: Venid a las aguas" (Is. 55:1), y otras referencias al mismo efecto, contradicen esta posición; ya que la mayor parte de la humanidad no está *sedienta* sino *muerta*—muerta en pecado, esclava perdida y voluntaria de Satanás, e incapaz de sentir hambre o sed de justicia. La invitación gratuita de venir a Cristo es rechazada, no porque haya algo fuera de las personas que les impide venir, sino porque hasta que nazcan de nuevo por gracia mediante la agencia del Espíritu Santo no tienen ni la voluntad ni el deseo de aceptar la invitación. Es Dios quien imparte la voluntad y crea el deseo en los que han sido predestinados a vida (Ro. 11:7, 8; 9:18). El que quiera, puede venir; pero una persona que está totalmente sumida en el paganismo, por ejemplo, no tiene la oportunidad de oír la oferta de salvación y, por tanto, no puede venir. "La fe es por el oír"; y donde no hay fe no puede haber salvación. Ni tampoco puede venir la persona que ha oído el evangelio pero que aún es gobernada por principios y deseos que le hacen odiarlo. Tal persona es esclava del pecado y actúa conforme a su naturaleza. El que quiera puede escapar de un edificio en llamas siempre y cuando las escaleras puedan ser utilizadas: pero el que está

dormido, o el que no cree que el incendio es lo suficientemente peligroso como para huir, no tiene la voluntad y, por consiguiente, perece en las llamas. Clark dice "Los arminianos no se cansan de citar la frase 'el que quiera, que venga' o 'todo aquel que cree', dando a entender que la fe y la decisión son obras solamente del hombre y, por tanto, contradice la elección soberana. Cabe señalar, sin embargo, que aunque las afirmaciones bíblicas que citan los arminianos son ciertas, éstas no tocan el punto en cuestión. El punto vital yace muchísimo más profundo; es decir, ¿cómo *llega* una persona a querer? Si una persona quiere, ciertamente puede escoger; pero la naturaleza pecaminosa opuesta a Dios *tiene que ser cambiada* por la palabra de Dios, por la gracia de Dios, por el Espíritu de Dios, o por intervención soberana a fin de que pueda querer".[1]

Si las palabras de 2 Timoteo 2:4, que dicen que Dios "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad", fuesen entendidas en el sentido arminiano, entonces tendríamos que suponer o que Dios está frustrado en sus deseos o que todos los hombres sin excepción se salvarán. La doctrina que le atribuye frustración a la Deidad, sin embargo, contradice aquellos pasajes que enseñan la soberanía de Dios. La voluntad de Dios en este respecto ha sido la misma a través de los siglos. Si él hubiese querido que los gentiles fuesen salvos, ¿por qué, entonces, limitó el conocimiento del camino de la salvación a los estrechos límites de Judea? Ciertamente nadie negará que tan fácil le hubiera sido hacerle llegar el evangelio a los gentiles como a los judíos. Donde él no ha provisto los medios, podemos estar seguros que no ha determinado los fines. Vale la pena citar la respuesta de Agustín a aquellos que presentaban esta objeción en su día: "Cuando el Señor lamenta que quiso juntar a los hijos de Jerusalén como la gallina junta a los polluelos bajo sus alas, pero ellos no quisieron, ¿hemos de concluir que la voluntad de Dios fue vencida por un número de hombres débiles de modo que el Dios Todopoderoso no pudo lograr lo que quiso o se propuso hacer? Si así fuese, ¿qué diríamos entonces de aquella omnipotencia mediante la cual hizo todo lo que quiso en el cielo y en la tierra? Además, ¿quién sería tan necio como para decir que Dios no puede convertir las voluntades perversas de los hombres *qué* él desee, *cuándo* lo desee y *cómo* lo desee? Ahora bien, cuando hace esto, lo hace debido a su *misericordia*; y cuando no lo hace, en *juicio* no lo hace". Una mejor interpretación de versículos como 1 Timoteo 2:4 es la que los interpreta como no refiriéndose a hombres individualmente sino como enseñando la verdad general de que Dios es benevolente y que no se deleita en el sufrimiento y la muerte de sus criaturas. Podemos añadir además, que si fuésemos a interpretar los pasajes universalistas en un sentido evangélico y a aplicarlos tan ampliamente como

[1] *Syllabus of Systematic Theology*, p. 208.

lo hacen los arminianos, entonces dichos pasajes habrían de enseñar la salvación universal—una enseñanza que es contradicha por las Escrituras y que de hecho no es sostenida ni aun por los mismos arminianos.

Como dijéramos en el capítulo sobre la Expiación Limitada, hay un sentido en que Cristo murió por la humanidad en general. No hay ninguna distinción en cuanto a edad o país, carácter o condición. La raza cayó en Adán y la raza en un sentido colectivo es redimida en Cristo. La obra de Cristo impidió la ejecución inmediata del castigo por el pecado en su relación con la raza entera. Además, su obra trae muchas bendiciones temporales y físicas a la humanidad en general, y pone el fundamento para la oferta del evangelio a todo el que lo escucha. Estos resultados de su obra se aplican a toda la humanidad. Sin embargo, esto no significa que él murió por todos igualmente y con el mismo propósito.

Es verdad que algunos versículos leídos aisladamente parecen enseñar la posición arminiana. Pero si ese fuese el caso la Biblia quedaría reducida a una masa de contradicciones; porque hay otros versículos que enseñan la predestinación, la inhabilidad, la elección, la perseverancia, etc., y que de ninguna manera legítima pueden ser interpretados en armonía con el arminianismo. La única manera de determinar el significado del escritor sagrado en dichos casos es mediante la analogía de la Escritura. Dado que la Biblia es la Palabra de Dios, ella es intrínsecamente consecuente. Por consiguiente, si encontramos un pasaje que aisladamente puede interpretarse de dos maneras, una de las cuales que armoniza con el resto de las Escrituras mientras que la otra no armoniza, estamos obligados a aceptar la primera. Es un principio reconocido de interpretación que los pasajes más oscuros han de ser interpretados a la luz de pasajes más claros, y no *vice versa*. Hemos demostrado que la evidencia presentada en defensa del arminianismo, la cual de primera instancia aparenta poseer cierta credibilidad, puede interpretarse legítimamente de manera que armonice con el calvinismo. En vista de los muchos pasajes calvinistas y la ausencia de pasajes genuinamente arminianos, afirmamos sin vacilación que el sistema calvinista es el verdadero.

Este es el verdadero universalismo de las Escrituras—la cristianización universal del mundo y la completa derrota de las huestes espirituales de la maldad. Esto, por supuesto, no significa que cada individuo será salvo, ya que sin lugar a duda muchos se pierden. Así como en la salvación del individuo se pierde mucho del servicio a Cristo que sería posible dar y se cometen muchos pecados, lo mismo sucede en la salvación del mundo. Un número considerable se pierde; el proceso de salvación, sin embargo, finalizará en un gran triunfo, y nuestros ojos contemplarán "el glorioso espectáculo de un mundo redimido". Las palabras del Dr. Warfield son muy apropiadas aquí: "La raza humana alcanzará el fin para lo cual fue creada, y el pecado no logrará arrebatarla de las manos de Dios; el propósito original de

Dios se cumplirá; y a través de Cristo, la raza del hombre, aunque caída en pecado, será ganada para Dios y cumplirá su destino original".[2]

Así que mientras el arminianismo nos ofrece un universalismo espúreo, que es, cuando mucho, un universalismo de *oportunidad*, el calvinismo nos ofrece el verdadero universalismo en la *salvación de la raza*. Y sólo el calvinista, con su énfasis en las doctrinas de la elección soberana y la gracia eficaz, puede mirar confiadamente hacia el futuro con la esperanza de ver un mundo redimido.

[2]*The Plan of Salvation*, p. 131.

SECCION IV

Capítulo 23

Salvación por gracia

1. El pecador es merecedor del castigo eterno. 2. Dios puede conferir o retener su gracia según le place. 3. El hombre no puede ganar la salvación. 4. Enseñanza de las Escrituras. 5. Observaciones adicionales.

1. El pecador es merecedor del castigo eterno

La Biblia enseña que la salvación de los pecadores es sólo por gracia. Efesios 1:7-10 declara que el propósito principal de Dios en la obra de redención era el de exhibir la gloria de su gracia de modo que a través de los siglos las criaturas inteligentes la admiren según se manifiesta por su inmerecido amor e infinita bondad para con criaturas culpables, viles, y destituidas de poder para alcanzar la salvación por sí mismas. A través de toda la Escritura los seres humanos son presentados como sumidos en un estado de pecado y miseria del cual son totalmente incapaces de librarse por sí mismos. Sin embargo, aunque merecedores de la ira y de la condenación divina, Dios determinó en su gracia proveerles la redención al enviar a su Hijo, el cual asumió la naturaleza y culpa de éstos, obedeció y sufrió vicariamente, y Dios envió, además, al Espíritu Santo quien aplica la redención comprada por el Hijo. En base al mismo principio de representación en virtud del cual nos es imputado el pecado de Adán, es decir que quedamos enteramente responsables del mismo y por lo cual sufrimos sus consecuencias, nuestro pecado es imputado a Cristo y la justicia de Cristo es imputada a nosotros. Esto lo expresa concisa y claramente el Catecismo Menor cuando dice: "La justificación es un acto libre de la gracia divina, en virtud de la cual Dios perdona todos nuestros pecados, y nos acepta como justos mediante la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida por fe". Contestación a la pregunta 33.

Cabe señalar aquí que es menester tener siempre en mente la distinción entre los dos pactos: el de obras, bajo el cual Cristo fue enviado como Redentor. Como dijimos en otra parte, el sistema arminiano no distingue en principio entre el pacto de obras y el pacto de gracia excepto, quizá, en el sentido de que Dios ahora ofrece la salvación a términos más bajos y que en vez de demandar perfecta obediencia acepta sólo aquella fe y obediencia que el pecador incapacitado pueda rendir. En ese sistema el peso de la obediencia recae sobre el hombre mismo y su salvación depende en primera instancia de sus propias obras.

La palabra "gracia" significa el inmerecido amor o favor de Dios para con los pecadores, lo que implica que la gracia es algo conferido aparte de mérito alguno en el hombre; el introducir obras o mérito en cualquier parte de este esquema vicia su naturaleza y frustra su propósito. La gracia, por ser gracia, no es otorgada en base a méritos, sino que, como su mismo nombre denota, es necesariamente gratuita. El hombre, por ser esclavo del pecado, no puede ostentar mérito alguno; lo que merece, en realidad, es el castigo, no dones o favores. Cualquier bien que el hombre posea, lo debe a Dios; y lo que los hombres no poseen, pues, por supuesto, Dios no lo ha dado. La gracia, por ser conferida sin consideración a méritos anteriores es por tanto soberana y es dada sólo a aquellos a quienes Dios ha seleccionado para recibirla. Esta soberanía de la gracia, y no que haya sido prevista o que el pecador haya intentado prepararse para recibirla, coloca a los hombres bajo el control absoluto de Dios y convierte la salvación en una obra que depende absolutamente de la infinita misericordia divina. Es únicamente en base a dicha soberanía de la gracia que Dios elige o rechaza al humano.

Debido a su absoluta perfección moral Dios demanda completa pureza y perfecta obediencia de parte de sus criaturas inteligentes; y es en perfecta justicia de Cristo imputada a los redimidos donde Dios ha provisto dicha perfección. Por tanto, cuando Dios contempla a los redimidos, les ve cubiertos con la blanca túnica de la justicia de Cristo, y no con una propia. Las Escrituras enseñan claramente que Cristo sufrió como substituto, "el justo por los injustos"; y cuando se le anima al hombre pensar que su salvación se debe a algún poder u obra propia, y no de la gracia divina únicamente, Dios queda despojado de parte de Su gloria. Ningunas buenas obras en esta vida podrán jamás considerarse un equivalente justo de las bendiciones de la vida eterna. Benjamín Franklin, aunque no era calvinista, expresó esta misma idea al escribir: "Aquel que, al dar un vaso de agua a una persona sedienta, espere ser recompensado con una hermosa hacienda, puede considerársele modesto en su petición, comparado con el que piensa que es merecedor del reino de los cielos por el poco bien que hace aquí en la tierra". En realidad, no somos sino *meros recibidores*; jamás traemos una

recompensa adecuada a Dios, sino que constantemente recibimos bienes de él; y así será por toda la eternidad.

2. Dios puede conferir o retener su gracia según le place

Dado que Dios ha provisto esta redención o expiación a su propio costo, él tiene el derecho de escoger a quienes desee salvar mediante la misma. No hay nada que la doctrina bíblica de la redención enfatiza más que su carácter absolutamente gratuito. Los vasos de misericordia, al ser separados de la masa original, no en base a obras personales, sino únicamente en virtud de la gracia de Dios, pueden ver cuán grande es el don que se les ha conferido. En el futuro se descubrirá que muchos de los que heredan las bendiciones celestiales fueron pecadores mucho peores en este mundo que muchos de los que se pierden eternamente.

La doctrina de la predestinación echa abajo todo pensamiento de justicia propia que pudiera detraer de la gloria de Dios. Además, enseña al creyente que sólo puede estar eternamente agradecido de que Dios le salvó *a él*. En otras palabras, en el sistema calvinista no hay lugar para la jactancia, y el honor y la gloria que pertenecen únicamente a Dios son preservados. "El mayor de los santos", dice Zanchius, "no puede gloriarse sobre el más vil de los pecadores, sino que es conducido a dar toda la gloria por su salvación, tanto del pecado como del infierno, a la buena voluntad y el propósito soberano de Dios, quien en su gracia fue el que estableció una diferencia entre él y el mundo que yace en maldad".[1]

3. El hombre no puede ganar la salvación

Los seres humanos por naturaleza sienten que deben *ganar* su salvación, y el sistema que apela de alguna forma a dicha tendencia tiene mucha atracción para ellos. Pero Pablo destruye dicha idea cuando dice: "Porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley" (Gá. 3:31); y Jesús dijo a sus discípulos, "cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: 'Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos" (Lc. 17:10).

Toda nuestra justicia, dice Isaías, es como un vestido inmundo—o, citando la versión de Reina Valera, como trapo de inmundicia—a los ojos de Dios (64:6). Cuando Isaías escribió, "A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche" (55:1), él invitó a los pobres, a los hambrientos, a los sedientos, a que vinieran y tomaran posesión y disfrutaran de la provisión, libre de costo alguno, como si tuvieran derecho a ello. Y com-

[1] *Predestinación*, p. 140.

prar sin dinero significa que los bienes ya han sido producidos y provistos a expensas de otro. Mientras más avanzamos en la vida cristiana, menos inclinados nos sentimos a atribuirnos méritos a nosotros mismos, y más dispuestos a dar gracias a Dios por todo. El creyente no sólo mira hacia adelante a la vida eterna, sino también hacia atrás, hacia la eternidad antes de la fundación del mundo, y encuentra en el propósito eterno del amor divino el origen y el ancla firme de su salvación.

Si la salvación es por gracia, como las Escrituras tan claramente enseñan, entonces no puede ser por obras, sean estas actuales o previstas. Cabe señalar que en el acto de creer no hay mérito alguno ya que la fe misma es don de Dios. Dios obra en el corazón de sus escogidos mediante el Espíritu Santo a fin de que éstos crean, y la fe es sólo el acto de recibir el don conferido. La fe es meramente la causa instrumental y no la causa meritoria de la salvación. Lo que Dios ama en nosotros no es nuestros propios méritos sino el don que él mismo nos ha conferido, porque su inmerecida gracia precede a nuestras obras meritorias. Dios no confiere su gracia meramente cuando oramos por ella, sino que la gracia misma nos mueve a orar a Dios por su continuación y aumento.

El libro de Hechos revela que la incepción misma de la fe es obra de la gracia divina (18:27); que solo aquellos que estaban ordenados para vida eterna creyeron (13:48); y que es la prerrogativa de Dios abrir el corazón para que preste atención al evangelio (16:14). La fe, por tanto, tiene su raíz en los consejos eternos, y los eventos en el tiempo son sólo los resultados que la manifiestan. Pablo atribuye a la gracia de Dios el que seamos "hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef. 2:10). Las buenas obras, por tanto, en ninguna manera son la causa meritoria sino los frutos y la prueba de la salvación.

Lutero enseñó esto mismo cuando escribió, "Algunos, aunque atribuyen escaso poder al libre albedrío, insisten en que dicho poder es capaz de alcanzar la justicia y la gracia. Y cuando se les pregunta, *¿Por qué justifica Dios a uno y a otro no?* recurren al libre albedrío y contestan, *Porque uno se esfuerza y el otro no; y Dios considera al que se esfuerza, y desprecia al que no se esfuerza; de otro modo Dios sería injusto*".[2]

Se cuenta que Jeremy Taylor y un compañero, caminando por una calle de Londres, vieron a un borracho tendido en la calle. El compañero de Taylor hizo un comentario menospreciativo respecto al borracho, pero Taylor, deteniéndose y mirando al borracho, respondió, "De no haber sido por la gracia de Dios he ahí a Jeremy Taylor, vilmente postrado". El espíritu que Jeremy Taylor manifestó en aquella ocasión es el que debe existir en

[2]*The Bondage of the Will*, p. 338.

cada creyente que ha sido rescatado del pecado. La Biblia manifiesta una y otra vez que Israel debía su separación de los otros pueblos de la tierra no a nada bueno y deseable en sí mismo sino únicamente a la gracia y al amor fiel y continuo de Dios, a pesar de la continua apostasía, pecaminosidad y rebelión de los israelitas.

Pablo dice que los que quieren basar la salvación en sus propios méritos, que éstos, "procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios", y por tanto no son parte de la iglesia de Cristo. El apóstol deja claramente establecido que "la justicia de Dios" se nos da mediante la fe y que entramos al cielo sólo por los méritos de Cristo.

La razón de este sistema de gracia es que aquellos que se glorían se glorien únicamente en el Señor y que nadie se jacte respecto a otra persona. La redención fue comprada por Dios mismo a un precio de infinito valor y por eso, él puede disponer de ella como él quiere. Bien dijo el poeta:

"Ninguno de los redimidos jamás apreció
Cuan profundas fueron las aguas y cuan oscura
la noche por las que el Señor pasó,
antes que hallara la descarriada oveja que perdió".

4. Enseñanza de las Escrituras

Pasaremos ahora a considerar algunos versículos de las escrituras donde se nos enseña que nuestros pecados fueron imputados a Cristo; y luego a otros que enseñan que la justicia de Cristo fue imputada a nosotros.

"Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Is. 53:4-6). "Por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos... Habiendo él llevado el pecado de muchos" (Is. 53:11, 12). "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Co. 5:21). En estos pasajes ambas verdades son claramente enseñadas—nuestros pecados son imputados a Cristo, y su justicia es imputada a nosotros. Cabe señalar que Cristo no ha podido ser "hecho pecado" o nosotros hechos "justicia de Dios en él" de ninguna otra manera que no fuese por imputación. Cristo "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuimos sanados" (1 P. 2:24). Aquí, nuevamente, ambas verdades aparecen juntas. "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los in-

justos, para llevarnos a Dios" (1 P. 3:18). Estos, y muchos otros versículos similares, prueban claramente la doctrina de la substitución. Y si alguno cree que estos versículos no prueban que la muerte de Cristo fue un sacrificio verdadero y adecuado por nuestros pecados, entonces el lenguaje humano no puede expresarlo.

Que su justicia es imputada a nosotros es enseñado en lenguaje igualmente claro. "Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él. . . Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. . . siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación, por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en Su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo Su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cual ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley" (Ro. 3:20-28). "Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Ro. 5:18, 19). El testimonio personal de Pablo al respecto fue: "Aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil. 3:8, 9). A la luz de éstos pasajes, ¿no es extraño que persona alguna que diga regirse por las Escrituras insista en sostener su propio esquema de salvación por obras, no importa el grado de importancia que atribuya a dichas obras?

Pablo escribió a los romanos, "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (6:14). Es decir, Dios los había quitado del sistema de ley bajo el cual se encontraban y los había puesto bajo un sistema de gracia, lo que implica que Dios en su soberanía no permitirá que caigan nuevamente bajo el dominio del pecado. De hecho, si habrían de caer, sería sólo porque Dios les había quitado del sistema de gracia y les había puesto nuevamente bajo el sistema de ley, bajo el cual, entonces, sus propias obras habrían de determinar su destino. En la naturaleza del caso, en tanto la persona está bajo la gracia, está libre de cualquier demanda que la ley podría tener sobre él a causa del pecado. El ser salvado por gracia significa que Dios no le trata conforme a lo que merece sino que ha soberanamente puesto a un lado la ley y que le salva a pesar de

su justo merecido—limpiándole de pecado, por supuesto, antes de que pueda entrar a la presencia divina.

Pablo se esfuerza por todos los medios presentar de manera clara el hecho de que la gracia de Dios no es algo que ganamos por nuestros propios esfuerzos, sino algo que Dios nos confiere gratuitamente. Si la gracia pudiere ganarse por esfuerzos humanos, entonces dejaría de ser gracia (Ro. 11:6).

5. Observaciones adicionales

En la condición actual de la raza los hombres se encuentran ante Dios, no como ciudadanos de una nación a los cuales debe tratárseles por igual y dárseles la misma "oportunidad" de salvación sino como criminales culpables y condenados ante un juez justo. Ninguno tiene derecho a la salvación. La maravilla de maravillas es, no que Dios no salve a todos, sino que siendo todos culpables perdone a tantos; y la respuesta a la pregunta, ¿por qué no salva Dios a todos? ha de hallarse, no en la negación arminiana de la omnipotencia de Su gracia sino en el hecho de que, como dice el Dr. Warfield, "Dios en su amor salva a tantos de la culpable raza humana como logra que su naturaleza entera consienta a salvar".[3] Por razones suficientes para sí mismo, Dios ve que no es lo mejor perdonar a todos, sino permitir a algunos seguir sus propio caminos y reservarles para el castigo eterno a fin de mostrar cuan vil es el pecado y la rebelión contra Dios.

Las Escrituras recalcan una y otra vez el hecho de que la salvación es por gracia, como si anticipasen la dificultad que tendrían los hombres en entender que la salvación es por gracia, como si anticipasen la dificultad que tendría los hombres en entender que la salvación no puede ser comprada por obras propias. También destruyen la arraigada creencia de que Dios está obligado a conferir la salvación a alguno. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie" (Ef. 2:8, 9). "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Ro. 11:6). "Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado" (Ro. 3:20). "Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda" (Ro. 4:4). "Porque, ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido?" (1 Co. 4:7). "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Co. 15:10). "¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado?" (Ro. 11:35). "La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 6:23).

La gracia y las obras son conceptos que se excluyen mutuamente. Más fácil sería unir el polo Norte con el polo Sur que lograr la coalición de la gracia y las obras en la salvación. Sería tan absurdo hablar de un "don comprado" como de una "gracia condicional"—porque cuando la gracia deja

[3] *The Plan of Salvation*, p. 93.

de ser absoluta, deja de ser gracia. Por tanto, cuando las Escrituras dicen que la salvación es por gracia, debemos entender que a través de todo el proceso la salvación es obra de Dios y cualquier obra verdaderamente meritoria hecha por el hombre surge meramente como resultado del cambio operado por Dios en el individuo.

El arminianismo destruye este carácter puramente gratuito de la salvación y sustituye por ello un sistema de gracia y obras. En el sistema arminiano, no importa cuán pequeña la parte que desempeñen las obras, siempre son necesarias y se consideran como la base de la distinción entre los salvos y los perdidos y por esto dan lugar a que los salvados se glorien sobre los perdidos, ya que ambos supuestamente tuvieron la misma oportunidad. Pablo, sin embargo, dice que toda jactancia queda excluida, y que nadie puede gloriarse sino en el Señor (Ro. 3:27; 1 Co. 1:31). El redimido, que reconoce haber sido salvado únicamente por gracia, recuerda el lodazal del cual fue sacado, y su actitud hacia los perdidos es una de lástima y compasión, ya que sabe que de no haber sido por la gracia de Dios él mismo hubiera de encontrarse en la misma condición de los que perecen. El canto del redimio es "No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria por tu misericordia y por tu verdad".

Capítulo 24

La seguridad personal de que uno se encuentra entre los elegidos

1. La base de esta seguridad. 2. La enseñanza de las Escrituras. 3. Conclusión.

1. La base de esta seguridad

Todo creyente verdadero puede y debe saber que él es uno de los predestinados a vida eterna. Como la fe en Cristo, la cual es don de Dios, es el medio de salvación y es conferida sólo a los elegidos, la persona que sabe que posee esta fe puede estar segura de que se encuentra entre los elegidos. La mera presencia de fe, no importa cuán débil sea, siempre y cuando sea una fe verdadera, es prueba de salvación. "Y creyeron todos (y sólo ellos) los que estaban ordenados para vida eterna" (Hch. 13:48). La fe es un milagro de la gracia en aquellos que ya han sido salvados—una garantía espiritual de que *su* salvación fue "consumada" en la cruz y confirmada en la mañana de la resurrección. Los salvos saben que el amor de Dios ha sido derramado en sus corazones y que sus pecados han sido perdonados. En el *Progreso del Peregrino* se nos dice que cuando los pecados de Cristiano fueron perdonados, una pesada carga cayó de sus hombros y él experimentó gran alivio. Toda persona convertida debe saber que es uno de los elegidos, ya que el Espíritu Santo renueva sólo a aquellos que son escogidos por el Padre y redimidos por el Hijo. "Es necedad pensar que uno que sinceramente ama a Jesucristo y confía en Jesucristo como su Salvador y amorosamente le obedece como Señor, pueda carecer de la elección de Dios. Es, más bien, por ser uno de los elegidos de Dios que él puede ejercer la fe en Cristo para la

salvación de su alma e imitar a Cristo en la conducta diaria.... Es imposible que un creyente en Cristo no sea elegido de Dios, porque es sólo por la elección de Dios que uno cree en Cristo.... No necesitamos, no debemos, buscar en ningún otro lugar una prueba de nuestra elección. Si creemos en Cristo y le obedecemos, entonces somos sus hijos elegidos".[1]

Cada persona que ama a Dios y siente un verdadero deseo de salvación en Cristo está entre los elegidos, ya que los no elegidos nunca experimentan dicho amor o deseo. Los no elegidos, más bien, aman la maldad y aborrecen la justicia conforme a sus naturalezas pecaminosas. "¿Cumple el individuo su deber para con Dios y su prójimo? ¿Es honesto, justo, caritativo, y puro? Si lo es, y está consciente del poder para continuar en estas virtudes, puede estar seguro de que ha sido predestinado a la felicidad eterna".[2]

"Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte' (1 Jn. 3:14). "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn. 3:9). Es decir, el pecar va en contra de los principios internos del creyente. Cuando él reflexiona profunda y sobriamente sobre el pecado, ello le es repulsivo y lo odia. Del mismo modo que un buen ciudadano no hace nada que vaya a obrar en detrimento de su nación, así el creyente verdadero no hace nada que vaya a resultar en perjuicio del reino de Dios. En la práctica, nadie en este mundo vive una vida perfectamente libre de pecado; no obstante, ésta es la meta ideal que todo creyente busca alcanzar.

Dice el Dr. Warfield, "Pedro nos exhorta en 2 Pedro 1:10 a que procuremos 'hacer firme nuestra vocación y elección', siendo diligentes en buenas obras. El no dice que mediante buenas obras podremos obtener de Dios un decreto de elección a favor nuestro. Lo que nos enseña es que cultivando el germen de la vida espiritual recibida de Dios hasta su pleno florecimiento—'ocupándonos' en nuestra salvación, no sin Cristo sino en Cristo, por supuesto—podremos alcanzar la seguridad de la elección que profesamos.... Las buenas obras, por tanto, son señal y prueba de la elección, y cuando son tomadas en el sentido pleno en que Pedro las considera aquí, con las únicas señales y pruebas de la elección. Nunca podremos saber que somos elegidos de Dios a vida eterna excepto al manifestar en nuestras vidas los frutos de la elección—fe y virtud, conocimiento y dominio propio, paciencia y piedad, amor fraternal.... Es inútil buscar la seguridad de la elección aparte de una vida santa. Dios escogió a su pueblo antes de la fundación del mundo precisamente para que fuesen santos. La santidad, por ser el producto necesario, es por tanto la señal inequívoca de la elección".[3]

[1]Warfield, pampleto, *Election*, p. 18.
[2]Mozley, *The Augustinian Doctrine of Predestination*, p. 45.
[3]Pamfleto, *Election*, pp. 17, 28.

Toplady ha dicho al respecto, "Una persona que experimenta el poder de la vida espiritual sabe tan ciertamente si sobre él brilla la luz de la gracia divina o si anda en tinieblas como el viajero sabe si está viajando bajo un sol refulgente o bajo la lluvia".

¿Cómo puedo saber si me encuentro entre los elegidos? Lo mismo es preguntar, ¿cómo sé si soy un ciudadano leal o no? o de la misma manera, ¿cómo distingo entre lo blanco y lo negro, o entre lo dulce y lo amargo? Todos sabemos instintivamente cual es nuestra actitud hacia nuestro país, y las Escrituras y la conciencia nos dan evidencia igualmente clara si somos o no elegidos de Dios. Todo hijo o hija de Dios debe estar plenamente consciente de ese hecho. Pablo exhortó a los corintios, "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos" (2 Co. 13:5).

2. La enseñanza de las Escrituras

Las Escrituras aseguran que "el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:16). "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo" (1 Jn. 5:10). "Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, *para que sepáis* que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios" (1 Jn. 5:11-13). El creyente nacido de nuevo recibe el evangelio en su corazón, pero el no regenerado lo rechaza: "Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error" (1 Jn. 4:6). "Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado" (1 Jn. 3:24). "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6). La persona regenerada reconoce instintivamente a Dios como su Padre. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos" (1 Jn. 3:14). "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios" (1 Jn. 5:1)—es decir, todos los que confieesan a Jesús como Señor—¡qué bendita seguridad! "Sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él" (1 Jn. 2:29). El principio espiritual, implantado por Dios en los corazones de los que escuchan y reciben el evangelio, les mueve a practicar la justicia.

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Jn. 3:36). "Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Co. 12:3). Estos versículos enseñan que una persona verdaderamente salva *no puede* rechazar e injuriar a Jesús, y que todo el que reconoce a

Jesús como el Señor y como su Señor ha sido regenerado y es uno de los elegidos. Cada persona sabe cual es su actitud hacia Jesús; y sabiendo esto, puede juzgar si es salva o no. Hágase cada uno esta pregunta, ¿cuál es mi actitud hacia Cristo? ¿Me sentiría dispuesto a recibirle si en este momento él hubiese de aparecer para hablar conmigo personalmente? ¿Le recibiría como a mi Amigo, o rehusaría su visita? Los que esperan con gozo la venida de Cristo pueden saber que son salvos.

Mediante todas estas certeras señales de salvación establecidas en las Escrituras, una persona que honestamente se examina a sí misma puede saber si se encuentra entre los elegidos de Dios o no. También puede juzgar a otros con precaución utilizando los mismos criterios; si vemos los frutos externos de elección en otras personas y estamos convencidos de su sinceridad, podemos concluir razonablemente que son elegidas. Pablo tenía certeza en cuanto a los creyentes de Tesalónica porque escribió, "Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección; pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre" (1 Ts. 1:4, 5); y de igual manera reconoció que Dios había escogido en Cristo a los efesios, ya que escribió a éstos: "Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef. 1:4, 5).

3. Conclusión

Por otro lado, nunca debemos declarar a ninguna persona no elegida, no importa cuán pecadora sea dicha persona en el presente, ya que el Espíritu Santo puede conducir aun a la persona más vil a la fe y al arrepentimiento. La conversión de muchos elegidos está aún en el futuro. Por tal razón nadie tiene el derecho de declarar positivamente a sí mismo o a otra persona definitivamente no elegida, ya que nadie sabe como Dios ha de obrar con él o con otras personas. Podemos decir, no obstante, que los que mueren impenitentes ciertamente se pierden, ya que las Escrituras son explícitas al respecto.

Desafortunadamente, no todo creyente posee esta seguridad de salvación, porque dicha seguridad surge de un conocimiento de nuestros propios recursos y fuerzas morales, y el que se subestima a sí mismo puede carecer inocentemente de esta seguridad. El creyente a veces puede sentirse desalentado debido a una fe débil, pero no debe por ello pensar que no es elegido. Cuando la fe se fortalece y las nociones equivocadas sobre la salvación se aclaran, es el privilegio y deber de todo creyente saber que es salvo y librarse de aquel temor de la apostasía que constantemente acecha a todo arminiano consecuente mientras continúa en esta vida. Por tanto, aunque la seguridad

de la salvación es deseable y fácil de lograr para cualquiera que ha hecho algún progreso en la vida cristiana, no siempre puede utilizarse como prueba para determinar si una persona es creyente verdadero o no.

Dios promete que todo el que venga a él en Cristo no será echado fuera, y que todo aquel que desee puede tomar del agua de la vida sin dinero y sin precio, y que el que pida recibirá. La base de nuestra seguridad se encuentra, por consiguiente, tanto dentro como fuera de nosotros. Por tanto, si algún creyente verdadero no tiene la seguridad de que es eternamente salvo, la culpa está en sí mismo y no en el plan de salvación o en las Escrituras.

Capítulo 25

La predestinación en el mundo físico

1. La uniformidad de la ley natural. 2. Comentarios de distinguidos científicos y teólogos. 3. Sólo el sistema calvinista armoniza con la ciencia y la filosofía modernas.

1. La uniformidad de la ley natural

En lo que al universo físico respecta, no existe dificultad alguna en creer en una predestinación absoluta. El curso de los eventos en el universo físico fue predestinado inmutablemente cuando Dios creó el mundo y estableció las leyes naturales de la gravedad, la luz, el magnetismo, la afinidad química, los fenómenos eléctricos, etc. Aparte de la intromisión de la mente y de los milagros, el curso de la naturaleza manifiesta una uniformidad fácil de predecir. Esto no sólo ha sido admitido sino dogmáticamente sostenido y enseñado por muchos de los grandes científicos. Los átomos se mueven en patrones bien definidos. Los objetos materiales que usamos son gobernados por leyes fijas. Si tuviésemos conocimiento preciso de todos los factores envueltos podríamos determinar con exactitud cual sería el efecto de una piedra en caída, o de una explosión, o de un temblor de tierra. El telescopio revela millones de lejanos soles que siguen cursos exactos y predeterminados y cuyas posiciones dentro miles de años pueden ser predecidas.

En el sistema solar los planetas y los satélites se mueven perfectamente en sus órbitas, y pueden predecirse eclipses con gran exactitud. Antes del eclipse solar del 1924 los astrónomos anunciaron el curso que seguiría la sombra de la luna sobre la tierra y calcularon el tiempo en que acontecería en varias ciudades, ¡y lo calcularon con un margen de error de sólo 4 segundos!

Los astrónomos nos dicen que los mismos principios que operan en nues-

tro sistema solar también operan en las millones de estrellas a trillones de kilómetros de distancia de nosotros. Los físicos analizan la luz que viene del sol y de las estrellas, y nos dicen que no sólo los mismos elementos que se encuentran en la tierra como el hierro, carbono, oxígeno, etc., se encuentran también en esos astros, sino que dichos elementos se encuentran prácticamente en la misma proporción allá que acá.

De la ley de la gravedad aprendemos que todo objeto material en el universo atrae a todo otro objeto material con una fuerza directamente proporcional a sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia entre sus centros. Es decir, todo grano de arena en el desierto o en la playa guarda una relación con todos y cada uno de los soles en el universo. El liviano copo de nieve ejerce su influencia sobre el gran globo terráqueo y vice versa. El microscopio igualmente revela maravillas tan admirables como las que revela el telescopio. La providencia de Dios se extiende tanto a los átomos como a las estrellas y cada uno ejerce su influencia particular, pequeña pero precisa. En todo lugar existe un perfecto orden y Dios no ha descuidado ningún detalle de su gloriosa obra.

2. Comentarios de distinguidos científicos y teólogos

Huxley una vez dijo que si el hombre hubiese poseído un conocimiento exacto de las leyes naturales antes de aparecer las plantas y los animales en la tierra, hubiese podido predecir no sólo el relieve geográfico y el clima de cualquier región en particular, sino también la flora y fauna de dichas regiones—surgiendo todo, según él creía, de la generación espontánea de la vida de materia inorgánica. Aunque no aceptamos su concepto del orígen de la vida, no obstante sus palabras nos dan una idea de la gran uniformidad que existe en las leyes de la naturaleza.

El presente autor una vez participó en una discusión conducida por el Dr. H. N. Russell, director del Departamento de Astronomía de la Universidad de Princeton, y uno de los astrónomos sobresalientes de nuestra época, en la cual el Dr. Russell afirmó que, aparte de la influencia de la mente, él creía en una absoluta predestinación hecha efectiva por las leyes fijas de la naturaleza.

"La uniformidad de las leyes de la naturaleza", dice el Dr. Carlos Hodge, "es una revelación constante de la inmutabilidad de Dios. Esas leyes son las mismas que han operado desde el principio de la creación, y son las mismas que operan en todas partes del universo. Y cabe señalar que las leyes que regulan las operaciones de la razón y la conciencia no son menos estables". Y nuevamente dice, "Si en todas estas esferas más bajas de su creación Dios obra conforme a un plan preconcebido, no debemos suponer que en las esferas más altas de sus operaciones, que conciernen el destino de

los hombres, él haya dejado todo a la casualidad y permitido que tomara un curso indeterminado hacia un fin indeterminado. Las Escrituras afirman claramente que en lo que a las dispensasiones de la gracia respecta, Dios no sólo ve el fin desde el principio, sino que dirige todas las cosas conforme al consejo de su voluntad o conforme a su propósito eterno".[1]

El Dr. Abraham Kuyper, sin lugar a duda uno de los más destacados teólogos del siglo pasado, dice: "Es un hecho que los logros de la ciencia en nuestra época se han inclinado casi unánimamente a favor del calvinismo en lo que respecta a la antítesis entre la unidad y la estabilidad del decreto de Dios que el calvinismo profesa y la superficialidad e imprecisión que los arminianos prefieren. Los sistemas de los grandes filósofos están, casi sin excepción, a favor de la unidad y la estabilidad". Y prosigue a decir el Dr. Kuyper que éstos sistemas "claramente demuestran que el desarrollo de la ciencia en nuestra época presupone un cosmos que no puede ser víctima de los caprichos del azar sino que existe y se desarrolla en base a un principio, conforme a un orden fijo, y se mueve hacia un fin definido. Esta aseveración, como puede verse, es diametralmente opuesta al sistema arminiano, pero en completa armonía con la posición calvinista, que postula la existencia de una voluntad suprema en Dios, quien es la causa de todo lo que existe y quien sujeta todas las cosas a ordenanzas y las dirige hacia un plan preestablecido". Y nuevamente él pregunta, ¿Qué es la doctrina de la preordinación sino la que postula que "el cosmos no es un juguete del capricho y de la casualidad, sino que obedece a la ley y al orden, y afirma además que existe una inalterable voluntad que lleva a cabo sus propósitos tanto en la naturaleza como en la historia"?[2]

3. Sólo el sistema calvinista armoniza con la ciencia y la filosofía modernas

La cosmovisión calvinista, que enfatiza la inalterabilidad y certeza del curso de los acontecimientos, está, pues, en sorprendente armonía con la ciencia y la filosofía modernas. ¡Cuán absurda es la alegación que algunos a veces hacen en el sentido de que no importa cuán claramente la doctrina de la predestinación se enseñe en las Escrituras, esta doctrina es refutada por la verdad establecida por otras fuentes! Esta alegación procede de personas que simplemente desean establecer un sistema de teología diferente. Sin embargo, cualquiera que esté familiarizado con la ciencia y la filosofía modernas (con la psicología fisiológica, por ejemplo), las cuales enfatizan el hecho de que existen leyes universalmente fijas, sabe que esta alegación está del todo opuesta a la verdad. Obsérvese el énfasis actual en el *behaviorism* (con-

[1]*Systematic Theology*, I, p. 539; II, p. 314.
[2]*Lectures on Calvinism*, pp. 149, 150.

ductismo), el determinismo, y la herencia biológica. ¿Y qué es la ley de Mendel sino predestinación en la esfera de la genética? La tendencia actual es, más bien, en contra del concepto de libertad y contingencia. El universo es concebido como un todo sistemático, interrelacionado en todas sus partes, que sigue un curso bien definido y preordenado. Los científicos y filósofos modernos más prominentes sostienen la posición calvinista de un universo unificado aunque, por supuesto, utilizan una nomenclatura diferente y tienen una idea diferente de lo sobrenatural. Aunque nieguen la libertad o aun la personalidad de Dios y sus metafísicas deterministas estén en total desacuerdo con la doctrina verdadera de la providencia y de la gracia e intenten explicar los procesos mentales del cerebro, y aun la vida misma, en términos de leyes físicas y químicas, con todo, su opinión de los hechos coordinados de la vida y de la naturaleza es totalmente calvinista.

Sin fe en la unidad, estabilidad y orden de las cosas, que es lo que el calvinismo recalca, no es posible para la ciencia avanzar más allá de meras conjeturas. La ciencia está basada en la fe en la interconexión o unidad orgánica del universo, en una convicción firme de que nuestras vidas son regidas por leyes o principios establecidos por algún Poder o Creador extramundano. Por tanto, mientras más aprendemos de la ciencia, más claramente vemos la unidad que existe entre todas las cosas.

Al estudiar la historia podemos notar que ella es también una "cadena de eventos". Así como cada grano de arena guarda una relación con cada sol en el universo, de igual forma cada evento tiene su lugar preciso y necesario en el desarrollo de la historia. Todos podemos recordar eventos comparativamente insignificantes que han cambiado el curso de nuestras vidas; y de haber sido omitido uno de estos eslabones el resultado hubiera sido uno radicalmente distinto. A menudo una cosa muy pequeña da lugar a una serie de eventos que trastornan al mundo, como sucedió en 1914 cuando un conspirador serbio asesinó al archiduque de Austria, dando lugar a la Guerra Mundial. Muchas personas, muy naturalmente, no han querido atribuir los hechos libres de hombres y ángeles, y en especial los hechos pecaminosos de éstos, a la preordinación de Dios. Pero si Dios verdaderamente gobierna al mundo, entonces todos los eventos, no sólo los del mundo natural, sino también en el reino de los acontecimientos humanos, deben estar bajo el plan y control providencial de Dios; y las Escrituras enseñan claramente que los actos libres de hombres y ángeles son preordinados por Dios, al igual que los eventos del mundo material.

Este argumento cuádruple de la ciencia, la filosofía, la historia y las Sagradas Escrituras no debe desestimarse. Y aunque es cierto que la ciencia, la filosofía, y la historia reducen la doctrina de la predestinación a una rígida fuerza impersonal, no obstante, cuando se arroja la luz radiante del glorioso evangelio sobre estas esferas, demostrando que las elecciones de cier-

tas razas, las decisiones personales, y los llamamientos divinos están hechos por la gracia soberana y no meramente por una voluntad soberana, vemos que los propósitos eternos de Dios obran a favor y no en contra del hombre; y el corazón halla descanso y consuelo en el hecho de que el amor y la misericordia de Dios son tan tiernos como sus propósitos son firmes.

Capítulo 26

Una comparación de la doctrina cristiana con la doctrina mahometana de la predestinación

1. Elementos que ambas doctrinas tienen en común. 2. La tendencia mahometana hacia el fatalismo. 3. La doctrina cristiana de la predestinación no se derivó de la doctrina mahometana. 4. Las dos doctrinas contrastadas.

1. Elementos que ambas doctrinas tienen en común

Aunque el mahometismo (o islamismo) es una religión falsa y totalmente incapaz de salvar el alma del pecado, no obstante, contiene ciertos elementos de verdad, y estamos en la obligación de honrar la verdad no importa la fuente de donde proceda. "La fortaleza del mahometismo", dice Froude, "yace en su enseñanza sobre la omnipotencia y omnipresencia de un Espíritu eterno, el Hacedor y Gobernador de todas las cosas, mediante cuyo propósito eterno son todas las cosas, y cuya voluntad todas las cosas obedecen".[1] La gran semejanza entre la doctrina bíblica de la predestinación y la coránica ha sido notada por muchos autores. El Dr. Samuel M. Zwemer, a quien muy bien puede considerársele "el apóstol al mundo mahometano", nos muestra la semejanza entre la Reforma en Europa bajo Calvino y la en Arabia bajo Mahoma. Dice él: "El islam es en muchos sentidos el calvinismo del oriente. El islam, como el calvinismo, es un llamado a reconocer

[1] *Calvinism*, p. 28.

la soberanía de la voluntad divina. 'No hay dios sino Dios'. La religión islámica también vio en la naturaleza y buscó en la revelación la majestad de la presencia y el poder de Dios, y las manifestaciones transcendentes y omnipotentes de su gloria. 'Dios', dice Mahoma, 'no hay otro dios sino Dios, el viviente, el autosuficiente, el que ni cabecea ni se duerme—Su trono abarca los cielos y la tierra, y nadie puede acercarse a El sino con su permiso. Sólo Dios es exaltado y sublime'.... Es este vital principio teísta el que explica la victoria del islam sobre la débil, dividida e idólatra cristiandad del oriente en el siglo sexto.... El mensaje de Mahoma, 'No hay Dios sino Dios; Dios es rey, y debemos obedecerle y ciertamente le obedeceremos', fue una de las más sencillas enseñanzas sobre la naturaleza de Dios y su relación con el hombre jamás proclamadas.... Este fue el Islam que fue ofrecido a filo de espada a gentes que habían perdido la capacidad de entender todo otro argumento''.[2]

Además del Corán, hay ciertas tradiciones ortodoxas que dicen contener las enseñanzas de Mahoma sobre este tema. Algunas de dichas tradiciones explican en lenguaje casi idéntico al lenguaje bíblico como, antes de que una persona nazca, un ángel desciende y escribe su destino. Se nos dice que el ángel pregunta, ''O, Señor, ¿miserable o bendito?, y procede a escribir uno u otro de los dos destinos; y vuelve a preguntar: O, Señor, ¿varón o hembra?, y escribe una u otra cosa. El ángel también escribe la conducta moral del ser próximo a nacer, al igual que su vocación, el término de su vida, y la porción de bien que ha de recibir en esta vida. Entonces (se le dice al ángel): Sella el libro, pues nada se le añadirá, ni nada se le sustraerá''. En otra tradición leemos de un mensajero de Dios que se expresa así: ''No hay ninguno, no hay alma alguna que haya nacido, cuyo lugar, sea el Paraíso o el infierno, no haya sido predeterminado por Dios y cuyo destino, sea miserable o bendito, no haya sido escrito de antemano''.[3]

Aunque el Corán y las tradiciones enseñan una rígida preordinación de la conducta moral y del destino futuro, también enseñan una doctrina de libertad humana, por lo que es menester modificar las afirmaciones más fuertes sobre la predestinación divina en armonía con la doctrina de la libertad humana. Aquí, al igual que en las Escrituras, no se trata de explicar como las verdades aparentemente opuestas de la soberanía divina y la libertad humana han de ser reconciliadas.

2. La tendencia mahometana hacia el fatalismo

El mahometismo, sin embargo, pone tanto énfasis en Dios como causa

[2]Articulo, *Calvinism and the World of Islam.*
[3]Salisbury, articulo, *Mahommedan Doctrine of Predestination and Free Will.*

única de todos los eventos que prácticamente excluye las causas secundarias. La idea de que el hombre es en alguna manera la causa de sus propios actos ha casi desaparecido, y el fatalismo, la creencia común de los árabes en su estado de semi-civilización antes de Mahoma, es la fuerza que controla en las especulaciones y prácticas del mundo mahometano. ''De acuerdo a estas tradiciones'', dice el Dr. Zwemer, ''y a la interpretación de las mismas por más de diez siglos en la vida de los musulmanes, esta clase de predestinación debiera denominarse simplemente fatalismo, ya que el fatalismo es la doctrina de una necesidad inevitable e implica un poder soberano, omnipotente y arbitrario''.[4]

En la práctica, el mahometismo sostiene una predestinación de fines sin considerar los medios mediante los cuales se logran dichos fines. El contraste con el sistema cristiano en este sentido puede verse claramente en la siguiente anécdota. Un barco con ingleses y mahometanos a bordo se desplazaba a través del mar. Accidentalmente uno de los pasajeros cayó al mar. Los mahometanos, observando con gran indiferencia al pasajero accidentado, dijeron, ''Si está escrito en el libro del destino que se ha de salvar, se salvará sin nuestra ayuda; y, si está escrito que ha de perecer, no hay nada que podamos hacer''; y con eso lo dejaron. Los ingleses, en cambio, replicaron, ''Quizá esté escrito que nosotros hemos de salvarlo'', y le arrojaron una soga y le sacaron vivo del agua.

3. La doctrina cristiana de la predestinación no se derivó de la doctrina mahometana

Sin embargo, dígase lo que se diga de la doctrina de la predestinación, ninguna persona razonable argüirá que la doctrina cristiana se derivó de la mahometana. Agustín, reconocido igualmente por protestantes y católicos de haber sido el personaje más sobresaliente de la iglesia cristiana de su época, y a quien los protestantes consideran el personaje más importante entre Pablo y Lutero, enseñó esta doctrina con gran convicción más de dos siglos antes de que surgiera el mahometismo; además, esta doctrina fue enseñada agresivamente por Cristo y los apóstoles al comienzo de la era cristiana, por no mencionar el papel que ocupó en el Antiguo Testamento.

Al estudiar la historia y enseñanzas del mahometismo, nos podemos percatar de que el mismo está compuesto de tres partes, una parte derivada de los judíos, otra de los cristianos, y la tercera de los árabes paganos. Como podemos ver, parte del sistema no es sino cristianismo de segunda mano. Pero, ¿será razonable que un creyente proceda a desechar algunos artículos de su credo por haber sidos éstos adoptados por Mahoma? Cabe señalar que proceder de tal manera dejaría unas brechas inmensas en nuestro credo,

[4]*Moslem Doctrine of God*, p. 97.

ya que, además de la doctrina de la predestinación, Mahoma también creía en un solo Dios verdadero, abolió totalmente la adoración de ídolos, creía en los ángeles, en una resurrección y juicio general, en un cielo y un infierno, en el uso tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, y reconoció tanto a Moisés como a Cristo como profetas de Dios. Por tanto, no es extraño que elementos de la doctrina cristiana de la predestinación hayan sido incorporados al sistema mahometano y unidos a la doctrina pagana del fatalismo.

Un estudio histórico del tema demuestra que los mahometanos han tenido su tipo de arminiano en sus filas al igual que nosotros, y que los temas de la predestinación y el libre albedrío han sido debatidos por los eruditos mahometanos con tanta pasión y vehemencia como dentro del mismo cristianismo. Los turcos de la secta de Omar sostienen la doctrina de absoluta predestinación, mientras que los persas de la secta de Alí niegan la predestinación y sostienen el libre albedrío con tanto fervor como cualquier arminiano.

4. Las dos doctrinas contrastadas

Aunque los términos que se usan al descubrir a las doctrinas reformada y mahometanas de la predestinación son muy similares, no obstante, los resultados de ambas doctrinas son tan lejos el uno del otro como lo es el este del oeste. A la medida que escudriñamos el tema más profundamente, más superficial se torna la semejanza entre ambas doctrinas. El punto de mayor parecido yace en el hecho de que todo lo que sucede ocurre conforme a la voluntad de Dios. Sin embargo, el término 'la voluntad de Dios' significa cosas muy distintas en ambas doctrinas. El islam reduce a Dios a una categoría de la voluntad y le hace déspota, un déspota oriental, infinitamente por encima de la humanidad. Al Dios islámico no le interesa en lo más mínimo el carácter, sino sólo la sumisión. La actividad primordial de los hombres consiste, por tanto, en obedecer sus decretos, de modo que, como dice Zanchius, la predestinación es "una especie de fuerza ciega, rápida, y avasalladora que, para bien o para mal, con o sin celos, arrastra a todas las cosas violentamente por adelante con poca o ninguna consideración a la naturaleza peculiar y respectiva de las causas secundarias". Y en lo que a la libertad humana respecta, el Dr. Zwemer dice que en la doctrina del islam, "la omnipotencia de Dios es tan absoluta que excluye toda actividad por parte de la criatura.... La única libertad que el islam reconoce es la clasificada bajo el término *Kasb*; es decir, el reconocimiento de un acto como propio, pero que, después de todo, no es sino uno que el individuo estaba obligado a realizar como parte de la voluntad de Dios".

El Corán y las tradiciones ortodoxas no tienen casi nada que decir sobre el pecado y la responsabilidad moral; y la moralidad del sistema mahometano es notoriamente defectuosa. En el islam es difícil evitar la conclusión

de que Dios es el autor del pecado. El concepto islámico del origen del pecado y su carácter es totalmente distinto al del cristianismo.

El islam no tiene una doctrina de la paternidad de Dios y ninguna doctrina de redención que suavice la doctrina de los decretos. Dios es simplemente representado como habiendo creado de forma arbitraria a un grupo de personas para el paraíso y a otro para el infierno, los eventos en la vida de cada persona están ordenados de tal modo que apenas queda lugar para la responsabilidad y la culpabilidad moral. Los mahometanos niegan que haya habido una elección en Cristo para gracia y gloria y que Cristo haya muerto como sacrificio por los escogidos. Tampoco tienen nada que decir respecto a la eficacia de la gracia salvadora o la perseverancia, y aun en cuanto a la predestinación de los eventos temporales sus ideas son a menudo rudas y confusas. El atributo del amor está ausente en Alá. La idea de que Dios nos ama o que nosotros debemos amarle a él es una idea extraña al islam, y el Corán a duras penas hace alusión a este tema que aparece en todas partes de nuestra Biblia.

En conclusión podemos decir que el credo arminiano tiene muy poco atractivo para los mahometanos. En lo que a la labor misionera respecta, las iglesias calvinistas entraron al mundo del islam antes y mucho más enérgicamente que cualquier otro grupo de iglesias y por más de cien años ellas han sido prácticamente las únicas iglesias que han desafiado al islam en su tierra de origen. Ellas han ocupado los centros estratégicos y hoy día llevan a cabo la mayor parte de la obra misionera en el mundo musulmán. Con la soberanía de Dios como fundamento, la gloria de Dios como meta, y la voluntad de Dios como motivo, las iglesias presbiterianas y las reformadas están particularmente capacitadas para ganar los corazones musulmanes a la lealtad a Cristo, y están haciendo frente, con grandes esperanzas de éxito, a la más dificultosa de todas las empresas misioneras, la evangelización del mundo musulmán.

SECCION V

Capítulo 27

La importancia práctica de la doctrina

1. La influencia que ejerce la doctrina de la predestinación en la vida diaria del creyente. 2. Una fuente de seguridad y valor. 3. El énfasis calvinista en la obra divina en la salvación del hombre. 4. Sólo el calvinismo pasa por todas las pruebas. 5. Las doctrinas calvinistas no son irrazonables cuando son entendidas correctamente. 6. La Asamblea de Westminster y la Confesión de Fe. 7. Estas doctrinas deben ser enseñadas y predicadas públicamente. 8. Los votos de ordenación y la obligación del ministro. 9. La iglesia presbiteriana mantiene una posición abierta y tolerante. 10. Razones por las que el calvinismo se encuentra parcialmente eclipsado en el presente.

1. La influencia que ejerce la doctrina de la predestinación en la vida diaria del creyente

Es totalmente falso que ésta sea una mera teoría, fría, árida, y especulativa o un insensible sistema de extrañas doctrinas, como muchos opinan. Este sistema es, al contrario, un relato vital e importante de las relaciones de Dios con el hombre, y encierra en sí grandes verdades prácticas que sirven, mediante la influencia del Espíritu Santo, para moldear los afectos del corazón y dar dirección correcta a la conducta. Dice Calvino al respecto: "Quisiera en primer lugar, exhortar a mis lectores a que tengan presente esta admonición, que este gran tema no es, como muchos se imaginan, una disputa intricada y contenciosa, ni una especulación sin provecho que sólo sirve para cansar la mente de los hombres; sino, más bien, un tema provechoso que redunda en beneficio de los creyentes. Ya que nos edifica sólidamente

en la fe, nos enseña a ser humildes, y nos mueve a admirar la bondad infinita de Dios para con nosotros. Y no hay medio más eficaz para edificar nuestra fe que el abrir nuestros oídos a la elección divina, la cual el Espíritu de Dios sella en nuestros corazones mientras escuchamos, mostrándonos que la elección procede de la eterna e inmutable buena voluntad de Dios para con nosotros; y que, por tanto, no puede ser revocada ni alterada por ninguna tormenta del mundo, por ningún ataque de Satanás, por ningún cambio ni ninguna inconstancia o debilidad de la carne. Y cuán inmenso es el consuelo que experimentamos cuando entendemos que la *causa* de ella se halla exclusivamente en el seno de Dios".[1] Creemos que estas son palabras verdaderas y muy necesarias hoy día.

El creyente que atesora esta doctrina en su corazón sabe que su rumbo en la vida es uno que le conducirá al cielo; que su camino terreno ha sido preordinado para él personalmente; y que, por tanto, es un buen camino. Aunque no comprenda todos los detalles, puede mirar confiadamente hacia el futuro aun en medio de las adversidades ya que sabe que su destino eterno está asegurado y que su futuro es uno lleno de bendiciones; y que nada ni nadie puede despojarle de este inestimable tesoro. Además, sabe que una vez terminado su peregrinaje podrá mirar hacia atrás y ver que cada suceso de su vida fue determinado por Dios con un propósito particular, y se sentirá agradecido por haber sido conducido a través de todas sus experiencias particulares. Una vez convencido de estas verdades, el creyente sabe que el día vendrá cuando a todos los que le afligieron o persiguieron podrá decir, como José dijo a sus hermanos, "Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien". Este concepto glorioso de Dios como el Alto y Sublime, que aun está interesado en los más mínimos sucesos, no deja lugar a lo que los hombres únicamente llaman casualidad, suerte, o azar. Cuando una persona se reconoce escogida del Señor y sabe que cada uno de sus actos tiene un significado eterno, comprende con mayor claridad cuan seria es la vida y, por consiguiente, siente una nueva y poderosa determinación de hacer grandes cosas que redunden en la gloria de Dios.

2. Una fuente de seguridad y valor

"La doctrina de la providencia particular", dice Rice, "es la que da a los creyentes seguridad en medio del peligro, seguridad de que el camino del deber es el camino del bien y de la prosperidad. Dicha doctrina, además, mueve a los creyentes a vivir vidas virtuosas, aun cuando ello les exponga a grandes reproches y persecuciones. Cuán frecuentemente, cuando nubes y oscuridad parecen posarse sobre los creyentes, ellos pueden regocijarse en la seguridad que brindan las palabras del Salvador, 'Nunca os dejaré, ni os

[1] *Calvin's Calvinism*, p. 29.

abandonaré' ".[2] La seguridad que esta doctrina imparte al creyente en pruebas surge de la certeza que sus asuntos no dependen de su propio poder o, mejor dicho, de su debilidad, sino de las poderosas manos seguras del Padre Todopoderoso—que sobre él está la bandera del amor y debajo de él están los brazos eternos. Además, el creyente sabe que aun el diablo y hombres impíos, no importa cuantos males traten de infligir, no sólo son refrenados por Dios sino compelidos a hacer la voluntad de Dios. Eliseo, solitario y olvidado, consideró que eran más los que estaban con él que los que estaban contra él, porque vio los carros y los jinetes del Señor en las nubes. Los discípulos, sabiendo que sus nombres estaban escritos en el cielo, estaban resueltos a padecer persecuciones, y en cierta ocasión, al ser azotados y escarnecidos, "salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hch. 5:41).

"La meditación piadosa sobre la predestinación y nuestra elección en Cristo", dice el artículo diecisiete del credo de la Iglesia Anglicana, "es fuente de dulce, grato, e inexpresable consuelo a los creyentes". Pablo dijo, "Por nada estéis afanosos". Y es sólo cuando sabemos que Dios verdaderamente reina desde el trono del universo y que él ha ordenado que seamos sus hijos amados, que podemos tener esa paz interna en nuestros corazones.

El Dr. Clarence E. Macartney, en un sermón sobre la predestinación, dijo: "Las supuestas desdichas y adversidades de la vida asumen un matiz distinto cuando las contemplamos a través del cristal de la predestinación. Es triste oír a personas que tratan de vivir su vida otra vez diciéndose a sí mismas: 'Si sólo hubiese escogido otra profesión', 'Si sólo hubiese tomado otro camino en la encrucijada de la vida', 'Si sólo me hubiese casado con otra persona'. Expresiones como estas demuestran gran debilidad y no son cristianas. Es verdad que en un sentido hemos entretejido la red del destino de nuestra vida con nuestras propias manos, pero también es cierto que Dios ha tenido su parte en ello. Es la parte de Dios y no la nuestra la que nos da fe y esperanza". Blaise Pascal, en una maravillosa carta escrita a un amigo angustiado por la muerte de un ser querido, en vez de repetir las acostumbradas palabras de consuelo, le confortó con la doctrina de la predestinación, diciendo, "Si consideramos este suceso, no como un efecto de la casualidad, ni como una fatal necesidad de la naturaleza, sino como resultado inevitable, justo, santo, de un decreto de la providencia divina, concebido desde la eternidad, para ser ejecutado el año, día, hora, lugar y manera en que ha acontecido, adoraremos en humilde silencio la sublimidad impenetrable de los secretos del Señor; adoraremos la santidad de sus decretos; bendeciremos las obras de su providencia, y uniendo nuestra voluntad con la de Dios mismo, desearemos con él, en él y para él, lo que él ha decidido hacer en nosotros y para nosotros desde la eternidad".

[2] *God Sovereign and Man Free*, p. 46.

El calvinista genuino ve la mano y el propósito sabio de Dios en todo, y sabe que aun sus sufrimientos, pesares, persecuciones, derrotas, etc., no son los resultados de la casualidad ni accidentes, sino que han sido previstos y preordinados, y que son maneras que Dios utiliza para disciplinarle para su propio bien. El calvinista sabe que Dios no aflige a sus hijos innecesariamente; sabe que en el plan divino todas sus aflicciones han sido estrictamente ordenadas en cuanto a número, peso y medida; y que no continuarán ni un solo instante más de lo que Dios considera necesario. En el momento de pesar, su corazón, afianzado en estas verdades, instintivamente se adhiere a esta fe, sintiendo que la aflicción fue enviada por razones sabias y benignas, aunque desconocidas. No importa cuan dolorosas y desconcertantes las aflicciones, un momento de reflexión le hace volver en sí nuevamente, y los pesares y tribulaciones pierden en gran medida su punzante filo.

De acuerdo con estas verdades las Escrituras declaran: "A los que aman a Dios *todas las cosas* les ayudan a bien" (Ro. 8:28); "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (Heb. 12:5, 6). "Jehová es; haga lo que bien le pareciere" (1 S. 3:18); "Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Ro. 8:18); "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros" (Mr. 5:11, 12). "Y si sufrimos (con él), también reinaremos con él" (2 Ti. 2:12). "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito" (Job 1:21). Y cuando alguien nos difame, al menos no nos sentiremos tan ofendidos sino que con David podremos decir: "Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho" (2 S. 16:11).

La predestinación es nuestra única garantía segura de salvación. Otras cosas pueden darnos consuelo, pero sólo la predestinación puede darnos seguridad. La predestinación da al evangelio su verdadero significado, es decir, "buenas nuevas". Cualquier otro sistema que sostenga que el sacrificio de Cristo en realidad no salvó a nadie sino que meramente hizo posible la salvación de todos, siempre y cuando los hombres cumplan con algunos requisitos, reduce el evangelio a nada más que un buen consejo, y cualquier sistema que sólo lleva consigo una mera "posibilidad" de salvación, también lleva, por necesidad lógica, una "posibilidad" de perdición. ¡Cuán distinto es para el hombre caído si el evangelio es buenas nuevas o meramente buenos consejos! El mundo está lleno de buenos consejos; aun los libros de los filósofos paganos tienen muchos buenos consejos; pero sólo el evangelio tiene las *buenas nuevas* de que Dios *nos ha redimido.*

Este sistema, a pesar de lo lógico y severo que aparenta ser, no infunde tristeza ni pasividad, sino valor y actividad. El calvinista, reconociéndose inmortal hasta que su labor haya sido cumplida, experimenta como resultado, gran valor. Smith describe muy bien al calvinista en las siguientes palabras: "Habiendo sido rescatado del terrible abismo y colocado sobre la Roca eterna, su corazón rebosa de amorosa gratitud, su alma está consciente de un amor divino que jamás le abandonará y de un poder divino que en él y a través de él está cumpliendo los propósitos de eterno bien, y se encuentra ceñido de fuerza invencible. En un sentido mucho más noble de lo que Napoleón jamás soñó, se reconoce ser un 'hombre de destino' ". Y añade, "El calvinismo es al mismo tiempo el credo más satisfactorio y el más estimulante".[3]

Además de propiciar incentivos al valor, la doctrina de la predestinación sirve de incentivo a la humildad y al agradecimiento. En la presente etapa de su vida el creyente se considera a sí mismo como un tizón sacado del fuego. Reconociendo que ha sido salvado no por mérito o sabiduría propia, sino sólo por la gracia y misericordia de Dios, se siente profundamente consciente de su dependencia de Dios y esto le sirve como el más grande incentivo para vivir una vida recta. En fin, no hay manera más segura de llenar la mente con reverencia, humildad, paciencia y gratitud que el impregnarla con esta doctrina de la predestinación.

3. El énfasis calvinista en la obra divina en la salvación del hombre

El que desconozca estas verdades más profundas sacadas a la luz por la doctrina de la predestinación podrá llegar a ser sólo un creyente muy imperfecto. No podrá apreciar adecuadamente la gloria de Dios, ni las riquezas de la gracia impartidas mediante la redención en Cristo; porque en ninguna otra parte brilla tan refulgentemente la gloria de Dios, libre de contaminación por obras humanas, que en la predestinación de los elegidos a la vida. La predestinación nos enseña que todo lo que somos y todo lo de valor que poseemos lo debemos a la gracia divina. Además, la predestinación reprende el orgullo humano y exalta la misericordia divina; muestra que el hombre es nada y que Dios es todo, y así preserva la verdadera relación entre la criatura y el infinitamente exaltado Creador; exalta a un Soberano absoluto, quien es el gobernador universal, y humilla ante él a todos los demás soberanos, enfatizando de ese modo el hecho de que todos los hombres en sí mismos y aparte del favor especial de Dios se encuentran en un mismo nivel; además, ha defendido los derechos de la humanidad dondequiera que ha penetrado, sea en la esfera del estado como en el de la iglesia.

La doctrina de la predestinación enfatiza el lado divino de la salvación

[3] *The Creed of Presbyterians*, pp. 53, 94.

mientras que su sistema rival enfatiza el lado humano. La doctrina de la predestinación graba en nosotros el hecho de que nuestra salvación es puramente por gracia y que no somos mejores que los que han sido abandonados a sufrir por sus pecados. Por consiguiente, nos mueve a ser más caritativos y tolerantes para con los no salvos y a sentir eterno agradecimiento a Dios por habernos salvado a nosotros. Nos enseña que en nuestro estado caído nuestra sabiduría no es sino necedad, nuestra fortaleza debilidad, y nuestra justicia meros trapos de inmundicia. Nos enseña además que nuestra confianza está en Dios y que de él solo viene nuestra ayuda. Nos enseña la lección que tantos ignoran para su propio perjuicio, es decir, la bendita lección de *desesperar de nosotros mismos*. Lutero dice que frecuentemente se sentía ofendido por esta doctrina, porque le impulsó a desesperar de sí mismo; pero que más tarde se dio cuenta de que este tipo de desesperanza le era provechoso y era algo parecido a la gracia divina. Esta doctrina, ciertamente, brinda la respuesta a más preguntas, envuelve menos dificultades, provee una base más sólida a la fe y a la esperanza y exalta y glorifica a Dios más que cualquiera otra doctrina que la contradiga. No es una exageración decir que esta doctrina es fundamental a los conceptos religiosos de los escritores bíblicos, y el erradicarla del Antiguo o del Nuevo Testamento sería alterar toda la revelación bíblica. El Dr. J. Gresham Machen dijo al respecto, "El calvinista está constreñido a considerar la teología arminiana como una seria depreciación de la doctrina bíblica de la gracia divina; e igualmente seria es la idea que el arminiano debe sostener en cuanto a las doctrinas de las iglesias reformadas".[4]

Es evidente, pues, que sólo hay dos teorías que aquellos que se llaman a sí mismos evangélicos pueden sostener en cuanto a este importante tema. Todos los que han hecho algún estudio del tema y han llegado a algunas conclusiones al respecto son o calvinistas o arminianos. No existe otra posición que un "creyente" pueda asumir. Los que niegan la naturaleza sacrificial de la muerte de Cristo adoptan un sistema de autosalvación, un naturalismo, y por tanto no pueden ser considerados "creyentes" en el sentido histórico y propio del término.

A manera de comparación podemos decir que la iglesia luterana subraya el hecho de que la salvación es sólo por fe; la iglesia bautista destaca la importancia de los sacramentos, en particular el bautismo, y el derecho de los individuos y de las congregaciones a ejercer su criterio personal en los asuntos religosos; la iglesia metodista enfatiza el amor de Dios para con los hombres y la responsabilidad del hombre para con Dios; la iglesia congregacional destaca el derecho del criterio personal y de las congregaciones locales a dirigir sus propios asuntos; la iglesia católico romana enfatiza la unidad de

[4]*Christianity and Liberalism*, p. 51.

la iglesia y la importancia de su vínculo con la iglesia apostólica. Todos estos énfasis, aunque válidos en sí mismos, pierden su importancia ante la gran doctrina de la soberanía y majestad de Dios que se destaca en las iglesias presbiterianas y reformadas. Los principios enfatizados por las otras iglesias son principios más o menos antropológicos; el nuestro, en cambio, es un principio teológico y nos presenta un GRAN DIOS, alto y sublime, que ocupa el trono del dominio universal.

El Dr. Warfield nos ha dado un excelente análisis de los principios formativos de las iglesias luteranas y de las reformadas. Tras afirmar que la distinción no es que los luteranos niegan la soberanía de Dios, ni que los reformados niegan la salvación por fe solo, añade: "El luteranismo, surgiendo a consecuencia de las angustias de un alma apesadumbrada por el sentido de culpabilidad, busca la paz con Dios y halla esta paz en la fe, y ahí se detiene.... Su mayor interés es la paz del alma justificada. El calvinismo pregunta con la misma vehemencia la gran pregunta: '¿Qúe haré para ser salvo?' y la contesta de la misma manera. Pero no se detiene ahí. Le presiona una pregunta aun más profunda: '¿de dónde proviene la fe por la cual soy justificado?'.... El calvinista siente gran celo por la salvación, pero más aun por el honor de Dios, y es esta la pregunta que vivifica sus emociones y vitaliza sus esfuerzos. El calvinismo comienza, se centra y termina con la visión de Dios en su gloria; y busca ante todas las cosas dar a Dios la gloria que le pertenece en cada esfera de la vida".[5] Y añade: "El fundamento del pensamiento calvinista es en una palabra, la visión de Dios en su majestad", y una vez el hombre ha captado esta visión, queda "por un lado lleno de un sentido de su indignidad como criatura, y mucho más como pecador ante la presencia de Dios, y por otro lado lleno de indescriptible asombro de que no obstante este mismo Dios es uno que recibe a pecadores". Toda dependencia de sí mismo desaparece, y depende únicamente de la gracia de Dios. En la naturaleza, en la historia, en la gracia, en todo lugar, de eternidad a eternidad, el calvinista ve la actividad del Dios que todo lo llena.

Si Dios tiene un plan definido para la redención del hombre, es de suma importancia que conozcamos este plan. La persona que contempla una complicada máquina pero desconoce el propósito para lo cual ha sido diseñada e ignora la relación entre sus distintas partes, no la podrá entender ni usar de manera útil. De igual manera, si desconocemos el plan de salvación, o el gran fin de dicho plan, o la relación entre las distintas partes, o si las entendemos erróneamente, nuestras ideas serán confusas y erróneas y no lo podremos aplicar debidamente a nosotros mismos o presentarlo a otras personas. Dado que la doctrina de la predestinación nos revela tanto respecto al camino de salvación, y dado que provee tan gran consuelo y seguridad al

[5]Artículo, *Calvin as Theologian and Calvinism Today*, pp. 23, 24.

creyente, ella es una gloriosa y bendita verdad.

No vacilamos en afirmar que este sistema de fe y doctrina, revelado por inspiración del Espíritu Santo, es el sistema filosófico verdadero y final. La teología estudia a Dios mismo, las ciencias físicas y las artes liberales estudian sólo sus vestiduras. Por consiguiente, la teología es la "reina de las ciencias". La filosofía, como ha sido estudiada usualmente por las diferentes escuelas de pensamiento, es el fundamento y la maestra de las ciencias meramente humanas, pero en sí es sólo una ciencia auxiliar en el estudio de la teología.

La teología calvinista es el tema más glorioso que jamás haya ocupado la mente del hombre. Su mismo punto de partida es una profunda contemplación de la exaltación y perfección de Dios. Sus doctrinas sublimes de la gracia soberana, del poder y de la gloria de Dios, lo elevan a regiones mucho más exaltadas que cualquier otro sistema. El que lo escudriña tiene que exclamar con el salmista, "Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender"; o con el apóstol Pablo, "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Sal. 139:6; Ro. 11:33). Este es un tema que ha desafiado los intelectos de todos los grandes pensadores, y no nos sorprende que éstas son cosas que los mismos ángeles anhelan contemplar. Pasar de otros sistemas a éste es como pasar de la boca de un río a un gran océano; las superficialidades quedan atrás y nos sentimos en un profundo y anchuroso mar.

4. Sólo el calvinismo pasa por todas las pruebas

La armonía que existe entre todas las ramas de la doctrina de la Escritura es tal que la verdad o el error en cuanto a cualquiera de ellas casi inevitablemente produce verdad o error, a mayor o menor grado, en todas las demás —lo que equivale a decir que sólo los calvinistas sostienen ideas bíblicas en todos los respectos en cuanto a las principales doctrinas del cristianismo. Esto no significa, sin embargo, que las partes esenciales de las doctrinas más importantes, tales como la divinidad de Cristo, su muerte sacrificial, su resurrección, la obra del Espíritu Santo, etc., no son también sostenidas por otros, sino que la tendencia general de conceptos equivocados respecto a las doctrinas distintivamente calvinistas es el alejarse más y más de las demás doctrinas bíblicas. Los anticalvinistas, por lo general, empobrecen tan seriamente doctrinas tales como la de la expiación, la obra del Espíritu Santo, la culpa e inhabilidad del hombre, la regeneración, etc., que éstas a menudo quedan convertidas en nada más que conceptos huecos; y unido a este empobrecimiento se manifiesta muchas veces la tendencia a pasarlas por alto completamente. Los anticalvinistas, por lo general, no distinguen adecuadamente entre la obra objetiva de Cristo *por* nosotros y la obra subjetiva *en* nosotros; y por consiguiente, la expiación queda reducida prácticamente a una mera exhibición y prueba del amor indiscriminado de Dios para con los hombres, mediante el cual se manifiesta su disposición a perdonarles. La tendencia en sistemas no calvinistas es el adoptar la teoría de la "persuasión moral" de la expiación; el calvinismo, en cambio, sostiene que el sufrimiento de Cristo satisfizo plenamente la justicia de Dios—que los sufrimientos de Cristo fueron un equivalente pleno de los sufrimientos que los escogidos merecían por sus pecados.

Vivimos en una época en que vemos a prácticamente todas las iglesias protestantes históricas amenazadas desde adentro por el escepticismo. Muchas de ellas ya han sucumbido; y la línea de descenso ha sido invariablemente del calvinismo al arminianismo, y del arminianismo al modernismo y al unitarismo; y esta última posición ha demostrado ser autodestructiva. Creemos firmemente que el futuro del cristianismo está íntimamente ligado al futuro del calvinismo. La historia del modernismo y del unitarismo en América del Norte ha demostrado que estos sistemas son demasiado débiles como para mantenerse. Donde los principios del calvinismo son abandonados, existe una poderosa tendencia hacia el naturalismo. Algunos han expresado—y creemos que correctamente—que no hay un punto medio consistente entre el calvinismo y el ateísmo.

Estas distinciones que hemos presentado entre el calvinismo y el arminianismo son amplias e importantes; y hasta que uno no haya hecho un estudio especial de estas verdades, no se dará cuenta de cuanta herejía ha sido incorporada en el sistema arminiano. Si un sistema es verdadero, el otro es radicalmente falso. Como calvinistas firmes creemos que nuestras doctrinas son la verdad final y que son eternamente verdaderas. Creemos que este es el *único* sistema de verdad cristiana enseñado en la Biblia y el único que se puede defender lógica y respetablemente ante el mundo. Y ciertamente mucho más fácil es defender un tipo de cristianismo en armonía con las Escrituras y con la razón de defender cualquier otro tipo. Creemos que el calvinismo y un teísmo consistente no tienen puntos en común meramente, sino que son idénticos y desviarse del calvinismo es lo mismo que desviarse de una concepción verdaderamente teísta del universo. El Dr. Warfield ha dicho que el calvinismo es "el verdadero teísmo", que es "el evangelicalismo en su pura y única estable expresión", que es "religión en su más alta concepción". Creemos que el futuro del cristianismo—como ha sucedido en el pasado—dependerá del futuro del calvinismo, y que según el cristianismo vaya avanzando en el mundo el sistema de doctrina calvinista gradualmente ocupará el primer lugar.

El arminianismo, debido a su posición inconsistente como sistema, ya que se encuentra en una posición intermedia entre una religión de gracia y

una religión de obras, no ha podido ofrecer sino muy poca resistencia a las tendencias naturalistas de los últimos años. Prácticamente todas las iglesias que profesaban ser arminianas han sido absorbidas por el liberalismo actual.

"Si hemos no sólo de defender el cristianismo de ataques modernistas", dice el Dr. S. G. Craig, "sino de presentarlo como opción válida, debemos emprender dicha labor armados de una visión total de la vida y del mundo, consistente y científica, basada en hechos y principios cristianos.... Personalmente sostengo que dicha visión total cristiana de la vida y del mundo la tenemos únicamente en el calvinismo y, por tanto, un renacimiento del calvinismo es la necesidad imperante del momento, si es que verdaderamente hemos de defender con éxito ante el foro del pensamiento mundial aun aquello que llamamos simplemente cristianismo". El ya fallecido Enrique B. Smith tenía razón, al menos en principio, al escribir, "Una cosa es cierta —que la ciencia atea trastornará todas las cosas menos la verdadera ortodoxia cristiana. Todas las débiles teorías, y las moluscas formaciones, y los inmediatos purgatorios de especulación se irán por la borda. La lucha será entre una firme y cabal ortodoxia y un firme y cabal paganismo. Será Agustín o Comte, Atanasio o Hegel, Lutero o Schopenhauer, J. S. Mill o Juan Calvino". La lucha es entre el naturalismo de la ciencia y el sobrenaturalismo del cristianismo; todo sistema de avenencia está destinado al fracaso. (Cabe señalar, sin embargo, que no estamos en contra de la verdadèra ciencia. Reconocemos el gran valor de la biología, la química, la física, la astronomía, etc., y estamos de acuerdo en que mucho de nuestro progreso del siglo veinte ha sido posible sólo mediante las contribuciones que estas ciencias han hecho. Aceptamos la verdad no importa de qué fuente proceda, y creemos que al fin y al cabo la verdad justificará el cristianismo. El salmista declaró, "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Sal. 19:1); y en otra parte dice, "Oh Jehová, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra" (Sal. 8:1); y ciertamente mientras más sepamos sobre estas ciencias mejor entenderemos a Dios. Nuestra contención es más bien contra ciertos científicos incrédulos que tratan de aplicar sus teorías anticristianas, y a menudo ateas, a las esferas de la religión y de la filosofía, y profesan hablar con autoridad sobre temas que desconocen).

Es interesante notar cómo, en la historia de la iglesia, otros sistemas de teología han surgido y desaparecido mientras que este sistema aun subsiste. El arminianismo, al menos en su forma presente, es de origen comparativamente reciente. Desde la época de la Reforma hasta fines del siglo diez y ocho fue rechazado por los sínodos y credos protestantes. Aun en la iglesia católica no le ha ido bien. En el siglo cuatro Agustín logró que su doctrina de la predestinación fuese reconocida como la verdadera doctrina cristiana de la predestinación, y la iglesia católica nunca ha adoptado consistente y

oficialmente las doctrinas arminianas. De igual manera ha sucedido con el nestorianismo, el arianismo, el pelagianismo, el semipelagianismo, el socinianismo, etc. Todos estos sistemas han sido sostenidos por algunos, pero han desaparecido; mientras que nuestro sistema, conocido en distintas épocas como el agustinianismo o el calvinismo, ha perdurado fundamentalmente sin cambio en sus principios básicos. ¿No es ésta una prueba convincente de que éste es el sistema verdadero? Respecto al calvinismo que presenta la Confesión de Westminster, el Dr. C. W. Hodge ha dicho: "Las modificaciones más recientes del calvinismo han pasado, y la forma pura y consistente del sobrenaturalismo y evangelicalismo se mantiene como una impregnable barrera contra los torrentes naturalistas que amenazan ahogar las iglesias cristianas".

La mente lógica y consistente halla descanso únicamente en el calvinismo. Que ello es un sistema lógico es admitido aun por sus opositores. Una persona que conoce lo que es el calvinismo, lo amará o lo aborrecerá, pero aun si lo aborrece, no podrá sino hablar respetuosamente de ello. A veces se oye la crítica de que el calvinismo pone demasiado énfasis en la lógica y muy poco en la emoción. Es cierto que el calvinismo no arde en llamas como la paja; pero, como el carbón, una vez encendido, produce un intenso y continuo calor. "El calvinismo", dice el profesor H. H. Meeter, "se distingue entre sistemas religiosos por ser altamente intelectual. El calvinismo es conocido por su dialéctica. Los calvinistas son reconocidos entre los teólogos como los logistas por excelencia. Oliverio Wendell Holmes en su parodia: 'La obra maestra del diácono', satirizó este aspecto del calvinismo. El antiguo coche de caballos, tan excelentemente construido que cada tuerca y tornillo y eje y varilla tenía la misma fuerza que los demás, y que se desplomó todo a la misma vez frente a la iglesia, representaba para él la historia del calvinismo. El calvinismo como obra maestra de la lógica había continuado por siglos, pero se consideraba haber derrumbado cuando el transcendentalismo surgió como filosofía predominante en Nueva Inglaterra".[6]

La objeción de que el calvinismo sobreenfatiza la lógica, sin embargo, no tiene base adecuada, como cualquiera que lo analice sin prejuicios podrá ver. No obstante, si hemos de errar en uno de los dos lados, probablemente será mejor errar en el lado del intelecto y no en el de las emociones. Pero, ¿a quién jamás se le ocurrió descartar un sistema por ser demasiado lógico? Más bien, los calvinistas nos gloriamos en la consistencia lógica de nuestro sistema.

5. Las doctrinas calvinistas no son irrazonables cuando son entendidas correctamente

[6]*The Fundamental Principle of Calvinism*, p. 25.

Quizá no haya otro sistema de pensamiento que haya sido tergiversado tan seria y deplorablemente, y a veces hasta de forma deliberada, como el calvinismo. Muchos de los que han criticado el sistema calvinista lo han hecho sin haberlo estudiado adecuadamente, y puede decirse que nuestros opositores en general conocen sólo lo que han captado de oídas y, por tanto, sus ideas sobre el tema carecen de conexión y consistencia. La doctrina de la predestinación en especial convierte a la sabiduría del mundo en un hazmerreír; la sabiduría del mundo, en cambio, intenta presentar la predestinación como un concepto ridículo. Si hay doctrina que a los judíos es piedra de tropiezo y a los gentiles locura, ciertamente es ésta. Presentada escuétamente, la doctrina de la predestinación parece ser paradójica y los que sólo la conocen de manera superficial probablemente les sorprenda que dicha doctrina haya sido sostenida por tantas mentes piadosas y brillantes. El carácter paradójico de la doctrina desaparece en gran medida, sin embargo, si no es que desaparece por completo, cuando examinamos detenidamente su fundamento y construcción.

Por tal razón pedimos que se examine el sistema calvinista desapasionadamente y que se lo estudie en sus relaciones y consistencia lógica. Hemos visto anteriormente que este sistema está sólidamente cimentado en la autoridad de las Escrituras; y cuando añadimos a esto la evidencia que proviene de las leyes de la naturaleza y de los hechos de la vida humana podemos ver cuan posible, probable y justo es dicho sistema. Visto bajo esta luz, el sistema cesa de ser la doctrina arbitrariamente ilógica e inmoral que los opositores se deleitan en caricaturizar, y se convierte en uno que arroja grande gloria sobre la majestad divina. Las doctrinas calvinistas, por supuesto, no son las que el hombre natural espera encontrar. La salvación por obras es el sistema que con más naturalidad apela a la razón entenebrecida del hombre. Si se permitiese al hombre elaborar un sistema de su propia preferencia, no hay ni una probabilidad en mil que desarrollase un sistema en el cual un redentor actuando en su capacidad representativa ganase estas bendiciones y las confiriese a sus redimidos. Dice Zanchius "La mente carnal siente horror al encararse a esta verdad; en cambio, la mente del hombre espiritual la abrazará con afecto" (p. 152). "Si bien el arminianismo es el sistema que más apela a nuestros sentimientos", dice Froude "el calvinismo está más a tono con los hechos, pese a lo duro y amenazante que parezcan ser esos hechos". Es evidente que el calvinismo apela a la revelación divina en vez de a la razón humana, a los hechos en vez de a los sentimientos; al conocimiento en vez de a la suposición; a la conciencia en vez de a la emoción.

Como dijéramos anteriormente, muchas personas consideran este sistema una necedad. Sin embargo, cuando las doctrinas de este sistema se estudian cuidadosamente, encontramos que no son tan inciertas y difíciles como algunos pretenden que son; la incertidumbre y dificultad de las mismas se deben en gran medida al orgullo, al amor, al pecado, y a la ignorancia de la verdadera condición de nuestro corazón. Los que llegan a abrazar este sistema, sin embargo, se sienten como si estuviesen viviendo en un mundo distinto, tan distinta es su visión de la vida. "Doquiera los hijos de Dios tornan su vista", dice Calvino, "pueden observar ceguera, ignorancia, insensibilidad, como para llenarles de horror; en cambio, ellos en medio de dicha oscuridad han recibido iluminación divina, y lo saben y la sienten en sí mismos".[7]

Parafraseando las palabras de Pope pudiéramos decir de este tema: "Un poco de la doctrina de la predestinación es algo peligroso. Entonces, a beber profundamente, o no toque el manantial sagrado". Aquí, como en algunos otros casos, los primeros sorbos confunden y perturban la mente, pero sorbos más profundos vencen los efectos intoxicantes y restauran nuestros sentidos.

Esta sublime filosofía de la soberanía de Dios y de la libertad del hombre aparece en toda la Biblia. Sin embargo, no se hace una tentativa de explicar cómo estas dos verdades están relacionadas. La suposición invariable es que Dios es el gobernador soberano que gobierna inclusive los pensamientos, sentimientos e impulsos íntimos de los hombres; por otro lado, sin embargo, el hombre nunca es presentado sino como un ser inteligente, libre y moral, responsable de sus actos. Las doctrinas de la preordinación, soberanía, y control providencial van mano a mano con las de la libertad y responsabilidad de las criaturas racionales. No afirmamos que la doctrina de la predestinación esté libre de toda dificultad, pero sí afirmamos que el negarla conlleva más y mayores dificultades que el sostenerla. Que un ser de sabiduría, poder y bondad infinitos creara un universo y luego lo dejara a la deriva como a un gran barco sin piloto es una suposición que subvierte nuestras ideas básicas de Dios, contradice el repetido testimonio de las Escrituras y es contraria a nuestra experiencia diaria y a nuestro sentido común. Carlos Hodge, en su introducción a la discusión del tema sobre *Los Decretos de Dios*, dice: "Debe recordarse que la teología no es filosofía. La teología no pretende descubrir verdades, o reconciliar lo que enseña como la verdad con todas las demás verdades. Su esfera es simplemente la de declarar lo que Dios ha revelado en su Palabra y vindicar esas declaraciones, hasta donde sea posible, de interpretaciones erróneas y de objeciones. Es necesario tener en mente este limitado y humilde oficio de la teología cuando hablamos de las obras y propósitos de Dios. 'Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios' (1 Co. 2:11). Al discutir, por tanto, los decretos de Dios, todo lo que nos proponemos es simplemente declarar lo que al Espíritu le ha placido revelar sobre dicho tema".[8]

[7] *Calvin's Calvinism*, p. 30.
[8] *Systematic Theology*, I, p. 535.

"Todas las artes tienen una especie de vínculo y conexión mutuos, y mediante una especie de relación recíproca son unificadas y entrelazadas las unas con las otras. Lo mismo puede decirse de esta importante doctrina; la predestinación es el vínculo que une y sostiene todo el sistema cristiano y sin la cual este sistema se desmoronaría. La doctrina de la predestinación es el cemento que mantiene al edificio intacto; es el alma misma que anima el cuerpo entero. Esta doctrina está tan entrelazada con todo el esquema de doctrina evangélica que de ser excluida el sistema se muere desangrado".[10]

Se nos manda a ir y predicar el evangelio; pero en la medida en que cualquiera de las partes de evangelio sea excluida o pasada por alto, estamos siendo infieles a ese mandato. Ningún ministro cristiano tiene el derecho de tomar tijeras y quitar de la Biblia aquellos pasajes que no le agraden. Sin embargo, ¿no es esto, prácticamente, lo que hacen algunos al pasar deliberadamente por alto doctrinas importantes de las Escrituras? Pablo dijo a los convertidos mediante su ministerio, "Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros"; y añade, "Yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios" (Hch. 20:20, 26, 27). Si el ministro cristiano quisiera decir esas mismas palabras hoy, entonces que se cuide de no pasar por alto tan importante verdad. Pablo en repetidas ocasiones hizo referencia a estas doctrinas. Su carta a los romanos (cap. 8 al 11) y a los efesios (cap. 1 y 2) son las más prominentes en este respecto. Al escribir a los romanos Pablo estaba en efecto llevando al mundo entero estas doctrinas y, por ende, sellando sobre ellas el *imprimátur universal*; y si él las consideró de tanta importancia como para enseñarles a los creyentes de la recién fundada iglesia de Roma, la cual ni aún había visitado, podemos estar seguros de que son importantes para los creyentes hoy también. Cristo y los apóstoles predicaron estas verdades, no sólo a unas pocas personas sino a las multitudes. A duras penas encontramos un solo capítulo en el Evangelio de Juan que no mencione o haga alusión a la elección o a la reprobación. Cuando una persona con sinceridad pregunta, "¿Enseña la Biblia la predestinación?", no podemos sino responder en el afirmativo—la predestinación es enseñada constantemente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Además, la Confesión de Westminster lo afirma explícitamente. Por tanto, debemos enseñarla y explicarla en la medida en que nos sea posible. Pablo nos exhorta a que nos vistamos "de toda la armadura de Dios"; sin embargo, la persona que desconoce esta gran doctrina de la predestinación carece de gran parte de esa armadura.

Agustín censuró a aquellos que en su día hacían caso omiso a la doctrina de la predestinación, y cuando en ocasiones se le acusó de predicarla demasiado abiertamente, él refutó la acusación afirmando que podemos seguir las Escrituras doquiera éstas nos dirijan. Lutero y especialmente Calvino enfatizaron estas verdades, y Calvino las desarrolló tan clara y convincentemente que el sistema desde entonces ha sido llamado "calvinismo". Estas doctrinas no solamente fueron predicadas en los países donde la Reforma tuvo su mayor impacto, sino también más tarde en Holanda, en Escocia, en Inglaterra durante la época de la Asamblea de Westminster, y en América del Norte en los comienzos de su historia, donde produjeron profundas convicciones religiosas en toda clase de personas.

[10] *Predestination*, p. 124.

Calvino estaba convencido de que la doctrina de la elección debía ser el centro mismo de la confesión de la iglesia, y sostuvo que de no serlo la iglesia vería algún día esta maravillosa doctrina sepultada y olvidada. Calvino tenía razón; los que no le dieron la importancia y el énfasis debido, sea en Inglaterra, Escocia, Holanda, los Estados Unidos de América, o Canadá, la han perdido casi por completo.

Aquel a quien le ha sido encomendado un mensaje del Rey debe transmitirlo como lo ha recibido; y ciertamente el más grande de los mensajes, el de la predestinación a vida, no debe ser pasado por alto. "Un embajador", dice Zanchius, "debe transmitir el mensaje entero que le ha sido encomendado. No debe omitir ninguna parte del mismo, sino declarar en su totalidad y sin reservas el mensaje del soberano a quien representa. Debe asegurarse de decir ni más ni menos que lo que las instrucciones de su gobierno requieren, de otra manera se verá expuesto a la desaprobación o aun a perder la cabeza. Que el ministro de Cristo considere esto seriamente".[11] Estas son doctrinas que han sido expresamente dadas por revelación divina. Redundan en la gloria de Dios, imparten consuelo y valor a los elegidos, y dejan a los pecadores sin excusa. Cierto, al hombre no le gusta que se le diga que es pecador y que no puede ayudarse a sí mismo. Esta doctrina le resulta demasiado humillante. Pero si verdaderamente está perdido sin Cristo, entonces mientras más pronto lo sepa, mejor. El rehusar predicarla es ser infiel a nuestro Señor y negligente en nuestro deber para con nuestro prójimo. Hacer caso omiso de ella es actuar como el médico que rehusa operar para salvar la vida de una persona porque sabe que la operación ha de causar dolor al paciente. Si estas verdades fuesen predicadas sin temor, el modernismo y el escepticismo no tendrían cabida en nuestras iglesias. El número de cristianos profesantes sería quizá más reducido, pero más leal y efectivo en sus labores cristianas.

La predicación de estas doctrinas, por supuesto, suscitará algunas controversias. Pero la controversia no ha de considerarse como un mal absoluto. Mientras exista el error debe haber controversia. Los ataques de paganos y

[11] *Ibid.*

herejes contra las doctrinas de la iglesia durante los primero siglos del cristianismo y durante la Edad Media forzaron a la iglesia a reexaminar sus doctrinas, desarrollarlas, explicarlas, purificarlas, y fortalecerlas. Estos ataques hicieron que se estudiase la Biblia más minuciosamente. Brillantes estudiosos de la Biblia escribieron libros y artículos sobre la fe cristiana, y como resultado la iglesia fue grandemente enriquecida por los frutos intelectuales y espirituales así producidos.

Es un error decir que la gente ya no le interese escuchar la predicación doctrinal. Si el ministro cree sus doctrinas y las presenta con convicción y como asuntos de vital importancia, encontrará oyentes interesados en escucharlas. Hoy vemos a miles de personas que rechazan los sermones desde los púlpitos sobre los sucesos del momento, temas sociales, asuntos políticos y cuestiones meramente éticas y tratan de llenar sus vidas con filosofías ocultas y pueriles. La verdad es que en muchos aspectos estamos más empobrecidos espiritualmente que lo que debiéramos estar, porque en nuestra confusión y perplejidad teológica no hemos hecho justicia a estos grandes principios doctrinales. Si se predican correctamente estas doctrinas, son sumamente interesantes y útiles. La experiencia del autor como maestro de la Biblia le ha demostrado que no hay temas que entusiasmen y cautiven más la atención de los estudiantes que éstos. Además, nos preguntamos, ¿qué excusa tiene la iglesia presbiteriana para continuar como denominación particular si descarta el calvinismo como no esencial? Mucha de nuestra debilidad presente se debe al hecho de que los presbiterianos han recibido muy poca instrucción sobre estas doctrinas distintivas del sistema presbiteriano, y esta falta de instrucción ha llevado directamente al movimiento ecuménico en el cual se están haciendo esfuerzos por unir iglesias muy distintas con sólo un mínimo de doctrina.

La doctrina de la predestinación es una doctrina para creyentes genuinos. Se debe tomar mucha precaución al predicarla al inconverso. Es casi imposible convencer a un no creyente de su verdad, y de hecho el corazón del no regenerado por lo general siente gran aversión hacia la misma. Si se enfatiza antes de que se comprendan las verdades más simples del sistema cristiano, posiblemente será malentendida y en tal caso puede que sólo conduzca a la persona a mayor desesperanza. Al predicar al no convertido o a aquellos que apenas comienzan en la vida cristiana, debemos presentar y enfatizar principalmente la parte del hombre en la obra de salvación—la fe, el arrepentimiento, la reforma moral, etc. Estos son los pasos elementales con respecto a la conciencia del individuo. En esta etapa temprana no es necesario decir mucho acerca de las verdades más profundas que se refieren a la parte de Dios en la salvación. Como en el estudio de la matemática no comenzamos con el álgebra o el cálculo, sino con los problemas sencillos de la aritmética, así también en este caso lo mejor es presentar primero las verdades

más elementales. Entonces después que la persona ha sido salva y ha recorrido alguna distancia por la senda cristiana, se da cuenta de que en su salvación la obra de Dios fue primaria y la suya secundaria, que fue salvo por gracia y no por obras propias. Calvino dijo que la doctrina de la predestinación "no es un asunto para niños pensar mucho en él"; y Strong dice, "Esta doctrina es una de enseñanzas profundas de las Escrituras que requiere para ser entendida una mente madura y una experiencia profunda. El principiante en la vida cristiana puede que no vea su valor o aun su verdad, pero con el paso de los años dicha doctrina se convertirá en un firme cayado que le servirá de sostén".[12] Y aunque es cierto que esta doctrina no puede ser apreciada adecuadamente por el no convertido ni por aquellos que están comenzando en la vida cristiana, no obstante debe ser propiedad común de todos los que han caminado alguna distancia por esa senda.

Cabe señalar que al escribir su *Institución* Calvino no trató la doctrina de la predestinación en los primeros capítulos. El primero desarrolló las otras doctrinas del sistema cristiano y deliberadamente pasó por alto esta doctrina, aun en ciertas partes donde hubiésemos esperado que naturalmente la discutiera. No es sino en la última parte de su discusión teológica que desarrolla a fondo la doctrina de la predestinación, haciéndola en corona y gloria de todo el sistema.

Debemos añadir además que al predicar esta doctrina se debe tener cuidado de no exagerar ninguna de sus partes, y se debe mostrar también que la misma está fundamentada no en la voluntad arbitraria sino en la sabiduría y el amor infinitos de Dios.

8. Los votos de ordenación y la obligación del ministro

Todo ministro y anciano ordenado en la iglesia presbiteriana y en la reformada solemnemente afirma ante Dios y los hombres que acepta y adopta sinceramente la confesión de fe de su iglesia como la que contiene el sistema de doctrina de las Sagradas Escrituras, (Iglesia Presbiteriana Unida, véase forma de gobierno, XIII:IV; XV:XII).[13] Dado que estas confesiones son enteramente calvinistas, esto significa que nadie que no sea calvinista puede honesta y concienzudamente aceptar esta ordenación. Un arminiano no tiene ni el más mínimo derecho de ser ministro de una iglesia calvinista, y el arminiano que llega a ser ministro de una iglesia calvinista carece de buena moralidad así como de buena teología. Declarar una cosa y creer otra es inconsistente con el carácter de un hombre honesto. Sin embargo, a pesar de que nuestros votos de ordenación son totalmente calvinistas, ¡cuán pocos ministros proclaman estas doctrinas! Al oír los sermones desde los púlpitos

[12] *Systematic Theology*, p. 368.
[13] La Iglesia Presbiteriana Unida ha adoptado desde entonces *La Confesión de 1967*, que relega la *Confesión de Westminster* a una posición de secundaria importancia.

de las iglesias nominalmente calvinistas, sería difícil determinar cuales son las doctrinas esenciales de la fe reformada. Nuestros púlpitos, así como las publicaciones de nuestras iglesias, y nuestras escuelas y seminarios están saturados de las doctrinas arminianas del *mérito* y del *libre albedrío*. Las iglesias presbiterianas y las reformadas de hoy día parecen no tener un concepto adecuado de la importancia fundamental de su gran herencia doctrinal. Los escritos de Calvino y Lutero, los de los grandes teólogos puritanos, y los de todos los grandes teólogos desde ese entonces debieran ser mejor conocidos por nuestros jóvenes teólogos. Es posible que la forma escolástica y el estilo un tanto intricado de estas obras haya disuadido a muchos de estudiarlas a fondo, pero debemos recordar que el estudio de la teología no es con el propósito de disfrutar meramente del placer que pueda brindar. Las profundas obras de los grandes maestros de teología no son novelas aventurescas.

Muchos jóvenes entran al ministerio sin estar realmente familiarizados con la doctrina de la iglesia que se proponen servir, y cuando oyen a algunos que predican las normas de Westminster, los consideran "predicadores de doctrinas extrañas". La gran necesidad de la iglesia hoy es de hombres de firmes convicciones y mentes afianzadas en la verdad, y no de modernistas o liberales latitudinarios que oscilan de un lado a otro gloriándose de no tener opiniones dogmáticas ni preferencias teológicas. Todo parece indicar que la mayoría de nuestros ministros ya no cree en las doctrinas calvinistas y muchos, contrario a sus votos solemnes de ordenación, están haciendo todo lo posible, mediante métodos artificiosos y deshonestos, para destruir la fe que una vez solemnemente profesaron defender con la ayuda del Espíritu Santo. Si estas doctrinas son verdaderas, entonces deben ser enseñadas y defendidas clara y positivamente en nuestras iglesias, seminarios y universidades. Si no son verdaderas, entonces deben ser eliminadas de la Confesión de Fe. La honestidad es tan importante en la teología como en el negocio o en el comercio, y tan importante en una denominación religiosa como en un partido político. El ministro presbiteriano es uno que se ha comprometido a un sistema de doctrina. Los que niegan las doctrinas calvinistas desde los púlpitos presbiterianos, por tanto, están siendo falsos a sus votos de ordenación y deben irse a otras denominaciones que sostienen sus opiniones. Ningún oficial de la iglesia tiene el derecho de aceptar los honores y remuneraciones que recibe por la aceptación externa de un credo que él no cree ni enseña.

"El credo de una iglesia", dice Shedd, "es un solemne *contrato* entre los miembros de la iglesia: y lo es aun más que la plataforma de un partido político entre políticos. Algunas personas parecen no percibir la inmoralidad que envuelve violar un contrato cuando concierne a una denominación religiosa; en cambio, cuando es un partido político la organización afectada por la disolución del compromiso, estas mismas personas son las primeras

en percibir y denunciar con gran vehemencia la perfidia. Si un grupo de personas dentro del partido republicano, por ejemplo, tratara de cambiar la plataforma de ese partido mientras aún continúan ejerciendo los cargos y recibiendo los salarios que recibieron al profesar total fidelidad al partido y al prometer someterse a los principios fundamentales sobre los cuales el partido está fundado y en base a los cuales dicho partido se diferencia de otros partidos políticos, muy pronto la acusación de deshonestidad política repercutiría a través de toda la organización republicana. Y si tras el despido de dichos violadores de sus cargos o, quizá, tras su expulsión de la organización política, algunos protestaran las medidas disciplinarias impugnándolas como injustas, sin lugar a duda la prensa republicana ignoraría por completo tan ridícula protesta. A los políticos deshonestos que demandan tolerancia usando como pretexto lo que los denominan una política más 'liberal' que la que el partido favorece, y que reciben salarios pagados por el partido mientras abogan por ideas distintas a las de la mayoría de los partidarios del partido, se les advierte sin vacilación que nadie está obligado a unirse al partido republicano o a permanecer en él, pero si alguno se une al mismo o permanece en él, está bajo la obligación de someterse al credo del partido y no tratar, secreta o abiertamente, de alterarlo. Que el credo de los republicanos es para republicanos y no para otros, es algo en lo que todos parecen estar de acuerdo; pero que un credo calvinista es para calvinistas y no para otros, parece ser puesto en tela de juicio por algunos....

"Si dentro del partido demócrata surgiese una facción que demandase el derecho, mientras permanece dentro del partido, de adoptar los principios republicanos, le sería dicho que el lugar apropiado para tal proyecto es fuera del partido demócrata y no dentro. No se le negaría el derecho a la facción a sus propias opiniones, pero sí el derecho de sostener y propagar sus opiniones con fondos e influencia del partido demócrata.... Se le diría sencillamente a los inconformes, 'No podemos impedir que tengan sus ideas particulares y jamás lo impediremos, pero no tienen derecho alguno de ventilarlas dentro de nuestra organización' ".[14]

A veces se acusa a las iglesias calvinistas de intolerancia o de persecución cuando en base a desviaciones del credo de la iglesia se llevan a cabo algunas investigaciones judiciales. Sostenemos, sin embargo, que dicha acusación es injusta y que toda iglesia tiene el derecho de exigir de sus ministros y maestros que sus predicaciones y enseñanzas se conformen a las normas de la denominación.

Estas consideraciones dejan ver claramente porqué muchos de nosotros sentimos tan poco entusiasmo por los movimientos ecuménicos que quieren unir grupos que sostienen sistemas doctrinales totalmente diferentes. Cree-

[14]Shedd, *Calvinism, Pure and Mixed*, p. 160.

de las iglesias nominalmente calvinistas, sería difícil determinar cuales son las doctrinas esenciales de la fe reformada. Nuestros púlpitos, así como las publicaciones de nuestras iglesias, y nuestras escuelas y seminarios están saturados de las doctrinas arminianas del *mérito* y del *libre albedrío*. Las iglesias presbiterianas y las reformadas de hoy día parecen no tener un concepto adecuado de la importancia fundamental de su gran herencia doctrinal. Los escritos de Calvino y Lutero, los de los grandes teólogos puritanos, y los de todos los grandes teólogos desde ese entonces debieran ser mejor conocidos por nuestros jóvenes teólogos. Es posible que la forma escolástica y el estilo un tanto intricado de estas obras haya disuadido a muchos de estudiarlas a fondo, pero debemos recordar que el estudio de la teología no es con el propósito de disfrutar meramente del placer que pueda brindar. Las profundas obras de los grandes maestros de teología no son novelas aventurescas.

Muchos jóvenes entran al ministerio sin estar realmente familiarizados con la doctrina de la iglesia que se proponen servir, y cuando oyen a algunos que predican las normas de Westminster, los consideran "predicadores de doctrinas extrañas". La gran necesidad de la iglesia hoy es de hombres de firmes convicciones y mentes afianzadas en la verdad, y no de modernistas o liberales latitudinarios que oscilan de un lado a otro gloriándose de no tener opiniones dogmáticas ni preferencias teológicas. Todo parece indicar que la mayoría de nuestros ministros ya no cree en las doctrinas calvinistas y muchos, contrario a sus votos solemnes de ordenación, están haciendo todo lo posible, mediante métodos artificiosos y deshonestos, para destruir la fe que una vez solemnemente profesaron defender con la ayuda del Espíritu Santo. Si estas doctrinas son verdaderas, entonces deben ser enseñadas y defendidas clara y positivamente en nuestras iglesias, seminarios y universidades. Si no son verdaderas, entonces deben ser eliminadas de la Confesión de Fe. La honestidad es tan importante en la teología como en el negocio o en el comercio, y tan importante en una denominación religiosa como en un partido político. El ministro presbiteriano es uno que se ha comprometido a un sistema de doctrina. Los que niegan las doctrinas calvinistas desde los púlpitos presbiterianos, por tanto, están siendo falsos a sus votos de ordenación y deben irse a otras denominaciones que sostienen sus opiniones. Ningún oficial de la iglesia tiene el derecho de aceptar los honores y remuneraciones que recibe por la aceptación externa de un credo que él no cree ni enseña.

"El credo de una iglesia", dice Shedd, "es un solemne *contrato* entre los miembros de la iglesia: y lo es aun más que la plataforma de un partido político entre políticos. Algunas personas parecen no percibir la inmoralidad que envuelve violar un contrato cuando concierne a una denominación religiosa; en cambio, cuando es un partido político la organización afectada por la disolución del compromiso, estas mismas personas son las primeras

en percibir y denunciar con gran vehemencia la perfidia. Si un grupo de personas dentro del partido republicano, por ejemplo, tratara de cambiar la plataforma de ese partido mientras aún continúan ejerciendo los cargos y recibiendo los salarios que recibieron al profesar total fidelidad al partido y al prometer someterse a los principios fundamentales sobre los cuales el partido está fundado y en base a los cuales dicho partido se diferencia de otros partidos políticos, muy pronto la acusación de deshonestidad política repercutiría a través de toda la organización republicana. Y si tras el despido de dichos violadores de sus cargos o, quizá, tras su expulsión de la organización política, algunos protestaran las medidas disciplinarias impugnándolas como injustas, sin lugar a duda la prensa republicana ignoraría por completo tan ridícula protesta. A los políticos deshonestos que demandan tolerancia usando como pretexto lo que los denominan una política más 'liberal' que la que el partido favorece, y que reciben salarios pagados por el partido mientras abogan por ideas distintas a las de la mayoría de los partidarios del partido, se les advierte sin vacilación que nadie está obligado a unirse al partido republicano o a permanecer en él, pero si alguno se une al mismo o permanece en él, está bajo la obligación de someterse al credo del partido y no tratar, secreta o abiertamente, de alterarlo. Que el credo de los republicanos es para republicanos y no para otros, es algo en lo que todos parecen estar de acuerdo; pero que un credo calvinista es para calvinistas y no para otros, parece ser puesto en tela de juicio por algunos. . . .

"Si dentro del partido demócrata surgiese una facción que demandase el derecho, mientras permanece dentro del partido, de adoptar los principios republicanos, le sería dicho que el lugar apropiado para tal proyecto es fuera del partido demócrata y no dentro. No se le negaría el derecho a la facción a sus propias opiniones, pero sí el derecho de sostener y propagar sus opiniones con fondos e influencia del partido demócrata. . . . Se le diría sencillamente a los inconformes, 'No podemos impedir que tengan sus ideas particulares y jamás lo impediremos, pero no tienen derecho alguno de ventilarlas dentro de nuestra organización' ".[14]

A veces se acusa a las iglesias calvinistas de intolerancia o de persecución cuando en base a desviaciones del credo de la iglesia se llevan a cabo algunas investigaciones judiciales. Sostenemos, sin embargo, que dicha acusación es injusta y que toda iglesia tiene el derecho de exigir de sus ministros y maestros que sus predicaciones y enseñanzas se conformen a las normas de la denominación.

Estas consideraciones dejan ver claramente porqué muchos de nosotros sentimos tan poco entusiasmo por los movimientos ecuménicos que quieren unir grupos que sostienen sistemas doctrinales totalmente diferentes. Cree-

[14]Shedd, *Calvinism, Pure and Mixed*, p. 160.

mos que el sistema calvinista es el único enseñado en las Escrituras y vindicado por la razón y, por consiguiente, es el más estable y el de mayor influencia en el fomento de la justicia. No obstante, respetamos el derecho de todos los que difieren de nosotros a su criterio personal, y nos regocijamos sinceramente en el bien que puedan lograr. Nos regocijamos en que otros sistemas de teología se aproximen al nuestro; sin embargo, no podemos consentir al empobrecimiento de nuestro mensaje al proclamar menos de lo que encontramos enseñado en las Escrituras. Si pudiera consumarse una unión en la cual el calvinismo fuese aceptado como el sistema de verdad enseñado en la Biblia, gustosamente accederíamos a tal unión; pero creemos que el aceptar algo menos que eso sería abandonar la verdad vital; además, no valdría la pena propagar una posición lo suficientemente vaga como para abrazar al calvinismo y otros sistemas de doctrina a la misma vez. Creemos que la ventaja superficial de números adicionales que resultaría de tal unión importaría muy poco al compararse con la desarmonía espiritual que inevitablemente habría de surgir. Deseamos, por tanto, permanecer siendo presbiterianos hasta que las doctrinas de la fe reformada, que no son sino las doctrinas de la Palabra de Dios, se conviertan en las doctrinas de la iglesia universal.

Estas doctrinas, ahora tan descuidadas o desconocidas y hasta muchas veces combatidas abiertamente, fueron universalmente sostenidas y predicadas por los reformadores, y después de la Reforma fueron incorporadas en los credos, catecismos o artículos de todas las iglesias protestantes. Cualquiera que compare los sermones pronunciados en nuestros días con los de los reformadores, no tendrá dificultad en percibir cuan contradictorios e irreconciliables son los unos a los otros.

9. La Iglesia Presbiteriana mantiene una posición abierta y tolerante

Aunque la Iglesia Presbiteriana es preeminentemente una iglesia doctrinal, nunca exige la total aceptación de sus normas de ningún solicitante a admisión en la misma. Una aceptable profesión de fe en Cristo es su única condición de membresía. Sí exige que sus ministros y ancianos sean calvinistas; pero no lo exige de sus miembros laicos. Como calvinistas gozosamente reconocemos como hermano en la fe a todo el que confía en Cristo para la salvación, no importa cuan inconsistentes sean sus otras creencias. Creemos, sin embargo, que el calvinismo es el único sistema verdadero, y aunque se puede ser creyente sin creer toda la Biblia, el cristianismo de cada persona será imperfecto en proporción a la medida de divergencia del sistema de doctrina bíblica. El Profesor F. E. Hamilton dice al respecto: "Una persona ciega, sorda y muda puede, es cierto, conocer algo del mundo que

le rodea a través de los sentidos que le restan, pero su conocimiento será muy imperfecto y probablemente impreciso. De manera similar, una persona que nunca conozca o que nunca acepte las más profundas enseñanzas de la Biblia incorporadas en el calvinismo, puede que sea creyente, pero será un creyente muy imperfecto, y el deber de los que conocen toda la verdad debe ser conducir a dicha persona al único depósito que contiene las riquezas plenas del cristianismo verdadero". "El calvinista", dice el Dr. Craig, "no difiere de otros creyentes en clase, sino sólo en grado, así como ejemplares más o menos buenos de alguna cosa difieren de ejemplares más o menos malas". En nuestro camino al cielo no todos somos calvinistas pero todos lo seremos al llegar allá. Creemos que cada uno de los redimidos en el cielo será un firme calvinista. Al menos no se puede negar que cuando "todos lleguemos a la unidad de la fe" (Ef. 4:13), y conozcamos toda la verdad, seremos o todos calvinistas o todos arminianos.

Debe siempre tenerse presente que el calvinismo incluye mucho más que las doctrinas particulares que lo distinguen del arminianismo. El calvinismo enseña firmemente las grandes doctrinas de la trinidad, la divinidad de Cristo, los milagros, la expiación, la resurrección, la insipiración de las Escrituras, etc., que son parte de la fe común de la cristiandad evangélica.

Respecto a la naturaleza abierta y tolerante de la Iglesia Presbiteriana, tomaremos ahora el privilegio de citar extensamente del pequeño libro admirable del Dr. E. W. Smith, *The Creed of Presbyterians*—del cual más de sesenta y cinco mil copias ya se han distribuido.

"La catolicidad del presbiterianismo, su liberalidad de pensamiento y de sentimiento, y su espíritu ajeno a todo sectarismo e intolerancia, es una de sus sublimes características. . . .La catolicidad del presbiterianismo no es mero sentimiento. No es un asunto de profesión individual o de oratoria desde el púlpito. La catolicidad del presbiterianismo está fundada en nuestro credo, es enseñada por nuestras normas y es parte integral de nuestra doctrina de la iglesia. 'La iglesia visible', dice nuestra confesión, 'consiste de todos aquellos a través del mundo que profesan la verdadera religión junto con sus hijos' (Conf. de F. XXV:2). Repudiamos formal y públicamente el concepto de 'la' iglesia y afirmamos sólo que somos una iglesia de Jesucristo. Nuestras normas no sólo están libres de denunciaciones contra creencias de iglesias evangélicas hermanas contrarias a las nuestras, sino que son reconocidas como las únicas normas eclesiásticas que reconocen explícita y oficialmente a otras iglesias evangélicas como 'ramas verdaderas de la iglesia de Jesucristo' (*Book of Church Order*—Libro del Orden eclesiástico —cap. II, par. II). Nuestra confesión le dedica un capítulo entero a la doctrina de la 'Comunión de los Santos'. Dicho capítulo enseña que 'la santa confraternidad y comunión' en los dones y virtudes personales de cada uno y en adoración y mutuo servicio de amor, 'debe extenderse a todos los que

en todas partes invocan el nombre del Señor Jesús' (XXVI:2).

"La catolicidad de nuestras normas halla bella expresión en la actitud presbiteriana hacia todas las iglesias evangélicas hermanas. Aunque algunas iglesias de la cristiandad evangélica excluyen a las demás denominaciones hermanas, el sentir y la práctica presbiteriana es ajena a tal actitud. En la iglesia presbiteriana tratamos a los miembros y ministros de otras iglesias evangélicas como miembros verdaderos y ministros igualmente con nosotros de la iglesia de Cristo.

"Aun cuando algunas iglesias evangélicas rehusan dar cartas de traslado a fieles de su congregación que desean establecerse en otras comuniones, nosotros no tenemos tal costumbre. No rehusamos dar cartas de traslado a miembros que desean unirse a congregaciones bautistas, episcopales, u otra denominación cristiana; más bien, les despedimos a todos de la misma manera y con la misma afectuosa confianza como si se trasladaran a otra iglesia de nuestra misma denominación.

"Algunas denominaciones evangélicas niegan la validez de las ordenanzas practicadas por iglesias hermanas, y cuando un ministro o miembro de una denominación hermana desea unirse a ella se le exige al ministro ser reordenado y el miembro ser rebautizado. Tal práctica es totalmente contraria al espíritu y costumbre de los presbiterianos. En la iglesia presbiteriana nunca repetimos estos ritos. Aceptamos la validez de las ordenanzas de una iglesia hermana como las administradas por nosotros mismos.

"Aunque muchas iglesias evangélicas excluyen a ministros de iglesias hermanas predicar en sus púlpitos o co-oficiar en algunas de sus ceremonias, la iglesia presbiteriana no acostumbra proceder de tal manera. Tal práctica es ajena al corazón y proceder presbiteriano. Sentimos la misma libertad y cordialidad al extender la invitación a ministros episcopales, o bautistas, o de otras denominaciones evangélicas, a ocupar nuestros púlpitos, o a ayudarnos en la administración de la Santa Cena, que sentimos al extender la invitación a nuestros propios pastores.

"Los presbiterianos no excluimos de nuestras congregaciones a ningún creyente verdadero. No rechazamos ninguna ordenación ministerial de otra iglesia evangélica. No repudiamos ningún sacramento bíblico administrado por iglesias hermanas. Devolviendo bien por mal, reconocemos a nuestro co-ministro de la iglesia anglicana como verdadero ministro de Cristo, y a todo hermano que ha sido bautizado por inmersión como válidamente bautizado. Respondemos con todo el corazón al 'amén' de los metodistas; entonamos junto con nuestros hermanos todo salmo que ponga la corona en la frente de Cristo; y con sincero amor invitamos a nuestros hermanos en la fe, no importa el nombre o la denominación, a compartir con nosotros de los elementos que representan el cuerpo partido y la sangre derramada del Salvador. No tenemos prejuicio alguno, ni exclusividad, ni capricho de índole

alguna, que restrinja nuestros afectos cristianos y que cause una brecha entre nosotros y otros siervos de nuestro Señor. Nuestra catolicidad es tan amplia como la cristiandad evangélica" (pp. 189-193).

Y nuevamente dice, "La catolicidad de la iglesia presbiteriana se deja ver además en su única condición de membresía. Ella demanda como único requisito de admisión una confesión respaldada por la vida de fe en el Señor Jesucristo. Al solicitante no se le pide que se suscriba a nuestras normas o que abraze nuestra teología. No se le requiere que sea calvinista, sino sólo creyente en Cristo. No se le somete a ninguna prueba para determinar si es ortodoxo o no, sólo se espera de él una profesión de 'fe en Cristo y obediencia a él'. (Confesión de Fe, 28:4). Puede que el creyente tenga ideas imperfectas sobre la trinidad y la expiación; puede que no esté totalmente de acuerdo con nuestras doctrinas sobre el bautismo de niños, la elección, y la perseverancia final; pero si confía y obedece a Cristo como su Salvador y Señor personal, las puertas de la iglesia presbiteriana están abiertas a él y todos los privilegios de su comunión están a su disposición.

"Cuando las iglesias prescriben otras condiciones de membresía no se atienen a la simple condición de salvación establecida en las Escrituras, ellas hacen más difícil la entrada a la iglesia que al cielo. La iglesia presbiteriana se contrasta marcadamente con tal tiranía y exclusividad eclesiástica. Sus normas declaran que una simple fe en Cristo nos hace miembros de la familia de Dios; 'aquellos que han hecho profesión de fe en Cristo puede participar de todos los derechos y privilegios de la iglesia" (Libro del Orden Eclesiástico, III, 3). Con amplia y maravillosa catolicidad las puertas del cielo, para recibir a todo hijo de Dios" (pp. 199, 200).

Tras declarar que la familia de las iglesias presbiterianas y las reformadas constituyen la más numerosa familia evangélica en el mundo, el Dr. Smith, con gran elocuencia, da el siguiente magnífico resumen de los logros misioneros de estas iglesias: "Aun más católico e imponente que el número de feligreses que compone la iglesia presbiteriana es la extensión mundial del imperio presbiteriano. Mientras que los adherentes de otras comuniones evangélicas se encuentran más o menos establecidos en países particulares, los luteranos en Alemania, los episcopales en Inglaterra, los metodistas en los Estados Unidos de Norte América, el ejército presbiteriano se encuentra esparcido a través de todo el mundo. La iglesia presbiteriana se encuentra esparcida al presente en más continentes y entre un mayor número de naciones, pueblos y lenguas que cualquier otra iglesia evangélica en el mundo. En la Europa continental ella tiene como testigos las históricas iglesias presbiterianas reformadas de Austria, Bohemia, Galicia, Moravia, Hungría, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Grecia, Holanda, Rusia, Suiza y España. También está arraigada y es fructífera en Inglaterra, Escocia, los Estados Unidos de Norte América, Canadá, Australia, Nueva Zelandia, las Indias

en todas partes invocan el nombre del Señor Jesús' (XXVI:2).

"La catolicidad de nuestras normas halla bella expresión en la actitud presbiteriana hacia todas las iglesias evangélicas hermanas. Aunque algunas iglesias de la cristiandad evangélica excluyen a las demás denominaciones hermanas, el sentir y la práctica presbiteriana es ajena a tal actitud. En la iglesia presbiteriana tratamos a los miembros y ministros de otras iglesias evangélicas como miembros verdaderos y ministros igualmente con nosotros de la iglesia de Cristo.

"Aun cuando algunas iglesias evangélicas rehusan dar cartas de traslado a fieles de su congregación que desean establecerse en otras comuniones, nosotros no tenemos tal costumbre. No rehusamos dar cartas de traslado a miembros que desean unirse a congregaciones bautistas, episcopales, u otra denominación cristiana; más bien, les despedimos a todos de la misma manera y con la misma afectuosa confianza como si se trasladaran a otra iglesia de nuestra misma denominación.

"Algunas denominaciones evangélicas niegan la validez de las ordenanzas practicadas por iglesias hermanas, y cuando un ministro o miembro de una denominación hermana desea unirse a ella se le exige al ministro ser reordenado y el miembro ser rebautizado. Tal práctica es totalmente contraria al espíritu y costumbre de los presbiterianos. En la iglesia presbiteriana nunca repetimos estos ritos. Aceptamos la validez de las ordenanzas de una iglesia hermana como las administradas por nosotros mismos.

"Aunque muchas iglesias evangélicas excluyen a ministros de iglesias hermanas predicar en sus púlpitos o co-oficiar en algunas de sus ceremonias, la iglesia presbiteriana no acostumbra proceder de tal manera. Tal práctica es ajena al corazón y proceder presbiteriano. Sentimos la misma libertad y cordialidad al extender la invitación a ministros episcopales, o bautistas, o de otras denominaciones evangélicas, a ocupar nuestros púlpitos, o a ayudarnos en la administración de la Santa Cena, que sentimos al extender la invitación a nuestros propios pastores.

"Los presbiterianos no excluimos de nuestras congregaciones a ningún creyente verdadero. No rechazamos ninguna ordenación ministerial de otra iglesia evangélica. No repudiamos ningún sacramento bíblico administrado por iglesias hermanas. Devolviendo bien por mal, reconocemos a nuestro co-ministro de la iglesia anglicana como verdadero ministro de Cristo, y a todo hermano que ha sido bautizado por inmersión como válidamente bautizado. Respondemos con todo el corazón al 'amén' de los metodistas; entonamos junto con nuestros hermanos todo salmo que ponga la corona en la frente de Cristo; y con sincero amor invitamos a nuestros hermanos en la fe, no importa el nombre o la denominación, a compartir con nosotros de los elementos que representan el cuerpo partido y la sangre derramada del Salvador. No tenemos prejuicio alguno, ni exclusividad, ni capricho de índole alguna, que restrinja nuestros afectos cristianos y que cause una brecha entre nosotros y otros siervos de nuestro Señor. Nuestra catolicidad es tan amplia como la cristiandad evangélica" (pp. 189-193).

Y nuevamente dice, "La catolicidad de la iglesia presbiteriana se deja ver además en su única condición de membresía. Ella demanda como único requisito de admisión una confesión respaldada por la vida de fe en el Señor Jesucristo. Al solicitante no se le pide que se suscriba a nuestras normas o que abraze nuestra teología. No se le requiere que sea calvinista, sino sólo creyente en Cristo. No se le somete a ninguna prueba para determinar si es ortodoxo o no, sólo se espera de él una profesión de 'fe en Cristo y obediencia a él'. (Confesión de Fe, 28:4). Puede que el creyente tenga ideas imperfectas sobre la trinidad y la expiación; puede que no esté totalmente de acuerdo con nuestras doctrinas sobre el bautismo de niños, la elección, y la perseverancia final; pero si confía y obedece a Cristo como su Salvador y Señor personal, las puertas de la iglesia presbiteriana están abiertas a él y todos los privilegios de su comunión están a su disposición.

"Cuando las iglesias prescriben otras condiciones de membresía no se atienen a la simple condición de salvación establecida en las Escrituras, ellas hacen más difícil la entrada a la iglesia que al cielo. La iglesia presbiteriana se contrasta marcadamente con tal tiranía y exclusividad eclesiástica. Sus normas declaran que una simple fe en Cristo nos hace miembros de la familia de Dios; 'aquellos que han hecho profesión de fe en Cristo puede participar de todos los derechos y privilegios de la iglesia" (Libro del Orden Eclesiástico, III, 3). Con amplia y maravillosa catolicidad las puertas del cielo, para recibir a todo hijo de Dios" (pp. 199, 200).

Tras declarar que la familia de las iglesias presbiterianas y las reformadas constituyen la más numerosa familia evangélica en el mundo, el Dr. Smith, con gran elocuencia, da el siguiente magnífico resumen de los logros misioneros de estas iglesias: "Aun más católico e imponente que el número de feligreses que compone la iglesia presbiteriana es la extensión mundial del imperio presbiteriano. Mientras que los adherentes de otras comuniones evangélicas se encuentran más o menos establecidos en países particulares, los luteranos en Alemania, los episcopales en Inglaterra, los metodistas en los Estados Unidos de Norte América, el ejército presbiteriano se encuentra esparcido a través de todo el mundo. La iglesia presbiteriana se encuentra esparcida al presente en más continentes y entre un mayor número de naciones, pueblos y lenguas que cualquier otra iglesia evangélica en el mundo. En la Europa continental ella tiene como testigos las históricas iglesias presbiterianas reformadas de Austria, Bohemia, Galicia, Moravia, Hungría, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Grecia, Holanda, Rusia, Suiza y España. También está arraigada y es fructífera en Inglaterra, Escocia, los Estados Unidos de Norte América, Canadá, Australia, Nueva Zelandia, las Indias

orientales—las gentes que abrazan esta fe y orden circuncidan el mundo entero. El presbiterianismo posee un poder de adaptación inigualada en ningún otro sistema. Además, ha producido un número marcadamente mayor de sobresalientes predicadores, evangelistas, editores, autores, educadores, estadistas, y líderes cívicos; y de su abundante vida espiritual emanan las poderosas fuerzas de las misiones cristianas a todo el mundo pagano" (p. 211).

10. Razones por las que el calvinismo se encuentra parcialmente eclipsado en el presente

¿A qué se debe la presente defección del calvinismo? Que los célebres cinco puntos de la estrella calvinista no están brillando muy refulgentemente hoy es algo que muy pocos disputarán. Cuando consideramos la tendencia del pensamiento moderno nos podemos percatar fácilmente que la influencia del calvinismo está a un nivel muy bajo. En muchos lugares donde una vez floreció, ha casi desaparecido. Prácticamente no existen "calvinistas sin reservas" entre los líderes más reconocidos del pensamiento religioso en Francia, Suiza, o Alemania, donde en el pasado el calvinismo fue fuerza contundente. En Inglaterra el calvinismo ha desaparecido prácticamente. En Norteamérica hay pocas iglesias que propulsan agresivamente la herencia calvinista. En Escocia, sin embargo, nos place decir que la heróica Iglesia Libre aun levanta su voz en medio de la triste defección en las grandes iglesias. Y en Holanda hay algunas iglesias verdaderamente calvinistas en el mundo moderno—donde la religión cristiana basada en las Sagradas Escrituras es enseñada agresivamente conforme a la fe reformada.

La historia nos enseña claramente, sin embargo, que períodos de prosperidad espiritual van seguidos por períodos de depresión espiritual. Pero sobretodo creemos en la invencibilidad de la verdad. "La verdad aunque aplastada volverá a resurgir; los interminables siglos de Dios pertenecen a ella".

Que el calvinismo tenga muchos adversarios no debe sorprendernos. En tanto permanezca el hecho de que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Co. 2:14), este sistema será considerado por el hombre natural como extraño y necio. En tanto la naturaleza humana caída continúe siendo lo que es y en tanto permanezca el decreto que establece que Cristo será "piedra de tropiezo y roca que hace caer" al hombre natural (1 P. 2:8), estas doctrinas serán una ofensa a muchos. Tampoco debe sorprendernos que el inmortal reformador suizo, quien ocupó tan prominente lugar en el desarrollo y defensa de estas doctrinas, haya sido por un lado el más sinceramente amado y admirado, y por otro el más apasionadamente odiado y calumniado de entre los destacados líderes de la iglesia.

Dado que la fe y el arrepentimiento son dones especiales de Dios, no nos debe sorprender la incredulidad del mundo, ya que ni aun los hombres más sabios y astutos *pueden* creer a menos que primero reciban estos dones. La epístola a los corintios dice, "Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos", (1 Co. 1:19) y, "Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios: pues escrito está: El prende a los sabios en la astucia de ellos". Y otra vez: "El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Así que, ninguno se glorie en los hombres", (1 Co. 3:19-21). La *causa* por la que alguna persona cree es *la voluntad de Dios*; el mero sonido externo de las palabras del evangelio es recibido por el oído en vano, hasta que a Dios le place tocar el corazón.

Este sistema siempre ha sido fuertemente rechazado por el mundo, y en el presente tanto como en épocas pasadas. Pero, no podía ser de otro modo, ya que el hombre está por naturaleza en enemistad y guerra con Aquél de cuya mente han emanado estas doctrinas. No es de esperarse que Dios en su sabiduría y el hombre en su necedad concordasen sobre algún asunto. Dios es el totalmente sabio y santo Soberano; el hombre en su estado natural es un rebelde cegado por el pecado que no quiere ser gobernado y mucho menos por un Gobernador absoluto. Dado que la enemistad del corazón del hombre hacia las doctrinas distintivas de la cruz es tan grande e intensa hoy como antes, un sistema como el pelagianismo o naturalismo, que enseña que la salvación se logra por nuestras propias buenas obras, o uno como el arminianismo, que enseña que la salvación se logra en parte por obras y en parte por gracia, es el que naturalmente halla pronta aceptación de parte del corazón no regenerado. Cuando el evangelio viene a ser aceptable al hombre natural, entonces podemos estar seguros de que no es el mismo que Pablo predicaba. Y cabe señalar aquí que en casi todos los lugares donde Pablo predicó su evangelio, éste causó o un motín o un avivamiento y en muchos casos ambas cosas a la vez. "Puede que el calvinismo sea impopular en algunos lugares", dice McFetridge, "pero, ¿por qué no habría de serlo? Ciertamente no podrá ser menos impopular que las doctrinas del pecado y de la gracia reveladas en el Nuevo Testamento".

Otra razón por la que el calvinismo se encuentra parcialmente eclipsado hoy es por su extraordinario énfasis en lo sobrenatural. El calvinismo ve a Dios en todo suceso y en todas las cosas, de eternidad a eternidad. La mano de Dios está presente en todos los eventos de la historia y el propósito divino se revela a través de todos los acontecimientos. Vivimos en una época opuesta a lo sobrenatural; y por consiguiente, opuesta al calvinismo. El énfasis hoy es en las ciencias físicas, en el racionalismo tanto en el pensamiento como en el sentimiento. Aun dentro de algunos sectores del cristianismo la tendencia es la de considerar a la Biblia como una mera producción humana

y considerar a Cristo meramente como un hombre extraordinario. El modernismo actual, el cual en su forma consecuente es puro naturalismo y autosotérico, es la antítesis del calvinismo. El resultado de todo esto es una religión naturalista que excluye a Dios; por tanto, no es de extrañarse que el calvinismo, con su gran énfasis en lo sobrenatural, sea impopular en nuestros días y que los adherentes a estas doctrinas sean una minoría. La verdad o falsedad de las doctrinas de las Escrituras, no obstante, no dependen del voto de una mayoría.

En las siguientes palabras, el Dr. B. B. Warfield, ese gigante de pensamiento y de acción, nos presenta un magnífico análisis de la actitud del mundo en años recientes hacia el calvinismo. Tras decirnos que el calvinismo es "el verdadero teísmo", "religión en su más sublime concepción", y "evangelicalismo en su pura y única expresión estable", añade: "Considérese el orgullo del hombre, su aserción de libertad personal, su alarde de poder, su repudio a la imposición de la voluntad de otro sobre la suya. Considérese la arraigada confianza del pecador en su propia naturaleza como una fundamentalmente buena y en su plena habilidad para cumplir con todo lo que justamente se le pueda exigir.

¿Debe, en realidad, extrañarnos que en este mundo—en esta presente época del mundo—sea algo difícil preservar no sólo activa, sino de manera vital y dominante, la percepción de la mano omnipresente del Dios que todo lo determina, el sentido de absoluta dependencia de él, la convicción de nuestra total inhabilidad para salvarnos a nosotros mismos del pecado—en su más alta concepción? ¿No es suficiente para explicar el eclipse que el calvinismo está sufriendo en el mundo hoy, señalar simplemente a la dificultad natural—en esta época materialista, consciente de sus nuevos poderes contra las fuerzas de la naturaleza y llena de orgullo por los recientes logros y por el bienestar material—de mantener en su perfección la percepción de la mano gobernante de Dios en todas las cosas, de mantener el sentido de dependencia en un poder supremo, y de preservar en toda su profundidad el sentido de pecado, indignidad e impotencia? ¿No es la depresión que experimenta el calvinismo, en la medida en que sea real, consecuencia meramente de esto, que la visión de Dios se ha oscurecido en nuestra época debido a los abundantes triunfos humanos, que el sentir religioso ha dejado de ser hasta cierto punto la fuerza determinante en la vida, y que la actitud evangélica de completa dependencia de Dios para salvación no halla cabida en hombres acostumbrados a hacer su voluntad y que, por consiguiente, viven convencidos de que el cielo también puede ser alcanzado por sus propias fuerzas?".[15]

A pesar de todo el calvinista no debe sentirse descorazonado. La religión

[15]Artículo, *Calvinism Today*, p. 7.

fácil de hoy, con su énfasis en los problemas sociales y no en doctrina, ha dado lugar a que multitudes, que en otras épocas hubiesen permanecido fuera, se unan a la iglesia; y el mero hecho de que los calvinistas no sean tan conspicuos en la congregación no significa necesariamente que su número haya decrecido. "Es muy probable que hayan más calvinistas en el mundo hoy que antes", dice el Dr. Warfield. "Aun relativamente, las iglesias que profesan ser calvinistas no se están quedando atrás. Además, existen importantes tendencias en el pensamiento moderno que de uno u otro modo redundan en favor del calvinismo. Sobre todo, podemos encontrar en todo lugar a humildes creyentes, que en la tranquilidad de vidas apartadas han percibido la visión de Dios en su gloria y que albergan en su corazón la vital llama de una total dependencia de él, lo cual no es sino la esencia misma del calvinismo".[16] Y añade, "Creo que el calvinismo, así como ha sido la fuerza vital de la cristiandad evangélica en el pasado, continuará siendo su fuerza en el presente, y su esperanza para el futuro".

En estrecha conformidad con estas palabras el Dr. F. W. Loetscher ha dicho: "No es de extrañarse que nuestra época, embriagada por el conocimiento, desdeñosa del pasado, intolerante con los credos y dogmas, así como de toda autoridad, sea humana o divina, y arrastrada por las corrientes del naturalismo ateísta y la evolución panteísta, esté dirigiendo su más poderosa artillería de incredulidad contra el calvinismo, por ser éste el más poderoso baluarte de revelación y redención sobrenaturales. El Profesor Enrique B. Smith profetizó hace unos años: 'Una cosa es cierta—la ciencia atea desarraigará todo menos la firme ortodoxia cristiana'. Aceptemos resueltamente, pues, este reto y regocijémonos, ya que tan imposible es que el calvinismo desaparezca de la tierra como que el hombre pecador pierda totalmente su sentido de dependencia de Dios, o que el Todopoderoso abdique al trono del dominio universal".

Jaime Antonio Froude, el distinguido profesor de historia de la iglesia de la universidad de Oxford, en Inglaterra, refiriéndose a la floja religión tan común en sus días, dijo: "Esta no es la religión de vuestros padres, aquel calvinismo que destruyó la tiranía espiritual, que derrocó a reyes, y que libertó a Inglaterra y a Escocia, por algún tiempo al menos, de mentiras y charlatanerías. El calvinismo es el espíritu que se levanta contra la falsedad, el espíritu que, como he dicho antes, ha surgido y resurgido, y a su debido tiempo resurgirá nuevamente, a menos que Dios sea un engaño y el hombre como la bestia que perece".

"El calvinismo no sólo tiene *un* futuro", dijo el Dr. Abraham Kuyper, "el calvinismo tiene *el* futuro. Todo lo demás desmorona y se devanece. Teológicamente hay mucha fatiga a nuestro alrededor, y mucho esfuerzo in-

[16]Artículo, *The Theology of Calvin*, p. 8.

necesario ante las gentes, porque el calvinismo es demasiado para ellas. Pero por ser lo que es, el calvinismo captura los espíritus y no los soltará".

Quizá valga la pena señalar aquí que el autor de este libro no fue educado en una iglesia calvinista, y recuerda cuan revolucionarias les parecían estas doctrinas cuando por primera vez vino en contacto con ellas. Durante unas vacaciones de Navidad mientras cursaba estudios en la universidad leyó el primer tomo de la *Teología Sistemática* de Carlos Hodge, que contiene un capítulo sobre "Los decretos de Dios", y expone estas verdades tan convincentemente, que jamás pudo olvidarlas. Además, él puede afirmar con algo de orgullo que llegó a esta posición sólo tras una lucha mental y espiritual bastante severa, y siente profunda simpatía hacia aquellos que puedan ser llamados a sufrir una experiencia similar. El conoce el sacrificio que demandó el tener que separarse de la iglesia de su juventud, una iglesia que enseñaba un sistema que contenía mucho error. La mayoría de sus familiares más cercanos y amistades pertenecían a dicha iglesia, y él espera que se le perdone si demuestra alguna intolerancia hacia aquellos "presbiterianos de nacimiento" que continúan en la iglesia presbiteriana mientras se oponen o ridiculizan abiertamente estas doctrinas.

SECCION VI

Capítulo 28

El calvinismo en la historia

1. Antes de la Reforma. 2. La Reforma. 3. El calvinismo en Inglaterra. 4. El calvinismo en Escocia. 5. El calvinismo en Francia. 6. El calvinismo en Holanda. 7. El calvinismo en América del Norte. 8. El calvinismo y el gobierno representativo. 9. El calvinismo y la educación. 10. Juan Calvino. 11. Conclusión.

1. Antes de la Reforma

Puede que cause algún asombro el descubrir que la doctrina de la predestinación no fue un tema especial de estudio hasta casi fines del siglo cuarto. Algunos de los padres más antiguos de la iglesia dieron mayor énfasis a las buenas obras, tales como la fe, el arrepentimiento, las limosnas, las oraciones, el bautismo, etc., como base de la salvación. Aunque enseñaron que la salvación es a través de Cristo, también sostuvieron que el hombre tenía poder pleno para aceptar o rechazar el evangleio. En algunos de sus escritos hay pasajes donde se reconoce la soberanía de Dios; pero junto a éstos aparecen otros que hablan de la libertad absoluta de la voluntad humana. Dado que no pudieron reconciliar estos dos puntos, se sentían inclinados a negar la doctrina de la predestinación y quizá también la de la presciencia absoluta de Dios. Enseñaron un tipo de sinergismo donde hay una cooperación entre la gracia y el libre albedrío. No le fue fácil al hombre abandonar la idea de que él mismo puede obrar su propia salvación. Pero, al fin, como resultado de un proceso largo y lento, logró alcanzar la gran verdad de que la salvación es un don soberano concedido aparte de méritos personales, que era decretada desde la eternidad, y que Dios es su autor en todas sus etapas. Esta verdad cardinal del cristianismo fue vista con claridad por vez primera por Agustín, el gran teólogo del occidente. En sus doctrinas del pecado y de

la gracia, Agustín fue mucho más allá de lo que habían ido los teólogos que le precedieron, y él enseñó que la elección es incondicional y de pura gracia, y restringió los propósitos de la redención al círculo definido de los elegidos. Ninguno que conozca la historia eclesiástica podrá negar que Agustín fue un hombre eminente y que sus labores y escritos contribuyeron más a la promoción de la sana doctrina y al reavivamiento de la religión verdadera que los de cualquier otro hombre que haya vivido en el período transcurrido entre Pablo y Lutero.

Antes de la época de Agustín, la iglesia se había ocupado principalmente de corregir las herejías que surgían dentro de la iglesia misma y de refutar los ataques del mundo pagano a su alrededor. Por tanto, muy poca atención había sido dada al desarrollo sistemático de las doctrinas. Y el que la doctrina de la predestinación haya recibido tan poca atención durante dicha época se debió en gran medida a la tendencia de confundirla con la doctrina pagana del fatalismo, que era tan común en casi todo el Imperio Romano. Pero el siglo cuarto fue un tiempo de relativo sosiego, una nueva era en el estudio de la teología, y los teólogos llegaron a poner mayor énfasis en el contenido doctrinal de su mensaje. Agustín fue movido a desarrollar sus doctrinas del pecado y de la gracia debido en parte a su experiencia personal de ser convertido de una vida mundana al cristianismo, y en parte debido a la necesidad de refutar las enseñanzas de Pelagio, quien enseñaba que el hombre en su estado natural tenía completa habilidad para obrar su propia salvación, que la caída de Adán no tuvo gran efecto en la humanidad, excepto para servir de mal ejemplo que se sigue, que la vida de Cristo tiene valor para los hombres primordialmente como ejemplo, que en su muerte Cristo fue algo así como el primer gran mártir cristiano, y que no estamos bajo ninguna providencia especial de Dios. Agustín, en cambio, enseñó que la raza entera cayó en Adán, que todos los hombres por naturaleza son depravados y están muertos espiritualmente, que la voluntad es libre para pecar, pero que no es libre para hacer lo bueno a los ojos de Dios, que Cristo sufrió como sustituto por los elegidos, que Dios elige al que quiere, aparte de mérito alguno en la criatura, y que la gracia salvadora es aplicada por el Espíritu Santo de manera eficaz a los elegidos. De esta manera Agustín se constituyó en el primer verdadero intérprete del apóstol Pablo y logró que su doctrina fuese aceptada por la iglesia.

Después de la época de Agustín, hubo un retroceso y se detuvo el progreso que había habido en cuanto a estas doctrinas. Nubarrones de ignorancia cegaron a la gente. La iglesia se hizo más y más ritualista hasta el punto que se llegó a creer que la salvación venía a través de la iglesia externa. El sistema de méritos creció hasta llegar a su punto culminante en las "indulgencias". El papado llegó a ejercer un poder inmenso, tanto en la esfera política como en la eclesiástica, y a través de la Europa católica la falta de moral llegó a ser casi intolerable. Aun el sacerdocio se corrompió de manera alarmante y en la lista de pecados y vicios humanos no aparecen ningunos más inmorales o más ofensivos que los que mancharon las vidas de algunos de los papas.

Desde los días de Agustín hasta la época de la Reforma no se pensó mucho en la doctrina de la predestinación. Mencionaremos sólo dos nombres destacados de este período: Gottschalk, quien fue encarcelado y condenado por enseñar la predestinación; y Wycliffe, "el lucero del alba de la Reforma", que vivió en Inglaterra. Wycliffe fue un reformador de tipo calvinista, que proclamaba la soberanía absoluta de Dios y la preordinación de todas las cosas. Su sistema de fe fue muy parecido al que más tarde enseñaran Lutero y Calvino. Los valdenses también pueden mencionarse, ya que en cierto sentido eran "calvinistas" antes de la Reforma, siendo una de sus doctrinas la de la predestinación.

2. La Reforma

La Reforma fue en esencia un resurgimiento del agustinianismo, y a través de ella el cristianismo evangélico logró una vez más un lugar de honor. Debe recordarse que Lutero, el primer líder de la Reforma, era un monje agustiniano y que fue de su rigurosa teología agustiniana que formuló su gran principio de *justificación solamente por la fe*. Lutero, Calvino, Zwinglio, y todos los demás reformadores que se destacaron en este período eran firmes creyentes en la predestinación. En su obra, *The Bondage of the Will* (La esclavitud de la voluntad), Lutero presentó la doctrina tan enfáticamente como cualquiera de los teólogos reformados. Melanchton, en sus primeros escritos, consideró la predestinación el *principio fundamental del cristianismo*, aunque más tarde modificó esta posición y elaboró un tipo de "sinergismo" en el cual Dios y el hombre tenían que cooperar en el proceso de la salvación. La posición que adoptó la iglesia luterana en sus comienzos en cuanto a la predestinación se fue modificando de manera gradual hasta que se descartó por completo, rechazando su forma calvinista, y se sostuvo en su lugar una doctrina de gracia universal y expiación universal, la cual se sostiene aún hoy día. El lugar que ocupa Lutero en la Iglesia Luterana en cuanto a esta doctrina es parecido al que ocupa Agustín en la Iglesia Católica Romana—es decir, se le considera como un hereje de tan irrecusable autoridad que se admira más de lo que se censura.

Calvino edificó en gran medida sobre el fundamento de Lutero. Su comprensión de los principios básicos de la Reforma fue más clara, lo que le permitió desarrollarlos de manera más cabal y aplicarlos más ampliamente. Pudiéramos decir que Lutero enfatizó la salvación por la fe y su principio fundamental fue más o menos subjetivo y antropológico, mientras que Cal-

vino enfatizó el principio de la soberanía de Dios y desarrolló un principio más bien objetivo y teológico. El luteranismo era más bien la religión de un hombre que después de una larga y dolorosa búsqueda había encontrado la salvación y quedó satisfecho de gozar a la luz de la presencia de Dios, mientras que el calvinismo, no satisfecho con esto, prosiguió a preguntar cómo y por qué había salvado Dios al hombre.

"Las congregaciones luteranas", dice Froude, "habían sido libradas de la superstición, pero sólo a medias, y no tuvieron el valor para continuar la lucha hasta su punto culminante. Y medidas a medias significaba indiferencia y convicciones a medias y una mezcolanza de la verdad con el error. Medidas a medias no podían extinguir las hogueras que encendió Felipe de España ni levantar a hombres en Francia o Escocia a hacerles frente a los príncipes de la casa de Lorena. Era una necesidad apremiante que los reformadores se colocaran en una posición más definida y que hallaran un líder de convicciones inflexibles. Juan Calvino llegó a ser ese líder. . . . En tiempos difíciles hacen falta hombres de carácter firme, cuyos intelectos puedan penetrar a las mismas raíces donde la verdad se pueda distinguir de las mentiras. Les va muy mal a los defensores de la religión cuando "el anatema" está en su mismo campamento. Y esto puede decirse de Calvino, que hasta donde el estado del conocimiento permitía, ningún ojo hubiera podido detectar de manera más aguda las partes defectuosas del credo de la iglesia, ni hubo un reformador en Europa tan resuelto a poner a prueba, extirpar y destruir lo que con claridad se manifestaba como falso, y hacer la verdad la regla de la vida práctica hasta su última fibra".[1]

Este es el testimonio del famoso historiador de la Universidad de Oxford. Los escritos de Froude revelan claramente que él no amaba el calvinismo; y de hecho, muchas veces se le ha llamado un crítico del calvinismo. Sus palabras, por tanto, simplemente expresan las conclusiones imparciales de un gran erudito que observa el sistema y al hombre cuyo nombre dicho sistema lleva desde la posición imparcial de la investigación erudita.

En relación a este tema, Froude dice: "Se les ha llamado intolerantes a los calvinistas. Pero intolerancia para con un enemigo que busca matarle me parece ser una actitud excusable. . . . Los católicos decidieron añadir a su ya increíble credo un nuevo artículo, es decir, que tenían el derecho de ahorcar y quemar a todos los que no estuvieran de acuerdo con ellos; y en esta lucha los calvinistas, con la Biblia en mano, apelaron al Dios de las batallas. Se hicieron cada vez más severos, fieros—o quizá pudiera decirse—más fanáticos. Y era muy natural que así fuese. Ellos meditaban mucho, como hombres piadosos por lo general están inclinados a hacer en tiempo de sufrimiento y dolor, en el poder providencial del que todo lo dispone. De ese

[1]*Calvinism*, p. 42.

modo su carga se hizo más liviana al considerar que Dios había determinado que la soportaran. Pero, a pesar de todo, atrajeron a sus filas a casi todo hombre de Europa occidental que 'aborrecía la mentira'. Aunque derribados, lograron ponerse nuevamente en pie. Aunque fraccionados, ninguna fuerza logró subyugarlos. Detestaron, más que cualquier otro grupo de hombres que jamás haya existido, toda mentira, toda impureza, todo mal moral hasta donde pudieron reconocerlo como tal. Todo temor a hacer el mal que exista en Inglaterra y Escocia en este momento, es vestigio de las convicciones grabadas en el corazón de las gentes por los calvinistas. Y aunque éstos no lograron destruir el romanismo, que aún perdura y puede que perdure por mucho tiempo, no obstante, lograron arrancarle sus colmillos; le forzaron a abandonar ese principio detestable por el cual se arrogaban el derecho de asesinar a aquellos que disentían de él. Además, puede decirse que por haber avergonzado al romanismo hasta que abandonara su corrupción práctica, los calvinistas hicieron posible que el romanismo reviviera".[2]

Durante la Reforma, la iglesia luterana no se separó tan completamente de la iglesia católica como lo hizo la iglesia reformada. De hecho, algunos luteranos señalan con orgullo que el luteranismo fue una "Reforma moderada". A pesar de que todos los protestantes apelaron a la Biblia como la autoridad final, la tendencia en el luteranismo fue la de preservar todo lo del antiguo sistema que no tenía necesariamente que ser descartado, mientras que la tendencia en la iglesia reformada fue la de descartar todo aquello que no se necesitaba preservar. De igual manera, en cuanto a la relación entre la iglesia y el estado, los luteranos permitieron a los príncipes no sólo ejercer gran influencia en la iglesia, sino también determinar la religión en sus dominios—una tendencia que conduce al establecimiento de una iglesia del estado—mientras que los reformados pronto exigieron la separación total de la iglesia y el estado.

Como se dijo anteriormente, la Reforma fue en esencia un resurgimiento del agustinianismo. En el comienzo, las iglesias luteranas y las reformadas sostuvieron la misma posición en cuanto al pecado original, la elección, la gracia eficaz, la perseverancia, etc. Estas doctrinas, por tanto, fueron el verdadero protestantismo. "El principio de la predestinación absoluta", dice Hastie, "fue ni más ni menos que el poder hercúleo de la Reforma en sus comienzos, mediante el cual logró estrangular las serpientes de la superstición y de la idolatría en Alemania así como en otros lugares; y cuando perdió su fuerza en su primer hogar, continuó siendo la médula y la columna vertebral de la fe en la iglesia reformada, y el poder que la condujo triunfante por todas sus luchas y pruebas".[3] Y dice Rice, "Es un hecho que dice mu-

[2]*Ibid.*, p. 44.
[3]*History of the Reformation*, p. 224.

cho por el calvinismo el que la más gloriosa revolución en la historia de la iglesia del mundo desde los días de los apóstoles fue efectuada por las bendiciones de Dios sobre sus doctrinas".[4] Y está demás decir que el arminianismo como sistema se desconocía en el tiempo de la Reforma. No fue hasta 1784, unos 260 años más tarde, que dicho sistema fue defendido por una iglesia organizada. Así como en el quinto siglo hubo dos sistemas contrarios, conocidos como el agustinianismo y el pelagianismo, apareciendo más tarde el sistema de avenencia conocido como el semipelagianismo, de la misma manera en la Reforma hubo dos sistemas, el protestantismo y el catolicismo romano, apareciendo más tarde el arminianismo, o lo que pudiera llamarse el semiprotestantismo. En cada caso hubo dos sistemas fuertemente opuestos el uno al otro, con la aparición subsiguiente de un sistema de avenencia.

3. El calvinismo en Inglaterra

La historia de Inglaterra demuestra que fue el calvinismo el que permitió que el protestantismo triunfara en ese país. Muchos de los protestantes más influyentes que huyeron a Ginebra durante el reinado de la reina María, más tarde alcanzaron altas posiciones en la iglesia bajo el reinado de Isabel. Entre éstos se encontraban los traductores de la versión de la Biblia llamada la de Ginebra, la cual, dicho sea de paso, debe mucho a Calvino y a Beza, y la que continuó siendo la versión inglesa más popular hasta mediados del siglo diez y siete, cuando fue reemplazada por la versión del rey Jaime. La influencia de Calvino se deja ver en los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia de Inglaterra, particularmente en el Artículo XVII que afirma la doctrina de la predestinación. Cunningham ha demostrado que todos los grandes teólogos de la iglesia establecida durante los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI e Isabel I eran predestinatarios y que el arminianismo de Laud y sus sucesores fue una desviación de esta posición original.

Si fuésemos a buscar quiénes en realidad fueron los héroes de Inglaterra, descubriríamos que fue aquel grupo noble de calvinistas cuya insistencia en una forma de adoración y de vida más pura hizo que se les denominara "puritanos", y a los cuales Macaulay se refiere como "quizá el conjunto de hombres más extraordinario que el mundo jamás haya producido". "Que los ingleses abrazaran el protestantismo", dice Brancroft, "se debe a los puritanos". Smith dice: "La importancia de este hecho es inmensa. El protestantismo inglés, con su Biblia abierta y libertad religiosa e intelectual, era el vislumbre no sólo del protestantismo de las colonias norteamericanas, sino también el de esa raza viril y creciente que por tres siglos ha ido diseminando el lenguaje, la religión, y las instituciones anglosajonas por todo el mundo".[5]

[4] *God Sovereign and Man Free*, p. 14.

Cromwell, el gran líder calvinista y miembro del Parlamento inglés se fundó sobre la sólida roca del calvinismo y atrajo a su lado soldados que se habían fundado sobre la misma roca. El resultado fue un ejército que en pureza y heroísmo sobrepasó a todos los que el mundo jamás había conocido. Dicho ejército, dice Macaulay, "jamás encontró enemigo, en las Islas Británicas o en el continente, que lograra resistir su embate. Los guerreros puritanos en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda y en Flandes, aunque muchas veces estuvieron rodeados por dificultades y tuvieron que luchar en varias ocasiones contra fuerzas hasta tres veces más numerosos, no sólo lograron vencer en todas sus batallas sino que lograron destruir toda fuerza opositora. Con el tiempo llegaron a considerar los más renombrados ejércitos de Europa con desdeñosa confianza. Aun los desterrados "Cavaliers" (partidarios de Carlos I de Inglaterra) sintieron cierto orgullo nacional al ver una brigada de sus compatriotas, superados en número por enemigos y abandonados por sus amigos, lograr no sólo que la infantería española de mayor excelencia retrocediera en desordenada fuga sino abrirse paso al borde de una trinchera que había sido declarada inconquistable por el más hábil de los mariscales de Francia". Y añade, "Lo que distinguió principalmente al ejército de Cromwell de otros ejércitos fue la austera moralidad y el temor de Dios que saturaba las tropas. Es admitido aun por los más entusiastas "Realistas", que en dicho campamento excepcional jamás se oyó blasfemia alguna, ni fue vista borrachera o juego de azar y que durante el largo dominio militar la propiedad de los ciudadanos pacíficos y el honor de las mujeres fueron mantenidos sagrados. Ninguna criada se llegó a quejar del galanteo descortés de los soldados ingleses. Y ni una sola onza de metal fue tomada de los talleres de orfebrería".[6]

El profesor Juan Fiske, quien figura entre los más grandes historiadores norteamericanos dice, "No es demás decir que en el siglo diez y siete el futuro político de la humanidad dependía de las cuestiones que se debatían en Inglaterra. Si no hubiese sido por los puritanos, la libertad política probablemente hubiera desaparecido del mundo. Si hubo alguna vez hombres que sacrificaran su vida por la humanidad, fueron aquellos inflexibles hombres de la "Caballería de Cromwell", cuyos lemas eran textos de las Sagradas Escrituras y cuyos gritos de guerra eran himnos de alabanza".[7]

Cuando los mártires protestantes morían en los valles del Piamonte, y el autócrata papal sentaba en su trono con toda pompa, recogiendo sus ensan-

[5] *The Creed of Presbyterians*, p. 72.
[6] Macaulay, *History of England*, I, p. 119.
[7] *The Beginnings of New England*, pp. 37, 51.

grentadas vestimentas, fue Cromwell, el puritano, respaldado por un concilio y una nación de iguales convicciones, quien exigió que esas persecuciones cesaran.

En tres diferentes ocasiones se le ofreció a Cromwell y se le instó a aceptar la corona de Inglaterra, pero cada vez lo rehusó. En cuanto a doctrina, encontramos que los puritanos fueron descendientes genuinos de Juan Calvino: ellos, y sólo ellos, mantuvieron encendida la preciosa chispa de la libertad inglesa. En vista de estos hechos, nadie puede negar la imparcialidad de la conclución de Fiske de que "sería difícil sobreestimar lo que la humanidad debe a Juan Calvino".

McFetridge, en su pequeño y espléndido libro, *Calvinism in History*, dice, "Si nuevamente preguntásemos, ¿Quién obró la libertad inglesa?, la historia nos habría de contestar: El ilustre calvinista, Guillermo, Príncipe de Orange, quien, como dice Macaulay, halló en la sólida y aguda lógica de la escuela de Ginebra algo que satisfacía su intelecto y su carácter; cuya religión tenía como piedra angular la doctrina de la predestinación; y quien por su aguda visión lógica afirmó que de abandonar la doctrina de la predestinación tendría que abandonar también su creencia en la providencia divina, lo que por necesidad le conduciría a convertirse en un mero epicúreo. Y en esto tenía razón, porque la predestinación y la providencia de Dios son doctrinas gemelas. Si aceptamos la una, estamos obligados a aceptar la otra, si hemos de ser consecuentes" (p. 52).

4. El calvinismo en Escocia

La mejor manera de descubrir los frutos prácticos de un sistema religioso es el examinar a las personas o al país donde por generaciones dicho sistema ha ejercido dominio indisputable. Al evaluar al catolicismo romano, por ejemplo, tendríamos que fijarnos en un país como España, o Italia, o Colombia, o Méjico. En cada uno de estos países podemos ver los efectos de dicho sistema tanto en la esfera religiosa como en la política. De igual manera, si fuésemos a aplicar la prueba al calvinismo, tendríamos que fijarnos en un país donde éste ha sido por largo tiempo la religión preponderante. Dicho país es Escocia. McFetridge nos dice que antes de que el calvinismo llegara a Escocia "densas tinieblas cubrían la tierra y se cernían sobre la mente del pueblo como una pesadilla eterna".[8] "Cuando el calvinismo llegó a los escoceses", dice Smith, "éstos eran vasallos de la iglesia de Roma, dominados por clérigos, ignorantes, miserables, envilecidos en cuerpo, en mente, y en lo moral. Buckle los describe como 'asquerosos en su apariencia y en el hogar', 'pobres y desdichados' 'excesivamente ignorantes y supersticiosos'—'con superstición profundamente arraigada en su carácter'. Pero

[8]*Calvinism in History*, p. 124.

maravillosa fue la transformación cuando las grandes doctrinas, aprendidas de la Biblia por Knox en Escocia y luego más profundamente en Ginebra a los pies de Calvino, resplandecieron en su mente. Fue como si el sol saliera a medianoche. . . . Knox hizo del calvinismo la religión de Escocia, y el calvinismo hizo de Escocia el modelo de moralidad del mundo entero. Es sin lugar a duda un hecho significativo el que en el país donde prevalece más el calvinismo esté más bajo el crimen; que de todas las naciones del mundo hoy, la que es reconocida como la más moral sea la que también es la más calvinista; que en aquella tierra, donde el calvinismo ha ejercido mayor influencia, la moralidad, tanto individual como nacional, haya alcanzado su más alto nivel".[9] Dice Carlyle, "Lo que Knox hizo por su nación podemos llamarlo una resurrección de la muerte". "Juan Knox", dice Froude, "fue el hombre sin el cual Escocia, como el mundo moderno la ha conocido, no hubiera llegado a existir.

En un sentido la Iglesia Presbiteriana de Escocia es la hija de la Iglesia Reformada de Ginebra. La Reforma en Escocia, aunque surgió más tarde, fue mucho más consistente y radical de lo que fue en Inglaterra, y resultó en el establecimiento de un presbiterianismo calvinista en el cual sólo Cristo era reconocido como la cabeza de la iglesia.

Seleccionar al hombre que en manos de la providencia divina fue el instrumento principal en la reforma de Escocia no es difícil—este fue Juan Knox. Fue él quien sembró la semilla de la libertad civil y religiosa y quien transformó la sociedad. A él deben los escoceses su existencia nacional. Philip Schaff dice "Knox fue el más ilustre escocés, así como Lutero lo fue entre los alemanes".

"El héroe de la reforma escocesa", dice Schaff, "aunque era cuatro años mayor que Calvino, se sentó humildemente a sus pies y llegó a ser más calvinista que el mismo Calvino. Juan Knox pasó los cinco años de su exilio (1554-1559), durante el reinado de María la Sanguinaria, mayormente en Ginebra, y halló allí 'la más perfecta escuela de Cristo que jamás haya existido desde los días de los apóstoles'. Y fue conforme a ese modelo que dirigió a los escoceses con intrépido valor y energía de un semibarbarismo medieval a la luz de la civilización moderna y su nombre llegó a ser, después de Lutero, Zwinglio, y Calvino, el más ilustre en la historia de la Reforma protestante".[10]

"No hay personaje más distinguido en toda la historia de la Reforma en esta isla que Juan Knox", dice Froude. "Es tiempo de que la historia de Inglaterra rinda honor a aquel sin el cual *la Reforma hubiera fracasado* entre nosotros; porque el contagioso fervor de Knox salvó a Escocia; y si Escocia hubiera vuelto al catolicismo, ni la sabiduría de los ministros de Isabel, ni

[9]*The Creed of Presbyterians*, pp. 98, 99.
[10]*The Swiss Reformation*, II, p. 818.

las enseñanzas de sus obispos, ni aun sus mismas artimañas, hubiera podido evitar que la revolución estallara en Inglaterra. Knox fue la voz que dejó saber a los campesinos de Lothians que eran hombres tan libres e iguales a los ojos de Dios como cualesquiera de los orgullosos nobles o prelados que habían pisoteado a sus antepasados. Knox fue el antagonista que María Estuardo jamás pudo aplacar ni Maitland engañar; él fue quien hizo de los pobres plebeyos de su país hombres austeros e inflexibles, y aunque severos, intolerantes, supersticiosos y fanáticos, sin embargo, fueron hombres que ni rey, ni noble, ni sacerdote pudieron obligar a someterse nuevamente a la tiranía. Y la recompensa de este gran hombre ha sido la ingratitud de aquellos que más hubieran debido rendir honor a su memoria".[11]

La teología reformada escocesa en sus comienzos estuvo basada en el principio de la predestinación. Knox había recibido su teología directamente de Calvino en Ginebra, y su obra teológica principal fue su tratado sobre la predestinación—una polémica aguda, convincente y firme contra creencias vagas que estaban propagándose por Inglaterra y por otros lugares. Durante los siglos diecisiete y dieciocho, temas tales como el de la predestinación, la elección, la reprobación, la extensión y el valor de la expiación y la perseverancia de los creyentes fueron los que cautivaron el interés del campesinato escocés. De Escocia estas doctrinas se esparcieron hacia el sur, hacia partes de Inglaterra e Irlanda y a través del Atlántico hacia el occidente. En cierto sentido puede llamársele a Escocia "La madre patria del presbiterianismo moderno".

5. El calvinismo en Francia

Francia ardió también durante esta época con el espíritu libre, radiante y enérgico del calvinismo. "En Francia se le llamaba a los calvinistas hugonotes. Y el mundo conoce el carácter de éstos. Sea que fueren perseguidos en su madre patria o que estuvieren en el exilio, su pureza moral y su heroísmo han sido motivo de gran admiración tanto por parte de sus amigos como de sus enemigos".[12] La Enciclopedia Británica dice: "Su historia es una maravilla permanente que demuestra el poder continuo de convicciones religiosas bien arraigadas. El relato de los sufrimientos de los hugonotes es uno de los más extraordinarios y heróicos episodios en la historia religiosa". Estos componían la industriosa clase artesana de Francia y ser "honesto como un hugonote" se convirtió en proverbio que mostraba el más alto grado de integridad.

En el día de San Bartolomé, domingo 24 de agosto de 1572, un gran número de protestantes fueron asesinados traicioneramente en París, y por muchos días después se siguieron repitiendo las espantosas escenas en distintas partes de Francia. El número total de los que perdieron la vida en la masacre del día de San Bartolomé ha sido estimado entre unos 10.000 a 50.000, aunque Schaff estima que fueron unos 30.000. Estas violentas persecuciones indujeron a cientos de miles de protestantes franceses a huir a Holanda, Alemania, Inglaterra y a América del Norte. La pérdida para Francia fue irreparable. Macaulay, el historiador inglés, dice de aquellos que se establecieron en Inglaterra: "Los refugiados más humildes estaban intelectual y moralmente por encima de las personas comunes de cualquier reino de Europa". El gran historiador Lecky, aunque era un impasible racionalista, escribió: "La masacre de los hugonotes, al ser revocado el Edicto de Nantes, fue la masacre de los más íntegros, los más modestos, los más virtuosos, y en términos generales el elemento más instruido de la nación francesa, y abrió el camino a la inevitable degradación del carácter nacional, y eliminó el último baluarte importante que hubiera podido detener la fuerza del torrente de escepticismo y vicio que un siglo más tarde derrocara merecidamente tanto al altar como al trono".[13]

"El que haya leído la historia de éstos", dice Warburton, "sabe cuan crueles e injustas fueron las persecuciones instigadas contra ellos. La sangre más noble de Francia inundó los campos de batalla; se permitió al más brillante de los genios de Francia yacer abandonado y muriéndose de hambre en la prisión; y los individuos más nobles que Francia jamás poseyera fueron cazados y muertos tan brutalmente como a animales salvajes". Y añade, "En todo sentido fueron inmensamente superiores al resto de sus compatriotas. La estricta sobriedad de su vida, la pureza de sus actos, sus hábitos diligentes, y su completa separación de la grosera sensualidad que corrompía toda la vida nacional de Francia en este período fueron siempre medios eficaces para revelar los principios que sostenían, y así lo consideraron aun sus enemigos".[14]

El libertinaje de los reyes se había infiltrado de la aristocracia al pueblo común; la religión se había convertido en una llaga corrupta, consistente sólo con su crueldad; los monasterios se habían convertido en antros de iniquidad; el celibato había venido a ser fuente pestilente de incontinencia e impureza; la inmoralidad, el desenfreno, el despotismo y la extorsión en el estado y en la iglesia eran indescriptibles; el perdón de los pecados podía comprarse con dinero y un vergonzoso tráfico de indulgencias se llevaba a cabo bajo la sanción del papa; algunos de los papas eran monstruos de iniquidad; la ignorancia que existía era horripilante; la educación estaba confinada al clero y a los nobles; pero muchos de los sacerdotes no sabían ni leer

[11] *History of England*, X, 437.
[12] Smith, *The Creed of Presbyterians*, p. 83.

[13] *English History*, Siglo 18, I; pp. 264, 265.
[14] *Calvinism*, pp. 84, 92.

ni escribir; y la sociedad en general se había desmoronado.

Esta descripción, aunque parcial, no es exagerada. Sin embargo, por otro lado muchos católicos romanos sinceros estaban seriamente buscando reformar su iglesia desde adentro, pero ésta se encontraba en una condición no reformable. Cualquier cambio, si es que había de lograrse, tendría que venir de afuera. En otras palabras, o no habría reforma alguna o sería en oposición a Roma.

No obstante, las ideas protestantes comenzaban a infiltrarse gradualmente en Francia desde Alemania. Calvino comenzó su trabajo en París y pronto fue reconocido como uno de los líderes del nuevo movimiento en Francia. Su fervor despertó la oposición de las autoridades eclesiásticas y le fue necesario huir, si es que había de conservar su vida. Y aunque jamás regresó a Francia después que se estableció en Ginebra, permaneció siendo el líder de la reforma francesa y fue consultado a cada paso. Y fue él quien proporcionó a los hugonotes su credo y su forma de gobierno. Y a través del período subsiguiente fue, de acuerdo al testimonio unánime de la historia, el sistema de fe conocido como el calvinismo el que inspiró a los protestantes franceses en su lucha contra el papado y sus partidarios reales.

Lo que el puritano fue en Inglaterra, el "Covenanter" lo fue en Escocia, y el hugonote en Francia. Que el calvinismo haya producido el mismo tipo de hombre en cada uno de estos países es la prueba más patente de su poder en la formación del carácter.

El calvinismo se propagó tan rápidamente a través de Francia que Fisher en su *History of the Reformation* nos dice que en 1561 los calvinistas componían una cuarta parte de la población. McFetridge calcula que fueron aun más. "En menos de medio siglo", dice él, "este llamado sistema inflexible de fe había penetrado todas las regiones del país y había atraído a sus filas a casi la mitad de la población y a casi toda persona ilustrada. Tan numerosos y poderosos se habían hecho sus adherentes que pareció por un tiempo como si toda la nación hubiera de ser cautivada por sus doctrinas".[15] Smiles, en su libro *Huguenots in France*, escribe: "Es interesante especular sobre la influencia que la religión de Calvino, siendo él mismo francés, hubiera ejercido en la historia de Francia, al igual que en el carácter individual del francés, si el balance de fuerzas hubiera conducido a la nación completamente hacia el protestantismo, *como casi sucedió* hacia fines del siglo diez y seis" (p. 100). Sin lugar a duda, la historia de la nación hubiera sido muy distinta de lo que es.

6. El calvinismo en Holanda

Tenemos otro glorioso capítulo en la historia del calvinismo y de la humanidad en la lucha que libertó a los Países Bajos del poder dominante del papado y del cruel yugo de España. Las torturas de la inquisición fueron aplicadas aquí como en muy pocos otros lugares. El duque de Alba se jactaba de haber entregado a 18.600 herejes al verdugo en sólo cinco años.

"El patíbulo tuvo sus víctimas diarias", dice Motley, "pero no convirtió ni a una de ellas.... Había hombres que arriesgaron sus vidas y sufrieron tanto como hombres pueden llegar a arriesgar y sufrir en este mundo, y por la causa más noble que pueda inspirar a la humanidad". Nos habla también Motley en su libro "del heroismo de hombres que tomados de la mano caminaban a las llamas, y el de mujeres que cantando himnos de victoria eran enterradas vivas". Y en otra parte añade: "El número de holandeses quemados, ahorcados, decapitados, o sepultados vivos, en obediencia a los edictos de Carlos V, por el delito de haber leído la Biblia o de haber mirado con desdén a un ídolo o de haber considerado absurda la presencia del cuerpo y sangre de Cristo en una oblea, ha sido estimado por autoridades confiables en unos cien mil, y nunca en menos de cincuenta mil".[16] Durante esa memorable lucha de ochenta años, más protestantes murieron por sus creencias a manos de los españoles que mártires cristianos bajo los emperadores romanos durante los primeros tres siglos. En Holanda, la historia corona al calvinismo como el credo de mártires, de santos y de héroes.

Por casi tres generaciones, España, la nación más poderosa de Europa en aquel entonces, intentó destruir al protestantismo y la libertad política de los holandeses calvinistas, pero fracasó. Los holandeses, por querer adorar a Dios de acuerdo a los dictados de su conciencia y no bajo las irritantes cadenas de un sacerdocio corrupto, fueron invadidos y sometidos a las más crueles torturas que los españoles pudieran inventar. Y si se preguntara quién fue el que libertó a dicho país, la contestación habría de ser, "Fue el Príncipe de Orange, aquel calvinista conocido en la historia como Guillermo el Taciturno, junto con aquellos que sostenían el mismo credo". El Dr. Abraham Kuyper dice: "Si el poder de Satanás en aquel tiempo no hubiera sido quebrantado por el heroismo del espíritu calvinista, la historia de los Países Bajos, de toda Europa y del mundo entero, hubiera sido tan dolorosamente triste y sombría como ahora es, gracias al calvinismo, brillante e inspiradora".[17]

Si el espíritu del calvinismo no hubiera surgido en Europa occidental después del comienzo de la Reforma, el espíritu de indiferencia hubiera triunfado en Inglaterra, en Escocia, y en Holanda. El protestantismo en estos países jamás hubiera podido subsistir; y a través de las medidas comprometedoras de un protestantismo romanizado, Alemania con toda probabilidad

[15] *Calvinism in History*, p. 144.

[16] *Rise of the Dutch Republic*, I, p. 114.

[17] *Lectures on Calvinism*, p. 44.

hubiera quedado sujeta nuevamente al dominio de la Iglesia Católica Romana. Si el protestantismo hubiera fallado en cualquiera de estos países, es probable que el resultado hubiera sido fatal en los otros países también. Tan estrechamente entrelazado estaba el destino de estas naciones, que en un sentido dependía del desenlace de la lucha en Holanda. Si España hubiera obtenido la victoria en Holanda, es probable que la iglesia católica se hubiera fortalecido de tal manera que hubiera llegado a sojuzgar al protestantismo en Inglaterra también. Aun como estaban las cosas, pareció, al menos por un tiempo, que Inglaterra se tornaría nuevamente al romanismo. De haber sucedido esto, el desarrollo de América del Norte hubiera sido impedido automáticamente, y con toda probabilidad todo el continente americano hubiera quedado bajo el control de España.

Recordemos además que casi todos los mártires en estos países fueron calvinistas, siendo los luteranos y los arminianos sólo muy pocos en comparación. El Profesor Fruin observa que "En Suiza, Francia, Holanda, Escocia, e Inglaterra, y dondequiera que el protestantismo se ha tenido que establecer a filo de espada, fue el calvinismo lo que ganó la victoria". Y como quiera que se interprete este hecho, la verdad del caso es que los calvinistas fueron los únicos protestantes luchadores.

Hay también otro servicio que Holanda ha rendido y que no debemos pasar por alto. Los puritanos, después de ser expulsados de Inglaterra por las persecuciones religiosas y antes de su viaje a América del Norte, fueron a Holanda donde estuvieron en contacto con personas de una vida religiosa que, desde el punto de vista calvinista, les fue muy beneficiosa. Los líderes más importantes fueron Clyfton, Robinson y Brewster, los tres de la Universidad de Cambridge. Y fueron éstos un trío tan noble y heróico como cualquier otro que jamás haya existido en la historia de cualquier país, siendo además firmes calvinistas que sostenían las doctrinas fundamentales del reformador de Ginebra. El historiador norteamericano Bancroft tiene razón al llamar a los puritanos "hombres de la misma fe con Calvino".

J. C. Monsma, en su libro, *What Calvinism Has Done for America*, nos da el siguiente resumen de la vida de los puritanos en Holanda: "Cuando los puritanos partieron de Amsterdam hacia Leyden, el Rev. Clyfton, su líder principal, decidió permanecer donde estaba, siendo elegido entonces por el pueblo como nuevo líder o pastor su principal asistente, el Rev. Juan Robinson". Robinson era un calvinista convencido y se oponía a las enseñanzas de Arminio cada vez que se le brindaba la oportunidad. "Tenemos el testimonio incontestable de Eduardo Winslow de que Robinson, durante el tiempo cuando arminianismo estaba ganando terreno en Holanda, fue invitado por Polyander, Festus Homilus, y por otros teólogos holandeses a tomar parte en los debates con Episcopio, el nuevo líder de los arminianos, que se llevaban a cabo en la Academia en Leyden. Robinson aceptó la invitación y llegó a ser reconocido poco tiempo después como uno de los más grandes teólogos gomarianos. En 1624 escribió un tratado magistral, titulado *A Defense of the Doctrine Propounded by the Synod of Dort*. Como el Sínodo de Dordrecht, conocido internacionalmente, se caracterizó por un calvinismo estricto en todas sus decisiones, no necesitamos añadir nada más sobre la posición teológica de Robinson.

"Los puritanos sostenían las mismas doctrinas de las iglesias reformadas (calvinistas) en Holanda y en otras partes. Robinson, en su *Apology*, publicada en 1619, un año antes de partir los puritanos de Holanda, escribió de manera solemne, 'Profesamos ante Dios y ante los hombres que tal es nuestra conformidad, en cuanto a la religión, con las iglesias reformadas de Holanda, que convenimos con todos y cada uno de los artículos de fe de dichas iglesias, tal como aparecen en la *Armonía de las Confesiones de Fe*, publicada bajo ese nombre' " (p. 72, 73).

7. El calvinismo en América del Norte

Al estudiar la influencia que tuvo el calvinismo como fuerza política en la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, nos encontramos con una de las páginas más brillantes de la historia calvinista. El calvinismo llegó a Norteamérica en el barco Mayflower; y Bancroft, el más prominente de los historiadores norteamericanos, declara que los peregrinos eran "calvinistas conforme al sistema más riguroso".[18] Juan Endicott, el primer gobernador del Massachusetts Bay Colony; Juan Wintrop, el segundo gobernador de dicha colonia; Tomás Hooker, el fundador de Connecticut; Juan Davenport, el fundador del New Haven Colony; y Rogerio Williams, el fundador de Rhode Island Colony, eran todos calvinistas. Guillermo Penn fue discípulo de los hugonotes. Se estima que de los 3.000.000 de norteamericanos durante el tiempo de la Revolución norteamericana, 900.000 eran de origen escocés o de descendencia escocesa e irlandesa, 600.000 eran puritanos ingleses, y 400.000 eran de la iglesia reformada de Holanda o de Alemania. Además, los episcopales tenían una confesión de fe calvinista en sus Treinta y Nueve Artículos; y muchos de los hugonotes franceses también habían venido a esta tierra de Norteamérica. Por tanto, vemos que alrededor de dos terceras partes de la población colonial habían sido educadas en la escuela de Calvino. Jamás en la historia del mundo hubo una nación fundada por personas como éstas. Además, estas personas no vinieron a América del Norte con el propósito primario de desarrollar intereses y ganancias comerciales, sino por sus profundas convicciones religiosas. Parece que las persecuciones religiosas en varios países de Europa sirvieron providencialmente para seleccionar a las personas más progresistas e ilustradas para llevar a

[18] *History of the United States*, I, p. 463.

cabo la colonización de América del Norte. Sea como fuere, es generalmente admitido que los ingleses, los escoceses, los alemanes, y los holandeses han sido las personas de mayor influencia en Europa. Debemos recordar, además, que los puritanos, quienes componían la mayor parte de los habitantes de Nueva Inglaterra, trajeron consigo un protestantismo calvinista, que eran fieles adherentes de las doctrinas de los grandes reformadores, que sentían una gran repulsión hacia el formalismo y la opresión, tanto en la iglesia como en el estado, y que el calvinismo continuó siendo la teología prevaleciente en Nueva Inglaterra durante todo el período colonial.

Con este trasfondo, no nos sorprenderá descubrir que los presbiterianos tuvieron una parte muy importante en la Revolución norteamericana. El historiador norteamericano Bancroft dice: "La influencia que ejerció la religión en la Revolución de 1776 vino directamente de los presbiterianos. Fue simplemente el fruto de los principios que el presbiterianismo del Viejo Mundo sembró en sus hijos: los puritanos de Inglaterra, los "covenanter" de Escocia, los hugonotes de Francia, los calvinistas de Holanda, y los presbiterianos de Ulster". Tan apasionados y agresivos eran los presbiterianos en su celo por la libertad que la guerra era conocida en Inglaterra como "La rebelión presbiteriana". Un ferviente colono, partidario del Rey Jorge III escribió en una carta: "Yo doy la culpa de todos estos extraordinarios acontecimientos a los presbiterianos. Ellos han sido la causa principal de todas estas manifestaciones malditas. Siempre se han opuesto y siempre se opondrán al gobierno por causa del inquieto y turbulento espíritu antimonárquico que los ha caracterizado en todo lugar".[19] Cuando la noticia de "estos extraordinarios acontecimientos", llegó a Inglaterra, el Primer Ministro Horacio Walpole dijo en el Parlamento: "Nuestra prima América se ha fugado con un pastor presbiteriano" (Juan Witherspoon, presidente de Princeton, signatario de la Declaración de Independencia).

La historia declara elocuentemente que la democracia norteamericana nació del cristianismo y que este cristianismo es ni más ni menos que el calvinismo. El gran conflicto revolucionario que resultó en la formación de la nación norteamericana fue llevado a cabo principalmente por calvinistas, muchos de los cuales habían sido educados en la escuela estrictamente presbiteriana de Princeton, y esta nación es su dádiva a todos aquellos que aman la libertad.

J. R. Sizoo dice: "Cuando al fin se logró que Cornwallis retrocediera y se rindiera en Yorktown, todos los coroneles del ejército colonial excepto uno eran ancianos de la iglesia presbiteriana. Más de la mitad de todos los soldados y oficiales del ejército norteamericano durante la Revolución eran presbiterianos".[20]

[19]*Presbyterians and the Revolution*, p. 49.
[20]*They Seek a Country*, J. G. Slosser, editor, p. 155.

El testimonio de Emilio Castelar, el famoso estadista, orador y erudito español es interesante y de gran valor. Castelar había sido profesor de filosofía en la Universidad de Madrid antes de entrar en la política, y fue nombrado presidente de la república establecida por los Liberales en 1873. Como católico romano odiaba a Calvino y al calvinismo. Dice él: "Era necesario para el movimiento republicano que surgiese una moralidad más austera que la de Lutero, a saber, la de Calvino, y una iglesia más democrática que la de Alemania, a saber, la de Ginebra. La democracia anglosajona tiene como fundamento un libro de una sociedad primitiva—la Biblia. Esta democracia es el producto de una rigurosa teología aprendida por los pocos refugiados cristianos en las lóbregas ciudades de Holanda y Suiza, donde la adusta figura de Calvino aún arroja su sombra. . . una democracia que permanece serena en su grandeza, constituyendo la parte más noble, más moral, y más ilustrada de la raza humana".[21]

Motley dice: "En Inglaterra las semillas de la libertad incorporadas en el calvinismo y preservadas a través de largos años de prueba estaban al fin destinadas a esparcirse y a producir las más abundantes cosechas de libertad en repúblicas que aún no habían nacido".[22] "Los calvinistas fundaron las democracias de Inglaterra, Holanda, y América del Norte". Y añade, "Las libertades políticas de Inglaterra, de Holanda, y de América del Norte se deben a los calvinistas más que a cualquier otro grupo de hombres".[23]

Merece nuestra consideración el testimonio de otro famoso historiador, el francés Taine, quien personalmente no tenía credo religioso alguno. Respecto a los calvinistas dice: "Estos hombres son los verdaderos héroes de Inglaterra. Fueron ellos quienes la fundaron, y esto a pesar de la corrupción de los Estuardos; y lo lograron por el ejercicio del deber, por la práctica de la justicia, por el trabajo asiduo, por la vindicación del derecho, por la resistencia a la opresión, por la conquista de la libertad, y por la represión del vicio. Ellos fundaron a Escocia y a los Estados Unidos de Norteamérica; y en este día están, a través de sus descendientes, fundando a Australia y colonizando al mundo".[24]

En su libro, *The Creed of Presbyterians*, E. W. Smith hace esta pregunta refiriéndose a los colonos de Norteamérica: "¿Dónde aprendieron éstos esos principios inmortales como lo son el de los derechos del hombre, el de la libertad humana, y el de la igualdad y la autonomía, sobre los cuales cimentaron su república, y los cuales son hoy la gloria distintiva de esa civilización norteamericana? Los aprendieron en la escuela de Calvino. Allí el mundo moderno los aprendió. Así nos lo enseña la historia" (p. 121).

[21]Harper's Monthly, June and July, 1872.
[22]*The United Netherlands*, III, p. 121.
[23]*The United Netherlands*, IV, pp. 548, 547.
[24]*English Literature*, II, p. 472.

Pasemos a considerar ahora la influencia que la iglesia presbiteriana como iglesia ejerció en la formación de la república norteamericana. "La iglesia presbiteriana", dijo el Dr. W. H. Roberts en un discurso que pronunciara ante la Asamblea General, "fue por tres cuartos de siglo la única representante en este continente de gobierno republicano como se encuentra organizado hoy en la nación" y añade: "Desde 1706 hasta el comienzo de la revolución la única institución en existencia que representaba nuestra organización política nacional actual fue el Sínodo General de la Iglesia Presbiteriana de Norteamérica. Sólo ella entre las organizaciones coloniales, tanto eclesiásticas como políticas, ejerció autoridad derivada de los colonos mismos, sobre las comunidades esparcidas por todas las colonias desde Nueva Inglaterra hasta Georgia. Debe recordarse que las colonias durante los siglos diecisiete y dieciocho, aunque dependientes de Inglaterra, eran independientes las unas de las otras. Un cuerpo como el Congreso Continental no llegó a existir hasta 1774. La condición religiosa del país era semejante a la condición política. Las iglesias congregacionales de Nueva Inglaterra no estaban vinculadas las unas a las otras, y aparte del gobierno civil carecían de poder. En las colonias la Iglesia Episcopal no estaba organizada aún, y su sostenimiento y ministerio dependían de la iglesia establecida de Inglaterra; además, estaba saturada de una intensa lealtad a la monarquía británica. La Iglesia Reformada Holandesa no llegó a ser una organización eficiente e independiente hasta 1771, y la Iglesia Reformada Alemana no logró alcanzar esa condición hasta 1793. Las iglesias bautistas eran organizaciones separadas, las metodistas eran prácticamente desconocidas, y los cuáqueros eran pacifistas".

Delegados de las iglesias presbiterianas se reunían cada año en el Sínodo General, y la iglesia vino a ser, como nos dice el Dr. Roberts, "un lazo de unión y reciprocidad entre grandes sectores de la población de las colonias divididas". "¿Es pues de extrañarse que bajo su influencia los sentimientos de verdadera libertad, al igual que los principios de un evangelio puro, fuesen predicados a través de todo el territorio desde Long Island hasta Carolina del Sur y que, sobre todo, un espíritu de unidad entre las colonias empezase a hacerse sentir? Es incalculable la influencia que esa república eclesiástica tuvo en lo que al origen de la nación respecta, siendo ella desde 1706 a 1774 la única representante en este continente de instituciones republicanas bien desarrolladas. Los Estados Unidos de Norteamérica deben mucho a la más antigua de las repúblicas americanas, la Iglesia Presbiteriana".[25]

Esto, por supuesto, no quiere decir que la Iglesia Presbiteriana fue la única fuente de la cual se obtuvieron los principios sobre los cuales se fundó dicha República, pero sí se afirma que los principios que aparecen en las

[25]Discurso sobre "The Westminster Standards and the Formation of the American Republic".

normas de Westminster fueron el fundamento principal. "La iglesia presbiteriana fue la primera que enseñó, practicó, y sostuvo en esta tierra la forma de gobierno de acuerdo a la cual la República ha sido organizada" (Roberts).

Al comienzo de la lucha revolucionaria, los ministros e iglesias presbiterianas se encontraban al lado de los colonos, y Bancroft atribuye a éstos el haber hecho el primer paso hacia la independencia.[26] El sínodo que se reunió en Filadelfia en 1775 fue el primer cuerpo religioso en expresar abierta y públicamente su deseo de separarse de Inglaterra. Dicho sínodo exhortó a los que estaban bajo su jurisdicción a que no dejaran de hacer nada que sirviera para promover el fin que se habían propuesto, y los instó a orar por el Congreso que se encontraba entonces en sesión.

La Iglesia Episcopal en aquel tiempo estaba todavía unida a la Iglesia de Inglaterra y, por tanto, se oponía a la Revolución. Un número considerable de personas dentro de esa iglesia, sin embargo, luchaba intensamente por la independencia, aportando de sus riquezas e influencia. Cabe señalar que el Comandante en Jefe de los ejércitos norteamericanos, Jorge Washington, "el padre de nuestra patria", era miembro de esa iglesia. Washington mismo asistió y ordenó a todos sus hombres a asistir a los servicios celebrados por sus capellanes, quienes eran ministros de las distintas iglesias. Además, en cierta ocasión él donó cuarenta mil dólares con el fin de establecer un colegio presbiteriano en su estado natal, que en reconocimiento a su donativo fue llamado "Washington College".

N. S. McFetridge ha arrojado luz sobre otro acontecimiento de importancia durante el período revolucionario. Para una mayor exactitud e integridad nos tomaremos el privilegio de citarlo extensamente. "Otro factor importante en el movimiento de independencia", dice él, "fue lo que se conoce como la 'Declaración de Mecklenburg'. Esta fue proclmamada por los presbiterianos escoceses e irlandeses de Carolina del Norte el 20 de mayo de 1775, o sea, un año antes de redactada la Declaración de la Independencia. Esto fue el cordial saludo de los escoceses e irlandeses a sus valerosos hermanos del norte, y su intrépido reto al poder de Inglaterra. Los presbiterianos escoceses e irlandeses habían estado siguiendo muy de cerca el desarrollo de la lucha entre las colonias y la Corona, y al oír la declaración presentada por el Congreso al Rey, declarando a las colonias en abierta rebelión, estimaron que era tiempo de expresar su sentir abiertamente. Como consecuencia, organizaron un cuerpo representativo en Charlotte, Carolina del Norte, el cual por decisión unánime declaró a los colonos libres e independientes, y declaró también que todas las leyes y comisiones del rey quedaban invalidadas de ese momento en adelante. En la Declaración aparecen resoluciones como las siguientes: 'Por la presente disolvemos los vínculos políti-

[26]*History of the United States*, X, p. 77.

cos que nos han unido a la madre patria, y por este medio quedamos eximidos de toda lealtad a la corona británica.... Por la presente nos declaramos un pueblo libre e independiente; somos, y por derecho debemos ser, una asociación soberana y autónoma, únicamente bajo el control de nuestro Dios y del gobierno general del Congreso; y para la preservación de dicha asociación solemnemente comprometemos nuestra cooperación y aun nuestras propias vidas, nuestras fortunas y nuestro más sagrado honor'. Dicha asamblea estuvo compuesta de veintisiete calvinistas tenaces, de los cuales una tercera parte eran ancianos de la Iglesia Presbiteriana, inclusive el presidente y el secretario; y uno era un ministro presbiteriano. El hombre que redactó ese famoso e importante documento fue el secretario, Efraín Brevard, un anciano gobernante de la Iglesia Presbiteriana, graduado del Colegio de Princeton. Bancroft dice que dicha declaración era 'en efecto una declaración al igual que un sistema completo de gobierno'. (*U. S. History*, VIII, 40). Dicha declaración fue enviada al Congreso en Filadelfia por mano de un mensajero especial, y fue publicada en el *Cape Fear Mercury*, y distribuida a través de todo el país. También fue rápidamente remitida a Inglaterra, donde causó gran conmoción.

"La identidad de sentimiento y la similaridad de expresión entre esta Declaración y la gran Declaración escrita por Jefferson no podía pasar desapercibida por el historiador; de ahí que Tucker, en su *Life of Jefferson*, dice 'Todos se habrán podido dar cuenta que uno de estos dos escritos fue copiado del otro'. Pero es obvio que Brevard no pudo haber 'copiado' del documento de Jefferson, ya que escribió el suyo más de un año antes. Por tanto, Jefferson, de acuerdo a su biógrafo, debió haber 'prestado' de Brevard. Pero era un plagio tan provechoso que el mundo le perdonará sin reservas. Al corregir su primera copia de la Declaración, puede observarse en varias partes que Jefferson ha borrado las palabras originales y ha intercalado las que aparecen originalmente en la Declaración de Mecklenberg. Nadie puede dudar que Jefferson tenía delante de sí las resoluciones de Brevard cuando escribía su Declaración inmortal".[27]

Esta notable semejanza entre los principios expuestos en la Forma de Gobierno de la Iglesia Presbiteriana y los expuestos en la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica ha producido un sinnúmero de comentarios. "Cuando los padres de nuestra república se sentaron a redactar un sistema de gobierno popular y representativo", dice el Dr. E. W. Smith, "su tarea no fue tan difícil como algunos han supuesto, porque ellos ya tenían un modelo por el cual guiarse".[28]

"Si se le preguntara a un ciudadano común de los Estados Unidos de Norteamérica quién fue el fundador de su patria, el autor de nuestra gran

[27]*Calvinism in History*, pp. 85-88.
[28]*The Creed of Presbyterians*, p. 142.

república, pudiera ser que no supiera contestar. Nos podemos imaginar su asombro al oír la respuesta dada a esta pregunta por el famoso historiador alemán, Ranke, uno de los más destacados eruditos de los tiempos modernos. Dice Ranke, "Juan Calvino fue en efecto el verdadero fundador de Norteamérica".[29]

D'Aubigne, cuya historia de la Reforma es un clásico, escribe: "Calvino fue el fundador de la más grandiosa de las repúblicas. Los puritanos que dejaron su patria durante el reinado de Jacobo I y arribaron a las áridas tierras de Nueva Inglaterra, fundando populosas y podersosas colonias, fueron sus hijos; y la nación norteamericana que tan rápidamente hemos visto crecer, ostenta por padre al humilde reformador de las orillas del Lago Leman".[30]

El Dr. E. W. Smith dice, "Estos principios revolucionarios de libertad y autocracia republicana, expuestos e incorporados en el sistema de Calvino, fueron sembrados en América del Norte, donde han producido abundante cosecha; y ¿quiénes fueron los que los sembraron?—fueron los calvinistas. A pesar de lo extraño que parezcan a los oídos de algunos las palabras de Ranke, la relación vital que existe entre Calvino y el calvinismo por un lado y la fundación de las instituciones libres de América del Norte por el otro, es reconocida y sostenida por historiadores de todos los países y de todos los credos".[31]

Todo esto ha sido claramente entendido e imparcialmente reconocido por historiadores tan penetrantes y filosóficos como Bancroft, quien aunque lejos de ser calvinista, considera a Calvino "el padre de Norteamérica" y añade: "Aquel que no honre la memoria y respete la influencia de Calvino, conoce muy poco sobre el origen de la libertad en América del Norte".

Podemos apreciar aun más claramente la verdad de los testimonios citados anteriormente cuando recordamos que dos terceras partes de la población durante la época de la Revolución habían sido instruidas en la escuela de Calvino y cuando recordamos cuan unida y entusiasticamente lucharon los calvinistas por la causa de la independencia.

Durante la época de la Revolución prácticamente no había metodistas en América del Norte; y, de hecho, la iglesia metodista no estuvo organizada oficialmente como tal en Inglaterra hasta el año 1784, o sea, tres años después de terminada la Revolución. Juan Wesley, aunque un hombre bueno y noble, era un Tory (realista) y creía en la obediencia pasiva. Sin embargo, a pesar de que escribió en contra de la "rebelión" norteamericana, aceptó el afortunado resultado. McFetridge dice, "Los metodistas eran una pequeña minoría en las colonias al comenzar la lucha de la independencia. En 1773

[29]*Ibid.*, p. 119.
[30]*Reformation in the Time of Calvin*, I, p. 5.
[31]*The Creed of Presbyterians*, p. 132.

afirmaban tener unos ciento sesenta miembros. Sus ministros eran casi todos de Inglaterra, y eran fieles partidarios de la Corona y contra la independencia. Por consiguiente cuando la guerra estalló, tuvieron que huir del país. Sus ideas políticas naturalmente concordaban con las de su gran líder, Juan Wesley, quien hacía uso de todo el poder de su elocuencia e influencia en contra de la independencia de las colonias. (Bancroft, *U. S. History*, vol. VII, p. 261). Wesley, sin embargo, no pudo preveer que la América del Norte independiente había de ser el campo donde su noble iglesia había de recoger sus más abundantes cosechas y que en aquella Declaración, que él opuso con tanta insistencia, yacía la seguridad de las libertades de sus seguidores".[32]

Las grandes luchas por la libertad civil y religiosa en Inglaterra y en América del Norte fueron fomentadas e inspiradas por el calvinismo, y llevadas a cabo en gran medida por calvinistas. Pero como la mayoría de los historiadores nunca han estudiado el calvinismo a fondo, jamás han podido darnos un relato verídico y completo de lo que dicho credo ha hecho en estos países. Se necesita la luz de la investigación histórica para mostrar cómo los antepasados de ambos países creyeron y se rigieron por los principios calvinistas. Vivimos en una época que en gran medida ha olvidado los servicios de los calvinistas durante la fundación de Norteamérica, por lo que se hace un tanto difícil discutir el tema sin dar la impresión de que uno es meramente un encomiasta del calvinismo. Podemos, sin embargo, en toda confianza, rendir honor al Credo que ha producido tan dulces frutos y al cual los Estados Unidos de Norteamérica tanto debe.

8. El calvinismo y el gobierno representativo

Aunque no existe conexión orgánica entre la libertad civil y la religiosa, no obstante, ellas poseen una fuerte afinidad la una para la otra; y donde no exista la una tampoco la otra podrá prevalecer por mucho tiempo. La historia manifiesta elocuentemente que la religión de un pueblo depende de su libertad o su esclavitud. Las doctrinas que sostengan y los principios que adopten son, por tanto, de suprema importancia, ya que vendrán a ser la base sobre la cual la sobreestructura de su vida y de su gobierno habrán de descansar. En este sentido el calvinismo ha sido revolucionario, ya que ha enseñado la igualdad natural de los hombres, y su tendencia esencial ha sido la de destruir toda distinción de rango y toda presunta superioridad basada en riquezas y en privilegios adquiridos. Por su amor a la libertad, el calvinista se ha convertido en luchador contra aquellas distinciones artificiales que colocan a algunos hombres por encima de otros.

Políticamente, el calvinismo ha sido la fuente principal del gobierno repu-

[32]*Calvinism in History*, p. 74.

blicano moderno. El calvinismo y el republicanismo están relacionados el uno al otro como causa y efecto; y donde un pueblo posee el primero, el segundo pronto se desarrollará. Calvino mismo sostuvo que la iglesia, bajo Dios, era una república espiritual; lo que demuestra que él era republicano en teoría. Jacobo I conocía muy bien los efectos del calvinismo cuando dijo: "El presbiterianismo y la monarquía son tan afines como lo son Dios y el diablo". Y Bancroft habla del "carácter político del calvinismo, el cual los monarcas de la época unánimamente y con instintivo juicio consideraban republicanismo". Otro historiador norteamericano, Juan Fiske, ha escrito: "Sería difícil sobreestimar lo que la humanidad debe a Juan Calvino. El padre espiritual de Coligny, de Guillermo el Taciturno, y de Cromwell, debe ocupar el primer lugar entre los adalides de la democracia moderna... La promulgación de esta teología fue uno de los pasos más grandes que la humanidad jamás haya dado hacia la libertad individual".[33] Emilio Castelar, el líder de los liberales españoles, dice que "la democracia anglosajona es el producto de una teología severa aprendida en las ciudades de Holanda y Suiza". Buckle, en su libro *History of Civilization* dice, "El calvinismo es esencialmente democrático", (I, 669). Y De Tocqueville, un hábil escritor político, lo llama, "una religión democrática y republicana".[34]

Dicho sistema no sólo inspiró en sus seguidores un espíritu de libertad, sino que les adiestró de manera práctica en cuanto a sus derechos y deberes como hombres libres. Además, dio a cada congregación el derecho de elegir a sus propios oficiales y de dirigir sus propios asuntos. Fiske la considera "una de las escuelas más efectivas que jamás haya existido en el entrenamiento de hombres para la administración de gobierno autónomo local".[35] La libertad espiritual es la fuente y el sostén de todas las otras libertades; por tanto, no debe sorprendernos cuando se nos dice que los principios que guiaron a estos hombres en sus asuntos eclesiásticos fueron los que también moldearon sus ideas políticas. Instintivamente prefirieron un gobierno representativo y obstinadamente resistieron a todo gobernante injusto. Una vez derrocado el despotismo religioso, el despotismo civil no puede prevalecer por mucho tiempo.

Podríamos decir que la república espiritual fundada por Calvino descansa sobre cuatro principios básicos. Estos han sido resumidos por un eminente estadista y jurista inglés, Sir James Stephen, de la manera siguiente: "Estos principios fueron: En primer lugar, que la voluntad del pueblo era la única fuente legítima del poder de los gobernantes; en segundo lugar, que el poder era delegado por el pueblo a sus gobernantes por medio de elecciones, en las

[33]*Beginnings of New England*, p. 58.
[34]*Democracy*, I, p. 384.
[35]*Beginnings of New England*, p. 59.

cuales todo hombre adulto podía ejercer su derecho al voto; en tercer lugar, que en la esfera eclesiástica, el clero y los laicos tenían el derecho de ejercer autoridad igual y coordinadamente; y en cuarto lugar, que ninguna alianza o dependencia mutua, o cualquier otra relación definida, había de existir entre la iglesia y el estado".[36]

El principio de la soberanía de Dios, cuando fue aplicado a los asuntos del gobierno, demostró ser muy importante. Dios, como el gobernador supremo, es soberano; y cualquier autoridad que tuviere el hombre es debido a que ella le había sido conferida por Dios gratuitamente. Las Escrituras, por contener principios eternos normativos para todas las edades y para todas las personas, fueron tomadas como la autoridad final. Las siguientes palabras de las Escrituras declaran que el Estado es una institución divinamente establecida; "Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten acarrean condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra" (Ro. 13:1-7).

Cabe señalar, sin embargo, que ningún tipo de gobierno, sea democracia o república o monarquía, fue considerado como divinamente establecido para una época o pueblo en particular, aunque el calvinismo mostró una preferencia por el sistema republicano. "Cualquiera que fuese el sistema de gobierno", dice Meeter, "fuese monarquía o democracia o cualquier otra forma, en cada caso el gobernante (o los gobernantes) había de actuar como el representante de Dios, y administrar los asuntos del gobierno en conformidad a las leyes divinas. Este principio fundamental proveyó al mismo tiempo el más alto incentivo para la preservación de la ley y el orden entre los ciudadanos, quienes, por amor a Dios, debieran rendir obediencia a los poderes superiores, fueren cuales fueren. De aquí que el calvinismo conduzca a gobiernos altamente estables.

"Pero, por otra parte, el mismo principio de la soberanía de Dios sirvió también como una poderosa defensa de las libertades de los ciudadanos

[36]*Lectures on the History of France*, p. 415.

contra gobernantes despóticos. Cuando los gobernantes hacían caso omiso a la voluntad de Dios, menospreciaban los derechos de los gobernados y se hacían abusivos, los ciudadanos, en vista de su responsabilidad para con Dios, el soberano supremo, tenían el privilegio y el deber de rehusar obediencia y aun, si fuere necesario, destituir al déspota mediante las autoridades menores establecidas por Dios para la protección de los derechos del pueblo".[37]

Las ideas calvinistas sobre el gobierno y los gobernantes han sido hábilmente expuestas por J. C. Monsma en el siguiente párrafo: "Los gobiernos son instituidos por Dios mediante la instrumentalidad del pueblo. Ningún emperador o presidente tiene poder inherente en sí mismo; cualquier poder que posea, la autoridad que ejerza, es poder y autoridad derivados de la gran Fuente divina; por tanto, lo que dichos gobernantes poseen no es en realidad poder, sino la justicia, y justicia que proviene de la Fuente eterna de justicia. De ahí que le es muy fácil al calvinista respetar las leyes y ordenanzas del gobierno. Si el gobierno fuese sólo cuestión de un grupo de hombres obligados a satisfacer los deseos de una mayoría popular, el calvinista, por su gran amor a la libertad, pronto se rebelaría. Pero como su firme creencia es que detrás del gobierno está Dios, en vez de rebelarse se postra ante El en profunda reverencia. En esta creencia yace también la razón fundamental de ese profundo y casi fanático amor por la libertad, inclusive la libertad política, que siempre ha sido característico del calvinista genuino. Para el calvinista el gobierno es servidor de Dios, y por tanto, todos los oficiales, COMO HOMBRES, están en un mismo plano con sus súbditos; y en ningún sentido pueden considerarse superiores... Por esa misma razón el calvinista prefiere el gobierno de tipo republicano. La soberanía de Dios, el carácter derivativo de los poderes del gobierno y la igualdad de hombres como hombres, no encuentra expresión más clara y elocuente en ninguna otra forma de gobierno".[38]

La teología calvinista exalta a un solo Soberano y exige que todos los otros soberanos se postren ante Su majestuosa presencia. Por consiguiente, el derecho divino de los reyes y los decretos infalibles de los papas no pudieron prevalecer entre personas que atribuían la soberanía a Dios sólo. Pero aunque esta teología exalta a Dios infinitamente como el Gobernador Todopoderoso del cielo y de la tierra y demanda que todos los hombres se postren ante El, no obstante, también incrementa la dignidad del individuo y enseña que todos los hombres, como hombres, son iguales. El calvinista, porque teme a Dios, no teme a hombre alguno. Y sabiendo que ha escogido en los consejos eternos y destinado para las glorias celestiales, posee algo que disipa la tendencia a rendir pleitesía a los hombres, y opaca el lustre de toda

[37]H. H. Meeter, *The Fundamental Principles of Calvinism*, p. 92.
[38]*What Calvinism Has Done for America*, p. 6.

grandeza terrenal. Si la orgullosa aristocracia traza su linaje a través de generaciones de antepasdos de alta alcurnia, los calvinistas, con mayor orgullo aún, apuntan al libro de la vida que registra la más noble concesión de derechos decretada desde la eternidad por el Rey de reyes. Los calvinistas, por su linaje superior a cualquier linaje terrenal, son, en realidad, los verdaderos nobles, los nobles del cielo, hijos y sacerdotes de Dios, coherederos con Cristo, y reyes y sacerdotes ungidos y consagrados divinamente. Infúndase a la mente y al corazón del hombre la verdad de la soberanía de Dios, y será como si se le introdujera hierro en la sangre. La fe reformada ha rendido un muy valioso servicio al enseñar al individuo sus derechos.

El arminianismo, por su pronunciada tendencia aristocrática, se contrasta de manera impresionante con las tendencias democráticas y republicanas inherentes en la fe reformada. En las iglesias presbiterianas y en las reformadas el anciano vota en el Presbiterio o Sínodo o Asamblea General en completa igualdad con su pastor; en las iglesias arminianas, en cambio, el poder yace en gran medida en manos del clero y es muy poca la autoridad del laico. El sistema episcopal hace hincapié en el gobienro jerárquico. El arminiansimo y el catolicismo romano (que prácticamente es arminiano) florecen bajo un gobierno monárquico pero el calvinismo halla su vida coartada allí. El romanismo, en cambio, no florece en una república pero allí el calvinismo está a sus anchas. En el plano civil, el gobierno eclesiástico aristocrático tiende hacia la monarquía, mientras que el gobierno eclesiástico republicano tiende hacia la democracia. McFetridge dice, "El arminianismo es desfavorable a la libertad civil, y el calvinismo es desfavorable al despotismo. Los despóticos gobernantes de tiempos pasados pudieron darse cuenta de la verdad de estas premisas, y, reclamando el derecho divino de los reyes, temían al calvinismo como al republicanismo".[39]

9. El calvinismo y la educación

La historia atestigua de igual manera de la estrecha relación que existe entre el calvinismo y la educación. Dondequiera éste ha penetrado, ha implantado la escuela y ha dado un enérgico ímpetu a la educación popular. El calvinismo es un sistema que demanda madurez intelectual. De hecho, podemos decir que su misma existencia está íntimamente vinculada con la educación del pueblo, ya que requiere cierta preparación intelectual para conocer el sistema y poder delinear todo lo que envuelve. Este sistema apela de manera contundente a la razón humana e insiste que el hombre debe amar a Dios no sólo con todo su corazón, sino también con toda su mente. Calvino sostuvo que "la fe verdadera tiene que ser una fe inteligente"; y la experiencia ha demostrado que la piedad sin el conocimiento es a la larga tan peligrosa como el conocimiento sin la piedad. Además, Calvino vio claramente que la aceptación y la difusión de su sistema doctrinal dependía no sólo de la preparación de los que habrían de enseñarlo, sino también de la capacidad intelectual de los que habrían de abrazarlo. Calvino culminó su labor en Ginebra con el establecimiento de la Academia, donde miles de alumnos de la Europa continental y de las Islas Británicas se sentaron a sus pies, llevando luego las doctrinas aprendidas allí a todos los rincones de la cristiandad. Knox regresó de Ginebra completamente convencido de que la educación del pueblo era el baluarte más poderoso del protestantismo y el más firme fundamento del estado. "El romanismo requiere al sacerdote; el calvinismo al maestro" es un dicho antiguo, cuya veracidad no podrá ser negada por ninguna persona que haya examinado los hechos.

[39]*Calvinism in History*, p. 21.

El deseo calvinista por la educación ha inspirado a innumerables familias calvinistas en Escocia, Inglaterra, Holanda, y Norteamérica a someterse a grandes estrecheces económicas a fin de poder dar una educación a sus hijos. La famosa máxima de Carlyle "Que un ser con capacidad intelectual haya de morir en ignorancia, esto lo considero una verdadera tragedia", expresa una idea totalmente calvinista. Dondequiera que el calvinismo ha penetrado, el conocimiento y la instrucción han sido fomentados y allí se ha desarrollado una generación viril de pensadores. Los calvinistas no han sido constructores de grandes catedrales, pero sí han sido constructores de escuelas, colegios y universidades. Cuando los puritanos de Inglaterra, los "covenanters" de Escocia y los reformados de Holanda y Alemania vinieron a América del Norte, trajeron consigo no sólo la Biblia y la Confesión de Westminster, sino también la escuela.

Las tres universidades norteamericanas de mayor importancia histórica, Harvard, Yale, y Princeton, fueron originalmente fundadas por calvinistas, con el fin de dar a los estudiantes una base sólida en teología al igual que en otras ramas del saber. Harvard, establecida en 1636, se fundó con el propósito primordial de servir para el entrenamiento de ministros evangélicos y más de la mitad de sus primeras clases graduandas entraron al ministerio. Yale, la que algunas veces es conocida también como "la madre de los colegios", fue por un tiempo considerable una estricta institución puritana. Y Princeton, fundado por los presbiterianos escoceses, también tuvo un fundamento totalmente calvinista.

Dice Bancroft, "Hacemos alarde de nuestras escuelas; Calvino fue el padre de la educación pública, el originador del sistema de escuelas públicas".[40] "Dondequiera que el calvinismo dominó", añade, "buscó promover la educación entre el pueblo y en cada territorio plantó la escuela".[41]

[40]*Miscellaneous*, p. 406.
[41]*History of the United States*, II, p. 463.

"Nuestro sistema escolar, del cual tanto alarde hacemos", dice Smith, "debe su existencia a la serie de influencias que desde la Ginebra de Calvino pasaron a través de Escocia y Holanda a América del Norte; y durante los primeros doscientos años de nuestra historia casi todos los colegios y seminarios y casi todas las academias y escuelas fueron construidos y sostenidos por calvinistas".[42]

El Prof. H. H. Meeter de Calvin College expresa muy bien la relación que existe entre al calvinismo y la educación en los dos siguientes párrafos: "La ciencia y el arte son dones de la gracia común de Dios y han de utilizarse y desarrollarse como tales. La naturaleza es obra de Sus manos, la incorporación de Sus ideas, y en su forma más pura el reflejo de Sus virtudes. Dios es el pensamiento unificador de toda ciencia, ya que todo lo creado no es sino el despliegue de Su plan. Ahora bien, junto a estas razones teóricas hay razones muy prácticas por qué el calvinista siempre ha estado intensamente interesado en la educación, porqué las escuelas primarias y las de educación superior se han levantado junto a iglesias calvinistas, y porqué los calvinistas han sido en gran medida la vanguardia del movimiento moderno de educación universal. Estas razones prácticas tienen que ver directamente con la fe calvinista. Los católicos romanos, por ejemplo, podrían prescindir de la educación porque para ellos el clero, no el laico, es quien decide los asuntos relacionados con el gobierno y la doctrina de la iglesia. Sus intereses, por tanto, no requieren la instrucción del pueblo. En lo que a la salvación respecta, todo lo que el laico católico romano necesita es una fe implícita en lo que la iglesia cree; no le es necesario poder dar una explicación inteligente de los principios de su fe. En lo que al culto respecta, no el sermón sino el sacramento es el medio importante de impartir las bendiciones de la salvación, siendo el sermón de menor importancia. Y este sacramento no requiere inteligencia ya que el sacramento obra *ex opere operato*.

"Para el calvinista el asunto es todo lo contrario. El gobierno de la iglesia está en manos de los ancianos, laicos, y son éstos los que toman las decisiones tanto en asuntos del gobierno de la iglesia como en los de su doctrina. Además, el laico mismo tiene el deber solemne, sin la mediación de un orden sacerdotal, de ocuparse de su salvación, y no basta tener una fe implícita en lo que la iglesia cree. El creyente debe leer la Biblia y conocer su credo que, por cierto, es uno altamente intelectual. Cabe señalar que aun para el luterano, la edudación no era un asunto de tanta importancia como lo era para el calvinista. Y aunque es cierto que el luterano enseñó que cada individuo había de ocuparse personalmente en su salvación, sin embargo, en los círculos luteranos el laico fue excluido del oficio del gobierno de la iglesia y también, por consiguiente, del deber de tomar decisiones en cuanto

[42]*The Creed of Presbyterians*, p. 148.

a los asuntos de doctrina. De tales consideraciones se hace evidente porqué el calvinista es un tenaz promotor de la educación. Si por un lado Dios ha de ser proclamado soberano en el campo de la ciencia, y por otro lado el sistema calvinista requiere la educación del pueblo para poder sobrevivir, no debe sorprendernos que el calvinista haga tanto hincapié en la enseñanza. La educación es para el calvinista asunto de vida o muerte".[43]

Las elevadas normas que tradicionalmente han caracterizado las iglesias presbiterianas y las reformadas en cuanto a la preparación ministerial son dignas de notarse. Mientras que muchas otras iglesias ordenan a hombres como ministros y misioneros y les permiten predicar aunque tengan poca preparación, las iglesias presbiterianas y las reformadas, en cambio, insisten que el candidato para el ministerio sea un estudiante graduado de una escuela a nivel universitario y que haya estudiado por lo menos dos o tres años bajo algún profesor aprobado en teología. Como resultado un mayor número de estos ministros ha podido manejar los asuntos de las influyentes iglesias urbanas. Y aunque dichas exigencias pueden significar que haya menos ministros, también significan un ministerio mejor preparado y mejor pagado.

10. Juan Calvino

Juan Calvino nació el 10 de julio de 1509 en Noyon, una antigua ciudad de Francia, a unos ciento diez kilómetros al noreste de París. Su padre, un hombre de carácter algo estricto y austero, era el secretario apostólico del obispo de Noyon y amigo íntimo de las mejores familias del vecindario. Su madre se destacó por su belleza y piedad, pero murió cuando él era aún joven.

Calvino recibió la mejor educación que Francia en ese tiempo podía ofrecer, y estudió sucesivamente en las tres principales universidades de dicho país, a saber, la de Orleans, la de Bourges, y la de París, desde 1528 a 1533. Su padre quería que él estudiara leyes, ya que dicha profesión por lo general enriquecía y daba prestigio a los que la ejercían. Pero no sintiendo particular vocación por esa profesión, el joven Calvino se dedicó al estudio de la teología, en el cual encontró la esfera de labor para la cual era idóneo. Se le he descrito como habiendo sido tímido y retraído, muy estudioso y puntual en su trabajo, movido por un estricto sentido del deber, y extremadamente religioso. Desde temprana edad demostró poseer un intelecto capaz de argumentar de manera clara y convincente y de analizar lógicamente. Por su diligencia en el estudio logró acumular en su mente mucha información valiosa, pero en consecuencia su salud se iba minando paulatinamente. Y tanto era su progreso intelectual que en ocasiones se le pedía que tomara el lugar de los profesores, y era considerado por los demás estudiantes como

[43]*The Fundamental Principles of Calvinism*, pp. 96-99 (La edición revisada al español lleva el título *La iglesia y el estado*).

maestro en vez de alumno. Durante esta época de su vida, él era católico romano devoto y de carácter intachable. Una brillante carrera como humanista, o abogado, o eclesiástico comenzaba a abrirse ante él cuando repentinamente se convirtió al protestantismo, y decidió compartir la suerte de la pobre y perseguida secta.

Sin ninguna intención de su parte, y aun en contra de su voluntad, Calvino llegó a ser el líder del partido evangélico en París en menos de un año después de su conversión. Su profundo conocimiento y su fervor al hablar eran tales que era imposible escucharlo sin ser grandemente impresionado. En aquel entonces permaneció en la iglesia católica, abrigando la esperanza de poder reformarla desde adentro en vez de desde afuera. Schaff nos recuerda que "todos los reformadores nacieron, fueron bautizados, confirmados, y educados en la iglesia católica histórica, la cual luego los echó fuera; como sucedió con los apóstoles, quienes fueron circuncidados y educados en la sinagoga, la cual luego los echó fuera".[44]

El fervor y el celo del nuevo reformador no tardaron en despertar la oposición y se hizo necesario que escapara para poder salvar la vida. El historiador de la iglesia, Philip Schaff, nos relata en el siguiente párrafo la huida de Calvino de París: "Nicolás Cop, amigo de Calvino e hijo de un distinguido médico de la familia real (Guillermo Cop de Basilea), fue elegido Rector de la Universidad el 10 de octubre de 1533. El primero de noviembre, día de Todos los Santos, pronunció el acostumbrado discurso inaugural ante una gran asamblea en la iglesia de los Maturines. El discurso, a petición del nuevo Rector, había sido escrito por Calvino y consistía en un llamado a la reforma en base al Nuevo Testamento, y era un intrépido ataque a los teólogos escolásticos de ese entonces, quienes fueron presentados como un grupo de sofistas, desconocedores del evangelio.... La Soborna y el Parlamento consideraron este discurso académico como una declaración de guerra a la Iglesia Católica, y lo condenaron a las llamas. Cop fue puesto sobre aviso y huyó a Basilea donde se encontraban sus familiares. (Fueron ofrecidas 300 coronas por su captura, vivo o muerto). Se dice que Calvino, el verdadero autor de este disturbio, descendió de una ventana usando unas sábanas y escapó de París vestido de viñador con un azadón sobre su hombro. Su habitación fue registrada y sus libros y papeles confiscados por la policía.... Entre el 10 de noviembre de 1534 y el 5 de mayo de 1535 veinticuatro protestantes inocentes fueron quemados vivos en lugares públicos de la ciudad.... Muchos otros fueron multados, encarcelados, y torturados, y un gran número, entre ellos Calvino y Du Tillet, huyeron a Estrasburgo.... Por espacio de casi tres años Calvino vagó como evangelista errante de un lugar a otro por Francia meridional, Suiza e Italia usando nombres ficticios, hasta

[44]*The Swiss Reformation*, p. 312.

llegar a Ginebra, su destino final".[45]

Poco tiempo después, o quizá antes, de que la primera edición de su *Institución* apareciera, en marzo de 1536, Calvino y Luis Du Tillet cruzaron los Alpes a Italia donde el renacimiento artístico y literario había tenido su origen. Allí hizo labor de evangelista hasta que la Inquisición comenzó su labor de aplastar el Renacimiento y la Reforma, que consideraba dos serpientes gemelas. De allí se encaminó, probablemente a través de Asota y sobre el Gran San Bernardo, a Suiza. De Basilea se dirigió a su pueblo nativo de Noyon por última vez con el fin de dejar arreglados ciertos asuntos de familia. Luego, con su hermano menor Antonio y su hermana María, partió de Francia para siempre, con la esperanza de establecerse en Basilea o Estrasburgo y vivir tranquilamente como estudioso y autor. Pero debido al estado de guerra que existía entre Carlos V y Francisco I, la ruta directa a través de Lorena se encontraba bloqueada, por lo que tuvo que desviarse a través de Ginebra.

En Ginebra había pensado permanecer sólo una noche, pero la Providencia había decretado que no había de ser así. Farel, el reformador ginebrino, al enterarse de su estadía en la ciudad, instintivamente sintió que Calvino era el hombre que había de completar y salvar la Reforma de Ginebra. Schaff nos da una excelente descripción del encuentro entre Calvino y Farel. Dice él: "Farel visitó inmediatamente a Calvino y le detuvo, como por mandato divino. Calvino objetó, presentando como excusa su juventud, su inexperiencia, su necesidad de más estudio, y su timidez característica, lo cual consideraba que le incapacitaba para ejercer un cargo público. Pero todas estas excusas fueron en vano ya que Farel, 'quien ardía con un extraordinario celo por promover el evangelio' le amenzó con la maldición del Dios Todopoderoso si insistía en dar mayor importancia a sus estudios que a la obra del Señor, y a sus propios intereses más que a la causa de Cristo. Calvino sintió temor y fue movido por las palabras del intrépido evangelista, y sintió 'como si desde lo alto Dios hubiera extendido a él Su mano'. Entonces accedió y aceptó el llamado al ministerio, como maestro y pastor de la iglesia evangélica de Ginebra".[46]

Calvino era veinticinco años menor que Lutero y Zwinglio, y tenía la gran ventaja de poder edificar sobre el fundamento que éstos ya habían puesto. Los primeros diez años de la carrera pública de Calvino coincidieron con los últimos diez de Lutero pero nunca llegaron a conocerse personalmente. Sin embargo, Calvino fue amigo íntimo de Melanchton y mantuvo el contacto con éste a través de la correspondencia hasta que éste último murió.

En la época cuando Calvino salió a la luz pública, aún no se había deter-

[45]Schaff, *The Swiss Reformation*, p. 322.
[46]*The Swiss Reformation*, p. 348.

minado si Lutero había de ser el héroe de una empresa exitosa o la víctima de un gran fracaso. Lutero había producido nuevas ideas; a Calvino le tocó elaborarlas en un sistema, preservar y desarrollar lo que aquél tan noblemente había comenzado. El movimiento protestante carecía de unidad y estaba en peligro de hundirse en las tierras movedizas de disputas doctrinales, pero fue librado de ese destino principalmente por el nuevo impulso que le dio el reformador en Ginebra. La Iglesia Católica operaba como una poderosa entidad y buscaba destruir, por medios lícitos o ilícitos, los diferentes grupos protestantes que habían surgido en el norte. Zwinglio se había percatado de este peligro y había tratado de unir a los protestantes contra su enemigo común. En Marburgo, después de súplicas y con lágrimas en sus ojos, Zwinglio extendió la mano de compañerismo a Lutero a pesar de sus diferencias en cuanto al modo de la presencia de Cristo en la Cena del Señor; pero Lutero, restringido por una conciencia estrecha y dogmática, la rechazó. Calvino también, trabajando en Suiza, con abundantes oportunidades de llevar a cabo la unión de la iglesia italiana, vio la necesidad de mantener al protestantismo unido y luchó por lograrlo. A Cranmer, en Inglaterra, escribió, "Anhelo ver una santa comunión entre los miembros de Cristo. En lo que a mí respecta, si puedo servir esta causa, con placer cruzaría diez mares a fin de lograr esta unidad". Su influencia a través de sus libros, cartas, y discípulos, se dejó sentir poderosamente a través de varios paises, y la afirmación de que él fue quien salvó al movimiento protestante de la destrucción no parece ser exagerada.

Por espacio de treinta años el interés principal que cautivó a Calvino fue el de promover la Reforma. Reed dice, "El se esfozó por lograrlo hasta el máximo de sus fuerzas, luchó por ello con un valor que jamás decayó, sufrió por ello con un valor que nunca vaciló, y estuvo dispuesto en todo momento a morir por ello, y podemos decir que literalmente derramó cada gota de su vida por ello sin vacilación, y con absoluta abnegación. En vano se buscará en la historia a un hombre que se haya dado a un propósito definido con mayor persistencia y con mayor abnegación que Calvino a la Reforma del siglo XVI".[47]

Probablemente ningún siervo de Cristo desde los días de los apóstoles haya sido al mismo tiempo tan amado y tan odiado, tan admirado y tan aborrecido, tan elogiado y tan culpado, tan bendecido y tan maldecido que el fiel, valeroso, e inmortal Calvino. Viviendo en una época de turbulenta polémica y siendo el centinela del movimiento de reforma en Europa Occidental, fue observado por todos y estuvo expuesto a ataques de todas partes. Las pasiones religiosas y sectarias son las más profundas e intensas, y en vista de lo bueno y lo malo que sabemos existe en la naturaleza humana en

[47]Calvin Memorial Addresses, p. 34.

este mundo, no debe sorprendernos que las enseñanzas y escritos de Calvino hayan sido recibidas como lo fueron.

Cuando Calvino contaba con sólo 26 años de edad, publicó en latín su *Institución de la religión cristiana*. La primera edición consistió en un breve compendio de todos los elementos esenciales de su sistema y, considerando la edad del autor, fue una verdadera maravilla de precocidad intelectual. Más tarde fue ampliada a cinco veces el tamaño original y publicada en francés, pero sin cambiar radicalmente ninguna de las doctrinas presentadas en la primera edición. Casi inmediatamente la *Institución* llegó a ocupar el primer lugar como la mejor presentación y defensa de la causa protestante. Otros escritos habían tratado sobre ciertas fases del movimiento pero aquí había uno que lo presentaba como una unidad. "No es fácil sobreestimar el valor de este regalo a la Reforma", dice Reed. "Tanto protestantes como romanistas dieron testimonio de su valor. Los protestantes lo consideraron la más grande de las bendiciones; los romanistas lo maldijeron con las más crueles maldiciones. Fue quemado por orden de la Sorbona en París y en otros lugares, y por doquiera encontró los más violentos ataques, tanto verbales como escritos. Florimond de Raemond, un teólogo católico romano, lo llama 'el Corán, el Talmud de la herejía, la causa principal de nuestra ruina'. Kampachulte, otro católico romano, testifica que 'éste fue el arsenal de donde todos los enemigos de la Antigua Iglesia obtuvieron sus más punzantes armas', y que 'ninguna obra escrita durante la época de las Reforma fue más temida por los católico romanos, y más celosamente combatida, y perseguida con mayor odio que la *Institución* de Calvino'. Su popularidad se deja ver además en el hecho de que una tras otra edición fue producida en rápida sucesión; fue traducida a casi todos los idiomas de Europa occidental; y llegó a ser el libro de texto de las escuelas de las Iglesias Reformadas y proporcionó el material del cual fueron formados sus credos".[48]

"De todos los servicios que Calvino rindió a la humanidad", dice el Dr. Warfield, "—y no fueron pocos ni insignificantes—el mayor de ellos fue sin lugar a duda el dar nuevamente a la humanidad este sistema de pensamiento religioso, al que impartió nueva vida mediante la fuerza de su genio".[49]

La *Institución* fue recibida inmediatamente por los protestantes con entusiastas elogios y como la más clara, sólida, lógica y convincente defensa de las doctrinas cristianas desde los días de los apóstoles. Schaff la describe muy bien al decirnos que en ella "Calvino presentó una exposición sistemática de la religión cristiana en general y una vindicación de la fe evangélica en particular, con el fin apologético y práctico de defender a los protestantes de la calumnia y persecución a la que estaban expuestos, especialmente

[48]*Ibid.*, p. 20.
[49]Articulo, *The Theology of Calvin*, p. 1.

en Francia".[50] La obra está saturada de una intensa convicción y de una intrépida y rigurosa argumentación, subordinando la razón y la tradición a la autoridad suprema de las Escrituras. Se le ha reconocido como el más importante libro del siglo, y mediante él los principios del calvinismo se propagaron extensamente. Albrecht Ritschl lo llama "la obra maestra de la teología protestante". El Dr. Warfield nos dice que "después de tres siglos y medio aún mantiene su incuestionable preeminencia como el más importante e influyente de todos los tratados dogmáticos". Y nuevamente dice, "Aun desde el punto de vista meramente literario, ocupa una posición tan elevada en su clase que todo aquel que presuma conocer los mejores libros que existen en el mundo, debe también estar familiarizado con éste. Lo que Tucídides es entre los griegos, o Gibbon entre los historiadores ingleses del siglo dieciocho, lo que Platón es entre filósofos, o la Ilíada entre las épicas, o Shakespeare entre dramaturgos, eso es la *Institución* de Calvino entre obras teológicas".[51] La *Institución* produjo gran consternación en la iglesia romana y fue una poderosa fuerza unificadora entre los protestantes. Demostró que Calvino era el más hábil controversialista del protestantismo y el más temible antagonista con que se tenían que enfrentar los romanistas. En Inglaterra la *Institución* gozaba de popularidad casi sin par, y fue usada como libro de texto en las universidades. En corto tiempo se tradujo a nueve idiomas europeos; y es sencillamente debido a una grave deficiencia en la mayoría de los relatos históricos que su importancia no ha sido apreciada en años recientes.

Apenas unas semanas después de publicada la *Institución*, Bucer, el tercero en importancia entre los reformadores en Alemania, escribió a Calvino: "Es evidente que el Señor lo ha elegido como órgano Suyo para conferir las más ricas bendiciones a Su iglesia". Lutero nunca escribió una teología sistemática. Aunque sus escritos fueron voluminosos, eran sobre diversos temas y muchos trataban los problemas prácticos de su época. Fue, por tanto, a Calvino a quien le tocó la tarea de presentar sistemáticamente la fe evangélica.

Calvino era ante todo un teólogo. El y Agustín son, sin lugar a duda, los principales intérpretes sistemáticos del sistema cristiano desde los días de San Pablo. Melanchton, quien fue el príncipe entre los teólogos luteranos, y quien después de la muerte de Lutero fue reconocido como el "Maestro de Alemania", consideró a Calvino como "el teólogo" por excelencia.

Si a veces el lenguaje de la *Institución* nos parece algo áspero, debemos recordar que ésta era la característica y debilidad de la controversia teológica de la época. La época en que vivió Calvino fue polémica. Los protes-

[50] *The Swiss Reformation*, p. 330.
[51] *Calvin and Calvinism*, pp. 8, 374.

tantes estaban envueltos en una lucha de vida o muerte con Roma y las provocaciones que inducían a la impaciencia fueron muchas y serias. Lutero mismo llegó a mayores extremos que Calvino en el uso de lenguaje áspero como se podrá notar si se examina su obra *The Bondage of the Will (La esclavitud de la voluntad)*, un escrito polémico sobre el libre albedrío y en contra de las ideas de Erasmo. Además, ninguno de los escritos protestantes fueron tan ásperos y abusivos como lo fueron los decretos de excomunión, anatemas, etc. de la Iglesia Católica Romana dirigidos contra los protestantes.

Además de la *Institución*, Calvino escribió comentarios de casi todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Estos comentarios traducidos al inglés componen cincuenta y cinco volumenes de tamaño considerable, y junto a sus otros escritos constituyen una obra extraordinaria. La calidad de estos escritos es tal que muy pronto llegaron a ocupar el primer lugar entre obras exegéticas de las Escrituras; y de entre todos los antiguos comentaristas ninguno es citado con mayor frecuencia por los eruditos modernos que Calvino. Sin lugar a duda Calvino fue el más importante de los exégetas del período de la Reforma. Así como Lutero fue el príncipe de los traductores, Calvino fue el príncipe de los comentaristas.

A fin de poder apreciar el verdadero valor de los comentarios de Calvino, debemos recordar que éstos estaban basados en principios exegéticos poco comunes en su época. Dice R. C. Reed: "El fue el precursor en abandonar la antigua costumbre de alegorizar las Escrituras. Dicha costumbre había sido practicada desde los primeros siglos del cristianismo y había sido sancionada por los más grandes personajes de la iglesia, desde Orígenes hasta Lutero—práctica que convierte a la Biblia en objeto de arbitraria interpretación, y que exige como principal requisito del exégeta sólo una imaginación vivaz".[52] Calvino, en cambio, se atenía estrictamente al espíritu y letra del autor y dio por sentado que el escritor tenía un pensamiento definido expresado en lenguaje común y corriente. Despiadadamente puso al descubierto las doctrinas y prácticas corruptas de la Iglesia Católica Romana. Sus escritos inspiraron a los amigos de la reforma y les proveyó sus mas mortíferas municiones. Difícilmente podremos sobreestimar la influencia que ejerció Calvino al promover y salvaguardar la Reforma.

Calvino fue un erudito en el conocimiento patrístico y escolástico. Habiendo sido educado en las principales universidades de su tiempo, poseía un conocimiento cabal del latín y del francés y también un buen conocimiento del griego y del hebreo. Sus comentarios principales aparecieron en versiones al francés y al latín y son obras de gran entereza, eminentemente imparciales y honestas, que demuestran el equilibrio y la moderación singulares del autor. Las obras de Calvino dieron, además, forma y permanencia

[52] Calvin Memorial Addresses, p. 22.

al entonces inestable idioma francés, así como de manera similar sucedió a la lengua alemana debido a la traducción de la Biblia hecha por Lutero.

Otro testimonio que no debemos omitir es el de Arminio, el originador del sistema opuesto. Sin lugar a duda, tenemos aquí un testimonio de una fuente imparcial. "Después del estudio de las Escrituras", dice Arminio "exhorto a mis alumnos a escudriñar los comentarios de Calvino, a quien elogio más altamente que al mismo Helmick (Helmick era un teólogo holandés); porque doy testimonio de que no hay quien lo supera en la interpretación de la Escritura, y sus comentarios deben apreciarse más altamente que todo lo que hemos recibido de los padres de la iglesia; de manera que considero que posee en mayor grado que casi todos, o más bien sobre todos los demás hombres, lo que pudiera llamársele un elevado don de profecía".[53]

La influencia de Calvino logró extenderse aún más debido a la voluminosa correspondencia que mantuvo con líderes de la iglesia, con príncipes y con nobles a través de toda la cristiandad protestante. Más de 300 de estas cartas se preservan aún y, por lo general, no son breves intercambios afectuosos sino tratados largos y minuciosamente escritos exponiendo de manera magistral sus ideas sobre intrincados asuntos eclesiásticos y teológicos. Su influencia como guía de la Reforma a través de Europa mediante sus cartas fue verdaderamente profunda.

Debido al intento de Calvino y Farel de imponer un sistema de disciplina demasiado estricto en Ginebra, tuvieron que abandonar la ciudad temporalmente. Esto sucedió dos años después de haber arribado allí Calvino. Calvino entonces fue a Estrasburgo, al sudoeste de Alemania, donde fue calurosamente recibido por Bucer y los demás líderes de la Reforma alemana. En Alemania pasó los siguientes tres años en sosegadas y beneficiosas labores como profesor, pastor y autor, y tuvo la oportunidad de familiarizarse personalmente con el luteranismo. Estando allí él sintió gran apreciación por los líderes luteranos y una estrecha unión con la iglesia luterana, aunque fue impresionado desfavorablemente por la falta de disciplina y por la dependencia del clero de los gobernantes seculares. Más tarde se mantuvo con sincero interés al tanto del progreso de la Reforma en Alemania como lo demuestra su correspondencia y sus varios escritos. Durante su ausencia de Ginebra, los acontecimientos llegaron a tal punto que parecía que los frutos de la Reforma allí habrían de perderse y urgentemente se le pidió que regresara. Después de haber sido instado repetidas veces por varias fuentes, accedió y emprendió su labor donde anteriormente la había dejado.

La ciudad de Ginebra, situada a las orillas del lago que lleva el mismo nombre, fue el hogar de Calvino. Allí, entre los Alpes coronados de nieve, pasó la mayor parte de su vida adulta, y desde allí la iglesia reformada se ha

[53]Citado por James Orr, Calvin Memorial Addresses, p. 92.

esparcido a través de Europa y América del Norte. En los asuntos de la iglesia, así como en los del Estado, la pequeña Suiza ha ejercido una influencia que en proporción a su tamaño no tiene comparación.

La influencia de Calvino en Ginebra nos demuestra de manera clara el poder transformador de su sistema. "Los ginebrinos", dice el eminente historiador de la iglesia, Philip Schaff, "eran personas joviales, alegres, aficionados a los entretenimientos públicos, al baile, al canto, a las mascaradas y al holgorio. Abundaban la imprudencia, el juego, la borrachera, el adulterio, la blasfemia, y toda clase de vicio. La prostitución era aprobada por el Estado y era presidida por una mujer conocida como la *Reina del burdel*. El pueblo era ignorante. Los sacerdotes no se habían preocupado en instruirles, dándoles ellos mismos muy malos ejemplos". De un estudio de historia contemporánea descubrimos que poco antes de que Calvino llegó a Ginebra los monjes y aun el obispo eran culpables de crímenes que hoy se castigan con la pena de muerte. El resultado de la labor de Calvino en Ginebra fue tal que la ciudad adquirió mayor fama por la vida sosegada y ordenada de los ciudadanos que la que anteriormente había tenido a causa de su maldad. Juan Knox, al igual que muchos otros miles de admiradores que vinieron a sentarse a los pies de Calvino como estudiantes, halló allí lo que denominó "la más perfecta escuela de Cristo que jamás haya existido sobre la faz de la tierra desde los días de los apóstoles".

Debido a la labor de Calvino, Ginebra se convirtió en un lugar de refugio para los perseguidos y en una escuela práctica de la fe Reformada. Refugiados de todos los países de Europa huyeron a dicha ciudad regresando luego a sus respectivos países llevando consigo los principios de la Reforma allí claramente enseñados. Ginebra fue un centro del cual emanó poder espiritual y fuerzas educativas que sirvieron para guiar y moldear la Reforma en los países circunvecinos. Dice Bancroft, "Más resuelto a hacer el bien a la raza humana que Salomón, y más abnegado que el mismo Licurgo, el genio de Calvino infundió elementos perdurables a las instituciones de Ginebra y la convirtió para el mundo moderno en la fortaleza invencible de libertad popular, en fértil semillero de la democracia".[54]

Tenemos otro testimonio de la efectividad de las influencias que emanaron de Ginebra en una de las cartas del católico romano Francisco de Sales al duque de Saboya, instando a que se pusiera fin a las actividades de Ginebra como centro de lo que la iglesia romana llama herejía. "Todos los herejes", dice él, "respetan a Ginebra como el asilo de su religión. . . . No hay ciudad en Europa que brinde mayores incentivos para la propagación de la herejía, ya que ella es la puerta a Francia, a Italia, y a Alemania, y pueden hallarse allí personas de todas las naciones—italianos, franceses, alemanes,

[54]*Miscellaneous*, p. 406.

polacos, españoles, ingleses, y de países aún más remotos. Además, todos tenemos conocimientos del gran número de ministros entrenados allí. El año pasado envió veinte a Francia. Y hasta en Inglaterra hay ministros de Ginebra. Y qué diré de sus magníficas imprentas, por medio de las cuales inunda al mundo con sus inicuos libros, llegando al extremo de distribuirlos a expensa pública... Todas las empresas llevadas a cabo contra la Santa Sede y contra los príncipes católicos tienen su origen en Ginebra. No hay ciudad en Europa que aloje más apóstatas de toda clase, tanto seculares como religiosos. Por tanto, concluyo que la destrucción de Ginebra naturalmente traería como resultado la dispersión de la herejía".[55]

Otro testimonio es el de uno de los más acerbos enemigos del protestantismo, Felipe II de España. Este escribió al rey de Francia: "Esta ciudad es la fuente de toda clase de mal para Francia, y es la más temible enemiga de Roma. Estoy dispuesto en cualquier momento a cooperar con todo el poder de mi reino a fin de derrocarla". Y cuando se esperaba que el Duque de Alba pasara cerca de Ginebra con su ejército, el Papa Pío V le pidió se dirigiera a ella y "destruyera ese nido de diablos y apóstatas".

La famosa academia de Ginebra abrió sus puertas en 1558. Junto a Calvino había allí diez hábiles y versados profesores que enseñaban gramática, lógica, matemática, física, música, y lenguas antiguas. El éxito que tuvo fue extraordinario. Durante su primer año, más de novecientos estudiantes, mayormente refugiados de los distintos países de Europa, se registraron, y casi igual número asistió a las conferencias teológicas dadas por Calvino, con el fin de prepararse para servir como evangelistas y maestros en sus respectivos países y establecer iglesias conforme al modelo que allí habían visto. La academia de Ginebra permaneció como la principal escuela de teología reformada y de cultura literaria por más de doscientos años.

Calvino fue el primero de los reformadores en exigir la completa separación de la iglesia y el estado, promoviendo así otro principio que ha sido de incalculable valor. La reforma alemana fue decidida por la voluntad de los príncipes; la reforma suiza, por la voluntad del pueblo; aunque en cada caso hubo cierta simpatía entre los gobernantes y la mayoría de la población. Los reformadores suizos, sin embargo, por cuanto vivían en la república de Ginebra, desarrollaron una iglesia libre dentro de un estado libre, mientras que Lutero y Melanchton, debido a su veneración a las instituciones monárquicas y al imperio alemán, inculcaron la obediencia pasiva en la política y colocaron la iglesia en servidumbre a la autoridad civil.

Calvino murió en el año 1564 a los 55 años de edad. Beza, su amigo íntimo y sucesor, dice que su muerte llegó tan apaciblemente como el sueño, y añade: "Así partió al cielo, al mismo tiempo que el sol poniente, aquella

[55] Vie de ste. Francois de Sales, por son neveu, p. 20.

brillante lumbrera, quien era la lámpara de la iglesia. Durante la noche y al día siguiente hubo un intenso pesar y lamento en toda la ciudad; la República había perdido su más sabio ciudadano, la iglesia su fiel pastor, y la academia un incomparable maestro".

En un libro comparativamente reciente el Profesor Harkness ha escrito, "Calvino vivió y murió en pobreza. Su casa estaba escasamente amueblada, y su manera de vestir era muy modesta. El dio generosamente a los necesitados y gastó poco en sí mismo. El Concejo en cierta ocasión le regaló un abrigo como expresión de estima y como protección contra el frío del invierno. Calvino aceptó con agradecimiento este regalo, pero en otras ocasiones rehusó ayuda financiera y cortésmente rechazó todo lo que no fuera estrictamente su modesto salario. Durante su última enfermedad el Concejo quiso pagar por sus medicinas pero él no quiso aceptar el regalo, diciendo que sentía escrúpulos en cuanto a recibir aun su salario regular cuando se encontraba incapacitado para servir. Aunque sus bienes materiales eran pocos cuando murió, la herencia espiritual que dejó es de incalculable valor".[56]

Schaff describe a Calvino como "una de esas personas que infunden respeto y admiración más que afecto, y con las cuales no es fácil lograr un acercamiento demasiado familiar, pero que mejora al conocérsele más íntimamente. Mientras mejor se le conoce, más se le admira y se le estima". Concerniente a su muerte dice Schaff: "Calvino había prohibido expresamente toda pompa en su funeral y la instalación de monumento alguno sobre su tumba. El deseaba ser sepultado, como Moisés, fuera del alcance de la idolatría. Esto era consistente con su teología, que humilla al hombre y exalta a Dios".[57] Aun el lugar de su tumba en el cementerio de Ginebra se desconoce. Una simple lápida con las iniciales J. C. es mostrada a los visitantes como el lugar donde yacen sus restos, aunque no hay absoluta certeza de que ese sea el lugar. El mismo pidió que no se erigiese monumento alguno en el lugar de su sepultura. S. L. Morris, dice que su verdadero monumento es, sin embargo, "cada gobierno republicano en el mundo, el sistema de escuelas públicas de cada nación y 'las iglesias reformadas a través del mundo que mantienen el sistema presbiteriano' ".

Harkness, aunque no siempre un escritor favorable, dice lo siguiente: "Aquellos que ven en Calvino sólo una impasible severidad no notan la dulzura casi femenina que mostró en muchas de sus relaciones con sus feligreses. Calvino se apesadumbró con éstos en sus pesares y se regocijó con ellos en sus gozos. Algunas de sus cartas a aquellos que habían sufrido pérdidas en sus hogares son obras maestras de tierna simpatía. Cuando se celebraba una boda o nacía una criatura, mostraba un afectuoso interés personal en el

[56] John Calvin, *The Man and His Ethics*, p. 54.
[57] *The Swiss Reformation*, p. 826.

acontecimiento. No era cosa rara para él detenerse en la calle a pesar de sus muchas obligaciones y darle una amistosa palmada y una palabra de estímulo a algún niño escolar. Sus enemigos podrán llamarle papa o rey o califa; sus amigos, sin embargo, le estimaban como hermano y amado líder".[58] En una de sus cartas a un amigo escribió: "Pronto iré a visitarte y entonces podremos pasar un buen rato juntos".

Debemos ahora considerar un acontecimiento en la vida de Calvino que hasta cierto punto ha eclipsado su buena reputación y le ha expuesto a acusaciones de intolerancia y persecución. Nos referimos a la muerte de Serveto ocurrida en Ginebra durante el período en que Calvino laboró allí. Que esto fue un error es admitido por todos. La historia reconoce sólo a un ser intachable—el Salvador de los pecadores. Todos los demás demuestran defectos que prohiben se les vaya a idolatrar.

A Calvino, sin embargo, con frecuencia se le ha criticado con excesiva severidad como si la responsabilidad descansara sobre él sólo, cuando la verdad del caso es que a Serveto se le celebró un juicio que duró más de dos meses y además fue sentenciado por la sesión entera del Concejo civil, y esto de acuerdo a las leyes que eran entonces reconocidas a través de la cristiandad. Lejos de instar que la sentencia fuese más severa, Calvino instó a que no se le diera muerte por fuego sino por espada, pero su petición fue denegada. A Calvino y a los hombres de su época no se les debe juzgar estricta y únicamente por las altas normas de nuestro siglo veinte, sino que deben ser juzgados a la luz de su propio siglo, el siglo dieciseis. Hemos visto grandes desarrollos en muchas áreas: más tolerancia civil y religiosa, reformas penales, la abolición no sólo de la esclavitud sino del tráfico de esclavos, del feudalismo, de la quema de brujas, mejoras en la condición de los pobres, etc. que aunque tardías, no obstante, son los resultados genuinos de las enseñanzas cristianas. El error de aquellos que respaldaron y practicaron lo que hoy hubiera de considerarse intolerancia fue el error general de la época. Por tanto, no debiéramos, si hemos de juzgar con imparcialidad, permitir que dichos errores nos den una impresión desfavorable del carácter y de los motivos de aquellos hombres, y mucho menos que nos prejuicien en contra de sus doctrinas sobre otros y más importantes temas.

Los protestantes habían acabado de deshacerce del yugo de Roma y en su lucha por defenderse muchas veces se vieron obligados a combatir la intolerancia con intolerancia. A través de los siglos dieciseis y diecisiete la opinión pública en todos los países europeos justificaba el derecho y el deber de los gobiernos civiles de proteger y respaldar la ortodoxia y castigar la herejía, sosteniendo que todo hereje obstinado y blasfemo era digno de ser silenciado con la muerte si fuere necesario. Los protestantes se diferenciaban de

[58]John Calvin, *The Man and His Ethics*, p. 55.

los romanistas básicamente en su definición de lo que constituía herejía y por ejercer mayor moderación en el castigo de los herejes. La herejía se consideraba como un pecado contra la sociedad, y en algunos casos era considerada algo peor que el asesinato, ya que el asesinato sólo destruye el cuerpo, mientras que la herejía destruye el alma. Hoy día nos hemos movido hacia el otro extremo y la opinión pública manifiesta una indiferencia latitudinaria hacia la verdad o el error. Durante el siglo dieciocho la intolerancia fue gradualmente socavada. Inglaterra y Holanda, paises protestantes, fueron los primeros en conceder la libertad civil y religiosa, y la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica dio el toque final a la teoría al poner a todas las denominaciones cristianas en igualdad ante la ley, garantizándoles el disfrute pleno de sus derechos.

El proceder de Calvino en el caso de Serveto fue completamente aprobado por todos los principales reformadores de la época. Melanchton, el líder teológico de la iglesia luterana, absoluta y reiteradamente justificó el proceder de Calvino y del Concejo de Ginebra, y aun lo señaló como ejemplo a imitarse. Casi un año después de la muerte de Serveto escribió a Calvino: "Leí su libro, en el cual usted con claridad refutó las horrendas blasfemias de Serveto. . . A usted debe estar agradecida la iglesia en el presente momento y a través de las generaciones. Estoy perfectamente de acuerdo con su opinión. Yo también sostengo que los magistrados procedieron correctamente al castigar, después de haberle celebrado juicio, a ese blasfemo". Bucer, quien es el tercero en importancia entre los reformadores de Alemania, Bullinger, el amigo íntimo y digno sucesor de Zwinglio, al igual que Farel y Beza en Suiza, respaldaron a Calvino. Lutero y Zwinglio habían ya muerto para ese tiempo y, por tanto se puede cuestionar si ellos hubiesen aprobado o no dicha ejecución, aunque, en cierta ocasión Lutero y los teólogos de Wittenberg aprobaron sentencias de muerte contra algunos anabaptistas en Alemania, a los que consideraban peligrosos herejes—añadiendo que era cruel castigarlos de esa forma pero más cruel sería permitirles maldecir el ministerio de la Palabra y así exponer al mundo a la destrucción; y de la misma manera Zwinglio en cierta ocasión no objetó a la sentencia de muerte contra un grupo de seis anabaptistas en Suiza. La opinión pública en cuanto a la ejecución de Serveto ha sufrido un gran cambio, y aunque dicha ejecución fue aprobada por los mejores hombres del siglo dieciseis, no armoniza con las ideas del siglo veinte.

Como se dijo anterioremente, la Iglesia Católica Romana durante este período fue desesperadamente intolerante hacia los protestantes; y los protestantes, hasta cierto grado y en defensa propia, se vieron forzados a seguir el ejemplo de dicha iglesia. Philip Schaff dice lo siguiente respecto a las persecuciones católicas: "Necesitamos sólo mencionar las cruzadas contra los albigenses y valdenses, sancionadas por Inocencio III, considerado uno de los

mejores y más enérgicos papas; las torturas de la Inquisición española, celebradas con festividades religiosas; y cincuenta mil o más protestantes ejecutados durante el reinado del Duque de Alba en Holanda (1567-1573); los cientos de mártires quemados en Smithfield bajo el reinado de María la Sanguinaria; y las repetidas persecuciones en masa contra los inocentes valdenses en Francia y el Piamonte, quienes clamaban al cielo por justicia. Es inútil echar la culpa de estos acontecimientos al gobierno civil. El papa Gregorio XIII conmemoró la masacre de San Bartolomé no sólo con cánticos de acción de gracias en las iglesias de Roma, sino de manera aún más deliberada y permanente, por medio de una medalla representando 'La matanza de los hugonotes' por un ángel de ira".[59]

El Dr. Schaff también escribe: "La iglesia romana ha perdido el poder y, en gran medida, la disposición de perseguir por el fuego y por la espada. Algunos de sus más altos dignatarios repudian el principio de la persecución, especialmente en América del Norte donde gozan de todos los beneficios de la libertad religiosa; sin embargo, la curia romana nunca ha rechazado oficialmente la teoría sobre la cual está basada la práctica de la persecución. Al contrario, varios papas desde la época de la Reforma la han aprobado... El Papa Pío IX, por ejemplo, en el Sílabo de 1864 condenó expresamente como uno de los errores de esta época la doctrina de la tolerancia y la libertad religiosa. Dicho Papa ha sido declarado infalible por el Vaticano en el decreto de 1870, el cual incluye a todos sus predecesores (a pesar del embarazoso caso del Papa Honorio I) y a todos sus sucesores en la silla de San Pedro", (p. 699). Y en otra parte añade, "Si los romanistas condenaron a Calvino, es porque le odiaban, y lo condenaron por seguir el ejemplo que ellos mismos le habían dado aun en este caso particular".

Serveto era español y se opuso al cristianismo, tanto en su forma católica romana como en su forma protestante. Schaff lo califica como "un desasosegado fanático, un seudo reformador panteísta, el hereje más osado y blasfemo del siglo dieciseis".[60] Y en otra parte Schaff declara que Serveto era "orgulloso, insolente, reñidor, vengativo, irreverente en el uso del lenguaje, engañador y mentiroso"; y añade que éste abusó del papismo y de los reformadores con el mismo lenguaje inmoderado.[61] Bullinger declara que si Satanás mismo hubiera de salir del infierno, no podría usar lenguaje más blasfemo contra la Trinidad que el que usó este español. El católico romano Bolsec, en su obra sobre Calvino, llama a Serveto un "hombre sumamente arrogante e insolente", "un monstruo hereje", que mereció ser exterminado.

[59]*History of the Swiss Reformation*, II, p. 698.
[60]*The Creeds of Christendom*, I, p. 464.
[61]*The Swiss Reformation*, II, p. 787.

Serveto había huido de Viena (departamento de Francia) a Ginebra. Mientras se le juzgaba en Ginebra el Concejo recibió un mensaje de los jueces católicos, en Viena junto a una copia de la sentencia de muerte que le habían dado allí, pidiendo que se enviase de vuelta para someterle al castigo del mismo modo que ya se había procedido con su efigie y sus libros. El Concejo rehusó acceder a esta petición pero prometió que se haría justicia plena. Serveto prefería ser juzgado en Ginebra, ya que sólo vislumbraba una funesta hoguera en Viena. El comunicado de Viena probablemente hizo que el Concejo en Ginebra fuese más estricto en cuanto a la ortodoxia ya que no deseaba ser sobrepasado en este respecto por la iglesia romana.

Antes de su llegada a Ginebra, Serveto había tratado de entablar contacto con Calvino a través de una larga serie de cartas. Por algún tiempo Calvino contestó dichas cartas detalladamente, pero al ver que los resultados eran insatisfactorios cesó su correspondencia. Serveto, sin embargo, continuó escribiéndole y sus cartas tomaron un tono más arrogante y hasta insultante. Este consideraba a Calvino el papa del protestantismo ortodoxo, y había determinado o convertirle o derrocarle. Para el tiempo cuando Serveto arribó a Ginebra el partido de los libertinos, que se oponía a Calvino, controlaba el Concejo de la ciudad. Serveto aparentemente planeó unirse a ese partido con el fin de echar fuera a Calvino. Calvino se dio cuenta del peligro y no tenía la disposición de permitir que los errores de éste se propagaran en Ginebra. Por tanto, consideró que su deber era silenciar a tan peligroso hombre, y se propuso hacerlo retractar de sus errores, y de no lograrlo entonces proceder a castigarle como bien merecía. Serveto fue prontamente arrestado y enjuiciado. Calvino condujo la parte teológica del juicio y Serveto fue hallado culpable de herejía, falsedad y blasfemia. Durante el largo juicio Serveto se envalentonó y trató de abrumar a Calvino injuriándole con el abuso más grosero.[62] El resultado del juicio se dejó a discreción de la corte civil, la cual pronunció la sentencia de muerte por fuego. Calvino pidió que el fuego fuese sustituido por la espada pero su petición fue en vano; por tanto, la responsabilidad final de la muerte por fuego descansa sobre el Concejo.

El Dr. Emilé Doumergue, autor de *Jean Calvin*, la obra más exhaustiva y de mayor autoridad que haya sido publicada sobre Calvino, dice lo siguiente sobre la muerte de Serveto: "Calvino hizo que Serveto fuese arrestado cuando llegó a Ginebra, y apareció en corte como su acusador. Su deseo era que éste fuese condenado a muerte, pero no muerte por fuego. El 20 de agosto de 1553, Calvino escribió a Farel: 'Espero que Serveto sea condenado a muerte, pero deseo que se le libre de la crueldad del castigo'—refiriéndose al fuego. Farel le contestó el 8 de septiembre: 'No me parecen correctos en este caso sus tiernos sentimientos'; y prosigue a advertirle que

[62]Véase Schaff, *The Swiss Reformation*, II, p. 778.

tenga cuidado de que 'deseando que la crueldad del castigo de Serveto sea mitigada, esté usted actuando como un amigo del hombre que es su mayor enemigo. Le suplico que proceda de manera tal, que en el futuro nadie tenga la osadía de enseñar tales doctrinas y causar tantos problemas por tan largo tiempo sin ser castigado'.

"Calvino, a pesar de esta exhortación, no modificó su propia opinión pero tampoco logró que prevaleciera. El 26 de octubre escribió nuevamente a Farel: 'Serveto será conducido a la hoguera mañana. Hemos hecho todo lo posible por cambiar la forma de muerte, pero ha sido en vano. Le diré cuando nos veamos porqué no tuvimos éxito' (*Opera* XIV, pp. 590, 613-657).

"Por tanto, aquello por lo que se censura a Calvino más que por cualquier otra cosa—la *quema* de Serveto—fue algo a lo que Calvino se opuso tenazmente. El no es responsable de ello. El hizo todo lo que pudo por evitar que Serveto fuese quemado en la hoguera. Pero, ¡a cuántas elocuentes reprensiones ha dado lugar esta hoguera con sus llamas y su humo! La verdad del caso es que sin la hoguera la muerte de Serveto hubiera pasado casi inadvertida".

Doumergue prosigue a decirnos que la muerte de Serveto fue "*el error de la época*, un error del que Calvino no fue personalmente responsable. La sentencia de muerte fue pronuncaida sólo después de haberse consultado con las iglesias suizas, algunas de las cuales, debe saberse, no tenían buenas relaciones con Calvino (pero las cuales, no obstante, consintieron). . . . Además, la sentencia fue pronunciada por un Concejo en el cual los empedernidos enemigos de Calvino, los librepensadores, estaban en mayoría".[63]

Que Calvino mismo rechazó la responsabilidad se deja ver claramente en sus escritos posteriores, "Desde el día que Serveto fue convicto de su herejía", dijo él, "ninguna referencia he hecho a su castigo, a lo que podrá testificar todo hombre veraz".[64] Y en una de sus respuestas posteriores a uno de los ataques en su contra, dice: "Quisiera saber por cual acto particular mío es que se me acusa de crueldad. Yo mismo desconozco tal acto, a menos que se refieran a la muerte de su gran maestro, Serveto. Pero que yo mismo pedí con empeño que no se castigara con la muerte es algo que sus mismos jueces pueden testificar, entre los cuales en ese tiempo dos eran sus fieles partidarios y defensores".[65]

Antes del arresto de Serveto y durante las primeras etapas del juicio Calvino abogó por la pena de muerte, basando sus argumentos principalmente en la ley mosáica, que dice, "el que blasfemare el nombre de Jehová, ha de

[63]Doumergue, artículo, "What Ought to be Known about Calvin", en *The Evangelical Quarterly*, enero, 1929.
[64]*Opera*, VIII, p. 461.
[65]*Calvin's Calvinism*, p. 346.

ser muerto" (Lv. 24:16)—una ley que Calvino consideraba tan obligatoria como el decálogo y aplicable a la herejía también. Sin embargo, el dejó que fuese el Concejo civil el que dictaminara la sentencia. Calvino consideró a Serveto el mayor enemigo de la Reforma y creyó sinceramente que era el derecho y el deber del Estado castigar a aquellos que afrentaran a la iglesia. Además, se sintió llamado providencialmente a purificar la iglesia de toda corrupción, y hasta el día de su muerte jamás cambió de parecer ni se arrepintió de haber procedido como lo hizo en el caso de Serveto.

El Dr. Abraham Kuyper, estadista y teólogo holandés, en una conferencia en América del Norte no hace muchos años atrás expresó algunos pensamientos relacionados con este tema que valen la pena repetirse: "El deber del gobierno de extirpar toda clase de religión falsa e idolatría no es algo que comenzó con el calvinismo, sino que data de la época de Constantino el Grande y fue la reacción contra las horribles persecuciones que sus predecesores paganos en el trono imperial habían infligido a la secta del Nazareno. Desde aquel entonces este sistema de persecución había sido defendido por todos los teólogos romanistas y aplicado por todos los príncipes cristianos. En la época de Lutero y Calvino era la firme creencia universal que ese sistema era el verdadero. Todo teólogo prominente de la época, principalmente Melanchton, aprobó la muerte por fuego a que fue sometido Serveto; y el patíbulo, levantado por los luteranos en Leipzig para ejecutar a Kreel, el consumado calvinista, fue infinitamente más reprensible si se lo mira desde el punto de vista protestante.

"Pero a pesar de que los calvinistas, durante la época de la Reforma, caminaron sumisamente como mártires al patíbulo y a la hoguera por decenas de millares, (los luteranos y católicos romanos siendo tan pocos que ni vale la pena contarlos), sin embargo, la historia ha sido culpable de la grave injusticia de echarles en la cara perpetuamente como un *crímen nefando* la muerte por fuego de Serveto.

"No obstante, no sólo deploro dicha hoguera, sino que incondicionalmente la desapruebo; pero no como si fuese la expresión de una característica peculiar del calvinismo, sino al contrario, como el fatal efecto secundario de un sistema ya encanecido de vejez que el calvinismo encontró en existencia y bajo el cual había crecido y del cual aún no había logrado librarse completamente".[66]

Sin embargo, cuando consideramos este suceso a la luz del siglo dieciseis y las diferentes facetas del caso—es decir, la aprobación de dicho suceso por los demás reformadores, una opinión pública que detestaba la tolerancia por considerar que era señal de indiferencia a la verdad y que justificaba la pena de muerte por herejía y blasfemia, la sentencia pronunciada contra

[66]*Lectures on Calvinism*, p. 129.

Serveto por las autoridades católica romanas, el carácter de Serveto y su actitud hacia Calvino, su viaje a Ginebra con el propósito de causar problemas, la sentencia dictaminada por una corte civil fuera del control de Calvino, y la petición de Calvino de que la forma de castigo fuese menos severa —tenemos que concluir que hubo numerosas circunstancias atenuantes y, que digase lo que se diga, Calvino actuó movido por un estricto sentido del deber. Júzguele del ángulo que desee; píntelo como Cromwell pidió ser pintado—"con todos sus defectos"—y como ha dicho Schaff, "Mientras mejor se le conoce, más se le admira". Calvino fue, sin lugar a duda, un hombre enviado de Dios, que conmovió al mundo como pocos en la historia del mundo lo han hecho.

11. Conclusión

Hemos examinado el sistema calvinista en bastante detalle y hemos visto la influencia que ha ejercido en la iglesia, en el estado, en la sociedad y en la educación. Hemos considerado también las objeciones que comúnmente surgen en su contra y la importancia práctica del sistema. Nos resta entonces hacer algunas observaciones generales respecto al sistema en su totalidad.

Una prueba confiable del carácter de individuos o de sistemas se encuentra en las palabras de Cristo: "Por sus frutos los conoceréis". Para los calvinistas tanto como para el calvinismo, el ser juzgados conforme a esa máxima es un placer. Las vidas y las influencias de aquellos que han sostenido la fe reformada son unos de los mejores y más convincentes argumentos en su favor. Smith nos habla de "ese divinamente vital y exuberante calvinismo, creador del mundo moderno, madre de innumerables héroes, santos, y mártires, al cual la historia, juzgando al árbol por sus frutos, corona como el más excelente credo de la cristiandad".[67] El veredicto imparcial de la historia es que como modelador del carácter y pregonero de la libertad a hombres y a naciones, el calvinismo mantiene la supremacía entre todos los sistemas religiosos del mundo. Al pasar lista de los grandes hombres de los Estados Unidos de Norte América descubrimos que el número de presidentes, legisladores, juristas, autores, editores, maestros, y comerciantes presbiterianos es proporcionalmente mucho mayor que el de otras denominaciones. Todo historiador imparcial admitirá que fue la revuelta protestante contra Roma lo que permitió al mundo moderno gustar por vez primera la verdadera libertad religiosa y civil, y que las naciones que han logrado y gozado de mayor libertad han sido aquellas que fueron más influenciadas por el calvinismo. Además, el calvinismo ha causado que ese gran manantial de vida que es la libertad religiosa y civil fluya sobre todas las extensas planicies de la historia moderna. Cuando comparamos países como Inglaterra,

[67] *The Creed of Presbyterians*, p. vii.

Escocia y América del Norte con otros como Francia, España e Italia, los cuales nunca estuvieron bajo las influencias directas del calvinismo, podemos ver fácilmente cuales son los resultados prácticos. La depresión económica y moral en países católico romanos ha producido tal decrecimiento aun en el índice de natalidad que la población en dichos países ha permanecido casi estacionaria, mientras que la población en los demás países mencionados ha ido en aumento.

Un breve vistazo a la historia de la iglesia o a los credos históricos del protestantismo revela que las doctrinas que hoy se conocen como el calvinismo fueron las que produjeron la Reforma e hicieron posible que se preservaran sus frutos. Cualquiera que conozca la historia de Europa y de América del Norte concurrirá con la sorprendente declaración del Dr. Cunningham que, "después de Pablo, Juan Calvino es quien más ha hecho a favor del mundo". Y el Dr. Smith ha dicho: "Ciertamente, debiera enmudecer a los detractores del calvinismo el recordar que de hombres que sostuvieron ese credo hemos heredado como los frutos de su sangre y labor, de sus oraciones y enseñanzas, nuestra libertad civil, nuestra fe protestante, y nuestros hogares cristianos. El lector atento, al observar que estas tres bendiciones yacen a la raíz de todo aquello que consideramos lo mejor y lo más importante en el mundo moderno, quizá le sorprenda la declaración implícita que nuestra presente civilización cristiana no es sino el fruto del calvinismo".[68]

Al decir que el calvinismo ha sido el credo de santos y de héroes, no estamos sino repitiendo el innegable testimonio de la historia. "Sea cual fuere la causa", dice Froude, "los calvinistas fueron los únicos protestantes que lucharon. Y fue de la fe de éstos que nació el valor necesario para defender la Reforma, y si no hubiera sido por ellos la Reforma hubiera fracasado". Durante los siglos en los que miles caían víctimas de la tiranía espiritual, cuando el protestantismo en Inglaterra, Escocia, Holanda y Suiza se sostenía a filo de espada, el calvinismo demostró ser el único sistema capaz de hacerle frente y de destruir las grandes fuerzas de la iglesia romana. Su inigualable conjunto de mártires es una de sus coronas de gloria. En el mensaje de la Conferencia Metodista a la Alianza Presbiteriana de 1896 se hallaban estas gratas palabras: "Su iglesia ha producido el memorable e inspirador espectáculo, no simplemente de una solitaria alma heróica aquí o allá, sino de generaciones de almas fieles siempre dispuestas a ir gozosamente a prisión y aun a la misma muerte por amor a Cristo y a Su verdad. Este singular honor lo consideran ustedes, y con toda razón, la parte más preciada de su rica herencia". "No hay otro sistema de religión en el mundo entero", dice McFetridge, "que pueda exhibir tan glorioso despliegue de mártires de la fe. Casi todo hombre y mujer que prefirió caminar a las llamas antes que negar

[68] *Ibid.*, p. 74.

la fe o manchar su conciencia fue un devoto seguidor, no única y primordialmente del Hijo de Dios, sino también de aquel ministro de Dios que convirtió a Ginebra en la luz de Europa, Juan Calvino".[69] A la vitalidad y fecundidad divinas de este sistema debe estar agradecido el mundo moderno, y aunque en años recientes ha comenzado a reconocerlo, jamás logrará pagarlo.

Hemos dicho que la teología calvinista produce individuos amantes de la libertad. Donde dicha teología florece, el despotismo no puede permanecer. Por consiguiente, el calvinismo pronto dio origen a un tipo de gobierno eclesiástico revolucionario, mediante el cual la gente sería gobernada y atendida no por hombres designados por algún hombre en particular ni por un grupo de hombres colocados por encima de los demás, sino por pastores y oficiales elegidos por los feligreses mismos. La religión de esa manera se queda con el pueblo, no sobre el pueblo. Tenemos testimonio de la eficiencia de este gobierno de una fuente sorprendente, es decir, del distinguido arzobispo católico romano de Nueva York, el arzobispo Hughes. Dice él: "Aunque es mi derecho considerar la autoridad ejercida por la Asamblea General como usurpación, con todo, debo decir junto a todo hombre familiarizado con la forma en que dicha Asamblea está organizada, que en cuanto al propósito de gobierno popular y político su estructura es poco inferior a la del Congreso mismo. Dicha Asamblea opera conforme al principio de un centro de irradiación que no tiene igual o rival entre las demás denominaciones del país".[70]

De la libertad y la responsabilidad en la iglesia sólo hay un paso a la libertad y la responsabilidad en el estado; e históricamente la causa de la libertad no ha encontrado defensores más valerosos ni resueltos que los seguidores de Calvino.

"El calvinismo", dice Warburton, "no es un credo nebuloso y teórico. Pese a todas las aseveraciones de sus adversarios, no incita al hombre a cruzarse de brazos en un espíritu de indiferencia fatalista desentendiéndose de las necesidades de los que le rodean y de todos los terribles males que como supurantes llagas yacen en la descubierta faz de la sociedad".[71] Dicho credo ha producido maravillosas transformaciones morales dondequiera que ha penetrado. En cuanto a pureza de vida, templanza, diligencia, y caridad, los calvinistas se mantienen sin par.

Jaime Antonio Froude ha sido reconocido como uno de los más destacados historiadores y hombres de letras de Inglaterra. Por varios años fue profesor de historia en Oxford, la mejor universidad de Inglaterra. A pesar de

[69]*Calvinism in History*, p. 113.
[70]*Presbyterians and the Revolution*, p. 140.
[71]*Calvinism*, p. 78.

que su sistema no fue el calvinismo y a menudo se le califica como un adversario del mismo, no obstante, estuvo libre de prejuicios y los ignorantes ataques contra el calvinismo, que han sido tan comunes en años recientes, provocaron en él la justa impaciencia del erudito.

"Le pediré que considere" dice Froude, "cómo es posible que, siendo el calvinismo el duro e irrazonable credo que la ilustración moderna dice que es, haya atraído de manera tan singular en tiempos pasados a algunos de los mejores hombres que jamás hayan existido; y como es que—siendo como se nos dice, fatal a la moralidad por negar el libre albedrío—su primera manifestación dondequiera que se estableció fue la de destruir la distinción entre pecados y crímenes, y hacer de la ley moral la regla de vida de estados políticos y de individuos. Nuevamente le pediré que considere porqué, si el calvinismo es un credo de servidumbre intelectual, logró inspirar y sostener los más valerosos esfuerzos jamás ejercidos por el hombre a fin de quebrantar el yugo de todo gobierno injusto. Cuando todo lo demás ha fracasado—cuando el patriotismo ha cubierto su cara y toda intrepidez humana se ha debilitado—cuando el intelecto se ha rendido como dice Gibbon, 'con una sonrisa o un suspiro', satisfecho con filosofar en secreto y rendir culto con lo vulgar en público—cuando la emoción, el sentimiento, y la tierna piedad imaginativa han llegado a ser las servidoras de la superstición, imaginándose que no hay diferencias entre la verdad y la mentira—aquel servil credo llamado el calvinismo, en una u otra de sus muchas formas, ha presentado siempre un frente inflexible a la ilusión y a la mendacidad, y ha preferido siempre el ser pulverizado como piedra antes de doblegarse ante la violencia o debilitarse ante la tentación.

A fin de ilustrar esto, Froude menciona a Guillermo el Taciturno, a Lutero, a Calvino, a Knox, a Coligny, a Cromwell, a Milton, y a Bunyan, y dice de ellos: "Estos hombres poseen todas las cualidades que dan nobleza y grandeza a la naturaleza humana—hombres cuya vida fue tan íntegra como fue potente su intelecto, y cuyas labores públicas fueron sin trazas de egoísmo; inalterablemente justos donde el deber les requería que fuesen inflexibles, pero con singular ternura de corazón; francos, veraces, gozosos, con sentido de humor, en fin, tan distintos en carácter a todo irritable fanático; y, lo que es más, todos ellos fueron hombres que lograron sonar la nota a la que todo valeroso y fiel corazón en Europa vibró instintivamente".[72]

Pasaremos ahora a considerar al calvinismo como fuerza *evangelizadora*. Una prueba muy práctica para cualquier sistema de doctrina religiosa es, "En comparación a otros sistemas, ¿ha probado éste tener éxito en cuanto a la evangelización del mundo?" El salvar a pecadores y convertirlos a la santidad práctica es el propósito principal de la iglesia en este mundo; y el sis-

[72]*Ibid.*, p. 8.

tema que no pueda pasar por esta prueba debe ser descartado, no importa cuán popular sea en otros sentidos.

El primer gran avivamiento cristiano, en el cual tres mil personas fueron convertidas, ocurrió bajo la predicación de Pedro en Jerusalén, quien se expresó en lenguaje como el siguiente: "A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole" (Hch. 2:23). Y el grupo de discípulos, en intensa oración poco tiempo después, se expresó de la siguiente manera: "Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera" (Hch. 4:27, 28). Dichas palabras no son sino calvinismo puro.

El siguiente gran avivamiento en la iglesia, ocurrido en el siglo cuarto mediante la influencia de Agustín, también estuvo basado en estas doctrinas, como podrá ver sin dificultad cualquiera que lea la literatura de esa época. La Reforma, que todos consideran como el más grande avivamiento religioso genuino desde los días del Nuevo Testamento, ocurrió bajo la predicación bien predestinada de Lutero, Zwinglio y Calvino. A Calvino y al Almirante Coligny les pertenece el honor de haber sido los que inspiraron la primera empresa misionera protestante al exterior, es decir, la expedición a Brazil en 1555. Es verdad que la empresa y las guerras religiosas en Europa impidieron que se reanudara por un tiempo considerable.

McFetridge nos ha brindado algunos hechos interesantes y comparativamente desconocidos acerca del orígen de la iglesia metodista. Dice él: "Hablamos de la iglesia metodista comenzando con un avivamiento. Y así fue. Pero el primer y principal autor de dicho avivamiento no fue Wesley, sino Whitefield, un inflexible calvinista. Aunque más joven que Wesley, fue él quien primero se lanzó a predicar en los campos, atrayendo a multitudes de seguidores y recogiendo dinero para construir capillas. Fue Whitefield quien pidió a los dos Wesley que se unieran a él. Y tuvo que usar muchos argumentos y persuasiones para sobreponer sus prejuicios contra el movimiento. Whitefield comenzó la gran labor en Bristol y Kingswood, y miles se unieron a él, listos a ser organizados en iglesias, cuando pidió ayuda a Wesley. Wesley, con todo su celo, era un estricto anglicano conservador en muchas de sus creencias. El creía que aun los infantes debían ser bautizados por inmersión y demandaba que los disidentes debían ser rebautizados antes de aceptárseles en la iglesia. Tampoco podía aceptar que se predicase en lugar alguno que no fuese estrictamente una iglesia. 'Lo hubiera considerado casi un pecado', dijo él, 'el salvar almas en algún otro lugar que no fuese la iglesia'. Por tanto, cuando Whitefield le pidió que se uniera a él en el movimiento popular, Wesley se negó. Al fin cedió a las persuasiones de Whitefield pero fue influenciado en la decisión por lo que muchos considerarían una superstición. El y Carlos, su hermano, abrieron primero la Biblia al azar esperando que sus ojos se posaran en un texto que confirmara su decisión. Al abrir la Biblia ninguno de los textos tenían relación alguna con el tema. Entonces recurrió al sortilegio, echando suertes para decidir el asunto. La suerte que le tocó le indicaba que consintiera y, por tanto, consintió. De esa forma llegó a emprender la labor con la cual su nombre ha estado tan íntima y honorablemente asociado desde entonces.

"El movimiento metodista dependió de Whitefield de tal manera que éste llegó a ser llamado 'el fundador calvinista del metodismo', y hasta el fin de su vida permaneció siendo su representante ante los ojos del mundo culto. Walpole, en sus *Letters*, menciona a Wesley sólo una vez en relación al origen del metodismo, mientras que a Whitefield lo menciona frecuentemente. Mant, en su serie de conferencias, considera al metodismo un acontecimiento completamente calvinista. Ni el mecanismo ni la fuerza que le dio origen vino de Wesley. La predicación en los campos, que dio al movimiento su carácter agresivo y lo preparó y fortaleció para hacerle frente a las poderosas fuerzas que estaban armadas en su contra, fue comenzada por Whitefield, mientras que 'Wesley fue arrastrado a ello de mala gana'. En el lenguaje cortés de la época el 'calvinismo' y el 'metodismo' eran términos sinónimos, y a los metodistas se les llamaban 'otra secta de presbiterianos'. . . .

"Fue el calvinismo, y no el arminianismo, el que dio origen, (hasta el punto en que pueda decirse qué sistema doctrinal alguno haya dado origen), al gran movimiento religioso del cual la iglesia metodista nació.

"Aunque ciertamente ha de honrarse a Wesley por su labor a favor de dicha iglesia, no debemos olvidar a aquel gran calvinista, Jorge Whitefield, quien dio a esa iglesia su primer empuje y su carácter más distintivo. Y si éste hubiese vivido más tiempo, y si no hubiese temido la idea de ser fundador de una iglesia, bien diferentes hubiesen sido los resultados de sus labores. En cambio, estableció congregaciones para que otros las organizaran en iglesias, y contruyó capillas para que otros predicasen en ellas".[73]

También debe mencionarse el hecho de que Wesley creía en la brujería. El no creer en las brujas era considerado por él como una concesión a incrédulos y a racionalistas. Muchos de sus biógrafos han pasado por alto este punto, aunque algunos de los escritores más favorables a su causa han admitido que él expresó sus creencias en palabras inconfundibles. En su *Journal* podemos leer el siguiente relato de una niña propensa a ciertos ataques: "Cuando se le preguntó al anciano doctor Alexander cual era el mal que aquejaba a la niña, este contestó: 'Es lo que en otro tiempo hubiesen llamado un caso de hechicería'. ¿Y porqué no llamarle de la misma manera

[73] *Calvinism in History*, pp. 151-153.

hoy? Porque los incrédulos han erradicado la brujería del mundo; y los cristianos complacientes, en grandes números, se han unido a los incrédulos en esta labor''. A pesar de que Calvino vivió dos siglos y cuarto antes de Wesley y no tuvo las ventajas del progreso científico e intelectual que hubo durante esa época, no encontramos tan extraña credulidad en él. Sus escritos no sólo están libres de brujería sino que contienen numerosas advertencias contra tal creencia.

El famoso bautista inglés Carlos Haddon Spurgeon (1834-1892), uno de los más destacados predicadores del mundo, se expresó de la siguiente manera: ''Nunca me avergüenzo en declarar que soy calvinista. Y digo sin vacilación que soy bautista; pero si se me pregunta cual es mi credo, entonces respondo, ''Mi credo es Jesucristo' ''.

Y nuevamente dice, ''Muchos de nuestros predicadores calvinistas no alimentan al pueblo de Dios. Creen en la elección, pero no la predican. Consideran que la redención particular es la verdad, pero la tienen encerrada en el cofre de su credo y nunca la sacan a la luz en su ministerio. Sostienen la doctrina de la perseverancia de los creyentes pero perseveran en no darla a conocer. Creen que existe tal cosa como el llamamiento eficaz, pero no creen que Dios les ha llamado a predicarlo con frecuencia. La gran falta de estos predicadores es que no proclaman abiertamente lo que creen. Si usted los escucha predicar cincuenta veces, ni aun así sabría cuales son las doctrinas del evangelio o cuál el sistema de salvación que sostienen. Y, por consiguiente, el pueblo de Dios se muere de hambre''.

Cuando llegamos al estudio de las misiones en el extranjero encontramos que este sistema de fe ha sido el medio más importante de llevar el evangelio a las naciones paganas. San Pablo, a quien los adversarios más liberales del calvinismo consideran el responsable del matiz calvinista en el pensamiento teológico de la iglesia, fue el más grande e influyente de los misioneros. Si fuésemos a pasar lista de los héroes de la misiones protestantes encontraríamos que casi todos han sido discípulos de Calvino. Tenemos a Carey y Martyn en la India, a Livingston y Moffat en Africa, a Morrison en la China, a Paton en los mares del sur, y a muchos otros. El calvinismo que estos hombres profesaron y poseyeron fue un calvinismo dinámico y no uno estático; no era solamente su credo sino también su forma de vida.

El Dr. F. W. Loetscher ha dicho respecto a las misiones al extranjero, ''Aunque, al igual que todas nuestras iglesias hermanas, tenemos motivo de lamentar el que no hayamos logrado mucho más en vista de los extraordinarios recursos que poseemos y las enormes necesidades de las naciones paganas, al menos podemos dar gracias a Dios que nuestros venerables padres hayan hecho un buen comienzo en su labor de establecer misiones por todo el mundo; que las iglesias calvinistas hoy sobrepasan a todas las demás en sus dádivas a esta causa; y en particular que nuestra denominación haya tenido el honor y privilegio único de desempeñar sus trascendentales responsabilidades confrontando a cada una de las grandes religiones no cristianas, y predicando el evangelio en más continentes, y entre más naciones, gentes, y lenguas, que cualquier otra iglesia evangélica en el mundo''.[74]

Aunque a algunos les parezca una exageración desautorizada, no vacilamos en decir que a través de los siglos el calvinismo, intrépida y resonantemente polémico en su insistencia en defensa de la sana doctrina, ha sido la fuerza verdadera de la iglesia cristiana. Las normas tradicionalmente altas de las iglesias calvinistas en cuanto a la preparación ministerial y a la cultura han producido una gran cosecha al traer a multitudes a los pies de Jesús, no en mera excitación temporal, sino en pacto perpetuo. Juzgado por sus frutos, el calvinismo ha demostrado ser incomparablemente la fuerza evangelizadora más grande del mundo.

El calvinismo, sin lugar a duda, posee un glorioso testimonio en la historia de la civilización moderna, y sus enemigos no pueden honestamente negar este testimonio. En vano se tratará de hallar un testimonio más noble que éste. ''Los llamados liberales siempre lo han considerado un misterio'', dice Enrique Ward Beecher, ''que los calvinistas, con lo que ellos consideran despóticas y rígidas creencias y doctrinas, hayan sido siempre los más firmes y valerosos defensores de la libertad. El efecto de despertar un profundo anhelo por la libertad en la mente de aquellos que adoptaron los supuestamente severos principios del calvinismo les ha sido un enigma. Pero la verdad es ésta: el calvinismo ha hecho lo que ninguna otra religión jamás ha logrado hacer: Presentar al mundo al más alto ideal humano, y arrasar todo obstáculo imaginable a fin de alcanzar dicho ideal.

''El calvinismo intensifica de manera indescriptible la individualidad del hombre, y demuestra con clara e irresistible luz la responsabilidad del hombre ante Dios y su relación con la eternidad. Presenta al ser humano como uno que entra a la vida bajo el peso de una tremenda responsabilidad, asido en su marcha hacia la tumba de un sólo consuelo—el de asegurarse del cielo y escapar del infierno.

''El calvinista, por consiguiente, ve al hombre compelido, constreñido, impulsado, por las más poderosas e influyentes fuerzas. El hombre está en marcha hacia la eternidad, donde pronto habrá de verse o coronado en el cielo o postrado en el sofocante infierno por siempre jamás. ¿Y quién se atreverá a poner trabas a tal ser? ¡Abranle paso! No le obstaculicen, y de hacerlo, háganlo a expensas de su propia alma. Déjenle *libre* para encontrar su camino a Dios. No interfieran con él ni con sus derechos. Déjenle ocuparse de su salvación como pueda. No debe ponerse ninguna mano opresora

[74]Discurso ante la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana, E.U.A., 1929.

sobre una criatura que va en una carrera como esta—una carrera cuyo fin ha de ser gloria eterna o inexpresable miseria por toda la eternidad".[75]

"Este árbol", adoptando el elocuente párrafo de otro, "puede que parezca tener, a la vista de ojos prejuiciados, una áspera corteza, un tronco cubierto de protuberancias, y ramas retorcidas en formas enmarañadas. Pero, recuérdese, que este árbol no es un retoño nacido ayer. Estas ramas han luchado con las tempestades de mil años; este tronco se ha retorcido con el rojo relámpago y ha sido cicatrizado por la descarga del rayo; y sobre su áspera corteza se pueden observar las huellas del hacha de combate y de la bala. Este antiguo roble no tiene la mimbreante gracia y sedosa suavidad de una planta de invernadero, pero posee una majestad que sobrepasa toda gracia y una grandeza mucho mayor que la más grande belleza. Sus raíces puede que estén extrañamente contorcionadas, pero algunas de ellas están saturadas con la sangre de gloriosos campos de batalla, otras están entrelazadas alrededor de estacas de mártires; otras están escondidas en solitarias celdas y tranquilas bibliotecas donde profundos pensadores han meditado y orado como en algún apocalíptico Patmos; su raíz principal, sin embargo, se desplaza hacia el pasado, donde está enlazada en vivo y amoroso abrazo alrededor de la Cruz del Calvario. Sus ramas puede que estén retorcidas pero cuelgan revestidas con todo lo más rico y fuerte de la civilización y del cristianismo de la historia humana".[76]

Al examinar este sistema nos sentimos como uno sentado ante el teclado de un gran órgano. Nuestros dedos tocan las teclas, mientras registro tras registro abre la caja de expresión, hasta que el coro pleno responde en impresionante armonía. El calvinismo toca toda la música de la vida porque busca al Creador primero y sobre todas las cosas lo ve en todas partes. O, es como si estuviéramos allá en el ultramar con la gran bóveda celeste sobre nosotros, la vasta expansión de la eternidad rodeando nuestra alma y en todo y sobre todas las cosas, está DIOS. O, como si estuviéramos parados sobre rocas, que hendiéndose, dejan al paisaje a nuestras espaldas, y al abismo ante nuestros ojos, con el poderoso río del tiempo fluyendo de eternidad a eternidad, el sol en su cenit, irradiando su brillante luz y calor, y nuestra alma comenzando primero en un murmullo refleja el eco de las palabras, "¡Oh, profundidad de las riquezas!" El calvinismo nos presenta a Dios y traza sus pisadas—Dios, en toda su grandeza, majestad, sabiduría, santidad, justicia, y amor. El calvinismo nos presenta a Dios en un trono alto y sublime; y nuestra alma no puede sino prorrumpir nuevamente, "¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria?"

Esto no es un vano y hueco elogio al calvinismo. Con los hechos y observaciones anteriores todo lector instruido e imparcial de la historia estará de acuerdo. Además, el autor diría de este libro lo que el Dr. E. W. Smith en su libro, *The Creed of Presbyterians*, dijo al final del capítulo sobre, "El credo probado por sus frutos"—es decir, que estos hechos y observaciones "se presentan, no con el propósito de incitar a la vanidad denominacional, sino con el fin de que nuestro corazón se llene de gratitud a Dios por esa historia pasada y por la presente eminencia que debiera servirnos como 'un incentivo a la nobleza'; y sobre todo despertar en nuestro corazón un santo entusiasmo por ese sistema de verdad divina, el cual, bajo Dios, ha sido el principal factor en la formación de América del Norte y del mundo moderno".

[75] *Plymouth Pulpit*, artículo "Calvinism".
[76] *Power and Claims of Calvinistic Literature*, p. 35, citado de Smith, *The Creed of Presbyterians*, p. 105.

En conclusión diríamos que en este libro el lector ha encontrado una teología muy antigua—teología tan antigua como la Biblia misma, tan antigua y aún más que el mundo mismo, ya que este plan de redención se hallaba escondido en los consejos eternos de Dios. No se ha tratado de encubrir el hecho de que las doctrinas sostenidas y defendidas en estas páginas son verdaderamente maravillosas y asombrosas. Son lo suficientes como para despertar al pecador aletargado que ha tomado por sentado toda su vida que puede arreglar sus cuentas con Dios cuando le plazca, y también son suficientes como para aterrar al aletargado "creyente" que ha estado engañándose a sí mismo en la mortal tranquilidad de una religión carnal. Pero, ¿porqué no habrían de causar asombro dichas doctrinas? Si la *naturaleza* misma está llena de maravillas, ¿acaso no lo puede estar la *revelación*? Basta una breve ojeada a algunos libros para uno darse cuenta de que la *ciencia* saca a la luz muchas asombrosas verdades que personas sin educación encuentran difíciles, y hasta imposibles de creer, y ¿no será posible que esto suceda también a personas sin entendimiento espiritual en cuanto a verdades reveladas? Si el evangelio no alarma ni aterroriza ni asombra a una persona cuando se le presenta, entonces, no es el evangelio verdadero. En cambio, ¿a quién jamás le produjo asombro el arminianismo con su doctrina de que el hombre mismo moldea su propio destino? No bastará meramente el ignorar o ridiculizar estas doctrinas como muchos tienden a hacer. La pregunta es, ¿son verdaderas estas doctrinas? Si lo son, ¿porqué ridiculizarlas? Si no lo son, refútelas. Concluimos con la aseveración de que este gran sistema de pensamiento religioso que lleva el nombre de Calvino es ni más ni menos que la esperanza del mundo.

Apéndice

El siguiente material de *Romans: An Interpretative Outline* (pp. 144-147), por David N. Steele y Curtis C. Thomas, contrasta los Cinco Puntos del calvinismo con los Cinco Puntos del arminianismo de la manera más clara y concisa que hemos visto en cualquier parte. Este material aparece también en su libro más pequeño titulado *The Five Points of Calvinism* (pp. 16-19). Ambos libros son publicados por The Presbyterian and Reformed Publishing Co., Filadelfia (1963). Los señores Steele y Thomas han servido por varios años como pastores de una iglesia bautista del sur en Little Rock, Arkansas.

Los "Cinco puntos" del arminianismo

I. *Libre albedrío o habilidad humana*

Aunque la naturaleza humana fue seriamente afectada por la caída, el hombre, sin embargo, no ha perdido del todo su capacidad espiritual. Dios en su gracia capacita al pecador a fin de que por su propia voluntad se arrepienta y crea. Cada pecador tiene libre albedrío y su destino eterno depende de cómo lo use. La libertad del hombre consiste en poder escoger el bien y rechazar el mal en la esfera de lo espiritual; su voluntad no está esclavizada a su naturaleza pecaminosa. El pecador puede o cooperar con el Espíritu de Dios y ser regenerado o resistir la gracia de Dios y perderse para siempre. El pecador necesita la ayuda del Espíritu pero no tiene que ser regenerado por el Espíritu antes de que pueda creer, ya que la fe es un acto del hombre y precede al nuevo nacimiento. La fe es el don del pecador a Dios; es lo que el hombre contribuye a la salvación.

II. *Elección condicional*

El que Dios haya escogido a ciertos individuos para salvación antes de la fundación del mundo se debe al hecho de que Dios vio de antemano que dichos individuos habrían de responder a su llamado. Dios escogió sólo a aquellos que

Los cinco puntos del calvinismo

I. *Depravación total*

Debido a la caída, el pecador es incapaz de creer en el evangelio y ser salvo, ya que está muerto, ciego y sordo a las cosas de Dios; su corazón es engañoso y perverso en gran manera. Su voluntad no es libre, sino que está esclavizada a su naturaleza pecaminosa; por tanto, no quiere—y, de hecho, no puede—escoger el bien y rechazar el mal en lo que a las cosas espirituales respecta. La mera ayuda del Espíritu, por consiguiente, no es suficiente para traer al pecador a Cristo, sino que es absolutamente necesaria la regeneración en virtud de la cual el Espíritu imparte vida y una nueva naturaleza al pecador. La fe no es algo con lo cual el hombre contribuye a la salvación sino que es en sí una parte del don de la salvación—es el don de Dios al pecador, no el don del pecador a Dios.

II. *Elección incondicional*

El que Dios haya escogido a ciertos individuos para salvación antes de la fundación del mundo se debe únicamente a su voluntad soberana. Su elección de ciertos pecadores no está basada en un conocimiento previo de una respuesta o

él vio de antemano creerían en el evangelio de su propia voluntad. Las obras futuras de dichos individuos determinan, por tanto, la elección. La fe que Dios vio de antemano y sobre la cual basó su elección no fue impartida por el Espíritu Santo sino que surgió de la voluntad del hombre mismo. Pertenece al hombre, por tanto, la prerrogativa de quién ha de creer y quién ha de ser escogido para salvación. Dios escogió sólo a aquellos que él sabía habían de escoger a Cristo por su propia voluntad. La causa fundamental de la salvación es, por tanto, la decisión del pecador de escoger a Cristo y no la elección del pecador por parte de Dios.

III. *Redención universal o expiación general*

La obra redentora de Cristo brindó a todos los hombres la oportunidad de ser salvos pero no garantizó la salvación de ninguno. A pesar de que Cristo murió por todos los hombres, sólo los que creen en él son salvados. Su muerte hizo posible el que Dios pudiera perdonar a los pecadores siempre y cuando éstos creyeran, pero no borró los pecados de ninguno. La redención en Cristo es eficaz sólo si el hombre decide aceptarla.

IV. *El Espíritu Santo puede ser resistido eficazmente*

El Espíritu llama de manera especial a aquellos que mediante el evangelio son llamados de manera general; El hace todo lo que puede por traer a cada pecador a la salvación. El llamado del Espíritu, sin embargo, puede ser resistido ya que el hombre es libre. El Espíritu no puede regenerar al pecador hasta que éste crea; la fe (que es lo que el hombre contribuye) precede y hace posible el acto de obediencia (tales como la fe, el arrepentimiento, etc.) por parte de los pecadores. Al contrario, Dios es el que da la fe y el arrepentimiento a cada persona elegida. Dichas obras son el resultado, no la causa de la elección divina. La elección, por tanto, no está determinada ni condicionada por virtud alguna u obra meritoria prevista por Dios en el hombre. Aquellos a quienes Dios ha elegido en su soberanía son movidos por el Espíritu Santo a aceptar a Cristo. Por tanto, la causa fundamental de la salvación no es la decisión del pecador de aceptar a Cristo, sino la elección del pecador por parte de Dios.

III. *Redención particular o expiación limitada*

La obra redentora de Cristo tuvo como fin salvar a los elegidos únicamente y, en efecto, aseguró la salvación de éstos. En su muerte Cristo sufrió como sustituto por el pecado de los elegidos en particular. Además de borrar los pecados de éstos, la redención proveyó todo lo necesario para lograr su salvación, inclusive la fe que los une a él. El don de la fe es impartido infaliblemente por el Espíritu a todos por quienes Cristo murió, garantizando la salvación de cada uno de ellos.

IV. *Llamamiento eficaz o gracia irresistible*

Además del llamamiento general a la salvación hecho a todos los que escuchan el evangelio, el Espíritu Santo hace a los elegidos un llamamiento especial, el cual inevitablemente les conduce a la salvación. El llamamiento general, hecho a todos sin distinción, puede ser, y a menudo es, rechazado; en cambio, el llamamiento especial hecho sólo a los elegidos no puede ser rechazado, sino que siem-

nuevo nacimiento. El libre albedrío, por tanto, limita al Espíritu en la aplicación de la obra redentora de Cristo. El Espíritu Santo puede traer a Cristo sólo a aquellos que se lo permitan. El Espíritu no puede impartir vida hasta que el pecador responda. La gracia de Dios, por tanto, no es invencible; puede ser, y muchas veces es, resistida y frustrada por el hombre.

V. *El caer de la gracia o el perder la salvación*

Los que creen y son verdaderamente salvos pueden perder su salvación por no perseverar en la fe.

No todos los arminianos han estado de acuerdo en este punto; algunos han sostenido que los creyentes están eternamente salvos en Cristo—que una vez el pecador es regenerado, jamás puede perderse.

Según el arminianismo:

La salvación es efectuada mediante los esfuerzos conjuntos de Dios (quien toma la iniciativa) y el hombre (a quien le toca responder)—siendo la respuesta del hombre el factor determinante. Dios ha provisto salvación para todos, pero su provisión es efectiva sólo en aquellos que de su propia voluntad "deciden" cooperar con él y aceptar su oferta de gracia. En el momento crucial la voluntad del hombre juega un papel decisivo; por tanto, el hombre, y no Dios, determina quienes serán los que reciben el don de la salvación.

RECHAZADO
por el Sínodo de Dort

Este fue el sistema de pensamiento presentado en el "Remonstrance" (Propre resulta en la conversión de éstos. Mediante este llamamiento el Espíritu atrae irresistiblemente a los pecadores a Cristo, ya que no está limitado por la voluntad del hombre en su obra salvadora ni depende del hombre para lograr su propósito. El Espíritu induce benignamente al pecador elegido a cooperar, a creer, a arrepentirse, y a venir a Cristo espontáneamente y voluntariamente. Por tanto, la gracia de Dios es invencible; siempre redunda en la salvación de aquellos a quienes se le brinda.

V. *Perseverancia de los creyentes*

Todos los escogidos por Dios, redimidos en Cristo, y a quienes el Espíritu ha impartido fe, son eternamente salvos y perseveran hasta el fin, ya que son preservados en la fe por el poder de Dios, el Todopoderoso.

Según el calvinismo:

La salvación es efectuada por la omnipotencia del Trino Dios. El Padre escogió a un pueblo, el Hijo murió por él, y el Espíritu Santo hace efectiva la muerte de Cristo conduciendo a los elegidos a la fe y al arrepentimiento y a que voluntariamente obedezcan al evangelio. El proceso completo (elección, redención, regeneración) es obra de Dios y es únicamente por gracia. Por tanto, Dios, y no el hombre, determina quienes han de ser los que reciben el don de la salvación.

REAFIRMADO
por el Sínodo de Dort

Este sistema de teología fue reafirmado por el Sínodo de Dort en 1619 por habérsele reconocido como la doctrina de la salvación contenida en las Sagradas Escrituras. El sistema fue entonces formulado en "cinco puntos" (en respuesta a los cinco puntos sometidos por los arminianos) y desde aquel entonces ha sido conocido como "los cinco puntos del calvinismo".

testa) (aunque los "cinco puntos" no estaban ordenados originalmente de la manera que los presentamos aquí). Dicho sistema fue sometido por los arminianos a la iglesia de Holanda en 1610 con el propósito de que dicha iglesia los adoptara, pero fue rechazado por el Sínodo de Dort en 1619 en base a que no era bíblico.

La predestinación

"La pregunta que nos enfrenta es: ¿Ha predestinado Dios desde la eternidad todas las cosas que han de suceder? Si así es, ¿qué evidencia tenemos a favor del mismo? y ¿cómo se conforma este hecho con el libre albedrío de criaturas racionales y con las mismas perfecciones de Dios?

—*L. Boettner*